MARÍA DEL MAR
CASTELLANOS



ROSA NEGRA I

SILENT

ROSA NEGRA I

SILENT

MARÍA DEL MAR
CASTELLANOS

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Copyright © 2024 María del Mar Castellanos
Todos los derechos reservados

Antigua edición: Agosto, 2020
Nueva edición: Octubre, 2024

ISBN-13: 9798341000988

Diseño de la cubierta: María del Mar Castellanos
Maquetación: María del Mar Castellanos
Corrección: María del Mar Castellanos

Esta es una obra de ficción. Los nombres, los personajes, los lugares, la ambientación y los acontecimientos son producto de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, eventos o sitios es pura coincidencia.

Visítame en mis redes sociales, donde subo fragmentos, noticias, sorteos…



Puedes encontrar todos mis libros aquí:

amazon

info.mariadelmarcastellanos@gmail.com

Nota de la autora

Esta historia fue publicada por primera vez en 2020, pero ha sido editada, surgiendo una nueva versión totalmente distinta. Es el comienzo de mi Universo, en el que contaré varias historias entrelazadas, y, al mismo tiempo, muy diferentes entre sí. Todas pueden leerse de forma independiente, sin embargo, contendrán *spoilers* unas de otras si no se sigue el orden, aunque eso no significa que la experiencia sea peor, tan solo sería diferente.

Aquí veremos varias organizaciones criminales, y una de ellas está encubierta por un toquecito de *Biopunk* (un subgénero de la ciencia ficción que toda explicación se basa en la ciencia).

Algunas escenas de este libro pueden dañar la sensibilidad del lector. La trama contiene determinada violencia que no todas las personas podrían aguantar.

María del Mar Castellanos

Índice

Nota de la autora
Sinopsis
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Epílogo
Bibliografía
Sobre la autora

Sinopsis

La vida de Rose Tocqueville da un giro de ciento ochenta grados cuando se cruza con los hermanos McClain. Uno presenta una extraña obsesión por ella; el otro la detesta sin motivo aparente.

Una noche de vuelta a casa, Rose presencia un crimen que la pondrá en el punto de mira. Desde entonces, la muerte la acecha allá por donde vaya. Sin embargo, alguien que escapa de cualquier conocimiento se entera de su existencia y le hará vivir el infierno que creó exclusivamente para ella.

Desesperada por sobrevivir, Rose acude a Jackson McClain en busca de ayuda, y, en consecuencia, tendrá que soportar la cercanía de Dylan McClain. Pero ella no contaba con que se verá tentada a descubrir los secretos oscuros que ambos esconden con tanto ahínco.

Oscuras verdades disfrazadas de mentiras. Secretos no desvelados bajo eficientes guardianes. ¿Qué hay al otro lado del silencio?

«LA CURIOSIDAD PUEDE SER TU MAYOR PECADO Y PODRÍA SER TU CAMINO AL INFIERNO».

Capítulo 1



—¡Cuidado! —El grito de Cynthia me hizo dar un respingo sobre la cama—. ¿Acaso esta chica es tonta? ¡Está detrás de ella y no se da cuenta!

—¡Joder, Cynthia! Es la última vez que veo una película de terror contigo —me quejé y apagué la televisión para fastidiarla.

—Lo siento, Rose. —Su sonrisa me informaba de que mentía.

Me levanté de la cama y me acerqué al escritorio, donde había unas fotografías enganchadas en el tablón con chinchetas. En la mayoría de ellas salíamos Cynthia y yo. Prácticamente crecimos como hermanas. Siempre estábamos juntas y ninguna podríamos vivir sin la otra.

Deslicé la vista a Nathan Smith. En una fotografía estaba abrazándonos a Cynthia y a mí. Para él éramos sus niñas indefensas y para nosotras era nuestro protector. Más que nada, nadie se atrevía a meterse con él por su aspecto de chico rudo, aunque, quien lo conociera bien, sabía que esa imagen que le envolvía solo era una fachada.

Solté un suspiro. Lo extrañaba demasiado.

—Nathan sigue sin contestar a mis mensajes y tampoco acepta mis llamadas. —La voz de Cynthia me sacó de mis pensamientos y la miré—. Desde que se fue a Miami, al principio del verano, no da señales de vida y esta semana es la última que nos queda de vacaciones antes de empezar el nuevo curso en la Universidad.

—Ya sabes cómo es. Seguro que se perdió debajo de alguna falda. —Sonreí—. Nathan suele estar fuera de servicio a menudo, y, sobre todo, cuando hay chicas por el medio.

—Tienes razón. Cambia más de chicas que de calzoncillos.

De repente, todas las luces se apagaron y nos sumergimos en la oscuridad. Maldije en voz alta.

—¿Y ahora qué ocurre? —soltó mi amiga con fastidio.

—No lo sé, pero tampoco hay luz fuera de la casa —dije, orientándome hacia la ventana. En la calle no había ni una farola encendida.

Cynthia encendió la linterna de su móvil y apuntó a nuestro alrededor. *Bobby*, mi perro, empezó a gemir y se escondió debajo de la cama, lo que era extraño, porque nunca se asustaba con facilidad.

Se escuchó un ruido agudo en el piso de abajo, como si se hubiera roto algo al estrellarse contra el suelo. Cynthia y yo nos sobresaltamos y nos miramos fijamente. Eran las dos de la

madrugada y mis padres habían salido hacía unas horas para tener su encuentro romántico que pocas veces tenían.

—Vamos a ver qué ha sido eso —susurré. Cogí el bate de béisbol que tenía debajo de la cama para ser usado en caso de emergencia y miré detrás de mí—. ¿Qué haces?

—Alguien tendrá que salvar la vida del perro, ¿no? —dijo, sujetando a *Bobby* entre sus brazos —. Además, es más que evidente que no podrá sobrevivir solo. —Rodé los ojos ante su comentario.

Le hice una señal para que guardara silencio y bajé lentamente la manilla de la puerta. Fuimos recorriendo el pasillo con sigilo. Tenía que decirle a mi madre que dejara de colocar tantos adornos en los pasillos porque, en caso de huida, no llegaríamos muy lejos.

Nos detuvimos al llegar a las escaleras. El único sonido que se podía captar era el de nuestra propia respiración. Comenzábamos a bajar cuando un portazo nos hizo parar en seco. Apreté mi bate con fuerza y terminamos de bajar los escalones restantes.

Recorrimos toda la planta baja, y la única puerta cerrada era la principal. No había nada fuera de lo normal y ni rastro de nada roto.

Cuando alguien intentaba entrar en la casa insertando una llave errónea en la cerradura, nos pusimos rápidamente al lado de la puerta. Cynthia tapó la luz de su móvil con la mano del mismo brazo que sujetaba a un silencioso *Bobby*.

Me preparé en cuanto vi al intruso entrar con una linterna después de varios intentos fallidos con las llaves. Inmediatamente, alcé el bate para golpearlo, pero, de pronto, esa persona se giró y mi arma quedó a escasos centímetros de su cabeza.

—¿Papá? —dije con asombro y bajé el arma. Cynthia soltó todo el aire que estaba reteniendo en sus pulmones y se colocó a mi lado, ya con su linterna destapada.

—¿Qué hacéis aún levantadas a estas horas? —preguntó mi padre. Miró el bate, que todavía seguía en mi mano, y frunció el ceño—. ¿Qué haces con eso, Rose?

Miré con disimulo la cerradura de la puerta principal y deduje que no pudo haber sido forzada, ya que mi padre se hubiera dado cuenta. No quería más preocupaciones para él por mis paranoias.

—Nada... —titubeé. Admitía que no se me daba bien mentir—. Creí oír un ruido, pero no fue nada, y la luz de la casa se fue.

—Lo sé. No hay luz en todo el vecindario por un fallo en el transformador, y los técnicos de la compañía ya han sido avisados para que lo reparen cuanto antes —contestó Patrick—. Ahora a dormir, jovencitas. Yo esperaré a tu madre, que está hablando con la vecina.

—Está bien. Buenas noches, papá —dije, dándole un beso en la mejilla.

Cynthia dejó a *Bobby* en el suelo y subimos las escaleras para encerrarnos en mi habitación.

—Esto es muy extraño. Yo también oí que algo se rompía —comentó.

—Sí, pero aquí no ha sido. —Dejé el bate en su sitio y cogí dos pijamas de mi armario—. No le des más importancia al asunto.

—Si tú lo dices, de acuerdo. —contestó, no muy convencida, y cambió de tema—. Mañana tengo que acompañar a mi madre a hacer unos recados, así que me espera pasar demasiado tiempo con ella para mi gusto—dijo con voz más apagada.

Cynthia creció sin muestras de afecto por parte de sus padres. Alessa se quedó embarazada sin desearlo y siempre le echaba en cara, cada vez que discutían, no haber abortado a tiempo. Richard, por lo contrario, pasaba de ella. Era muy duro crecer sin amor y que tus padres no se preocuparan por ti. Era hija única, y no tenía a nadie en esa casa que le aportara algo de cariño.

Cynthia creció conmigo. Sus padres ni siquiera emplearon tiempo en ella para las tareas tan cotidianas como pasear por la calle. Yo era como su hermana; y mis padres, como sus verdaderos padres. Se vio obligada a madurar antes de tiempo y nosotros nos encargamos de darle todo lo que nunca recibió en su infancia.

Decidimos mudarnos a un apartamento de alquiler, cerca de la Universidad. El primer motivo era para sacarla de esa casa, donde nada más recibía maltratos psicológicos, y, en segundo lugar, porque yo no tenía vehículo. Ella siempre pasaba a recogerme y vivía muy lejos como para hacerlo todos los días.

Mi padre trabajaba en los laboratorios de un hospital como científico. Desde lo que sucedió con Camille, pasaba más tiempo allí que en casa porque era su forma de refugiarse del dolor. Mi madre trabajaba en un supermercado.

—No te preocupes. Ya nos queda muy poco para vivir juntas y no tendrás que soportar a tus padres más tiempo. —Le di un reconfortante abrazo y nos pusimos el pijama.

—Sí, es lo que más deseo, Rose. Quiero perderlos de vista para siempre.

Nos metimos bajo las mantas y apagó la luz del móvil. En menos de dos minutos, Cynthia ya estaba respirando fuerte, señal de que ya estaba dormida; y yo, aún despierta. Cerré los ojos, esperando a que el sueño me venciera.

✯✯✯

Un fuerte e insoportable ruido hizo que abriera los ojos de par en par y puse una mano en mi pecho del susto. No entendía cómo Cynthia no se despertaba con este escándalo. Maldije por lo bajo y la empujé fuera de la cama, haciendo que cayera de bruces contra el suelo.

—¡Apaga esa alarma de tan dulce despertar que tienes! —chillé bajito para no despertar a mis padres, aunque dudaba de que siguieran dormidos con una canción de rock sonando a todo volumen.

Cynthia se levantó a regañadientes y apagó la alarma de su móvil con un manotazo.

—Gracias por tu forma tan sutil de despejarme del sueño —me reprochó.

Solté una carcajada y ella me lanzó una de sus zapatillas, pero la esquivé a tiempo. Cogió su ropa y se encerró en mi baño, no sin antes sacarme su hermoso dedo medio.

Me puse en pie de un salto y fui hacia la cocina para ocuparme del desayuno.

—¡Buenos días, mamá! —dije antes de lanzarme a los brazos de Jaqueline que ella ya tenía abiertos para recibirme—. ¿Qué tal vuestra noche?

—Fue de maravilla —contestó con un brillo especial en los ojos—. Después de la cena, nos fuimos a bailar a una discoteca como dos adolescentes. —Reímos juntas—. La verdad es que el lugar no estaba nada mal. Podéis pasaros Cynthia y tú en una de vuestras salidas nocturnas. El club se llama *DyJack*.

—Este sábado teníamos pensado salir como despedida de nuestras vacaciones. —La perfecta oportunidad para visitar ese club.

Mi madre nos sirvió el desayuno en el comedor, quitándome a mí la faena, y volvió a la cocina.

A los pocos minutos, se unió Cynthia y nos sentamos a la mesa.

—Ya tenemos una discoteca que me ha aconsejado mi madre para ir este fin de semana —agregué y le di un bocado a mi tostada.

—¡Genial! —dijo entusiasmada—. A ver si ya vas conociendo a algún chico que te guste. —

Ante mi negativa a responder, soltó un suspiro y prosiguió—. Jeremy Miller está loco por ti desde que empezamos el primer año de carrera. El pobre chico no pierde las esperanzas contigo.

—Le tengo un gran cariño. —Jeremy era un buen amigo que conocimos en la Universidad. Siempre se comportó como un buen chico con nosotras desde un principio. Él nunca me había confesado su atracción por mí, pero era evidente que la sentía—. Sin embargo, ese querer no es lo que él busca…

—Lo sé —me interrumpió y cambió de tema para no hacerme sentir más incómoda—. ¿Te apetece ir al centro comercial cuando termine los recados con mi madre? —preguntó—. Me vendría bien despejarme después del martirio.

Supe al instante a qué se refería. No me quería imaginar el mundo interior que tendría Cynthia, en el que estaría combatiendo con sus emociones constantemente.

—Por supuesto.

El resto del desayuno lo pasamos en silencio hasta que llegó el momento de despedirnos para vernos por la tarde.

Una vez que me aseguré de la limpieza de la cocina, subí a mi habitación para ordenarla. Sin embargo, paré en seco en mitad del pasillo y observé la puerta de la habitación de Camille. Como si de un imán se tratase, avancé hasta ella y la abrí con lentitud.

Su dormitorio se había conservado intacto, como si nunca se hubiese ido. A cada paso que daba hacia su cómoda, sentía punzadas dolorosas en mi pecho. Abrí el primer cajón y saqué una caja de madera que tenía entre su ropa, donde guardaba un colgante.

Mi hermana fue la persona que me ayudó a enfrentarme a mis peores miedos para que aprendiera a manejarlos correctamente. Ese sentimiento te debilitaba y te limitaba hasta el punto de volverte dependiente a él; y el dolor te hacía fuerte si sabías gestionarlo.

Cogí el collar de mi hermana que siempre llevó puesto. El colgante era un precioso cristal violeta con forma de corazón. Me lo puse y me miré en el espejo que había encima de la cómoda.

Evalué mis rasgos, comparándome con Camille. Ambas compartíamos el mismo cabello castaño oscuro que nos cubría toda la espalda, pero, mientras que ella tenía los ojos de un marrón caramelo, como mamá, los míos eran de un tono chocolate que heredé de papá.

—Gracias, Camille. —Hice una pausa para tomar una respiración profunda y me deshice de las lágrimas que estaban preparadas para salir—. Tu muerte me causó el máximo dolor que he podido experimentar —susurré con voz entrecortada. Cerré los ojos unos segundos y los volví a abrir cuando los despejé de la humedad—. Soy Rose Tocqueville, tengo veintidós años y no le temo al dolor —dije con firmeza.

⋆ ⋆ ⋆

Empaqué lo último que me quedaba de mis pertenencias. Mañana Cynthia y yo nos acomodaríamos en nuestro nuevo apartamento. Mis padres decidieron pagarnos el alquiler, ya que ninguna de las dos trabajábamos porque solo nos ocupábamos de los estudios.

Me dolía dejarlos solos. Desde la muerte de Camille, no habían levantado cabeza. Ellos intentaban hacerme creer que todo estaba bien, pero eso era solo un camuflaje. En numerosas noches escuchaba a mi madre llorar mientras permanecía encerrada en su habitación. Mi padre casi nunca estaba en casa porque intentaba esconder ese dolor en el trabajo. Cuando les hablé sobre mi mudanza, ellos aceptaron y dijeron que era lo mejor para mí. Además, íbamos a estar en la misma ciudad.

—¡Rose, la comida ya está servida en la mesa! —gritó mi madre desde el piso de abajo.

Le mandé un mensaje rápido a Cynthia para que pasara a recogerme en casa cuando se quedase libre. Quería pasar por el cementerio antes de ir al centro comercial, ya que hoy sería el cumpleaños de Camille si ella estuviese viva.

Me reuní con mis padres en el comedor y empezamos a comer en silencio hasta que las noticias de la televisión lo rompieron.

«*En París vuelve el terror. Nuevo ataque en una casa unifamiliar. Se encontraron dos personas brutalmente asesinadas, ambas cubiertas de sangre y el temido símbolo en la pared y en el suelo. No hay duda de quién ha sido el causante de estas atrocidades. El Monstrum tiene atemorizados a los parisinos porque ya no se encuentran a salvo ni en sus propias casas. Se descubrió que el matrimonio asesinado tenía dos hijos, pero no hay rastro de ellos, aunque sí que se encontraron restos de fluidos corporales pertenecientes a los hijos desaparecidos en el interior de la casa. Aseguró el criminólogo...*».

Dejé de prestar atención. Me cabreaba cada vez que escuchaba sobre los crímenes de ese despiadado sin escrúpulos. Era un asesino en serie que mataba con brutalidad, dejando su firma simbólica con la misma sangre de sus víctimas.

Miré de reojo a mi padre, que seguía comiendo tranquilamente, como si no hubiera escuchado nada. Entonces, dirigí mi vista con disimulo a mi madre. Ella apretaba el tenedor hasta que se le pusieron los nudillos blancos. Cuando se percató de mi mirada, dejó el tenedor en la mesa.

—Cada vez que escucho ese nombre, me pongo enferma —contestó cuando no le quitaba el ojo de encima—. De pensar que tu padre y yo vivíamos en París... Dios —susurró, poniéndose una mano en la cabeza—. Hemos tenido mucha suerte de que nos saliera trabajo aquí.

Mis padres vivieron en París, pero, por asuntos de trabajo, se vieron obligados a mudarse a Nueva York. Camille tenía ocho años en ese entonces y Jaqueline estaba embarazada de mí. Me consideraba totalmente neoyorquina, aunque mis raíces fueran francesas. Los idiomas que podía dominar era el inglés y el italiano; mi francés era pobre. También fui profesora de Cynthia porque ella quiso aprender italiano.

Cuando terminamos de comer, ayudé a mi madre a recoger la mesa y a limpiar todos los platos sucios. Escuché un claxon y me asomé por la ventana, comprobando que se trataba de Cynthia.

Me despedí de mis padres y salí de la casa en estampida. Antes de alejarme de aquí, cogí dos rosas del patio delantero que cuidaba mi madre, las favoritas de Camille, y entré en el *Ford* negro de mi amiga.

El camino al cementerio lo pasamos en silencio. Cynthia prefirió no acompañarme dentro y me dejó a solas con Camille, cosa que agradecí. Ella siempre me daba mi espacio cuando lo necesitaba.

Caminé con las rosas en la mano por el camino de piedra, entre tumbas y mausoleos, hasta que di con la que buscaba. Me acerqué a ella y me arrodillé, colocándome frente a la fría piedra que representaba a mi hermana. El viento soplaba con suavidad, removiendo mi cabello suelto y dándome caricias en el rostro. Clavé mi mirada en las letras incrustadas en la lápida.

Camille Tocqueville
1988 - 2015

Hacía tres años que mi hermana murió en un accidente de tráfico y hoy cumpliría los treinta años. Desde su muerte, jamás dejé de visitar el cementerio un día tan especial como este.

Acerqué las rosas a mis labios y les di un beso antes de dejarlas cruzadas encima de la lápida.

—Fuiste mi ángel protector, mi modelo a seguir. Te prometí dos días antes de tu muerte que siempre seguiría adelante, pase lo que pase, y te juro ahora que nunca faltaré a mi promesa. —Hice una pausa y respiré profundamente, apartando las lágrimas que amenazaban con salir—. Te quiero con todo mi corazón y siempre te tendré aquí. —Me llevé una mano al pecho y palpé el colgante.

Me despedí de mi hermana y salí del cementerio más renovada. Al entrar en el interior del coche de Cynthia, ella me miró y sonrió para darme ánimos.

Estar con mi amiga era desconectar de los problemas. Ella era imprescindible en mi vida, un tesoro que tenía que cuidar. Su bondad e inocencia traspasaba los límites. Siempre que se metía en algún tipo de problema, era yo quien tenía que ayudarla y defenderla. Reconocía que tenía un fuerte carácter y, en ocasiones, era bastante impulsiva. Cynthia era mi anclaje, quien me complementaba.

Aparcamos justo enfrente del centro comercial y comenzamos a cruzar la avenida por el paso de peatones. De pronto, un coche se dispuso a saltarse el semáforo en rojo sin reparar en nosotras.

Cogí a Cynthia del brazo y tiré de ella. Nos caímos al suelo al mismo tiempo que el coche frenó en seco. Solté un fuerte jadeo cuando me percaté de la poca distancia que había entre nuestros pies y la rueda delantera del vehículo.

Nos levantamos con rapidez y observamos pasmadas el flamante *Mercedes* gris montaña con línea deportiva, cuyos cristales traseros estaban tintados.

Ni siquiera reparé en el conductor cuando Cynthia se lanzó al coche con múltiples insultos saliendo por su boca y le dio un manotazo al cristal del piloto.

Abrí los ojos como platos. No era propio de Cynthia actuar de este modo tan violento.

—¿Cuándo voy a dejar de verte detrás de nosotras? —gruñó mi amiga.

Me quedé helada por su acusación.

—¿Qué…?

Me callé de golpe cuando la ventanilla del piloto empezó a bajar. Entonces vi a un joven con unas gafas de sol que me ocultaba su mirada. Su pelo era moreno, lo suficientemente largo como para que las greñas de su flequillo le cayeran con libertad por la frente.

No pude dejar de mirarlo con intriga, pero Cynthia me cogió del brazo y me arrastró hacia el centro comercial sin darme la oportunidad de reaccionar por mis propios medios. El vehículo aún seguía parado a pesar de haberse puesto el semáforo en verde. Los cláxones empezaron a escucharse, aunque el *Mercedes* seguía sin moverse.

Lo perdí de vista en cuanto entramos en el establecimiento. No sabía el motivo de haberme quedado con los pies pegados en el asfalto, sin embargo, algo de ese chico captó toda mi atención y no sabría especificar el qué. ¿Lo habré visto en algún lugar?

—¡Joder, joder! —gritó Cynthia lo más bajito que pudo para no llamar la atención de las personas que entraban y salían de las tiendas con las manos llenas de bolsas—. ¿Has visto a ese tío? Era un mafioso de esos sacado de películas mafiosas…

—Tranquila, respira, no pasa nada —la interrumpí en cuanto me percaté de su nerviosismo.

—¿Tranquila? —preguntó con cara de espanto—. Rose, ese coche ya lo he visto unas cuantas

veces en los últimos meses, pero ahora es cuando he visto el aspecto del conductor.

—¿Y por qué le has acusado antes de ir detrás de nosotras? ¿Lo has visto seguirnos? —quise saber.

—No puedo asegurarlo con certeza. —Echó un rápido vistazo detrás de ella, como si no se fiara de que ese chico se hubiese ido—. Pero no me gusta.

No podía saber si Cynthia estaba en lo cierto o no; sin embargo, ahora solo quería que no le diera más vueltas al asunto.

—Olvídate de él —dije, agarrándola del brazo con suavidad—. Vamos. —Conseguí sacar a mi amiga de sus pensamientos confusos y asintió con la cabeza.

Después de recorrer cinco tiendas, compramos unos cuantos vestidos. Continuamos paseando por los pasillos abarrotados de gente, alargando este momento para que Cynthia no acabase en su casa tan pronto.

Me despisté con un llamativo escaparate mientras caminaba y esto tuvo sus consecuencias.

Choqué con alguien y creí escuchar una maldición en la boca de Cynthia, quien tuvo que pararse detrás de mí. Me aparté confusa y levanté la vista hacia la cara de la persona que se estrelló contra mí.

Era el mismo hombre del *Mercedes*, pero ahora no tenía puestas las gafas de sol y dejó a la vista sus ojos azules. Los entrecerró y fulminó a mi amiga con la mirada.

—Siempre me ha gustado *observar bien* todo lo que me rodea, señorita —dijo en un tono tan frío que nos dejó petrificadas—. Tan solo, ya no me preocupa pasar desapercibido. —Ahora me miró a mí y sus facciones duras cambiaron por completo, mostrándome todo lo contrario—. Mi intención jamás sería dañar aquello que me salvó.

Una vez que el desconocido se encargó de implantarme la confusión más grande de mi vida, pasó por mi lado. Giré sobre mis talones y el chico ya se perdió entre la multitud de la gente.

Capítulo 2



Cynthia y yo bajamos todas las cajas y las metimos en el maletero del coche con la ayuda de Jaqueline y Patrick.

—No pongas esa cara, cariño. No te vas muy lejos —dijo mi madre. Fue hacia mí y me estrujó entre sus brazos—. Además, ya eres muy mayor para poder vivir sola y nosotros estaremos bien, así que deja de preocuparte. —Me dio un sonoro beso en la mejilla antes de soltarme.

—Tu madre tiene razón. —Mi padre la cogió de la cintura.

Sonreí al verlos tan acaramelados como siempre. Ojalá yo encontrara a un chico tan cariñoso como Patrick y pudiese tener una relación sentimental tan consolidada como ellos.

Nos despedimos de mis padres y entramos en el coche. Como de costumbre, Cynthia puso la música a todo volumen. Apoyé la cabeza en el asiento y giré mi rostro hacia la ventanilla.

Ni ella ni yo mencionamos nada sobre el altercado con el chico misterioso en el centro comercial, pero no podía evitar ponerme nerviosa cada vez que pensaba en él. No tenía ni idea de qué quiso decirnos y yo era una persona que detestaba que algo se me escapase de la lógica.

Era obvio que Cynthia estuviese más preocupada que yo por este misterio, ya que ella fue quien lo vio cerca de nosotras en más de una ocasión. Además, si mi amiga lo bautizó como mafioso, estaría hasta asustada por si su suposición fuera real.

—Fin del trayecto —dijo Cynthia, sacándome de mis ensoñaciones—. Por fin llegó el día de dejar mi vida familiar atrás.

—Y ahora empieza una nueva, donde ellos no van a poder hacerte más daño —dije con una pequeña sonrisa—. Tendrán que pasar por encima de mi cadáver, cariño.

—No tendré vida suficiente para agradeceros todo lo que habéis hecho por mí —comentó con la voz más quebrada—. Si no fuera por vuestra ayuda, no sé en qué lugar estaría ahora mismo.

—No —la interrumpí—. Aunque tú no te des cuenta, ya lo estás agradeciendo todos los días. El simple hecho de respirar significa que estás viva y eso es lo único que hemos querido a cambio. —Cynthia sonrió mientras una lágrima le caía por su mejilla.

—Lo siento. Quisiera ser más fuerte.

—Eres más fuerte de lo que tú crees. —Acuné su rostro con ambas manos—. Morir es fácil, vivir es lo más difícil.

Asintió con la cabeza, apartándose la lágrima que se le había escapado, y salió del coche con

una pequeña sonrisa.

Cynthia abrió la puerta del edificio y la dejó atascada para que no se cerrara mientras dejábamos nuestras pertenencias en el ascensor. Cogí las dos últimas cajas y las dejé en el suelo para cerrar el maletero. Cuando las iba a recoger, un escalofrío me recorrió por todo el cuerpo, despertando todas mis alarmas.

Estudié mi entorno, asegurándome de que nadie me estaba mirando con demasiado interés, ya que tenía la terrible sensación de ser observada.

No detecté nada fuera de lo normal, tan solo coches circulando por las calles, otros aparcados sin personas dentro, y transeúntes caminando de un lado a otro. Nadie parecía prestarme atención.

Decidí ignorar este malestar y recuperé las cajas para transportarlas a nuestro apartamento.

✯ ✯ ✯

La parte delantera del edificio daba a una gran avenida con vistas increíbles a un parque y a un conjunto de comercios. Sin embargo, en la parte trasera había un descampado que conducía a un frondoso bosque.

El apartamento era pequeño, aunque muy cómodo para nosotras dos solas. Además, se situaba en la última planta del edificio, mejorando esas vistas por la altura.

Por la mañana, colocamos todas nuestras pertenencias en su lugar e hicimos la compra en el supermercado. En el resto del día preparamos todo lo necesario para la Universidad, ya que el domingo sería un día de descanso. Intentamos contactar con Nathan, pero seguía sin dar señales de vida.

Esa misma noche, decidimos ir a cenar a una hamburguesería. Hicimos nuestro pedido después de esperar una fila interminable de personas y nos sentamos junto a una cristalera con la vista a una calle peatonal abarrotada de gente. Desde aquí teníamos una visión perfecta de todo el local.

—Cuánto tiempo sin comer una maravilla de estas —dijo Cynthia antes de darle un bocado a su hamburguesa.

Desconecté del medio que me rodeaba de nuevo. Cada vez lo hacía con bastante frecuencia, como si no me pudiese concentrar más de cinco segundos en un tema en concreto.

Identifiqué la causa principal. Desde que Cynthia acusó al chico misterioso prácticamente de acosador, me transmitió sus paranoias a mí. A eso le sumaba sus extrañas palabras y lo que me produjo cuando lo vi en el interior de su coche. Algo de él me llamaba, y seguía sin saber qué.

—Me gustaría saber en qué piensas tanto. Últimamente te veo más despistada de lo normal —comentó Cynthia, sacándome de mi análisis mental.

—No tiene importancia.

Mi amiga dejó su hamburguesa a medio comer dentro de su caja de cartón, se limpió las manos con la servilleta y estiró un brazo por encima de la mesa.

—Para mí sí la tiene y lo sabes. —Acepté su mano y nos dimos un leve apretón—. Creo intuir que le estás dando vueltas al suceso del centro comercial.

—¿Cómo lo sabes? —Fruncí el ceño.

—Porque desde que ese chico se nos presentó, estás más ausente. —Se encogió de hombros —. A veces puedo ser más observadora de lo que tú crees.

—No estás equivocada con tu suposición. —Suspiré y liberé mi mano con suavidad, apoyando

los codos encima de la mesa—. Tan solo le doy vueltas a lo que nos dijo. ¿Mi intención jamás sería lastimar aquello que me *salvó*? —Cité sus palabras exactas, haciendo énfasis en la última.

—Quizás esté chiflado, Rose —contestó Cynthia—. No conocemos a ese hombre de nada.

—Pero tú dijiste que lo habías visto detrás de nosotras —le recordé.

—Dije que no estaba segura al cien por cien —me corrigió.

—¿Y lo de que tenía pinta de mafioso?

Cynthia se rio, quitándole leña al fuego.

—Me puse en plan histérica. —No sabía si lo pensaba de verdad o tan solo intentaba que no le diera más vueltas a este asunto—. Tan solo te digo que ese chico no me gusta, no sé, no me da buena espina. Será un zumbado en busca de atención. —Me miró durante unos largos segundos —. Quizás *tu* atención —susurró.

—Eso me deja mucho más tranquila, gracias —le solté con sarcasmo.

—No hagas que consiga tu atención porque es evidente que lo está consiguiendo. —Cynthia se puso en pie—. Voy un momento al servicio. —Asentí con la cabeza y ella se perdió por el pasillo.

Mientras terminaba de comer mi hamburguesa, sentí que alguien se sentaba en el asiento que ocupó Cynthia con anterioridad. Levanté la mirada y vi a Jeremy con una gran sonrisa. No pude evitar contener la respiración durante los segundos que tardé en procesar su imagen en mi cerebro.

—No me esperaba verte aquí. Esto sí que es una gran sorpresa —dijo con una evidente alegría.

—Bastante casualidad, ¿verdad? —Reí nerviosa.

Me resultaba complicado mantener una conversación con él desde que descubrí sus sentimientos por mí. Me sentía incómoda con su cercanía, pero era algo que tenía que superar. Él era un buen amigo y no quería perderlo como tal. Mi negativa a alargar la conversación hizo que borrara su sonrisa y se pusiera nervioso.

—Esto... quería preguntarte si mañana por la noche podríamos quedar para tomarnos algo. —Cuando abrí la boca para responderle, volvió a hablar—. Con Cynthia, por supuesto.

Me quedé callada unos largos segundos, procesando su petición. Al principio pensaba lanzarle una negativa para no darle falsas esperanzas, pero, al mencionar a mi amiga, no vi peligro alguno.

—Mañana Cynthia y yo teníamos pensado ir al *DyJack*. Podrías pasarte por allí.

—¿Habéis ido a ese club con anterioridad? —peguntó con una cierta curiosidad sospechosa.

—No.

Jeremy no dijo nada más, lo que hizo que mi sospecha creciera. No obstante, decidí no indagar en el tema.

Estuvimos hablando durante diez minutos de asuntos más banales. Miré por encima de su cabeza, en dirección a los servicios. Cynthia estaba tardando demasiado y sentí la obligación de ir en su busca por si algo le había pasado. Volví a mirar a Jeremy.

—Voy un momento al servicio. Parece ser que Cynthia se ha colado en la taza del váter. Ahora vuelvo —dije, poniéndome en pie.

—Tranquila, yo me quedo aquí cuidando vuestras cosas. —Asentí con la cabeza y me dirigí hacia los servicios sin perder más tiempo.

Al llegar a la puerta del aseo femenino, pude escuchar voces procedentes de su interior. Inmediatamente, me acerqué y pegué la oreja en la puerta.

—Eres una niñata patética. No entiendo cómo no has acabado con tu mísera vida —dijo una voz desconocida y oí unas carcajadas.

Sentí repulsión por esa atrocidad que había dicho. ¿Cómo había personas capaces de promocionar el suicidio de aquella forma?

—¡Dejadme en paz de una vez! —gritó Cynthia.

Noté un vuelco en el corazón al comprobar que la agredida era ella y sentí que la furia se apoderaba de mí, destruyendo el poco autocontrol que aún poseía.

Abrí la puerta con brusquedad, provocando un gran estruendo al chocar esta con la pared. Cynthia estaba apoyada en los lavabos y me miró con los ojos humedecidos, lo que me enfureció más. Dirigí mi vista a las dos chicas que me observaban con el ceño fruncido.

—¿Y tú quién eres? —preguntó la rubia.

Reparé en su aspecto. Tenía un vestido demasiado diminuto. Estuve segura de que me faltaría tela para limpiarme las gafas de sol. Lo único voluminoso que resaltaba a la vista era sus pechos operados que parecían dos balones de baloncesto.

Volví a mirar a Cynthia y pude ver el dolor reflejado en sus ojos. Maldición, ella tenía muchos problemas anímicos por culpa de su familia y esta mujer solo podría empeorarlos.

Me centré en la rubia y sentí unas ganas inmensas de meterle la cabeza dentro del váter. No podía permitir que dañaran más a Cynthia de lo que ya estaba por su dura infancia. Había mejores formas de arreglar este asunto, pero ya era tarde para razonar. La furia corría por mis venas y no me caracterizaba por ser una mujer tranquila cuando querían lastimar a las personas que más me importaban en esta vida.

—Soy la que te va a enseñar a respetarla —espeté y me lancé a ella.

Con el impulso de mi cuerpo, le di una fuerte bofetada con el dorso de la mano. Su rostro se le fue a un lado y, si no fuera por la pared, ya se habría caído al suelo. Dirigí una mirada asesina a su compañera cuando vi sus intenciones de acercarse y se quedó quieta en su lugar.

La rubia quiso devolverme el golpe, y lo evité agarrándole la muñeca para después girársela hacia un lado. Escuché un gemido de dolor y yo sonreí con malevolencia. Era consciente de que no actuaba con educación, no obstante, cuando se trataba de Cynthia o de mi familia, mi cordura era muy fácil de perder.

—Odio a las personas que se meten con las que *creen* más débiles para sembrar el miedo y obtener el placer, pero siempre se acaban invirtiendo los papeles. —La solté y cogí la mano de Cynthia, que observaba estupefacta la escena—. La próxima vez que te enfrentes a alguien, asegúrate de que estéis en igual de condiciones. Es de cobardes ir acompañadas para enfrentarte a una sola persona. Y espero que sea la última vez que la molestéis porque si no... —Me volví a acercar a la rubia—. Seré vuestra peor pesadilla.

—¿Es una amenaza?

—Es una advertencia. —Arrastré a Cynthia fuera del aseo, y, antes de cerrar la puerta, la voz de esa mujer me paralizó.

—Esta humillación me la vas a pagar. —Miré sobre mi hombro.

—No tengo miedo.

Antes de que pudiera replicar, cerré de un portazo y nos dirigimos a la mesa con rapidez. Quizás me metí en serios problemas, no obstante, por Cynthia me lanzaría a cualquier peligro sin pensar.

—Jeremy, nosotras nos vamos —dije nada más llegar a la mesa. Mi amiga y yo recogimos nuestras chaquetas y bolsos—. Como te he dicho, mañana nos vemos si te pasas por allí. —Nos

dirigimos a la salida sin cerciorarnos de si él nos seguía o no.

—Pero ¿qué ha pasado? —preguntó detrás de nosotras. Continuamos nuestro camino y nos pusimos las chaquetas al salir del local.

—Solo un pequeño percance en el servicio, nada que no tenga solución. —No lo vi nada convencido—. Cosas de chicas —dije con una sonrisa para suavizar el ambiente.

—Vale. Cosas de chicas... —Rio mientras se rascaba la nuca—. Bueno, voy a entrar antes de que los chicos se impacienten. Nos vemos mañana, entonces. —Asentí con la cabeza y volvió a entrar.

—Gracias por lo de antes, aunque no quería que presenciaras nada —murmuró Cynthia, llamando mi atención.

—¿Quién era esa chica? —pregunté con interés.

—Se llama Jessica y disfruta echándome en cara que mis padres nunca me quisieron por ser un estorbo en sus vidas.

—No volverá a molestarte —le aseguré.

«Yo me encargaría».

⭐⭐⭐

Me miré en el espejo de cuerpo entero de mi habitación. El mono negro que había comprado en el centro comercial moldeaba perfectamente mi figura. Preferí dejarme el cabello suelto y lleno de ondulaciones, sin olvidarme de pintarme los labios de un rojo intenso, como tenía de costumbre.

—¿Estás lista? —preguntó Cynthia.

Ella poseía un rostro angelical que yo no tenía. Su pelo rubio lo mantenía sujeto en un moño informal y sus ojos azules estaban deslumbrantes, rasgos heredados por su padre.

—Sí —afirmé.

Nos pusimos nuestros abrigos y salimos del apartamento. La conducción de Cynthia era estricta, respetaba exhaustivamente las normas de circulación. Tuvimos que preguntar a varios peatones la dirección exacta de la discoteca, ya que mi madre no fue generosa con ese dato.

El establecimiento se situaba apartado del centro urbano, cuyo aparcamiento era bastante amplio. Mi amiga estacionó el coche en una plaza cercana a la entrada del local y nos pusimos detrás de la fila.

Miré al portero, que era un hombre bastante robusto con cara de haber chupado un limón. Cuando llegó nuestro turno, Cynthia pagó nuestras entradas, enseñando nuestro carné de identidad, y nos pusieron un sello en las muñecas.

El *DyJack* se trataba de una discoteca de dos pisos. El de arriba tenía una barandilla de cristal para disponer de una mejor visión de todo el de abajo.

—¡Vamos a por algo de beber! —chilló Cynthia por encima de la música.

No me dio tiempo a contestar porque me arrastró hacia la barra, esquivando como podíamos a la multitud. Cynthia se encargó de pedir nuestras bebidas alcohólicas y yo me dispuse a analizar el entorno, aunque era muy difícil con tantas personas bailando a nuestro alrededor, recibiendo algunos empujones de vez en cuando.

Mientras bebíamos, nos movíamos de un lado a otro. Levanté la vista hacia dos hombres que permanecían apoyados en la barandilla, pero lo extraño era que miraban en nuestra dirección. Cynthia me dio un golpe en el brazo, llamando mi atención.

—¡¿Qué pasa?! —chilló para que la oyera.

Ella siguió la dirección de mi mirada. Me bebí de un trago lo que me quedaba en el vaso y aparté mi atención de los dos hombres, cuyos rostros no podía analizar a esta distancia.

—¡Estoy fenomenal! —le contesté.

Buscamos una zona un poco más amplia en la que poder bailar sin recibir empujones o tocamientos indebidos. No duré mucho moviendo todo el cuerpo porque unas manos en mis caderas me dejaron petrificada.

Me di la vuelta con rapidez, dispuesta a encararme con quien había osado a tocarme de esta manera, y me quedé bloqueada cuando mis ojos conectaron con los de Jeremy.

—Estás preciosa —arrastró las palabras a causa del alcohol que había ingerido.

Sus manos se pusieron en mi cintura con firmeza y me acercó a su cuerpo hasta encontrarnos totalmente pegados uno al otro. Saltaron mis alarmas cuando acarició mi mejilla e inclinó su rostro, acercándose poco a poco a mis labios.

Por un leve momento me quedé quieta, asimilando lo que iba a pasar si no hacía nada para impedirlo. Antes de posar sus labios sobre los míos, giré mi rostro a un lado y los suyos chocaron con mi mejilla.

Puse una mano en su pecho y lo aparté con delicadeza. Tenía una expresión de enfado y sus pupilas estaban muy dilatadas; su mandíbula parecía desencajarse de la cara con frecuencia. ¿Había consumido alguna sustancia? Su aspecto me desconcertó, pero decidí alejarme de él. No entendía su reacción. Jeremy sabía perfectamente lo que yo sentía por él y que nunca podría corresponder a sus sentimientos.

—Voy un momento al servicio —me excusé.

Pude sentir su penetrante mirada clavada en mí mientras me dirigía a la otra parte del local. Mis ojos se desviaron hacia la barandilla, y esta vez solo había un hombre.

Reparé en que había una mesa libre con sus dos sillones en un lugar más reservado. Me acomodé en uno sin dudar y suspiré aliviada por sentirme a salvo aquí, alejada de todo el barullo.

Cerré los ojos mientras mi respiración y los latidos de mi corazón volvían a su normalidad. Era relajante que la música se oyera con menos intensidad en esta zona.

De pronto, un perfume masculino bastante agradable me embriagó. Abrí los ojos y me encontré con la mirada del causante de mis pensamientos desordenados. Estaba sentado en el sillón de enfrente con ambos brazos apoyados en el respaldo. Me enderecé rápidamente y aclaré mi garganta antes de hablar.

—¿Se te ofrece algo? —Intenté que mi voz saliera firme, pero fracasé.

—¿Acaso no puedo hablar con mis clientes? —Levantó una de sus cejas. Su pregunta me desconcertó y la duda era palpable en mis facciones—. Perdón por ser descortés, no me he presentado como es debido. Mi nombre es Jackson McClain.

Extendió su brazo en mi dirección, ofreciéndome la mano. Me quedé mirándolo con el ceño fruncido, sin poder aceptársela. Una pequeña sonrisa se plasmó en su rostro y volvió a acomodarse en el sillón.

—¿Otra casualidad encontrarte aquí? —ironicé, pensando en la acusación de Cynthia.

—Es mi local, Rose.

Abrí los ojos de par en par.

—¿Cómo sabes mi nombre? —exigí saber.

—Aquí no entra nadie sin identificarse en la entrada.

Vaya, el portero tuvo que haberle informado de mi llegada por el pinganillo, pero ¿por qué

este hombre prestó atención a mi nombre por encima del resto que había en esta discoteca?

—Actúas como si me conocieras. —Se me escaparon las palabras antes de poder haberlas retenido a tiempo—. ¿Es así?

Jackson perdió todo rastro de humor y volvió a mostrarme la seriedad que le vi cuando se me cruzó en el centro comercial.

—Tal vez —contestó sin más, dejándome igual de confusa.

Se inclinó hacia adelante y llevó una mano detrás de su espalda. Por un momento llegué a pensar que se sacaría un arma y me pegaría un tiro; sin embargo, mi cuerpo se relajó cuando en su lugar sacó una *rosa negra*.

—La escogí por ser diferente a las demás rosas —murmuró, observando la flor. La tocó con delicadeza y cuidado, como si se fuera a romper con un simple roce.

Durante unos segundos fugaces, pude ver un cambio en su expresión. Leí un sentimiento parecido a la esperanza y nostalgia; no obstante, desapareció tan pronto como vino.

—Siempre prestamos demasiada atención a lo diferente de nuestro entorno, Rose, y se nos graba en la memoria —algo dentro de mí me decía que estaba hablando de nosotros dos y no del resto de la humanidad— y yo tiendo a desear aquello que destaca de todo lo demás. —Levantó la vista, absolviendo la mía—. Quizás algún día entenderás mis palabras. —Se puso en pie y dejó caer la flor encima de la mesa, a unos escasos centímetros de mí—. Es evidente que yo no *fui* diferente para ti.

Mi corazón palpitaba demasiado rápido ante su extraña confesión. Rebusqué su imagen en mis recuerdos, pero no la encontré por ningún lado. Era evidente que él quería conseguir algo de mí, pero ¿Cynthia tenía razón? ¿Solo buscaba mi atención porque era un chiflado?

—No sé quién eres —musité más para mí misma que para él.

—Tranquiliza a tu amiga —dijo, evadiendo la conversación—. No busco haceros daño. De haberlo deseado, ya estaríais bajo tierra.

—¡Tú! —El grito de Jeremy me hizo levantarme como un resorte—. ¡Ni se te ocurra mancillarla, Jackson McClain!

Mi boca se abrió del asombro cuando mi amigo agarró a Jackson por el cuello de la camisa, llamando la atención de las pocas personas que había alrededor.

—Aléjate de ella —gruñó Jeremy con su rostro muy cerca del de Jackson—. Tu hermano y tú deberíais estar entre rejas.

—Cuidado, Miller. —El tono amenazador del McClain me dejó helada—. Hay palabras que es mejor no decir y guardárselas para uno mismo.

Era la primera vez que veía a Jeremy violento. De hecho, nunca se metía cuando un chico intentaba cortejarme o molestarme. Aunque lo más inesperado fue que ambos se conocían muy bien.

En un rápido movimiento, Jackson se quitó a mi amigo de encima y lo empujó, aumentando la distancia entre ellos. Ladeó su cuello en ambas direcciones, haciéndolo crujir, y miró a Jeremy con frialdad.

Los hombres que trabajaban para el McClain cogieron a mi amigo y lo sacaron fuera del local con buenos modales, para mi sorpresa.

—¿Qué acaba de pasar?

Cuando miré a Jackson en busca de una respuesta por su parte, él empezó a girarse y se alejó de mí, dejándome atónita.

Reprimí una maldición y mi vista se dirigió hacia la mesa, donde descansaba la *rosa negra*.

Una especie de fuerza magnética me empujaba a cogerla, pero me negué a dejarme llevar, así que me di la vuelta y me acerqué a la barra.

Mientras esperaba mi turno, busqué a Cynthia con la mirada y pude verla a lo lejos bailando con un chico. Mi prioridad era ella y sentí un gran alivio cuando comprobé que se encontraba bien. Pedí un licor sin alcohol y apoyé mis codos en la barra. Cuando le iba a dar un trago, una voz fría y profunda me paralizó.

—Así que tú eres la famosa chica por la que mi hermano está perdiendo el norte.

Giré la cabeza con el ceño fruncido. Un hombre más mayor que yo, alto y atractivo a simple vista estaba a mi lado, observándome con interés. Su cabello oscuro y alborotado le daba un aspecto bastante juvenil, pero fueron sus ojos azules los que llamaron mi atención, ya que solo pude ver frialdad en ellos.

—¿Quién eres tú? —pregunté seria, poniéndome frente a él con el vaso todavía en la mano.

—Dylan McClain. —Me recorrió descaradamente con la mirada hasta volver a posarla en mi rostro—. Aléjate de mi hermano —advirtió.

Al parecer, este chico era el hermano de Jackson. No sabía el motivo de su mala educación conmigo, ya que yo no había hecho nada. El susodicho fue quien se acercó a mí, y yo no tenía nada que ver en eso.

Dejé el vaso encima de la barra y lo encaré, fulminándolo con la mirada.

—Y tú deberías alejarte de mí —espeté.

Dylan se irguió en su máxima altura, que era bastante mayor a la mía. Por instinto, retrocedí dos pasos cuando él invadió mi espacio personal.

—¿Me estás amenazando? —Pese a que lo dijo bajito, pude oírlo a la perfección por su cercanía.

Joder, este hombre me producía escalofríos con tan solo mirarlo. Su frialdad le daba una belleza más mortífera.

—El pasado no debe encontrarse con el presente, o el futuro será catastrófico —prosiguió, poniéndome todos los pelos de punta—. Espero no tener que esmerarme más para impedirlo.

Si Jackson era extraño, su hermano lo superaba con creces. Ninguno de los dos compartía palabras coherentes conmigo.

No supe de dónde saqué el valor para acercar mi rostro al suyo en un intento de hacerle ver que no conseguiría intimidarme.

—Tu hermano no me interesa en lo absoluto, así que deberías tener esta conversación con él —gruñí.

Dicho eso, me dirigí hacia la salida a empujones sin ningún cuidado. La frustración invadió mi organismo y quería irme de aquí inmediatamente. Alguien me sujetó del brazo y miré por encima de mi hombro de mala gana. Al comprobar que se trataba de Cynthia, me relajé.

—¿Dónde has estado? ¡Te he estado buscando por todas partes! —chilló.

—¡Vámonos! —La arrastré fuera del local.

Capítulo 3



—No me puedo creer que también llamaras la atención del hermano y que esté tan chiflado como Jackson —dijo Cynthia de camino a la Universidad—. A veces pienso que eres un imán para los peligros.

—Si de verdad piensas eso, no deberías permanecer cerca de mí, o serías arrastrada al peligro —me quejé.

—Sabes que jamás haría tal cosa, Rose. —Estacionó el vehículo en el aparcamiento y me miró —. No nos unirá la sangre, pero nos vincula algo más fuerte que eso. —Se dio unos pequeños golpecitos en el pecho, a la altura del corazón. Sonreí en respuesta.

Cynthia apagó el motor y salimos del coche. El aparcamiento estaba abarrotado de estudiantes. Este sería nuestro último año en Medicina, así que sonreí internamente de estar finalizando mis estudios.

—¡Aquí están mis chicas!

Cynthia y yo paramos en seco, sin poder creernos que de verdad él estaba detrás de nosotras. Nos giramos al mismo tiempo y nos lanzamos a sus brazos sin pensarlo.

—¡Nathan! —gritamos al unísono.

Nuestro amigo nos apretujó contra su pecho unos segundos más y nos liberó.

—¿Dónde te habías metido? ¿Y por qué no contestabas a los mensajes ni a las llamadas? —le regañó Cynthia, dándole un fuerte pellizco en el brazo que hasta a mí me dolió.

—Lo siento, pero estaba disfrutando demasiado en Miami —respondió un tanto nervioso y se rascó la nuca.

—Vale, no necesitamos detalles —dijo Cynthia.

Mientras ellos empezaron a conversar, observé cada uno de sus gestos. Había algo en él que no estaba bien. De vez en cuando, los ojos de Nathan rodaban de un lado a otro, como si estuviera buscando a alguien. Hacía un leve pero perceptible movimiento de piernas, muy propio en él cuando estaba nervioso.

Entonces, algo más allá captó mi atención. Había un hombre vestido de negro apoyado en el coche de Cynthia. No podía verle el rostro porque lo mantenía casi oculto por una capucha, y solo dejaba visible su nariz y su boca. De pronto, giró su cabeza en mi dirección y me dedicó una sonrisa siniestra. Un escalofrío recorrió mi espina dorsal y aparté la mirada rápidamente.

—Chicos, ¿sabéis quién es ese hombre que está apoyado en el coche de Cynthia? —Señalé, pero, cuando volví la vista al lugar donde se encontraba ese hombre, ya no había nadie.

—¿Quién? —dijeron ambos a la vez.

—No puede ser... —Seguí mirando fijamente ese lugar, como si pudiera aparecer con tan solo desearlo—. Pues ya no está. —Lo busqué a mi alrededor, y no había rastro de aquel extraño.

—¿Tienes falta de oligoelementos? —Fulminé a mi amigo con la mirada y Nathan rio en respuesta.

—Bueno, chicos, tenemos que entrar —dijo Cynthia.

Durante las dos horas de clase antes del descanso, Jeremy no apartaba su mirada de mí y eso me incomodaba. Quería evitarlo a toda costa, pero sabía que tarde o temprano tendríamos que hablar de lo sucedido.

No presté atención a los profesores porque mis pensamientos iban dirigidos al extraño de la capucha. Al recordar su sonrisa, me dio otro escalofrío. Era una que prometía muchas cosas, y no precisamente buenas.

En el descanso, mientras que Nathan fue a por nuestro almuerzo, Cynthia y yo nos sentamos a la mesa que, casualmente, se hallaba al lado de la que usaban Jeremy y sus amigos.

—Deberías conversar con él cuanto antes y dejarle las cosas claras. Es evidente que no va a dejarte en paz hasta que no habléis y eso solo te traerá problemas; sobre todo, si tiene algún tipo de vínculo enemigo con los dos chiflados —comentó Cynthia.

—El que Jackson tenga problemas con Jeremy, no quiere decir que estos me salpiquen a mí.

—Si el McClain de la *rosa negra* está obsesionado contigo y detesta a Jeremy, créeme, le pegará un tiro entre ceja y ceja con más gusto —insinuó, refiriéndose también al encaprichamiento de Miller por mí.

—¿Quién va a pegarle un tiro a quién? —Llegó Nathan con nuestro almuerzo y nos miró expectante.

—Nadie —respondió Cynthia. Forzamos una sonrisa para aliviar el ambiente—. Rose va a aclararle ciertas cosas a Jeremy.

—Ve a hablar con ese idiota, y, si se le ocurre sobrepasarse contigo, le corto las manos —dijo Nathan mientras chocaba su puño con la palma—. Y tú —apuntó a Cynthia— vas a ponerme al día de todo lo ocurrido en mi ausencia.

Solté un suspiro y me levanté de la silla con lentitud, como si así pudiera retrasar este momento tan embarazoso. Me dirigí a Jeremy lo más serena posible, camuflando los nervios que esta situación me originaba.

—¿Podemos hablar un momento? —Observé que le sorprendió que yo diera el primer paso para conversar.

—Claro.

Se puso en pie y miramos hacia Nathan. Él llevó un dedo a su cuello y lo pasó desde un extremo a otro con su mirada asesina puesta en Jeremy. Los dos nunca se habían soportado.

Nos dirigimos fuera de la cafetería y entramos en un pasillo solitario de la Universidad para tener más privacidad.

—Jeremy...

—No —me interrumpió—. Siento mi comportamiento tan inadecuado la otra noche, no se volverá a repetir. —Me mostró una sonrisa, aunque se borró al instante, poniéndose serio—. Pero te daré un consejo porque, al igual que me importas, me preocupo por ti.

—¿Cuál?

—Mantente alejada de Jackson McClain. No es el tipo de hombre que querrías tener cerca.

—Jeremy —me crucé de brazos—, entre él y yo no hay nada.

—No es necesario que haya algo entre vosotros para que él se convierta en un incordio para ti.

Me quedé mirándolo fijamente.

—¿De qué lo conoces? —quise saber. Tal vez Jeremy podría darme más información sobre los McClain—. ¿Es un chiflado?

Maldije a Cynthia en mi mente por meterme esa palabra en la cabeza.

—No conozco su salud mental —dijo un tanto desconcertado—. Solo sé que se mueve por sitios peligrosos, ya sabes.

—No, no sé —le insté a que continuara soltándome información relevante.

A Jeremy se le desencajó la mandíbula por la sorpresa. Parecía que llevaba un cartel colgado del cuello que ponía «qué ingenua eres, Rose».

Miró a ambos lados, asegurándose de que no había ningún curioso, y se acercó más a mí para no tener la necesidad de hablar alto.

—Los McClain están metidos en asuntos turbios de negocios —murmuró. Al ver mi cara de desconcierto, perdió la paciencia—. ¡Mafiosos, Rose! —espetó en voz muy baja—. ¿Hace falta que te explique lo que son?

Se me cortó la respiración de golpe. La sola idea de estar relacionándome con gente peligrosa capaz de matar sin remordimiento alguno me puso nerviosa.

—¿Estás seguro de eso? —Mi amigo asintió con la cabeza—. ¿Cómo lo sabes?

—Escucha. —Puso un poco de distancia entre los dos para no seguir invadiendo mi espacio personal, lo que agradecí, porque ya me estaba asfixiando yo misma con mis nervios—. Dudo mucho de que Jackson te haga daño por su propia mano, pero el mundo por el que se mueve no está hecho para personas como tú.

El silencio se presentó entre nosotros, momento que aproveché para asimilar todo lo que me estaba diciendo. Jeremy no sería capaz de mentirme, pero me costaba creer que él tuviera razón.

Mi amigo me dio la espalda, dispuesto a marcharse, pero, antes de desaparecer, se giró para dedicarme sus últimas palabras.

—Espero que no me delates ni le digas a nadie sobre esta conversación, o seré hombre muerto por hablar demasiado.

⭐ ⭐ ⭐

—¡Cariño! Qué sorpresa verte por aquí. —Jaqueline me rodeó con sus cálidos brazos—. Tu padre está en el trabajo. Ahora pasa mucho más tiempo aquí, y es una casualidad que vinieras cuando él no está.

—No te preocupes, me pasaré en muchas más ocasiones —dije con una radiante sonrisa.

Por más separada que estuviera de mi familia, nuestro vínculo jamás iba a flaquear. Nuestra unión era tan fuerte que ni la muerte podría separarnos, al menos, no espiritualmente.

Nada más entrar en casa, mi madre me condujo al salón.

—¿Y *Bobby*? —pregunté y nos acomodamos en el sofá. Era extraño que el perro no viniera a saludarme.

—Se escapó anoche, Rose —dijo con tristeza—. Empezó a ladrar y a rascar la puerta principal. Le dejé salir para que se le pasara el berrinche, y ya no volvió. —Fruncí el ceño, extrañada de que *Bobby* deseara la calle cuando siempre fue muy perezoso—. Por cierto, se me

olvidó preguntarte antes de que te fueras al apartamento. ¿Te llevaste el portarretrato que estaba en el mueble de la entrada? —preguntó.

—¿De qué portarretrato hablas?

—Del que tenía una foto tuya que te hicimos el día de tu último cumpleaños, ¿recuerdas?

—No me he llevado nada...

Cynthia y yo revisamos todo el piso de abajo al escuchar como un objeto se rompía en pedazos, pero no vimos nada fuera de lo normal. ¿Y si el objeto roto fue recogido por el supuesto ladrón? Y si era así, ¿cómo entró sin forzar la cerradura? ¿Para qué quería llevarse una foto mía? Un escalofrío recorrió mi espina dorsal.

«No son paranoias».

—Quiero que a partir de ahora cerréis bien las puertas y no abráis al escuchar el timbre hasta que no sepáis quién es —dije con tanta rapidez que ni yo misma pude entender mis propias palabras.

—Lo haremos. No te preocupes, Rose. No nos pasará nada.

«*El Monstrum vuelve a actuar...*».

Mi madre apagó la televisión con rapidez y clavó sus ojos en los míos.

—¿Te encuentras bien? Estás muy pálida. —Podía ver lo preocupada que estaba.

«No estoy bien, estoy confusa».

—Me quedaría mucho más tranquila si cambiáis la cerradura de la puerta principal —dije sin más.

—Rose... —Mi rostro debió sorprenderle porque finalmente accedió—. Está bien, mañana llamaré a un cerrajero. ¿Contenta?

—Sí. —Sonreí, fingiendo tranquilidad.

Estuvimos hablando toda la tarde hasta que oscureció por completo. Durante nuestra charla, no pensé más en la desaparición de mi fotografía ni en el supuesto ladrón. No deseaba preocupar a mi madre más de lo debido y quería que pasara una tarde agradable conmigo. Además, no tenía ningún fundamento lógico para explicar mis hipótesis.

Me despedí de mi madre, con la excusa que Cynthia me estaba esperando para cenar.

El maldito aparcamiento no estaba a mi favor y tuve que estacionar el coche lo suficientemente lejos como para andar casi diez minutos hasta llegar al apartamento. Le envié un mensaje de texto a Cynthia para que supiera que estaba de camino y no se preocupara por mi tardanza.

Las calles por las que caminaba estaban desiertas, solo podía oír mi propia respiración debido a mi caminar tan acelerado.

De pronto, escuché unos pasos detrás de mí, pero, al voltearme, no había nadie. Reanudé la marcha, y, esta vez, más rápido. No existían tantas casualidades de paranoias.

Volví a oír los pasos mucho más cerca y rápidos. Sujeté bien mi bolso y giré la cabeza mientras seguía andando para mirar sobre mi hombro. Abrí los ojos como platos cuando contemplé su imagen.

A unos pocos metros de mí estaba el chico de la capucha siguiéndome. No podía verle el rostro porque esta le caía hasta la punta de la nariz.

No me lo pensé más y eché a correr como si mi vida dependiera de ello. El desconocido hizo lo mismo y cada vez estaba más cerca.

Corrí más rápido y, al doblar la última esquina para poder visualizar mi edificio, me estrellé contra un cuerpo duro. No caí al suelo porque esa persona me agarró de la cintura y me giró, pegando mi espalda en su pecho.

Empecé a chillar y a patalear. Entonces, me tapó la boca con una mano, todavía sin soltarme. Por instinto, se la mordí con fuerza. Mi mente trabajaba a mil por hora, sospechando que esto se trataba de un secuestro exprés. El extraño gruñó y me liberó. Me di la vuelta, lista para golpearlo, y me petrifiqué cuando descubrí quién era.

—¿Dylan? —pregunté aturdida.

—Tú… —Agitó la mano con la cara descompuesta por la furia y le echó un rápido vistazo—. Me has hecho sangrar.

Vi la evidencia. Mi mordedura le había hecho una herida, por la cual emanaba ese fluido escarlata. No era mucho, pero si Dylan era tan peligroso como Jeremy me lo hizo ver, era obvio que no dejaría pasar este percance.

—¿A quién se le ocurre agarrar a una mujer en plena huida de un acosador? —espeté irritada. No sabía cómo arreglar esto. Lo último que quería era tener más problemas con esta familia.

Ahora fue cuando me acordé del chico de la capucha. Me di la vuelta, escaneando con la mirada todo lo que me rodeaba. No había rastro de ese hombre por ningún lado.

—Mi hermano no está por aquí —dijo como si nada.

Volví la vista a Dylan. ¿Se acababa de referir a Jackson como un acosador?

—¿Debería preocuparme por él? —quise saber.

Mi cuerpo se tensó cuando Dylan dio unos pasos hacia mí, acortando la poca distancia que nos separaba.

—Deberías preocuparte por mí. —Su susurro lúgubre me puso todos los pelos de punta—. Mi presencia te pone nerviosa y tal vez hasta te aterra, pero sigues desafiándome.

Retrocedí, y no supe en qué momento mi cuerpo quedó de espaldas a la pared, ya que los ladrillos del edificio que tenía detrás impidieron que me alejara de Dylan, así que consiguió acorralarme.

—Mantente alejada de Jackson. —Levantó una mano para posarla en la pared, al lado de mi cabeza; sin embargo, en el proceso me rozó la mejilla de pasada, lo que me produjo un escalofrío —. O, de lo contrario, tendré que hacer lo que debí haber hecho hace mucho tiempo.

—Y eso es… —dejé la frase en el aire para que él la finalizara.

Me preparé para atacarlo si veía peligrar mi vida. La mirada fría que Dylan tenía implantada en sus ojos azules me paralizaba y me hacía desear apartarlo a partes iguales. Parecía que estaba observando a un bloque de hielo. No detectaba ningún tipo de calidez en él.

—Poner fin a tu existencia, quitándome un fuerte dolor de cabeza —sentenció.

Acto seguido de su amenaza de muerte, puse las palmas de mis manos en su duro pecho y lo empujé con todas mis fuerzas. No conseguí apartarlo demasiado, pero sí lo suficiente para echarme a un lado y alejarme de la pared.

—¿Por qué me odias tanto? —pregunté apenas sin voz. No se debía al miedo, sino al cansancio de tener que luchar contra él sin saber el motivo.

Me enfrenté a muchas personas durante toda mi vida. Nunca me amedrenté ante nadie; no obstante, jamás tuve que tratar con una amenaza de este calibre. Aun así, no pensaba doblegarme.

Dylan no dijo nada, tan solo me observaba con su acostumbrada ausencia de emociones. Este hombre parecía vacío por dentro, no te transmitía nada cuando lo mirabas. Sus palabras y sus

actos eran lo que me chivaba de que él era malvado.

—¿Por qué eres tan frío e insensible? —murmuré.

Vi un ligero cambio en sus facciones, pero este duró tan poco que ni siquiera pude estar segura de si lo vi.

—No intentes analizarme, Rose Tocqueville —dijo sin emoción alguna—, y no indagues en mi familia. No querrás ver una pesadilla, ¿verdad?

Terminó de desorganizarme los pensamientos y se marchó. Me quedé ahí, quieta y con la vista fija en su espalda mientras se alejaba de mí.

Capítulo 4



Mi amiga no tenía ni idea de la conversación que mantuve con Jeremy ni de mi encuentro fortuito con Dylan. En cambio, lo del encapuchado y lo de la desaparición de mi fotografía en casa de mis padres me lo reservaría para mí. Lo último que quería era preocuparla más.

Hoy no había clases en la Universidad, así que aprovechamos para salir a almorzar en un bar que había cerca de nuestro apartamento.

Hacía una buena temperatura en septiembre, aunque el frío amenazaba con venir. El verano estaba acabando, hecho que agradecí. La mayoría de la gente prefería el calor, pero yo me inclinaba más por el frío.

Le conté a mi amiga los últimos acontecimientos que tuvieran que ver con los McClain cuando se comió su tostada y se pidió el café. Teníamos la intimidad suficiente para ello. Además, no éramos tan ingenuas como para no hablar en susurros, asegurándonos antes de la ausencia de peligro.

—Lo que debo hacer es enfrentarme a Jackson —dije, no muy convencida de mi decisión.

—¿Estás loca? —Cynthia empezó a ponerse realmente nerviosa. Podría haber riesgo de que vomitara todo el almuerzo en el suelo—. Lo que tienes que hacer es…

—¿Mantenerme alejada de los McClain? —la interrumpí—. No puedo hacer eso hasta que Jackson desista de acercarse a mí, y para eso tengo que hablar con él. ¿No lo entiendes?

—En ese caso, no deberías quedarte a solas con él —me pidió—. Yo puedo ir contigo.

Cuando me desperté, llamé a Jeremy y le pedí que me facilitara el número telefónico de Jackson, ya que él lo conocía bastante bien. Al principio se mantuvo reacio a ayudarme, pero, finalmente, logré convencerlo cuando le aclaré que quería alejarlo de mí, y que, para eso, tenía que mantener una conversación con el McClain. No mencionamos nada de mafia, porque no era aconsejable tratar temas delicados por el móvil.

—Lo haré sola, Cynthia. —Antes de que replicara, proseguí—. Me reuniré con él en un lugar público, no te preocupes.

—Rose… —Soltó un suspiro, interrumpiéndose ella misma.

—Ya está decidido.

Le pediría a Jackson las explicaciones necesarias para arrancarme esta curiosidad por el

misterio de todas sus palabras. Echándolo de mi vida tan rápido como vino, alejaría también a Dylan de mí, que era, incluso, lo que más ansiaba.

⋆⋆⋆

Después de hacer unos recados que nos ocupó toda la mañana, me comuniqué con Jackson para vernos hoy mismo. Pese a que no pude ver su cara de sorpresa, esta fue detectable en su voz cuando escuchó la mía y le dije quién era. Él accedió a reunirnos esta noche, pero yo tuve que acceder al lugar que eligió: un restaurante de lo más lujoso que no encajaba con mi vestimenta tan casual. No era lo que tuve en mente, sin embargo, se trataba de un sitio público, que era lo que me interesaba. Además, esta opción era mejor que un parque.

Cynthia fue la que me llevó al restaurante y me pidió que la llamase al acabar para traerme a casa. Jackson ya me estuvo esperando en la puerta y, aunque se esforzara en mostrar tranquilidad, detecté que el nerviosismo le corría por las venas.

Y aquí nos encontrábamos, sentados a la mesa más privada uno enfrente del otro. El camarero ya nos sirvió la cena, sin embargo, ninguno de los dos comenzamos a probar los alimentos.

—Pareces preocupado —rompí el silencio que ya se tornó un tanto incómodo.

Jackson paseó su mirada por lo poco que podía ver de mi cuerpo hasta que se centró en mi cara. No supe qué vio en mí para que sonriera, hasta que me fijé en que mis manos temblaban ligeramente sobre la mesa. Por instinto, las escondí de su vista, apoyándolas en mis muslos.

—Al menos, yo disimulo *mi preocupación* mejor que tú —dijo, enfatizando más en dos palabras—. Tan solo no me esperaba tu llamada y, mucho menos, que consiguieras mi número sin complicaciones.

Reprimí un escalofrío por mi error. Maldición, no había caído en la cuenta de que conseguir contactar con un mafioso por esta vía quería decir que alguien de su mundo me facilitó la tarea. Acababa de exponer a Jeremy, porque Jackson era plenamente consciente de mi amistad con él, y sería el primer sospechoso en su lista.

Si el McClain sabía la verdad, no la dijo en voz alta.

—Quiero respuestas. —Él levantó una ceja, un poco incrédulo, y me hizo un gesto con la mano para que continuara. Si Dylan era un bloque de hielo que no mostraba emociones, su hermano parecía un libro más abierto—. Nos conocimos en el pasado, ¿cierto? —Se mantuvo en silencio, lo que aumentó mi irritación por su poca colaboración en sacarme de dudas—. ¿Por qué te cuesta tanto ser claro conmigo?

—Me salvaste la vida, eso es todo —dijo más serio.

—¿Cómo? —No me lo podía creer. Me acordaría de algo tan memorativo—. Eso es imposible.

Era verdad que ayudé a otras personas que no conocía en el pasado, pero tanto como salvarle la vida a alguien…

—No tengo la culpa de que no logres recordarme, Rose. —Rompió el hilo de mis pensamientos—. También tuve que alejar la muerte de ti. —Se inclinó por encima de la mesa, acercando su rostro serio al mío perplejo—. En más de una ocasión y a día de hoy sigo haciéndolo.

—Por favor, no implantes más confusión en mí o me volveré loca —susurré, rogándole con la mirada.

—Entendería que quisieras alejarme de ti si solo aportase muerte y destrucción a tu vida,

Rose, pero te estoy ofreciendo todo lo contrario. Recuérdalo. —Volvió a acomodarse en su asiento y cogió el cuchillo y el tenedor para cortar la carne.

¿Cómo podía estar tan tranquilo después de soltarme esto y cenar? Yo no tenía ni apetito.

—Deberías alimentarte —soltó.

Era consciente de que este hombre no me iba a aclarar qué nos unía del pasado, así que me enfoqué en el otro asunto. Necesitaba salir totalmente de dudas.

—¿En qué trabajas? —me atreví a preguntar.

Jackson se paralizó a medio camino de llevarse un trozo de carne a la boca. No expondría a Jeremy, porque no le diría sobre su implicación en la mafia; lo que buscaba era que el McClain mismo me lo confesara para no tener tapujos con él a la hora de hablar.

Con su vista ahora fija en mí, volvió a depositar el tenedor con la carne pinchada encima de su plato.

—Tenemos una empresa de organización de eventos, *DJ EVENTS*. Nos dedicamos a la organización y ejecución de eventos sociales, culturales y empresariales acorde a los intereses de nuestros clientes. Y, a su vez, tenemos el *DyJack*, nuestra discoteca, donde se realizan espectáculos mismamente —explicó con tranquilidad—. Pero eso no es lo que quieres saber, ¿verdad? —Me quedé mirándolo con cara de póker. Me estaba insinuando algo, era obvio—. ¿Por qué no eres clara conmigo y me preguntas lo que sí deseas saber?

—No sé a qué te refieres.

—Después del altercado en mi discoteca con Jeremy, dudo mucho de que él no te haya llenado la cabeza de ideas sobre mi familia. —Mi cuerpo se puso rígido ante la mención de mi amigo—. No se me puede engañar con facilidad, Rose, así que puedes mencionar mis *negocios extras*.

Tenía que proteger a mi amigo a toda costa. No era experta en temas de organizaciones criminales porque jamás estuve implicada en una; no obstante, no había que ser un genio para saber que a los chivatos los mataban.

—Jeremy no me dijo nada —escupí con una seguridad que hasta a mí me sorprendió—, así que no sé a qué te refieres, pero tú mismo me acabas de confesar que tu hermano y tú estáis metidos en asuntos turbios.

Si de un juego de manipulación se trataba esto, que así sea entonces.

Jackson se quedó callado, procesando mi contraataque. Desde luego que él no se esperó mi respuesta. Tal vez no creía del todo en la inocencia de Jeremy, sin embargo, no tenía pruebas concluyentes para acusarlo de traición, así que no podía hacer nada en su contra.

—Bien jugado —comentó sin más, erizándome la piel. ¿No soné demasiado convincente? Entonces, sonrió con los labios apretados—. Tanto mi hermano como yo pertenecemos a una organización criminal. Ambos trabajamos juntos, coordinándonos, pero en algunos casos lo hacemos por separado. —Apoyó su espalda en el respaldo de la silla, sin apartar la vista de mí—. Mis padres murieron, así que mi hermano y yo *tuvimos* que seguir con este negocio.

—¿Tuvimos? Suena a obligación.

—Te aconsejo que no hagas que mi hermano se entere de esto, porque no se tomaría muy bien que tú sepas *demasiado*, ¿entiendes? —Ahora mostró un atisbo de preocupación—. Guarda silencio, Rose, o, de lo contrario, no podré protegerte más tiempo.

Dylan jamás sabría por mi boca lo que me había confesado Jackson; más que nada, no me convenía tener más problemas con él. En este momento, ese McClain no me importaba en lo absoluto. Estaba centrada exclusivamente en el que tenía delante, lanzándome enigmas por

doquier.

—¿De qué me estás protegiendo? —quise saber.

—Nadie en este mundo está fuera de peligro, ya que la muerte siempre acecha, hagamos lo que hagamos —contestó, aclarándome lo evidente—. Tan solo intento evitar que esta te alcance, sean por los motivos que sean.

—Así que mi vida ha estado en peligro varias veces y tú me has sacado de él.

Cerré los dedos en torno al mango del tenedor y lo apreté con fuerza para controlar los impulsos de levantarme y marcharme. Jackson seguiría reacio a que yo entendiera sus acertijos, y ya estaba perdiendo la paciencia.

La imagen del chico de la capucha vino a mi mente y se iluminó como una luz de neón. ¿Acaso Jackson me estaba protegiendo de ese desconocido y por eso todavía no me dio alcance? ¿Dylan se presentó enfrente de mi edificio porque vio al encapuchado siguiéndome? No, no me podía creer que precisamente ese McClain me estuviese ayudando cuando solo ansiaba matarme.

—Rose. —El tacto de la mano de Jackson sobre la mía que apretaba el tenedor me hizo salir de mis ensoñaciones—. No pretendo hacerte daño, no huyas de mí.

Lo miré pasmada. Vine aquí con el propósito de alejarlo de mi vida, y ahora ya no sabía qué hacer. Todo el asunto de ese encapuchado me estaba poniendo más paranoica y, para qué engañarme, no quería morir. Si para evitarlo tenía que tolerar la presencia de los McClain en mi vida, podría soportarlo, al menos hasta que consiguiera quitarme a ese chico macabro de mi camino.

—¿Y me ayudas por sentirte en deuda conmigo? —pregunté.

Era normal que Jackson se sintiese así si yo le salvé la vida. Decidí no darle más importancia al misterio de la ayudita que le brindé, una que no me acordaba; ya tendría tiempo para eso más adelante.

—No. —Me acarició el dorso de la mano con su pulgar hasta que aflojé el agarre del tenedor al despistarme con su tacto—. Eso me *unió* a ti. —Genial, más misterios que añadir a mi lista.

Liberé el tenedor y aparté la mano de la suya con delicadeza. Jackson no mostró ofensa ante mi gesto.

No dijimos nada más referente a organizaciones criminales ni peligros de muerte. Empezamos a cenar en silencio y yo me sumergí en mis pensamientos. Esta vez, estos iban dirigidos a Dylan McClain. ¿Su insistencia a que me alejara de su hermano aumentaría de nivel? Suponía que, si yo era importante para Jackson, él no debería hacerme daño. Quizás solo trataba de asustarme y, al parecer, sin éxito. Por si acaso, evitaría a ese hombre a toda costa.

El sonido de la melodía del teléfono de Jackson fue lo que me devolvió a la realidad. Dejó los cubiertos encima de la mesa y atendió la llamada. Pese a tenerlo delante, no entendí nada de lo que estaba hablando con la otra persona, ya que mencionaba palabras aparentemente sin sentido. Supuse que serían claves para entenderse entre mafiosos. Lo que sí pude saber fue que el McClain no lucía nada contento con el mensaje que estaba recibiendo. Sus facciones enfadadas hablaban por él.

—Joder, tengo que irme —murmuró en cuanto colgó la llamada y se guardó el móvil en el bolsillo del pantalón de traje.

Los McClain sí tenían gustos caros para el estilismo. Se preocupaban demasiado por su imagen de empresarios ricachones, tanto, que no me imaginaba a ninguno con un chándal. Cada vez que los había visto, ambos iban con pantalón de traje y camisa ajustados.

Observé como arrastraba la silla hacia atrás y se ponía en pie. Ni siquiera había terminado de

cenar.

—Deduzco que tu amiga vendrá a por ti —dijo mientras se ponía la chaqueta.

—Así es.

Le hizo una señal con el brazo al camarero y, cuando el hombre llegó a él, le pagó nuestra cena. No me opuse a que me invitara, eso que me ahorraba. Al menos, de alguna manera me tenía que cobrar tanto misterio sin resolver por su parte. El que me rayara la cabeza a diario tenía un precio y le saldría caro.

Cuando Jackson se marchó después de despedirse de mí con un simple «hasta pronto», continué cenando. Entre bocado y bocado, llamé a Cynthia, pero no cogió ninguna de mis llamadas. Hice el último intento nada más terminar la cena y estar lista para marcharme. Genial, me tocaría pedir un taxi.

Me puse el abrigo, me colgué el bolso y salí del restaurante con el móvil en la mano. Una vez fuera del recinto, abrí mi agenda de contactos y busqué el número telefónico de los taxis. Justo antes de darle a la opción «llamar», el móvil emitió un pitido y se apagó.

—No puede ser —maldije por lo bajo—. Se me ha quedado sin batería.

Metí el teléfono en el bolso de mala gana y comencé a caminar. Ni loca le pediría a alguien que me llevase a casa a cambio de dinero para cubrir el gasto de la gasolina. Había mucho chiflado suelto. Tampoco pensaba recorrer la ciudad a pie, sola y con un encapuchado detrás de mí.

Me dirigí a la parada de autobuses más cercana, que se hallaba a dos calles de aquí.

Antes de cruzar la última que me separaba de mi destino, escuché voces procedentes del callejón de al lado. Mis pies silenciosos se movieron por sí solos hacia allí al oír una voz que me era terriblemente familiar.

Pegué mi espalda en la pared y me acerqué a la esquina del callejón lentamente para intentar que mi presencia no fuera percibida por un brusco movimiento. Me asomé lo suficiente para poder ver a cuatro hombres que parecían discutir. Ahora podía escuchar con claridad lo que decían.

—Las reglas son las reglas y ya sabes lo que pasa cuando hay traición —dijo un hombre con burla.

Podía observar a tres hombres y a un chico joven acorralado en la pared, pero no podía verle el rostro a este último. De los tres, solo me llamaba la atención el que habló, ya que parecía ser el líder porque los otros solo miraban la escena como estatuas, sin intervenir en la conversación.

—Ha sido un mal entendido. Os juro que yo no tengo nada que ver en eso —dijo esa misma voz que ahora me resultó bien conocida.

El chico se giró y pude verle el perfil del rostro.

«Nathan».

Me petrifiqué, sintiendo que mis pies se pegaron en el suelo. No podía irme de allí, aunque mi subconsciente me decía que corriera.

—Nosotros no preguntamos, tan solo obedecemos —dijo el mismo hombre.

El líder sacó una pistola del interior de su chaqueta y apuntó en la frente de Nathan.

—Por favor... —titubeó mi amigo con un miedo ahora evidente. Era la primera vez que le veía sentir tal emoción.

—Tus súplicas no cambiarán nada, chico. Saluda a Satán de mi parte. —Antes de pestañear, se oyó un disparo y Nathan cayó al suelo.

Su rostro estaba girado en mi dirección y pude ver con claridad el agujero que el proyectil le

hizo en la frente. Tenía los ojos abiertos, pero estaba muerto. Pude notar que esta imagen se guardaría para siempre dentro de mi cabeza.

Jadeé tan alto que los tres hombres voltearon en mi dirección. Me llevé la mano a la boca para callar los sollozos que trepaban por mi garganta. Mis ojos se llenaron de lágrimas que no tardaron en derramarse por mis mejillas y empecé a temblar de forma descontrolada.

—¡Mierda! ¡Atrapadla! —gritó el hombre.

La adrenalina se apoderó de mi sistema por el peligro que me acechaba.

«Ya habrá tiempo para lamentarme y culparme».

Eché a correr sin mirar atrás. No tardé en escuchar sus disparos y el cristal del escaparate que estaba a mi lado se rompió, produciendo un gran estruendo. Chillé y agaché la cabeza por instinto, pero no paré de correr en ningún momento.

Las pocas personas que me cruzaba en el camino se tiraban al suelo, alarmadas por los continuos disparos, y los coches aceleraron, saltándose los semáforos en rojo. Esto era un caos y yo estaba en el punto de mira.

Capítulo 5



Habían pasado dos semanas desde la muerte de Nathan; dos semanas bastante dolorosas para Cynthia y para mí.

Aquella noche conseguí llegar viva al apartamento, al menos, orgánicamente porque en el ámbito emocional estaba destrozada. Las lágrimas se convirtieron en nuestra única y fiel compañía. Desde esa noche, no volví a encender mi teléfono móvil. No quería recibir llamadas ni mensajes, quería desconectar del mundo exterior.

Después de aquella noche, nos hospedamos por tiempo limitado en la casa de mis padres. Les informé de la muerte de Nathan, omitiendo, lógicamente, que fue asesinado en mi presencia y que corría el riesgo de que me buscaran para silenciarme por encontrarme en el momento más inoportuno y en el lugar menos indicado.

En estas dos semanas no volvimos a la Universidad ni salimos de casa en ningún momento debido al peligro que me acechaba. Cynthia quiso seguir a mi lado a pesar de que arriesgaría su vida con esa decisión. Jeremy nos visitaba constantemente y era de gran ayuda recibir su apoyo, aunque las únicas personas que sabíamos la verdad sobre la muerte de Nathan éramos Cynthia y yo. Él también nos dejaba los apuntes de los días de nuestra ausencia en la Universidad.

Poco a poco y con muchísimo esfuerzo, el dolor de la pérdida de Nathan se iba amortiguando lo suficiente como para poder seguir con normalidad.

Siempre me sentiría culpable por su muerte porque quizás podría haberla evitado. En cambio, me quedé bloqueada, observando la escena como una cobarde. No iba a negar que el miedo seguía dentro de mí, ya que era consciente del peligro que corría.

Caminé hacia la ventana de mi habitación y aparté las cortinas.

—¿En qué estabas metido, Nathan, para que acabaras así? —susurré a la nada mientras miraba el exterior.

Puse mi móvil a cargar encima de la mesilla y lo encendí. Mientras que este arrancaba, fui a darme una ducha.

Cuando salí envuelta en una toalla, comprobé todas las llamadas y mensajes. Algunos eran de mis compañeros de la Universidad, como era de suponer, para sentir la muerte de Nathan como siempre se decía en estos casos; y, la gran mayoría, de Jackson McClain.

Solté un suspiro y me acosté en la cama. Tenía problemas para conciliar el sueño, ya que la

última imagen que me llevé de Nathan aparecía en mi mente con frecuencia.

Mis pensamientos viajaron al día siguiente de la muerte de Nathan y la impotencia me volvió a carcomer. Fui a denunciar el caso, no quería que su muerte quedara sin su debido castigo. Después de dar mi declaración, los agentes de policía aseguraron que me llamarían, pero nunca lo hicieron. A los dos días posteriores, vi en el periódico la noticia de Nathan. Dicho de manera informal, Nathan Smith se suicidó, pegándose un tiro en la cabeza. ¿Cómo era posible que la verdad estuviera disfrazada de la mentira? ¿De dónde habían sacado esa desfachatez? ¿Acaso mi declaración era irrelevante? ¡Era más fácil suicidarse con un tiro en la sien y no en la frente!

Claramente, la verdad estaba tapada con una gran mentira. Un dato muy importante aprendí sobre este enredo.

«El dinero lo compra todo».

La impotencia fue consumida por la ira. Nathan quedó ante el mundo como un suicida. Por suerte, mis padres se mantenían ajenos a este asunto.

⭐⭐⭐

Al despertarme, Cynthia y yo organizamos nuestras escasas pertenencias para volver al apartamento. Ya teníamos que retomar la rutina. Jeremy insistió en salir esta noche a una cafetería, que estaba cerca de mi edificio para pasar una velada tranquila.

Estaba sentada en mi cama con la espalda apoyada en el cabezal. Tenía una fotografía de Nathan en las manos. Tanto la tristeza como la furia permanecían unidas en mi interior. El último sentimiento se debía a que su asesinato había sido enmascarado por el suicidio.

—Rose, tienes que parar de tener esa costumbre. —No me percaté de la presencia de Cynthia —. Eso nada más creará más dolor y, por más que lo lamentemos, eso no traerá de vuelta a Nathan —dijo mientras se sentaba a mi lado. Levanté la vista y me perdí en sus ojos humedecidos—. Él se fue y nosotras tenemos que dejarle ir —susurró con suavidad, acariciándome la mejilla.

—La culpa me carcome por dentro y desgarra mis entrañas —gruñí—. Soy una maldita cobarde que no hizo nada, solo mirar como lo asesinaban frente a mis ojos.

—¡No! —chilló—. Deja de culparte porque tú no tienes la culpa. Él se metió en algo turbio y, como consecuencia, acabó muerto. Tú no podías hacer nada. —Me arrebató la fotografía de las manos y la guardó en el primer cajón de la mesilla—. Bastante tienes con haber presenciado su muerte y que la tuya corra peligro constantemente. Y te diré una cosa, por muy duro que se escuche. —Agarró mi rostro para que la mirara a los ojos—. Prefiero ver a Nathan muerto que veros a ti y a él muertos, ¿entiendes? Si hubieras intentado algo, ahora mismo estarías haciéndole compañía. —Me abrazó con fuerza y me acarició el cabello en un intento de relajarme.

Perdí la cuenta del tiempo que pasamos en esa posición. Parecía una niña pequeña siendo consolada por su madre.

El sonido del timbre del videoportero rompió el silencio del apartamento. Me levanté con rapidez y cogí mi chaqueta y el bolso para reunirnos con Jeremy.

Nos sentamos a una mesa con vistas frontales al jardín y la avenida en nuestro lateral. En las mesas contiguas no había nadie por las bajas temperaturas, así que gozaríamos de mayor privacidad.

En el jardín había muchos niños jugando, adolescentes bebiendo de sus botellas y un hombre apoyado en un árbol fumándose un cigarrillo.

—Aquí tenéis. —Jeremy nos dejó nuestros refrescos y un plato pequeño de frutos secos con chili.

Mi amigo gastaba bromas y contaba chistes para hacernos reír y pasar un momento agradable. Él se había convertido en alguien muy especial para nosotras, había sido un gran apoyo. Incluso dejó en segundo plano a sus amigos para pasar más tiempo con nosotras, un gesto inesperado por su parte.

Mi móvil interrumpió la conversación. Vi en la pantalla que se trataba de Jackson e hice una mueca. Colgué y lo dejé encima de la mesa sin prestar más atención en él.

—¿Quién era para que pusieras esa cara? —preguntó Cynthia con la boca llena de frutos secos.

—No lo sé. Es un número que no tengo guardado y que es demasiado insistente —mentí.

—¿Y por qué no lo has cogido? —continuó mi amiga.

—Porque no me apetece que algo o alguien arruine este pequeño momento de tranquilidad que tanta falta nos hacía.

El móvil volvió a sonar y Jeremy lo cogió con rapidez, sin siquiera reparar en el nombre que aparecía en la pantalla.

—¿Quién eres? —preguntó serio—. ¿Tanto follón con las llamadas y ya no quieres hablar? —volvió a preguntar al no obtener respuesta desde el otro lado de la línea—. No es nadie —me dijo, entregándomelo.

Mi vista se desvió hacia el hombre del cigarrillo. Tenía su teléfono pegado a la oreja y miraba en nuestra dirección. No aparté mis ojos de él hasta que, finalmente, terminó de hablar y se guardó el móvil. Tiró la colilla al suelo y la pisoteó antes de girar sobre sus talones y marcharse.

—Eh. —Una mano pequeña y femenina cortó mi contacto visual con el entorno. Pestañeé aturdida y puse mi atención en Cynthia—. Era él, ¿verdad? —murmuró.

Para mi mala suerte, Jeremy escuchó a mi amiga.

—¿Jackson?

Rodé los ojos, frustrada por tener que arruinar nuestra velada con esta conversación.

—Sí.

—¿No te lo quitaste de encima como me dijiste que querías hacer cuando me pediste su número? —preguntó con el ceño fruncido.

—Así es —contesté.

Apreté la mandíbula por el creciente enfado que estaba empezando a recorrerme cada fibra nerviosa. No podía ser honesta con Jeremy, así que no habría forma de evitar que pensara mal de mí.

Cynthia era la única persona que sabía la verdad sobre mi decisión de no alejar a Jackson de mi vida. Durante estas dos semanas de aislamiento social, ella y yo estuvimos hablando del tema.

—¿Y él te acosa? —continuó preguntando Jeremy, cada vez más irritado.

—No es eso. —Intercambié una última miradita cómplice con Cynthia para que no metiera la pata—. No me conviene que él se aleje de mí porque lo necesito.

Todavía no había empleado ninguna mentira. Llegué a esa conclusión con Cynthia en casa de mis padres. Necesitaba a Jackson cerca de mí para que me protegiera, y ahora más que nunca porque mi vida corría peligro. No solo el encapuchado iba tras de mí, también los asesinos de Nathan.

—¿Lo necesitas? —A Jeremy se le desencajó la mandíbula, sorprendido por mi cambio de plan—. Rose, ¿has olvidado lo que te dije en la Universidad?

—Por supuesto que no —contesté algo más alterada.

Cynthia me dio una ligera patada por debajo de la mesa para que no me pusiera en evidencia. Joder, no podía involucrar a Jeremy en mis problemas, ya tenía bastante con Cynthia.

—¿Para qué demonios necesitas a un puto mafioso? —gruñó bajito. Me mordí la lengua para no soltarle que un mafioso era lo más ideal para ayudarme con este tipo de problemas—. Ya lo entiendo. —Dejó caer su espalda sobre el respaldo de la silla, mirándome con los ojos abiertos de par en par—. Estás enamorada de él.

Cynthia se atragantó con su propia saliva y empezó a toser mientras que yo lo miraba como si le hubiese salido una segunda cabeza. ¿De verdad pensaba esa estupidez?

—Jeremy, no le conozco —le dije perpleja, como si fuera lo más obvio—. Por supuesto que no estoy enamorada de Jackson.

—¿Entonces?

Maldición. No tenía ninguna otra idea que implantarle en la cabeza que no fuera la que él mismo me lanzó. No podía decirle que solo unos criminales podían ayudarme a combatir con otros criminales. Jeremy llegaría a la conclusión que lo mejor sería llamar a la policía para que arrestaran a los asesinos de Nathan que andaban tras de mí, algo que ya intenté yo antes y fue un auténtico fracaso. No existía vía legal disponible para esto.

—Eres peor que un dolor de muelas, Miller.

Di un respingo y me giré sobre mi asiento para ver al dueño de esa voz. Debí de haberme imaginado que el hombre del jardín sería uno de los que trabajaban para los McClain, el mismo que tuvo que avisar a Jackson de mi ubicación.

—Ella me necesita, tan simple como eso —continuó Jackson, acercándose poco a poco a nuestra mesa con aire despreocupado—. Tu patético intento de alejarla de mí con tu intercambio de información de dudosa procedencia con ella en la Universidad no funcionó.

No podía ser. ¿Hasta dónde había estado escuchando de esta conversación? Miré a Jeremy preocupada por si Jackson tomaba represalias una vez que se volviera a encontrar con mi amigo sin testigos de por medio.

Cynthia se encontraba tan horrorizada como yo.

Tomé una respiración profunda y me levanté, apoyando las manos sobre la mesa. Cuando me giré para encarar a Jackson, este me lanzó una mirada fulminante.

—Jeremy no…

—Ahórrate la saliva que ibas a emplear para manipularme otra vez —espetó.

Cerré la boca de golpe. Jackson había oído lo suficiente para saber que mi amigo fue el chivato sobre su implicación en la mafia y que lo manipulé en el restaurante para que él mismo me contase la verdad. Además, el McClain ya debería de suponer que me callé la información para que él me revelase más porque me convenía; y esto se le quedó claro cuando escuchó hacía unos minutos que lo necesitaba. ¿Cómo se había podido liar tanto?

—No me defiendas, Rose —intervino Jeremy, poniéndose en pie, y clavó su mirada en Jackson—. No fue un intento para que se alejase de ti, sino un consejo que le di como buen amigo suyo que soy.

—Un consejito *mortal*, déjame decirte —soltó el McClain, sentenciándolo a una muerte inevitable.

—Ya basta. —Me coloqué entre los dos cuando casi se dieron alcance. Le di la espalda a mi amigo, quedando cara a cara con Jackson—. Yo fui quien acorraló a Jeremy para que me contara todo lo que sabía de ti, ya que despertaste mi curiosidad excesiva por tus palabritas misteriosas, y

vi que no os llevabais muy bien cuando os cruzasteis en el *DyJack* —le expliqué, usando todo mi autocontrol para sonar convincente.

—Rose. —Mi amigo me puso una mano en el hombro, y, antes de que fastidiara mi plan, lo silencié.

—¡Cállate, Jeremy! —grité bajito para no llamar demasiado la atención de los pocos transeúntes que se podía observar desde aquí—. Si tienes que descargar tu ira con el verdadero culpable, entonces aquí me tienes.

Bajo mi fachada de tranquilidad, mi corazón galopaba a toda velocidad. Una vocecilla interna me repetía, una y otra vez, que Jackson no me haría daño *a mí*.

Me giré en el pequeño espacio que había entre ambos chicos y pasé la mirada de Jeremy a Cynthia.

—Iros a casa. Después me reuniré con vosotros —les pedí.

—¿Y dejarte sola con él? —gruñó Jeremy.

Me rendí con mi amigo y me centré ahora en Cynthia.

—Por favor, estaré bien. Nuestro apartamento se encuentra al lado de esta avenida y yo no me moveré de aquí —le supliqué. En sus ojos azules se reflejaba la duda, así que insistí un poco más —. Podéis vernos desde el balcón.

Cynthia soltó un tembloroso suspiro y asintió con la cabeza.

—Está bien.

Como era de esperar, Jeremy se opuso, pero mi amiga lo agarró del brazo y lo arrastró hacia nuestro edificio. Una vez que los dos desaparecieron de mi vista, me di la vuelta para enfrentarme a Jackson.

—De verdad que Jeremy es inocente —le repetí, conservando la calma—. Si no fueras tan misterioso conmigo, jamás habría acorralado a mi amigo. —Ante su mirada acusatoria y sus labios sellados, continué—. Te doy mi palabra que nadie más sabrá *lo vuestro*.

—Eliminamos cualquier amenaza, Rose —dijo, cortándome la respiración por el temor a que se dejara llevar por el deber que existía entre personas como él—. No hagas que me sienta amenazado. —Ahora el alivio bañó mi sistema.

—Gracias —susurré.

Jackson agachó la mirada y se metió las manos en los bolsillos del pantalón. Fue ahora cuando me di cuenta de la pulsera que tenía puesta en una de sus muñecas. Se trataba de una de caucho negro en la que tenía una *serpiente* plateada incrustada en la parte central.

—Has desaparecido durante dos semanas.

Dejé de prestarle atención a su joya y lo miré. En sus facciones ya no había rastro de ira, sino de una preocupación *real*.

—Un amigo mío murió y necesitaba recuperarme, así que pasé una temporada con mis padres —confesé, sin entrar en más detalles. Este no era el momento ni el lugar para hablar de temas delicados.

—Siento oír eso —murmuró. Inspiró profundamente y me sorprendió con lo que dijo a continuación—. Tú y yo nos conocimos hace varios años en la calle, cuando éramos niños — empezó a contar. Le presté toda mi atención, ya que esto era algo que ansiaba saber y parecía que Jackson estaba empezando a ceder—. Apareciste en el mejor momento y me hiciste la vida más llevadera.

Me reprimí a mí misma por seguir sin acordarme de él. Durante mi adolescencia, me crucé con varios niños que rondaban mi edad. Algunos se hicieron daño con alguna caída, otros

estuvieron a punto de ser atropellados. Solo con unos pocos tuve más trato, pero no relacionaba a Jackson con ninguno de ellos. Todos se marcharon de mi vida tarde o temprano.

—¿Qué edad teníamos en ese entonces? —pregunté por curiosidad.

—Tú tenías unos doce o trece años, aproximadamente; yo dos más —respondió.

Esto quería decir que Jackson tenía unos veinticuatro años en la actualidad. Dylan sería el hermano mayor, ya que aparentaba más que él.

No dudaba de las palabras del McClain, no me estaba mintiendo; no obstante, continuaba en mi ignorancia porque no lograba relacionarlo en mi vida pasada.

—Siento mucho no recordarte —me disculpé apenada.

—Al menos, uno de los dos sí lo hace. —Se encogió de hombros—. Quería reencontrarme contigo, por eso aparecí en tu vida. Sé que no lo hice de la mejor forma, pero no es que se me dé muy bien relacionarme con la gente.

Para mi sorpresa, estaba empatizando con Jackson. Se me empezaron a remover sentimientos, como la comprensión y la pena. De cierta manera, me dolía tener que utilizarlo para que me ayudase con mis problemas. Después de obtener el éxito, no sabía si lo querría seguir teniendo en mi vida, ya que no deseaba permanecer cerca de organizaciones criminales.

Eché un vistazo a mi alrededor y terminé observando el balcón de mi apartamento que podía visualizar desde aquí. No detecté a nadie allí. Debería de volver con mis amigos para que no se preocupasen.

Cuando volví la mirada a Jackson, no oculté mi perplejidad al ver que tenía otra *rosa negra* en las manos. La observaba con cierta nostalgia.

—¿Qué significa esa flor para ti?

—Es diferente a las demás rosas y por eso es marginada por la sociedad. —Su respuesta me comprimió el pecho—. Es la más bella de todas. De cada mil rosas, negras solo hay tres —terminó ironizando.

—Siempre he sentido admiración por estas rosas, pero nunca las encontré —susurré, mirándola con anhelo.

—Estuve años recolectándolas y disecándolas para que no se marchitaran jamás. —Posó su mirada en mí—. Lo hice por ti, al fin y al cabo. —Se acercó a mí y me tendió la flor—. Tú eres la *rosa negra*, Rose.

La acepté con los dedos temblorosos ante tanta intensidad que desbordaban sus palabras. Me quedé embobada en sus pétalos negros como las alas de un cuervo.

—Es preciosa —musité.

Me quedé petrificada cuando sentí sus manos en mis mejillas y después sus labios en mi frente.

Levanté la cabeza para mirarlo atónita, pero Jackson ya se estaba alejando de mí. Me encontraba terriblemente nerviosa. Todos sus actos me comunicaban que yo era importante para él, más de lo que una vez me pude imaginar.

No supe cuánto tiempo pasé bloqueada en el sitio, mirando hacia donde Jackson desapareció de mi vista. Salí del trance en el que me había sumergido y metí el tallo con las hojas en el bolsillo de mi chaqueta, dejando la copa al descubierto.

Le envié un mensaje a Cynthia, informándole de que todo estaba bien para que no se preocuparan, mientras me dirigía al apartamento.

Cuando iba a abrir la puerta del edificio con las llaves, vi a alguien detrás de mí a través del cristal de esta. Me giré rápidamente, sin esperar encontrarme con la mirada fría de Dylan.

La culata de una pistola asomaba por la cinturilla de su pantalón. Él mismo me la estaba mostrando al permanecer con una mano en la cadera, provocando que su chaqueta se abriera ligeramente por esa zona.

Tragué saliva con dificultad cuando desenfundó el arma con sus ojos fijos en mí.

—¿Qué quieres? —pregunté, intentando que mi voz sonara firme, pero fracasé.

Dylan se acercó a mí con pasos cortos y lentos, a la vez que yo retrocedía hasta que mi espalda chocó con la puerta del edificio. Puso el cañón de la pistola en mi frente y le quitó el seguro. Mi pecho subía y bajaba al ritmo de mi respiración acelerada. Mis piernas flaquearon y, si no fuera porque estaba apoyada en la puerta, me habría caído al suelo.

—¿Por qué? —musité.

Se acercó más a mí hasta acorralarme contra la puerta y no tener escapatoria. El arma tuvo que dirigirse hacia mi sien con ese movimiento, pero no tardó en bajarla hasta mis labios.

—Tu voz puede desatar un caos —susurró, masajeando suavemente mis labios con el cañón de la pistola—. Tengo que matarte. —Descendió el arma hasta posicionarla en mi pecho, que se llenaba y se vaciaba con rapidez—. Pero, desgraciadamente para mí y suerte para ti, no puedo hacerlo. —Me estremecí. Su rostro se acercó al mío hasta que nuestras narices se rozaron entre sí. Entonces, se desvió hacia el lateral de mi cara—. Eres *la vida* y *la muerte* de mi hermano, Rose Tocqueville —susurró sobre mi oído, provocándome un violento escalofrío.

Ahora se fue separando de mí sin dejar de apuntarme con el arma. Cuando ya se alejó lo suficiente, apuntó hacia el cielo nocturno, le puso el seguro y se la guardó en el mismo lugar.

Después de taladrarme con su venenosa mirada, dio media vuelta y se alejó definitivamente.

Todavía no podía creer lo que había pasado. No entendía el motivo de su odio hacia mí porque eso era lo único que destellaban sus ojos fríos cuando me miraban: un odio puro e irracional.

Abrí la puerta con desesperación y corrí hacia mi apartamento antes de que Dylan se arrepintiera de dejarme con vida y volviera. Una vez dentro, recargué mi espalda en la puerta hasta recuperar la compostura.

Al entrar al salón, algo llamó mi atención. Unas gotas de un rojo escarlata comenzaban en las puertas correderas del balcón y se perdían por el oscuro pasillo que daba a las habitaciones y al baño.

«¿Sangre?».

Mis sentidos volvieron a ponerse en alerta y, acto seguido, me acerqué con sigilo a la cocina para coger un cuchillo carnicero de gran longitud. Lo apreté con fuerza mientras seguía el camino de sangre por el pasillo.

—¿Cynthia? —pregunté en un hilo de voz, pero no obtuve respuesta.

Las gotas se volvían a perder en la puerta de mi habitación. Con el corazón golpeándome fuertemente en el pecho, la abrí con cuidado y le di al interruptor de la luz.

Un grito se escapó de entre mis labios y solté el cuchillo. El cuadro que había encima de mi cama fue sustituido por la cabeza cortada de *Bobby*. La sangre que caía de su boca desembocaba encima de mi cama, donde había un trozo de papel doblado.

Lo cogí con mis manos temblorosas y abrí los ojos como platos cuando vi que se trataba de una fotografía mía. Era la misma que estaba puesta en el portarretrato que fue robado en la casa de mis padres. Esta estaba parcialmente cortada a la altura de mi cuello y ese corte estaba manchado de sangre, lo que le daba un aspecto espeluznante y escalofriante.

Capítulo 6



—¡¿Por qué no me lo has dicho antes?! —chilló Cynthia.

—No quería preocuparte —dije antes de darle un trago a la tila que ella me había preparado —. Ya has visto las cosas tan peculiares y extrañas que me están pasando. Aún no entiendo por qué sigues a mi lado, corres peligro. —La miré con tristeza, no quería que ella se viera involucrada en esto.

«En mi mundo».

—Seguiré a tu lado hasta que Dios me lleve con él y no tengo ninguna prisa para eso. No quiero que me vuelvas a ocultar nada. Este asunto sobre que alguien entró en tu casa de una manera bastante limpia y que ese alguien entró aquí de la misma manera para mostrarte una amenaza son asuntos serios, Rose. —Terminé la tila y dejé el vaso encima de la mesa del comedor—. Y, para finalizar, un extraño con capucha te está siguiendo y eso sin contar con el comportamiento de Dylan.

—No sé qué hacer —murmuré, mirándole directamente a los ojos.

Caminé hacia las puertas correderas del balcón. Aún no había amanecido. En cuanto salí del *shock* en el que me encontré al ver la cabeza de *Bobby* y la escalofriante fotografía, llamé a Cynthia. Afortunadamente, ella estaba con Jeremy, calmándolo por el encuentro con Jackson.

—Podríamos llamar a la policía. —La miré asombrada.

—¿Para qué? ¿Para volver a quedar como una mentirosa paranoica? —Reí sin humor.

—Pero ahora tenemos esto como prueba. —Señaló la bolsa de basura, donde se encontraba la cabeza de *Bobby* y la fotografía.

Nuestra intención era enterrar la única parte que teníamos de él en el descampado que había detrás del edificio. Y, por supuesto, no contarles nada a mis padres.

—Ellos se compraron. Taparon una verdad con una sucia y cruel mentira, Cynthia —murmuré —. Son cómplices de un crimen. De esa clase de personas no te puedes fiar —sentencié con furia —. ¡¿Pero en qué mundo vivimos?! —grité—. ¡Me estoy volviendo loca! ¡No puedo más con esta situación! —Estaba en el borde de la histeria—. ¡Mira! ¡Observa con atención! —Señalé el balcón con el dedo—. Esas puertas estaban cerradas. No se pueden abrir desde fuera, a menos que rompan el duro cristal. Estamos en la última planta del edificio. No conozco forma de escalar a este preciso apartamento porque no hay lugares en los que se puedan apoyar los pies y las

manos para ascender hasta aquí. —Puse ambas manos en mi cabeza y anduve de un lado a otro —. ¡No entiendo cómo ese extraño entra donde se le viene en gana sin complicaciones y sin dejar evidencias!

—¡Tranquilízate, Rose! —Caminó hasta mí y me cogió de los hombros, zarandeándome para llamar mi atención—. Poniéndote así no conseguirás nada, solo ganarás una taquicardia y una crisis de ansiedad. —Me guio hasta el sillón y nos sentamos. Puso una mano encima de la mía y la apretó ligeramente, brindándome su apoyo—. Haremos una cosa. Mañana por la noche iremos al *DyJack* y hablaremos con Jackson. Podrá ayudarnos, Rose. Él buscará al extraño y no dudo en que le pegará un tiro entre ceja y ceja en cuanto lo encuentre.

—No lo sé. —Suspiré y eché mi cuerpo hacia atrás para apoyar la espalda en el respaldo del sofá—. ¿Y si le provoco más problemas de los que ya tendrá por ser un mafioso?

—Para decir esas tonterías, mejor te callas. —Le eché una mirada fulminante—. No me mires así. Jackson está acostumbrado a los problemas, es la base de su profesión.

Dudé por un momento, pero reconocía que no tenía otra opción. Antes quise pedirle ayuda, pero no me pude haber imaginado que mis problemas fueran tan serios y escalofriantes.

⭐⭐⭐

Una vez en el *Ford*, encendí la radio, pero la emisora empezó a fallar. Le di unos leves golpecitos hasta que se escuchó la voz de la periodista de forma intermitente.

«*Tres chicos jóvenes desaparecieron en la pasada madrugada en Le Serpent Rouge, París (…) el único testigo que pudo observar el rostro del secuestrador denunció el caso por vía telefónica al mediodía y afirmó su visita para testificar (…) no apareció (…) fue encontrado en su domicilio completamente desfigurado e irreconocible (…) el temido símbolo del Monstrum (…)*»

La radio emitió un sonido chirriante y la apagué rápidamente por la molestia.

—Ese hombre está completamente loco. No entiendo por qué no lo han capturado ya. ¿Tan astuto es?

—Parece ser que sí, ya que lleva años haciendo eso, pero ahora con mayor frecuencia —dije pensativa—. ¿No te parece extraño que ese testigo haya esperado hasta el mediodía para denunciar el caso y testificar? Supongo que lo correcto hubiera sido ir a la comisaría de policía nada más ver el secuestro.

—Yo pienso que se acobardó y quiso esperar en su domicilio hasta que se decidió por testificar y llamó por teléfono —comentó mientras buscaba aparcamiento cerca del *DyJack*—. Y después el *Monstrum* lo asesinó para silenciarlo.

—Es una lástima, sería la primera persona que haya visto el verdadero rostro del *Monstrum* — murmuré.

A los diez minutos, mi amiga consiguió aparcar en las plazas más lejanas del *DyJack*, donde no había ni un alma.

Cynthia estaba al tanto del cambio tan drástico que sufrió mi trato con Jackson, en el que ya empezó a tomar fuerza la empatía. Ella tampoco entendía la mente del McClain. A decir verdad, ambos hermanos se escapaban de nuestra lógica.

La puerta del local estaba custodiada por el portero *chupalimones*. Entramos en el club sin

problemas. Estaba exactamente igual que aquella noche, con la diferencia de que hoy había menos aglomeración.

Escaneé el lugar en busca de Jackson, pero no había rastro de él. No pude evitar sentir una punzada de decepción.

—Deberías mandarle un mensaje o llamarlo —dijo ella en mi oído y eso fue lo que hice.

«*Estoy en el DyJack. ¿Dónde estás? Necesito hablar contigo*».

Estuvimos bailando durante una hora. Cada cinco minutos revisaba mi móvil por si Jackson se dignaba a contestar mi mensaje. Volví a analizar el entorno hasta que me quedé helada por lo que percibí.

—No puede ser —susurré horrorizada y busqué a Cynthia con la mirada, pero se encontraba hablando con un compañero de la Universidad.

El chico de la capucha seguía allí, a menos de diez metros de mí. El sonido del móvil me sobresaltó y tuve que apartar la vista del desconocido para leer el mensaje.

«*Estoy en la barra. Puedo verte desde aquí*».

Cuando volví a mirar hacia el chico de la capucha, él ya no estaba. Maldición, se había fugado otra vez. Algo dentro de mí me decía que no sería nada fácil dar con él.

Caminé rápidamente hacia la barra para encontrarme con Jackson sin mirar atrás. Al llegar a él, hice lo impensable: abrazarlo, sin detenerme a pensar en lo inadecuado que era este gesto, ya que podría interpretarse mal. Tenía tanto miedo por mi vida, que me dejé llevar por él, y no por la razón.

El cuerpo de Jackson se puso tan rígido que más bien parecía estar abrazando a una roca. En cuanto sentí sus brazos rodear mi cuerpo, me alejé de él con suavidad, recobrando la compostura.

—¿Qué te pasa? Estás temblando. —No me había dado cuenta de ese detalle hasta que lo había nombrado. Miré alrededor con desesperación, y no había rastro del chico de la capucha—. Rose...

—Necesito hablar contigo. —Lo interrumpí y él frunció el ceño—. En privado.

Asintió con la cabeza y me cogió del antebrazo para guiarme hacia las escaleras. Pese a que no había mucha gente, teníamos que estar haciendo *zigzag* durante el trayecto.

Una vez en la planta superior, entramos en una especie de despacho. Me señaló el sillón que había en un rincón para que tomara asiento mientras cerraba la puerta.

—Dijiste que me necesitabas —dijo, dejando la pistola que llevó consigo sin darme cuenta encima del escritorio. Estaba tan aterrorizada por mis problemas, que ni ver un arma me afectó —. ¿Tengo que eliminar a algún sujeto?

Analicé su rostro en busca de la broma, pero en él solo se podía ver la seriedad. De verdad que pensaba matar si se lo pedía. Esto me puso los pelos de punta, aunque no debería sorprenderme. Al fin y al cabo, estaba tratando con la mafia. ¿Qué podía esperar de los integrantes de una organización criminal?

Entrelacé los dedos de las manos y las apoyé en mis muslos. Su penetrante mirada no ayudaba en nada para disminuir mis nervios.

—Un hombre con capucha me está siguiendo y quiere matarme. No suficiente con esa desgracia, unos hombres de la mafia también buscan matarme. No sé quiénes son esas personas,

pero van a por mí —le confesé, omitiendo más detalles.

No quería mencionarle el nombre de Nathan, ya que podría conducir a que acudí a la policía y eso era una semejante traición hacia una organización criminal. Necesitaba que Jackson depositara su confianza en mí, no al contrario. Además, una mafia podía ir tras de ti, aunque no estuvieras involucrada en ella, tan solo para obtener un beneficio económico, como, por ejemplo, venderte o robarte los órganos. Así que a Jackson no le haría falta más explicaciones.

—¿Qué? —Se acercó a mí—. ¿Por qué no me lo has contado antes? —preguntó, haciendo movimientos exagerados con los brazos por la frustración—. Podía haberte ayudado desde un principio y evitar que esta situación avanzara a este nivel.

Estuve equivocada con mi antigua hipótesis. Los McClain no estuvieron protegiéndome del encapuchado, porque Jackson parecía que desconocía esta noticia.

—¿Cómo te lo iba a contar si apenas te conocía? —me defendí.

Pese a que Jackson estaba enfadado, no me atacó. Él sabía que yo llevaba razón. Era ahora cuando teníamos un poco más de trato.

—Rose. —Se removió el cabello en señal de frustración—. Para poder ayudarte en una situación tan delicada como en la que te encuentras, necesito que *te acerques* a *mi familia*.

—¿Cómo? —Fruncí el ceño, sin entender nada.

Jackson se acercó a mí y tomó asiento a mi lado en el sillón. Por su mirada preocupada supe que no me iba a gustar lo que me iba a proponer.

—Con «mi familia» me refiero a mi organización y ya sabes que de legal no tiene nada.

—¿Me estás pidiendo que me una a tu organización? —Casi grité del espanto. Agradecí estar sentada porque, de lo contrario, me hubiera tambaleado—. Ni hablar. Una vez que te unes, ya no puedes salir.

—Te he dicho que necesito que «te acerques», y no que «te unas» —explicó, enfatizando en las palabras más importantes—. Lo primero es temporal, lo segundo es para siempre.

—¿Y por qué debo hacerlo?

—La mafia tiene unos códigos que se deben cumplir, estemos de acuerdo o no. Para que puedas gozar de la protección de toda *mi familia* y de otras aliadas, tienen que relacionarte con nosotros. ¿Entiendes? —Posó una mano encima de las mías, que seguían entrelazadas, con su mirada fija en mí—. Una persona ajena de nuestro mundo no significa nada, no tiene importancia.

No me agradaba la idea de estar involucrada en una organización criminal, pero Jackson tenía razón. Ahora lo entendía. Lo único que me hacía replanteármelo era que sería temporal. Una vez que consiguiera ayudarme, podía volver a poner las distancias. Aun así, necesitaba asegurarme antes de darle una respuesta definitiva.

—Si es temporal, ¿después podría salir y continuar como estoy ahora? —pregunté un poco más tranquila.

—Sí, Rose.

Lo medité un minuto más. Si tendría el privilegio que la *familia* de Jackson me protegiera, eso quería decir que Dylan no podría hacerme daño, ¿verdad? La idea de que ese idiota no me molestase era bastante tentadora.

—¿Y qué tengo que hacer para *acercarme* a vosotros? —Hice hincapié en lo que buscaba por instinto.

—Firmar un documento.

Mis cejas se alzaron, incrédula. No me esperaba que se necesitaran firmas para asuntos tan

turbios e ilegales como estos.

—¿Firmar un documento?

Jackson sonrió, entendiendo lo que le estaba insinuando.

—No es ningún documento legal que tengas que firmar ante notario —explicó jocoso—. Cuando acudes a un prestamista, tienes que asumir las condiciones y ahí se requiere que firmes. Ese es un ejemplo.

Desde luego que no tenía ni los conocimientos previos de una mafia. Qué ignorante era.

—¿Y cuándo tengo que firmarlo?

Jackson se tomó esta pregunta como una afirmación a su propuesta de acercarme a *su familia*.

—Mañana te recogeré en la Universidad. Tendré el documento redactado —propuso.

Pese a que el McClain me acababa de brindar su ayuda, llenándome de esperanzas, mis nervios no se habían disipado.

⚹⚹⚹

—Me alegro mucho de que esté todo hablado —comentó Cynthia, refiriéndose a lo que conseguí con esta visita al *DyJack*—. Si no me hubieses explicado en qué consistía, me hubiera espantado.

Caminamos por el aparcamiento del club. No se veía ni un alma por aquí, lo que me ponía bastante inquieta. Cynthia y yo nos estábamos arriesgando mucho saliendo a la calle y pasando por lugares aislados cuando tenía a varias personas detrás de mí, ansiosas de silenciarme para siempre.

De pronto, sentí una presencia detrás de mí y me giré con rapidez. Sin darme tiempo a reaccionar, un puño impactó en mi mandíbula. Caí de bruces contra el suelo y me toqué el labio. Al apartar los dedos de él, vi que estaban manchados de sangre.

Levanté la vista al causante de mi herida y me paralicé. Era uno de los hombres que mataron a Nathan. Busqué a Cynthia con la mirada y la vi inconsciente a escasos metros de mí.

—¡¿Qué le has hecho?!—chillé a la vez que me levantaba y me lanzaba a él.

Antes de que pudiera atacarlo, sacó una pistola y me apuntó con ella en la cabeza. Ese acto me hizo parar en seco.

—No te preocupes por la rubia. Solo le he golpeado en la cabeza. Está viva —dijo sin importancia.

No sabía de dónde saqué el valor, sin embargo, me lancé a quitarle el arma. Fue una grandísima estupidez por mi parte. Después de gritar y forcejear con él para arrebatarle la pistola, me gané otro puñetazo, pero, esta vez, en el estómago.

Me dejé caer al suelo, encogiéndome sobre el asfalto, y solté un gemido de dolor. Observé con los ojos entrecerrados como los zapatos negros del hombre se acercaban a mí.

Enredó sus dedos en mi cabello y me levantó sin miramientos. Antes de poder defenderme, me empujó otra vez contra el suelo y la parte posterior de mi cabeza impactó en la carrocería de un coche, produciéndome un fuerte dolor punzante.

—Si lo que quieres es matarme, hazlo de una vez y acaba con esto —dije con la voz quebrada por el dolor.

Me quedé sentada con la espalda apoyada en el vehículo, ya que no tenía fuerzas para ponerme en pie.

—Tienes suerte de que haya sido yo quien te ha encontrado. —Se acercó nuevamente a mí y me apuntó con la pistola en la cabeza—. Yo te pegaré un tiro ahora, como al chico que viste

morir. Si hubieran sido los otros dos... —Soltó una risita burlona—. Se hubieran divertido con tu cuerpo antes de matarte.

—Vete al infierno —susurré sin fuerzas.

—¿Tus últimas palabras? —Lo miré con odio y asco.

—No pienso suplicar por mi vida. —Reí sin humor—. Púdrete. —Escuché como quitó el seguro del arma y cerré los ojos con fuerza, esperando mi muerte.

Un fuerte grito de dolor hizo que volviera a abrirlos. Solté una exclamación ahogada al ver que algo extremadamente grande y metálico perforó el abdomen de mi atacante. Después, ese instrumento salió de su cuerpo y, en cuestión de segundos, su cabeza salió disparada hacia un lado.

Me cubrí el rostro de toda la sangre que llegaba en mi dirección del cuello cortado hasta que el cuerpo sin cabeza cayó al suelo como un fardo.

Estaba en el borde del pánico. Jamás me imaginé que se efectuaría una decapitación frente a mis ojos.

Me limpié como pude la sangre de mi cara para ver al causante de esta atrocidad. Ahí estaba el extraño chico de la capucha, sonriendo y observando con adoración su obra maestra.

El encapuchado se agachó y limpió su arma metálica con la ropa del cadáver. No podía verle el rostro porque lo tenía cubierto por un pasamontañas, además de tener la capucha de su chaqueta.

Cuando dejó su arma impoluta, se puso frente a mí y volvió a agacharse para ponerse a mi altura. No podía hablar ni moverme, tan solo me centré en no apartar la vista de él.

—Si alguien tiene que matarte, ese seré yo. Hoy no es tu hora de morir, Rose —susurró de forma lúgubre.

Se levantó y miró las dos partes del cadáver. Con una mano cogió la cabeza por el cabello; y con la otra, el tobillo del cuerpo. Sin contemplaciones ni miramientos, arrastró el cadáver, dejando un camino de sangre. Lo perdí de vista y yo aún estaba paralizada. Todavía no había procesado este enfrentamiento en mi mente. Tampoco sabía cómo ese chico sabía mi nombre.

Me arrastré hasta Cynthia y coloqué su cabeza en mis muslos. Ella estaba sana y salva, solo debía esperar a que despertara.

Miré mi aspecto y estaba totalmente cubierta de sangre.

«No le temo al infierno porque ya estoy en él».

Capítulo 7



Acaricié el cabello de Cynthia mientras ella aún estaba inconsciente, tumbada en su cama.

Con mucho esfuerzo físico, conseguí meter a Cynthia en los asientos traseros del vehículo y conduje hasta el apartamento. Lo peor fue entrar en el edificio y llegar a este sin ser vistas por ojos curiosos.

Introduje una esponja en un cubo lleno de agua y jabón. Con delicadeza, empecé a lavar las zonas del cuerpo de Cynthia, donde tenía manchas de sangre por mi causa. No quería que, al despertar, incrementara su miedo por verse con restos de sangre pegada a su cuerpo. Cuando acabé de lavarla, le di un beso en la frente.

Me encerré en el baño y me miré en el espejo. Hice una mueca de asco. Estaba cubierta de sangre con restos de coágulos.

Me arranqué la ropa, una que iría directamente a la basura, y me metí en la ducha. Con el agua demasiado caliente y con la fuerza que empleaba para pasarme la esponja, quité toda la sangre de mi cuerpo sin dejar evidencia de que alguna vez la hubo.

Mientras me lavaba el pelo, pensé en Jackson. No sabía si podría ocultar las heridas y los hematomas de mi rostro con mucho maquillaje. Las pequeñas heridas y rasguños de mi cuerpo eran muy fáciles de tapar.

Un grito me sacó de mis pensamientos y me puse en alerta.

«Cynthia».

Cogí la toalla para cubrir mi desnudez y salí de la ducha. Me importó bien poco estar totalmente mojada y con el cabello a medio aclarar.

Corrí por el pasillo y abrí la puerta de su habitación. Cynthia se encontraba sentada en la cama con sus rodillas pegadas al pecho y sus brazos envueltos en ellas. Se balanceaba hacia adelante y hacia atrás sucesivamente. Su mirada estaba perdida en algún punto de su imaginación. Me concentré en no derrumbarme y me acerqué.

—Cynthia... —susurré bajito para no alterarla. Le acaricié la mejilla con dulzura, lo que le hizo reaccionar.

—¡Estás bien! —Me abrazó con fuerza.

—Claro que estoy bien. —Me aparté y alcé mis brazos—. Mírame, estoy aquí, contigo. No te

librarás de mí tan fácilmente. —Reí.

—Tuve mucho miedo de que te hubiera pasado algo. Vi como alguien te agredió y cuando quise reaccionar... —Dejó la frase en el aire.

—Todo quedó en una pesadilla.

—¿Y qué pasó después de que yo perdiera la consciencia? —preguntó un poco más tranquila —. Y no me mientas, por favor.

No pensaba hacerlo, ya que ella tenía derecho a saber. Además, no pensaba mantener más secretos con mi amiga.

—El que nos atacó era uno de los tres hombres que asesinaron a Nathan. —Abrió la boca y la volvió a cerrar sin saber qué decir—. Ese hombre quiso matarme, pero, por suerte, alguien me salvó justo a tiempo.

—¿Conocemos a ese alguien? —preguntó, frunciendo el ceño.

—Por suerte solo le conozco yo. —Solté un suspiro—. Quien me salvó fue el misterioso chico de la capucha. —Sus ojos se abrieron de par en par por la sorpresa.

—¡¿Qué?! —Se levantó rápidamente de la cama, dejándome anonadada—. ¿Pero ese chico no quería matarte?

—Así es, y sigo pensando lo mismo.

—No me imagino el miedo que has tenido que pasar mientras yo me echaba una siesta. —No pude evitar reírme. Lo envidiable de Cynthia era que siempre desprendía humor hasta en las situaciones dolorosas y desagradables.

—Ve a ducharte y tranquilízate, que tendrás *Rose* para mucho tiempo.

—Te recuerdo que quedan otros dos hombres y un loco con capucha.

—Lo sé. Ya nos iremos enfrentando a la tempestad conforme vaya apareciendo.

⚹ ⚹ ⚹

Al finalizar las clases, salimos al aparcamiento. Recordé que Jackson vendría a recogerme, al menos, eso dijo anoche, pero no lo veía por ningún lado. Para mi buena suerte, hice un trabajo magnífico al aplicarme bastante maquillaje y pintarme los labios para camuflar mis heridas.

Conforme pasó la mañana, mi humor se tornó más negro. Me enfurecía conmigo misma por no conseguir separar los problemas personales de mis estudios, pero era difícil seguir con mi vida como si nada hubiese pasado. Parecía que cada día tenía que tratar de sobrevivir. Miraba alrededor con frecuencia, pensando en que en cualquier momento alguien me arrancaría la vida.

Deseché estos horribles pensamientos. Si seguía así iba a tener un serio trastorno depresivo, lo que me haría más vulnerable.

Como Jackson no llegaba, decidí volver con Cynthia y nos dirigimos a su coche. De pronto, Jeremy ocupó todo mi campo de visión.

—Estuve esperando el momento de pillaros solas —dijo en modo de saludo—. Necesito darte las gracias, Rose.

—¿Por qué?

—Me defendiste de Jackson —contestó con una triste sonrisa—. Te puedo asegurar que me salvaste de una muerte inminente.

Estiré un brazo y le agarré de la mano, dándole un leve apretón.

—Siempre te has portado como un amigo leal, Jeremy. Yo no quiero ser menos para ti —le dije.

Hice una mueca sutil al darme cuenta de un posible error. Solo esperaba que esta confesión no confundiera sus sentimientos por mí.

Carraspeé y le solté la mano, devolviéndola a mi costado.

—A Cynthia también debes darle las gracias, porque ella no abrió la boca en ningún momento para que mi plan de protegerte no se fuera por el retrete —comenté, señalando a mi amiga, que estaba guardando nuestros libros en el maletero del coche.

—También quiero disculparme por mi comportamiento tan inapropiado en el club —dijo de pronto, sorprendiéndome.

—Querías protegerme de Jackson, lo entiendo…

—Me refiero a cuando te agarré de las caderas e intenté besarte en la pista de baile —me interrumpió—. Esa noche tomé la mala opción de consumir drogas y mezclarlas con alcohol, lo que me hizo ser más idiota de lo normal.

Cynthia apareció por detrás y le dio un fuerte pescozón.

—Pero ¡¡¿qué haces?! —protestó Jeremy, frotándose la zona golpeada.

—Eso por cometer la estupidez de drogarte —atacó mi amiga, fulminándolo con la mirada—. No eches tu vida por la borda consumiendo drogas.

—Solo lo he hecho ocasionalmente —se quejó Jeremy.

—Pues no lo hagas más. Si tus amigos están orgullosos de matarse, que lo sigan haciendo. Allá ellos —prosiguió Cynthia con seriedad.

Jeremy se quedó con la boca abierta, todavía sin poder creerse que ella le estuviera dando una buena reprimenda. Ambos se enfrascaron en una discusión sin sentido, cuyo final sería unas fuertes carcajadas.

Me alejé unos pasos de mis amigos, observando alrededor en busca de Jackson. Hoy tendría que firmar el documento del que él me habló y, pese a que sabía para qué servía, no podía evitar estar nerviosa. Quizás fuera algo temporal, pero ya sería un cambio radical en mi vida de por sí. Sin embargo, lo más importante para mí era sobrevivir, y para eso tenía que deshacerme de mis verdugos.

Fruncí el ceño por lo que acababa de pensar. ¿Había dicho deshacerme? No era tonta. La vía que Jackson tomaría contra ellos sería el crimen. No obstante, lo que me preocupó fue que no tuve ninguna dificultad para albergar siquiera esa idea macabra en mi mente.

En la salida del aparcamiento de la Universidad pude vislumbrar el *Mercedes* de Jackson. No podía verle la cara desde aquí, pero él ya me estaba esperando delante del volante.

Giré sobre mis talones. Mis amigos seguían hablando, y yo tenía que irme. Cynthia sí se dio cuenta de mis señas, ya que era la que estaba de cara a mí; lo contrario de Jeremy, que me daba la espalda.

Capté el gesto de mi amiga para que me marchara sin avisar. Asentí con la cabeza y comencé a caminar hacia Jackson con pasos apresurados. Las cosas entre Jeremy y yo iban mejor que nunca, así que no tenía ganas de volver a enfrentarme a él por mi cercanía con el McClain. Mi amigo jamás lo entendería mientras no supiera la verdad que se escondía detrás de mis actos.

Nada más llegar al *Mercedes*, ingresé en él. Una fragancia ligeramente dulce fue lo que me recibió nada más acomodarme en el asiento del copiloto.

—¿Lista?

Me puse el cinturón de seguridad y giré la cabeza para mirarlo. Parecía más alegre que de costumbre.

—Sí. —Dudaba que esto fuera cierto.

Jackson arrancó el motor y se puso en marcha. No tenía ni la más remota idea de adónde se dirigía, pero, en lugar de preguntar, me dediqué a mirar la ciudad a través de mi ventanilla.

Durante el trayecto, no abrí la boca, y él respetó mi silencio. No fue hasta que vi que entraba en el *parking* subterráneo de un rascacielos que decidí hablar.

—¿Dónde me has traído? —pregunté.

—A mi casa. —Por acto reflejo, lo miré preocupada—. En mi ático tengo el documento preparado. Lo lees tranquilamente y lo firmas mientras yo me cambio de ropa. Después te llevaré a tu apartamento.

Bueno, su respuesta no me relajó del todo. Quedarme a solas con Jackson en su hogar no entraba dentro de mis planes. Tampoco podía ponerle pegas por cada paso que diera conmigo, ya tenía él bastante encima con lo que tenía que hacer por mí para ayudarme.

Aparcó el coche en su plaza de garaje y lo seguí en silencio. En el vestíbulo del rascacielos había un mostrador, aunque el recepcionista no estaba detrás, y dos ascensores enfrente de la puerta principal. Las escaleras se hallaban al lado de estos.

Entramos en el elevador y me sorprendió ver la cantidad de pisos que tenía este edificio. Nuestro destino, como él bien dijo, era el último.

Al salir del ascensor, miré a ambos lados del corto pasillo y me encontré con dos puertas en total, una en cada esquina.

—Yo vivo en el ático de la derecha; y Dylan, en el de la izquierda. —No pude evitar hacer una mueca de desagrado al escuchar ese nombre y que solo fuera un tabique lo que les separaba.

Al entrar en la vivienda se me desencajó la mandíbula. Prácticamente era una casa lujosa de dos plantas encima de un edificio. El recibidor estaba unido al salón y al comedor, lo que hacía que la estancia fuera de gran tamaño.

Me acerqué a los ventanales de enfrente y me quedé embobada con el mundo exterior desde esta altura.

—Espérame aquí —dijo Jackson con un tono de voz extraño.

Me di la vuelta para mirarlo, pero lo único que pude verle fue su espalda, ya que se dirigió hacia las escaleras de caracol. Volví a poner mi atención en la ciudad mientras él regresaba con el documento.

Por instinto, agudicé el oído, pendiente de escuchar algún ruido en el ático de al lado. Lo único que podía sentir aquí era un completo silencio. Debido a esta gran altura, el tráfico de la ciudad apenas se escuchaba.

Giré sobre mí misma cuando oí los pasos de Jackson sobre los escalones de madera.

—Tómate tu tiempo —comentó con la vista fija en el papel mientras caminaba hacia la mesa del comedor.

—De acuerdo.

Jackson dejó el papel encima de la mesa, junto con el bolígrafo, pero fue la joya que depositó al lado del documento lo que llamó mi atención.

—¿Qué es eso?

Me acerqué a la mesa y evalué el brazalete con la mirada. Este era plateado y tenía la forma de una *serpiente*, que se enrollaría en el antebrazo.

—Es aconsejable que lo tengas puesto —contestó, y ahora sí me miró—. Cada familia de la mafia se representa por una insignia y la nuestra es la *serpiente*. Solo los miembros importantes de dicha familia la llevan encima. —Levantó el brazo y me mostró su pulsera, la que le vi en la cafetería—. Un método de reconocimiento entre clanes.

—¿Y esto me serviría como protección contra otras familias de la mafia? —pregunté.

—Por supuesto. Es la razón por la que te estoy entregando la joya —aclaró.

Me regaló una sonrisa más cálida y volvió al piso de arriba, dejándome sola. Supuse que se iría a cambiar de ropa, como me dijo que haría.

Tiré de una silla y me acomodé en ella, lista para leer el documento. No lo hice una sola vez, sino cinco. Quería asegurarme de entender bien dónde me estaba metiendo y lo que iba a firmar.

No detecté nada nuevo que no me comentara Jackson en el *DyJack*. Todo parecía ir en orden. Ahora solo me tocaba sacar el valor de agarrar el bolígrafo y firmar.

Me peleé conmigo misma durante dos minutos, como la grandísima insegura que yo era, pero, finalmente, sellé mi sentencia. Ya estaba hecho y no había vuelta atrás.

Esperé otros cinco minutos más, y Jackson aún no bajó las escaleras. ¿Por qué se demoraba tanto? No escuché en ningún momento la circulación del agua por las tuberías, así que no se había duchado.

Aparte de ser una mujer muy impulsiva, tenía otro gran defecto: la curiosidad.

Me levanté y empecé a caminar lentamente hacia las escaleras de caracol. Subí los escalones con pasos inseguros, intentando no hacer ruido.

Una vez arriba, paseé la vista por el pequeño pasillo. Solo había cuatro puertas, y una de ellas se encontraba entreabierta. Fui hacia allí como si una fuerza invisible tirara de mí.

Nada más entrar en esta habitación de matrimonio, mi vista se fue hacia el arco que conducía al vestidor, el sueño de cualquier mujer. Este se hallaba a mi derecha y la cama se encontraba a mi izquierda; enfrente se ubicaba el balcón.

El sonido tenue de una respiración irregular me sacó de mi análisis visual. Giré la cabeza hacia el arco. Desde aquí solo podía vislumbrar algunos módulos de armario, pero no todo el vestidor.

Me acerqué lentamente, ignorando la puerta de al lado, que supuse que sería el cuarto de baño privado. Cuando me asomé por el arco, me quedé petrificada.

Jackson se encontraba sentado en el banco central, de espaldas a mí. Se mantenía encorvado hacia adelante con la cabeza acunada por sus manos.

Mi mirada horrorizada recorrió cada marca que tenía grabada en su espalda desnuda, ya que el McClain estaba desnudo de cintura para arriba.

Él pareció notar mi presencia, ya que levantó la cabeza y enfocó su vista en mí a través del espejo que ambos teníamos delante. Su expresión ausente fue reemplazada por una de dureza y su cuerpo se puso totalmente rígido.

—¿Quién te ha hecho eso? —balbuceé.

Jackson no apartaba la mirada de mí. Tardó unos largos segundos, que a mí me parecieron eternos, en responder.

—Mi padre tuvo una forma muy peculiar para educar —dijo con voz fría y señaló su espalda con el dedo pulgar—. Esto es el castigo por mi desobediencia.

Me quedé muda. ¿Qué podía decir al respecto? Esto era algo que no me esperaba ver. ¡Esas marcas eran de latigazos! Un escalofrío trepó por mis piernas, lo que Jackson se tomó como una ofensa.

—Borra la lástima de tu mirada, Rose —espetó, poniéndose en pie con su vista aún fija en mi reflejo—. Mi hermano y yo detestamos despertar eso en la gente.

—¿Tu hermano? —Pestañeé desconcertada cuando salí del trance—. ¿Él también tiene la espalda así?

Jackson se giró muy despacio y una sonrisa de lo más extraña se grabó en su rostro.

—No sabría decirte con quién mi padre descargó más su furia.

Una impotencia inexplicable nació en mi interior. Estaba claro que la infancia que los McClain tuvieron que vivir no fue nada buena, y yo no sabía qué decir para aliviar este ambiente que ya se tornó asfixiante.

—William McClain tenía sus propias creencias. Mi madre, mi hermano y yo no las compartíamos. —Apretó la mandíbula. Era evidente que no quería contarme nada; sin embargo, no tenía más remedio por el simple hecho de haber visto sus marcas de cicatrices antiguas hechas por latigazos—. Él tenía una habitación *especial* en el sótano de nuestra antigua casa. Dylan y yo acabamos familiarizándonos con ella —finalizó con ironía.

—¿Y tu madre?

Me arrepentí de haberlo preguntado cuando sus facciones cambiaron varias veces delante de mí. Jamás había visto a una persona mostrar un remolino de emociones en un segundo.

Cuando su rostro expresó una neutralidad asombrosa, respondió.

—Falleció cuando Dylan tenía seis años; y yo, dos.

Aparté rápidamente la mirada de él cuando me di cuenta de que unas lágrimas empezaron a formarse en mis ojos. Jackson no me estaba contando prácticamente nada, pero mi imaginación siempre fue muy creativa y explícita.

¿Qué podía decirle? ¿Que lo sentía mucho? Odiaba que las personas dijeran eso a los familiares del fallecido. ¿Qué iban a sentir?

Recordé el día del entierro de Camille. Me agobié durante ese acto con sus constantes «lo siento mucho» . O peor aún, «ella está en un lugar mejor» . Con ese estúpido comentario se promocionaba la muerte como un paraíso y, en efecto, se brindaba el suicidio como una salida beneficiosa ante sucesos desagradables de las personas afectadas.

—¿Cuánto tiempo tuvisteis que...? —No pude acabar la frase.

—Hasta que cumplí mi mayoría de edad; y mi hermano, los veintidós —contestó. Esto me reveló que Dylan tenía unos veintiocho años en la actualidad—. Mi padre quiso *hacernos* a su imagen y semejanza. —Cogió la camisa limpia que tenía a un lado del banco—. Es una lástima que ambos perdiéramos lo que éramos. Podríamos haber sido unos ángeles, como mi madre. —Su tono burlesco me formó un nudo en la garganta.

No me pasó desapercibido que pronunció «mi madre» con un atisbo de repulsión. Lo que estaba sacando claro de lo poco, pero intenso, que Jackson me había contado era que la personalidad que ambos McClain tenían ahora fue manipulada, no se trataba de la original. No obstante, ¿quedaba algo de lo que podrían haber sido?

Lo que una persona vivía en su infancia sería fundamental para su desarrollo mental. Ellos no habían tenido infancia y prácticamente no habían tenido vida.

—¿Y qué pasó con tu padre? —continué indagando.

—Cuando por fin alcancé mi mayoría de edad, mi hermano lo mató. —Empezó a abotonarse la camisa, y una pequeña sonrisa se dibujó en su rostro—. Era lo justo. Al fin y al cabo, mi cuñada murió por culpa de William.

—¿Cuñada? —Fruncí el ceño, sin poder creerme que su hermano tuvo una pareja siendo tan frío como era.

—Dylan estuvo casado con Cecilia, una tremenda promiscua que se fugaba de la cama de mi hermano para acudir a la mía, y así sucesivamente.

Mi boca se abrió del asombro, y esta vez no fue por imaginarme al bloque de hielo enamorado

de una mujer, sino por la desfachatez de Cecilia de jugar con ambos hermanos.

Me faltaba muchísima información por saber de esta historia, pero no era algo que me pertenecía a mí.

—¿Has firmado el documento? —cambió de tema drásticamente.

—Sí.

Jackson se aseguró de tener su vestimenta impecable y pasó por mi lado, saliendo del vestidor.

—Entonces, es hora de llevarte a casa.

Capítulo 8



Jackson puso la calefacción en el *Mercedes*. La noche había caído, y las temperaturas cayeron con ella.

Para mi sorpresa, Dylan ocupaba la mayoría de mis pensamientos. Admitía que su personalidad despertaba demasiado mi curiosidad, lo que me empujaba a querer saber más de él. Sin embargo, no sería por su boca. Este McClain me aborrecía, eso era evidente con tan solo analizar cada encuentro que habíamos tenido. Lo que no entendía era por qué me odiaba tanto cuando lo único que le había hecho era aparecer en su vida por culpa de su hermano. ¿A qué se debe tanta obsesión por alejarme de Jackson?

Aparté la vista del brazalete en forma de *serpiente* que ahora rodeaba mi antebrazo derecho y la enfoqué en el paisaje. Me sumergí en la música del ambiente que Jackson había puesto a un volumen bajo, sin dejar de observar a través de la ventanilla.

La vida de los McClain era privada y solo les pertenecía a ellos, pero necesitaba comentarle a Cynthia todo lo que descubrí. No era por simple cotilleo, sino para que ella los viera de la misma forma en la que los veía yo ahora. Tal vez juntas podríamos descifrarlos. Además, confiaba plenamente en mi amiga y sabía que ella jamás promulgaría esta información.

Pese a estar bien metida en mi mundo interior, pude darme cuenta de que Jackson cambió de rumbo y no me estaba llevando al apartamento.

Giré la cabeza como un látigo hacia él.

—¿A dónde me llevas? —pregunté.

Jackson estaba más pendiente del retrovisor que de mí. Confusa, miré por el de mi lado para saber qué lo tenía tan concentrado. No obstante, no detecté nada fuera de lo normal. Era obvio que habría coches detrás de nosotros al estar conduciendo por una carretera transitada.

—¿Qué ocurre? —insistí en que me hablase.

Apretó el volante con fuerza y pisó más el acelerador. Cuando abrí la boca para continuar bombardeándole a preguntas, por fin habló.

—Nos están siguiendo, así que no puedo llevarte a casa —dijo.

—¿Cómo?

Volví a mirar por el retrovisor de mi lado y puse más atención. El furgón que iba justo detrás de nosotros conducía a la misma velocidad que Jackson. Sin embargo, lo que me hizo

confundirme fue que el conductor y su acompañante tenían puestas unas gafas de sol en plena noche.

—¿Y a dónde iremos? —pregunté un poco más nerviosa.

—Al *DyJack*. Hoy el club está cerrado al público. —Lo miré atónita. Por el rabillo del ojo pudo ver mi expresión—. Debajo de la discoteca tenemos infinidades de armas, aunque la inmensa mayoría no podemos usarlas contra estos hombres si nos siguen hasta allí, o acabaríamos todos saltando por los aires.

—¿Os dedicáis al tráfico de armas? —Necesitaba que me distrajera con cualquier tema de conversación para no rayarme la cabeza con las posibles intenciones que podrían tener estos hombres para seguirnos.

—Sí. —Jackson controlaba la velocidad para no llamar demasiado la atención. Al fin y al cabo, dudaba de que nuestros perseguidores nos atacaran en pleno centro urbano—. En el sótano del club está nuestro centro de operación, donde fabricamos muchas clases de armas; en su mayoría de uso militar, así que serán únicas para ti y para la población en general que no pertenezca a la armada. También robamos armas ya creadas de menor categoría y las vendemos en el mercado negro, o bien hackeamos el programa que usan otros creadores legales para robar sus proyectos y fabricar nosotros lo que ellos tenían pensado.

—¿Y piensas atraer a esos hombres hasta allí? ¿No sería peligroso para vuestro negocio? —pregunté dubitativa.

—¿Qué otra opción tengo? —ironizó—. No porto más que una pistola cargada y, por la cantidad de hombres que nos siguen, no será suficiente. Además, allí está parte de mi familia.

—¡¿Más hombres?! —Asombrada y temerosa, miré de nuevo por el retrovisor—. ¿Cuántos?

—He contado tres coches y un furgón en total. A eso hay que sumarle el *plus* que cada vehículo está cargadito de gente —contestó.

La ira se sumó a la preocupación. Esto se tenía que tratar de problemas entre mafias y yo estaba metida en este fregado. Esta era una de las consecuencias que tenía que asumir por haberme *acercado* a una organización criminal.

Quise reprocharle y dejarme llevar por la histeria, pero tenía que controlarme si quería conseguir que me quitara de encima a mis verdugos.

Di un respingo sobre mi asiento cuando escuché la voz de Dylan. Tardé unos segundos en comprobar que Jackson lo había llamado desde el coche.

—Preparaos. La tormenta va para allá —dijo Jackson.

—¿Dónde estás tú? —quiso saber Dylan.

—Voy de camino con ella.

En el otro lado de la línea se hizo el silencio. Nada más podía detectar el sonido de la respiración de su hermano. Suponía que no le hizo ninguna gracia que yo fuera a estar presente en *su zona de trabajo*.

—Entrad por la puerta de atrás —le pidió Dylan y colgó la llamada.

—¿Con lo de tormenta quieres decir que hay una gran cantidad de hombres? —pregunté para seguir distrayéndome, ya que mi cuerpo empezó a temblar de los nervios.

—Exacto. La tormenta es más fuerte que la lluvia —contestó con la vista fija en la carretera —. Ahora, agárrate fuerte.

—¿Qué…?

Mi cuerpo salió disparado hacia la puerta del copiloto, pese a estar anclada al asiento con el cinturón de seguridad.

Me aferré con fuerza entre mi asiento y la puerta, aunque no podía evitar que mi cuerpo diera bandazos mientras Jackson adquiría una conducción temeraria.

Mi corazón latía desbocado bajo mi pecho y el aire que entraba en mis pulmones se hizo insuficiente. Mis ojos se enfocaron en el retrovisor, verificando así que los cuatro vehículos que el McClain me nombró iban tras nosotros a la misma velocidad excesiva.

Pensé que echaría el estómago por la boca cuando Jackson empezó a saltarse todos los semáforos en rojo y esquivaba a los pocos coches que nos cruzábamos por el camino. Al menos, ya estábamos fuera del casco urbano, lo que disminuía la presencia de personas.

—¡¿Cuánto falta para llegar?! —grité, reprimiendo las ganas de vomitar por los nervios y el mareo.

No hizo falta que me contestara, ya que dobló la última esquina y ya pude visualizar el *DyJack*.

Dylan y otro hombre de mediana edad nos estaban esperando en una especie de garaje con la gran puerta abierta. Jackson frenó cuando ya estábamos casi dentro de la habitación, lo que me hizo temer por si nos estrellábamos contra la pared de enfrente.

Mi cuerpo salió disparado hacia adelante y estampé las manos en el salpicadero del coche, evitando así que fuera mi cabeza la que corriera esa suerte.

Jackson apagó el motor y salió fuera del vehículo. Yo tardé un poco más en un vago intento de recuperar el aliento.

Dylan bajó la puerta rápidamente de un salto y se dio la vuelta, fulminando a su hermano con la mirada.

—¡¿Se puede saber qué demonios has hecho para que nos metamos en serios problemas?! —exigió saber en un gruñido.

A mí ni siquiera me miró. Le eché una ojeada al hombre que seguía al lado de Dylan. El pelo blanco lo tenía tan corto, que se le podía ver el cuero cabelludo. Las arrugas de su rostro me informaban de su edad más avanzada, aunque no sobrepasaría demasiado los sesenta años.

—¡No he hecho nada! —respondió Jackson en un grito.

—En cualquier momento asaltarán el club por la entrada principal —intervino el desconocido.

Dylan fue hecho una furia hacia una especie de puerta secreta que permanecía abierta. Se trataba de un trozo de estantería metálica que se uniría a la de ambos lados una vez se cerrara de nuevo.

Jackson, el hombre sin nombre y yo fuimos tras él. El desconocido se encargó de sellar la pared con la estantería. Nos cruzamos con otra puerta, aparentemente blindada, que Dylan abrió colocando uno de sus ojos delante de un escáner de retina.

Bajamos por las escaleras a toda prisa mientras que los tres ideaban un plan rápido de defensa. Iríamos a que se equiparan de armas en la habitación donde tenían un gran armamento.

Estaba tan al borde de la ansiedad, que no empleé ni un segundo en estudiar este lugar. Lo que más deseaba en este momento era salir de aquí viva y reunirme con Cynthia. Ella tendría que estar muy preocupada y estaba segura de que mi móvil silenciado estaría cargado de llamadas y mensajes suyos.

Finalmente, ingresamos en el gigantesco armero. Me quedé parada en mitad de la habitación, observando a mi alrededor entre asustada y asombrada.

Había infinidades de armas y la gran mayoría nunca las vi. ¿Serían esas las especiales de uso militar? Unas eran de gran tamaño; y otras, muy pequeñas. Algo dentro de mí me decía que no subestimara a estas últimas. Algunas estaban sujetas en las paredes mientras que otras

permanecían dentro de unas cristaleras cerradas. También había mesas de trabajo, chalecos antibalas, municiones de todas clases y más equipamiento que desconocía por completo al no estar familiarizada con este mundo.

El fuerte agarre en mi brazo desde atrás me hizo dar un respingo. La voz profunda de Dylan entró en mi oído y su aliento acarició mi mejilla.

—Podría aprovechar ahora que estás en peligro para dejarte morir y que dejases de ser un estorbo —gruñó en un susurro, poniéndome todos los pelos de punta.

Mi mirada buscó a Jackson, que estaba de espaldas a nosotros, insertando balas en varios cargadores.

—Vas a lamentar haberte involucrado en mi familia. —Dylan desprendía autoridad por doquier. ¿Sería él el que más mandaba en esta organización?

El hombre que vi en el garaje miró a Dylan por un momento, y no hizo nada para avisarle a su hermano, ya que claramente estaba escuchando lo que el McClain me estaba diciendo al estar tan cerca de nosotros.

—Ahórrate tus amenazas, porque no pienso someterme a ti —espeté bajito, mostrándole chulería cuando por dentro era un manojo de nervios.

Iba a tener que soportar la presencia constante de este hombre, así que no permitiría que me tuviera bajo su control. Si Dylan continuaba con esta actitud conmigo, acabaría presentándole mi verdadero temperamento.

Me zafé de su agarre con brusquedad y me di la vuelta para encararlo. Esta vez, su mirada fría como un glaciar no me asustó.

—Continúa lanzándome el poder que ostentas, pero ten cuidado, McClain, porque podría absorberlo y disparártelo de vuelta con el doble de fuerza —le advertí.

Si mis palabras le asombraron, no lo demostró. En lugar de eso, me enseñó una sonrisa de lo más siniestra. Como la impulsiva que yo era, le devolví el mismo gesto.

Lo que había entre él y yo no tenía nombre. ¿De verdad debería considerarlo mi primer enemigo potencial?

—Vamos —dijo el McClain que no estaba obsesionado con hacerme daño.

Me giré rápidamente y vi a Jackson darse la vuelta. Miré sobre mi hombro, y Dylan ya conservaba las distancias conmigo; en cambio, el hombre desconocido tenía su vista fija en mí. Para mi sorpresa, me sonrió con una emoción que no supe interpretar, pero no era maliciosa. Volví a poner mi atención en Dylan, y este le lanzó una mirada fulminante al hombre.

Jackson me dio alcance, manteniéndose ajeno a esta guerra de miradas. Estaba equipado con un chaleco antibalas, al igual que el resto. En esta habitación no estábamos solo los McClain, el hombre del garaje y yo; también había más que no me prestaron atención.

—Tú quédate aquí abajo —ordenó.

—¿Qué?

—Lo que has oído —se interpuso Dylan en la conversación. Me contuve de darme la vuelta para taladrarlo con la mirada

Sentí una grandísima impotencia. No estaba capacitada para una defensa personal y sería una presa fácil, pero no me agradaba la idea de quedarme aquí encerrada. ¿Y si tendría que huir? No podría salir de aquí sin el puñetero ojo de Dylan para la lectura de retina. Durante un segundo fugaz, me imaginé arrancándole uno de la misma rabia que me hacía sentir cada vez que abría la boca para referirse a mí.

No dije nada y fui una niña buena para que se marcharan ya.

—Está bien —me sometí.

Jackson asintió y se dirigió con su hermano hacia la salida. El resto de hombres fueron detrás de ellos.

«Ni una mierda», pensé.

Caminé despacio detrás del último hombre más despistado, llevando cuidado en no hacer ruido con mis pasos y conservando una distancia prudencial.

Cuando Dylan abrió la puerta blindada, corrí hacia ellos sigilosamente. Pasó el último hombre y la puerta empezó a cerrarse.

Me colé por el pequeño hueco que quedó para mí y la puerta terminó de sellarse. Me tiré al suelo, cubriéndome con las escaleras para que nadie me viera. Ya había hecho la parte más difícil, sin la necesidad del ojo de Dylan.

Esperé a que la puerta secreta se cerrase para ponerme en marcha. Desde aquí sí podía oír ruidos procedentes del club, como si el sonido quedase aislado detrás de la puerta blindada.

Conté hasta diez y empujé el trozo de pared. Esta cedió y pude salir a lo que parecía ser otro pasillo. Volví a cerrarla y ahora tenía que dejarme guiar por mi instinto.

Ni yo misma me podía creer que me expusiera al peligro de esta manera cuando podría haber estado refugiada abajo. No pensaba meterme en la reyerta, sino huir por el garaje o por la salida de emergencia. El problema radicaba en que no sabía qué rumbo tenía que tomar desde mi ubicación.

Tampoco me podía quedar aquí parada como una idiota, así que moví mis pies y comencé a caminar. Tenía que salir de aquí a toda costa.

Oía voces, pero estas estaban por todas partes. ¿Qué camino escoger? Solté una maldición mental y continué andando despacio, mirando todo a mi alrededor.

Para mi mala suerte, opté por el camino equivocado. Me había dirigido al foco de la reyerta y ya era demasiado tarde para huir, porque un hombre con gafas de sol enfocó su mirada en mí y me señaló con el dedo índice, llamando la atención de todos los presentes.

—La queremos a ella —dijo antes de desatarse el caos.

Capítulo 9



Al instante de oír el primer disparo efectuado por Dylan, Jackson me cubrió por completo con su cuerpo y yo me tiré al suelo horrorizada.

Ahora pude comprobar la falsedad que poseían las películas cuando emitían escenas como estas. Los disparos eran extremadamente ruidosos y de gran intensidad.

Presa del pánico, gateé hasta posicionarme detrás de la barra para estar cubierta temporalmente, aunque unos disparos ya impactaban en las botellas que tenía justo detrás.

A la milésima de segundo de escuchar como un cristal se hacía pedazos, me cubrí la cabeza con los brazos y sentí que los trozos de vidrios caían sobre mí.

Estaba tan asustada que no podía ni gritar, y chillar como histérica no solucionaría absolutamente nada. Por suerte para mí, aún tenía puesta mi chaqueta. Esta evitó que un vidrio se incrustara en mis brazos o en mi espalda, que eran las zonas más expuestas a la caída de los cristales.

Me incliné lo suficiente para poder ver al otro lado de la barra. Tuve unos escasos segundos de echar una mirada rápida, ya que uno de esos hombres me señaló con el dedo otra vez, mostrándoles a los demás mi ubicación. Me volví a agachar y maldije por lo bajo.

No localicé a los McClain, tampoco tenía tiempo de buscarlos. Los contrincantes se diferenciaban fácilmente de los hombres que trabajaban para los hermanos porque los primeros tenían las gafas de sol puestas, lo que parecía muy curioso estando este local casi en la penumbra.

Sentí la presencia de alguien a mi lado. Giré la cabeza como un látigo, preparándome para defenderme, pero se trataba de Jackson, quien se arrodilló a mi lado con cara de pocos amigos.

—¡¿Qué estás haciendo aquí?! —Teníamos que hablar a voz de grito si queríamos escucharnos en medio de este escándalo. La policía vendría en cualquier momento.

—¡Me equivoqué de camino cuando pensaba salir de aquí! —Mi tono acusatorio fue dirigido a mí misma.

Ahora me arrepentía de haber tomado la decisión de salir del sótano cuando podría estar a salvo allí abajo. Sin embargo, gracias a mi decisión suicida, descubrí que estos hombres solo me querían a mí.

Un cuerpo salió disparado por encima de nosotros y se estampó contra los estantes de las

botellas parcialmente rotas que quedaron en su sitio.

El hombre, uno de los McClain, cayó al suelo como un fardo, ya sin vida. Era evidente al verlo inerte con los ojos abiertos enfocados en nosotros. En la frente tenía un agujero de bala, lo que me recordó a la última imagen que me llevé de Nathan.

Tragué saliva con dificultad por el nudo que se estaba formando en mi garganta.

—¡No te muevas de aquí! —creí que me ordenó Jackson antes de alejarse de mí.

Esta noche estaba muriendo gente por mi culpa, al ser yo la causa de este tiroteo. Quizás, si me entregaba a ellos, nadie más saldría herido. No obstante, todavía no era víctima de la desesperación como para irme con ellos por voluntad propia; aunque tampoco podía quedarme de brazos cruzados, sin hacer nada, cuando todas estas muertes quedarían sobre mi conciencia. Ya tenía bastante con la de mi amigo, que me atormentaría hasta el fin de mi existencia.

«No seré una cobarde otra vez», me reprendí.

Pasé mi vista por el cadáver que tenía al lado. No tenía ni la más remota idea de usar armas, pero no sería tan difícil, ¿verdad? Tan solo agarrarla y apretar el gatillo. Sin embargo, existía un problema: ¿sería capaz de matar por la supervivencia?

Con esa duda en mi mente, me arrastré hacia el cuerpo y le arrebaté la pistola que tenía aún enredada en sus dedos rígidos.

Siempre pensé que un arma así sería ligera, pero ahora que tenía una en mis manos podía comprobar que pesaba. No podría apuntar a un objetivo con una sola mano, como sí se reflejaban en las películas.

Volví a mi antigua posición y me asomé por encima de la barra para analizar el entorno. Había varios cuerpos inertes en el suelo encima de sus propios charcos de sangre. Ninguno de ellos se trataba de los McClain, lo que era un gran alivio para mí.

Me fijé en que uno de los que tenía las gafas de sol recibió un disparo en el pecho y estaba sentado en el suelo con la espalda apoyada en una de las mesas. El proyectil no acertó en el corazón, pero sí tenía que haberle dado en un pulmón, lo que sería muy grave. Aun así, el hombre tenía energía suficiente para hacerse una incisión con su cuchillo, haciendo el agujero de bala más grande, y meter los dedos por el hueco con la intención de extraerse el proyectil él mismo.

Me quedé perpleja, observando tal escena sin sentido. No fue hasta que recibió otro disparo en la cabeza que murió definitivamente, ya que su cuerpo se cayó hacia el lado y no se movió más.

Me cubrí con la barra de nuevo y apreté la pistola con fuerza. Conté hasta diez y me levanté para salir corriendo fuera de mi escondite. Lo que no me esperé fue estrellarme contra Dylan y que me empujara con su propio cuerpo, obligándome a tirarme al suelo con él. Ambos nos quedamos de rodillas.

—¿Qué demonios pensabas hacer? —espetó en voz baja.

Pude oírle perfectamente al haber disminuido la frecuencia de los disparos. Era obvio que varios hombres, de ambos bandos, se habían quedado sin munición.

—¿Y a ti qué te importa? —empecé a atacarlo, perdiendo la paciencia con él por no comprender sus acciones—. Dijiste que me querías dejar morir, que solo soy un estorbo, ¿recuerdas? —le reproché con sorna.

Intenté levantarme, pero reaccionó tan rápido que ni siquiera tuve la oportunidad de poner una distancia entre los dos. Me inmovilizó entre sus brazos y me aprisionó contra él en un intento de mantenerme quietecita.

—Te dije que *podría*, no que *quería* —habló sobre mi oído. Prácticamente estábamos

abrazados; con nuestros pechos tan pegados, que parecía que queríamos fusionarnos en uno—. Si fueras lista, analizarías mejor cada palabra que sale de mi boca, pero estás más que empecinada en enfrentarte a mí. —Puso una mano en mi nuca y pegó su mejilla a la mía, posando sus dedos en el lateral de mi cuello—. Aunque te agradezco que no indagues en mí, *Rose*. —Pronunció mi nombre con tanta sensualidad, que me produjo un escalofrío—. Es mejor así.

Estaba tan nerviosa por su cercanía que no le presté demasiada atención a lo que Dylan me estaba haciendo realmente. Sus dedos presionaban sobre mi carótida palpitante, provocando que un aturdimiento se abriera paso en mí.

Intenté apartarlo de mí, pero se aferró tanto a mi cuerpo, que ni siquiera podía moverme; y el mareo que me estaba ganando la batalla no me ayudaba a defenderme.

En un momento dado, me soltó y me dejó recostada en el suelo. El pitido de mis oídos y la visión borrosa me dificultaba prestarle atención al McClain; sin embargo, sabía que estaba a mi lado, hablando con uno de sus hombres que se había puesto a su lado.

—Quédate con ella —creí oírle decir.

El entorno me daba vueltas y tuve que cerrar los ojos para aliviar el mareo. Escuchaba en algún lugar perdido de mi mente los disparos, objetos rompiéndose, discusiones…

Poco a poco fui recuperando el sentido, pero, dentro de esta nebulosa que me envolvió, fui capaz de idear un plan para hacerle creer al hombre que todavía seguía aturdida.

Ya habían pasado unos cuatro minutos, a lo sumo, así que tenía que moverme o sospecharía de que estaba fingiendo. Era lo que duraba esta técnica que Dylan había empleado conmigo para dejarme fuera de combate. Al menos, el maldito no continuó hasta dejarme inconsciente, lo que fue un detalle por su parte.

Estuve abriendo y cerrando los ojos mientras duraba el proceso, aferrándome a cada imagen que mi visión borrosa captaba. El hombre se situó en un extremo de la barra, asomándose con frecuencia para disparar.

Este era mi momento.

Me incorporé lentamente y agarré la pistola que le robé al cadáver. Por suerte, Dylan no se la llevó consigo.

Sin esperar más tiempo, me puse en pie y salí disparada hacia fuera. Pasé agazapada por varias mesas para ocultarme un poco mejor mientras mi atención estaba puesta en mi objetivo.

Cuando lo tuve a una distancia más cercana para no fallar en el tiro, le quité el seguro a la pistola, que era lo único que sabía hacer, y apunté en la cabeza del hombre con las gafas de sol.

Apreté el gatillo. La fuerza con la que el proyectil salió del cañón hizo que el arma saliera volando de mis manos y, por suerte, no impactó en mi frente. Otro dato erróneo que se emitían en las películas.

Volví la mirada a mi objetivo, quien corría hacia mí. Antes de que pudiera alcanzarme, le propiné una fuerte patada en su entrepierna. Al ver que no surtía el efecto esperado, le di un puñetazo en el pómulo, atónita de no noquearlo como a un hombre normal y corriente.

Hice una mueca de dolor. Era obvio que yo misma me hice más daño que él. ¿Acaso este hombre no sentía dolor o yo era demasiado débil?

—¿Piensas que puedes vencerme? Créeme, se necesita más que eso para debilitarme —dijo con suficiencia.

Me cogió del brazo y tiró de mí hacia la salida del club. Este hombre tenía demasiada fuerza, ya que parecía que estaba arrastrando a una pluma por más difícil que se lo pusiera.

Grité de frustración. La desesperación me llevó a tirarle las gafas de un manotazo y a

introducirle rápidamente mis pulgares en las cuencas de sus ojos. Presioné, más y más, hasta que sentí el líquido ocular resbalar por mis dedos.

Con una mueca de asco y unas increíbles náuseas, me aparté de él. Esta vez sí que chilló de dolor y me inundó los oídos de insultos.

Otro hombre con gafas de sol se abalanzó sobre mí con la clara intención de golpearme en la cabeza con su pistola. Sin embargo, la suya dio un latigazo hacia atrás, recibiendo un impacto de bala en la frente, y su cuerpo se cayó al suelo.

Por inercia, busqué con la mirada a mi salvador y mi boca se abrió del asombro al reparar en Dylan.

No tuve tiempo de nada más, porque *su* presencia se hizo notar. El misterioso chico de la capucha lanzó una granada de humo y este no tardó en bañar todo el lugar.

No presté atención a mi entorno, y no porque ya no se viera, sino porque los estruendos de los disparos ya me estaban pasando factura. No estaba acostumbrada a este tipo de situación como para haber adaptado mis oídos a estos ruidos tan fuertes.

—¡Retirada! —chilló el encapuchado.

Alguien me tomó en brazos y me transportó a saber dónde.

—¡Rose! —oí gritar a Jackson.

De pronto, sentí un fuerte dolor de espalda y de cabeza cuando me soltaron sin contemplaciones y caí sobre una superficie dura. Escuché unos fuertes portazos y el rugido de un motor. Los bandazos bruscos que recibí me hicieron entender que estaba dentro del furgón y me llevaban a algún lugar desconocido.

Parpadeé en un intento de abrir los ojos, una tarea imposible porque el aturdimiento se abrió paso en mí a una velocidad alarmante. Me mantuve quieta y me concentré mentalmente para no entrar en pánico y, sobre todo, para mantenerme consciente.

—¿Por qué Eckardt tiene tanto interés en esta chica? —preguntó una voz desconocida.

—Porque es el *fruto del pecado.* —Reconocí la voz del encapuchado—. Si no hubiera sido por mi aparición, vosotros aún estaríais ahí, luchando como endebles *humanos* para capturar a una chica indefensa.

No sabía con certeza si estos hombres pensaban que yo estaba inconsciente y que por eso hablaban con naturalidad y sin tapujos. Recé para que esa duda fuera cierta y seguí manteniéndome inmóvil.

—Hemos perdido a muchos hombres —dijo otro.

—No sois invencibles. ¿Qué esperabais? ¿La inmortalidad? —se burló el chico de la capucha.

Sentí unas inmensas ganas de dejarme llevar por la oscuridad, pero seguí resistiendo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó uno de pronto, asombrado por algo que yo no podía ver.

—Gracias por cumplir vuestra parte, caballeros —dijo el encapuchado en modo de sentencia.

Mi cuerpo dio una sacudida por cada disparo que oí en el interior del furgón hasta que, finalmente, la oscuridad me atrapó; no sin antes entreabrir los ojos en un último intento de ver.

El rostro del encapuchado, cubierto por un pasamontañas, ocupó todo mi campo de visión. No fue verlo tan cerca lo que me hizo abandonar esta realidad, sino sus ojos. Creí ver que el iris de estos se tiñó de un color dorado.

Capítulo 10



Un desagradable olor inundó mis fosas nasales, sacándome de la oscuridad en la que fui engullida. Solté un gemido y me removí sobre una superficie blanda.

—¿Rose? —La voz preocupada de Cynthia me sacó del letargo en un santiamén.

Abrí los ojos y pestañeé sucesivamente, apartando la nebulosa restante para centrarme en el mundo que me rodeaba.

Me encontraba en el sofá del salón de mi apartamento y solo Cynthia estaba sentada a mi lado. No había rastro de nadie más. ¿Cómo había llegado hasta aquí?

Mientras observaba a mi amiga con confusión, fui indagando en mi propia mente hasta que unos vagos recuerdos fueron acudiendo a mí poco a poco.

Me incorporé de golpe, lo que me produjo un fuerte mareo.

—No te levantes todavía. Aún estás débil —me pidió Cynthia, obligándome a acostarme de nuevo en el sillón.

—¿Qué hago aquí? —pregunté con los ojos cerrados. Comencé a masajearme la sien, agarrándome a mis recuerdos de esta noche—. Estaba en el *DyJack* con los McClain. Hubo un tiroteo…

—Ya lo sé. Jackson te encontró dentro de un furgón abandonado en un lado de la carretera —explicó.

Ahora la realidad me azotó con fuerza, implantando la nitidez en las imágenes que mantuve difusas en mi mente.

—El encapuchado —musité, ya con los ojos abiertos—. Él y sus hombres me tenían en ese furgón. No sé a dónde me llevaban, pero oí disparos antes de desmayarme.

—Cuando Jackson llegó allí, te vio a ti inconsciente dentro del vehículo, junto con dos cadáveres. El conductor también fue asesinado —prosiguió, ahora tan confundida como yo—. ¿Cómo es que el encapuchado te secuestró y te dejó ahí sola, a la vista de ser rescatada?

—No lo entiendo.

Me incorporé despacio y, con la ayuda de Cynthia, apoyé la espalda en el respaldo del sillón, quedándome sentada.

—¿Dónde está Jackson? —quise saber.

—Hablando por teléfono en el balcón —contestó ella.

Giré la cabeza hacia el lugar que me había indicado y allí estaba, apoyado en la barandilla con una mano mientras que con la otra sujetaba el móvil sobre la oreja. El McClain me daba la espalda, así que aún no había reparado en mi despertar.

—¿Él fue quien me trajo al apartamento?

—Sí. También fue el que me tranquilizó, porque me puse hecha una histérica al verte inconsciente en sus brazos. —El tono de su voz ya me mostraba lo preocupada que estuvo por mí.

No me sorprendía en lo absoluto que Jackson supiera dónde vivía. ¿Qué información se le podría escapar a los McClain cuando querían saber algo de una persona?

—Se preocupa demasiado por ti, Rose. —El comentario inesperado de Cynthia me hizo centrarme en ella—. Parece sincero.

—¿Por qué lo dices?

—¿No es obvio? —me miró como si le hubiese preguntado lo más absurdo—. Se ha jugado la vida por defenderte, ya que el encapuchado y esos hombres iban a por ti.

Cynthia tenía razón, no podía ocultar lo evidente. Los McClain se arriesgaron por evitar que me capturasen, incluso perdieron a algunos de sus hombres en el intento. También Jackson fue tras de mí y terminó encontrándome. Aparte de él, su hermano colaboró en ayudarme, porque Dylan sabía perfectamente lo importante que yo era para Jackson.

—Creo que está enamorado de ti —soltó mi amiga.

—¿Cómo sería eso posible? No creo en el amor a primera vista, Cynthia, nunca lo hice —me opuse a que tuviera razón en esto.

—Bueno, él te conoce desde hace años, aunque tú no te acuerdes, ¿no? —dijo ella—. No pienso que lo suyo haya surgido, así sin más.

Ahora que analizaba las palabras de Cynthia, todo tenía más sentido. Quise abofetearme a mí misma para que los recuerdos que compartía con Jackson vinieran a mí. ¿Por qué se fugaron de mi cabeza?

—Fuera como fuese la forma en la que os conocisteis, a él le dejaste marca… —dejó la frase en el aire.

Volví a mirar a Jackson, que continuaba ajeno a nosotras. Quizás ahora mismo me encontraba demasiado sensible y por eso lo observaba con otros ojos.

—Así empecé yo —murmuró Cynthia, reclamando mi atención otra vez.

—¿Qué? —Fruncí el ceño.

Mi amiga me agarró de la mano que descansaba en uno de mis muslos y le dio un leve apretón.

—Cuando comencé a mirar así a Alec, me di cuenta de que un sentimiento ajeno a mi conocimiento empezó a crearse en mi interior hasta que, días después de tantas reflexiones y dolores de cabeza, pude ponerle nombre —me confesó.

Alec Salazar fue su primer y único novio. Estuvieron varios años en una relación hasta que él, de pronto, rompió con ella y desapareció de su vida sin explicación alguna.

A día de hoy, Cynthia seguía enamorada de Alec, aunque ella no me lo quisiese decir con palabras. Pasó mucho tiempo desde que su nombre salió de sus labios, hasta que lo pronunció hoy.

—Yo no estoy enamorada de Jackson, Cynthia —le aclaré.

—Tan solo te he dicho que así empecé yo, y, si continúas mirándolo de ese modo, acabarás cayendo, te lo aseguro. —Le dio unas cuantas palmadas al dorso de mi mano—. Te quedan unos

días. —Sonrió con ternura.

—Gracias —espeté.

—¿Por qué?

—Por darme otra razón más para comerme la cabeza. —Tiré de mi mano y me crucé de brazos. Le lancé una mirada fulminante como una niña refunfuñada.

Tenía pensado contarle a Cynthia todo lo que Jackson me dijo de su pasado para no tener secretos con ella y poder hablar abiertamente, sin la necesidad de llevar cuidado en qué decir.

—Has despertado. —Nada más escuchar la voz de Jackson en el salón, Cynthia se acomodó mejor a mi lado en el sofá para no perder de vista al McClain—. Esta madrugada tendréis a unos guardaespaldas postrados afuera y, bueno, os acompañará a todos lados conservando las distancias para daros la mayor privacidad posible. —Agitó suavemente su teléfono, haciéndome entender que estuvo hablando con los escoltas.

—Gracias —dijimos Cynthia y yo al unísono.

Conocía a mi amiga, así que a ella tampoco le hacía mucha gracia tener a unos desconocidos detrás de nosotras en todo momento, pero éramos conscientes de que era necesario.

Después de esta noche, el encapuchado dejó de causarme ese pavor del principio, aunque en su lugar dejó la perplejidad, porque no sabía qué demonios quería de mí. ¿Por qué me liberó después de tanta molestia por secuestrarme?

No obstante, los dos hombres restantes del crimen de Nathan sí me causaban horribles pesadillas.

—¿Cómo te encuentras? —quiso saber él, guardándose el móvil en el bolsillo del pantalón—. ¿Tengo que llevarte al hospital para que te revisen?

Pude notar que Cynthia reprimió las ganas de reír por la evidente preocupación excesiva de Jackson.

—Estoy muy bien —lo tranquilicé para que se quitara esa idea de la cabeza—, pero me gustaría saber qué pasó en tu club después de que me sacaran a la fuerza.

—Los que sobrevivieron del otro clan se marcharon. Cuando Dylan y yo dimos contigo, él volvió al *DyJack* para hacerse cargo de los cadáveres mientras que yo me ocupaba de llevarte a casa —explicó.

—Siento mucho la caída de tus hombres… —Me callé de golpe, sin saber qué más decir.

—No tienes culpa de que hayan ido a por ti. Tu amiga me explicó que no se trataba de ajustes de cuentas ni nada por el estilo. Los problemas te cayeron encima sin buscártelos.

—Aun así, me siento apenada por el sacrificio que hicisteis —le dije, mirándole apenada.

—Gajes del oficio. Además, nos gusta la adrenalina —soltó con una pequeña sonrisilla. Desde luego que los McClain ya estaban acostumbrados a esta clase de situaciones por la que tuvimos que pasar esta noche—. Tengo que marcharme. —Se ajustó la chaqueta y, esta vez, vi la seriedad en sus ojos—. Hablaremos después de tu tendencia suicida, Rose.

Dicho eso, se dirigió hacia la salida. Cynthia se levantó y fue tras él para despedirlo. Cuando nos quedamos solas en el apartamento, mi amiga volvió a sentarse a mi lado.

—Deberías darme las gracias por calmarte al chico mientras tú estuviste durmiendo en el sillón. Yo estuve muy nerviosa; y él, furioso —dijo.

No esperé lo contrario por parte de Jackson. En vez de quedarme quietecita en el sótano del club, yo misma fui hacia el foco de la reyerta, poniéndoles a los contrincantes lo que buscaban en bandeja.

Solté un suspiro y decidí dejar los acontecimientos de esta noche aparcados a un lado para

hablar con ella del pasado de los McClain y ponerla al día.

Después de una hora conversando en el salón, Cynthia se marchó a su dormitorio para dormir y yo decidí darme una ducha antes de acostarme en la cama.

Al acabar de pasar unos largos minutos bajo la cascada de la alcachofa, salí envuelta en una toalla y me puse delante del espejo. Empecé a peinarme el cabello húmedo con cuidado hasta que mi mirada fue a parar a un punto extraño que detecté en el lateral derecho de mi cuello.

Dejé el cepillo encima del lavabo y acerqué mi cara al espejo para observar bien el pequeño orificio, que parecía ser originado por una punción con una aguja. Perpleja, acerqué un dedo a esa zona y no sentí nada de dolor. ¿Qué significaba esto?

⚹⚹⚹

Me pasé por el cementerio nada más despertarme. Como bien dijo Jackson, los escoltas me acompañaron, aunque dejaron que entrara sola al camposanto, lo que agradecí en silencio. Necesitaba pasar un momento en soledad frente a la tumba de Nathan.

No quería quedarme de brazos cruzados mientras sus asesinos andaban sueltos. Había intentado tomar el camino legal, pero no sirvió de nada y solo empeoré las cosas. La frustración de no saber cómo hacer justicia se abrió paso en mi interior.

—Perdóname. —Mi voz sonaba débil y casi imperceptible para mis oídos—. Perdóname por no haber hecho nada para evitar tu muerte. Si hubiera sido a la inversa, tú no hubieras dudado en defenderme. —Me acomodé hasta quedar sentada al lado de su tumba—. Siempre fuiste mi ángel guardián y yo te lo pagué así, presenciando tu muerte sin mover ni un solo dedo para salvarte o, al menos, intentar salvarte. —Acaricié su lápida con la palma de mi mano—. Tu muerte no quedará impune y limpiaré tu imagen porque tú... —Noté como la ira empezaba a crecer en mi interior—. Tú tenías la valentía suficiente para no ser un suicida —aseguré con firmeza—. Y aquí te hago este juramento. Ya buscaré la forma más eficiente para que esos desgraciados sean castigados. —Me levanté del suelo y limpié la suciedad de mi pantalón—. Porque eso es lo mínimo que mereces.

—Es bueno verte por aquí, chica. Este lugar se vuelve hermoso con tu presencia. —Me di la vuelta y le sonreí a Eleazar.

Él era el encargado de mantener los cuidados del cementerio y, en ocasiones, era mi compañía en mis visitas a este lugar.

Rodeé el cuerpo de este gran hombre con mis brazos. No sabía si me había escuchado hablar frente a la tumba de Nathan, aunque, de todas formas, no dije nada comprometido.

—Y usted mantiene este lugar impecable —contesté.

A pesar de ser un camposanto, este lugar parecía el jardín de una mansión. Omitiendo las tumbas y mausoleos, estaba lleno de vegetación digna de admirar. Tenía sus caminos de piedra y la hierba estaba muy bien cuidada.

—Es lo único que puedo hacer por ellos. —Señaló a su alrededor.

El cementerio podría ser un lugar escalofriante para muchas personas, pero para mí era mi segundo hogar. Podría pasar horas y horas aquí, leyendo un libro y ordenando mis pensamientos cuando fuera necesario.

Después de despedirme de Eleazar y antes de marcharme de aquí, fui a pasar un rato con Camille. Nunca me acostumbraría a su ausencia eterna. Echaba de menos a mi hermana, tanto como el aire que necesitaba respirar cada día para vivir.

Salí del cementerio algo más reparada emocionalmente e ingresé en el *Ford* de Cynthia. Solo disponíamos de su coche, así que teníamos que utilizarlo por turnos.

Durante el trayecto a la casa de mis padres, puse la música a todo volumen, recordando viejos tiempos con Cynthia. De vez en cuando observaba por el retrovisor, verificando que mis guardaespaldas seguían detrás.

Cuando tuve que parar en el último semáforo en rojo, mi vista se fue hacia la zona de mi cuello donde apenas estaba la marca de la punción que vi anoche. Era un punto tan minúsculo, que podía pasar desapercibido para cualquiera que no supiera que ahí había algo como para fijarse con más atención.

Nada más aparcar el coche en la entrada de la casa, Patrick salió al porche para recibirme, ya que sabía que vendría al haberle avisado antes de llegar al cementerio.

—¡Papá! —chillé emocionada, lanzándome a sus brazos.

Teníamos esta costumbre familiar. No nos reteníamos a la hora de mostrar nuestro afecto ni sentíamos vergüenza cuando lo expresábamos en público.

—¡Si está aquí mi princesa! —dijo, apretándome contra su cuerpo.

Nos dirigimos a un banco balancín que tenían en el patio y nos sentamos. Las vistas eran asombrosas, claro, para aquellas personas que le gustasen la botánica.

Los escoltas eran eficientes, puesto que no se dejaban ver, lo que era una ventaja para mí en estos momentos, porque no quería que mi padre los viera, o tendría que darle muchas explicaciones innecesarias.

—¿Y mamá?

—Esta mujer me tiene loco. Su obsesión por comprar adornos es excesiva. —Soltó una carcajada y yo respondí de la misma forma sin poder evitarlo—. Está recorriendo las tiendas con la vecina al mismo tiempo que intercambian cotilleos. El pasillo de la planta superior lo veo cada vez más estrecho. Raro es el día que no me tropiece con algo.

—Jaqueline no tiene remedio —contesté entre risas.

En un pestañeo, paré de reír y la tristeza se abrió paso mientras observaba a mi padre. Ellos estaban ajenos a todo lo que me estaba pasando. Era lo mejor que podía hacer para que no se involucraran en mi mundo.

Había momentos de desesperación, donde sentí la urgencia de contarles la verdad para escuchar sus consejos, pero sabía que se trataba de una estupidez por mi parte. No podía ser egoísta, tenía que pensar en el bienestar de ellos y no solo en el mío.

—Tenemos un regalo para ti —dijo después de un momento de silencio.

—¿Un regalo? —Fruncí el ceño—. ¿Qué es?

—Espera aquí. Voy a por él y podrás verlo con tus propios ojos —dijo entusiasmado. Asentí y él desapareció en el interior de la casa.

Apoyé mi espalda en el respaldo del asiento y me balanceé mientras mi vista se perdía en un punto inexistente enfrente de mí. Por muy extraño que pareciera, fui capaz de mantener la mente en blanco hasta que volvió mi padre.

—Aquí tienes, pequeña —dijo antes de tendérmelo.

Se trataba de un sobre en blanco, pero se transparentaba levemente el papel rectangular que había en su interior. Lo abrí y me encontré con dos billetes de avión con destino a Italia.

—¿Y esto?

—Desde la pérdida de Camille, no volvimos a viajar a Italia como teníamos de costumbre todos los veranos. Y sé lo bien que te lo pasabas en Milán —dijo con un atisbo de nostalgia—.

Además, allí tienes a tu amigo del que no te despegabas. —Los recuerdos del chico del que hablaba mi padre vinieron a mi mente.

«Damian Wallace».

Era un chico un poco más mayor que yo, aunque no recordaba su edad. Le conocí en el primer verano que visitamos Italia. Desde entonces, nos hicimos muy buenos amigos y cogimos por costumbre encontrarnos cada vez que viajaba allí; sin embargo, desde la muerte de Camille ya no volvimos a Milán y perdí todo contacto con él.

—Pasaron tres años, dudo de que se acuerde de mí. Además, pensará que no quise saber nada más de él —dije nostálgica.

Era un buen chico, incluso le cayó bien a Nathan cuando le hablé de él. Había que destacar que conseguir la aceptación de Nathan no era fácil. Tenía que superar una serie de pruebas y Damian pasó todas y cada una de ellas sin conocerlo en persona.

—No digas tonterías. —Me dio una palmada en el muslo—. Ese chico no se habrá olvidado de ti, y lo más interesante es que le vas a dar una gran sorpresa cuando te vea. Cariño, un rostro muy conocido e importante nunca se olvida y vosotros dos erais muy buenos amigos. —Seguí con la mirada fija en los billetes de avión mientras escuchaba a Patrick.

Debía de admitir que extrañaba muchísimo a Damian. Sería una buena idea volverlo a ver, pero eso no quitaba la sorpresa que mi padre me había dado. Por inercia, dirigí la vista a lo más importante.

—¿Por qué solo hay dos billetes de avión? ¿Y por qué la fecha es el veinticinco de Diciembre? —pregunté confusa. Nunca me gustó viajar en mitad de un curso universitario. Debido a ello, siempre lo hacía en verano.

—Un billete es para ti y el otro es para Cynthia. —Antes de que pudiera replicar, me interrumpió—. Italia es preciosa, pero en Navidad aún más. Siempre te ha gustado esa fecha por los adornos y las luces navideñas que ponen en las calles. Tu madre y yo no podremos viajar porque estamos en la temporada alta de trabajo. Además, ya sois mayores y podéis hacer un viaje solas en avión, ¿verdad? Dominas bien el italiano y le enseñaste a Cynthia lo suficiente como para que se defienda en el idioma —comentó.

Estudié sus facciones y creí ver signos de preocupación, sin embargo, en cuanto se percató de que le miraba fijamente, su semblante cambió al mismo tiempo que de tema de conversación.

No le di importancia a nada más que no fuera a esta maravillosa noticia. Cynthia se pondría muy feliz de acompañarme a Italia.

Capítulo 11



Pasé toda la tarde en compañía de Cynthia. Como era de esperar, se alegró muchísimo de nuestro viaje y estuvimos hablando de Damian Wallace durante una hora.

Me mantuve pegada al teléfono por si recibía alguna llamada de Jackson, pero no fue el caso. Me costó admitir que me llevé una decepción, aunque no le dije nada a mi amiga para no darle una excusa que ella aprovecharía para restregarme en la cara que guardaba sentimientos por él.

Claro que no negaría que poco a poco Jackson se estaba amoldando a mi vida y que ya no tenía tanto interés como antes en que se alejara de mí una vez consiguiera quitarme a mis verdugos de encima; no obstante, estos sentimientos no alcanzaban al amor.

Me recosté en el sillón con los ojos medio cerrados por el cansancio que ya estaba apoderándose de mí. Cynthia se fue a dormir, dejándose la película de terror a medio, y yo decidí terminarla antes de entregarme al sueño. Sin embargo, no obtuve éxito.

«Me encontraba parada en mitad de un sendero que conducía a un pueblo rural, donde la agricultura y la ganadería eran más que evidentes.

—¿Dónde estoy? —pregunté a la nada y miré alrededor—. ¿Estoy soñando?

El paisaje era tenebroso. Había una inmensa y espesa niebla que dificultaba mi visión; la vegetación que podía visualizar era seca y de un color pajizo.

Con el corazón dándome puñetazos en el pecho, avancé por el sendero totalmente confusa. Solo había dos caminos que tomar y opté por dirigirme al pueblo para poder encontrarme con alguna persona que me pudiese orientar.

A los pocos metros vi un cartel, en el que había escrito «bienvenido», pero no ponía el nombre del pueblo, algo que me extrañó. Levanté la mirada al cielo encapotado y vi a un cuervo volando en círculos sobre mi cabeza.

Continué caminando hasta que una cabaña de madera se presentó ante mí. Por suerte, no era de noche y podía ver por dónde caminaba, pese a esta niebla tan espesa.

Subí los escalones del porche de la cabaña y me encontré con la puerta entreabierta. Le di unos golpecitos con los nudillos, pero no recibí ningún tipo de respuesta, así que decidí entrar sin obtener el permiso del propietario.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —No obtuve ninguna respuesta verbal ni sonora.

Cerré la puerta tras de mí sin hacer el mínimo ruido y empecé a recorrer el pasillo con sigilo. Conforme avanzaba, un fuerte y desagradable olor a cadáver en descomposición invadió mis fosas nasales, viéndome en la obligación de cubrirme la nariz con una mano.

Lo único que había en este pasillo era una pequeña ventana empañada a la izquierda; nada de muebles. Cuando llegué al final, giré hacia la derecha, que era la única dirección que podía tomar.

Me detuve en la entrada del comedor y evalué esta sala con una mueca de asco. En el medio se hallaba una mesa gigantesca con varias sillas mal colocadas. Encima de esta había varios platos con restos de comida en mal estado y moscas a su alrededor.

Sentí unos inmensos deseos de vomitar aquí mismo que a duras penas pude contener. Este lugar era espantoso y repugnante.

Enfrente de mí se abría otro pasillo y al lado se hallaba una chimenea que, para mi sorpresa, un hombre estaba encendiendo. Me costaba creer que aquí viviera una persona con este nivel de pestilencia.

Intenté hacer a un lado las náuseas y me centré en el dueño de la cabaña.

—Disculpe, ¿señor? —Di unos pasos hacia él, pero me detuve abruptamente cuando lo vi girarse con un hacha en una de sus manos—. Siento haber entrado en su propiedad sin permiso. —Mi vista no se despegaba ni un segundo de su arma—. Me he perdido y no sé dónde estoy.

—Lárgate, *zorra* —espetó, acercándose a mí con pasos lentos y decididos.

Tragué saliva con dificultad por los nervios que afloraban en mi interior. Fui retrocediendo despacio hacia el pasillo que conducía a la salida.

—Lo siento. No era mi intención molestar. —Levanté las manos en son de paz—. Ya me voy.

No comprendía su trato tan hostil hacia mí, sin embargo, no iba a reprocharle por su insulto. Llevaba un arma equipada y yo tenía todas las de perder.

Antes de poder girarme y echar a correr, el hombre se abalanzó sobre mí con el hacha alzada. Solté un grito y me tiré a un lado para esquivar su ataque. Ahora él me bloqueaba la salida.

—¡¿Qué demonios le pasa?! —grité, temblando como una hoja—. ¡Está loco!

Cuando intentó atacarme de nuevo, salté hacia atrás. Una exclamación se quedó atascada en mi garganta al sentir la brisa que produjo el hacha cuando pasó muy cerca de mi nuca.

Rodeé la mesa del comedor para crear un obstáculo entre ambos y cogí rápidamente un cuchillo de gran longitud, dispuesta a usarlo en caso necesario.

El hombre sonrió con malevolencia, se subió a la mesa y corrió hacia mí. La vajilla que había encima temblaba sobre el tablero con cada paso que él daba, y gran parte de esta aterrizaba en el suelo, haciéndose pedazos.

Apreté el mango del cuchillo tan fuerte, que me clavé las uñas en la palma de la mano.

Cuando el hombre levantó el hacha para atacarme nuevamente con ella, me tiré al suelo, esquivándola. Esta se clavó en el mueble que estaba detrás de mí y aproveché la ocasión para enterrarle el cuchillo en la pierna. Soltó un alarido y se dejó caer al suelo.

No obstante, sus intentos de matarme no cesaron. Cogió una botella rota para utilizarla como arma blanca. Antes de que pudiese atacarme, le saqué el cuchillo de la pierna con rapidez y me puse a horcajadas sobre él.

Presa del pánico, levanté el cuchillo y le enterré la hoja afilada en el pecho. Al ver que el hombre continuaba resistiéndose, le atesté unas cuantas puñaladas más hasta que dejó de moverse.

Me quedé ahí, quieta y con los ojos abiertos como platos mientras procesaba en mi mente lo

que había hecho.

—Lo he matado... —gimoteé—. ¡Lo he matado!

Me levanté rápidamente y retrocedí, cubriéndome la boca con la mano para amortiguar los sollozos. Las lágrimas recorrieron mis mejillas y se metieron entre mis dedos mientras observaba el cadáver.

El miedo se apoderó de mí y corrí hacia el exterior de la cabaña. Al bajar las escaleras del porche, otros dos hombres, con el mismo aspecto que el que maté dentro, me cortaron el paso.

—¡Ahí está! —Ellos tenían una pala y un azadón como armas.

Corrí hacia ellos y, antes de que uno me atacara, me arrastré por la tierra con un impulso, pasando por su lado, y me puse en pie rápidamente para continuar corriendo.

Este acto me hizo sentir el cuerpo arder por la abrasión contra la tierra y las piedrecitas; aun así, no me podía permitir tomar un descanso hasta que no me encontrase a salvo.

Continué avanzando por en sendero en una carrera. Pude oír los pasos de esos hombres detrás de mí, lo que me hizo sacar fuerzas desde donde ya no las tenía y aumenté la velocidad.

Crucé por una puerta de madera gigantesca y la cerré. Busqué algo que me sirviera para atrancarla hasta que encontré una rama gruesa de un árbol, que pasé por ambos salientes de la puerta.

Esto no los detendría mucho tiempo, pero ganaría el suficiente para poner más distancia entre ellos y yo.

Me di la vuelta y contemplé el entorno. Parecía que había secciones de esta zona rural, donde las separaba unos altos muros de piedra con el acceso por la puerta de madera.

Seguí mi camino por el sendero, rodeando mi cuerpo con ambos brazos por el frío que estaba penetrando en mi sistema. Los sollozos se suavizaron por el subidón de adrenalina al ver mi vida en peligro, no obstante, todavía caían lágrimas silenciosas por mis mejillas.

Paré en seco cuando visualicé una pequeña aldea, en la que había varias cabañas y aldeanos del mismo aspecto que los anteriores.

Antes de dejarme ver, me escondí detrás del árbol más cercano. Noté que mis manos empezaron a temblar. Estaba completamente aterrada y no entendía qué era lo que estaba pasando con estos aldeanos. En esta ocasión, había demasiados; yo sola no podría con todos ellos.

Salí de mi escondite para ocultarme en el lateral de una de las cabañas que estaba frente al árbol que usé como refugio. Pegué mi espalda en ella y anduve hasta la esquina para echar un vistazo.

Los aldeanos estaban haciendo labores ganaderas y de agricultura. Unos cuantos ordeñaban vacas y cogían los huevos que habían puesto las gallinas; otros excavaban con la pala. Aparentemente, parecían personas normales con uso de razón, pero estaban completamente locos. Dudaba de que ellos fueran más racionales que los anteriores.

Sin darme tiempo a reaccionar, una mano tapó mi boca y me volvió a ocultar de la vista de los aldeanos. Forcejeé con desesperación para liberarme.

—*Shhh* —siseó sobre mi oído—. Tranquila, no te haré daño. Yo no soy uno de ellos.

Paré de luchar y él me giró para que pudiera mirarle a los ojos. Vio en mí que no iba a resistirme, ya que apartó despacio su mano de mi boca.

—No te haré daño —repitió.

Este hombre superaba los cincuenta años y, según lo poco que podía apreciar de su aspecto, no parecía ser uno de ellos. Aun así, lo miré con desconfianza.

—¿Quién eres? —pregunté, poniendo una distancia prudencial entre nosotros.

—*Sueños compartidos* —murmuró asombrado—. Siguen siendo un enigma para la ciencia, pero lo importante es que, al menos, uno de los dos es consciente de esto. —Nos señaló a ambos con su dedo índice.

Escuché de ese fenómeno gracias al profesor de neurología. Se trataba de una conexión entre dos personas en la que ambos compartían el mismo sueño. Se conocían muy pocos casos en el mundo y, como acababa de decir este desconocido, la ciencia todavía no podía darle una explicación a este suceso.

—¿Quién eres? —volví a preguntarle.

El hombre parecía estar sumergido en un mundo de fantasía, porque me miraba como si yo fuera su esperanza.

—Me llamo Louis Bouchard.

Se suponía que ahora me tocaba a mí presentarme, pero preferí no compartir información personal con un desconocido, aunque esto solo fuera un sueño. Bien podría acordarse cuando despertase.

—Si hemos conectado, eso solo quiere decir que tenemos un vínculo —comentó. Su mirada se desvió un momento hacia el lateral de mi cuello—. Eckardt ya dio contigo.

Ese nombre fue un estímulo muy fuerte para atraer más recuerdos del secuestro en manos del encapuchado. Creí oír ese nombre en la boca de uno de esos hombres que lo acompañaban.

—¿Quién es Eckardt? —quise saber.

—La peor pesadilla de todas sus víctimas —contestó—. *Nuestra* peor pesadilla —enfatizó—. Y después se convertirá en la peor pesadilla del mundo entero.

Debería prestarle más atención a cada una de sus palabras, pero mis pensamientos se dirigieron al hombre que maté en la cabaña. Todo formaba parte del sueño de este hombre, porque yo jamás soñé con algo así.

—No soy una asesina —murmuré, aún sumergida en mis ensoñaciones.

—Todavía.

Lo miré con el ceño fruncido.

—¿Qué pretendes decir con eso?

—Solo quiero que sepas que ninguna de las marionetas de Eckardt merecen vivir, ya no —contestó, dejándome aún más confusa—. Cada vez que acabes con alguno de ellos, piensa que le hiciste un favor librándolo de lo que llevan dentro.

—¿De lo que llevan dentro? —No daba crédito a lo que este hombre no cesaba de insinuarme —. ¿Qué llevan dentro?

—Lo mismo que ahora llevas tú, así que depende exclusivamente de ti que no acabes siendo otra marioneta de Eckardt.

Estaba desconcertada. No entendía nada.

Tomé una respiración profunda en un intento de serenarme para controlar los impulsos de ser una borde.

Cuando abrí la boca para seguir presionándole en que me diera más información, un grito nos sobresaltó a ambos.

—¡Allí están!

Nos giramos rápidamente. Ese aldeano alertó a los demás de nuestra presencia y todos equiparon sus armas agrícolas. Por suerte, no poseían armas de fuego, ideales para largas distancias. Con las que usarían contra nosotros tendrían que acercarse demasiado.

Miré a Louis, espantada, cuando empezaron a caminar hacia nosotros.

—Permanece a mi lado en todo momento. —Cogió de mi brazo—. Podrá ser un sueño, pero eso no te librará del dolor.

Me arrastró con él a toda prisa hacia una de las cabañas que había en esta pequeña aldea. Me soltó unos segundos para disparar a los aldeanos que se interponían en nuestro camino. Me puse detrás de él, asegurándome de que no había ninguno detrás de mí.

Louis volvió a cogerme del brazo y continuamos corriendo.

Entramos en la cabaña, una bastante grande de dos pisos de altura, y él cerró la puerta de un portazo.

—Atráncala —me ordenó—. Yo haré los mismo con las ventanas.

Vi un mueble que estaba al lado de la puerta y lo arrastré hacia esta. La hoja de un hacha se clavó en la madera y retrocedí asustada, conteniendo un grito.

Busqué a Louis con la mirada. Estaba arrastrando estanterías para tapar cada ventana de este piso.

De pronto, oímos que un cristal se hacía pedazos en la planta de arriba.

—¡Vamos!

Fui tras Louis y subimos las escaleras con rapidez. Me paré nada más acabar los escalones y él se aproximó a la ventana rota y derribó la escalera de mano que los aldeanos habían utilizado para romperla y subir hasta aquí.

A pesar de la escasa racionalidad para dialogar que tenía esta gente, tenía que reconocer que eran muy inteligentes a la hora de *cazar*.

Escuchamos un alboroto en el piso inferior, seguido de unos pasos apresurados.

Louis me cogió de la mano y me guio hacia la otra ventana, donde daba paso al tejado de la cabaña vecina. La abrió y salió afuera, tirando de mí para que no me separara de él ni un instante.

Una vez en el tejado, miré hacia abajo. Había una gran cantidad de aldeanos entrando en la cabaña. Mi corazón aporreaba mi pecho con una fuerza ya dolorosa. Lo que más ansiaba ahora mismo era despertar de una vez por todas y desaparecer de este escalofriante lugar.

El sonido de una motosierra en función me dejó completamente helada y abrí los ojos como platos al visualizar a un hombre con ella en las manos saliendo por la ventana que habíamos empleado para llegar aquí.

—¡Ay, Dios mío! ¡No hay salida! —chillé histérica.

No pensaba experimentar una decapitación en un sueño.

Avanzamos hasta el final del tejado y, como suponía en el borde de la ansiedad, no había escapatoria. Giré sobre mi propio eje cuando oí el ruido de la motosierra demasiado cerca.

Unas manos fuertes rodearon mis brazos y Louis me obligó a mirarlo. El mundo de mi alrededor comenzó a difuminarse y su rostro se fue distorsionando delante de mis ojos. ¿Él estaría viendo lo mismo que yo?

—Escúchame, Rose. —Estaba tan asustada que ni siquiera le di importancia a que haya pronunciado mi verdadero nombre—. Ten cuidado con las alucinaciones. Verás y oirás cosas, pero recuerda que no son más que alucinaciones.

—¿Qué? —musité perpleja, ya casi a la nada.

—Y lo más importante. —Ahora solo oía su voz en medio de la oscuridad—. Mantén en equilibrio tus emociones. No te dejes llevar por ninguna en exceso o serás vulnerable a Eckardt.

Sentí que me empujaban y mi cuerpo salió disparado hacia el vacío».

Abrí los ojos de par en par, inclinándome hacia adelante con la respiración acelerada y el

corazón latiéndome a mil por hora. Puse una mano en mi pecho por el dolor y, al quedarme sentada en el sillón, la manta que me cubría se deslizó por mi cuerpo hasta arremolinarse en mis caderas.

Observé alrededor, comprobando que ya había vuelto al mundo real.

«Todo fue una escalofriante pesadilla».

Agarré la manta y la eché a un lado. Después apagué la televisión y me puse en pie con la intención de ir a mi dormitorio. Dudaba de que pudiese dormir después de esto, así que estaría navegando por internet con el móvil.

Pese haber sido un sueño, recordaba cada detalle que Louis me dijo en él. Necesitaba buscar más información de los *sueños compartidos*; quería ver hasta qué punto eran tan reales.

Cuando me dirigí al pasillo que conducía a las habitaciones y el cuarto de baño, alguien tocó a la puerta principal del apartamento. Me detuve en seco y un violento escalofrío me recorrió por la espalda.

Miré la puerta, indecisa de si debería ir o no. Ese alguien insistió una vez más y fue ahora cuando reaccioné.

Me acerqué a ella con rapidez y miré a través de la mirilla. No había nadie parado delante de la puerta y el rellano se encontraba totalmente a oscuras.

Le quité los cerrojos y la abrí despacio, asomando la cabeza por el hueco. Miré a ambos lados, y seguía sin ver nada extraño. Entonces, abrí la puerta en su totalidad y salí al pasillo para encender las luces. Solté una maldición cuando el interruptor para eso no funcionaba.

Oí que algo se acercaba a mí. Giré la cabeza hacia la izquierda, ya que a la derecha solo me encontraría con la pared al ser mi apartamento el último del pasillo.

Un pequeño objeto cilíndrico y de cristal rodaba por el suelo hasta chocar en mi zapatilla. Fruncí el ceño y lo cogí, inspeccionando las cápsulas que habitaban en su interior. El bote de cristal tenía una etiqueta adhesiva.

Toma una cápsula al día para aliviar los síntomas.

Un ruido vibratorio y constante rompió el silencio de la noche. Observé la oscuridad del pasillo, debatiéndome en explorar o encerrarme en mi apartamento y olvidarme de esto.

Entonces, el sonido del ascensor me sacó de cualquier indecisión. A la velocidad de un rayo, entré para dejar el bote de cristal encima del mueble de la entrada y cogí mi móvil, junto con las llaves.

Salí nuevamente al pasillo, encendiendo la linterna de mi teléfono, y cerré la puerta detrás de mí.

Me dirigí hacia el ascensor con pasos apresurados. Había alguien aquí, el responsable de hacerme llegar las cápsulas, y se iba a marchar.

Cuando giré la esquina, llegué a tiempo de ver al encapuchado ingresar en el elevador.

—¡Eh! —grité y corrí hacia allí.

Estrellé una mano en las puertas metálicas, frustrada de que se hayan cerrado en mis narices. Joder, el maldito chico de la capucha se había vuelto a escapar. Aunque bajase por las escaleras, no lo alcanzaría, estaba segura.

Me quedé ahí parada como una idiota hasta que le presté atención otra vez al ruido vibratorio que no cesaba.

Me aparté del ascensor y volví al pasillo anterior para dirigirme, en esta ocasión, hacia la

lavandería, que se hallaba justo al final.

La luz de la linterna temblaba por los nervios que corrían por mis venas. Continué avanzando sin detenerme y bajé la manilla de la puerta nada más llegar a ella.

La abrí despacio y entré a la lavandería. Alumbré la habitación con el móvil y vi que una lavadora estaba en funcionamiento. ¿Quién ponía una colada a estas horas de la madrugada?

Deslicé la luz por la máquina y solté un jadeo cuando vi sangre esparcirse por el suelo. El contador de la lavadora llegó a cero y se detuvo.

No quise comprobar nada más, dejando aparcada mi curiosidad, y salí corriendo de la lavandería. Ni siquiera me molesté en cerrar la puerta.

Corrí por el pasillo al borde del pánico, pero, antes de cruzar la bifurcación que conectaba este con el del ascensor, una sombra se abalanzó sobre mí.

Me cubrí el rostro con los brazos por instinto y se me escapó un grito, a la espera de recibir el impacto. Sin embargo, jamás llegó tal suceso.

Me aparté los brazos de la cara poco a poco, temerosa de lo que me podría encontrar. Me quedé perpleja cuando no vi nada.

De pronto, una puerta se abrió a mi espalda y las luces engulleron la oscuridad del pasillo. Me volteé rápidamente con el corazón en un puño.

—¿Se puede saber qué te pasa, niña?

La vecina estaba de brazos cruzados, observándome con cara de pocos amigos por haberla despertado con mi grito. Miré a mi alrededor, un tanto desorientada. No había nada fuera de lo normal.

—Nada —contesté con voz ronca, así que carraspeé para aclararme la garganta—. Siento haberla despertado, señora Thompson.

Dicho eso, fui hacia mi apartamento y me encerré en él. Eché todos los cerrojos y apagué la linterna del móvil.

Mi vista se dirigió hacia las cápsulas que había dejado encima del mueble de la entrada antes de jugar a los detectives. Estaba claro que la parte de haber recibido este tarro de cristal no fue una alucinación, ya que lo seguía viendo delante de mí, y dudaba mucho de que el encapuchado también lo fuera. Sin embargo ¿lo de la lavadora y la sombra sí pertenecían al fruto de mi imaginación?

Sin pretender rayarme más la cabeza, agarré el tarro y me lo llevé a mi dormitorio. No me tomé ninguna cápsula, tan solo lo metí en el primer cajón de la mesilla.

Me metí entre las sábanas de mi cama y encendí la pantalla del móvil para buscar información de los *sueños compartidos*. Lo poco que encontré de ellos ya nos lo explicó el profesor de neurología. Por supuesto que existían, pero había tan pocos casos extraños que me pareció gracioso que yo tuviera que pertenecer a ese grupo.

No indagué más y dejé el teléfono encima de la mesilla, al lado de la lamparita que permanecía apagada. Intenté mantener la mente en blanco y cerré los ojos, esperando a que el sueño me venciera.

Cuando mi mente se desconectó de la realidad, ya no soñé con Louis ni con ese lugar horripilante.

✯✯✯

—Despierta. Rose, despierta. —La voz de Cynthia y sus zarandeos me devolvieron al mundo

real.

—¿Qué pasa? —pregunté aturdida, entreabriendo los ojos.

—La policía está aquí.

Ahora los abrí de par en par y me incorporé, apoyando la espalda en el cabezal de la cama.

—¿Qué? —pregunté atónita, aún sin salir completamente de mi aturdimiento.

—El conserje fue asesinado anoche. Encontraron su cuerpo descuartizado dentro de una lavadora del cuarto de la lavandería —contestó horrorizada.

Me levanté rápidamente de la cama y mi expresión debió de asustarla. Mi respiración empezó a fallar y sentí que mi corazón se me iba a salir del pecho en cualquier momento.

—Hay algo más. —La miré asustada, esperando a que continuara—. Tú eres la principal y única sospechosa del asesinato del señor Wilson.

Capítulo 12



Me hallaba sentada en los asientos traseros del coche de policía. Íbamos de camino a la comisaría y Cynthia se encontraba callada a mi lado. Podía ver que estaba tensa, ajena a todo lo que ocurría a mi alrededor. No quería dejarme sola en estos momentos y agradecí que ella creyera en mi inocencia.

Sentía una enorme necesidad de contarle las extrañezas que ahora se presentaron en mi vida, porque me hacía falta sus consejos y orientación, pero, si lo hiciera, ¿seguiría creyendo en mi inocencia sobre el crimen del conserje? ¿Pensaría que me estaría volviendo loca y que necesitaba ayuda profesional?

De lo que sí estaba completamente segura era de que había dos nombres que no debería olvidar bajo ningún concepto: Louis Bouchard y Eckardt.

Estaba muy perdida y no sabía quién podría ayudarme. Quizás el encapuchado tenía las respuestas a todas las preguntas que rondaban por mi cabeza. Sin embargo, cruzarme con él otra vez sería una tarea complicada.

Mientras llegábamos a nuestro destino, pensé en mi declaración. Yo era inocente y no iba a pagar por un crimen que no cometí, aunque tuviera que recurrir a una mentira.

La vecina que me vio en mitad del rellano fue la persona que denunció el asesinato y me culpó a mí sin tener la certeza de haber sido yo. Sería su palabra contra la mía, ya que no tenía pruebas concluyentes para condenarme.

El agente de policía aparcó el vehículo justo en la puerta de la comisaría y salimos al exterior. Miré sobre mi hombro para ver a mis guardaespaldas, que estarían esperando enfrente del establecimiento.

Le pedí a Cynthia que hablara con ellos antes de que me acompañase para asegurarme de que no les diría nada a los McClain. Mi amiga tuvo que sonar muy convincente para hacerles ver que esto solo se trataba de un malentendido y que se solucionaría esta misma mañana. De no ser así, Jackson se enteraría.

Con un sonoro suspiro y la cabeza bien en alto, entré en la comisaría acompañada por dos agentes de policía y Cynthia. Ella se quedó en la sala de espera mientras a mí me dirigían a la *sala de inteligencia.* Así era como llamaba a esa fría habitación, donde se procedía a la declaración mientras el coronel preguntaba los hechos y su compañero lo escribía todo.

—¿Usted es Rose Tocqueville? —preguntó el coronel, el mismo hombre que me tomó declaración sobre el asesinato de Nathan.

Noté como la ira iba creciendo en mi interior, pero la apacigüé, empleando todo mi autocontrol.

—Así es —dije con voz fría y me senté en la incómoda silla sin que me dieran el permiso de hacerlo.

—Usted sabe el motivo por el que se encuentra aquí, ¿verdad? —Asentí al mismo tiempo que le taladraba con la mirada. —Entonces, pasemos directamente al tema en cuestión.

Observé que el otro hombre se sentaba en su lugar y preparaba el ordenador para escribir. Me incliné hacia adelante y puse ambos brazos cruzados encima del escritorio. Me mantuve firme, en estos momentos no me convenía ponerme nerviosa.

—¿Dónde ha estado usted entre la una y las tres de la madrugada? —Empezó con una absurda pregunta y una fácil respuesta.

—Durmiendo —dije sin interés, como si fuera lo más obvio. El hombre alzó una ceja y yo respondí a su gesto de la misma manera—. ¿Acaso quiere saber con pelos y señales lo que he soñado?

—Déjese de bromas. Este asunto es muy serio, señorita Tocqueville.

—Lo siento —respondí con evidente falsedad.

Era consciente de que este no era el comportamiento apropiado por mi parte, pero, desde lo que pasó con Nathan, sentía un inmenso odio hacia estos agentes de policía.

—La señora Thompson asegura que usted se encontraba fuera de su apartamento, merodeando por el pasillo. Y, como bien ya le informaron mis compañeros, el cadáver del señor Wilson fue hallado en el cuarto de la lavandería que, casualmente, está en el final de ese pasillo.

No emití ningún movimiento ni gesto que delatara mi nerviosismo y me mantuve impasible. Tenía que negar ese dato. Aunque yo no había matado a ese hombre, era comprensible que se me acusara por haber estado en el lugar equivocado y en el momento menos oportuno.

—Eso es totalmente falso. Yo estaba dentro de mi apartamento y concretamente en el interior de mi cama. Tampoco padezco de problemas de sonambulismo —dije seria—. Y según la señora Thompson, ¿qué hacía yo en mitad del pasillo? —Quería conducir esta conversación a donde me convenía.

—La señora Thompson afirma escuchar sus gritos en mitad de la noche, con la posibilidad de deberse a la discusión que tuvo con el señor Wilson antes de asesinarlo. Ella abrió la puerta de su apartamento cuando la escuchó y la vio ahí, desorientada.

—Déjeme comunicarle lo que he entendido. Supuestamente, yo discutí con el señor Wilson y acabé gritando, pero, cuando salió la señora Thompson, el conserje ya estaba descuartizado dentro de la lavadora. Dígame, ¿cuánto tiempo dijo la señora Thompson que pasó desde que me oyó gritar hasta que salió de su apartamento? ¿Un minuto? ¿Dos? ¿O quizás tres? Sí que soy rápida en cometer semejante atrocidad, ¿no cree? —Solté una risita sarcástica—. Sea sincero conmigo *esta vez* —ironicé—. ¿Usted cree que la declaración de la señora Thompson tiene fundamento y un peso suficiente para ser válida? —Alcé ambas cejas—. Con todos mis respetos, no veo la lógica en el argumento de esa señora, aunque, claro, usted es el *profesional* aquí.

Apoyé la espalda en el respaldo de la silla, observando sus facciones que comenzaron a descomponerse por el enfado. Quise reprocharle la injusticia que se hizo con mi amigo, pero ¿para qué gastar saliva en algo que no iba a llegar a ningún lado?

—No hay pruebas concluyentes para mantenerla retenida aquí, señorita Tocqueville. Pero

seguiremos investigando y daremos con el culpable o la culpable de esta atrocidad.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted —le dije con dulzura.

Cuando el coronel me echó con un gesto manual, salí fuera de la sala y me reuní con Cynthia. Sonreí cuando vi su rostro de alivio al ver que no me habían detenido.

Por suerte, me libraría de que los McClain se enterasen de este contratiempo. Hoy era el segundo día consecutivo que no recibía ninguna noticia de Jackson. ¿Sería posible que lo echara de menos, pese a todo?

Cynthia y yo tuvimos que montarnos en el coche que usaban nuestros guardaespaldas, puesto que ella vino conmigo en el vehículo oficial de la policía para prestar declaración, dejando su *Ford* aparcado frente al apartamento.

Le pedí al conductor que nos llevara al supermercado y el otro encendió la radio. Lo que no me esperé fue escuchar a la periodista hablar del asesino en serie que todavía no habían conseguido capturar.

«*Esta mañana se obtuvieron los resultados de las huellas dactilares obtenidas en la escena del crimen cuyo autor es el Monstrum. Aparte de las huellas de las víctimas, se encontraron otras pertenecientes a una sola persona, en concreto, al Monstrum. Los resultados fueron alarmantes tanto a nivel nacional como internacional. Las huellas dactilares de dicha persona no están registradas, es decir, esa persona no existe legalmente. ¿Cómo es posible que un ciudadano no tenga identidad? Este dato sería una importante complicación para capturar al famoso asesino en serie que anda suelto por París*».

Intercambié una mirada cómplice con Cynthia. Cada vez se les complicaba más dar con ese asesino.

El trayecto al supermercado lo pasamos escuchando la música que uno de los guardaespaldas puso en lugar de continuar oyendo las noticias.

Mientras que nosotras entramos al establecimiento para hacer la compra, ellos se quedaron en la puerta.

Al principio pensé que me sentiría agobiada teniendo a unos hombres desconocidos detrás de mí cada vez que saliese a la calle, pero no resultó ser así; al contrario, de cierta forma me sentía más protegida, aunque, al parecer, el encapuchado era inmune a cualquier ojo humano. ¿Cómo consiguió colarse en mi edificio sin ser visto? ¿Acaso fue él quien mató al señor Wilson?

Cuando pasamos los productos por caja, Cynthia tuvo un problema con su tarjeta de débito. Por lo visto, sus padres se la cancelaron para que no pudiese utilizarla. Mi amiga se descompuso y tuve que pagar yo rápidamente para sacarla de allí.

Durante el camino al apartamento, ella hizo un terrible esfuerzo por controlar sus ganas de llorar.

Nada más llegar, coloqué la compra y me senté en el sillón, al lado de Cynthia. Tuve la terrible sensación de que algo me estaba ocultando. Ella siempre se esperó cualquier tipo de desplante por parte de sus padres, así que no me encajaba que se hubiese puesto así por el percance con la tarjeta de débito.

—Tengo que explotar, Rose —susurró, todavía conteniendo el llanto que se le avecinaba—. Necesito liberar esta presión. —Se puso una mano en el pecho y se lo masajeó.

Le pasé un brazo por encima de los hombros y la atraje a mí.

—Cuéntame qué te atormenta —le pedí.

—Cuando me contaste la infancia de los McClain, empaticé mucho con su historia, porque, al igual que ellos, yo también guardo mis demonios y me enfrento a ellos cada día —dijo, alterándome el corazón, ya que no me esperaba que Cynthia tuviera ese tipo de lucha interna.

—¿Qué no me has contado? —Noté que su cuerpo se puso rígido, como si le costase un grandísimo trabajo expresarse con palabras.

—Te juro que lo he superado, Rose, de verdad. —Se separó de mí para poder mirarme a los ojos, permaneciendo aún sentada a mi lado—. Pero cuando me crucé con Alec después de tantos años, estos demonios que creí dormidos volvieron a despertar.

—¿Lo viste? —Asintió con la cabeza—. ¿Por eso pronunciaste su nombre después de varios años cuando Jackson estuvo aquí?

—Sí. Jamás me imaginé que lo volvería a ver en Nueva York. —Apretó los labios para retener un sollozo, aunque sus ojos tormentosos ya me expresaban el dolor que llevaba acumulado dentro—. Él también me vio.

—¿Y te dijo algo? —indagué.

—Si pensaba hacerlo, no lo dejé, porque salí corriendo. —Se le escapó el sollozo que estuvo reteniendo en medio de una risita.

—Y verlo te despertaron esos demonios —murmuré—. El duelo por esa pérdida amorosa…

—No, Rose. —Me miró con una frialdad arrolladora que no iba dirigida a mí—. Los demonios fueron los que me separaron de Alec y tienen un nombre: Richard Moore.

—¿Tu padre? —pregunté perpleja—. ¿Qué tuvo que ver él con tu relación?

—Te mentí. —Se puso en pie y caminó hacia el balcón con aire pensativo, como si su mente hubiese viajado al pasado—. Te dije que Alec me dejó sin explicación alguna, pero en realidad no fue del todo así —confesó, observando el mundo exterior—. Alec cortó la relación porque yo no podía *acostarme* con él, y, entonces, fue cuando se marchó de la ciudad sin ninguna explicación más.

Pestañeé, más confusa que nunca. Jamás me podía haber imaginado que mi amiga tuviese problemas sexuales con el hombre que amó y que seguía amando.

—¿Y tu padre qué tiene que ver aquí? —No conseguía entender este punto.

Cuando Cynthia se giró para encararme, el mundo se me cayó encima. La agonía que ocultó durante años me la lanzó con su mirada, junto con las lágrimas que ahora le caían sin control.

—Richard me *rompió* y, cuando comencé mi relación con Alec, aún no estuve *reparada* —confesó al fin—. Ahora estoy *arreglada*, pero ya sin él.

Sentía que el corazón se me iba a salir por la boca de lo rápido que me latía. Mis manos temblorosas por los nervios que afloraron rápidamente se bañaron en un sudor frío.

—Mi padre llegó borracho a casa —comenzó a explicar con la voz quebrada—. Recuerdo que me miró a la cara de una forma distinta, no con la indiferencia que siempre me mostraron sus ojos cuando me miraba.

Una furia más primitiva empezó a abrirse paso en mí. Jamás sentí tantísima ira como la que estaba sintiendo ahora. Me costaba sobremanera tomar el control de esta emoción tan salvaje.

Me puse en pie, medio tambaleándome, y me agarré la cabeza para masajear mis sienes, cerrando los ojos, en un intento de tranquilizarme.

—¿Por qué no me lo dijiste? —murmuré con dificultad—. ¿Cuándo pasó eso?

—A los dieciséis años —respondió—. Sé que hay chicas que pierden su virginidad a esa edad, incluso antes por voluntad propia, pero yo no estuve lista, y, mucho menos, de la manera en la que pasó.

La maldad de muchas personas no tenía límites. Era fácil de entender cómo las bondadosas se corrompían y se dejaban llevar por el odio y la sed de venganza. Desgraciadamente, en este mundo no había lugar para el débil.

Mi cuerpo dio un ligero respingo cuando sentí sus brazos alrededor de mí. Por instinto, me alejé las manos de la cabeza y la abracé con fuerza.

Anclé mi cordura a Cynthia para no dejarme llevar por la locura, en la que ya empecé a fantasear con mil formas de *matar* a Richard.

—¿Por qué te guardaste todo esto para ti sola tantos años? —pensé en voz alta. Ya sabía su respuesta, así que no le di tiempo para que me la diera—. Ahora entiendo por qué no pudiste *acostarte* con Alec. Él tampoco sabe la verdad, ¿cierto?

¿Cómo no me había dado cuenta antes de la cantidad de dolor que ella llevaba en su interior? Ni mi familia, ni Nathan ni yo pudimos percibir que algo no estaba bien en ella.

—Ahora solo la sabemos mi padre, tú y yo —dijo con su llanto más controlado. Sin embargo, yo todavía no recuperé el control de mis emociones—. Y nadie más puede saberlo.

Me separé de Cynthia con suavidad, sin poder creerme que ella no pensara hacer nada para que su padre pagase por lo que le había hecho.

—Fui una adolescente ingenua y no me imaginé que esta experiencia me dejaría graves secuelas hasta que empecé una relación con Alec y llegué al momento de mantener relaciones sexuales con él —prosiguió.

Cuando la fantasía de matar a Richard tomó más fuerza, hasta el punto de ansiar hacerla realidad, me agarré a las manos de Cynthia como punto de apoyo y la miré con desesperación.

—Ayúdame. —A duras penas lo dije en voz alta.

—¿Qué? —Cynthia parecía más confusa que yo por lo que le había pedido.

¡Maldita sea, debería ser yo quien la ayudara a ella, y no al revés! Me forcé a cambiar de expresión rápidamente y a mantener estas emociones tan violentas a raya.

—Richard tiene que pagar por lo que te hizo, Cynthia. —Eso era lo que yo debería querer, que le cayera todo el peso de la ley, y no acabar con su vida.

—No quiero remover el pasado, por favor. Dejémoslo atrás, donde pertenece un pasado —me suplicó—. Te dije que ya lo he superado y no te he mentido en eso, Rose. Estuve empleando dilatadores vaginales para curar mi vaginismo. —Se quedó callada unos segundos—. Ya puedo soportar el tamaño de un pene.

Esto fue como un bofetón con la mano abierta en mi mejilla. Que Cynthia estuviese sola afrontando un trauma de este calibre me hizo sentir más culpable por no haber prestado más atención en ella.

—Júrame que dejarás esto como está, Rose. —Nos quedamos mirándonos fijamente—. Dame tu palabra que no acudirás a la policía.

Una parte de mí no quería prometérselo, pero recordé lo sucedido con Nathan. ¿Quién me garantizaría a mí que se haría justicia?

Los ojos azules e irritados de Cynthia me miraban con súplica y eso fue lo que me hizo sentir un dolor punzante en el pecho por tener que complacerla.

—Te lo prometo —murmuré con gran esfuerzo.

Capítulo 13



Me senté en el tocador de mi dormitorio para quitarme el maquillaje. Sin embargo, me vi interrumpida al ver algo extraño en mi reflejo.

Acerqué la cara al espejo para comprobar que lo que mis ojos veían era cierto y no otra alucinación. Los iris se encontraban teñidos de un rojo apagado y oscuro, como el de la sangre en abundancia.

Cerré los ojos un instante y, cuando los volví a abrir, estos recuperaron el marrón chocolate. ¿Esto se trataba de otra alucinación? ¿A este tipo de cosas se refería Louis en aquel sueño? ¿Hasta qué punto esa pesadilla fue *real*?

Entendía que existían los *sueños compartidos*, pero no eran una realidad alterna ni una vía de comunicación real.

Solté una maldición cuando el dolor punzante de mi cabeza volvió a asomar, pese a los calmantes que ya me había tomado. Este martilleo no cesaba.

Darle tantas vueltas a la conversación que mantuve con Cynthia esta mañana me estaba afectando sobremanera. Siempre fui una mujer con carácter fuerte e impulsiva, sin embargo, jamás llegué hasta el extremo de ansiar matar a alguien como si fuera una necesidad.

La tarde fue soportable, pero al caer la noche todo empeoró. La ira se presentó de nuevo, y, esta vez, iba creciendo sin control. Intenté distraerme para apaciguarla, y nada funcionó. No había forma de desprenderme de la imagen en la que salía Richard muerto en mis manos. Esto ya estaba empezando a asustarme *de verdad*.

—Él violó a tu amiga, la chica que adoras como a una hermana.

Me levanté como un resorte. Mis ojos se abrieron de par en par, sin enfocar la visión en un punto fijo. Esas palabras no fueron un simple pensamiento mío, ni siquiera era mi propia voz.

—¿Piensas quedarte de brazos cruzados como hiciste con tu amigo Nathan?

Un escalofrío trepó por mis piernas y recorrió cada rincón de mi cuerpo. Esa voz era de un hombre que jamás oí en mi vida.

Miré a mi alrededor, buscando a esta presencia, pero no había nadie en mi dormitorio conmigo.

—¿Quién eres? —exigí saber.

—Soy la parte de ti que intentas encerrar, pequeña.

Esa voz hacía eco en mi cabeza; provenía de mí misma, aunque no fuera la mía.

—Sal fuera de mi cabeza —espeté, sujetándomela con ambas manos—. No eres real.

Enfoqué la mirada en mi reflejo, ya que seguía estática enfrente del espejo del tocador. El color marrón de mis ojos había desaparecido de nuevo, y, en su lugar, se asentó ese rojo granate.

—*No puedes deshacerte de ti misma.*

Intenté mantener la calma, pero estaba fracasando. Por más que me convenciera de que esa voz solo se trataba de alucinaciones auditivas, mi cuerpo no se disociaba de ellas.

¿Esto era lo que sentían aquellas personas que padecían un trastorno mental tipo psicótico? ¿Tenían esta enorme necesidad de obedecer a la voz que escuchaban, aunque no lo desearan de verdad?

«La mente lo controlaba todo», pensé.

Estaba perdiendo el control de mí misma. Quizás me estaba volviendo loca.

Entonces, recordé lo que tenía guardado en el primer cajón de la mesilla. No tenía ni idea de cómo llegaron esas cápsulas a mi apartamento, pero tuvo que ser obra del encapuchado, ya que lo vi ingresar en el ascensor.

Ni por asomo quise ingerir algo de dudosa procedencia, sin embargo, en este momento parecía muy tentador arriesgarse.

Intenté hacer caso omiso a esa insistente voz que taladraba mi cabeza y fui hacia la mesilla para coger el tarro de cristal. Volví a leer la cinta adhesiva:

Toma una cápsula al día para aliviar los síntomas.

Sin detenerme a pensarlo siquiera, abrí el bote y me hice con una cápsula. Con la ayuda de un poco de agua que siempre dejaba al lado de mi cama, me la tragué.

Me senté en el borde del colchón, incliné mi cuerpo hacia adelante, escondiendo mi cara entre mis manos, y cerré los ojos con fuerza.

Esa detestable voz continuaba hablándome sin cesar y los impulsos de obedecerla corrían por cada terminación nerviosa de mi cuerpo. No se cansaba de mencionarme a Nathan y mi error de quedarme de brazos cruzados, dándome en el punto débil. Me repetía, una y otra vez, que mi cobardía me volvería a empujar a dejar morir al resto de personas que me importaban: mis padres, mis amigos, incluso los McClain. La mención de estos últimos me pilló por sorpresa, tanto, que la furia encontró una fisura en la armadura que intentaba forjar para introducirse al máximo dentro de mí.

Ahora el recuerdo de la conversación con Cynthia invadió mi mente, robándome ya la poca cordura que intenté conservar. La ira creció de una forma descontrolada en mi interior, carcomiéndome las entrañas.

—*Haz lo que deseas hacer.*

Perdí la noción del tiempo, pero me fijé en que el dolor de cabeza se había fugado, junto con esa voz; tan solo quedó *el deber* implantado en mi mente.

Me puse en pie y sustituí el pijama por ropa de calle, que consistía en una de deporte.

Antes de salir del apartamento, me cubrí lo máximo posible con la capucha de mi chaqueta. Agradecí que Cynthia estuviera exhausta y hubiera decidido acostarse temprano. En este momento debería de estar en un sueño profundo y no habría riesgo de que percibiera mi ausencia.

Salí del edificio y me dirigí hacia donde se encontraba aparcado el *Ford* de mi amiga. Pude

detectar a mis guardaespaldas, aunque no repararon en mí como a la mujer que tenían que proteger gracias a la capucha. En cambio, ellos sí conocían el vehículo de Cynthia. Por suerte para mí, este no se hallaba donde los escoltas podían verlo, pero siempre existiría el riesgo de ser descubierta.

Finalmente, ingresé en el coche y me puse en marcha, sin echarle un último vistazo a mis guardaespaldas.

Decidí pasar por todos los locales que Richard frecuentaba. No era ningún secreto para mí que el padre de Cynthia abusaba del alcohol los fines de semana y que visitaba lugares de perversión. Conocía la ubicación de cada uno de ellos, así que no me debería resultar difícil dar con él.

Después de veinte minutos, localicé su vehículo aparcado en un lugar más aislado, cerca de uno de dichos locales.

Detuve el *Ford* en el sitio más indicado para tener una visión perfecta de toda la zona, así que lo vería salir en algún momento. Apagué el motor, junto con las luces, y esperé pacientemente acomodada en mi asiento del piloto.

Una parte de mí quería que desistiera de esta idea y que volviera al apartamento, pero esta parte seguía siendo mínima en estos momentos. Podía hasta sentir cómo dos fuerzas luchaban en mi interior.

A los aburridos treinta minutos, Richard salió del local. Observé que se tambaleaba al caminar y que se encontraba solo. Tenía una grandísima suerte de que estuviera ebrio, ya que así sus reflejos serían pésimos.

Un ligero dolor de cabeza me despistó un instante. La confusión se presentó ante mí, y a eso se le sumó el abatimiento.

—¿Qué demonios me pasa ahora? —gemí, masajeándome las sienes.

Algo estaba volviendo a cambiar en mi interior, aunque todavía no podía identificar qué.

No quise perder más tiempo en entenderme a mí misma cuando Richard ya había puesto un pie en el paso de peatones.

Encendí el motor y activé la luz larga justo antes de salir de mi aparcamiento. Pisé al máximo el acelerador, causando un ruido chirriante de neumáticos y un humo negruzco.

El rugido del motor alertó a Richard y giró la cabeza para mirar al conductor que planeaba atropellarlo; sin embargo, la luz larga lo deslumbró hasta aturdirlo en mitad del paso de peatones.

A unos escasos segundos de acabar arrollándolo, no pude controlar el impulso de girar el volante bruscamente justo antes de lograr mi objetivo.

El *Ford* esquivó a Richard y lo único que hice después fue desaparecer de su vista lo más rápido posible.

No supe cuánto tiempo estuve perdida por la ciudad, conduciendo sin un rumbo fijo, con el propósito de recuperar el control de mis acciones.

Llegué a una serie de conclusiones mientras duraron mis reflexiones. Louis me avisó de que sufriría alucinaciones y de que tenía que mantener en equilibrio mis emociones más extremas. Esta noche sufrí lo que pareció ser un brote psicótico bastante extraño, en el que me dejé llevar por la furia debido a la noticia de la violación de Cynthia. Y, finalmente, pude evitar una tragedia gracias a la cápsula que me tomé antes de perder la cabeza, lo que hizo que estos desagradables síntomas desaparecieran a tiempo.

Louis se comunicó conmigo *de verdad* y el encapuchado me entregó las cápsulas con el propósito de ayudarme cuando él fue quien me inyectó a saber qué en el cuello. Desde entonces, algo iba mal en mí.

Esos dos hombres guardaban todas las respuestas a mis preguntas no formuladas. Eso lo tenía bien claro. Y pensaba llegar hasta el final.

Volví a mi edificio y aparqué el coche en el mismo hueco anterior. Esta vez no me molesté en colocarme bien la capucha cuando salí a la calle.

Ya no había rastro de ira, ni de nada de lo que antes se apoderó de mi cabeza. Era yo misma, la que siempre fui antes de que ese maldito chico de la capucha pusiera sus manos en mí.

Abrí la puerta del portal y, antes de cruzarla, alguien me empujó hacia el interior del edificio. Me di la vuelta, dispuesta a defenderme de mi atacante, pero, cuando vi de quién se trataba, me quedé petrificada.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Te han avisado ellos? —quise saber, refiriéndome a mis escoltas.

Dylan esperó a que se cerrara la puerta del portal y dio unos pasos lentos hacia mí. La frialdad y la seriedad no desaparecían jamás de sus facciones, lo que me ponía todos los pelos de punta.

—Cada vez que te veo, despiertas más mi curiosidad, Rose —dijo, haciéndome fruncir el ceño —. No me imaginé jamás que una mujer aparentemente —hizo una pequeña pausa para mirarme de arriba abajo— *normal* tuviera una tendencia asesina; sin contar con la suicida que ya me mostraste antes, por supuesto.

Se detuvo a una distancia prudencial de mí, aunque demasiado escasa para mi gusto. Este hombre despertaba en mí lo que ningún otro hizo: precaución.

—¿Tendencia asesina? No he matado a nadie. —Me hice la inocente. No sabía hasta dónde sabía de esta noche.

—Casi atropellas a Richard Moore —agregó—. O bien eres una pésima conductora, o quizás querías pegarle un susto. Yo diría que más bien lo segundo. ¿Para qué tanta molestia en salir en plena noche para buscar a ese borracho a un club?

No me imaginé que Dylan conociese al padre de Cynthia. Sin embargo, no iba a darle explicaciones de mi vida privada, tampoco de mi amiga. Por razones desconocidas, decidí no mencionarla a ella.

—Hizo algo que me molestó, así que me dejé llevar por un arrebato de enfado —dije con desinterés. Realmente no era una mentira.

Dylan se me quedó mirando con su acostumbrada impasibilidad. A veces me frustraba por no poder meterme en su mente y hurgar en sus pensamientos. Tal vez me llevaría una grata sorpresa si lo hiciese.

—Como bien has supuesto, quise pegarle un susto, nada más —finalicé.

—Tenemos suerte de que no haya habido ningún testigo que presenciara *tu arrebato de enfado* —ironizó esto último—. De lo contrario, me hubiera visto en la obligación de eliminarlo.

Abrí los ojos como platos. ¿De verdad había escuchado bien?

—¿Hubieras sido capaz?

Una pequeña sonrisilla se fue grabando en el rostro de Dylan, como si acabase de decir lo más absurdo que oyó jamás.

—¿Acaso lo dudas, Rose? —Empezó a aproximarse a mí otra vez—. ¿Tanto me subestimas?

—Estoy completamente segura de que tus manos están bañadas de sangre.

—Para saberlo con certeza, no muestras miedo por mi presencia —concluyó.

No retrocedí ni un paso, y lo extraño fue que esta vez no me acorraló contra la pared, como tenía de costumbre hacer. Siempre que tenía la oportunidad, se me acercaba demasiado en un intento de infundirme miedo. Admitía que antes sí me lo producía, pero, desde que Jackson me

contó parte de su pasado, esa perspectiva cambió.

Mi vista se fue hacia la puerta del portal, en la que podía ver la noche a través del cristal. Ahora lo entendí. Dylan no sería tan estúpido de acercarse a mí teniendo a mis escoltas cerca, donde podían vernos.

«¡No vaya a ser que se chiven a su hermano!», pensé para mis adentros.

Como una muestra de valentía que no pude controlar, levanté ligeramente el mentón y le sonreí con malicia.

—Estás muy lejos de implantarme semejante sentimiento hacia ti —le dije un tanto burlesca —. Tus acciones no demuestran la veracidad de tus palabras.

Dylan lo entendió a la perfección y apretó la mandíbula por la molestia que le produjo mi comentario. Él podría repetirme hasta la saciedad que tenía que matarme, y cosas similares que para mí significaban lo mismo, pero en lugar de eso me salvó en el *DyJack* cuando tuvo la oportunidad perfecta de deshacerse de mí sin lloverle la culpa. Además, todavía no me había atacado.

—Buenas noches, McClain.

Me despedí de él y me dirigí hacia el ascensor, que casualmente se encontraba en esta planta baja. Cuando ingresé dentro, me di la vuelta para mirarlo a los ojos mientras se cerraban las puertas del elevador.

Lo último que vi en Dylan fue un indicio de sonrisa que logró contener a tiempo.

La tristeza volvió a mí de nuevo ahora que nadie podía percibirla. Por instinto, enrollé mis dedos en el colgante de Camille. Aunque intensase aparcar los nuevos problemas que habían venido a mí, estos no iban a desaparecer.

—Por favor, ayúdame a no perder la razón. No quiero que la locura se apodere de mí — susurré, pensando en mi hermana.

Salí del ascensor cuando llegó a mi destino y caminé por el pasillo con la mente hecha un caos.

Me detuve abruptamente cuando vi al encapuchado salir del apartamento de la señora Thompson. El chico seguía vestido del mismo modo: ropa negra que le cubría todo el cuerpo y con la enorme capucha de su chaqueta tapando parcialmente su rostro. A veces le agregaba un pasamontañas, y otras veces prescindía de él, dependiendo de si tenía que mostrar más su cara o no. En esta ocasión, solo utilizaba la capucha para taparse.

Cuando el encapuchado llegó a mi lado, acercó sus labios a mi oído.

—Confío en que eres lista y te estás tomando las cápsulas como te indiqué —murmuró en un tono lúgubre—. Ni a ti ni a mí nos conviene que no soportes el cambio y termines volviéndote loca.

Hizo el amago de seguir su camino, pero lo detuve agarrándolo del brazo. Él no se dio la vuelta para mirarme, ni yo lo solté.

—¿Qué me hiciste? —quise saber. Su silencio fue su respuesta—. Tú eres el causante de mi inestabilidad mental —espeté—, ¿y ahora pretendes ayudarme a manejarlo?

El encapuchado giró la cabeza lentamente y apuntó su rostro hacia mi mano que rodeaba su brazo.

—No es la hora de que mantengamos *esa* conversación. Tan solo tómate las cápsulas y no hagas que *tus amados* sean un estorbo o, de lo contrario, perderán la cabeza —posó su mano encima de la mía—, como le pasó a *Bobby*.

Lo solté tan rápido como si su tacto me hubiese quemado. No debería sorprenderme que él

fuera quien entró en la casa de mis padres, robó mi fotografía y mató al perro para entregarme un mensaje después.

El encapuchado me mostró su sonrisa cruel, que era lo que la capucha no le cubría del rostro.

—No vuelvas a hacer que tenga que cubrir tus espaldas, Rose.

Dio media vuelta y se dirigió hacia el ascensor que ya esperaba por él.

—¿Hiciste la colada? —le pregunté en clave, refiriéndome al crimen del conserje. No podía pronunciar semejante acusación en mitad de un pasillo en el que había vecinos.

—Antes de entregarte las cápsulas.

Dicho eso, desapareció de mi vista cuando ingresó en el elevador.

Ya obtuve una confesión válida para mí. Él fue quien mató al señor Wilson, posiblemente porque el conserje lo pilló entrando en este edificio y le resultó un obstáculo para llegar a mí.

Entonces, enfoqué la mirada en la puerta del apartamento de la señora Thompson. ¿Qué había estado haciendo el encapuchado con esa mujer?

Capítulo 14



Al día siguiente, por fin recibí señales de vida de Jackson. Consistía en un simple mensaje de texto en el que me decía que teníamos que hablar. Quedamos en que él pasaría a recogerme para dar un paseo nocturno por Nueva York.

Era sumamente extraño que desapareciese tres días y luego volviese a aparecer escribiéndome este tipo de mensaje. A decir verdad, ¿qué iba normal en mi vida últimamente?

Cynthia se quedó en el apartamento con la intención de hacer una maratón de películas de romance. Le propuse que me acompañara para no dejarla sola, pero se negó, y mi insistencia no la hizo cambiar de opinión.

Cuando bajé al portal a la hora que Jackson me indicó, él ya me estaba esperando mientras hablaba con mis guardaespaldas. Por lo poco que pude escuchar, no detectaron nada anormal por los alrededores.

Si ellos se dedicaban a estar montando guardia alrededor de este edificio, ¿cómo fue que no se dieron cuenta de que un encapuchado entró aquí cuando Jackson ya les había descrito a ese hombre como un peligro para mí?

Después de varias reflexiones, llegué a una conclusión. El encapuchado tuvo que pasar por delante de ellos sin capucha, mostrando su verdadero rostro. Cuando mató al señor Wilson y me entregó las cápsulas, tuvo que ingresar al edificio pulsando los timbres hasta que un vecino solidario y despistado le dejó pasar. Anoche, por ejemplo, entró antes de que Dylan me sorprendiera, así que, como ya mató al conserje, tuvo que emplear las llaves que él tenía del portal.

Cynthia estaba en sobre aviso y mantendría todos los accesos del apartamento bien cerrados, aparte de que no abriría la puerta a nadie mientras yo estuviese fuera.

En la tarde me tomé la cápsula, así que no debería tener problemas de alucinaciones ni delirios otra vez. Solo esperaba encontrar respuestas pronto para darle una explicación lógica a todos estos sucesos extraños.

Jackson y yo paseábamos tranquilamente por las calles, sin alejarnos mucho de mi edificio. Ambos manteníamos las manos heladas dentro de los bolsillos de nuestros abrigos.

Siempre fui de invierno, así que disfrutaba más de estos paseos en esta temporada de bajas temperaturas, aunque todavía no había llegado esa estación del año.

—Siento haber desaparecido dos días y medio. No sabía que me ibas a echar tanto de menos —dijo en un tono divertido.

Miré su perfil con la boca abierta por el asombro.

—¿Quién ha dicho que te he echado de menos? Solo te he preguntado el porqué de tu ausencia después de lo que ocurrió en el *DyJack como curiosidad* —recalqué esto último.

—Bueno, estuve ausente más veces en tu vida y no sentiste e*sa curiosidad*. —Se encogió de hombros, todavía sin mirarme.

Su humor esta noche era radiante, lo que me irritaba a mí por las indirectas que me soltaba. Parte de culpa la tenía Cynthia, por implantarme ideas absurdas en la cabeza cuando Jackson estuvo en mi apartamento mientras yo despertaba del desmayo.

Sí, era verdad que ya no estaba interesada en que se fuera de mi vida, pero no quería decir que estuviese enamorada ni de lejos. Tan solo los necesitaba a *los dos* para que Cynthia y yo nos mantuviéramos más a salvo ante el peligro que nos rondaba.

—Temo decirte que me tendré que ausentar más tiempo —dijo de pronto, sacándome de mi tortura mental.

Al detenerme yo, él también lo hizo, y nos pusimos uno enfrente del otro, sin estorbar a los demás peatones que caminaban por la acera.

—¿Por qué lo dices?

—Debo ir a Moscú para arreglar unos asuntos de *negocios* —enfatizó en la última palabra para que lo entendiese—. Podría llevarme un mes, como mucho.

—¡¿Un mes?! —La voz me salió demasiado aguda.

—¿Ves cómo me echas de menos cuando no estoy cerca de ti? —Apreté los labios, transformándolos en una línea fina por la molestia de su suposición, lo que le hizo sonreír todavía más.

—Al principio pensaba que eras un psicópata acosador, debo confesar —le solté sin pensar—, hasta que me quedó claro que ya nos conocimos en el pasado y solo tratas de protegerme. Sé que, pasara lo que pasó entre nosotros cuando éramos adolescentes, te dejó marca. No eres tan monstruoso como pensaba —sentencié, recordando las palabras de Cynthia.

Jackson se puso serio y se acercó tanto a mí que nuestros labios quedaron a unos escasos centímetros. Esta cercanía me disparó los latidos del corazón, pero me mantuve muy quieta en vez de dar un paso atrás.

—Sigo siendo un monstruo, Rose, excepto con las personas que realmente considero importantes en mi vida, como mi hermano y tú —murmuró, cortándome la respiración de golpe por su confesión tan intensa y sugerente—. Pero no olvides que los monstruos no nacen, sino que son creados con dolor y ausencia de amor. Tampoco borres de tu memoria que los monstruos luchamos por sobrevivir, aunque tengamos que arrancar vidas para ello. —Hablaba tan bajito que nadie que pasara por nuestro alrededor lo escucharía—. Sin embargo, los monstruos también sentimos y poseemos emociones. Nuestra debilidad es aquel sentimiento que nunca se nos otorgó conocer, pero esa debilidad podría hacernos más monstruosos de lo que ya somos cuando no la dominamos.

Entonces, retrocedió un paso, respetando ya mi espacio personal para que volviese a respirar. Desde luego que se aseguró de dejarme bien claro que no era un buen hombre al pertenecer donde pertenecía, al igual que pasaba con Dylan.

No sabía por qué, pero mi mente se fue a ese McClain, como si realmente lo estuviese definiendo a él con esas palabras que Jackson me acababa de lanzar. Al hermano que tenía

delante no conseguía asociarlo de ese modo; en cambio, a Dylan, sí.

Desde luego que William dejó una marca imborrable en el corazón y en la mente de sus dos hijos. Odiaba a ese hombre con todo mi ser, pese a que nunca me lo crucé en mi camino.

Decidí volver al tema principal, ya que nos habíamos desviado por mi culpa. Necesitaba recuperar la compostura y no lo conseguiría si le daba más vueltas a este asunto.

—Espero que los problemas que te hayan conducido a Rusia se solucionen pronto —agregué.

—Lo harán. —Recuperó su buen humor—. No obstante, he querido verte esta noche para pedirte algo que tiene que ver con mi viaje.

Fruncí el ceño.

—¿El qué?

Jackson soltó un pequeño suspiro, preparándose para lo que iba a decirme, como si se tratase de algo complicado para mí.

—Me gustaría que tu amiga y tú os quedéis en mi ático mientras dura mi ausencia. —Ahora sí me sorprendí de verdad. No me esperaba esta petición en lo absoluto. Antes de que pudiese siquiera protestar, Jackson continuó—. Allí estaréis más a salvo. No solo tendréis a vuestros dos guardaespaldas, sino a parte de mi familia.

—¿Vive tanta gente contigo? —pregunté atónita. No sabía qué tan grande era *su familia*, pero al llamarse así, me sonaba muy amplia.

—No. —Se rio por lo bajo—. Mi hermano y yo tenemos nuestra residencia principal, una casa que se sitúa en una de las urbanizaciones que hay a las afueras de Nueva York. Esa propiedad sí que estaría más habitada —ironizó—, pero los áticos son nuestro lugar privado.

—Si Cynthia y yo nos hospedamos en tu ático, ¿quiénes nos van a proteger, entonces? ¿Los dos guardaespaldas que nos asignaste? Si es así, ¿cuál es la diferencia?

—La diferencia radica en que ese edificio tiene una seguridad más ampliada y habrán postrados más de nuestros hombres. No me gustaría que las dos os quedaseis en vuestro apartamento teniendo a un encapuchado y a unos hombres de otra mafia que aún desconozco —explicó. Vale, ahora sí lo entendía.

Jackson recibió una llamada y se apartó un poco de mí, lo que aproveché para meditar qué hacer.

El encapuchado no me suponía un problema mayor porque tenía unas misteriosas intenciones conmigo en las que no le convenía que yo muriese, así que dudaba mucho de que me atacara. Sin embargo, Cynthia no tenía nada de especial para él, lo que podría ser un peligro para ella.

Los asesinos de Nathan todavía no se me habían acercado y con los dos guardaespaldas que ya tenía podría ser suficiente para que siguiesen lejos de nosotras. No obstante, la suerte siempre podría cambiar; sobre todo, si estos pertenecían a otra familia de la mafia.

Por instinto, me subí la manga de la chaqueta y miré mi brazalete en forma de *serpiente*. Pasé un dedo por el contorno del animal, acercándome a una decisión.

Cynthia era quien me preocupaba, no yo.

Levanté la mirada y me encontré con la de Jackson ya puesta en mí. No me enteré de en qué momento finalizó su llamada, pero respetó mi silencio y me dio espacio para que lo pensara bien.

—De acuerdo. Cynthia y yo nos mudaremos a tu ático solo el tiempo que dure tu viaje —recalqué. Su cara no pudo ocultar cuánto le complacía mi respuesta—. ¿Cuándo será?

—Mañana por la tarde tus escoltas os llevarán al ático. Os estaré esperando antes de ir al aeropuerto. —Asentí con la cabeza.

Continuamos caminando, conversando sobre otros temas más banales. Cuando su hermano

salía a colación por algún motivo, los nervios me amenazaban con salir a flote. Oír su simple nombre, ya era suficiente para ponerme inquieta. No existía un encuentro entre él y yo que se pudiese considerar normal.

Su frialdad y su impasibilidad me empujaban a querer saber más de él, pero, claro, no de su boca, ya que no me mostraría jamás algo distinto a su aborrecimiento que sentía por mí. Sin embargo, conociendo parte del pasado de los McClain, deduje que su rostro imperturbable era una simple máscara. Ese hombre tenía que *sentir*, aunque no mostrase al exterior ni una mínima parte de lo que escondía dentro. Esto no ayudaba en nada a mi curiosidad. No sería la primera vez que esta característica mía me metiese en problemas.

«No intentes analizarme, Rose Tocqueville, y no indagues en mi familia. No querrás ver una pesadilla, ¿verdad?».

Sus palabras hacían eco en mi cabeza. ¿Se refería a que él era una pesadilla o que vivía en una pesadilla? Todo en Dylan era un auténtico misterio, y, por desgracia, yo siempre fui amante del suspense.

Paré en la entrada de una cafetería y le pedí a Jackson que me esperara aquí. Me excusé con que tenía que ir un momento al servicio.

Una vez allí, me sorprendí de ver a Jessica, la chica que atacó a Cynthia en los servicios de la hamburguesería, a quien yo le di una fuerte bofetada.

Como tenía de costumbre, vestía con un vestido que dejaba poco a la imaginación, pese a las bajas temperaturas, lo que llamaba más la atención hacia sus pechos voluminosos. Era evidente que no usaba sostén y que tenía frío.

—No entiendo qué ve *él* en ti —soltó sin más, despertando en mí la confusión—. Será por tu cara bonita, que es lo único que podría destacar en ti.

Me mordí la lengua para no empezar una pelea con ella en los servicios. Contener mi carácter era difícil últimamente. ¿Y si la furia volvía a jugarme una mala pasada y los efectos de la cápsula eran insuficientes para controlarme en esta ocasión?

—¿Acaso estás enamorada de *él*? —le seguí el juego.

No tenía ni la más remota idea de a quién se refería.

—Todavía gozo de *su* compañía, y espero que *tú* no seas la causa de que eso cambie —contestó.

Dicho eso, Jessica pasó por mi lado y salió de los servicios, dejándome ahí, casi con la boca abierta de la sorpresa.

Sacudí la cabeza para deshacerme de los pensamientos que ya empezaron a formarse en mi mente. ¿Se refería a Jackson?

—No —dije en voz alta cuando un atisbo de celos quiso asomar—. No vayas más allá —terminé sermoneándome a mí misma.

No me gustó esta sensación. Me hacía entender que Cynthia podría tener razón en que a partir de ahora iría viendo a Jackson con otros ojos.

El sonido de mi teléfono me sacó de esta tortura, lo que agradecí. Me saqué el móvil del bolso y acepté la llamada nada más ver el nombre de mi amiga.

—¿Ocurre algo? —Era lo único que ansiaba saber.

—A mí no —respondió en un susurro; sin embargo, de fondo podía escuchar un escándalo—. Deberías venir para que lo veas por ti misma. No te preocupes, te vas a cruzar con este hallazgo

por el camino.

—Voy para allá.

Colgué la llamada y me guardé el teléfono apresuradamente. Me olvidé de lo que quería hacer en los servicios y salí de allí a grandes zancadas.

Me detuve en seco cuando puse una mano en el tirador de la cafetería para reunirme con Jackson. Jessica estaba hablando con él y, por la cercanía que presentaba ella, deduje que entre ambos había demasiada confianza.

Me quedé bloqueada como una imbécil. Mis pies querían permanecer pegados en el suelo hasta que esa detestable mujer se marchara de aquí. Tal vez necesitaba indagar más y tan solo quería pasar desapercibida para que entre ellos pasara lo que tuviera que pasar. Solo así sabría qué ciertas eran las palabras de Jessica.

Solo podía ver el rostro de la mujer, ya que Jackson permanecía de espaldas a mí, así que no sabía si estaba sonriéndole o no.

No tardó en romperse esta escena que se estaba dando frente a mis ojos, porque Jessica le puso una mano en el hombro como gesto de despedida y se fue.

Fue ahora cuando decidí salir, como si nada. En ningún momento le mencioné a esa mujer. Si había algo entre ellos dos, lo descubriría por mí misma, que era la única verdad que contaría, ya que él bien podría negarlo si le convenía mantenerme en la ignorancia. Todos podríamos recurrir a una mentira para ocultar una verdad que no queríamos destapar, sin importarnos que la otra persona saliese perjudicada.

Fui un tanto seca a la hora de despedirme de Jackson y entré en el edificio con prisa. A él lo vería mañana por la tarde, pero ahora solo me importaba saber qué estaba ocurriendo, ya que desde el portal podía oír el escándalo.

Cuando salí del ascensor, vi el acierto en las palabras de Cynthia.

Había un grupo de personas frente a la puerta abierta del apartamento de la señora Thompson; y un olor a putrefacción flotaba en el ambiente. Cynthia estaba allí, aunque más apartada del resto de personas.

Fui hacia ella a toda prisa.

—¿Qué ha pasado?

Cynthia me miró asustada.

—El vecino de la señora Thompson llamó a la policía, que ya está de camino, por esta pestilencia que se le empezó a meter en su apartamento. El señor Wilson guardaba en la garita las llaves de aquellos vecinos que se lo pidieron por si surgía algún problema mientras ellos no estuvieran en casa, así que una vecina usó la llave de la señora Thompson y se encontraron con su cadáver —me explicó.

—¿Está muerta? —Un escalofrío me recorrió por la columna vertebral.

—Al parecer, se ha quitado la vida ella misma, porque está colgada de la lámpara del salón con una cuerda en el cuello —agregó Cynthia.

El recuerdo de ver al chico encapuchado salir del apartamento de la señora Thompson anoche invadió mi mente. Me apoyé en la pared, totalmente aturdida.

—¿Te encuentras bien? Parece que has visto a un fantasma —dijo mi amiga.

Con la respiración irregular, fijé mi vista en ella.

—Peor que eso, Cynthia —comenté en un susurro para que solo ella me escuchara—. Esto es un paripé. Tan solo es el escenario que el encapuchado ha querido crear a la vista de los demás.

Capítulo 15



Ya se llevaron el cadáver de la señora Thompson y el silencio se presentó en mi dormitorio, ya que desde aquí aún pude oír el alboroto que se presentó en el pasillo.

Me encontraba tumbada en la cama y no podía conciliar el sueño. Esta situación era cada vez más confusa para mí. La señora Thompson no se había suicidado, sino que había sido asesinada por el encapuchado.

Fui acusada injustamente por la muerte del señor Wilson y la señora Thompson fue quien me vio al lado de la escena del crimen, así que ella era mi estorbo. ¿Acaso el encapuchado acabó con esa mujer por ser la única testigo que podría perjudicarme? Haciendo creer que había sido un suicidio, no me perjudicaría para nada ni iban a investigar nada.

Con ese enigma en mi cabeza, el sueño me venció.

«El entorno fue tomando forma hasta que la nitidez se dio por completo frente a mis ojos. Otra vez me encontraba en esa aldea escalofriante, lo que quería decir que volvió a darse el fenómeno de los *sueños compartidos*.

—Y de nuevo nos hemos conectado.

La voz dura de Louis a mis espaldas me hizo dar un respingo. Me giré rápidamente para encararlo.

—¿Esto es cosa tuya? —quise saber.

—Te equivocas. Es cosa tuya —contestó. Al ver mi cara de desconcierto, suavizó su expresión seria y continuó hablando—. El huevo microscópico que te han inyectado en el cuello todavía no ha eclosionado. Cuando eso suceda, dudo que vuelvas a padecer esta clase de sueños.

Fue ahora cuando me fijé en que Louis estaba armado, igual que en la vez anterior, como si estuviese siempre preparado para cualquier ataque en manos de esos aldeanos desquiciados. Poseía un cinturón cargado de granadas, dos pistoleras ocupadas por un arma y dos fundas que sujetaban los cuchillos.

—Algo no va bien en mí…

—¿Cómo podría ir algo bien en ti cuando tienes un parásito dentro de ti? —me interrumpió—. Estás infectada con el mismo microorganismo que tienen ellos.

—¿Ellos? —pregunté apenas sin voz—. ¿Te refieres a los locos que habitan en esta aldea?

Escaneé el entorno, verificando que no había ni uno de ellos por aquí. La niebla espesa de la

otra vez se esfumó y fue sustituida por el helor de la noche. Aún gozábamos del anochecer, pero en breve todo quedaría sumergido en la oscuridad.

—Esas personas fueron *normales* en un tiempo pasado —dijo con una cierta nostalgia—, hasta que Eckardt puso sus manos en ellas para contaminarlas.

Detecté la culpa en su voz y no pude contenerme en indagar más sobre esto.

—¿Qué relación tienes con Eckardt?

Fijó su mirada en la mía.

—Antes trabajaba para él, pero, cuando descubrí que esta creación esporádica del parásito se transformaría en un arma biológica para Eckardt, tuve que huir, así que ahora soy un fugitivo de su organización —explicó.

—Espera. —Me tomé unos segundos para procesar lo que me había contado—. ¿Me estás queriendo decir que estamos tratando con un lunático que ha creado un microorganismo capaz de enloquecer a quien lo porta?

—Solo enloquecen aquellas personas que no pueden ser controladas por Eckardt —respondió, dejándome más confusa de lo que ya estaba—. El parásito se adhiere a tu Sistema Nervioso Central, concretamente en el sistema límbico del cerebro, que es la parte responsable de las respuestas emocionales y de comportamiento. Eckardt es capaz de controlar la mente humana del portador mediante ese microorganismo.

—¿Cómo es posible eso?

—Nadie se imagina lo que se puede crear en un laboratorio. La población es demasiado ignorante e ingenua. Estoy tratando de que tú no formes parte de ese grupo, sobre todo, para que puedas tratarte a ti misma antes de acabar como estos aldeanos.

Sabía que se podía hacer barbaridades en un laboratorio, incluso experimentar con humanos, pero eso era ilegal. Podía entender hasta dónde llegaba la codicia del ser humano como para llegar al extremo de crear armas biológicas con el fin de sembrar el terror en el mundo. Los bioterroristas existían, por supuesto.

Sin embargo, lo que me preocupaba en exceso era que yo acabé siendo una víctima sin saber por qué, aparte de que Louis me acababa de insinuar que podría terminar tan loca como los aldeanos.

Así que empecé a analizar cada detalle que había experimentado, conservando la calma.

—El iris de mis ojos se tiñeron de un color rojizo en un periodo corto de tiempo. Sufrí alucinaciones como ya me advertiste que sufriría, al igual que cefaleas. Tengo menos tolerancia a la ira…

—Evidentemente —me cortó—. Son síntomas propios que sufre el huésped cuando porta el parásito. Solo se transmite por inyección intravenosa, así que no es contagioso ni desatará el caos en el mundo como sí lo haría una pandemia vírica o bacteriana, por ejemplo.

—¿Qué más síntomas sufriré?

Aprovecharía esta oportunidad que se me brindó para recaudar toda la información posible. Solo Louis y el encapuchado podían ayudarme, y el segundo aún estaba reacio a hacerlo.

—Céntrate en controlar las emociones. —Me dio la impresión de que no quería aportarme más detalles sobre la sintomatología del microorganismo—. Una mente débil se hace vulnerable, lo que le facilitaría a Eckardt controlarla. La ira y el dolor son dos emociones muy peligrosas, deberías saberlo. Aunque tienes que tener claro que él no *crea* dichas emociones, sino que las *potencia*.

—Lo que quiero es deshacerme de este *bicho* que llevo dentro —dije exasperada, disolviendo

la calma que intenté mantener conmigo—. ¿Qué tengo que hacer para eso? ¿Cuál es la cura?

Louis soltó un suspiro y comenzó a caminar por el sendero. Me puse a su lado inmediatamente.

—No existe tal cura. —Escuchar eso me hizo el mundo pedazos—. Solo puedes evitar que Eckardt te controle para no convertirte en una más de sus marionetas, al mismo tiempo que evitar enloquecer como les pasó a los aldeanos. Estos últimos no supieron distinguir la realidad de lo que era producto de su imaginación, así que quedaron tan inestables que ni Eckardt pudo tomar el control. Ahora son solo bestias.

Me detuve en seco, poniéndome una mano en el pecho. Mis dedos rozaron el colgante de Camille y me aferré a él como si fuera mi pilar de salvación.

No era una mujer que lloraba a menudo, pero ahora mismo solo deseaba estar sola en mi apartamento para expulsar la frustración que me empezaba a carcomer las entrañas.

Esto podría ser un *sueño compartido*; sin embargo, sabía que era mucho más que eso. Este lugar tenía que existir en cualquier parte del planeta. O eso pensaba…

—Como bien sabes, un parásito necesita a un huésped para vivir, ya que no puede hacerlo por sí solo, así que solo tu muerte podría destruirlo.

Lo miré pasmada, al borde de las lágrimas.

—No pienso morir —espeté.

—No *debes* hacerlo —coincidió, aunque su tono fue extraño—. Ahora controla ese dolor que te está obstruyendo el pecho en este momento. Sé que no te estoy dando las respuestas que anhelas oír, pero te aseguro que hay una salida: no permitas que Eckardt tome el control de tu mente, así que lucha contra él. Todos estos síntomas que estás sufriendo no durarán para siempre y Eckardt solo tiene un rango de tiempo determinado para hacerse con tu autonomía. Una vez que pases esa larga etapa con éxito, serás *libre* de él, aunque no de tu infección.

Un pequeño rayito de esperanza se abrió paso por la tormenta emocional que llevaba dentro. Me aferré a este, pensando también en las cápsulas que me estaba tomando para aliviar esos síntomas.

Louis retomó el camino por el sendero y fui tras él.

—Me sorprende que Eckardt se haya tomado la molestia de infectarte después de *todo* —murmuró más para sus adentros, como si estuviese pensando en voz alta.

Quise decirle que no fue ese hombre quien me inyectó el microorganismo, sino el encapuchado. Sin embargo, no me salían las palabras. Mentalmente ya me encontraba exhausta. Solo quería despertar.

—Estos parásitos son fotosensibles, recuérdalo siempre —agregó. Intenté buscar su mirada con la mía, pero ahora él la estaba evitando—. El fuego les afecta mucho.

Pese a mi poca actitud por continuar esta conversación tan importante, memoricé cada una de sus palabras para analizarlas después con más detalle. Había mucho que reflexionar y asumir.

—¿No seré humana? —musité, con temor a que no me gustase la respuesta, ya que no sabía realmente en qué me estaba convirtiendo.

—¿De qué sirve ser humano si no se tiene humanidad? —respondió con otra pregunta. Quise mirarle a los ojos, sin embargo, Louis seguía evitándome—. No te debe de importar si serás humana, lo que debe importarte es conservar tu humanidad.

—¡Allí están!

El grito de un aldeano nos sobresaltó a los dos. Había un hombre señalándonos con el dedo índice y otros aparecieron detrás de él. Todos tenían armas agrícolas equipadas, pero lo más

tenebroso de la imagen fue que tenían el iris de los ojos teñido de rojo.

Unos latidos de alta intensidad me produjeron un fuerte dolor en el pecho y se me formó un nudo en la garganta. ¿Me estaba convirtiendo en uno de ellos?

De un momento a otro, grandes masas de aldeanos se unieron al que nos chilló.

Louis soltó una fuerte maldición y me cogió de la mano para arrastrarme con él. Corrimos hacia una cabaña, que se hallaba en el centro de una especie de claro con altos árboles alrededor.

Irrumpimos en el interior como una avalancha y Louis bloqueó la puerta. Ambos tomábamos grandes bocanadas de aire por la fatiga. No obstante, él continuaba reacio a mirarme a los ojos.

—¿Sabes usar un arma? —preguntó.

—No —musité.

—Pues llegó tu hora de aprender para defenderte mientras no despiertes.

Los golpes que los aldeanos le empezaron a infringir a la puerta me hicieron soltar una exclamación involuntaria.

—Las armas de fuego y las granadas cegadoras son las más efectivas contra ellos por la fotosensibilidad del microorganismo que te nombré antes —explicó, extrayéndose una pistola, un cuchillo y una granada—. Cógelos. Y procura lanzar esta última lo más lejos de mí.

Fruncí el ceño ante el cambio de su voz y levanté la mirada hacia su rostro. Louis tenía los ojos cerrados, pero, a los pocos segundos, los abrió y me quedé petrificada. Un jadeo se escapó de entre mis labios y me alejé de él rápidamente.

Me observaba con sus ojos rojos, los mismos que tenían el resto y que yo presencié en mí cuando me miré al espejo antes de ir a por Richard.

—*Nadie* ve lo que somos, *todos* ven lo que aparentamos —dijo con tristeza—. Aparentemente, verás que no soy humano, pero sí tengo humanidad.

Ahora comprendí sus sabias palabras de antes. Él también tenía este mismo parásito, pero no enloqueció como los aldeanos, ni parecía ser una marioneta de Eckardt. Por eso sabía demasiado sobre el control de las emociones y me insistió en que yo debería hacer lo mismo. Me estaba transmitiendo sus conocimientos para que yo los empleara.

El ruido de los continuos golpes de los aldeanos inundaba el interior de la cabaña.

Louis se acercó a mí con la pistola, el cuchillo y la granada cegadora en las manos. No retrocedí, porque no me producía miedo, aunque él pensara lo contrario. Mi reacción de alejarme fue por la sorpresa.

Me sujeté la granada y el cuchillo en mi pantalón vaquero; la primera en el bolsillo delantero y el segundo en la cinturilla. Después acepté la pistola que me ofreció. Un escalofrió amenazó con recorrerme por la espalda cuando Louis se puso detrás de mí, donde no podía verlo.

—Si eres diestra, primero agarra la pistola con la derecha, preparando tu dedo para apretar el gatillo. La otra mano la pones encima, sujetando el arma con ambas, y así tendrás estabilización para que, cuando dispares, la fuerza de retroceso sea menor y no se te vaya el brazo hacia atrás o algo peor. —Hice lo que me pidió, pero aun así no me veía capaz de dar un tiro certero—. Asegúrate de agarrar bien el arma. Cuando tengas más experiencia, verás que no es tan complicado. —Salió desde mi espalda y se colocó en mi campo de visión—. La pistola ya la tienes preparada para disparar. Y te aconsejo que les dispares en la cabeza o directo al corazón, que son los dos puntos más letales.

Sentía más curiosidad sobre él, pero me mordí la lengua porque no era el momento oportuno para conversar.

—Y para usar la granada, solo tienes que quitar la anilla y estrellarla contra el suelo —terminó

de explicar.

Louis se colocó frente a la puerta y la apuntó con su arma, listo para disparar. Tomé su ejemplo y me preparé, teniendo la mesa de madera que había en el centro de la estancia entre la entrada de la cabaña y yo.

—Louis. —El aludido miró sobre su hombro—. Gracias —dije con firmeza. Él sonrió en respuesta y volvió su atención a la puerta.

Louis creó la esperanza que necesitaba para enfrentar el abismo que se me avecinaba y poder seguir adelante, fuera humana o no.

La puerta se derribó, creando un gran estruendo, y varios aldeanos invadieron la cabaña. Louis empezó a disparar, una y otra vez. Yo, en cambio, me quedé petrificada, observando a estos seres sedientos de sangre.

Uno de ellos se abalanzó sobre mí. Solté un grito y aterricé en el suelo con ese ser encima de mí. Forcejeé cuando él intentó clavarme el rastrillo en el pecho. Por desgracia, no perdieron la fuerza junto con la cordura.

En un pestañeo, mi rostro se bañó en sangre. Empujé al aldeano ya muerto a causa de un disparo efectuado por Louis, y lo eché a un lado para poder ponerme en pie.

Recuperé mi pistola y me pasé una mano por la cara, apartando la sangre con ella.

Otro aldeano se acercó a mí con tal lentitud que lo vi venir. Inmediatamente y sin pensar, le apunté con mi arma en la cabeza, siguiendo las indicaciones de Louis, y apreté el gatillo.

Sentiría orgullo conmigo misma por haber pegado un tiro certero si no se me hiciese difícil matar; el que fuese un sueño no me lo ponía más fácil. Recordarme con frecuencia que les estaba haciendo un favor a estos seres, otorgándoles el descanso eterno y liberándolos del parásito, como bien dijo Louis, me ayudaría a seguir adelante.

—¡Despierta, mujer! ¡No puedes quedarte embobada mientras nos están atacando! —Los gritos de Louis me hicieron reaccionar y miré en su dirección.

Este hombre estaba increíblemente formado, como si esta situación fuera el pan de cada día para él. Se encontraba luchando con tres a la vez, cuerpo a cuerpo, pero después se sumaron unos cinco más.

Volví a apuntar con el arma mientras me acercaba al colectivo, ya que a esta distancia tan lejana no acertaría y sería capaz de pegarle un tiro a Louis.

Una vez cerca, disparé sin descanso, pero no obtuve un resultado demasiado favorable. Solo algunos habían caído nada más recibir el disparo en la cabeza. Los otros deberían retorcerse de dolor al recibir los impactos de bala en las piernas, brazos y abdomen; sin embargo, no fue así.

Este suceso me recordó al tiroteo que se dio en el *DyJack*, cuando vi al hombre sacarse un proyectil con una energía envidiable antes de recibir el tiro en la cabeza, lo que lo mató definitivamente.

Vacié el cargador y maldije en voz alta. ¿Cómo se recargaba otra vez? ¡Y, para finalizar, no tenía otro de repuesto!

El subidón de adrenalina y la desesperación me hicieron golpear con todas mis fuerzas a un aldeano en la cabeza con el arma. Era obvio que no le causé mucho daño, pero, al menos, llamé su atención y dejó a Louis para abalanzarse sobre mí.

Rápidamente, me eché a un lado para esquivarlo y corrí hacia el rastrillo que me obsequió el aldeano anterior que Louis mató para salvarme.

Un cuerpo me derribó y caí al suelo. En la caída, el rastrillo que yo misma empuñaba lastimó mi pierna. Grité de dolor, sin embargo, no tuve tiempo de atender mi herida.

Sujeté los brazos del aldeano que estaba encima de mí cuando él iba a atacarme con un palo de madera de punta afilada.

Con el máximo esfuerzo que me fue posible, desvié su dirección para que apuntara hacia mi cabeza. Después, solté sus brazos al mismo tiempo que moví el cuello hacia la izquierda para que el palo aterrizara justo al lado, en la antigua posición de mi cabeza.

Aproveché esos segundos para sacar el cuchillo que guardé anteriormente. Se lo clavé sin piedad en el cuello. Giré mi rostro y cerré los ojos para protegerlos de la sangre que se dirigía hacia mi cara.

Inmediatamente, cogí la granada, le quité la anilla y la estrellé contra el suelo. Los gruñidos de los aldeanos, de Louis e incluso los míos inundaron la estancia.

Forcejeé para quitarme el cadáver del aldeano de encima y me levanté con dificultad por mi falta de visión.

Cuando salí de mi aturdimiento, le arrebaté el palo y se lo clavé al otro aldeano en el pecho. Cogí una silla de madera y golpeé repetidas veces la cabeza de otro. Finalmente, me quedé con una pata y la enterré en su pecho, retorciéndola en su interior.

Me encontraba fuera de mí misma. La palabra «supervivencia» era lo único que brillaba en mi mente como un cartel de neón.

Antes de poder reaccionar, un aldeano me cogió por detrás y me arrastró con él hacia una mesa. Por más que le daba codazos en su costado, no se debilitó lo suficiente para liberarme.

Me cogió del cabello y me estrelló la cabeza contra el tablero. Entré en un estado de semiinconsciencia en mi propio sueño, lo que sería cómico en otras circunstancias.

El aldeano me dejó caer al suelo sin miramientos y me agarró del tobillo para arrastrarme por este. La inmensa debilidad y dolor en mis extremidades me impedía defenderme, e incluso moverme.

Una fuerza invisible tiraba de mí y lo poco que podía percibir de la cabaña fue emborronándose ante mis ojos. Lo último que oí antes de despertar en mi apartamento fueron los gritos de Louis, llamándome por mi nombre».

Abrí los ojos de golpe, me puse una mano en el pecho dolorido por los latidos acelerados de mi corazón y me impulsé hacia adelante, quedándome sentada sobre la cama.

Me quedé en esa postura hasta que conseguí salir de mi aturdimiento. Sin embargo, otra clase de pensamientos invadieron mi mente ahora que me encontraba inestable.

La nostalgia y la tristeza bañaron mi sistema, porque no podía mentirme a mí misma. No sabía qué sería de mí a partir de ahora por culpa de este microorganismo que habitaba dentro de mi cuerpo. Solo tenía bien claro que me alejaría de todos mis seres queridos si me convirtiese en un peligro para ellos.

Pestañeé para alejar las lágrimas que empezaron a acumularse en mis ojos. La idea de tener que alejarme me consumía por dentro.

No cesaba de comparar mi futuro con la de esos aldeanos salvajes. Padecía un desequilibrio emocional importante y todavía no sabía si sería capaz de llegar a controlarme, como bien me insistió Louis que tenía que lograr. ¿Y si Eckardt tomaba el control sobre mí y me obligaba a matar a mi propia familia? ¿O a Cynthia? ¿Incluso a mí misma?

De algo sí estaba segura. Lucharía hasta el final, lucharía por mi libertad.

Capítulo 16



Cynthia era quien conducía su *Ford* y yo la guiaba por Nueva York para llegar al ático de Jackson. Los guardaespaldas iban detrás de nosotras, en otro vehículo.

Esta mañana habíamos madrugado para preparar nuestras pertenencias, que no fueron muchas, ya que esta mudanza duraría un mes, como mucho. Sería como tomar unas vacaciones.

Últimamente no íbamos a la Universidad. La asistencia no era obligatoria, pero sí ayudaba en los estudios, unos que Cynthia y yo habíamos dejado de lado con todo lo que estaba pasando a mi alrededor. Y eso que ella no tenía ni idea del tema de mi infección…

—Es normal que te hayas sentido molesta por la presencia de Jessica —dijo Cynthia, continuando el tema de conversación que yo había iniciado cuando le conté lo que hablamos Jackson y yo en nuestro paseo por la ciudad—. En mi idioma, eso se llama celos. —Fulminé su perfil con la mirada—. Y no quiere decir que estés enamorada, Rose. Los celos no solo están unidos al amor, lo que mucha gente confunde, como tú —se justificó antes de que protestara—. Por el simple hecho de poner la atención en otra persona al sentirte atraída por diversos motivos, ya se podría sentir celos cuando alguien se convierte en un obstáculo. Así que no estoy diciendo que estés enamorada, pero sí atraída.

Cynthia me conocía mejor que yo misma, lo que era un gran alivio para mí, porque me ayudaba a encontrarme a mí misma. Ojalá tuviese el coraje de contarle todo el asunto del microorganismo; quizás, algún día podría apoyarme en ella.

—Jackson pertenece a la mafia, algo que ni tú ni yo querríamos en nuestra vida —prosiguió mientras seguía conduciendo por las calles transitadas—. Sin embargo, acudiste a él para obtener la protección que necesitas con urgencia y ahora cuentas con su respaldo y el de su familia. Además, te protegió contra esos hombres que asaltaron el club. Es normal que estés comenzando a sentir un gran afecto por él. —Me miró de reojo—. Me da la sensación de que también estoy hablando de Dylan.

—¿Qué quieres decir con eso? —Fruncí el ceño, dubitativa.

—Dylan ha hecho lo mismo que Jackson, aunque haya sido de forma inconsciente. —Se encogió de hombros con sus manos fijas en el volante.

—¿Inconsciente? —dije perpleja—. Yo diría que obligado.

—Esa es otra opción.

No dijimos nada más de los McClain, lo que agradecí, y continué indicándole a mi amiga la dirección que tenía que tomar en cada bifurcación.

Cuando llegamos al rascacielos, Cynthia ingresó al subterráneo para aparcar el coche en el *parking*. De ahí nos reunimos con nuestros guardaespaldas en el vestíbulo. Lo que me sorprendió fue que ellos no estaban solos, sino acompañados de otro grupo de hombres del mismo aspecto. Desde luego que Jackson no se quedó corto con que aquí tendríamos más seguridad. Suponía que en un edificio tan alto como este, también se hospedaba parte de *la familia* tan numerosa de los McClain. Aparte, los hermanos tendrían a otros hombres alrededor de la otra residencia que tenían, la principal.

Fuimos acompañadas por dos de ellos en el ascensor. Ni mi amiga ni yo abrimos la boca, tan solo enfocamos la mirada en nuestra maleta, como si no hubiese otra cosa más digna de nuestra atención.

Solté un suspiro silencioso cuando el elevador llegó a su destino. Esta vez, solo Cynthia y yo salimos al rellano, quedándose los hombres dentro del ascensor para volver a bajar.

La puerta del ático de Jackson ya estaba abierta para nosotras y él mismo nos estaba esperando apoyado en el marco de esta con los brazos cruzados bajo su pecho.

—Bienvenidas —nos saludó con una leve sonrisa.

—Hola. —Fue Cynthia quien habló. Su timidez me resultó adorable—. Un edificio muy alto. —Y estábamos en el último—. En caso de huida, salir por la ventana no es una opción —soltó sin pensar, un tanto sarcástica.

Le di un codazo en el costado para que cerrara la boca. Cuando ella se ponía nerviosa, existía el riesgo de que solo dijese tonterías que no venían a cuento.

—No se dará tal caso —le aseguró Jackson.

El McClain se apartó a un lado para darnos paso. No fue hasta que llegué al centro del salón con mi maleta a rastras que me di cuenta de una presencia en el sillón.

Dylan estaba perfectamente acomodado con un brazo apoyado en el respaldo, las piernas ligeramente abiertas y con un vaso de *whisky* en su mano libre. Efectuaba movimientos lentos, provocando que el líquido ondeara y que los hielos tintinearan al chocar contra el cristal.

Su mirada penetrante era tan intensa que tuve que mirar hacia otro lado, ya que, cuando él te miraba de esta forma, parecía que absorbía toda tu atención, pasando el resto del mundo a un segundo plano.

—Bienvenidas —ronroneó, incitándome a que lo volviese a mirar. Se llevó el vaso a los labios y le dio un trago al *whisky* con su vista fija en mí.

Reprimí un escalofrío. Tener a Dylan de vecino no me aportaba ninguna tranquilidad. Recé en mi interior para que se quedase en su otra residencia, lo más lejos de nosotras.

Este hombre no me asustaba, conclusión que llegué días atrás, pero había algo en él que sí me ponía nerviosa cuando lo tenía cerca, *demasiado* cerca, y me hacía estar en alerta.

—Mi hermano permanecerá cerca en caso de emergencia —dijo Jackson detrás de mí—. Espero que no te suponga ningún problema.

Me giré para mirarlo, y, entonces, me di cuenta de que lo último que había dicho no se dirigía a mí, sino a Dylan. Ambos hermanos se observaban fijamente.

Cynthia y yo intercambiamos una mirada interrogante. Los McClain se estaban transmitiendo *un mensaje* con los ojos, eso era obvio.

—Mantengo mi postura —soltó Dylan, más serio que de costumbre—. Buen viaje, hermano.

El McClain se puso en pie y depositó el vaso vacío encima de la pequeña mesita de cristal que

tenía al lado con más fuerza de la necesaria. Se ajustó las mangas de la camisa blanca y caminó hacia la salida con elegancia.

—Discúlpalo —comentó Jackson cuando su hermano se marchó y cerró la puerta tras él—. Hemos discutido por asuntos de negocios.

—Lo entiendo —mentí en parte, ya que jamás vi a Dylan mostrar algo diferente que no fuera frialdad, así que, para mí, él siempre se encontraba de mal humor.

Jackson guardó silencio; en cambio, su mirada me expresaba un torbellino de emociones que no quería dejar escapar por sus labios. Su mundo interior parecía ser tan complejo como el de su hermano.

—¿Te encuentras bien? —murmuré.

Esta pregunta fue lo que lo hizo reaccionar. Sus facciones cambiaron rápidamente de una manera asombrosa.

—Sí. —Sonrió para darle más credibilidad a su afirmación—. No me esperaba este viaje, eso es todo.

Mi cuerpo se puso rígido sin poder evitarlo cuando él acortó la distancia que nos separaba. Puso ambas manos en mis mejillas, acunando mi rostro, mientras yo lo miraba un tanto nerviosa.

Cuando Jackson empezó a acercar su rostro al mío, apreté el asa de la maleta por instinto. Una corriente de sorpresa me recorrió por cada fibra de mi ser cuando sentí sus labios sobre mi frente, exactamente lo mismo que hizo en uno de nuestros anteriores encuentros.

Se separó de mí sin dejar de mirarme ni un segundo. No me molesté en buscar a Cynthia con los ojos, ya que me imaginaba que ella estaría tan absorta como yo.

—Estás en tu casa —dijo en un tono de voz que jamás empleó conmigo. Parecía ausente, muy lejano de la realidad.

Me quedé quieta, observando cómo se dio la vuelta y se dirigía hacia la salida del ático. Ni siquiera le echó un vistazo a Cynthia cuando pasó por su lado, como si ella fuese invisible para él.

No pude despedirme de Jackson en condiciones y él, finalmente, se marchó de aquí.

Mi vista se quedó pegada en la puerta principal, pero, por el rabillo del ojo, pude ver a Cynthia acercarse a mí, arrastrando su maleta con ella.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó un tanto aturdida—. Pensé que te besaría en los labios, no que te daría un casto beso en la frente y te observaría con una especie de deseo insatisfecho.

No tenía ninguna respuesta concisa que darle a mi amiga.

⭐⭐⭐

Cynthia y yo estuvimos el resto de la tarde organizando nuestras pertenencias en nuestro nuevo hogar temporal. En la noche, decidimos salir a una cafetería que estaba cerca de aquí, aunque empleamos el *Ford* para transportarnos. Nuestros guardaespaldas nos seguían de cerca, pero siempre intentaban darnos la mayor privacidad posible. Esos hombres deberían de estar ya aburridos de hacer su trabajo de *niñera*. Al menos los hemos dirigido a un lugar de más diversión.

Mi amiga y yo nos sentamos a la mesa libre, que se hallaba por el centro del local, y pedimos un licor de moras sin alcohol. No era plan de emborracharnos teniendo que conducir.

De un momento a otro, mi vista se dirigió hacia un hombre vestido de negro que acababa de entrar a la cafetería. Tenía un abrigo largo, que le cubría hasta las rodillas, pero no fue hasta que

ascendí la mirada a su rostro que me quedé petrificada en mi asiento.

Era consciente de que Cynthia me seguía hablando por encima de la música ambiental, manteniéndose ajena de quién estaba detrás de ella, a unos pocos metros de distancia; sin embargo, yo no podía dejar de observar al visitante inesperado.

Alec Salazar recorrió cada rincón de esta cafetería con la mirada hasta que se encontró con la mía. No se movió de donde estaba parado, sino que sus ojos oscuros se giraron ligeramente hacia la cabellera rubia de mi amiga.

—Pero ¿qué estás mirando con tanta atención como para que me ignores? —dijo Cynthia, girándose sobre su asiento para echar un vistazo tras ella.

Apreté los puños por encima de la mesa, sin poder creerme que él se hubiera presentado precisamente aquí, en el mismo lugar de todo Nueva York donde estábamos nosotras.

—No me lo puedo creer —escupió Cynthia, dándose la vuelta para mirarme—. ¿Por qué se me tiene que aparecer otra vez?

Sus ojos empezaron a tornarse más vidriosos.

—¿Quieres que nos vayamos? —le oferté.

—No —negó con dureza, conteniéndose las ganas de llorar—. No pienso irme de ningún lado en el que yo quiera ir solo porque esté él.

—Cynthia —estiré un brazo en su dirección por encima de la mesa para agarrar una de sus manos—, no es necesario que pases la noche incómoda por su presencia cuando podemos evitarlo yéndonos a otro lado.

Mi amiga apartó la mano de la mía y arrastró la silla hacia atrás para ponerse en pie.

—No te preocupes. Solo necesito un par de minutos en el servicio para recomponerme.

—Está bien.

Cuando Cynthia desapareció de mi vista, perdiéndose por el pasillo que conducía a los servicios, le lancé una mirada fulminante a Alec. Él la aceptó de buena gana porque ni siquiera apartó la suya de la mía, tampoco se le veía la intención de marcharse.

No podía echarlo de aquí, eso era obvio, pero sí que le expresaría lo incómodas que nos poníamos con su presencia, así que me levanté y fui hacia él tan rápido como mis pies y la gente me permitían.

—¿Qué pretendes presentándote aquí? —Le agarré de la manga del abrigo y lo arrastré conmigo hacia un lugar más oculto para que Cynthia no nos viera si salía de los servicios antes de que yo volviese a nuestra mesa—. Es evidente que tus encuentros con ella son intencionados.

Alec se zafó de mi agarre y me correspondió la mirada fulminante.

—No te metas en mis asuntos, Rose, ya que no sabes nada —espetó.

—¿Qué es lo que no sé?

—No es de tu incumbencia.

—Te equivocas. Todo lo que tenga que ver con ella me importa —le aseguré con un gruñido —. Tu presencia le hace daño, ¿es que no lo ves? —le solté en un tono irónico—. ¿Después de abandonarla como a un perro por no conseguir llevártela a la cama, vuelves a los años para acosarla?

—Lo que decía. —Acercó su rostro al mío sin borrar la frialdad en su mirada—. Tú no sabes nada y no eres nadie para juzgar mis acciones.

—¿Y Cynthia sí lo es? —Reprimí las ganas de echarlo de aquí a patadas—. Porque puedo hacer que ella te exprese lo que le molesta que la sigas.

—No me importa lo que salga de su boca, porque su mirada ya me expresa lo que quiero

saber, exactamente lo mismo que yo llevo dentro. —Su confesión me dejó más confusa—. Cynthia me sigue amando, tanto como yo a ella. Solo por eso estoy arriesgando mi vida volviendo a Nueva York.

Me quedé petrificada. No podía negar su afirmación respecto a los sentimientos de mi amiga y no pensaba hacerle creer lo contrario. Era una verdad y detestaba disfrazarla de una mentira.

—Le hiciste daño, Alec. No quiero que vuelva a hacerse ilusiones contigo…

—Lucharé por nuestro amor, Rose, y *esta vez* nadie podrá echarme de su vida, ni siquiera su puñetero padre. —Me estaba lanzando señales por doquier y no lograba atraparlas todas—. Estoy aquí para protegerla, ya que está en peligro.

—¿Cómo? —Un escalofrío me recorrió por la columna vertebral.

Alec levantó ligeramente la cabeza para mirar más allá de la gente que nos rodeaba. El chico era bastante más alto que yo, así que él podía acceder a una mejor visión del pasillo de los servicios.

—Tengo que irme. Será mejor que vuelvas a la mesa —dijo y pasó por mi lado para irse de la cafetería.

No podía dejar que me dejara con esta incertidumbre de no saber lo que estaba pasando con Cynthia.

Fui tras él y, antes de que se me escapase de mi vista, lo agarré del brazo para detenerlo.

—Quiero saber qué está pasando con ella, Alec.

Giró su cabeza para mirarme por encima de su hombro.

—Mañana, a las siete de la tarde, estaré aquí, solo —contestó—. Si realmente quieres saber la verdad, encuéntrate conmigo.

Se soltó de mí y se marchó de la cafetería, dejándome con muchas incógnitas en la cabeza.

No perdí más tiempo y volví a la mesa a grandes zancadas. Cynthia ya estaba sentada en la silla, mirando en todas direcciones en mi busca.

—Ya estoy aquí —le anuncié, tomando asiento frente a ella.

—¿Dónde has estado? —quiso saber.

Cynthia tenía mejor cara. Sus ojos ya no expresaban ese dolor que le carcomía las entrañas.

—Había visto a uno de nuestros compañeros de la Universidad y fui a saludarlo, aprovechando la oportunidad para vigilar a Alec de cerca. Él se terminó marchando, así que puedes estar tranquila —me excusé.

—Mejor.

Cynthia me sorprendió cuando pidió unos cubatas bien cargados de alcohol cuando terminamos nuestros licores. No estaba bien que ahogara las penas de este modo, pero no era ningún delito dejarnos llevar de vez en cuando. Así que, gustosa, acepté su solicitud de divertirnos.

No sabía las horas que habíamos pasado aquí, bebiendo un cubata tras otro, hasta que los efectos del alcohol ya formaron importantes estragos en nuestro sistema.

Ahora las dos estábamos ebrias, incapaces de coger el coche para volver al ático. Decidimos dejarlo aquí y volver mañana a por él.

Salimos a la calle y buscamos a nuestros guardaespaldas con la mirada, pero no había rastro de ellos. El que se escondiesen era normal, sin embargo, estábamos paradas como dos idiotas en la puerta de la cafetería, esperando a que se acercasen a nosotras.

—¿Dónde narices se han metido? —preguntó Cynthia, arrastrando las palabras—. ¡Menudos escoltas!

—No es buena idea que vayamos andando. —Entre ebrios nos entendíamos, ya que no conseguía vocalizar bien—. A estas horas hay más calles solitarias.

Estábamos algo borrachas, pero éramos conscientes del peligro de muerte que corríamos las dos. Yo porque me lo busqué sin querer; y ella, por permanecer a mi lado.

—Ni modo —soltó Cynthia y empezó a caminar hacia el *Ford*, un poquito en *zigzag*.

—No podemos conducir en este estado. Deberíamos pedir un taxi —agregué, poniéndome al lado de ella con esfuerzo en no caerme de bruces contra el suelo por un mal paso.

—Nos hemos gastado el dinero suelto en la cafetería, Rose, y mi tarjeta de débito quedó en desuso, ¿recuerdas? —contestó—. No hay dinero para un taxi. Y tampoco es una opción pedir a un desconocido que nos lleve a casa. Podríamos ser violadas y mutiladas después, acabando nuestros trocitos dentro de un contenedor maloliente o en el mar, sirviendo de alimento para los peces.

Imaginarme tal escena me produjeron unas náuseas que a duras penas pude controlar. Me recordó a la imagen que me llevé del comedor de la primera cabaña que visité en el sueño, en el que maté al primer aldeano.

Un pensamiento se abrió paso en mi embriaguez.

«Eran sueños, solo has arrebatado vidas en sueños». Esto era un gran alivio cada vez que mi mente se iba a lo que hice con mis propias manos.

Logramos llegar al *Ford* sin rompernos ningún tobillo por los tacones y Cynthia fue la que se puso delante del volante.

—Intenta mantener todos los sentidos en la carretera —le pedí, un tanto temerosa de que esto acabase en tragedia.

—Vamos allá —murmuró y arrancó el motor.

Puso la música a todo volumen para no dormirse mientras conducía y empleó una velocidad más reducida de la normal permitida para ser más cuidadosa, aunque era tan denunciable como ir más rápido.

Mientras me acomodaba en el asiento, Cynthia pisó el freno con brusquedad y apagó la música.

—Maldición.

—¿Qué ocurre? —No hizo falta que me respondiera, ya que enfrente se veía la causa de su reacción—. Cynthia, no podemos fugarnos —le pedí cuando percibí sus claras intenciones de huida por otra calle paralela—. Actúa con normalidad.

—¿Normalidad? —La voz casi le salió en un chillido agudo—. Nuestro coche apesta a alcohol por nuestro aliento y se nos cruza la lengua al hablar. ¿Piensas que la policía es tonta?

—Genial. Despidámonos del carné de conducir. Y la multa tan costosa se la pasaremos a los McClain por contratar a unos guardaespaldas ineptos —escupí malhumorada.

Cynthia reanudó la macha, ya que estábamos llamando demasiado la atención de los policías al estar paradas enfrente de ellos, a unos pocos metros de distancia.

Como era obvio, un agente elevó la linterna reflectante de señalización y nos indicó que parásemos fuera de los carriles, en el pequeño arcén.

Cynthia obedeció sin cometer ninguna imprudencia llevándose un cono y un policía golpeó el cristal del piloto. Mi amiga lo bajó y se esforzó en aparentar normalidad.

—Buenas noches —dijo el agente—. ¿Ha bebido usted?

—Un poquito —contestó ella. Al menos, su voz no indicaba su verdadero estado de embriaguez, aunque reventaría el alcoholímetro en cuanto soplara.

—Salga del vehículo, por favor. —El agente se echó hacia atrás para dejarle paso.

Cynthia salió del coche y él sacó el alcoholímetro con una boquilla plastificada para entregársela.

—Destápela e insértela en el aparato. —Ella hizo lo que le pidió y esperó—. Bien, ahora sople hasta que yo le diga que pare.

Cynthia asintió y selló la boquilla con sus labios. Empezó a soplar, y yo salí del vehículo para que me diera el aire. Me coloqué a su lado y me crucé de brazos como modo de respuesta ante el frío de la noche.

Un extraño sonido, como pitidos leves, llamó mi atención. Observé a nuestro alrededor en busca del origen de ese sonido, pero no percibí nada extraño. Aun así, mi instinto me pedía a gritos que me apartara del coche.

Después de un momento, el policía le indicó que se acercara a su compañero para tramitar la sanción. Fui tras ella, obedeciendo a mi anterior instinto, y no me equivoqué.

Un grito nos sobresaltó, paralizándonos a todos.

—¡Tocqueville!

Giré mi rostro justo a tiempo de ver cómo me apuntaban con un arma. Inmediatamente, me tiré al suelo detrás del vehículo oficial de policía, arrastrando a Cynthia conmigo para cubrirnos. Varios proyectiles impactaron en la carrocería del coche y, entonces, los pitidos que escuché antes se oyeron más profundos.

A la milésima de segundo, una gran explosión nos envió una fuerte onda expansiva. Cynthia y yo rodamos por el suelo y los cristales del vehículo de la policía estallaron.

El subidón de adrenalina ante un atentado fue suficiente para deshacer la embriaguez de nuestro sistema. Mi amiga y yo nos pusimos en pie con dificultad, permaneciendo unidas, y observamos el *Ford* en llamas.

Entrecerré los ojos por la molestia que causaba la luz del fuego en mi visión.

—Mi coche —susurró Cynthia, perpleja.

—No tenemos tiempo que perder —dije mientras la cogía de la mano y echamos a correr.

No me fijé en si los agentes acabaron heridos o muertos, solo me importaba nuestra supervivencia.

—¡Maldito día he escogido para beber! —gritó ella entre jadeos.

Seguimos corriendo a pesar de que ya no se escuchaban los disparos. Los problemas aumentaban y, con ello, el misterio. Alguien había puesto un explosivo en el coche de Cynthia con el único propósito de matarnos o, mejor dicho, de matarme, ya que ese hombre gritó mi apellido. Habíamos tenido mucha suerte de que los policías nos parasen.

Yo era el punto de mira; y Cynthia, un daño colateral. Ella estaba en peligro por estar a mi lado y, por lo tanto, tendría que tener una larga conversación con ella.

Llegamos a una avenida transitada e hicimos una pausa para recomponernos. Nos apoyamos en la pared de un comercio y tomamos grandes bocanadas de aire, buscando desesperadamente el aire necesario para nuestros pulmones.

—No lo entiendo —comentó Cynthia, fatigada por la cerrera—. Han explotado mi coche. ¡Mi coche! ¡Podríamos haber muerto, Rose!

—Cynthia, tenemos que volver al ático. Aquí corremos peligro. —Ella me miró asustada—. Tengo que contarte muchas cosas y así entenderás lo que está pasando. Pero ahora no tenemos tiempo que perder.

Asintió y volvimos a correr.

Capítulo 17



Al llegar al rascacielos, nos sorprendió ver mucho alboroto. Todos los hombres presentes en el recibidor eran los que trabajaban para los McClain. Vi que uno de ellos captó nuestra presencia e intercambió unas palabras a través del *walkie-talkie*.

Sin prestar más atención, nos adentramos en el ascensor. Miré a Cynthia con preocupación. Ella mantuvo la vista fija en el panel numérico, así que permanecía ajena a lo que expresaba mi mirada.

Una vez que descansemos, le contaría todo el asunto del encapuchado, Eckardt y Louis. Estaba nerviosa porque no sabía cómo se lo iba a tomar, ya que era un tema muy difícil de creer sin presentar pruebas. Ni yo misma me lo creería si alguien me lo contase. Sin embargo, para afrontar un peligro, había que conocerlo.

Llegamos a nuestro destino y el silencio más absoluto fue lo que nos recibió nada más pisar el rellano. Por instinto, mi vista se fue hacia la puerta del ático de Dylan.

Sacudí la cabeza e inserté la llave en la otra puerta. Cynthia pulsó la llave de la luz y dio un grito de sorpresa. Me sobresalté y seguí la dirección de su mirada. ¿Cómo había entrado? ¿Acaso tenía las llaves del ático de Jackson?

Dylan McClain se encontraba sentado en el sillón, en silencio y observándonos con una frialdad arrolladora. Ladeó ligeramente la cabeza, poniendo ahora su atención en mí.

—Vete a tu habitación, *rubia* —le ordenó a Cynthia sin molestarse en mirarla.

—¿Quién eres tú para mandarme? —protestó ella.

Desde luego que el alcohol en nuestro sistema podía hacer valiente hasta al más cobarde, ya que no se veía el peligro real. Mi amiga, por muy valiente que fuese, jamás le hubiese contestado de esta forma de haber estado en sus cabales; sobre todo, recibiendo la mirada siniestra que Dylan tenía implantada en la cara.

Después de que la adrenalina se fugase de mí tan rápido como vino, el cansancio y el aturdimiento se abrieron paso, junto con la posibilidad de cometer alguna estupidez que no haría estando sobria. Me di cuenta de este detalle cuando retuve la carcajada que trepó por mi garganta.

Ver a este McClain cabreado me resultaba gracioso, y, lo peor de todo, estaba empezando a saborear la peligrosa tentación de sacarlo de quicio para ver cuán atractivo podría llegar a ser.

—Cynthia —la nombré para llamar su atención—. Debes descansar. Yo me encargo de atender a nuestro asaltante. —Apreté los labios para no sonreír.

Pensé que mi amiga no me haría caso, pero lo hizo. Cuando subió los primeros escalones de las escaleras de caracol con pisoteadas fuertes, habló alto y claro.

—Por cierto, necesitamos otro coche. Ya que dependemos de vosotros y estamos bajo vuestra protección, debéis brindarnos nuestras necesidades —soltó, dejándome asombrada por su atrevimiento—. Buenas noches, *moreno* —se despidió con ironía.

Dylan tomó una respiración profunda y se levantó del sillón. Mi vista viajó por todo su cuerpo, evaluando al detalle su vestimenta. Usaba trajes, como era de su costumbre, pero estos se amoldaban perfectamente a su cuerpo, marcándolo *todo* si te fijabas bien.

—¿El alcohol te vuelve descarada? —Volví la mirada a su cara, abochornada por haberme quedado embobada donde no debía—. Es evidente que no estás muy sobria; sobre todo, teniendo en cuenta que no muestras ni una pizca de preocupación por lo sucedido cuando tu vida y la de tu amiga han estado en grave peligro.

La adrenalina que se fugó de mi sistema se llevó con ella el sentimiento que él nombraba. Por supuesto que lo que pasó fue grave, pero, como bien decía Dylan, ahora mismo no estaba en condiciones de analizarlo todo. Mañana volvería a la normalidad, sin embargo, ahora necesitaba echar al McClain de aquí.

—Creo que es una tontería preguntarte cómo te has enterado, aunque debo informarte de que mis escoltas no fueron muy eficientes con sus labores de protección, ya que no estuvieron donde deberían haber estado.

—Mis hombres están muertos. Por eso no estaban en su lugar —aclaró, caminando hacia mí con pasos lentos—. No me ha dado tiempo matarlos yo mismo.

—¿*Tus* hombres? —Reprimí el escalofrío que me asomó por su última aclaración.

—¿Con quién te crees que estás hablando, Rose? —preguntó, ya más irritado por mi poca colaboración en mostrar sensatez por este asunto.

—En realidad, no sé con quién demonios estoy hablando, porque eres un total enigma para mí —le solté sin pensar. Dylan se detuvo a unos escasos centímetros de mí y me miró un tanto desconcertado por mis palabras—. No muestras *nada*, pero pienso que en tu interior ocultas una tormenta emocional que, como el buen entrenador que eres, mantienes bajo control para que nadie pueda verla.

Mis reflejos estaban retardados por mi estado, aunque el McClain actuó demasiado deprisa hasta para una persona sobria. Me agarró del brazo y tiró de mí con brusquedad, estampando mi pecho, ahora agitado, con el suyo. Con esta postura, ambos sentíamos los latidos acelerados de nuestro corazón.

—Te advertí de que no indagaras en mí —gruñó muy cerca de mis labios. Su mirada se transformó en un glaciar, que me heló hasta la sangre, dejándome petrificada—. Deja de analizarme, Rose, porque lo que encontrarías dentro podría hacerte huir despavorida.

—No me das miedo —susurré, aferrándome a un rayo de cordura que se abrió paso entre mi raciocinio nublado por la ingesta excesiva de alcohol—. Además, ¿no es eso lo que querrías? ¿Que saliera corriendo y me alejara de vosotros?

—Lo que quiero está lejos de mi alcance —dijo sin más—. Y así debe de seguir estando, por *el bien* de *todos*.

—O sea, que eres un hombre que jamás lucha por lo que quiere. —Su evidente furia que estaba asomando por sus facciones debería retractarme, pero, como la impulsiva, y a veces

suicida, que yo era, continué atacándole—. Entonces, tu fachada de duro es una auténtica farsa y tu interior está de un luto permanente.

La cagué a lo grande, lo supe cuando desató parte de lo que llevaba dentro, y no era poco.

Dylan me soltó rápidamente, como si mi tacto le hubiese enviado una corriente eléctrica directa al corazón. Se dio la vuelta para que no pudiera mirarlo a la cara, ya que su máscara se le había empezado a deslizar.

Tragué saliva con dificultad por el nudo que se estaba formando en mi garganta. Había dado en el clavo, y ni siquiera estuve segura de la cantidad de falsedad que él llevaba como armadura.

Recordé la historia que me contó Jackson en su ático cuando le vi las marcas antiguas de latigazos. Él dijo que no sabía con qué McClain se desató más la furia de William.

Ahora mis ojos recorrieron su espalda. Quisiera tener una mirada de *rayos X* para traspasar la tela de su camisa gris y ver lo que se ocultaba debajo, lo que tenía *grabado* en la piel.

¿Seguiría sufriendo gravemente la pérdida de su mujer en manos de su padre? ¿Acaso le atormentaba haber acabado con la vida de ese desgraciado? Quise darme una bofetada mental por haberme preguntado siquiera esto último, ya que sería imposible con todo lo que William les hizo a sus hijos y, quizás, hasta a su mujer.

—En mí solo hay oscuridad, Rose —dijo Dylan de pronto, alejándome de mis ensoñaciones —, y es imposible ver en ella.

El McClain se giró para encararme. Ya no mostraba *nada*, lo que quería decir que su máscara impasible volvió a su lugar.

—Un *prisionero* también puede convertirse en *rey*.

No tenía ni idea de lo que quería decir con eso, pero sí estaba segura de que Dylan liberaba de su boca palabras con doble significado de una gran importancia.

—Estás borracha y no sabes lo que estás haciendo conmigo —agregó con más dureza—. Solo por eso dejaré pasar esta conversación.

—No era mi intención conocerte *demasiado*.

Maldición. ¿Por qué no podía mantener la boca cerrada en cuanto a Dylan se trata? Le estaba lanzando indirectas por doquier que él entendía a la perfección. Yo misma estaba tentando a mi suerte e introducía el dedo en la llaga, una y otra vez.

—Debido a que casi acabáis muertas, os asignaré más guardaespaldas y un maldito coche, pero, mientras tanto, os vais a quedar quietecitas aquí —ordenó, ignorando mi anterior comentario.

Bajé la mirada al suelo. Estaba tan afectada por esta conversación inesperada con él, que ni siquiera me importó que me prohibiera salir en un tiempo.

—Mi hermano es tan *manipulador* como *manipulable* —murmuró tan cerca de mí, que di un respingo. Lo tenía casi encima, lo que me hizo quedarme muy quieta—. Yo solo soy un *monstruo* encerrado en una *jaula*, y te aconsejo que no me liberes, Rose —agregó, poniéndome todos los pelos de punta.

Dylan decidió finalizar esta conversación. Creí sentir el dorso de su mano en la mía que mantenía en suspensión cuando pasó por mi lado.

Me di la vuelta despacio para ver como salía del ático, cerrando la puerta tras de sí.

Me puse una mano en el pecho. El corazón no solo me latía desbocado, sino que también parecía dolerme, como si se hubiese fracturado.

Esto no hizo más que incrementar mis deseos de destapar el pasado de los McClain. Necesitaba conocerlos *de verdad*. Sin embargo, ahora debía preocuparme por lo más importante.

Tenía que descansar y liberar a mi organismo de este maldito alcohol para encontrarme con Alec. Si Cynthia corría peligro, salvarla era mi prioridad, dejando de lado mis problemas con lo que sea que habitaba en mi interior.

Fui hacia mi nuevo dormitorio, que resultaba ser el de Jackson, y me encerré en él. Lo primero que hice fue tomarme la cápsula antes de ponerme el pijama.

Intentando mantener la mente en blanco, algo difícil, me metí entre las sábanas y apagué la luz, lista para dormir.

Tardé unos largos minutos en conciliar el sueño. Sin embargo, no supe qué estaba soñando, pero unas suaves caricias en mi mejilla aparecieron de la nada. Me acurruqué sobre esa mano imaginaria que sentía como un apoyo para no dejarme caer por el abismo.

⭐⭐⭐

La cafetería que visité anoche y en la que me estaba esperando Alec quedaba cerca del rascacielos, así que no me hacía falta ningún coche, y tampoco estaría expuesta muchos minutos al peligro.

Del ático no me costó salir. De hecho, lo hice delante de los hombres de los McClain, así que estaba segura de que alguno de ellos le informaría a Dylan de mi escapadita. Nadie me detuvo, lo que fue un alivio, aunque eso cambiaría cuando él descubriera que me pasé sus órdenes por el forro.

Cynthia se despertó solo para comer y volvió a encerrarse en su dormitorio para continuar durmiendo. Tenía una resaca más molesta que la mía. Esperaba volver al ático antes de que ella despertara de nuevo.

Nada más entrar en la cafetería, Alec Salazar apareció en mi campo de visión. Se encontraba sentado a la mesa más lejana del local, tomándose lo que parecía ser un café, y, al estar de cara a la entrada, no le pasó desapercibida mi llegada.

Apenas había gente aquí, así que gozaríamos de la privacidad que se nos negó ayer en nuestro primer encuentro después de varios años.

—Buenas tardes, Rose —me saludó cuando tomé asiento enfrente de él—. Me alegra que estés aquí.

—Me ofendería si esperabas menos de mí —le dije de vuelta—. Todo lo que tenga que ver con Cynthia también tiene que ver conmigo.

—No lo dudo y por eso te he pedido que te encuentres conmigo en condiciones, ya que tenemos *mucho* de lo que hablar.

Alec apartó su pequeño vaso vacío a un lado con el brazo y se inclinó hacia adelante, apoyando ambos encima de la mesa.

—Me dijiste que ella se encuentra en peligro. ¿A qué debo enfrentarme para protegerla? —quise saber, adquiriendo su misma postura para poder conversar en voz baja y oírnos a la perfección.

—Richard Moore y los hermanos McClain están en una guerra constante, y mi instinto me dice que esta comenzó hace muchos años —contestó—. Ambas familias permanecen enfrentadas y el odio mutuo que sienten va más allá de los límites, así que Cynthia está en peligro.

Jamás me pude haber imaginado que los Moore y los McClain se conocían, y, sobre todo, que se odiaran con tanta intensidad. El recuerdo de mi encuentro con Dylan en el portal de mi edificio vino a mí como un flechazo. Me dio la sensación de que él parecía estar muy interesado

en los motivos que tuve para asustar a Richard con mi intento de atropello.

—¿Y Cynthia qué tiene que ver con esa enemistad? —proseguí.

—Ella es la hija de Richard y Alessa —respondió como si fuera lo más obvio—. Y, para mi sorpresa, los McClain no supieron de la existencia de una descendiente, hasta que hace unas semanas descubrieron que los Moore tuvieron una hija, pero continúan sin saber que Cynthia es la persona que ahora están buscando con tanto ahínco, aunque es cuestión de tiempo que den con ella.

—¿Cómo puede ser eso? —No daba crédito a lo que estaba escuchando. ¿Cómo era posible que los hermanos nunca supieran de Cynthia? ¿Cómo se podía ocultar algo tan grande a una mafia, concretamente?

—No tengo ni idea del motivo por el cual los McClain se mantuvieron en la ignorancia respecto a la existencia de Cynthia. Sin embargo, esto me hace pensar que los Moore se han esmerado mucho en ocultarla del radar de los hermanos. ¿Qué otra cosa podía ser?

—No tiene sentido —susurré.

Los Moore nunca mostraron interés por su propia hija, incluso Richard fue capaz de *romper* a Cynthia de la peor manera que se le podía destrozar a una mujer. Jamás fueron unos buenos padres ni la quisieron, ¿por qué la protegieron hasta tal punto de no mostrar al mundo que ella era su hija?

Un detalle me vino a la mente. Me constaba que Cynthia nunca tuvo la experiencia de pasear por la calle con sus padres; de eso nos encargamos mi familia y yo. ¿Acaso esta fue una forma que Richard y Alessa emplearon para ocultar a su hija?

Había muchísimos cabos sueltos que atar.

—Por eso estoy aquí, Rose. —Alec me hizo volver a la realidad—. Richard y yo también librábamos nuestra propia batalla. En un momento dado, donde mi vida ya corría un grave peligro, me vi en la obligación de irme de Nueva York, abandonando a Cynthia sin una mísera despedida.

Joder. Y mi amiga pensaba que Alec la dejó sin previo aviso por no haber podido mantener relaciones sexuales con él. Y, para colmo, Alec no tenía ni idea de que Richard la violó cuando era una niña.

Tenía el terrible presentimiento de que esto solo era el inicio de lo que estaba por venir.

—Llevo cerca de un mes en la ciudad y descubrí que, tanto tú como Cynthia, mantenéis un acercamiento preocupante con los hermanos McClain, en especial, tú; incluso *vivís* con ellos. Esto ha sido lo que me ha empujado a meterme *ya* en vuestras vidas —continuó.

La culpabilidad se abrió paso en mí. Pensé que estaba ayudando a Cynthia en mudarnos al ático de Jackson para gozar de una mayor protección, y lo que hice fue llevarla a la boca del lobo. Además, atraje a los McClain hacia nosotras por el simple hecho de que Dylan presenció mi arrebato de furia contra Richard, acto que le hizo comprobar cuánto lo conocía.

Sacudí la cabeza, deshaciéndome de ese sentimiento para poder seguir con esta conversación y sacar la máxima información.

—¿Piensas que los McClain lastimarían a Cynthia por ser la hija perdida de los Moore?

—No me cabe duda.

Un fuerte escalofrío me recorrió por completo, provocando que la silla emitiera un ligero temblor conmigo.

—Necesito la documentación de Cynthia, la original o unas simples fotos, para poder falsificarla —me pidió Alec.

—¿Podrías hacerlo? —pregunté esperanzada.

—Por supuesto que sí. Tengo grandes conocimientos de informática, aparte de tener acceso a la documentación de los ciudadanos, ya que trabajo para el *Estado* —respondió, enfatizando en la última palabra.

Había muchos detalles de la vida de Alec que desconocía, pero ahora no era el momento de indagar más en él.

—Ella tiene que saber esta verdad para que colabore en no mencionar su apellido —agregué preocupada.

No solo tenía que confesarle mi verdad sobre todo el asunto del microorganismo; también tenía que explicarle lo poco que sabía de la guerra que se estaba lidiando entre ambas familias y del peligro que corría por su maldito ADN.

—Por supuesto —coincidió Alec—. Pero quisiera explicarle yo mismo mi parte.

No podía estar más de acuerdo. Ellos dos deberían mantener una conversación urgente y arreglar sus diferencias, independientemente de si decidiera ella volver con él o no.

—Lo haré hoy mismo —le aseguré—. Y después me inventaré algo para sacarla del ático. Tenemos que volver a nuestro apartamento lo antes posible para alejarla más del peligro.

Alec asintió con la cabeza, satisfecho con mi respuesta.

—Aparte de esto, quiero llegar al fondo de esa enemistad que hay entre ambas familias. Los padres de los McClain están muertos y sus hijos, junto con los Moore, dudo de que hablen y cuenten la verdad —empezó a explicar.

Lo que no lograba entender era que los McClain tuvieron que tener varias oportunidades de asesinar a los Moore y viceversa; en cambio, no se habían atacado a muerte. Había muchas cosas que se nos escapaba de la lógica todavía.

—Así que esta noche me colaré en la mansión McClain, donde vivió toda la familia hasta la muerte de William McClain. Tal vez haya pruebas o cualquier cosa de utilidad. Por algo tengo que comenzar —prosiguió.

—Eso sería allanamiento de morada. Si te pillan, te meterás en serios problemas, Alec —le dije, con la intención de que desistiera de esa idea suicida.

—La mansión permanece cerrada desde entonces, y no hay vigilancia —agregó—. Ya he merodeado por los alrededores. —Cuando abrí la boca para seguir protestando, se adelantó—. Lo haré, Rose. Ya lo tengo decidido.

—¿Y cuál es tu propósito para todo esto, aparte de ayudar a Cynthia? —quise saber.

No era tonta. Alec ocultaba más cosas de las que me mostraba. Por empezar, ya me dijo que tenía serios problemas con Richard, e intuí que de ahí nacieron las otras intenciones de llegar al fondo de este asunto.

—No te voy a engañar, Rose. —Tomó una respiración profunda—. Pretendo ingresar en la familia McClain. Tanto ellos como yo tenemos en común el odio hacia Richard Moore, y podré adquirir más fuerza para *mi batalla*.

Lo miré con los ojos abiertos como platos. Alec pretendía acabar con los padres de Cynthia, siendo aliado de la familia enemiga.

—Desconozco la relación que mantienes con los hermanos McClain —dijo, mirándome con una curiosidad intensa—, pero, quizás, podría interesarte descubrir conmigo el pasado que todos se esfuerzan tanto por ocultar.

Joder. Lo que me ofrecía era peligrosamente tentador. No solo necesitaba proteger a Cynthia a toda costa, también ansiaba destapar la verdad para llevar a cabo este plan con efectividad. ¿De

qué la estaba protegiendo en realidad? Sin embargo, no podía engañarme a mí misma. En lo más profundo de mi ser existía la mera curiosidad de conocer más a los McClain.

—¿Qué me dices? ¿Aceptas irrumpir conmigo en la mansión McClain esta noche? —me propuso.

Sus ojos marrones oscuros reflejaban la determinación, pero esta no era menor a la que yo misma sentía en la mía.

—Sí. —Sellamos el acuerdo con un apretón de manos.

Capítulo 18



Cynthia ya me estaba esperando en el salón del ático con los brazos cruzados bajo su pecho. Quería hablar con ella, pero el asunto de su apellido tenía que esperar a mañana, ya que primero debía completar la misión de inspeccionar la mansión McClain con Alec esta noche. Si ella se enterase de esto, pondría el grito en el cielo; y eso sin contar con mi especie de alianza con su exnovio.

Definitivamente, mañana me esperaba una dura conversación con Cynthia; no obstante, lo que sí iba a tratar con ella hoy era el tema de mi infección. Ni loca juntaría ambos asuntos en una sola charla, porque era mucho que procesar.

—¿Dónde has estado? —me preguntó en un tono más acusatorio—. Dylan ha estado aquí y no le ha sentado muy bien tu ausencia. Al parecer, él te ordenó que no salieses hasta que solucionase…

—Lo de Dylan no es importante ahora, Cynthia —la interrumpí. Me senté con ella en el sillón y nos acomodamos para mirarnos cara a cara—. Debo hablarte de nuevos peligros de los que nos tendremos que enfrentar.

—¿Más? —Frunció el ceño, confusa—. Ya tenemos bastante con los asesinos de Nathan y el dichoso encapuchado que ya anda desaparecido.

—De eso quería hablar. —Entrelacé los dedos de mis manos con los suyos encima de sus muslos—. Lo que te voy a contar va a parecer surrealista, pero tienes que mantener tu mente abierta para entenderlo, porque, créeme, es demasiado extraño para ser verdad hasta que lo *ves* y lo *vives*.

—Te escucho —me instó a comenzar.

Le conté todo lo que sabía del encapuchado y de mis pocos encuentros con él. Le hablé de los *sueños compartidos* con Louis Bouchard y las experiencias que viví en ellos, junto con la información que ese hombre intercambió conmigo. Le nombré las cápsulas que tomaba para aliviar los síntomas que me producía la infección con este microrganismo que, por el momento, parecía inofensivo. No me dejé nada en el tintero respecto a *mi nueva naturaleza*.

Cuando finalicé, el silencio inundó el salón. Esperé su reacción, fijándome en su rostro, pero no sucedía nada; tampoco expresaba ningún tipo de emoción en sus facciones.

—¿Cynthia? —Ante su negativa a responder, aparté las manos de las de ella y agité una

delante de su cara para llamar su atención.

—Tienes razón —murmuró, mirándome con una cierta desconfianza que me dolió—. Es demasiado que asimilar y… —Se puso en pie, evitando volver a mirarme—. Y yo necesito un momento a solas.

Se dirigió hacia las escaleras de caracol con pasos apresurados y yo me quedé bloqueada como una idiota, observando cómo se iba de mi lado con suspicacia.

—Joder.

Maldije en voz baja y me pasé una mano por el cabello, apartándomelo de la cara.

Necesitaba que Cynthia entrara en razón y zanjar este asunto con ella para pasar al siguiente. Quería conseguirlo antes de encontrarme con Alec esta madrugada, pero era consciente de que me sería muy difícil sin presentar pruebas, unas que no tenía ni iba a tener.

El timbre del ático me sobresaltó y me levanté como un resorte. Fuera quien fuese quien estuviese detrás de la puerta, insistía en entrar, ya que también la aporreaba.

Fui hacia esta y eché un vistazo por la mirilla. Me llevé una sorpresa al ver a Jessica en el rellano. ¿Qué hacia ella aquí?

El recuerdo de esa mujer hablando cercanamente con Jackson cuando salí del local aquella noche de paseo nocturno me perturbó un momento, pero enseguida salí de ahí por los continuos golpes de Jessica.

Tomé una respiración profunda y abrí la puerta de mala gana.

—¿Qué quieres? —espeté.

Jessica me empujó a un lado con su brazo y entró al ático sin ser invitada.

—Solo vengo a recoger unas cosas que me dejé aquí la última vez —dijo mientras subía las escaleras de caracol.

—¿Qué?

Cerré la puerta y corrí tras ella. Cuando ingresó precisamente en el dormitorio de Jackson, me paré en seco en mitad del pasillo, cerrando los puños por el enfado inminente.

Cynthia salió de su habitación y me miró con cara interrogante. No le dije nada y decidí enfrentar a Jessica, quien estaba abriendo cajones de la cómoda.

—¿Qué buscas? —gruñí, sintiendo que ese enfado iba creciendo poco a poco.

No hizo falta que me contestara, ya que lo vi con mis propios ojos. Sacó un vestido corto y un juego de lencería.

—¿Qué significa esto? —murmuró Cynthia detrás de mí.

—¿No es evidente, niña tonta? —soltó esa arpía de vuelta, colocándose sus prendas sobre un brazo—. Estoy cansada de tener que ocultarme por tu culpa. —Esto último lo dijo fulminándome a mí con la mirada.

—¿Ocultarte? —La perplejidad abrazó a la ira que seguía arremolinándose en mi interior—. Hay algo entre Jackson y tú, ¿verdad?

Qué pregunta más absurda acababa de hacerle. Por supuesto que lo había. Lo poco que vi esa noche demostró la cercanía que había entre ellos.

—Los dos hermanos son buenos amantes —insinuó, encogiéndose de hombros—. Esto no tenía que decirlo, pero me conviene que lo sepas —finalizó en un susurro, como si se hubiese perdido un instante en sus pensamientos.

Sentí esta última confesión como un puñetazo en toda la cara, lo que aceleró los latidos inquietos de mi corazón. La miré con odio y repugnancia.

Jessica me repasó de pies a cabeza.

—Sigo sin entender qué tienes de especial para *él* que yo no tenga —escupió con un atisbo de resentimiento—. Ni siquiera te ha *probado* para saber si vales tanto como piensa. Pareces una pequeña mujer sin gracia.

¿Pero quién se creía ella para insultarme e infravalorarme? Me importaba una mierda lo que significaba sus palabras, solo ansiaba echarla de aquí a patadas.

—Sabes dónde está la puerta —espeté, presa de la furia que ya casi llegó a su máximo esplendor—. O vas por tu propio pie, o te arrastraré de los pelos hasta allí.

Un peligroso deseo de *matarla* fue asomando entre el amasijo de emociones que batallaban dentro de mí para tomar el control de la situación.

Un pensamiento racional se coló entre este torbellino para recordarme las palabras de Louis.

«Mantén en equilibrio tus emociones. El dolor y la ira son dos muy peligrosas».

—Te estoy haciendo un favor para que no te hagas falsas ilusiones con alguno de los McClain —dijo, como si me estuviese ayudando *de verdad*—. Tenerlos cerca puede confundirte, y parece ser, por la expresión de tu cara, que estás muerta de celos. Dime, Rose, ¿por cuál de ellos sientes eso? No te juzgaría si acabas enamorada de los dos, porque cada uno tiene su encanto.

—Rose. —Sentí los dedos de Cynthia cerrarse sobre mi antebrazo. Fue entonces cuando me di cuenta de que mi cuerpo temblaba—. Solo busca molestarte, como siempre hizo conmigo.

Jessica dirigió ahora su atención a mi amiga.

—Con ambas he sido completamente sincera, Cynthia Moore. Tanta vergüenza les haces sentir a tus padres que ni siquiera te han sacado una sola vez de paseo.

Un escalofrío me recorrió por la columna vertebral. Esta mujer conocía a mi amiga lo bastante bien como para saber su verdadero apellido, lo que era muy peligroso teniendo a los McClain como amantes.

Este detalle tomó más fuerza que mis posibles molestias de saber que Jessica se estaba follando a ambos hermanos.

—Tú —gruñí, acortando la distancia que me separaba de ella—, cierra la boca de una maldita vez. —La agarré del brazo sin miramientos, clavándole las yemas de los dedos en la piel—. ¡Ni se te ocurra pronunciar su nombre, arpía! —Si le insinuaba más detalles, haría justo lo contrario a lo que le pidiese.

Jessica se zafó de mí y me dio un fuerte empujón, estampándome contra la pared. Antes de que pudiese volver a sujetarla para echarla del ático a patadas, me dio un bofetón. Sin embargo, lo que sentí no fue un golpe seco, sino sus uñas desgarrar la piel de mi mejilla.

Cynthia soltó una exclamación con su vista clavada en mí. Se tapó la boca con la mano por el asombro de lo que estaba viendo. Entonces, puse mi atención en Jessica, quien me miraba espantada. ¿Qué les pasaba?

Por inercia, me toqué la mejilla dolorida y un escozor se irradió por toda mi cara hasta pasar por mi espalda. Después miré mis dedos y me quedé paralizada al ver la sangre en mis yemas.

Esta mujer ponzoñosa me había hecho sangrar y yo solo sentía ansias de *matarla* entre terribles sufrimientos. Me puse rápidamente delante del espejo y lo que vi me chivó por qué ambas estaban petrificadas y mirándome con horror.

El iris de mis ojos se tiñó de un rojo granate *otra vez*. Retrocedí con mi vista pegada en mi reflejo. Me encontraba tan asustada que la idea de agredir a Jessica se esfumó tan rápido como vino.

—¿Qué demonios te pasa? —El susurro de la arpía me sacó de mi aturdimiento. Ahora enfoqué mi mirada en ella—. ¿Qué clase de monstruo eres?

Jessica giró en redondo y salió corriendo del dormitorio, huyendo de mí. Yo solo podía pensar en que ella había visto demasiado, así que actué por instinto.

Fui tras ella en una carrera, esquivando a Cynthia por el camino, y bajé las escaleras de caracol haciendo mucho ruido. Cuando llegué al salón, Jessica ya estaba abriendo la puerta principal. Continué corriendo y me estrellé contra esta cuando la cerró de un portazo en mis narices.

De pronto, oí voces, o, más bien, gritos de histeria. Me asomé por la mirilla, nerviosa, y lo que vi me incendió la sangre.

Jessica, en el borde de la ansiedad, se lanzó a los brazos de Dylan que, casualmente, pensaba entrar al ático de Jackson, seguro que para echarme en cara que me pasé sus órdenes por el forro.

—¡Esa mujer es algo raro! —chilló.

El McClain puso sus manos en la cintura de Jessica y la apartó con delicadeza. La cercanía tan íntima con la que él la trataba me sentó como una patada en el estómago.

Joder, no entendía lo que pasaba conmigo, pero estaba claro que me encontraba muy inestable emocionalmente y tenía que controlarme a toda costa.

Por lo visto, las malditas cápsulas no funcionaban con el hallazgo de mis ojos rojos; sin embargo, sí parecían ser efectivas en todo lo demás.

—¿De qué hablas? —le preguntó Dylan con suavidad.

¡Él era todo un encanto con Jessica mientras que conmigo era todo lo contrario!

—Rose no es normal, no puede serlo —soltó ella, aún alterada. Se aferró a la camisa de Dylan como una ventosa—. No le ha sentado nada bien que recogiera mis cosas que dejé en el dormitorio de Jackson, como es obvio, ¡y se le pusieron los ojos rojos como el diablo cuando quiso agredirme!

Enredé mis dedos en la tela de mi camiseta y la retorcí. Yo intenté agredirle, tal vez, pero fue ella la que me dejó sus sucias marcas en la cara. La adrenalina corría tanto por mis venas, que el dolor que debería sentir por los arañazos pasó a la *nada*.

—Jessica, no estás bien.

El McClain le puso una mano en la mejilla y la miró con una cierta dulzura que me quemó cada terminación nerviosa de mi sistema. ¿El témpano de hielo se derretía solo con ella?

—Deberías volver a casa —prosiguió Dylan antes de poner sus manos ahora sobre las de ella para que soltara su camisa—. Ya has hecho suficiente aquí.

Jessica asintió con la cabeza, algo más tranquila, y retrocedió unos pasos.

—¿Vendrás esta noche? —preguntó.

—Lo haré, pero ahora márchate.

Percibí como la seriedad volvió en Dylan, como era su costumbre ser.

No quise presenciar nada más de ellos dos y me aparté de la puerta. Giré en redondo y me encontré con Cynthia, mirándome con los ojos demasiado brillantes. Estaba conteniendo las primeras lágrimas.

—Así que es verdad todo lo que me contaste —susurró con pesar—. Pensé que toda esta situación tan dura que estamos atravesando te estaba sobrepasando hasta el punto de afectarte mentalmente.

—No, Cynthia. —Caminé hacia ella, rezando en mi interior para que no retrocediera y huyera de mí como sí hizo Jessica—. Fui sincera contigo, aunque comprendo que dudaras de mí. Todo esto es muy surrealista.

—Y tanto que lo es.

Llegué a ella y la abracé con fuerza de ver que no se había movido de su lugar. Cynthia me correspondió el gesto con la misma intensidad que yo.

—Entonces, tengo que darle las gracias a Jessica por haberme sacado de quicio —bromeé con un atisbo de tristeza—, así has podido comprobar que no mentía.

Estaba ansiosa de que llegara mañana para que Alec y yo podamos hablar con ella y contarle sobre el peligro que corría si alguien descubriese su apellido. Al parecer, sus padres no suponían ninguna amenaza, ya que ellos también estaban colaborando de cierta manera, pero Jessica, sí.

—Vámonos arriba y curemos esa mejilla —me pidió Cynthia, dándome unas suaves palmadas en la espalda.

Entramos al dormitorio de Jackson y, mientras ella buscaba el botiquín de primeros auxilios en el cuarto de baño, yo me puse delante del espejo que había encima de la cómoda.

Tenía sangre seca en la mejilla; sin embargo, detectaba que mi piel se encontraba demasiado visible para haber sufrido arañazos un tanto profundos. Además, ya no me escocía la cara y mis ojos volvieron a su marrón chocolate natural.

Acerqué mi rostro al espejo y me toqué la herida con los dedos. No sentí dolor, ni percibí relieve alguno. Con el ceño fruncido por la confusión, rasqué un poquito con la uña la sangre seca y no vi nada debajo de ella.

—Pero ¿qué…?

—¿Qué ocurre? —me cortó Cynthia, que ya había salido del baño a curarme.

Me di la vuelta para encararla, mirándola con los ojos abiertos de par en par.

—¿Qué significa esto? —Me señalé la mejilla, supuestamente herida, con el dedo índice—. No hay *nada* debajo de esta sangre. Si no fuera por este fluido no podría saber que alguna vez hubo una herida aquí.

—¿Qué dices?

Lanzó los materiales de cura encima de la cama y se acercó a mí para ser ella quien inspeccionara mi herida ya invisible.

—Demonios —soltó, más confusa que yo—. No tienes nada. —Nos quedamos mirándonos como si nos hubiese salido una segunda cabeza a las dos—. No hay *nada* —repitió, enfatizando en la última palabra.

—Esto es imposible —susurré más para mí misma.

Rebusqué en mis recuerdos alguna información que se me estuviese escapando. Louis me aconsejó que les disparase a los aldeanos en la cabeza o directo al corazón, que eran los dos puntos más letales.

Después retrocedí más en el tiempo hasta llegar al tiroteo del *DyJack*. Uno de esos hombres que trabajaban para el encapuchado recibió un disparo en el pecho, aunque no en el corazón, y estuvo extrayéndose el proyectil con debilidad, sí, pero con demasiada energía, hasta que murió definitivamente cuando recibió un tiro en la cabeza.

—¿Acaso este parásito puede *curarme* de cualquier herida que no sea mortal? —pensé en voz alta.

Los arañazos desaparecieron de mi mejilla a los pocos minutos, no al instante. El hombre del disparo en el pecho, que tuvo que perforarle un pulmón, quizás podría haber muerto, pero tuvo los minutos suficientes para *curarse* antes de que eso pasase. No obstante, con la cabeza no corrió la misma suerte, ya que la muerte fue instantánea.

Ahora mis pensamientos viajaron de forma automática a las pocas palabras que intercambiaron el encapuchado con sus hombres en el interior del furgón, estando yo medio

inconsciente a sus pies.

—No sois invencibles. ¿Qué esperabais? ¿La inmortalidad? —se burló el chico de la capucha.

Entonces, la última imagen que me llevé de sus ojos vino a mí como un relámpago: se los vi de un extraño color dorado.

¡Joder, ahora me acordaba de ese suceso!

Di un violento respingo cuando escuché un fuerte portazo en la planta de abajo. Cynthia me lanzó una mirada horrorizada.

—¡Ay, tiene que ser Dylan! —dijo mi amiga, muy bajito, para que solo yo la oyera.

Como un rayo, me adentré en el cuarto de baño y cerré con el pestillo, dejando a mi amiga parada en mi dormitorio. No actué así por cobardía, porque sabía que me tenía que enfrentar al McClain, pero antes debía lavarme la cara y deshacerme de esta sangre seca.

—¿Dónde está? —preguntó Dylan en un tono que aseguraba discusión.

Abrí el grifo del lavabo y empecé la tarea mientras los escuchaba discutir.

—Está vomitando el veneno de la ponzoñosa Jessica —respondió Cynthia con dureza—. Y tú no deberías entrar aquí como si fuera tu casa. Es la de Jackson y nosotras tan solo somos sus inquilinas, así que te pido, por favor, que me entregues las llaves.

«Muy bien, Cynthia. Entretenlo», pensé.

En otras circunstancias me reiría a carcajadas de imaginarme la cara de hastío que tendría el McClain ahora mismo.

—Tal vez mi hermano sea el dueño de esta casa, que, por cierto, me dio el permiso de entrar para supervisar; sin embargo, yo soy el que *decide* dentro de *mi familia* —contestó Dylan con evidente enfado.

Desconecté un momento de ellos para terminar mi tarea sin más distracciones. Esa corta conversación me había servido para saber que Dylan tenía más poder que Jackson, un dato que me apunté mentalmente con fluorescente para no olvidarlo jamás.

Una vez que borré todo rastro de evidencia en mi mejilla, salí del cuarto de baño, encontrándome con la mirada impasible del McClain. Cynthia, en cambio, me lanzó una de «lo siento, no puedo evitar que hables con él». Asentí con la cabeza, comunicándole así que me dejase sola con Dylan, aunque no veía muy apropiado tener una conversación precisamente en mi dormitorio.

Mi amiga se marchó, sin embargo, la conocía lo bastante bien como para tener la certeza de que se quedaría cerca para enterarse de todo.

—Si has venido aquí para sermonearme por haber salido, ahórrate la saliva para dársela a Jessica, porque no conseguirás que te obedezca —le solté sin pensar.

—Solo tenías que esperar un par de días —espetó, haciendo caso omiso de mi acusación—, aunque, por lo visto, tus ideales suicidas nublan tu buen juicio.

Le eché una mirada fulminante. No sabía los motivos, pero me encontraba de muy mal humor y este iba dirigido exclusivamente a él. En realidad, no me importaba que me riñera como a una niña pequeña; tan solo quería que se largara de aquí y perderlo de vista. Su presencia sí que me nublaba el buen juicio, algo que no pensaba decirle.

—¿Por qué no nos dejamos los disfraces a un lado? —sugerí y di un paso hacia él, sonriéndole burlesca—. Ambos sabemos que mi vida te da igual. Solo intentas protegerme por Jackson, y te

aconsejo que no le informes de lo sucedido, así te ahorrarías dolores de cabeza con tu hermano.

—Aunque así sea, no me *conviene* que mueras. —Su respuesta me pilló por sorpresa—. Por desgracia para mí, te *necesito* viva.

—¿Por qué? —murmuré un tanto aturdida—. ¿Por qué siempre te diriges a mí con indirectas y dobles significados? ¿Acaso no quieres que comprenda tus mensajes? —Un ligero cambio de expresión asomó por su máscara impertérrita, pero se recompuso enseguida—. Necesitas expresar lo que llevas dentro y por eso lo sueltas de esta forma, ya que también necesitas que no te entienda.

—¡¿Por qué demonios no dejas de indagar en mí?! —gritó, provocándome un sobresalto por su inesperada reacción violenta.

Dylan eliminó toda distancia que nos separaba y fue evidente que se estaba controlando en no ponerme una mano encima, y no precisamente para agredirme, sino para… ¿tocarme?

Sacudí la cabeza para deshacerme de estos errores de percepción. A veces, no sabía interpretar correctamente las señales. ¿O tan solo era una excusa de mi subconsciente para no querer hacerlo? ¡Algo estaba yendo muy mal en mí por la culpa de este hombre!

Como método de defensa hacia mí misma, le di un fuerte empujón para apartarlo de mí. Su cercanía me impedía pensar con claridad.

—¡Yo no tengo culpa de que conmigo no sepas ocultarte detrás de tu máscara! —chillé de vuelta—. ¡Por eso eres tan desagradable conmigo, ¿verdad?! ¡Mientras que con Jessica eres todo un encanto! —Le apunté con mi dedo índice acusatorio—. Si tanto te repugna que pueda ver dentro de ti, deberías mantenerte alejado de mí.

—Si tanto te esfuerzas en *verme*, es porque lo que llevo dentro *te llama* —agregó con una voz más lúgubre—. Quizás te gusta todo lo que la oscuridad puede ocultar y por eso eres así de necia.

Este hombre lograba ponerme de los nervios con cada palabra que salía de su boca. Era como si con él me sintiese más expuesta. Mis emociones se encontraban muy inestables a causa del dichoso parásito que el encapuchado me inyectó. ¿Por culpa de lo que llevaba dentro, Dylan conseguía confundirme con facilidad?

—¿Y qué pasaría si liberase al *monstruo* de su *jaula*? —me arriesgué a preguntar por mera curiosidad, recordando nuestra anterior conversación.

—Que ya *nada* podría *contenerlo* —respondió.

Dylan me lanzó una última mirada poco amigable y se dirigió hacia la puerta de mi dormitorio. Cuando la abrió de golpe, Cynthia entró disparada, como si hubiese estado apoyada en ella para escuchar a hurtadillas.

Mi amiga se apartó para darle paso con una ligera expresión de disculpa. Después cerró la puerta despacio y se acercó a mí a grandes zancadas.

—¿Qué hay entre vosotros dos? —quiso saber.

La miré con espanto.

—¿Por qué piensas que entre ese bloque de hielo y yo hay algo?

—Porque es evidente que tu fuego ansía derretir ese glaciar y su hielo necesita ser consumido por las llamas. —Una estúpida sonrisilla fue asomando por sus labios—. Ambos desatáis una tormenta que podría ocasionar una catástrofe. —Me puso una mano en el hombro en señal de apoyo—. Engañaros a vosotros mismos, porque nadie que tenga buena vista será enredado en vuestras mentiras que os empeñáis en ocultaros.

Capítulo 19



Algo rozaba mi mejilla, una y otra vez, devolviéndome muy lentamente a la realidad. La suave brisa caliente sobre mi rostro tiraba de mí, apartándome poco a poco de las garras del sueño.

—Todo *rey* necesita a una *reina* para gobernar. No hagas que *yo* te necesite *a ti,* por favor —creí oír en la lejanía.

Llevé una mano a mi mejilla y solo me encontré con mi propia cara. Ya no sentía ninguna brisa ni ningún roce.

Me removí entre las sábanas e intenté despejarme del sueño. Entonces, abrí los ojos de golpe al acordarme de Alec. Giré la cabeza sobre la almohada y verifiqué en el reloj de la mesilla que quedaban menos de treinta minutos para encontrarme con él fuera del rascacielos.

Me levanté como un resorte para prepararme. Ahora que me encontraba totalmente despejada, olvidé la frase que creí escuchar mientras despertaba. Fue lo último que me llevé del sueño que ya no recordaba.

Opté por ponerme ropa cómoda de deporte y me recogí el pelo en una coleta alta. Cogí la chaqueta con bolsillos de cremallera y metí el móvil en uno de ellos.

Salir del rascacielos sería una auténtica hazaña, porque me cruzaría con algunos hombres de los McClain.

Antes de salir del ático, intercambié unos cuantos mensajes de ayuda con Alec. Él ya se encontraba aparcado dos calles más abajo, pero me aseguró que se encargaría de despejarme más el camino para que pudiese llegar a su coche. Esperaba que no los matase y que solo los despistase.

Esperé pacientemente a su próxima señal. Lo último que recibí por su parte fue que detectó a unos seis hombres repartidos por el vestíbulo, cerca de la entrada. Esos eran demasiados para mí sola.

A los dos minutos siguientes, recibí su señal, indicándome que me diera prisa en salir de aquí y que solo dos hombres se quedaron vigilando la entrada del rascacielos.

Salí del ático como un huracán y llamé al ascensor. Decidí bajarme en el segundo piso para continuar hacia el vestíbulo por las escaleras.

Había muy poca luz ambiental, pero era suficiente para moverme con cuidado sin tropezar con

nada.

Cuando llegué al recibidor, vi a esos dos hombres que mencionó Alec. La puerta principal que tenía que atravesar se hallaba enfrente de mí, y a mi izquierda se encontraba el gran mostrador.

Me agaché y corrí hacia este con la intención de ocultarme detrás antes de que alguno de ellos me viera.

Me asomé por encima del mostrador y comprobé que los hombres me daban la espalda; sin embargo, no podía llegar a mi destino sin que uno de ellos me detectara.

Paseé la mirada por la repisa y cogí un pisapapeles muy pesado. Después me erguí lo suficiente para lanzar el objeto por los aires hacia el lado contrario. Cuando este impactó en la pared, los hombres miraron hacia allí, más intranquilos.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó uno, quien empezó a acercarse al pisapapeles. El otro se mantuvo quieto, pero observaba a su compañero en todo momento, dejándome el camino libre.

Recorrí todo el mostrador, manteniéndome agazapada, y salí por el otro extremo para salir del rascacielos en una carrera silenciosa.

Una vez fuera, actué como una transeúnte normal y giré por la primera esquina, en dirección hacia el vehículo de Alec.

Caminé a una velocidad que no levantaría sospechas, fijándome en mi alrededor. Cuando a lo lejos pude ver al chico, aceleré el paso. Entonces, él empezó a hacerme señas con los brazos para que me apresurara, así que corrí a trote.

Los dos ingresamos en el coche como alma que lleva el diablo y Alec se puso en marcha. No fue hasta que perdimos de vista el rascacielos, que decidí romper el silencio.

—¿Has matado a alguien? —pregunté, un tanto fatigada.

—No ha sido necesario —contestó.

Eso era un auténtico alivio. No quería cadáveres por mi causa, ya que Alec se encontró conmigo por haber decidido ir con él a jugar a los detectives.

—Mañana tenemos que ponernos manos a la obra con la situación de Cynthia —dije.

—Eso haremos, aunque, para su desgracia, me verá la cara y tendrá que hablar conmigo —agregó.

—No será una desgracia para ninguno de los dos —aporté.

Alec no dijo nada y el silencio volvió a envolvernos hasta que dejamos los altos edificios atrás.

—Ahora puedo entender más cosas —soltó de pronto.

Giré la cabeza hacia él y me encontré con su perfil, ya que su vista seguía fija en la carretera.

—¿El qué entiendes? —quise saber.

—Tu brazalete.

Fruncí el ceño y bajé la mirada hacia mis manos que mantenía encima de los muslos. La cabeza de la *serpiente* asomaba entre la manga de la chaqueta y reposaba en el dorso de una de ellas.

—Me lo entregó Jackson —confesé, tocando ese trozo de joya que quedó visible con el dedo —. Me dijo que debería tenerlo siempre puesto al ser una especie de método de reconocimiento entre familias de la mafia.

—Así es.

Volví a mirarlo con un cierto asombro. Alec continuaba centrado en la conducción, pero en un momento dado se fijó en mi brazalete.

—¿Qué sabes de la mafia? —pregunté.

—Lo suficiente para comprenderla. —Se encogió de hombros con las manos fijas en el volante—. Las *insignias* que representan a las familias de la mafia se muestran de dos formas en sus miembros. Los de alto rango poseen una pulsera y algunos de ellos también el tatuaje; el resto suelen tener solo el tatuaje en alguna parte del cuerpo que quede visible. Eso es lo normal, sin embargo, siempre hay excepciones, como en todo —explicó—. En el caso de los McClain, solo he visto la pulsera de la *serpiente* en ambos hermanos, y ahora en ti. Suelen reservarse para la familia de sangre directa.

—Pero yo no soy de sangre directa —murmuré, frunciendo el ceño.

—*Sus mujeres* también se consideran de sangre directa. Tú no estarás casada, como es obvio, pero estás relacionada con Jackson.

¿La forma que empleó el McClain conmigo fue *acercarme* a *su familia* convirtiéndome en su novia temporal? ¿Por eso tanto empeño tenía Dylan en protegerme?

—No tengo ninguna relación sentimental con Jackson —tuve la necesidad de aclararle—, y tampoco con su hermano. —Para cambiar de tema, ya que comencé a sentirme incómoda por la dirección que estaba tomando la conversación, decidí indagar más—. ¿Qué más sabes de la mafia?

Alec inspiró profundamente.

—Los mafiosos se nombran como *hombres de honor*, y, profundizando más en la mafia que nos interesa, la *Cosa Nostra* se originó en Sicilia, pero se extendió a territorio norteamericano, donde tiene dominio absoluto en Nueva York —empezó a explicar—. Esta se clasifica por *familias* y cada una tiene a un *Don*, que es a lo que conocemos como jefe. Los McClain son una *familia* que pertenece a la *Cosa Nostra* y hace unos días descubrí que Dylan es el *Don*; y Jackson, el *Sottocapo*, que es el sucesor. Hay varios rangos más dentro de una *familia* que todavía desconozco. Todos se rigen por unos *códigos de honor*, que son como sus leyes. La *Cosa Nostra* siciliana no es la misma que la *Cosa Nostra* americana, ya que cada una tiene sus propias normas de conducta, aparte de las comunes. Un código inviolable y de extrema importancia para ellos, donde el castigo por incumplimiento es la muerte segura, es *Omertà*, que significa *ley del silencio*. Respecto a los otros códigos que tienen, también los desconozco —finalizó.

No me había dado cuenta de que mi boca se abrió por la sorpresa hasta que decidí hablar.

—¿Todo eso has descubierto desde que regresaste a Nueva York?

—Sí. Ya te dije mi propósito con los McClain, así que tenía que informarme con lo básico, al menos —respondió, recordándome que él tenía la intención de unirse a la familia.

Este recuerdo me condujo a otra incógnita que Alec no me aclaró.

—¿Qué problemas tenéis Richard y tú? —Mi pregunta le incomodó, ya que apretó el volante con más fuerza—. Lo siento, no quiero ser inoportuna.

Me acomodé en el asiento y observé el paisaje a través de la ventanilla del coche. Me percaté de que estábamos en las afueras de la ciudad y ascendíamos alrededor de una colina.

—Entre Richard y yo jamás podría existir una reconciliación. Solo quiero que sepas eso —dijo de pronto.

Cuando iba a girar la cabeza para continuar con la conversación, una casa en particular atrapó mi mirada por completo.

—Eso que estás mirando con tanta atención es la mansión McClain —respondió a mi pregunta no formulada.

Alec aparcó el vehículo entre las malezas, ocultándolo lo mejor posible, y bajamos de él. Teníamos un corto trayecto hacia nuestro destino, en el que teníamos que seguir ascendiendo la

colina a pie bajo la luz lunar. Nuestra vestimenta era negra, así que nos camuflaríamos bien en la oscuridad de la noche.

Divisé unas cuantas parcelas más rodeadas con vallas mientras caminábamos, pero mi admiración total se la llevó la mansión McClain, y no por su belleza, sino por su aspecto lúgubre. Se percibía a distancia que se trataba de una vivienda abandonada por su terreno tan descuidado y tenebroso.

Nos detuvimos enfrente de la verja de la entrada y evalué la arquitectura de la mansión. El centro de la casa era una gran torre con un ventanal redondo en todo lo alto. En ella se unían dos alas simétricas de vivienda.

Alec metió la mano en uno de los bolsillos de su abrigo largo y se sacó una ganzúa. Ahora entendía por qué él estuvo muy seguro de poder asaltar la mansión sin complicaciones.

—Buena idea —lo halagué.

—Procuro ir preparado para *todo*.

Consiguió abrir la puerta de forja y la volvió a cerrar cuando pasamos a la parcela. Fuimos directamente hacia el porche de la casa y Alec ya se puso manos a la obra con la cerradura de la puerta principal.

—Al ser una vivienda tan antigua, no es que tenga muy buenos materiales de seguridad —aclaró. Desde luego que tenía razón.

El *clic* que se escuchó nos avisó de su apertura e ingresamos en la mansión. Alec activó la linterna de su móvil y cerró la puerta. Yo hice lo mismo con el mío.

Se me desencajó la mandíbula cuando observé el recibidor. Si esto era gigantesco, ¿cómo sería el resto de la casa y habitaciones?

—¿De verdad crees que nos dará tiempo explorar toda la casa esta misma noche? —pregunté.

—Haremos lo que nos dé tiempo —dijo, contemplando a su alrededor.

Desde la escalera central se abrían dos caminos laterales, que conduciría a ambas alas de la vivienda. Me acerqué a los cuadros que había colgados en el inicio de cada rumbo. En uno se veía a una mujer; y en el otro, a un hombre.

Ella tenía el cabello rubio y largo. Sus ojos azules y sus rasgos dulces formaban un rostro más angelical. Sin embargo, él expresaba todo lo contrario.

—Christabella Lombardi a la derecha y William McClain a la izquierda —anunció Alec.

Los hermanos McClain heredaron el pelo negro de su padre y los ojos azules de ambos progenitores; no obstante, Jackson tenía unos rasgos más duros que Dylan, similares a los de William, mientras que los de este último fueron suavizados gracias a la influencia de su madre.

No hacía falta que las paredes hablasen para tener la certeza de que *algo* seguía sin ir bien aquí.

Capítulo 20



—Esta casa es digna de ser el escenario de una buena película de terror —comentó Alec mientras ascendíamos por las escaleras de la derecha, las custodiadas por el retrato de Christabella.

Algunos tablones del parqué crujían, produciendo un sonido escalofriante en pleno silencio sepulcral.

Avanzamos por el pasillo lentamente, alumbrando todo a su paso con nuestros móviles. En las paredes podían apreciarse los lugares exactos donde antes hubo cuadros.

Pasamos por algunas puertas que abrimos para echar un rápido vistazo en su interior, pero nada nos captó demasiado la atención como para inspeccionar, ya que prácticamente se encontraron vacías de mobiliario.

Cuando una vivienda permanecía cerrada por un periodo extenso de tiempo, se despedía un olor característico, y lo extraño era que dicho olor no era perceptible en este ambiente.

Me asombré de ver el primer cuadro en este pasillo, que se hallaba enfrente de una puerta. Se trataba del retrato de un niño con rasgos tristes y dos lágrimas derramándose por sus infladas mejillas.

—Una imagen *dice* más que mil palabras —susurré.

Esta ilustración tenía que tratarse de uno de los hermanos McClain. Ya entré aquí concienciada en que solo encontraría dolor al saber de antemano una parte del pasado que me confesó Jackson.

Aparté la mirada del cuadro y giré sobre mis talones para inspeccionar lo que había tras esta puerta que el retrato miraba con tristeza.

Se trataba de un dormitorio bastante ordenado, pero prácticamente vacío, a excepción de una cama de matrimonio y un armario bastante luminoso.

—Mira esto —dijo Alec, enfocando la luz de su móvil en un punto del suelo.

Nos acercamos a una especie de cubo repleto de papeles doblados y otros rotos.

—¿Qué hace esto en medio de la habitación? —pensé en voz alta—. Se supone que los McClain se marcharon de esta mansión cuando William murió, pero parece que no permanece cerrada como pensabas.

Alec no contestó, dándome la razón con su silencio, y se arrodilló frente al cubo para escarbar entre los montones de papeles. Me puse a su altura y lo ayudé.

En el fondo pude reconocer lo que parecía ser un bloc. Me hice con él al instante, dejando a Alec fisgonear por los papeles.

Abrí el cuaderno, comprobando que se trataba de dibujos hechos a mano por un niño. Estos eran muy nítidos y expresivos, pero lo que llamó toda mi atención fue lo sanguinarios que eran todos.

—Son mujeres —musité, poniendo una mano encima de un dibujo en concreto—. Y conforme paso página, más violencia se ve reflejada.

—Desde luego que, quien lo hizo, odiaba a las mujeres, aunque creo que se trata de la misma mujer en todas las páginas —aportó Alec. Podría tener razón, ya que todas tenían en común el cabello rubio y los ojos azules—. Aquí hay otro bloc. —Me tendió otro similar al que tenía en las manos.

Dejé el que ya había evaluado y me puse con el otro. Este era totalmente diferente. Más que violencia, había dolor, muchísimo dolor.

Mientras que aquí se expresaba mejor el maltrato que recibía, tanto el artista como las personas importantes que le rodeaban, en el anterior solo se plasmaba el odio contra las mujeres, aunque estas no estaban dibujadas con expresiones de dolor, sino con unas de furia, aparte de estar cubiertas de sangre.

—Son muy diferentes —dije lo obvio—. Cada hermano dibujó sus vivencias de una forma muy distinta.

—Lo peor para nuestra curiosidad insatisfecha es que no sabemos quién dibujó qué —agregó Alec.

Pasé las páginas del bloc y me detuve al contemplar un dibujo en particular. Se trataba de una enfermera con los atributos femeninos muy marcados, junto con unas curvas voluptuosas. La vestimenta ensangrentada era típica de un uniforme *sexy* en una noche de *Halloween*, pero lo que más contrastaba era el rostro de esta mujer. Lo mantenía cubierto con una especie de vendas, con lo cual, se trataba de *una mujer sin rostro*.

—¿Qué crees que significa esto? —Le di unos golpecitos al dibujo para llamar la atención de Alec, porque él parecía absorto con los papeles.

—Parece una enfermera que empleaba métodos malévolos para la curación de enfermos —soltó con un deje de diversión.

—Tal vez una enfermera visitaba la mansión para los cuidados de algún miembro de la familia. Sin embargo, no entiendo la representación gráfica de su vestimenta —comenté, observando el dibujo con más detenimiento.

—Me inclinaría por lo difícil. Dudo de que el McClain responsable la haya dibujado con grandes curvas y pechos porque tuviera una figura llamativa. Podría representar...

—La tentación —susurré—. Este McClain ha dibujado a la enfermera como un ser malvado con un rostro desconocido, ya que está cubierto por vendas, y como una amenaza para su familia. El rojo chillón no simboliza la sangre; eso sería el oscuro. Este simboliza amor, pasión...

—¿Tienes altos conocimientos sobre la representación de los colores? —preguntó Alec, atónito.

—Siempre me gustó *leer* detalles muy visuales —respondí.

Con la educación que los McClain recibieron por parte de William, era comprensible que ellos tuvieran secuelas. No obstante, me impactó sobremanera el arte que tuvieron los dos para pintar estos dibujos tan detallados.

Los niños expresaban sus sentimientos mediante dibujos, fueran negativos o positivos, sin

importar la edad que tuvieran. Para psicoanalizar al niño, sus dibujos tenían una importante relevancia. Además, todo arte tenía sus significados ocultos, invisibles para los ojos que lo observaban.

—Échales un vistazo a estas fotografías. —Alec dejó caer unas cuantas encima del bloc que aún tenía abierto en las manos—. Hay varias de esta misma niña.

La saliva que acababa de tragar por el impacto visual se me quedó atascada en la garganta. A esa sensación se le sumó el ligero dolor punzante del pecho por el repentino aumento de los latidos de mi corazón.

Cogí una de las varias que había de la niña y dejé el bloc en el suelo, junto con el resto de fotografías.

—Por tu cara de horror, deduzco que…

—Soy yo —musité, apenas sin voz.

—¿Te observaban desde que eras una niña? —preguntó asombrado.

Un recuerdo que pensé que mantuve en el olvido vino a mí ante semejante estímulo que recibí cuando mi vista se deslizó hacia otra fotografía que dejé encima del bloc. Ahí la niña estaba acompañada de un niño más mayor que ya reconocí.

Un día normal, como otro cualquiera, me crucé con este adolescente. Él se encontraba ajeno al mundo que le rodeaba, sumergido en su propio mundo interno mientras observaba las estrellas del cielo en silencio.

Me acerqué a él al verlo tan solo y ausente. Me costó mucho trabajo sacarle algunas palabras, y, cuando lo logré, se marchó. Sin embargo, a partir de ahí lo vi más veces y, conforme pasaban los encuentros fortuitos, más empatizábamos.

Jamás supe qué le pasaba con certeza, pero me demostró que mi compañía le ayudaba de cierta manera. Un día me regaló su primera sonrisa.

En un momento dado, el adolescente no volvió a presentarse ante mí. Parecía que la tierra se lo había tragado. Pasaron los años y ya no supe nada más de él.

—Jackson McClain —murmuré, mirando al niño que salía a mi lado en la fotografía.

Me acordaba de esta foto. Nos la hicimos con su cámara antes de que desapareciera sin dejar rastro; no obstante, el resto de fotografías, donde yo salía sola, me las tuvo que sacar a escondidas. Lo alarmante era que en otras yo ya no era una niña, sino una adolescente; y después, una mujer.

—¿Ya os conocíais? —quiso saber Alec.

Solté un suspiro tembloroso por el impacto de este recuerdo y las fotografías. Entonces, se lo conté a Alec con pelos y señales mientras continuaba observando todas las fotografías.

—Joder, ¿no te da mal rollo?

Asentí con la cabeza en respuesta. ¿Cómo no iba a darme escalofríos ante semejante descubrimiento?

Todavía no sabía de dónde sacó Jackson que yo le salvé la vida. No hice nada por él, tan solo hablar y pasar el rato que pasé en su compañía.

El McClain también me aseguró que me estuvo protegiendo a mis espaldas. Aún había mucho misterio con él.

Entonces, las palabras que me dedicó Dylan en nuestro primer encuentro en el *DyJack* brillaron en mi mente como una luz de neón.

«*—El pasado no debe encontrarse con el presente, o el futuro será catastrófico. Espero no*

tener que esmerarme más para impedirlo».

¿Este McClain quería decir que estuvo impidiendo que Jackson y yo nos reencontrásemos y que si eso llegase a suceder sería malo para todos?

La cabeza ya me daba vueltas de tanto pensar.

Volví a dejarlo todo dentro del cubo y me puse en pie. De por sí ya era extraño que todos estos recuerdos de ambos hermanos estuvieran juntos dentro de este cubo; parecía que alguien quería deshacerse de ellos prendiéndoles fuego.

Como estaba todo el material revuelto, no se podía saber cuál le pertenecía a cada hermano. ¿Y si esas fotografías fueron hechas por Dylan?

—Sigamos, entonces —me instó Alec.

Salimos de la habitación, encontrándome nuevamente con el retrato del niño, quien parecía contemplarme a mí con tristeza.

Continuamos por este pasillo hasta que me crucé con otro cuadro similar al otro, en el que salía reflejado otro niño un poco más mayor. No se trataba del mismo, pero ya supe diferenciarlos por la edad.

Mientras que el anterior se trataba de Jackson, este que estaba contemplando con demasiado interés era Dylan. Ambos retratos tenían la similitud de expresar tristeza, pero los colores que se emplearon en cada cuadro cambiaban.

Los rasgos de Dylan parecían menos expresivos que los de Jackson y aquí creí ver la resignación reflejada en su mirada. Como en la ocasión anterior, este cuadro se situaba enfrente de otra puerta.

—Alec, ¿podrías descolgar el otro cuadro y traérmelo aquí para analizarlos con más profundidad? —le pedí.

—Claro.

Observé la pintura con atención, fijándome en los pequeños detalles que serían irrelevantes para cualquier otra persona. Fruncí el ceño mientras me percataba de los colores tan fríos que fueron usados para crear este retrato. Eran similares al de Jackson, pero había sus pequeñas diferencias. Cada color tenía su propio significado, según la intensidad y la mezcla.

Desde pequeña siempre tuve curiosidad en todo tipo de enigmas, incluyendo los colores que, consciente o inconscientemente, eran utilizados para pintar.

—Aquí tienes. —Alec lo depositó debajo del otro que seguía colgado en la pared.

Ahora pude analizarlos con atención durante unos minutos. Si no podía obtener información transmitida por sus propias palabras, las obtendría mediante la observación, sin pedir el permiso de nadie.

Decidí empezar por Dylan. Se empleaba en exceso el azul oscuro. En menor medida, el gris mezclado con un azulado claro y verdoso. El azul oscuro disipaba temores; simbolizaba serenidad, sinceridad y responsabilidad, entre otras similares; pero en exceso producía depresión, aflicción y pesadumbre. El gris simbolizaba éxito y creatividad; se visualizaba poca cantidad de este color, más bien, se usó para realizar mezclas. En la parte superior se podría apreciar muy poca cantidad de verde. Este simbolizaba celos, moderación y tradicionalismo, equilibraba emociones, creaba energía negativa, estimulaba a sentir compasión y agotamiento nervioso. Visualmente, se podría apreciar poca cantidad de estos últimos colores, pero permanecían mezclados en distintas zonas del cuadro en menor o mayor medida, así que no había que restarles importancia.

Seguí por Jackson. Se empleaba en exceso los colores oscuros como el negro y gris oscuro. Se apreciaba el amarillo, verde y en muy poca medida el blanco. El fondo del niño era una gran controversia, claro y oscuro. El azul oscuro que se veía en Dylan, Jackson no lo tenía. El negro y gris oscuro simbolizaban silencio, elegancia, poder, paz interior; era distante e intimidatorio. El blanco simbolizaba pureza, inocencia y optimismo. El amarillo representaba inteligencia, alentador, tibieza, precaución, innovación y producía agotamiento. Aquí se podía apreciar con nitidez el verde puro, sin ser mezclado con ningún otro. Este color tendría mucho más peso en Jackson que en Dylan.

—¿Y bien? ¿Cómo va tu investigación sobre las personalidades? —preguntó Alec.

—Dylan tiene una importante responsabilidad. Es sincero, sin importarle si sus palabras son hirientes. Es un hombre sereno que siente un importante dolor en su interior que puede camuflar bastante bien. Maneja las emociones para no ser tan expresivo, pero es una persona accesible, es decir, su armadura puede quebrarse. Jackson, en cambio, es un hombre que ansía poder. Es insidioso y sus intenciones para conseguir ese poder podrían pasar desapercibidas con facilidad. No siente remordimiento ante sus acciones. Es una persona optimista y podría conservar una pequeña parte de la inocencia de un niño. Es precavido e inteligente, todo esto le ayuda a ser la estrella de la manipulación. Equilibra muy bien las emociones, haciéndole parecer una persona falsa con más facilidad que Dylan. Un hombre celoso, pero si se accede a él de la manera correcta podría ser más compasivo que Dylan. Su personalidad tiene una lucha entre bondad y maldad, una persona cambiante...

Mi mirada seguía fija en ambos cuadros. No me percaté de que sentía un gran escozor de ojos. Estaba tan sumergida en analizarles profundamente que se me olvidó pestañear.

—¿Todo eso lo has deducido con ver dos simples imágenes? —preguntó Alec, anonadado.

Quise decirle que no solo saqué esta información de estos retratos; también analicé palabras sueltas que me lanzaron ambos McClain, junto con el análisis del comportamiento de cada uno.

—Lo más importante y curioso es lo invisible ante nuestros ojos y que muchos no lo perciben porque les resta importancia. —Giré sobre mis talones para enfocar mi mirada en Alec—. Sigamos con nuestra conjunta investigación.

Era de gran importancia estudiar y valorar todo el material del que disponíamos, aunque fuera escaso. No podíamos depender totalmente de toda información explícita, sino que debíamos prestar mucha atención a lo implícito que, por lo que habíamos podido comprobar, era lo más predominante en esta mansión.

Ingresamos en la habitación que miraba Dylan de niño. Para nuestra sorpresa, aquí no encontramos absolutamente nada. Todo indicaba que alguien dejó lo que hubo aquí en el dormitorio anterior, en concreto, dentro del cubo.

—Oye, ahora me parece un buen momento para decirte que deberías mantenerte lo más alejada posible de los McClain —dijo Alec, pillándome desprevenida.

—¿Por qué lo dices? —Lo miré con el ceño fruncido.

—Ambos McClain son diferentes entre sí, eso es obvio por lo que estamos descubriendo aquí —empezó, gesticulando demasiado con los brazos—. Pero no sabemos con certeza quién dibujó a las mujeres ensangrentadas y quién hizo los otros que solo expresaban dolor. Lo poco que has deducido de sus personalidades lo has hecho viendo unas simples imágenes que no tienen por qué ser ciertas. Además, si yo fuera tú, no me sentiría muy bien sabiendo que uno de ellos o los dos estuvieron observándome en las sombras mientras crecía.

—Mañana sacaré a Cynthia del ático, Alec —le recordé—. Nos pondremos a salvo las dos. —

Quise restarle importancia para que no se preocupara.

—Yo también tengo una teoría —aportó, volviendo a los análisis—. Los dos fueron niños normales, como cualquier otro, pero realmente sus vivencias no iniciaron de la misma forma, y eso marca la diferencia de ambos hermanos.

—¿Qué quieres decir? —Ahora sí sentía una tremenda curiosidad.

—Jackson es el más pequeño y, cuando murió Christabella, él seguía siendo un niño sin uso de razón. —Exacto, él tenía dos años; y su hermano, seis. Esto no se lo dije—. En realidad, Jackson no conoció a su madre y eso lo tuvo que convertir en un niño totalmente manipulable por William. En cambio, Dylan sí pudo vivir más tiempo en el seno de esta familia porque es el mayor. Él contempló los continuos maltratos y discusiones entre sus padres. A Dylan sí se le otorgó un tiempo para recibir un poco de amor por parte de Christabella —explicó, dejándome asombraba—. No olvides esto, Rose. Tiene mayor trabajo cambiar a una persona que crearla desde un principio. Pienso que los dos son un puro camuflaje.

—¿Has llegado a esta conclusión ayudándote también de lo que leí de los cuadros?

—También sé analizar cada detalle que se me cruza por delante, sea visual o auditivo —respondió, robándome una pequeña sonrisa de satisfacción.

—Eres un buen compañero de investigación, Alec —lo halagué con una verdad.

—Aportaré algo más —prosiguió—. Ambos temen a todo aquello que no pueden dominar, temen a todo aquello que nunca han conocido porque simplemente lo desconocen.

Capítulo 21



Continuamos por el otro lado de la mansión, la custodiada por el retrato de William. En la otra ya no encontramos nada de utilidad.

A decir verdad, en esta parte tampoco había mucho que mirar, hasta que nos cruzamos con una puerta doble en la planta superior. Alec y yo intercambiamos una mirada antes de abrirla.

Se trataba de un despacho. La pared frontal y las laterales estaban cubiertas por altas y gruesas estanterías llenas de libros ordenados meticulosamente. Delante de las laterales se hallaban unos sillones con una pequeña mesa de cristal; y frente a las frontales había una mesa.

Levanté la mirada al techo y me encontré con una claraboya en forma de cúpula, donde penetraba la luz solar en las horas del día o la lunar en la noche. Esta especie de ventana cubría gran parte del techo. En este momento, el estudio de William estaba iluminado por la escasa luz plateada de la luna llena.

Me acerqué a la mesa y miré las cajoneras. Me puse en cuclillas y tiré del primer cajón. No lo moví, ya que estaba cerrado o atascado. Fruncí el ceño y me percaté de que todas las cajoneras tenían una misma cerradura.

—Necesitamos la llave de esta cerradura, tal vez esté por algún lugar del despacho. —Guardé silencio al ver lo inmenso que era el estudio y las cantidades importantes de libros que se encontraban.

—No hay tiempo ni paciencia para eso.

Me puse en pie y retrocedí cuando Alec se acercó. Se agachó y empezó a forzar las cerraduras con la ganzúa mientras yo me sentaba en la silla giratoria, estudiando cada objeto que había encima del escritorio.

—Ya está —anunció Alec.

Sacó un montón de papeles del primer cajón y los esparció por la mesa para acceder a los títulos con mayor rapidez.

En primer lugar, cogí el libro de familia. Era lo básico que había que saber de una familia: la cantidad de miembros que había en ella.

William McClain, nacido en 1965.

Christabella Lombardi, nacida en 1970.
Dylan McClain, nacido en 1990.
Jackson McClain, nacido en 1994.

Alec puso un documento frente a mí. Se trataba de un acta matrimonial.

—William y Christabella se casaron en 1989.

—Vaya, Christabella se casó muy joven —murmuré.

—Antiguamente, las personas se casaban muy jóvenes —aseguró.

Revisábamos documentos a la vez que descartábamos otros. Los irrelevantes, o los que no teníamos ni idea de lo que eran, los hicimos a un lado y cogí los papeles de la segunda cajonera.

Un papel llamó mi atención: el certificado de defunción. Inmediatamente, lo cogí y lo inspeccioné. Reparé en que había otro grapado en la trasera de este.

—Beatrice y Leonardo Lombardi fallecieron en 1991 —comenté pensativa—. Christabella debió de pasarlo fatal. Perder a los padres de un día para otro... —Hice una pausa mientras echaba un rápido vistazo al resto del documento—. En un accidente de tráfico. —Sentí una punzada en mi pecho ante el recuerdo de mi hermana Camille, que falleció por la misma causa.

—No tenía ni idea de esto. Mira. —Alec me mostró las escrituras de la casa y un documento de traspaso de poderes—. En 1993, Christabella le entregó todos sus bienes a William. Parece ser que esta mansión y la mayoría del dinero familiar pertenecieron a los Lombardi, y no a los McClain.

Apoyé la espalda en el respaldo del asiento. Deslicé mi vista a la parte inferior del documento y revisé todas las firmas necesarias para ese hecho.

—Por lo que a mí respecta, el matrimonio se llevaba bien. Yo no le cedería nada a mi marido si me mantuviera a base de golpes.

Seguí buscando entre el montón de papeles desordenados que teníamos encima del escritorio. Alec cogió otro montón de la tercera cajonera.

Si toda esta información permaneció bajo llave, podría significar que William tuvo la intención de ocultarlo. Posiblemente, ni siquiera sus hijos sabrían de esto.

Cogí un sobre en blanco y saqué el papel doblado. Se trataba de un informe de atención especializada de psiquiatría. Ojeé los datos del paciente, comprobando que era Christabella. Ahora me fijé en el diagnóstico: Trastorno de estrés postraumático.

Busqué la fecha en la cual se redactó este informe: 1993. Abrí los ojos como platos al comprobar que en esta misma fecha ella le traspasó los bienes a William.

—¿Qué pasa? —preguntó Alec. Hice caso omiso a su pregunta y seguí leyendo el informe.

La paciente refiere síntomas de reexperimentación que se relacionan con la revivencia; están presentes el pensamiento, las imágenes y los sentimientos asociados con el tema; sueños y pesadillas recurrentes que causan malestar. Presenta la sensación de estar reviviendo el hecho traumático en forma de flashbacks.

Mayoritariamente, se muestra agitada, en estado de alerta y desconfianza. Las escenas retrospectivas sobre sus agresiones físicas y sexuales van en aumento. Adherencia inefectiva al tratamiento. No se presentó a la Terapia de procesamiento cognitivo ni a la Terapia de exposición prolongada. La paciente tiene un mal pronóstico.

Refiere síntomas positivos como delirios de persecución, donde asegura que la vigilan las veinticuatro horas del día, alucinaciones auditivas y visuales; síntomas negativos como

desesperanza, letargia, apatía, abulia (…) La paciente tiene ideas suicidas, autolesiones (…)

Valorar esquizofrenia paranoide (…)

—Dios mío, ¿qué le ha hecho ese animal que tenía como esposo para que acabara así? —preguntó Alec más para sí mismo.

Volví a mirar el documento de traspaso de poderes y verifiqué que este traspaso se realizó posteriormente a la fecha del informe de psiquiatría.

—Qué desgraciado eres William McClain —espeté con rabia—. Aprovechó su desorden mental para arrebatarle todos sus bienes.

—Yo diría que la volvió loca a propósito —corrigió Alec.

—Coincido contigo. —Una duda vino a mi mente—. ¿Por qué William no acabó en prisión después de que un profesional valorara el estado de Christabella?

—Con lo cruel que era ese hombre, creo que lo asesinó para silenciarlo o lo compró con dinero. La vida oculta de la familia McClain es un auténtico misterio.

Dylan y Jackson podrían tener sus versiones de la historia: lo que habían vivido con sus padres y lo que William les habría contado. Sin embargo ¿ellos estaban enterados de todo lo acontecido en esta mansión?

—Su certificado de defunción. —Alec me lo tendió, sacándome de mis pensamientos—. Christabella falleció en 1996.

Un ruido sordo nos sobresaltó. Salté de la silla y recorrí el despacho con la mirada.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté en estado de alerta.

—No lo sé, pero tenemos que averiguarlo —dijo, guardando todos los papeles amontonados en el primer cajón.

El ruido volvió a repetirse y ambos giramos sobre nuestros talones.

—Viene de ahí, ¿no? —Señalé la estantería que estaba justo detrás del escritorio.

Alec se acercó y derribó un estante entero de libros. Después, tiró de este hasta sacarlo de su lugar y se deshizo del tablero de fondo. A través del hueco se podía observar un pasadizo.

—Una entrada secreta sería lo más normal en una mansión antigua de mafiosos —confirmó.

Alec empujó un extremo de la librería y esta giró sobre su propio eje. Abrí los ojos de par en par, asombrada.

—Vamos. —Me hizo una señal con el brazo para que lo siguiera.

Nos adentramos en el pasadizo y alumbramos todo con nuestros móviles.

—¿El acceso al sótano de las tinieblas está en la última planta de la mansión? —Observé las escaleras descendentes.

—No sé si se tratará del mismo sótano.

Comenzamos a bajar con cuidado. La longitud era extremadamente inmensa, teniendo en cuenta que bajábamos cuatro pisos: el segundo, que era donde nos encontrábamos, el primero, el bajo y el sótano.

Dichas escaleras desembocaron en una pequeña habitación levemente iluminada por la luz de la luna que entraba a través de una minúscula ventana rectangular. Este hallazgo me hizo repasar mis cálculos mentales. No habíamos bajado cuatro pisos, sino tres. Este lugar tenía que hallarse en un punto desconocido de la planta baja, no en el sótano, así que el que me mencionó Jackson no debía ser este.

Sacudí la cabeza, deshaciéndome de ese análisis, y me fijé ahora en el retrato de una mujer, que era lo único que le aportaba belleza a este lugar.

—Es Christabella —mencioné en voz alta, aunque en realidad se trataba de un pensamiento.

Contemplé su pelo rubio dorado como los rayos del sol. Estaba sentada con un vestido blanco, rodeada de rosas del mismo color. El blanco simbolizaba la pureza y la inocencia, lo que era toda ella.

Reparé en el resto de la habitación, que era pequeña. Había una pequeña cama con unas cadenas sujetas en el cabezal y una mesilla al lado. Enfrente se hallaba una televisión antigua con un reproductor de vídeo, junto con varias películas ordenadas en el estante de encima. Al lado del televisor había una puerta.

Mientras que Alec evaluaba las películas, yo me acerqué a la mesilla de noche y abrí el único cajón que poseía. En su interior solo había un pequeño bote de cristal sin etiqueta identificativa, que contenía una sustancia blanca en polvo. Esto tenía que analizarse en un laboratorio para saber con certeza de qué se trataba.

Lo guardé rápidamente en uno de los bolsillos con cremallera de mi chaqueta para después entregárselo a mi padre como un favor. Él podría analizarla.

—Son grabaciones —dijo Alec.

Cerré el cajón y me puse a su lado. Él cogió una cinta de vídeo y la insertó en el reproductor mientras que yo encendí la televisión con el único botón que poseía intacto, ya que no encontraba el mando a distancia.

Nos sentamos en el borde de la cama y pusimos nuestra atención en la pequeña pantalla.

Dylan, aparentando ser un joven adolescente, se encontraba encadenado en medio de una especie de celda. Las cadenas se anclaban en el techo y lo obligaban a permanecer de pie con los brazos abiertos. Pero no fue eso lo que me provocó un nudo en la garganta, sino lo que sujetaba William en las manos: un atizador de chimenea al rojo vivo.

Cuando ese instrumento tocó la piel de la espalda descubierta de Dylan, el grito agónico que le salió del fondo de su interior me hizo taparme los oídos por la intensidad. En cambio, no cerré los ojos y pude ver el humo que salió de la fusión entre el hierro ardiendo con la carne de Dylan.

—¡Tu rebeldía será grabada en tu piel! —gritó William por encima de los gritos de su hijo.

El atizador al rojo vivo no se separaba de la carne y el humo no cesaba de verse.

La imagen se cortó sin previo aviso. Giré la cabeza, aturdida por lo que había presenciado, y vi que fue Alec quien interrumpió el maldito vídeo.

Sentí como mi pecho se oprimía, producto del dolor emocional y la lástima que estaba sintiendo. Las marcas de latigazos que le vi a Jackson me afectaron sobremanera, pero esto me hizo sentir *algo* peor.

Lo que Dylan ocultaba debajo de sus camisas era esta atrocidad. Un escalofrío trepó por mis piernas y me recorrió por toda la espalda hasta llegar a mi nuca.

—Esto ya es otro nivel de maltrato. No pienso poner otra película más —dijo Alec, tan afectado como yo.

Me puse en pie, medio tambaleándome, y comencé a dar pasos por la habitación.

Me sentía mal, muy mal. Siempre fui una mujer demasiado empática, sin embargo, esto era diferente. No debería afectarme de esta manera tan intensa lo que había visto, pero lo hacía.

Un fuerte crujido en el parqué bajo mi pie me hizo parar en seco, olvidándome hasta de lo que estaba pensando. Alec se levantó de la cama y se acercó a mí. Él y yo nos pusimos de cuclillas.

Alec golpeó el tablón con los nudillos y escuchamos un sonido hueco. Entre los dos lo levantamos y unos objetos quedaron a la vista en el pequeño espacio que se ocultó debajo del tablón de madera.

De todo lo que había, solo un pequeño libro de terciopelo captó toda mi atención. Cuando lo abrí por la mitad, retuve un gritito de sorpresa.

—Es un diario, Alec —dije con una cierta emoción y clavé la vista en la suya—. Es de Christabella. Ella apuntó sus experiencias aquí.

El mismo ruido que se escuchó en el despacho nos interrumpió. Me levantamos con rapidez e intercambiamos una mirada precavida. Antes de moverme del sitio, me guardé el pequeño diario en otro bolsillo de mi chaqueta.

Nos acercamos a la puerta con cautela y fue Alec quien la abrió poco a poco, sin tener ni idea de qué nos encontraríamos detrás. Cuando él vio lo que yo no pude ver al estar en su espalda, la abrió totalmente.

Mi boca se abrió del asombro por la imagen que se hallaba delante de mis ojos.

Había un hombre de edad más avanzada en la misma postura en la que estuvo Dylan en el vídeo, igual de encadenado. Su aspecto era demacrado, como si hubiese sido sometido a diferentes torturas durante mucho tiempo, ya que tenía restos de sangre y heridas antiguas a medio cicatrizar y nuevas recién abiertas. Su boca estaba entreabierta, de donde salían hilillos de sangre y sus ojos azules estaban enfocados en nosotros. Sus pupilas pasaban de uno al otro.

«Dios mío, estaba consciente».

Aparté unos segundos la mirada para inspeccionar el resto de la habitación. Un banco de trabajo, diferentes herramientas de torturas que jamás vi ni en las películas…

El olor tan fuerte a óxido y a excrementos me produjeron arcadas. A duras penas pude reprimir el vómito.

Este hombre era William McClain, lo reconocí por el retrato de las escaleras y el vídeo. No estaba muerto como me dijo Jackson. Dylan no lo mató como hizo creer.

—Demonios, debería estar muerto y ardiendo en el infierno —espetó Alec, tan perplejo como yo.

¿Los hermanos McClain sabían que este hombre estaba vivo o solo lo sabía Dylan? Si fue él quien supuestamente lo mató, era evidente que estaba al tanto de su supervivencia.

William fue capaz de elevar ligeramente las comisuras de sus labios mientras me miraba con fijeza.

—A uno de mis hijos lo *salvaste*, y al otro lo *condenaste* —murmuró con evidente dificultad por las heridas.

—¿Me conoces? —Apenas pude formular la pregunta por los nervios. Este hombre me hablaba como si me conociese bastante bien.

—Uno mataría *por ti*, y el otro te mataría *a ti*. —Entonces, rio, pero se vio interrumpido por un ataque de tos.

—¿Qué significa esto? ¿Un acertijo? —dijo Alec, cabreándose ya con las pocas palabras que había pronunciado este hombre.

—Tendrás que averiguar tú misma quién es quién —prosiguió William, fijándose solo en mí —. Llamaste la atención de dos monstruos, pero solo uno podrá salvarte del otro.

De pronto, un estruendo rompió el silencio, seguido del estallido de un cristal. El calor abrasador, el olor a quemado y la luz demasiado resplandeciente nos hizo girar en redondo hacia la otra habitación.

Unas llamas repentinas estaban devorando el mobiliario.

Capítulo 22



Dylan McClain

Ingresé en mi dormitorio sin cerrar la puerta para que Sean pasara cuando dejase de hablar por teléfono con mi hermano.

Mi vista se fue hacia el arma que reposaba encima de mi cama, una bastante peculiar que usaría esta misma madrugada.

Caminé hacia el balcón y miré mi reflejo en el cristal de las puertas correderas, en vez de perderme en la noche de Nueva York que podía apreciar a esta altura.

Empecé a desabotonarme la camisa lentamente, sumergiéndome en mis pensamientos inaccesibles para cualquier otra persona que no fuera yo. Jamás debía dejarme *ver*, o me expondría demasiado.

Me dejé la camisa abierta, destapando mi pecho y abdomen, pero no me la quité. Sean, mi *Caporégime* de máxima confianza, aparecería por mi espalda en cualquier momento y no quería que sus ojos fueran a parar en lo que me esmeraba en mantener oculto. Él siempre fue como un padre para mí, la persona más leal que se me acercó cuando más necesitaba una compañía.

Sean sabía la pesadilla que se grabó en mi espalda, al igual que mi hermano, pero solo el primero *leía* cada marca de quemadura; Jackson solo las veía.

Las veces que mantenía relaciones sexuales, nunca me despojaba de la última tela que me hacía sentir *normal*, ni dejaba que me tocaran ahí. Por esta razón, solo buscaba a Jessica para satisfacer mis necesidades como cualquier persona tenía. Ella siempre respetaba mi decisión, ni siquiera preguntaba, aunque sí intuía que algo había grabado en mi piel; al igual que yo tampoco indagaba en su pasado, ni en sus datos personales. La conocí por su nombre artístico y después me confesó el suyo de pila, pero omitió el apellido.

Continué observando mi reflejo, pensando en lo que pude haber sido y que ya no podría ser.

«Todo lo que muere, jamás resucita» , pensé.

—¿Dylan? —La voz de Sean me sacó de mi tortura diaria y me giré para mirarlo.

Él solo tenía permitido tutearme o hablarme en confianza cuando nos encontrábamos a solas. Delante de cualquier presencia, conservábamos la formalidad. Este privilegio también lo tenía Josh Walter, nadie más.

—¿Algo interesante con mi hermano? —pregunté, alejándome ahora del balcón.

—No he conseguido sonsacarle la verdadera razón de su viaje, pero volverá en poco menos de una semana —contestó.

La partida inesperada de Jackson nos resultó sospechosa; sin embargo, meterse en la mente de mi hermano era tan complicado como acceder a la mía.

—Bien.

Me acerqué a la cama y pasé una mano por el arma. Se trataba de un lanzacohetes cuyo cohete no explotaba, como sí hacían otros, porque este contenía *napalm* para provocar un gran incendio, que era lo que yo quería.

—¿Qué piensas hacer con la chica? —dijo Sean de pronto. Levanté la mirada hacia él—. Sabes que no puedes evitar lo que sucederá, por más que te esmeres en impedirlo, Dylan.

—Esa mujer va a provocar la discordia en mi familia —contesté, tornándose mi voz más sombría por el simple hecho de pensar en ella.

—Pero con Rose no podrás apretar el gatillo como sí hiciste con tu mujer, ¿verdad?

El recuerdo de Cecilia entró en mí tan rápido como el proyectil que salió del cañón de mi pistola hacia su cabeza. No pude evitar retroceder un paso y ponerme una mano en la sien, cerrando los ojos con fuerza en un intento de deshacerme de la última imagen que me llevé de ella en mis brazos, llorando su pérdida en silencio.

—William ya no está en condiciones de manejar mi destino, Sean —murmuré. Entonces, abrí los ojos y fijé mi vista en el hombre que me miraba con pesar—. Mi padre ya no supone un peligro, así que no me veré envuelto *otra vez* en una situación como esa.

—¿Y qué me dices de tu hermano? —agregó—. Jackson es una bomba de relojería.

—Rose lamentará toda su vida haberlo *salvado*. Para mí fue un auténtico alivio que lo hiciese, que le diera las fuerzas necesarias para soportar a William hasta cumplir su mayoría de edad, sin más intentos de suicidio, hasta que yo me encargué de ese desgraciado.

—Pero la obsesión que siente Jackson por ella lo va a terminar matando…

—Yo diría que al revés —lo interrumpí.

Por la cara de Sean, supuse que él no había visto más allá de la apariencia de mi hermano.

—¿Qué quieres decir? —preguntó con el ceño fruncido, acentuando sus arrugas.

—Sean, Jackson ve a Rose como a *su verdadera madre*, la mujer que *le dio la vida* —confesé lo que me estuve callando mucho tiempo—. Él continúa odiando a nuestra madre porque se sintió *abandonado* por ella.

—Jackson era un niño de dos años cuando vio a Christabella por última vez. ¿Cómo se iba a sentir así si no tenía uso de razón?

—William *creó* a mi hermano, a mí me intentó *arreglar*. Ahí está la verdadera respuesta. —Solté un suspiro y miré el reloj que rodeaba mi muñeca, comprobando que estaba en mis últimos minutos—. Ahora piensa. Si Jackson ve a Rose como a *una madre*, ¿qué crees que pasaría si ella decidiese *abandonarlo*?

Una sola mirada hacia Sean fue suficiente para tener la certeza de que ahora había entendido el problema real.

—El pasado y el presente se han reencontrado —afirmé, poniéndome el arma sobre mi hombro—. Poco puedo hacer ya para garantizar un buen futuro.

Caminé hacia el balcón y abrí las puertas para salir a la terraza. El frío de la noche impactó con más intensidad en mi torso desnudo, erizándome la piel.

Sean fue hacia el bajo muro que me separaba del vacío y dejó encima el portarretrato de mi

madre que cogió de mi mesilla.

Me acerqué a mi lugar y fijé la vista en la colina que tenía delante, a lo lejos, donde se hallaba la mansión McClain. Adquirí la postura adecuada para soportar la fuerza enorme de retroceso y apunté con el lanzacohetes hacia allí.

Revisé cada parte de la vivienda que podía ver desde esta perspectiva hasta fijar el punto muy cerca de donde estaría mi padre encadenado. No quería que el primer fogonazo lo alcanzase, ya que ansiaba una muerte lenta y agonizante para él.

William había vivido los años suficientes para hacerle pagar cada año de tortura hacia mi madre. Ella era la mujer de mis sueños, la única digna de mi amor incondicional. Sin embargo, había *otra* rondando muy cerca por su manía de querer *conocerme,* algo que debería de evitar a toda costa.

—Tres segundos para la hora exacta de *su nacimiento* —anunció Sean.

Una sonrisa macabra se dibujó en mi rostro e hice la cuenta regresiva en mi mente. Cuando llegué a cero, apreté el gatillo.

Sentí una punzada dolorosa en el pecho cuando vi la mansión cubrirse en llamas. La última vez que estuve en ella fue esta misma tarde, apilando toda la basura restante que me encontré por el camino en un único lugar.

«Todo ardería, como yo tuve que arder».

Dejé el arma en el suelo y agarré el portarretrato de mi madre. La apreté con fuerza en mi regazo y la giré para que ella observara lo mismo que yo. Sean se posicionó a mi lado, contemplando las llamas en silencio.

—Una madre es *Dios* para un hijo —murmuré, evitando que mi voz se rompiera en presencia de Sean, aunque él bien sabía de la carga emocional que portaba cada día sobre mi conciencia—, pero tú me la arrebataste, padre, y ahora arderás como tú me hiciste arder a mí en el mismísimo infierno. ¿No querías crear a un monstruo? ¡Pues aquí lo tienes! —grité y extendí mis brazos, aferrándome al portarretrato con una mano—. Prefiero *reinar* en el infierno que *servir* en el cielo. Eso me lo enseñaste tú, padre —gruñí y bajé los brazos de nuevo, más exhausto—. Feliz cumpleaños, madre —terminé susurrando a la vez que acariciaba su rostro con mi pulgar—. Disfruta de esta imagen tanto como yo.

Capítulo 23



El fuego devoraba los cimientos de esta casa, comenzando por la habitación en la que estuvimos antes. Solo disponíamos de un estrecho camino entre llamas para llegar a las escaleras que desembocaban en el despacho de William.

—Tenemos que darnos prisa. —Alec me cogió de la mano y tiró de mí hacia la única salida, echando a correr.

No perdimos ni un segundo en William. El fuego se encargaría de consumirlo entero y enviarlo al infierno, donde debió de estar desde un principio.

—¡¿Qué ha pasado?! —Hice una pregunta que ninguno de los dos sabríamos responder mientras subíamos los escalones a toda prisa.

Cuando llegamos al despacho, un fuerte dolor de cabeza me robó un pequeño grito y tuve que soltar a Alec para apretármela con las dos manos por instinto.

—¡¿Qué te pasa?! —logré escuchar.

El calor abrasador se adhería a mi piel, provocándome ya una capa espesa y pegajosa de sudor. Toda la mansión estaba ardiendo, no solo abajo, y yo no estaba colaborando en huir de aquí. El que la estructura de la casa fuera de madera solo hacía que el fuego tuviera un hambre voraz.

—Vete —le pedí con dificultad. No podía permitir que Alec se quedara atrapado aquí por mi culpa.

—El exceso de dióxido de carbono te ha afectado al cerebro. ¿Me crees capaz de irme sin ti? ¡Yo te metí en esto!

Liberé mi cabeza cuando sentí una ligera mejoría de la cefalea, pero la debilidad no me abandonaba y los ojos me escocían, no solo por el humo del que ya se cargaba el ambiente, también porque el exceso de luminosidad que desprendía el fuego me afectaba sobremanera.

—Estás sangrando. —El comentario de Alec me desconcertó por completo.

Fue entonces cuando me di cuenta de que algo se deslizaba por mis labios. Pasé mis dedos por debajo de mis fosas nasales y vi la sangre en las yemas.

—Tenemos que llevarte a un hospital.

Alec volvió a agarrarme de la muñeca y me arrastró con él hacia la salida del despacho. Sin embargo, un crujido del techo nos hizo parar y levantamos la mirada.

Antes de que una viga incendiada cayera sobre nosotros, Alec me empujó a un lado, esquivándola, y caímos al suelo. Acto seguido, me cogió otra vez de la muñeca y me levantó rápidamente para continuar.

Mi debilidad se hizo más notoria y disminuí la velocidad de mis pasos, arrastrando a Alec conmigo porque no me soltaba en ningún momento. La luz de las llamas seguía aturdiéndome y el humo empezó a formar estragos en nuestro sistema, ya que se nos presentó la fastidiosa tos seca.

Oí como las vigas continuaban desplomándose, junto con la esperanza de salir de aquí con vida.

Alec soltó mi muñeca para rodearme la cintura con su brazo y obligarme a caminar. Pasé el mío por detrás de su cuello y lo agarré del hombro opuesto. Ahora él era mi soporte vital para poder avanzar.

Recorríamos el pasillo con demasiada lentitud por mi estado tan decadente. Sentía una enorme necesidad de parar y descansar.

Observé a través de mi atarantamiento como los pocos cuadros que nos cruzamos por este corredor eran consumidos por el fuego y los retratos se arrugaban.

Liberé un quejido cuando el dolor de cabeza se acentuó de nuevo, junto con el inicio de otro en el pecho. Alec disminuyó el ritmo, pensando que se trataba del impacto de mis pies con el parqué, lo que me hacía vibrar hasta los huesos. Cada paso que daba me resultaba un suplicio.

Antes de llegar a la bifurcación del pasillo, unas vigas incendiadas se derrumbaron y obstaculizaron el camino, levantando una nube de polvo y chispas ardientes. Retrocedimos para esquivarlas y sentimos que el suelo empezaba a ceder.

—¡No podremos seguir por aquí! ¡Hay que buscar otra vía alternativa! —chilló por encima del ruido del fuego.

«Si hubiéramos ido más rápido, nos hubiera dado tiempo pasar por aquí y no tendríamos que buscar otro camino».

—En definitiva, hay que bajar, Alec —solté, como si fuera el mayor descubrimiento que se había podido anunciar—. Toda la estructura es de madera y el suelo se va a desplomar… —No pude terminar la frase porque este hecho dio su inicio.

Caímos al suelo y nos arrastramos hacia atrás rápidamente para no caer por el gran agujero que se estaba formando a nuestros pies. Era cuestión de tiempo que todo el suelo se viniera abajo.

Alec se puso en pie con dificultad y después me ayudó a levantarme, teniendo que aferrarme a él para que mis piernas no flaquearan tanto y que mi cuerpo sucumbiera al desmayo.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado. En respuesta, hice un leve asentimiento de cabeza.

Nos acercamos al borde y observamos el fondo del agujero. Una parte estaba libre de las llamas, aunque la caída era un poco elevada, pero no teníamos otra opción.

—Tendríamos que bajar por aquí.

Alec me dejó apoyada en la pared, a salvo, y se agachó delante del agujero, poniendo las manos en el borde caliente.

Una sensación de vacío me embriagó y reprimí un gemido lastimero por lo que tenía que hacer. Esta era mi oportunidad y no podía desaprovecharla, porque mi lentitud nos iba a condenar a ambos y no podía permitirlo.

No era una ingenua y tenía casi la certeza de que esta debilidad excesiva y estos dolores tan molestos se debían al microrganismo que llevaba dentro. No solo se me olvidó tomar la cápsula

antes de salir del ático, sino que *algo* nuevo estaba pasando en mi interior.

«—Estos parásitos son fotosensibles, recuérdalo siempre. El fuego les afecta mucho».

Recordé las palabras que Louis me lanzó en el segundo sueño. Cada información que él me reveló tenía una grandísima relevancia y no le di la importancia suficiente cuando desperté.

Quizás yo ya no tuviera salvación porque, al fin y al cabo, ya estaba muerta desde que me inyectaron *eso*, ¿no?

Con mi decisión tomada, arrastré los pies hasta posicionarme a la espalda de Alec. Me arrodillé y llevé mis labios a su oído.

—Mis padres y Cynthia son mis tesoros más preciados —Su cuerpo se puso rígido—. Confío plenamente en ti, Alec. —Giró la cabeza, sin entender bien el significado de mis palabras—. Cuida la vida de Cynthia con la tuya al igual que yo condeno la mía por la tuya —dije antes de poner ambas manos en sus omóplatos y empujarlo con la poca fuerza que me quedaba.

Con la visión borrosa por el humo, la luz y las lágrimas que ya empezaron a acumularse en mis ojos, alcancé a ver a Alec levantarse, ya en el piso inferior. Tal vez se hizo daño en la caída, pero podía caminar, así que se podría salvar, que era lo que más deseaba ahora mismo.

Retrocedí, arrastrándome por el suelo, y apoyé mi espalda en la pared. Me mantuve quieta, con mi mirada repasando el entorno consumiéndose por el fuego, pero con la mente en otro lugar.

Estaba muy cansada y deseaba dormir. Recé en mi interior para que Alec no fuera tan estúpido de permanecer en la mansión con el propósito de buscarme y ayudarme a salir de aquí.

Solté un suspiro y cerré los ojos.

No supe cuánto tiempo estuve en este estado, pero un ruido fuera de lugar interrumpió mi descanso. Volví a abrir los ojos con dificultad y giré la cabeza débilmente hacia el origen de ese sonido. Fruncí el ceño cuando visualicé a una figura humana entre toda la negrura.

—¿Alec? —pregunté en un hilo de voz. Al no obtener respuesta de ningún tipo, me removí y me puse en pie con la ayuda de la pared—. ¿Alec? —Mi tono de voz salió más fuerte.

Esa figura me dio la espalda y comenzó a caminar con pasos decididos, aunque en ningún momento desapareció de mi campo de visión. Antes de abrir la puerta de una habitación, se detuvo, simulando a una estatua.

Me fui acercando a él poco a poco hasta que, de pronto, abrió la puerta y entró, desapareciendo de mi vista. Aceleré el paso lo máximo que mi estado me permitía y entré en esa habitación sin dudar. Al fin y al cabo, no tenía nada que perder.

Mis pulmones agradecieron el haber entrado aquí, ya que podía respirar la cantidad necesaria de oxígeno para reponer un poquito mis fuerzas.

Cuando me alimenté lo suficiente de este ambiente menos contaminado, escaneé el lugar. Aquí no había llamas, aunque no tardarían en devorarla. Fruncí el ceño, no había nadie en esta habitación. ¿Ese hombre era producto de mi imaginación?

Entonces, mi vista se fijó en una de las paredes, donde había una flecha señalando a una ventana.

Fui hacia ella y la abrí con esfuerzo, ya que no tenía las fuerzas que en condiciones normales sí tendría. Asomé la cabeza y escaneé el exterior. Las vistas daban a la parte trasera de la mansión, en las que solo se podía ver el bosque de la colina.

Bajé la mirada al suelo. No era una opción lanzarme al vacío, ya que la altura era bastante

considerable. Esta era mayor a la que Alec se tuvo que enfrentar cuando yo lo empujé. ¿Para qué ese hombre me señaló la ventana si no podría salir desde aquí?

El estruendo de un cristal haciéndose añicos llamó mi atención. Me incliné más hacia afuera y miré la estrecha repisa que había bajo la ventana, donde estaba el mismo hombre frente a otra más allá, que supuestamente había roto.

Sin perder más tiempo, saqué una pierna por encima de la ventana y la coloqué en la repisa; repetí lo mismo con la otra. Me posicioné con la espalda pegada a la fachada de la mansión y, sin mirar hacia abajo, fui avanzando de lado.

Giré la cabeza hacia el hombre, y ya no estaba donde lo vi. Se tuvo que haber metido por la ventana.

Llegué a mi destino sin ningún percance e ingresé en la habitación vecina. Sin detenerme a inspeccionar nada, me dirigí hacia la salida, encontrándome con la puerta entornada.

Al salir, miré hacia mi izquierda, donde se hallaba el agujero por donde lancé a Alec. El desconocido me había mostrado otra vía para cruzarlo.

Unos pasos ruidosos me hicieron mirar rápidamente hacia el otro lado. El hombre acababa de doblar la esquina.

—¡Espera! —grité y eché a correr tras él a una velocidad lamentable.

Había recobrado un poquito de fuerzas al haber respirado aire más limpio un tiempo determinado, pero mi agotamiento me pasaría factura. La debilidad no se desprendía de mí, tan solo tenía la adrenalina centrada en huir de aquí.

Al doblar la esquina, vi al hombre entrar en otra habitación. Aceleré el ritmo lo máximo que pude y, cuando entré en esta, reparé en que se trataba de un dormitorio. Cerré la puerta para retardar que este aire se contaminara por el monóxido de carbono.

El retrato de William McClain fue lo primero que vi. Me acerqué a él y le lancé una mirada fulminante. Un arrebato de ira me impulsó a descolgar el cuadro y estrellarlo contra el suelo, quedando la imagen boca abajo. Este maldito desgraciado había marcado el destino de los McClain para siempre con sus acciones.

Capté un sobre blanco pegado a la parte trasera del cuadro. Me agaché para cogerlo y lo abrí. Jamás me había esperado lo que vi en las fotografías que William ocultó detrás de su retrato.

En cada una salían Richard y Christabella en una situación comprometedora. No hizo falta más pruebas concluyentes para saber que entre ellos dos surgió un romance. ¿Esto fue lo que originó la guerra entre los McClain y los Moore? Tal vez pudo influir este descubrimiento, pero intuía que había algo más.

Un estruendo hizo que soltara las fotografías, desparramándose todas por el suelo. El origen se hallaba detrás de una puerta que no tardé en abrir. Se trataba del cuarto de baño y había un pequeño agujero en el suelo. Me acerqué al borde para ver en el fondo al hombre caminar con rapidez. Estaba claro que él me estaba guiando, pero ¿hacia la salida de la mansión o me conducía a una trampa?

Tuve la esperanza de que fuera la primera opción y, aunque fuese la segunda, si me quedaba aquí iba a morir igualmente, así que opté por seguirlo para comprobar a qué lugar me estaba dirigiendo. La caída era menor que la de Alec porque había una pequeña montaña de escombros en el suelo, restos de azulejos y yeso.

Me senté en el borde del agujero y giré sobre mi propio eje para agarrarme a este a la vez que retrocedía. Dejé mi cuerpo en suspensión y me solté.

Como era de esperar, aterricé en los escombros y, aunque me hice daño, estos evitaron uno

mayor. Me arrastré por estos y terminé en el suelo. Con la ayuda de la pared me puse en pie para continuar mi camino. Este pasillo sería de la planta baja, donde el ambiente era mucho más denso por culpa del fuego y del humo.

Me asomé por la primera ventana que vi y me ubiqué gracias a un mapa mental que me hice del exterior. La salida se encontraba hacia la derecha, así que, sin pensarlo dos veces, eché a correr con todas mis fuerzas restantes.

Apenas podía ver con claridad, respiraba con dificultad, el picor de garganta era desgarrador y la tos seca solo empeoraba la situación. El cansancio aumentó con la compañía de los mareos.

Era la cuenta atrás y el tiempo era oro en esta clase de situación. Si perdía la consciencia, ya no saldría con vida de aquí. Seguí corriendo, ignorando como parte del techo caía tras de mí.

En el preciso instante en el que llegué al comienzo del gran vestíbulo, recibí un fuerte empujón y salí disparada hacia adelante.

Rodé por el suelo hasta aterrizar en los pies de una persona. No produje ningún tipo de movimiento. Además de encontrarme extremadamente débil, ahora se le sumaba el dolor atroz de cada parte de mi cuerpo.

Un leve quejido se escapó de mis labios y giré la cabeza para ver que unos escombros incendiados usurpaban el lugar de mi antigua posición. ¿Alguien me empujó para salvarme la vida?

—¡Rose! —Mordí mi labio con fuerza al escuchar el grito de Alec. Maldije en mi interior por su terquedad—. ¿Estás bien? —preguntó mientras me sujetaba de las axilas y me ponía en pie. Rápidamente, me agarré a su hombro cuando me tambaleé y él me cogió de la cintura.

—He tenido días mejores... —susurré. En el fondo del vestíbulo podía ver la puerta principal y el fuego nos dejaba el camino libre—. Podías haber salido de aquí. ¿Por qué no te has ido?

—¿Pensabas que iba a dejarte aquí abandonada a tu suerte? —No me dio tiempo a responder —. Además, te recuerdo que yo fui quien te metió en este embrollo. —Alec prácticamente me llevaba a rastras hacia la salida.

Al salir a la intemperie, respiré con desesperación, disfrutando como nunca había disfrutado el acto de respirar. La brisa fresca aliviaba los síntomas, obsequiándome un poco de fuerza para salir de este lugar, aunque aún no cantaría victoria hasta que no llegásemos al coche.

—Durante el tiempo que me estabas buscando, ¿te cruzaste con un hombre? —pregunté cuando recordé a ese extraño que, al parecer, me estaba guiando hacia la salvación.

—No —respondió un tanto confuso.

Salimos de la parcela de la mansión y empezamos a descender por la colina. A los alrededores detectamos que había vecinos de otras parcelas contemplando el incendio. Alguno ya habría llamado a los bomberos, así que teníamos que darnos prisa para salir de este lugar antes de que nos pillasen y tuviésemos que dar demasiadas explicaciones de cómo habíamos acabado así.

Llegamos al vehículo y Alec me ayudó a acomodarme en el asiento del copiloto. En cuanto él se puso al volante, arrancó el motor y nos fuimos de allí.

Levanté la vista al cielo. La oscuridad de la noche comenzaba a difuminarse con un tono más claro. Al menos, nos daría tiempo llegar al rascacielos antes del amanecer.

Durante el trayecto, el silencio inundó el interior del coche, pero se trataba de uno cómodo. Cuando aparcó en la calle paralela de mi destino, mi mirada chocó con mi reflejo que me mostraba el retrovisor.

Me sobresalté al ver el iris de mis ojos teñido de rojo. ¿Habían estado así en todo nuestro viaje?

«Claro. El microorganismo había estado curándome de las continuas heridas que me había estado haciendo durante la huida».

Mordí mi labio inferior con fuerza y giré la cabeza lentamente para observar horrorizada el perfil de Alec. Vi como él me miró de soslayo durante unos segundos y volvió su atención a la carretera sin objeción alguna.

—¿No me dirás nada sobre…? —No fui capaz de terminar de formular la pregunta.

—No tengo nada que decir sobre eso —contestó, dejándome más asombrada—. No eres la primera persona que he visto con esos ojos.

—¿Qué? —Estaba anonadada. ¿Había más gente en mis mismas condiciones? Joder, por supuesto que las habría—. ¿Qué sabes sobre esto?

—Nada, pero pensé que fueron imaginaciones mías. Ahora veo que no —dijo más cortante.

—Quizás algún día pueda contarte…

—Ya me lo explicarás cuando llegue el momento —me cortó—, porque deberías entrar ya.

Tomé una respiración profunda y decidí acabar la conversación aquí. Palpé el diario, el móvil y el tarro de cristal, asegurándome de que seguían en los bolsillos de mi chaqueta.

—Gracias —solté antes de salir del vehículo. No recibí ninguna respuesta por su parte.

Capítulo 24



Estaba agotada, pero tenía la estabilidad suficiente para llegar al ático sin caer de bruces contra el suelo. Antes de cruzar la entrada del rascacielos, empleé unos segundos en mirarme la cara en el retrovisor de un coche aparcado. Mis ojos volvieron a la normalidad.

Esta vez no podría volver al ático sin llamar la atención de los hombres, porque solo disponía de dos entradas y ambas daban al vestíbulo.

Me asomé por las puertas con sigilo y me sorprendió no percibir ningún tipo de movimiento. Di unos pasos al interior, desconcertada porque todo estuviera tan oscuro; así no podía ver nada con claridad.

Un ligero olor a sangre y vísceras perturbó mis sentidos. Me quedé petrificada unos segundos, procesando que lo que mi olfato percibía era real, y no otro producto de mi imaginación.

Mi corazón empezó a aporrearme el pecho, el estímulo que necesité para reaccionar. Salí disparada hacia donde se hallaban los ascensores, pero, antes de alcanzarlos, resbalé con un líquido y me caí al suelo.

No quise comprobar nada, sabía lo que era eso; incluso agradecí que toda la sala estuviera en la penumbra, ya que no deseaba ver este escenario.

Me puse en pie, medio tambaleándome, y eché a correr de nuevo. A medio camino, trastabillé contra algo y me estampé contra las puertas del ascensor, evitando que me cayera otra vez.

Pulsé el botón con insistencia, como si así llegase antes, y entré como una estampida cuando abrió sus puertas. Le di al de la última planta y apoyé mi espalda en una de las paredes. Cerré los ojos, intentando convencerme de que todo esto se trataba de otra alucinación. ¿Quién iba a entrar aquí y a matar a todos los hombres de los McClain que se cruzó por el camino?

Un goteo llamó mi atención y salí del trance. Unas gotas rojas escarlata caían de unas pequeñas grietas del techo y se acumulaban en el suelo, formando un charco.

El pensamiento de que podría haber un cadáver encima del ascensor me trastornó y comencé a hiperventilar. Volví a cerrar los ojos para no ver nada más y me concentré exclusivamente en mantener una respiración más estable.

Recé en mi interior para que no se diera un apagón de luz y me quedase encerrada en el elevador.

Con suerte, si se le pudiese llamar así, llegué a mi destino y corrí hasta estrellarme contra la puerta del ático. En este momento solo había un nombre en mi mente.

La abrí con rapidez y la cerré con cuidado. No me molesté en encender la luz, sino que me dirigí hacia su habitación. Solté un suspiro de alivio cuando vi a Cynthia dormir plácidamente.

Ya más tranquila, fui hacia mi dormitorio y me encerré en él, echándole el pestillo. Deslicé mi espalda por la puerta y me quedé sentada en el suelo con las rodillas flexionadas, pegándolas a mi pecho.

En total soledad y oscuridad me permití llorar, estaba completamente derrumbada. El miedo a estar volviéndome loca me invadió, incrementando mis sollozos.

—Rose. —Todo sonido perturbador que salía de mi interior se detuvo, aunque las lágrimas salían cayendo en silencio—. Rose. —El susurro de esa voz me era extremadamente familiar.

Con los nervios a flor de piel, me levanté del suelo y encendí la luz del dormitorio. Al principio no vi nada fuera de lo normal, así que avancé con pasos lentos hacia la cama para dejar mi chaqueta encima. Entonces, me fijé en que las puertas del balcón se encontraban abiertas de par en par.

Cuando sentí una presencia detrás de mí, me giré con brusquedad, petrificándome cuando lo vi frente a mis ojos, vivo, pero con un agujero de bala en la cabeza.

—No puede ser… —tartamudeé, retrocediendo para poner más distancia entre Nathan y yo cuando él empezó a acercarse a mí—. Tú estás muerto. —Lo señalé con el dedo.

—¿No te alegras de verme? —Su sonrisa siniestra me dejó helada. Mi amigo jamás me había sonreído de ese modo.

—No es real —susurré—. Vi cómo te mataban en ese callejón. —Mis pantorrillas chocaron con la butaca y me agarré al respaldo de esta como punto de apoyo—. ¡Yo lo vi! —insistí en un grito.

—Me mataron frente a tus ojos y tú no hiciste nada para ayudarme. Disfrutaste de la escena, ¿verdad? —Abrí los ojos como platos, desconcertada.

—¿Qué?

Me aparté del sillón y me puse al otro lado de la cama para cruzarla a pie en caso necesario, ya que Nathan continuaba avanzando hacia mí con una lentitud arrolladora.

—Yo siempre salí en tu defensa y lo sabes muy bien. En cambio, tú no moviste ni un solo dedo para defenderme. —Negué repetidas veces mientras las lágrimas seguían derramándose por mis mejillas—. ¿Y Camille? —La sola mención de mi hermana me sacó de mis casillas.

—¡Cállate! ¡No la nombres! —chillé, rozando la histeria.

—Tú la mataste, Rose. No sigas negándotelo a ti misma. —Tapé mis oídos y cerré los ojos.

—¡Mientes! —Mi grito salió quebrado—. ¡Vete! ¡Desaparece de mi vista! —Podía captar que él seguía hablando, pero no quise prestarle atención—. No es real, no es real. Tranquilízate, Rose —susurré para mí misma, una y otra vez.

Cuando sentí su tacto en mis muñecas y fue capaz de apartármelas de la cara, abrí los ojos rápidamente y lo miré horrorizada. ¡Dios mío, podía sentir que me tocaba *de verdad*!

—Asúmelo, Rose. Camille murió por tu culpa. Si no la hubieras llamado por teléfono para exigirle que viniera a por ti, seguiría viva. —Intenté deshacerme de su agarre, pero no obtuve éxito. Sus acusaciones eran como dagas que se me clavaban directamente en el corazón—. Eres una asesina. —Volví a negar, sollozando cada vez más fuerte.

—Cállate ya, por favor —le rogué, olvidándome de que yo jamás le suplicaba a nadie.

Sin embargo, Nathan no tuvo piedad de mí y siguió destrozándome.

—Casi matan a Cynthia aquella noche cuando su vehículo estalló en una explosión. Sabes muy bien que el objetivo eras tú, ella solo era un daño colateral. ¿Te das cuenta de que eres una asesina de forma directa e indirecta? —Chillé mientras luchaba contra él para que me soltara—. ¡Eres un monstruo! ¡Tú eres quien debería morir!

Entonces, me liberó de golpe y me dejé caer al suelo, abatida. Volví a tapar mis oídos para no escucharlo más y cerré los ojos, poniéndome en posición fetal. En este momento, el único sonido palpable era mi propio llanto.

Intenté calmarme, convenciéndome de que esta experiencia tan real se trataba de alucinaciones, con la clara intención de destruirme.

Mi cuerpo dio una fuerte sacudida sobre el suelo cuando golpearon la puerta de mi dormitorio con fuerza.

—¡Rose! ¡¿Estás bien?! —gritó Cynthia mientras seguía aporreando la puerta e intentaba abrirla inútilmente.

Por instinto, me levanté del suelo con una debilidad ya extrema y me dirigí a ella, pero, al pasar por el arco del vestidor, una mano me agarró del cuello, presionándolo con fuerza, y me elevó para después lanzarme hacia la pared contraria a la puerta.

Me golpeé distintas partes de la cabeza en el impacto y luego en la caída. Unos gemidos lastimeros salieron disparados de mis labios.

—Rose, ¡¿qué está pasando?! ¡Abre la puerta! —chilló Cynthia, desesperada.

La zona me palpitaba y unos hilillos de sangre empezaron a deslizarse por la frente y la sien. No tenía fuerzas para hablar, y mucho menos para gritar. Giré mi cuerpo, haciendo caso omiso al dolor que sentía, y visualicé a un hombre de edad más avanzada acercándose a mí con una sonrisa macabra.

—Bienvenida a mi pequeña comunidad, Rose Tocqueville.

Los ojos de ese hombre eran tan oscuros como la noche.

—¿Quién eres? —susurré en un hilo de voz.

—Oh, es verdad. Siento haber sido tan descortés. —Me tendió la mano. Ni loca iba a aceptarla, pero su paciencia se agotó y me agarró del brazo para levantarme sin cuidado alguno —. Puedes llamarme Eckardt.

Me dejé llevar por mis estúpidos impulsos al escuchar ese nombre y le di un puñetazo en la cara. No conseguí un resultado favorable, ya que él ni se inmutó con mi golpe y yo sentí mis nudillos arder.

La cefalea ya se estaba volviendo insoportable y la necesidad de cerrar los ojos y dejarme llevar por la oscuridad tiraba de mí con más fuerza.

Tenía que esforzarme más para mantenerme lo más estable posible, dentro del aturdimiento que el golpe me ocasionó.

—Lucian jamás debió de meterse en mis asuntos. Él no tenía que haberte infectado cuando solo recibió órdenes de llevarte a mí. Mi presencia aquí es para reparar su error —dijo.

Con esta corta explicación me quedó claro cómo se llamaba el encapuchado y que ese chico no compartía los mismos intereses que Eckardt.

—El huevo ya ha eclosionado —murmuró, deslizando su vista hacia mi pecho—. Puedo sentirlo.

Apoyé la espalda en la pared para tener un punto de apoyo, ya que mis piernas las sentía cada vez más débiles. Necesitaba dormir, pero no podía hacerlo con este hombre en mi dormitorio, amenazando mi vida.

Él tuvo que haber matado a los vigilantes del rascacielos, así que el escenario del vestíbulo no fue producto de mi imaginación. Los dolores excesivos que sentí en mi huida de la mansión McClain tuvieron que ser causa de lo que Eckardt acababa de decirme. En cambio, ¿el desconocido que me guio hacia la salida de la casa fue real o una alucinación?

—Tú me incitaste a cometer un crimen, ya que intentaste manejar mi mente —lo acusé con dificultad, recordando que estuve a punto de acabar con la vida de Richard.

—Solo intensifiqué tus propios sentimientos de ese momento. Tú deseabas matarlo, pequeña Rose. Yo solo te di el empujón que necesitabas para llevarlo a cabo. Sin embargo, conseguiste echarme de tu mente, lo que es asombroso. —La última palabra la pronunció con voz melosa—. En muy poco tiempo, lo que llevas dentro se desarrollará y quedarás a mi merced. —Dio un paso hacia mí—. Si es que no consigo acabar hoy contigo.

Ya no oía a Cynthia por ningún lado, y dudaba de que se hubiera cansado de insistir.

Cuando Eckardt quedó relativamente cerca, me hice a un lado, pero lo único que conseguí fue acorralarme yo misma en un rincón al no poder despegarme de la pared para no desplomarme en el suelo.

—¿A qué le temes, Rose? —soltó de pronto, poniéndome todos los pelos de punta.

—Jugaste con mi mente. Me manipulaste para que pudiera ver a Nathan y debilitarme. Eso ha sido cruel. —Hice caso omiso a su pregunta.

No era tan estúpida como para confesarle mis miedos más profundos que hasta yo misma reprimía en mis pensamientos para no recordar.

—Solo te hice ver lo que más deseabas ver en este preciso instante. ¿Acaso no los echas de menos a cada momento? —dijo con una sonrisa.

Estaba más pendiente de sus movimientos corporales que de sus palabras. Me había insinuado que vino aquí a matarme, así que no podía despegar la mirada de sus manos. Una de ellas la mantenía oculta detrás de su espalda, lo que me enviaba una señal de alarma.

—La verdad siempre ha estado frente a tus ojos. Tal vez te sería más fácil encontrarla si desconfiaras de aquellas personas en las que confías —afirmó.

—¿Qué quieres decir con eso? —quise saber. A malas penas podía ver que sujetaba algo en esa mano oculta.

—Esa es la respuesta a todas tus incógnitas —contestó—. La clave del saber.

Me sobresalté cuando los golpes en la puerta volvieron a escucharse con mucha más intensidad que antes.

—¡Rose, abre la maldita puerta! —Esta vez era el grito de Dylan.

Cometí el error de haberme despistado, porque, de pronto, sentí a Eckardt demasiado cerca de mí. Volví la vista a él y me quedé petrificada.

—¿Qué prefieres, pequeña Rose? ¿Causar dolor o padecerlo? —No entendí su pregunta, pero sabía que había un significado oculto en ella—. ¿Y bien? ¿Cuál es tu respuesta? —insistió.

Me centré en sus ojos oscuros y busqué algún sentimiento parecido a la compasión, sin embargo, no habitaba nada en su interior; al menos, no mostraba nada.

¿Pensaba hacerle daño a Cynthia o a Dylan, que eran los que estaban casi al alcance de mi mano? ¿Por eso me estaba haciendo esa pregunta tan mezquina?

Fuera como fuese, no pensaba permitir que les hiciera daño. Este asunto del parásito era mío y no quería involucrar a nadie más en estos problemas.

—Padecerlo. —Apenas pude oír mi voz, pero la sonrisa siniestra de Eckardt me informó de que él sí la había escuchado perfectamente.

No tuve tiempo ni de procesar lo que él iba a hacer. Levantó la daga y enterró la hoja en mi abdomen, arrancándome un grito que solo ocasionó que se incrementaran los golpes de la puerta. Ellos continuaban insistiendo en entrar, y sabía que no habría forma de que consiguieran hacerlo.

Mis piernas flaquearon al perder todo el resto de fuerza que pude mantener y mi cuerpo fue cediendo a la gravedad, pero Eckardt no me lo permitió, sino que me rodeó con un brazo, aprisionándome contra su cuerpo, y me brindó el abrazo más doloroso de mi vida mientras la hoja de la daga entraba más en mí.

Ya no tenía ni energías para gritar, así que de mis labios solo salían débiles jadeos.

Me vi en la obligación de sujetarme a él para no dejarme caer con la daga aún en mi interior y así poder evitar más desgarramiento.

El frío ya empezó a penetrar en mi sistema, lo que me hizo temblar. La respiración se me volvió más difícil y los ojos amenazaban con cerrarse.

Finalmente, Eckardt sacó sin cuidado alguno la daga de mi abdomen y me dejó caer al suelo como si de basura me tratase, llevándome otro golpe en la cabeza.

Mis fuerzas de seguir despierta se esfumaban a la vez que combatía con el dolor. Puse una mano en mi herida, taponándola con ella.

Lo último que percibí antes de sumergirme en la oscuridad fue una flecha entrar por el balcón e impactar en el cuerpo de Eckardt.

Capítulo 25



Un pitido bastante molesto invadió mi subconsciente, perturbando mi descanso. Hice el intento de abrir los ojos, sin embargo, una luz bastante luminosa me hizo cerrarlos nuevamente. Solté un quejido y levanté mis manos para frotarlos, pero sentí un leve dolor en una de ellas.

Volví a abrir los ojos y poco a poco fui acostumbrándome a la luminosidad de este lugar. Fruncí el ceño cuando reparé en que me encontraba en una habitación de hospital.

Deslicé la vista al dorso de mi mano y vi la vía intravenosa. Seguí inspeccionando el entorno, comprobando que me encontraba sola. No entendía qué hacía en un hospital, ya que no sentía molestia ni dolor de ningún tipo.

Una lluvia de recuerdos vino a mí, entendiendo al fin por qué acabé ingresada. Sin embargo, no sentía ni una sola molestia.

La puerta se abrió y vi a Cynthia con un vaso de plástico dando pequeños sorbos a su café de máquina. Todavía no se había percatado de que estaba despierta.

—¿Cómo he llegado aquí exactamente? —pregunté con voz rasposa.

El vaso que ella sujetaba casi se le resbaló de los dedos e inmediatamente su mirada se encontró con la mía.

—¡Joder! ¡Qué susto me has dado! —gritó, llevándose una mano al pecho. Dejó su vaso en la pequeña mesilla y se sentó en un lateral de mi cama—. ¿Cómo te encuentras?

—Estoy muy bien. No me duele nada.

—Eso es por la cantidad de analgésicos que te administraron. —Un atisbo de tristeza asomó por sus facciones—. Supongo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Vi lo mismo que tú cuando Jessica te arañó la cara, Rose —insinuó, refiriéndose a que quizás el microorganismo podría haberme curado—. Lo extraño es que entraste al quirófano y llevaron a cabo la operación sin incidencias, así que tu herida no tuvo que haberse curado frente a sus narices.

—La otra vez pasaron unos pocos minutos…

—Y en esta ocasión bastantes más —se me adelantó, no muy convencida—. Tal vez la tardanza se deba a la gravedad de la herida y lo profunda que haya sido.

Me incliné hacia adelante para quedarme sentada sobre la cama y Cynthia me ayudó a acomodarme mejor, colocando la almohada entre mi espalda y el cabezal.

—Tengo que salir de aquí antes de que vean que estoy bastante bien —murmuré un tanto preocupada.

—Eso es lo que menos importa ahora —se quejó, restándole la importancia que merecía esta situación—. Me desperté cuando escuché tus gritos. Intenté entrar en tu dormitorio para ver lo que te estaba pasando, pero no podía abrirla, ya que le echaste el pestillo —dijo con voz acusatoria—. No sabía qué hacer y busqué a Dylan para que me ayudara. No te imaginas la impotencia y la frustración que sentíamos cuando te escuchábamos gritar y no podíamos abrir la puerta. —Soltó un suspiro y agarró la mano que tenía libre de la vía intravenosa—. Se me cayó el mundo encima cuando te vi tumbada en el suelo, herida e inconsciente. Pensamos que ya era demasiado tarde cuando conseguimos abrir la puerta.

—¿No visteis a nadie más en el dormitorio? —Ella negó con la cabeza, mirándome desconcertada—. ¿Alguna flecha?

—Solo estabas tú, Rose —contestó—. Y ahora quiero saber qué te ha pasado.

Ahora no era el momento de contarle sobre la excursión que Alec y yo hicimos hacia la mansión McClain. Ellos dos necesitaban hablar las cosas antes, aunque no podía alargar el momento de marcharnos del ático. Tenía que sacar a Cynthia del radar de los hermanos antes de que descubriesen su verdadera procedencia.

Sin embargo, lo que sí hice fue contarle lo sucedido en mi dormitorio con Eckardt, iniciando la explicación con que me encontraba durmiendo.

Cynthia me contó sobre el alboroto que se montó por los crímenes que ese hombre cometió en el vestíbulo. Si Dylan supiese quién fue, no podría hacer nada contra él, así que era mejor que el McClain siguiese en la ignorancia. El problema radicaba en que debía inventarme una historia creíble para cuando él me interrogara.

Estaba claro que Eckardt planeó matarme, pero alguien se lo impidió. Y sabíamos de quién se trataba, ya que solo una persona usaba flechas; al menos, eso era lo que yo pensaba cuando vi al encapuchado portar un arco de diseño cuando decapitó a uno de los asesinos de Nathan en el aparcamiento del *DyJack*.

Antes de poder hablar más a solas, una enfermera entró en la habitación, arrastrando su carro de curas.

—Buenos días. Vengo a revisarle la herida y realizarle la cura —comunicó la joven mientras se acercaba a mi cama.

Por inercia, fulminé a Cynthia con la mirada. Se encontraba nerviosa por lo que estaba por venir, dándole ahora la importancia a esta situación que no le dio antes.

—¿Cuánto tiempo llevo ingresada aquí? —quise saber.

Mi discusión con Eckardt fue en el amanecer y en este momento no pasaba del mediodía. El reloj de pared que había frente a mí lo confirmaba.

—Un poco más de un día. Ingresó ayer a primera hora, estuvo en quirófano y en la sala de reanimación. Como todo iba bien, la subimos a planta —contestó.

Cynthia empezó a darse aire con la mano, manteniéndose detrás de la enfermera. Con el tiempo que había pasado, ya no habría herida que curar. Maldición.

—Hoy es tu primera cura —dijo la enfermera mientras terminaba de quitar todo lo que tapaba mi herida. Su rostro cambió de golpe, informándome así de nuestros temores—. Esto no puede ser... ¿Cómo es posible?

—¿Qué pasa? —Me hice la ingenua, como si tuviera esperanzas de estar equivocada en mis anteriores hipótesis.

—No hay herida —dijo en un susurro muy poco perceptible, aunque yo sí lo pude oír a la perfección. Los pitidos de gran intensidad y frecuentes eran los que revelaron mi estado en este instante, mi corazón latía desbocado—. Tengo que informar al cirujano. —Salió disparada de la habitación, dejando su carro de curas aquí.

—Estamos en problemas. —Miré a Cynthia con horror, y ella me respondió de la misma manera.

—¿Y si nos fugamos? —ofertó.

—Ya he despertado sospechas en la enfermera y, enseguida, en el cirujano cuando ella le informe de esto —protesté—. Fugarme nos podría dar más tiempo, pero no la solución definitiva.

Aun así, la idea fue tan tentadora que ya empecé a descolgar mis piernas por un lateral de la cama cuando la enfermera volvió a la habitación acompañada del cirujano.

Solté una maldición entre dientes y volví a acomodarme en la cama. Esta vez, me acosté para no marearme por el problemón que nos había caído encima.

La enfermera se acercó a mí y volvió a destapar la herida, la misma que ya no era visible. No tenía ninguna excusa creíble. Era imposible tenerla.

—¿Cómo te encuentras, pequeña? —preguntó el cirujano. Su último adjetivo me terminó de enfadar por culpa de Eckardt, ya que él me llamó así.

—Me vuelves a decir *pequeña*… —Hice el gesto de las comillas con los dedos—. Y te haré tragar el aparato de mis constantes vitales —dije con evidente enfado.

Pude ver que mi respuesta los asombró a ambos; más bien, a todos los presentes en esta habitación, incluso a mí. Mi mal humor estaba empeorando al sentirme entre la espada y la pared, porque no sabía cómo salir victoriosa de esta situación.

—Permanecerá en observación hasta mañana —aseguró el cirujano y posó su mirada en la enfermera—. Venga conmigo, tenemos que hablar.

Dicho eso, los dos salieron de la habitación, llevándose con ellos el carro de las curas.

—Tenemos que hacer algo —sugirió Cynthia.

Cuando iba a contestarle, algo captó toda mi atención. A través de la ventanilla de la puerta pude ver al encapuchado apoyado en la pared de enfrente. No iba con pasamontañas, como era lógico en pleno hospital, pero su capucha continuaba ocultando su identidad. Giró la cabeza hacia donde se habían marchado la enfermera y el cirujano y fue tras ellos, perdiéndolo ya de vista.

Un escalofrío me recorrió por la columna vertebral. ¿Ese chico pensaba hacerles daño para silenciarlos? ¿Por qué otro motivo iba a estar aquí?

—Él está aquí —susurré.

—¿Quién? —Cynthia miró hacia donde yo seguía observando.

—Lucian. —Dimos por hecho que se llamaba así.

—¿Qué? —Me miró desconcertada—. ¿Qué hace aquí?

—Tal vez arreglar este asunto. Al fin y al cabo, él me salvó de las malas intenciones de Eckardt, así que este error, por llamarlo de algún modo, es culpa suya.

Mi instinto me decía que tenía que confiar en el encapuchado, que él se encargaría de este problema, pero no quería que nadie muriese en el proceso.

Cynthia se sobresaltó cuando la puerta volvió a abrirse a su espalda y yo me quedé petrificada

al ver a Alec. Nada más cruzar su mirada con la de ella, se paralizó, así que acabamos los tres como estatuas, mirándonos unos a otros solo moviendo los ojos.

Entonces, mi amiga giró la cabeza hacia mí como un látigo.

—¿Qué hace este aquí? —preguntó con un desprecio hacia él.

La preocupación de que ella pudiese pensar algo que no era me embriagó. ¿Qué iba a decirle? Mirara por donde lo mirase, la respuesta la conduciría a un error.

Miré a Alec en busca de ayuda. Detecté que soltó un suspiro silencioso, listo para recibir el desplante insaciable de Cynthia.

—Necesito hablar contigo —le contestó él.

—¿Así que me has seguido hasta aquí y ahora es cuando te has dignado a aparecer frente a nosotras? —exigió saber ella.

Alec carraspeó para aclararse la garganta.

—Sí.

—Yo de ti no perdería el tiempo. Podrías marcharte de nuevo de mi vida para no volver jamás —espetó mi amiga.

Dirigí la mirada a Alec. Era palpable el dolor que las palabras de Cynthia le habían causado. Yo sabía la verdad entre ellos, así que tenía que aportar algo de ayuda para que los dos tuviesen esa conversación que tanto les hacía falta.

—La situación está bajo control —le dije a Cynthia, refiriéndome al asunto de la enfermera y el cirujano.

Si Lucian estaba presente en el hospital, era porque él pretendía encargarse del problema, ya que al encapuchado tampoco le convenía que se descubriese mi nueva naturaleza que él me impuso.

—Puedes volver al ático y descansar un poco. Yo haré lo mismo —proseguí.

Cynthia empleó unos largos segundos en procesar lo que le había dicho. Para mi sorpresa, accedió demasiado rápido, como si deseara desaparecer de la vista de Alec. Lo que ella ignoraba era que no pasaría precisamente eso.

—Está bien. No tardaré en volver. Y si pasara cualquier cosa, quiero que me llames.

Abrió la puerta y, antes de marcharse, le lanzó una mirada fulminante a Alec. El portazo que pegó me hizo encogerme en la cama por el estruendo.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó él.

—Estoy bien —contesté y cambié de tema—. Aún no tenemos coche, así que tendrá que pedir un taxi. Ve tras ella y cuéntale todo. Debemos de encargarnos de lo que dijiste para alejarla del peligro y, cuando salga de aquí, le diré que tenemos que volver a nuestro apartamento. Como ella ya sabrá la verdad, colaborará.

Alec tomó una respiración profunda, apartando cualquier emoción negativa de la cara, y asintió con la cabeza.

—Yo me encargo, no te preocupes —me aseguró.

Cuando se dio la vuelta para salir de aquí, lo detuve con mis siguientes palabras.

—Antes de reunirme contigo en nuestra huida de la mansión, encontré unas fotografías ocultas detrás de un retrato de William en su dormitorio. —Alec se dio la vuelta, frunciendo el ceño—. En ellas se reflejaba que hubo una relación sentimental entre Richard y Christabella. Eso tuvo que influir sobremanera en la guerra entre los Moore y los McClain.

—Tal vez, pero todavía hay mucho que descubrir.

Dicho eso, se marchó, dejándome sola en esta fría habitación de hospital. Solo esperaba que

Cynthia se tomara bien la verdad, dentro de lo que cabía.

Ahora que estaba sola, podía pensar con más claridad. Fugarme del hospital no era una opción, pero tampoco era aconsejable permanecer aquí después de lo que la enfermera y el cirujano presenciaron de mi herida. Tal vez Lucian se estaba encargando de ellos, aunque, de todos modos, no quería ser partícipe de lo que fuera que planeó para arreglarlo.

Lo único que se me ocurría hacer era pedir el alta voluntaria para marcharme de aquí lo antes posible. Los sanitarios no podían negarse, estuviese más grave o no.

Con esa decisión tomada, alargué el brazo para pulsar el timbre; sin embargo, antes de hacerlo, la puerta volvió a abrirse. Mi boca se abrió del asombro cuando apareció el encapuchado.

—¿Qué…?

—No hay tiempo —me cortó, acercándose a la cama—. Toma. —Dejó caer un papel encima de mis piernas cubiertas por la sábana blanca—. Tu alta voluntaria.

Cogí el informe y le eché un rápido vistazo. Efectivamente, se trataba de lo que yo le iba a pedir a una enfermera.

Si hubiese pulsado el timbre, la enfermera que me llevaba a mí no hubiera podido acudir, ya que, a estas alturas, estaría muerta o desaparecida; así que eso hubiese levantado sospechas en sus compañeros. En definitiva, habría sido una muy mala idea llamar al timbre.

Giré la cabeza como un látigo hacia Lucian.

—¿Los has matado? —quise saber.

Una de las comisuras de sus labios tironeó hacia arriba, asomándose una sonrisilla ladeada.

—No hagas preguntas absurdas y márchate de aquí —agregó y se encaminó hacia la puerta—. Conseguí tu alta voluntaria gracias a una de las marionetas de Eckardt que ya me encargué de eliminar.

Me incorporé de golpe, quedándome sentada sobre el borde de la cama.

—¿De qué hablas? —El encapuchado se detuvo con la mano puesta en la manilla—. ¿Me estás queriendo decir que hay humanos controlados por él en el hospital?

Retrocedió un paso y se dio la vuelta para mirarme. O eso parecía, porque su cabeza apuntaba hacia mí, pero la capucha ocultaba sus ojos de mi vista.

—Rose, hay marionetas suyas en todos lados. —Levantó una mano y empezó a levantar dedos mientras me enumeraba ejemplos—. Sanitarios, policías, jueces, bomberos y cualquier gremio que se te pueda ocurrir. Eckardt quiere tener el control absoluto de todo un mundo.

No me lo podía creer. ¿Había infectados rodeándonos por los cuatro costados, repartidos por todo el mundo?

—No son muchos, pero el número irá creciendo. Y estos no tienen nada que ver con el ganado del pueblo.

—¿Te refieres a los aldeanos? —No recibí ninguna respuesta por su parte—. ¿Cómo sabes que tuve esos *sueños*…?

—¿*Compartidos* con Louis Bouchard? —me interrumpió, terminando él mismo la pregunta por mí—. Conozco todo sobre *Nyx*, el nombre científico de lo que llevas dentro. —Abrí la boca para acribillarlo a preguntas, pero se adelantó—. El huevo ya ha eclosionado, así que dudo de que tengas *ese síntoma* —ironizó en las dos últimas palabras—. Continúa tomándote las cápsulas para aliviar las alucinaciones más desagradables y evita que tus emociones fluctúen peligrosamente.

—¿Por qué Louis no es una marioneta estando infectado?

—Los aldeanos fueron experimentos fallidos porque enloquecieron y tan solo son bestias descontroladas. El resto sí fueron un éxito y están perfectamente controlados por Eckardt. Louis, en cambio, es un renegado que consiguió controlarse él mismo, y eso es lo que quiero de ti.

Conforme recopilaba información, todo iba teniendo más sentido para mí y no me resultaba tan complejo de entender como sí me pasaba antes, siendo víctima de la ignorancia. Si Louis ya no iba a poder resolverme las dudas, solo el encapuchado podía hacerlo.

—Me has infectado por una razón —afirmé en un susurro.

—Sí, aunque ahora no es el mejor momento para charlar, así que cámbiate y lárgate del hospital antes de que alguien nos sorprenda a los dos —ordenó e hizo el amago de marcharse.

—¿Y tú qué eres? —le hice volver a detenerse con la mano en la manilla—. No pareces de la misma especie que el resto. El iris de tus ojos se tiñe de dorado, por ejemplo.

—Soy otra clase de experimento mucho más letal —murmuró.

—¿Y qué…?

—Controla a *Nyx*, y no hagas que Eckardt lo haga por ti, o acabará ordenándote que te quites la vida tú misma, porque él quiere verte muerta —me interrumpió con más dureza—. Has acabado en el hospital por mi causa y ya he arreglado las consecuencias. Disfruta de tener una habilidad especial, que tu organismo repare el tejido herido sin la necesidad de ayuda médica, pero ten cuidado en que nadie lo presencie o te descubrirán. —Giró la cabeza y *me miró* por encima del hombro—. Cada vez que eso ocurra, tus ojos se pondrán rojos, así que te aconsejo que uses lentillas marrones. Y recuerda que no eres inmortal. Si recibes un ataque muy grave o mortal, dejarás de existir. Y, por favor, no hagas que tenga que salvarte más veces como ya hice en el aparcamiento del *DyJack* y en esa casa en llamas.

Dicho eso, se marchó de la habitación.

Capítulo 26



Permanecí unos largos minutos tumbada en la cama, contemplando las pequeñas imperfecciones del techo del dormitorio.

Cynthia se sorprendió cuando me vio aparecer aquí antes de que ella se dirigiera de nuevo al hospital. Alec ya no estaba con ella, pero sí se encargó de contarle toda la verdad, incluso de nuestra excursión a la mansión McClain tres días atrás. Como era obvio, no le sentó nada bien que le ocultásemos una información tan importante como esta y nos ganamos su enfado justificado, aunque, al menos, estaba colaborando en su protección. Sin embargo, había un dato que ninguno de los dos le confesó: el supuesto romance que hubo entre su padre y la madre de los McClain. Todavía no estaba claro este asunto y no queríamos echarle más leña al fuego a los problemas que ella ya tenía en sí con su familia.

Cynthia le entregó toda su documentación a Alec para que él pudiese falsificarla. Valía con unas simples fotografías, pero a mi amiga le entró el pánico y no quería tener su información personal tan cerca de Dylan.

Llamé a Alec para darle las gracias, no obstante, él no cogió ninguna de mis llamadas. Supuse que estaría muy ocupado con esto.

Por otro lado, Cynthia fue la que se encargó de hablar con Dylan cuando él fue informado de mi salida del hospital. Mi amiga tuvo que esforzarse mucho para convencerlo de que mi herida no fue tan grave como parecía y me dieron el alta hospitalaria porque necesitaban la cama para otra persona en estado crítico. Las supuestas curas me las realizaba ella aquí, eso era lo que pensaba el McClain.

Para mi sorpresa, ese hombre decidió no visitarme, lo que era de agradecer. Su sola presencia me ponía bastante nerviosa y parecía que me robaba el raciocinio.

No quise pensar demasiado, pero la idea de que él me volvió a salvar me provocaba una extraña compresión en el pecho, en el que me dolía. Esta sensación no tenía explicación lógica para mí.

El aburrimiento me estaba consumiendo. Tenía la esperanza de que Cynthia decidiera hablar conmigo y solucionar su cabreo por haberme arriesgado a ir a la mansión, en cuya huida casi me costó la vida, aunque gracias a Lucian pude salir.

De todo lo que Alec le contó, ella solo mostró una emoción furiosa con este dato,

importándole poco el desconocimiento que mantenía respecto a la enemistad que había entre los Moore y los McClain, en la que su vida corría peligro. No obstante ¿hasta qué punto los hermanos querrían hacerle daño en el caso de que descubriesen su verdadera identidad?

Decidí pasar el tiempo muerto leyendo el diario de Christabella, así que me hice con él, que lo mantenía guardado en el cajón de la mesilla.

Ella lo quiso ocultar muy bien con la intención de que jamás fuera encontrado. Pero su objetivo le salió mal, ya que ese diario estaba en mis manos y lo estaba observando en este momento. Pasé la mano por la tapa de este con suma delicadeza y lo abrí.

Abril, 1989.

Deseo volver a verle. Will es como el aire mismo que respiro a cada segundo para poder vivir. Solo podíamos vernos por las noches, a escondidas de todos los ojos humanos. Padre y madre no querían que Will me cortejara, lo veían como el villano de las películas de romance.

Abril, 1989.

Hoy le confesé que no podía ofrecerle lo que él quería. Sentí vergüenza y muchísimo miedo de que él me rechazara. Pero, gracias a Dios, él no se opuso a eso. Aceptó las costumbres familiares y obtuve su respeto y comprensión.

Junio, 1989.

Me siento la mujer más feliz del mundo. Esta misma noche se celebrará la fiesta de compromiso, donde William le pedirá mi mano a padre. Jamás pensé que este ansiado día iba a llegar. No creí posible que Will se fijara en una chica como yo, tan sencilla y regida a las costumbres. Me regaló unas alhajas y un ramo de rosas blancas. Padre y madre aceptaron el compromiso, pero sabía que no lo hicieron por sus propias decisiones, sino por la mía. Él era lo que a mí me hacía feliz y eso era lo que a ellos les importaba, mi felicidad.

Junio, 1989.

La cena y el baile de compromiso fue un éxito. Siento nostalgia y una gran pena de que haya pasado con tanta rapidez. Estoy completamente enamorada de William McClain y por primera vez le temo a este sentimiento. Puedo sentir que no podré vivir sin él si algo pasara, ya que se ha convertido en mi razón de vivir. Le amo tanto... daría mi vida por él.

Esa misma noche conocí al socio de padre, quien provocó que el negocio de la familia Lombardi aumentara, haciéndonos sentir orgullosos. Poseíamos grandes riquezas. Éramos una de las familias que más dinero tenía de toda Italia. La humildad predominaba en los Lombardi y el egoísmo era nulo. Todas nuestras riquezas no eran empleadas para nuestro bienestar, ya que parte de ella la usábamos para ayudar a aquellas personas que necesitaban comida, un lugar donde vivir... lo hacíamos sin pedir nada a cambio. Lo único que queríamos era que todos

pudiéramos disfrutar de la vida misma. Padre se asoció a este hombre para que el negocio se expandiera fuera de Italia. Tenían unos buenísimos proyectos para llevarlo a cabo. Jamás olvidaré el nombre de este socio que ayudó a los Lombardi y nos hará crecer. Un hombre bastante joven, mucho más que padre y madre, de edad próxima a Will. Hablo de Richard Moore, un joven empresario de alto prestigio estadounidense.

Di un respingo sobre la cama cuando la puerta se abrió con brusquedad e impactó en la pared. El diario escapó de mis manos y cayó al suelo, en el lado contrario a la entrada del dormitorio.

Inmediatamente, me levanté por ese mismo lado y vi a Dylan de brazos cruzados, observándome con su acostumbrada frialdad.

Con disimulo, le di una pequeña patada al diario con la punta de mi zapato para ocultarlo debajo de la cama mientras mi mirada permanecía clavada en él.

—¿Dónde estuviste la noche de tu accidente? —preguntó sin mostrar ningún tipo de emoción.

Como él ya me provocaba con cada aparición, mi corazón empezó a latir frenético. No sabía con certeza de si mi valentía hacia Dylan venía a través de mi parte impulsiva, o simplemente me gustaba ser temeraria y enfrentarme a él.

—No sé a qué te refieres —dije con inocencia.

Su escaneo visual por todo mi rostro, en busca de señales que me delataran, me ponía más nerviosa.

—¿Me ves la cara de imbécil, Rose?

Por supuesto que no iba a creer en ninguna de mis excusas. Al fin y al cabo, Dylan me encontró vestida de calle, en vez de con ropa de dormir. Aun así, no perdía nada por intentarlo.

—Me quedé dormida antes de ponerme el pijama, dejándome las puertas del balcón abiertas, así que algo o alguien que no pude ver entró por ahí y me hirió. —Joder, ni yo misma me creería esta historieta.

Las facciones de Dylan cambiaron, mostrando una emoción que no deseaba despertarle: el enfado. Apretó la mandíbula con tanta fuerza que los músculos de esta se le contrajeron.

—¿Piensas que me voy a creer una mentira como esa? Sé perfectamente cómo estaban esas puertas del balcón y cómo te encontrabas tú —soltó, dejándome perpleja.

No entendía qué quería decir. Si él me vio exactamente como yo le acababa de describir, ¿por qué dudaba de mí?

—Pues eso mismo te he dicho. ¿Cuál es el problema? —dije más irritada.

—Me pasé toda una vida estudiando a los mentirosos, Rose, y te aseguro que tú mientes muy mal.

Dylan descruzó los brazos y fue acercándose lentamente a mí, lo que me hizo retroceder al compás de sus pasos, hasta que mi espalda acabó pegada a la pared. Ahora lo tenía tan cerca que tenía que levantar la cabeza para mirarlo a la cara, ya que era bastante más alto que yo.

Después de todo lo que descubrí en la mansión, no podía evitar mirar a Dylan con otros ojos. Ambos hermanos expresaron sus sentimientos más profundos en unos dibujos y William los educó de distinta manera, dejando diferentes secuelas en uno y en el otro. Además, las palabras de ese hombre me estaban martilleando la cabeza.

Una enorme necesidad de saber qué hermano era quién me embriagó, así que estaba más que dispuesta a desenmascarar a este McClain.

Por lo poco que pude deducir de los dos en sus respectivos retratos, tuve una posible teoría.

«Pongámosla a prueba», sentencié en mi mente.

—¿Por qué me miras así? —Su voz ronca me sacó de mis ensoñaciones.

Nuestras respiraciones se mezclaban entre sí por el mínimo espacio que nos separaba, lo que dificultaba mi cordura.

—¿Cómo te estoy mirando? —susurré, ya con la mente algo turbia.

—Como si me estuvieras *viendo* —insinuó con el ceño fruncido.

—Tal vez lo estoy haciendo —lo reté, esforzándome todo lo posible para que este hombre no terminara de nublar mi buen juicio.

—Pues no muestras disgusto con lo que *ves*. —Levantó una mano y ahí fue cuando le vi la pulsera de la serpiente, idéntica a la de Jackson. La posó al lado de mi cabeza, poniéndome más intranquila al sentirme enjaulada por él—. Si te gusta, Rose, es que no me estás *viendo* en absoluto. —Ladeó la cabeza, observándome de arriba abajo sin mostrarme *nada*.

—Es que no me disgusta ver que, dentro de esa armadura de acero, se oculta un hombre roto —solté sin pensar. Me arrepentí al instante de haber sido tan directa y no haber tenido un poco de tacto.

—¿Cómo dices? —La perplejidad empezó a asomar a través de su máscara impasible.

«Joder. Estaba tratando con el hermano correcto».

—La jaula es tu pasado —susurré, mirándolo ahora de una manera más intensa y comprensiva —. Estás encadenado a él porque no dejas de sufrir y te has creado una coraza para que nadie pueda verlo.

Dylan se apartó de mí a toda prisa, como si mis palabras fueran dagas que se le habían clavado en el corazón. La máscara impasible amenazaba con deslizarse de su cara y era evidente para mí que estaba luchando con todas sus fuerzas por colocársela de nuevo

Lo estaba desarmando y, como la temeraria que yo era, quería dejarlo totalmente desnudo, pero no para lastimarlo, como quizás él pensaría, sino para conocerlo *de verdad*.

—¿De dónde demonios has sacado eso? —espetó, tornándose su voz más dura y escalofriante.

Dylan perdió a su madre siendo ya un niño con uso de razón, así que pudo recibir su cariño; también le arrebataron a su mujer, que debió de amarla. Jackson, en cambio, no tuvo la suerte de disfrutar de una figura materna, así que no sentía ese amor incondicional por una madre. Además, este último no habló de Cecilia con simpatía.

Dylan era el de los dibujos que expresaban dolor y miedo, mientras que Jackson mostró una clase de odio hacia las mujeres, aunque todas se trataban de la misma, lo que podría ser Christabella; y en las facciones de ella se leía la furia, que posiblemente iba dirigida a él.

Sin embargo, Dylan me repitió hasta el cansancio que tenía que matarme mientras que su hermano se mostró muy atento a mí, aparte de agradable, incluso parecía encariñado conmigo por el pasado que nos unía. Esto no me aclaraba el acertijo de William. Parecía que Jackson se trataba del monstruo que *salvé*, el que mataría *por mí* y el que podría salvarme del otro, fuera por estar en deuda conmigo o por cualquier otro apego. Sin embargo, no lo tenía muy claro. Además, el padre habló en condicional; que *podría* pasar, y no que *fuese* a pasar.

Me iba a terminar de volver loca de tanto pensar y de analizar hasta el más mínimo detalle.

—Lo he sacado de mis suposiciones —contesté. No iba a confesarle que fisgoneé en su antigua vivienda, la que se prendió fuego por arte de magia.

—Pues supones mal —escupió más brusco—. Y te sugiero que no intentes *acercarte* a mí, porque, de lo contrario, te arrastraré conmigo al abismo.

—¿Pretendes que te tema? —proseguí atacándolo. Si había percibido como su máscara se desquebrajaba, ahora era el mejor momento para adentrarme en él—. Eso buscas, ¿verdad? —

Ahora fui yo quien empezó a romper la distancia que él puso entre nosotros—. Alejas de ti todo lo que no puedes controlar. Quizás a otras personas conseguiste espantarlas, pero esta vez has dado con una temeraria.

Cuando lo tuve al alcance de mi mano, reaccionó de una forma inesperada. Su mano salió disparada hacia mi cuello y lo rodeó con los dedos, agarrándolo con firmeza. Una exclamación se me quedó atascada en la garganta justo antes de que me girara sobre su propio eje y me estampara contra la pared.

El movimiento no me hizo ningún daño, pero sí me dispararon los latidos del corazón. Su extraña mirada solo logró provocarme un escalofrío. Este gesto le robó una sonrisa de lo más siniestra.

—Rose, Rose… —pronunció mi nombre con una sensualidad arrolladora—. ¿Conoces la leyenda de las sirenas? —Su pregunta me desconcertó, y eso fue lo que le expresé con mis facciones—. El canto de las sirenas atraía a los marineros, donde perdían el control del barco debido al aturdimiento que ese hermoso sonido producía en ellos, y acababan estrellándose contra los arrecifes. Así las sirenas podían devorar a aquellos imprudentes navegantes.

—¿Y qué pretendes decirme con esto? —pregunté con dificultad por la ligera presión de su mano sobre mi cuello.

—Te equivocaste de marinero —sentenció.

Di un respingo cuando noté su mano libre sobre mi hombro. Fue deslizándola lentamente, haciéndome sentir el frío del metal de su pulsera en mi piel, que ya comenzó a erizarse ante su tacto.

Posé las palmas de las mías en su duro pecho e intenté apartarlo de mí, pero no conseguí moverlo ni un milímetro; al contrario, fue la señal que Dylan necesitó para arrimarse más, quedando mis brazos flexionados y aplastados entre nuestros pechos.

Un miedo irracional fue recorriendo cada terminación nerviosa de mi cuerpo. Estaba segura de que a él no le temía; sin embargo, había algo en nuestra cercanía que sí me producía ese temor.

—Te di varias oportunidades para que te alejaras de mi familia —dijo con voz melosa. La brisa de su aliento acariciaba mi rostro—. Pero *creo* que ya es demasiado tarde. —Esto lo dijo más para sí mismo que para mí—. No estoy seguro.

El no entender sus palabras solo incrementaba más mi nerviosismo. Dylan siempre empleaba los dobles significados, casi nunca hablaba de forma literal, lo que me preocupaba.

El simple hecho de que me confundiera con cada encuentro que teníamos, ya me estaba haciendo perder el control de mantener la boca cerrada. Tuve la enorme necesidad de atacarlo de vuelta, de ocasionarle esta confusión que él provocaba en mí.

—¿Estás seguro de que llevas la máscara imperturbable puesta?

Dylan frunció el ceño, aunque su mirada se le desvió un instante hacia mis labios.

—No uso ninguna máscara. —Eso no se lo creía ni él.

«Comprobemos qué verdad tiene lo que acababa de decir».

—Tu antifaz impasible podrá ocultarle al mundo la tormenta emocional que llevas dentro, pero conmigo no sabes usarla —le lancé con pocos miramientos—. El sufrimiento lo enmascaras con la insensibilidad, aunque no te culpo de que *intentes* escondérmelo —le insinué y una pequeña sonrisa tironeó de mis labios—. ¿Por qué no aceptas lo que verdaderamente *sientes*? ¿Por qué no te dejas a ti mismo expresarte con *la verdad*?

—No sabes lo que estás diciendo —gruñó.

Dylan hizo el ademán de alejarse de mí, soltándome del cuello, pero no se lo permití. Cuando

pude mover los brazos con libertad, lo agarré de la camisa, arrugándola en mis puños.

—¡Acéptalo, Dylan McClain! ¡Finges ser un hombre fuerte e indestructible, pero en tu interior solo hay un hombre roto en busca de algo de cariño, el mismo que se te fue negado! —Sus facciones se crisparon, mostrándome ya algo más que la indiferencia, y no hizo ningún intento por zafarse de mi agarre—. Te enamoraste de la mujer equivocada y ella te rompió el corazón —proseguí, arriesgándome a hacerle perder la paciencia conmigo. Vi que le había tocado una fibra muy sensible, porque me lanzó una mirada oscura, entrelazada con una que poseía un ligero dolor—. Si tanto odias a tu padre, ¿por qué te empeñas en ser como él? —me atreví a presionar.

Acababa de exponerme demasiado, al igual que a Jackson, ya que le chivé con mis palabras que sabía bastante de su pasado; sin embargo, no me importó.

Tampoco entendía mi necedad por desnudarlo. Dylan me debería de importar una mierda; en cambio, me sorprendía ver que ansiaba saber más de él, lo que me convertía en una auténtica suicida.

El McClain me agarró de las muñecas con fuerza y me empujó con su propio cuerpo contra la pared de nuevo. Si antes estuvo cabreado, ahora estaba más que furioso.

—¡¿Ser un monstruo?! —gritó y me puso los brazos por encima de mi cabeza, empleando solo una mano para inmovilizarme ambas muñecas—. Lo soy.

Su voz lúgubre me envió un fogonazo de nervios por todo el cuerpo. Me faltaba poco para que mis piernas temblaran, aunque lo evité a toda costa. Se me cortó la respiración cuando acercó sus labios a mi oído.

—No busques algo bueno en mí porque no lo vas a encontrar —ronroneó. Me petrifiqué cuando sentí la punta de su nariz deslizarse por toda la longitud de mi cuello—. Te estás metiendo muy hondo, Rose, y ahora tendrás que afrontar las consecuencias de tu valentía suicida. —Lo sentí olfatearme, embriagándose con mi perfume—. No hay lugar en este mundo donde puedas esconderte de mí, *ya no*.

El miedo se apoderó de mí y unos leves temblores se irradiaron por todo mi cuerpo cuando posó una mano en mi pecho, a la altura del corazón.

Estaba convencida de que Dylan no me haría daño, así que continuaba sin temerle a él. No obstante, le tenía pánico al lugar donde el McClain podría hacerme caer. Porque sí, era consciente de que me estaba arrastrando a *algo* aún desconocido para mí.

—Se me conoce como el *Rey de la Oscuridad* —murmuró, enredando sus dedos en la cadena del colgante de mi hermana—. Y tú te empeñas en verme como el *Prisionero de la Oscuridad*.

—Tal vez esa fue tu transición.

¿Por qué demonios no podía mantener la boca cerrada con él? No solo era impulsiva, también masoquista.

—Quizás ya hayas liberado al monstruo de su jaula. —Empezó a tirar levemente de mi collar, atrayéndome a él—. Dime, Rose, ¿serás capaz de domar a la bestia? —Ladeó la cabeza y fue acercando su rostro al mío, al mismo tiempo que seguía tirando de mí.

Parecía que mi corazón ansiaba salirse de mi pecho conforme sus labios y los míos quedaban cada vez más cerca.

Debería darle un rodillazo en su entrepierna y quitármelo de encima ahora que tenía la oportunidad. Sin embargo, me quedé paralizada, esperando a *sentirlo*.

Cerré los ojos por instinto y sus labios rozaron los míos con suavidad. Esto envió una especie de corriente eléctrica a cada rincón de mi cuerpo.

Quise liberar mis brazos y enterrar mis manos en su cabello moreno y ligeramente largo. Mi

mente estaba hecha un auténtico caos.

Abrí la boca para darle una clara invitación a que explorase mi boca. No obstante, en cuanto su lengua rozó la mía, Dylan me soltó las muñecas y retrocedió tan rápido que apenas pude procesar que acababa de haber un beso entre nosotros.

Me miró con tanta mezcla de emociones que no pude ser capaz de distinguir una sola en ese torbellino.

Me encontraba muy aturdida. ¿Qué había pasado?

—Te equivocaste de marinero —escupió, fulminándome ahora con la mirada.

Dicho eso, se marchó del dormitorio pegando un fuerte portazo, dejándome en una completa soledad con mi mente en un desorden monumental.

Capítulo 27



Dylan McClain

Entré en una de las salas en las que creábamos las armas que había en el *DyJack*. Dentro ya se encontraban Sean y Josh, mi *Caporégime* y mi *Consigliere*, junto con varios que estaban trabajando en sus respectivos lugares.

Sean me llamó en cuanto puse un pie fuera del ático de Jackson para informarme de que un chico quería hablar conmigo. Sin embargo, todas las caras de esta habitación me resultaban conocidas, así que aquí no estaba esa persona.

Esto ya se trataba de negocios, con lo cual, expulsé la imagen de Rose de mi cabeza. Ahora no era el momento de pensar en ella ni en nada que tuviera que ver con esa mujer, que lo único que me aportaba era *desequilibrio*.

—Tienes mala cara —dijo Josh, pegándose a mí para que ninguno de mis hombres detectara la confianza que tenía él al hablar conmigo.

—Yo diría que tiene que ver con una morena en específico —soltó Sean, acercándose a nosotros—. Es la única persona capaz de ponerte de los nervios con una sola palabra.

Fulminé a los dos con mi mirada más tenebrosa; a Sean por su estúpido comentario fuera de lugar y a Josh por sonreír socarrón.

—Prácticamente yo fui quien cuidó de ti, así que te conozco como si fueras el hijo que nunca pude tener —continuó Sean, sacando mi parte más *noble*, porque con él jamás podría ser malévolo.

—Y para mí eres mi padre, *el único* que tuve —dije de vuelta.

Josh carraspeó, llamando nuestra atención.

—Si ya habéis terminado de expresaros un cariño que para mí nunca pasó desapercibido, podemos ocupar nuestros puestos —intervino, borrando todo rastro de diversión en sus facciones —. El chico está siendo conducido hacia aquí y estará al llegar.

Esto último lo dijo en voz alta, provocando que el resto de hombres dejaran de hacer sus labores y se pusieran en pie con sus manos ya puestas en sus armas.

Cuando la puerta se abrió y los dos vigilantes del club empujaron al chico al interior de la sala, todos lo apuntaron con las pistolas, excepto yo, que era quien les daría la señal de disparar o no,

dependiendo de si esta persona conseguía sorprenderme tanto como para perdonarle la vida por semejante atrevimiento de buscarme sin ser citado. Y desde luego que sabía cómo encontrarme, así que debía de tener mucha información de mi familia, lo que le restaba puntos de supervivencia.

El desconocido me mantuvo la mirada sin vacilar, lo que me hacía ver que era valiente, pese a ser consciente de dónde se estaba metiendo.

—¿Quién eres? —quise saber.

—Soy Alec Salazar y me dirijo a usted para unirme a su organización —contestó con tanta seguridad que les arrancó una risa a todos mis hombres; y a mí, una sonrisa macabra.

—¿Y por qué debería aceptar tu petición? —Levanté ambas cejas, cruzándome de brazos—. ¿Qué podrías aportarme tú que sea beneficioso para mí?

—Manejo demasiado bien el mundo de la informática, en especial, su lado oscuro.

El muy cabrón fue capaz de sonreír, mostrándome una valentía impropia en una persona que estaba siendo sentenciada a muerte. Esto solo hacía llamar más mi interés en indagar sobre su vida.

Giré la cabeza y le eché un vistazo a Josh.

—Parece que quiere quitarte el puesto —le dije un tanto jocoso.

—No viene mal tener un compañero de *fechorías* —el aludido se encogió de hombros—, aunque deberíamos ponerlo a prueba y ver qué tan bueno es.

—Siempre puedo demostrarlo volviendo a *hackear* el sistema de la nueva empresa de Richard Moore —ofertó Alec, dejándonos a los dos perplejos.

—¿Nueva empresa? —preguntó Sean con el ceño fruncido.

Este dato se nos pasó por alto. No solía estar muy pendiente de Richard últimamente por mi afán de estar pensando en la dichosa morena que mencionó mi *Caporégime*. De hecho, esa mujer me desviaba de mi verdadera razón de vivir: vengar la muerte de mi madre, lo que conllevaba eliminar a todo aquel que colaboró en el crimen, incluso a su descendencia.

—Sí. Se llama *Esmerald's* y muy pronto será la inauguración, así que lo hará público —explicó Alec.

El chico seguía sin mostrar preocupación ni incomodidad por tener varios cañones de armas apuntándolo en todos los ángulos de su cabeza.

—También sé que Richard se alió con un hombre joven, convirtiéndolo en su socio —prosiguió Alec.

—¿Y por qué lo investigas? —exigí saber.

—Porque ese hombre tiene unas cuantas deudas que saldar conmigo. —Su respuesta solo consiguió despertar más mi curiosidad—. No es ningún secreto para mí que usted lo odia y busca venganza por algo que no es de mi incumbencia. Y antes de que me lo pregunte, sé este tipo de cosas porque quiero unirme a su organización y para eso hay que aportar un *beneficio*, como bien lo llamó usted.

Desde luego que este chico estaba consiguiendo sorprenderme, solo un poco, aunque no era suficiente para aceptarlo en mi familia, convirtiéndolo primero en un *Associato* antes de ingresarlo *de verdad*.

Levanté una mano y empecé a hacer la señal que indicaba que lo cosieran a tiros, pero Alec supo interpretarla antes de tiempo y me detuvo con la mano en el aire con lo que dijo a continuación.

—La hija de Richard Moore está a su lado —soltó casi en un grito firme—. Sé que la está

buscando desde hace mucho tiempo y yo sé quién es. —Bajé el brazo, atónito por dentro e impasible por fuera—. Las palabras se las lleva el viento y por eso tengo las pruebas definitivas para demostrarlo.

—¿Cuáles? —Ahora este idiota me tenía donde él quería. Había descubierto mi punto más frágil para poder acceder a mi familia. Supuse que lo que Alec quería era venganza contra Richard, lo mismo que yo.

—Si me permite, tengo que sacar un sobre que tengo en el abrigo —me pidió, ya que ese movimiento podía activar nuestras alarmas al instante, lo que le haría ganarse una muerte instantánea.

Asentí con la cabeza. Todos los presentes en esta sala estuvimos muy atentos a cada movimiento que hacía para sacarse el sobre blanco.

—Aquí está la documentación de la hija que os estuvo ocultando. —Me tendió el sobre.

Lo acepté con una cierta desconfianza, ya que no tenía ni la más remota idea de cómo este chico sí pudo conseguir esta información, en la que mi hermano y yo estuvimos trabajando sin éxito.

En realidad, me encontraba trabajando en el pasado de mi familia biológica cada día, ya que era consciente de que había muchos datos que mi padre mantuvo en secreto. Uno de ellos era el de la maldita enfermera.

Abrí el sobre y, esta vez, no pude ocultar una emoción de mi cara cuando comprobé de quién se trataba la hija.

Sean fue quien habló, porque yo estaba sumergido en mis tormentos personales.

—Te pondremos una serie de pruebas, en las que tendrás que mostrarnos tu lealtad hasta que te ingresemos en la familia. Mientras tanto, permanecerás en constante vigilancia —le advirtió mi *Caporégime*.

La furia corría por mis venas, haciéndome olvidar la importancia que tenía esa persona, porque debía acabar con su vida, me gustase o no.

—Voy a matarte, *rubia*.

Capítulo 28



El sol se situaba en el punto más alto, arrojándome encima unos rayos bastante molestos para mis ojos. No era fotofóbica, ni de lejos, pero, desde que era portadora de un parásito que no fue investigado por la ciencia legal, no soportaba el exceso de luz como antes sí lo hacía.

Cynthia me consiguió unas lentillas de mi color natural, como bien me sugirió Lucian, así que, si los iris se me volvían a teñir de rojo, no serían percibidos por nadie.

Esta misma mañana nos encontramos con la sorpresa de que Dylan nos había obsequiado un coche, pero no uno cualquiera, sino un deportivo rojo: un *Ferrari*. Iba a resultar muy difícil no llamar la atención con un vehículo tan ostentoso, hecho que siempre nos había molestado.

Caminábamos por la *Quinta Avenida*, una de las calles comerciales más importantes de Nueva York.

Una extraña sensación me embriagó en cuanto una mujer pasó por mi lado, rozándome el brazo cuando íbamos a esquivarnos. Paré en seco y giré para encontrarme con su mirada desconcertante.

Ella me escaneó con total descaro y sonrió. Cuando desapareció de mi vista, perdiéndose entre la multitud de la gente, esa extraña sensación desapareció instantáneamente.

—¿Qué te pasa?

—No lo sé. —Puse mi atención en Cynthia—. He sentido algo cuando esa chica ha pasado por mi lado y, al parecer, ella también lo sintió.

—¿De qué sensación estás hablando? —volvió a preguntar.

—No sabría explicar, fue algo parecido a... —Hice una pausa y busqué la mejor definición para describirla—. Hormigueo en el pecho. —Cynthia estaba tan atónita como yo ante este suceso—. No importa. —Hice un ademán con la mano, restándole importancia al asunto.

Entramos en Central Park y nos dirigimos a su antiguo embalse *Jacqueline Kennedy Onassis Reservoir*. Acudíamos a este lugar cada vez que necesitábamos unos momentos de tranquilidad.

No hacía falta que mirara sobre mi hombro para comprobar que los hombres de los McClain estaban detrás, vigilándonos o protegiéndonos, no sabría especificar ya.

Esto me condujo a pensar en Dylan y en lo que pasó en nuestro último encuentro. Él me había besado y yo le correspondí ese beso, pero, en cuanto nuestras lenguas se rozaron, se alejó de mí

como si mi tacto le hubiese quemado o, quizás, asqueado.

De hecho, su reacción era lo que menos me importaba ahora, sino mi preocupación de terminar cayendo en *algo* que no desearía jamás caer: un amor peligroso, prohibido o no correspondido.

Por supuesto que no sentía amor por Dylan, pero todo él me llamaba, atrayéndome más al McClain. Sabía que, si continuaba dejándome llevar por ese *canto*, acabaría en sus redes *de verdad*, lo que sería mi perdición.

—¿Crees que esa sensación podría tener relación con el *nacimiento* de *Nyx*? —Al llegar al embalse, nos sentamos en el césped del borde de este.

—Podría ser —murmuré mientras pasaba la palma de mi mano por las puntas del césped recién cortado—. Al fin y al cabo, toda rareza que antes no sentía se la debo a ese estúpido parásito.

Solté un sonoro suspiro y clavé la mirada en el agua tranquila y cristalina del embalse. Los rayos del sol reflejaban en la superficie de este, produciendo un hermoso espejismo.

—Un día te acuestas, pensando en tu rutina tan rutinariamente rutinaria, deseando salir de esta, y otro día te levantas arrepintiéndote de ese estúpido pensamiento —dijo Cynthia. Sentí su roce en el dorso de mi mano que seguía manteniendo en el césped y le dio un leve apretón, suficiente gesto para transmitirme su apoyo—. Todavía estoy asimilándolo y he de decir que me está costando un gran trabajo. Romper de un día para otro con tus propias creencias y perspectivas de ver este mundo no es nada fácil. —Bajé la mirada—. Pero quiero que sepas que, seas lo que seas y te conviertas en lo que te conviertas, siempre estaré a tu lado —juró a la vez que su apretón de mano se intensificó.

Cynthia estuvo molesta conmigo desde que Alec le contó la verdad, y era comprensible, ya que la información que le ocultamos tenía suma importancia, en especial, para ella.

—Lo sé.

La tristeza se abrió paso en mi interior, acompañando al dolor y al miedo que empezaban a formarse. Admitía que sentía miedo a lo desconocido, temor a perder a más personas cercanas a mí y pánico a ser yo misma quien acabara con sus vidas. ¿Y si Eckardt conseguía tomar completamente el control sobre mí y me ordenaba que las asesinara antes de suicidarme?

Un escalofrío me recorrió desde los pies hasta la cabeza. Más tarde tendría una conversación con Cynthia respecto a esto, pero hoy quería que fuese ella quien me expresase sus temores. Desde que se enteró de la verdad, no habló conmigo de ello y estaba segura de que estaba preocupada.

Me acomodé mejor sobre el césped para quedar de frente a ella.

—Tenemos que irnos pronto del ático —empecé, rompiendo el hielo.

—Cuando *él* se encargue de ponerme a salvo, no correré ningún peligro con *ellos* —dijo en clave, refiriéndose a Alec y a los McClain. No teníamos a los escoltas pegados a nosotras como para oírnos, aunque no podíamos arriesgarnos—. No puedo negarte que el temor está aquí —se puso una mano en el pecho, a la altura del corazón—, pero más me preocupa las razones que *todos* tienen para odiarse tanto como para querer lastimar a los inocentes que los rodea —confesó.

Unos motivos que ni ella ni yo sabíamos, porque lo del supuesto romance que hubo entre Richard y Christabella no fue suficiente para librar una guerra. Alec se estaba callando información relevante, ya que él libraba otra guerra con los Moore.

—Al menos, entre Alec y yo ya no hay malos entendidos —murmuró.

—¿Habéis vuelto? —pregunté con curiosidad.

—No. —Soltó un suspiro y apartó la mirada de mí para enfocarla en el tranquilo estanque—. Me oculta cosas todavía. No llegó a decirme por qué me dejó sin despedirse siquiera, tan solo que tuvo que hacerlo y que no tenía nada que ver conmigo, ya que sus sentimientos por mí no murieron en ningún momento.

Vaya. Al parecer, Alec no fue generoso en hablarle sobre su enemistad con su padre, la verdadera razón de su marcha.

—¿Y sabes algo de él? —quise saber, ya que Alec seguía sin coger mis llamadas para agradecerle por todo lo que estaba haciendo.

Cynthia negó con la cabeza, aún con la vista perdida en el agua cristalina.

Su desaparición era sumamente extraña. Quizás estuviese ocupado falsificando la documentación de Cynthia.

Después de pasar unos treinta minutos más gozando de la paz que nos otorgaba este lugar, rememorando recuerdos buenos de nuestra infancia, decidimos volver al ático.

Doblamos la última esquina que nos faltaba por pasar para ver a nuestro flamante *Ferrari* y nos detuvimos en seco ante semejante espectáculo.

Richard Moore y su mujer Alessa se encontraban en lo alto de unas escaleras de calle que conducían a la entrada de un alto edificio. Los dos se estaban dirigiendo a un grupo de periodistas con micrófonos y otros los enfocaban en todo momento con las cámaras.

Cynthia y yo nos acercamos para ver de qué se trataba esto. Nos quedamos más apartadas, pero lo suficientemente cerca para escuchar las palabras de Richard.

—Es un honor para nosotros presentaros nuestra nueva empresa, así que en unos días se dará la fiesta de inauguración de *Esmerald's*, donde también os presentaré unos nuevos productos que pronto podréis obtener en cualquier local de cosméticos de todo el país y, más adelante, fuera del mismo. Para finalizar, les brindaremos una pequeña introducción sobre el nuevo proyecto de esta empresa —empezó a explicar.

Cynthia no pudo contenerse y se acercó más al grupo de personas, dejándome atrás. Yo no podía moverme, estaba alucinando con el cambio que habían pegado los Moore.

Alessa usaba una vestimenta que la hacía parecer más distinguida, junto con unos guantes a juego con su abrigo de visón. Richard llevaba puesto un traje de etiqueta y, aunque él siempre fue de trajes, no solía lucir marcas tan costosas. A decir verdad, últimamente andaba desaliñado, como si hubiese estado sumergido en una profunda depresión, y ahora parecía haber salido de ella.

Me eché a un lado sin mirar y me estrellé contra un cuerpo, provocando que la correa del bolso se deslizara por mi hombro y todo su contenido se desparramara por el suelo.

Por instinto, ambos nos agachamos para recoger las cosas.

—Lo siento. —Reconocí esa voz al instante y levanté la mirada para comprobar si se trataba de la persona que tenía en mente.

Antes de poder mediar palabra con él, noté que intentaba ocultarse con mi cuerpo y me lanzó una mirada que supe leer como una clara advertencia. Alguien había a nuestro alrededor, observándonos con atención.

Alec me estaba ayudando a recoger mis cosas y a guardármelas en el bolso, pero no pasé por alto que metió un pequeño sobre.

No articulé palabra alguna. No era estúpida y pude captar que algo malo estaba pasando y tan solo disimulaba.

Cuando nos levantamos, volvió a disculparse con una sonrisa amable y desapareció de mi vista.

Fui a buscar a Cynthia sin mostrar ninguna prisa y la cogí del brazo para que siguiéramos nuestro camino al *Ferrari*. Ella tampoco era tonta y sabía que algo estaba ocurriendo.

Una vez resguardadas dentro del coche, le expliqué lo que acababa de pasar con Alec y Cynthia rebuscó dentro de mi bolso para sacar el sobre que él me había entregado.

—Cynthia Morrison —murmuró, observando su nueva documentación—, pero aquí también hay una carta.

—No la abras aquí —le pedí—. Hagámoslo cuando estemos en el ático para no levantar sospechas, ya que, aunque no lo veamos, tenemos varios pares de ojos encima nuestro.

—De acuerdo —coincidió y lo guardó todo en mi bolso.

Una vez en el ático, nos encerramos en mi dormitorio y nos acomodamos sobre la cama. Cynthia no tuvo paciencia y sacó la carta con las manos un tanto temblorosas por el temor hacia lo que nos podríamos encontrar en las letras de Alec.

Mi querido amor, tengo muchas cosas que decirte, pero ninguna palabra podría definir o asemejarse a todo sentimiento que tú has creado en mí. Iré directo al centro del asunto, ya que tiempo es lo que menos tengo en estos momentos. Necesitaba repetirte de nuevo que te amo y que siempre lo he hecho.

En el nombre de este puro y limpio amor que siento por ti, he ensuciado mi imagen, cometiendo un crimen de forma indirecta, pero que nunca me voy a arrepentir. Por tu seguridad soy capaz de todo y, por ello, una persona perderá la vida, la misma persona que podría delatar tu verdadera identidad. He matado dos pájaros de un tiro. Con la supuesta muerte de la hija de Richard, los McClain dejarán de indagar. Espero que alguna vez puedas perdonarme. Yo siempre esperaré por ti con paciencia y perseverancia. Quema estas pruebas, mi amor.

Alec Salazar.

Capítulo 29



Dylan McClain

Subía las escaleras del pequeño edificio muy despacio, como si en lo más profundo de mi ser quisiera retrasar este momento. Sentía que las piernas me pesaban más y más con cada paso que daba hacia su apartamento.

«No *quiero* hacerlo, pero *debo* hacerlo», me repetí por enésima vez en un vago intento de hacerme sentir un poco mejor.

Mi venganza era mucho más importante que cualquier sentimiento que pueda albergar dentro de mí. Mi madre necesitaba descansar; y yo, encontrar la paz.

Esta noche no quería mancharme las manos de sangre, así que sería una muerte más limpia; tampoco quería hacerle sufrir, sino otorgarle la máxima rapidez en su ascenso al cielo.

Me encontraba vestido de negro, con unas botas militares dos números más grandes y unos guantes gruesos. La braga de cuello la mantenía arremolinada en este, aunque la capucha de la chaqueta cubría ya gran parte de mi rostro. Podría haber ojos curiosos detrás de las mirillas de las pocas puertas que me cruzaba por el camino.

Cuando llegué a mi destino, mis dedos se quedaron paralizados a unos milímetros del timbre. Agaché la cabeza y cerré los ojos, centrándome en apartar cualquier emoción que pudiese intervenir en mi deber.

«Richard colaboró en el crimen de tu madre, *tu Dios, tu todo*. Él merece sentir este dolor de la pérdida que te sigue carcomiendo las entrañas», me recordé.

—Tiene que hacerse —musité.

Abrí los ojos y toqué el timbre con mi mano libre, ya que con la otra agarraba la bolsa de churros con chocolate, su adicción que hoy acabaría matándola.

La puerta se abrió y Jessica me recibió cubierta con un albornoz. Al parecer, la pillé en la ducha. Una sonrisa iluminó su rostro cuando reparó en lo que tenía en la mano.

—¿Por qué no me has avisado de que venías esta noche? —Intentó reprocharme, pero no pudo ocultar su entusiasmo.

Ella jamás sospecharía de mi vestimenta porque, cada vez que la visitaba, hacía todo lo posible por ser discreto. En el plano sexual me gustaba serlo. No me importaba que mi

reputación se ensuciara por acostarme con una prostituta, ni mucho menos, pero no podía evitar ser extremadamente reservado hasta en mis momentos de *ocio*. No me interesaba que alguien me *viera*, que alguien me *conociera*. Sin embargo, para mi mala suerte, una maldita mujer sí conseguía traspasar mis barreras de defensa.

—Necesitaba verte. —Me encogí de hombros.

La sonrisa de Jessica se ensanchó todavía más y se hizo a un lado para invitarme a pasar.

Una vez dentro, ella cerró la puerta y me guio a su dormitorio, aunque ya me conocía el camino de sobra de tantas veces que lo recorrí. No obstante, últimamente lo hacía con menos frecuencia por no tener la mente en condiciones.

Desde la *reaparición* de Rose en mi vida, todo iba mal en mí. Me faltó muy poco para alejarla de mi familia para siempre, pero el destino me la jugó y la puso enfrente de mi hermano justo antes de conseguir que nos mudáramos de ciudad, alegando que ella ya no se encontraba en Nueva York. Jackson hubiese ido tras *un fantasma* durante el resto de nuestra vida.

Rose se condenó a sí misma. ¿No podría haber elegido ir al centro comercial con Cynthia dos días más tarde? Tantos años evitando esto y la muy estúpida la cagó en el último momento, echándolo todo a perder.

«Muy en el fondo te alegras de no haberla alejado de tu familia, porque solo querías alejarla de Jackson».

Apreté la bolsa con fuerza. ¿De dónde había venido ese pensamiento?

—Trae.

Jessica me la arrebató de la mano y se sentó en el borde de la cama. Este gesto me hizo despistarme y conseguí salir de mis ensoñaciones, pero para ingresar en otro tormento peor.

—¿Por qué tienes esa cara? —me preguntó mientras sumergía un trozo de churro en el chocolate—. Parece que estás luchando con tus demonios *de nuevo*.

—Estoy bien.

Me senté a su lado y la observé comer en silencio. Jessica tenía una música ambiental, algo que siempre hacía cada vez que nos veíamos.

Mientras esperaba a que la chica consumiera todo el chocolate, que era lo que más me interesaba, mi mente divagó por mi última conversación con Rose.

«—Tu antifaz impasible podrá ocultarle al mundo la tormenta emocional que llevas dentro, pero conmigo no sabes usarla. El sufrimiento lo enmascaras con la insensibilidad, aunque no te culpo de que intentes escondérmelo. ¿Por qué no aceptas lo que verdaderamente sientes? ¿Por qué no te dejas a ti mismo expresarte con la verdad?»

«—Se me conoce como el Rey de la Oscuridad. Y tú te empeñas en verme como el Prisionero de la Oscuridad.

—Tal vez esa fue tu transición.

—Quizás ya hayas liberado al monstruo de su jaula. Dime, Rose, ¿serás capaz de domar a la bestia?»

Esas últimas palabras de Rose fueron el último giro que dio la llave de mi jaula para abrirla. Intentaba no salir de ella, pero ansiaba hacerlo. Esta mujer me había liberado al empeñarse en *verme* porque me hizo sentir lo que solo mi madre pudo hacerme sentir: *protección*.

Sí, Rose me estaba protegiendo sin darse cuenta. Con sus constantes sugerencias sobre mi

persona, ella evitaba que me olvidase de quién era yo. Cuando vivías tanto tiempo bajo la prisión del *pasado*, se corría el riesgo de perderse en el camino de vuelta al *presente*. Ella era quien me estaba guiando hacia la salida para poder disponer de un *futuro*.

Y, lamentablemente para Rose, me estaba aferrando *demasiado* a ella. Jackson la vería como a *una madre*, pero yo podría verla como a *un Dios* si no le ponía freno.

—Me estoy mareando —murmuró Jessica, liberándome de mi propia mente. Giré la cabeza y la vi frotarse las sienes con los dedos de las manos—. No me encuentro bien.

—Eso es por la droga que te he administrado con el chocolate —le confesé y ella me miro confusa.

En realidad, esa mezcla también contenía un antidepresivo, pero eso no se lo dije. En sangre tenía que tener ese fármaco para que todo esto fuera más creíble.

No podía matarla con mis propias manos, porque Jessica marcó un antes y un después en mi vida; sin embargo, tenía que morir y ella misma sería quien se la ocasionase.

Aparté cualquier sentimiento perturbador cuando la culpabilidad y el dolor hicieron el amago de asomar por mi mente. No podía dejarme llevar por las emociones.

Jessica se puso en pie entre tambaleos y me miró con miedo. Era la primera vez que ella me miraba de esta forma, ya que jamás le di motivos para temerme, excepto hoy.

—Que has hecho, ¿qué?

Me levanté lentamente con mi vista fija en ella.

«Jamás hubiera sospechado de ti porque nunca me dijiste tu apellido, solo tu nombre», quise reprocharle, pero me contuve.

Quizás Richard y su hija estaban aliados contra mi familia, no lo sabía, y tampoco quería darle más vueltas al asunto.

—Lo siento —me disculpé sinceramente, pero ella no me creyó a juzgar por sus facciones—. Una parte de mí morirá esta noche, contigo, te lo prometo.

Jessica pasó por mi lado, dándome un empujón con su hombro al perder el equilibrio mientras intentaba huir de mí. La habitación tenía que darle vueltas y más vueltas.

Le bloqueé rápidamente el paso hacia la salida del dormitorio.

—¿Por qué? —gimoteó.

Comencé a acercarme a ella despacio, haciéndole retroceder al compás de mis pasos hacia las puertas abiertas del balcón.

—Tu fantasma me seguirá por el resto de mi vida. —Me subí la braga de cuello. Entre la capucha y esta tela, solo se me podían ver los ojos, unos que no expresaban el verdadero tormento que llevaba dentro del alma—. Sé que pagaré bien caro esta decisión, pero mi madre es más importante que tú y que yo.

—No lo entiendo —susurró, cada vez con más dificultad—. He hecho todo lo que me has pedido sin objeción alguna, incluso hacerle más difícil a Jackson que consiga el corazón de Rose dejando toda esa ropa en su ático y…

—Y también le has insinuado cosas sobre nosotros —la interrumpí, recordando las acusaciones constantes de Rose respecto a Jessica.

—¿Por eso quieres matarme? —Negó con la cabeza mientras las primeras lágrimas se abrían paso en ella.

—Nunca te he considerado un estorbo en mi vida, Jessica —le aseguré. No quería que se fuera de este mundo pensando lo peor de mí—. Esto solo es un trueque. Una vida por otra.

La droga les restaba velocidad a sus sentidos ya de por sí retardados, aparte de suprimirle su

instinto de supervivencia. Tal vez ni era consciente de que se estaba acercando peligrosamente a una barandilla demasiado baja que no la frenaría al llegarle esta por la mitad de sus glúteos.

—No lo hagas —me suplicó.

Continué rompiendo la distancia entre nosotros, empujándola a su propia muerte. En el hipotético caso de que alguien viera a un encapuchado en el apartamento de Jessica, no existiría ningún retrato robot de mi cara real.

—Te quiero —soltó entre sollozos, dejándome petrificado en el lugar.

No me pude mover por esta confesión, ni siquiera cuando vi que Jessica se chocó contra la barandilla y su cuerpo se le fue hacia atrás, por encima de esta. Se cayó al vacío, profiriendo su último grito. Pese a la música ambiental, pude oír el golpe sordo que produjo cuando se estampó en el suelo.

Como bien le dije hacía unos momentos, Jessica se llevó consigo una pequeña parte de mí. Lo pude ver cuando sentí que algo se desquebrajaba en mi interior.

Capítulo 30



La muerte de Jessica fue la noticia del día. Cynthia y yo nos estábamos dirigiendo al cementerio porque queríamos acompañarla en su eterna sepultura. La chica no tenía ningún tipo de familiar y era muy triste que nadie la llorara en su entierro. Además, esto nos haría sentir un poquito mejor, ya que, de cierto modo, las dos nos considerábamos culpables de su crimen.

No podía negar que estaba feliz por haber salvado a Cynthia de las garras de los McClain, pero jamás estaría a favor de sacrificar a personas inocentes para salvar a otras.

Alec tomó el camino más eficaz porque, con la supuesta muerte de la hija de los Moore, los McClain dejarían de buscarla; aparte, Jessica era la única persona que conocía la procedencia de mi amiga.

Aparqué el ostentoso y reluciente *Ferrari* frente a la puerta de forja del cementerio. Nuestros escoltas seguían cumpliendo su labor de seguirnos, pero hoy había más hombres de los McClain merodeando por el camposanto, lo que me resultaba sospechoso. ¿Querían asegurarse de que Jessica estuviese muerta y enterrada?

—¿Estás bien? —le pregunté a Cynthia.

Ella permaneció con la boca cerrada durante todo el trayecto, observando las calles a través de la ventanilla. La única respuesta que obtuve fue su silencio asfixiante.

Pensé que ya no me contestaría, así que me dispuse a abrir la puerta del coche; sin embargo, su voz me retuvo dentro.

—Casi te pierdo por actuar de detective en esa maldita mansión. Descubriste varios datos escalofriantes y el que me causó mayor impresión fue saber que Christabella era la madre de Dylan y Jackson. —La miré con el ceño fruncido. Ella continuaba centrada en el paisaje del exterior—. Mis padres están en guerra con los McClain, e incluso Alec se ha sumado a la batalla. Desconozco los motivos de esa enemistad tan profunda, pero ese odio recíproco ha conducido a cometer atrocidades y a involucrar a personas que no tienen nada que ver en sus malditos conflictos. Yo soy inocente y no tengo nada que ver con las acciones de mis padres. —Soltó un suspiro tembloroso y ahora enfocó su mirada triste en mí—. Ellos buscaron a la hija de Richard Moore, que precisamente soy yo, pero me confundieron con Jessica y ahora ella está muerta. Podría haber sido yo, Rose —murmuró.

Cynthia tenía razón. Podría haber sido ella la que ahora mismo estuviese dentro de un ataúd, a punto de ser enterrada.

Jackson se encontraba de viaje, así que él no tuvo nada que ver con el crimen. No obstante, me resultaba difícil de creer que Dylan haya sido capaz de mandarla a matar, incluso de matarla él mismo, después del afecto mutuo que se procesaban cuando los vi en el rellano a través de la mirilla. ¿Tan importante era para él esta venganza como para importarle una mierda tener que acabar con la vida de alguien que apreciaba? ¿Y si hubiera sido yo, Dylan me hubiese asesinado?

Para mi sorpresa, pensar en una posible afirmación a esta última pregunta me afectó emocionalmente, ya que sentí una punzada dolorosa en el pecho. Además, me consideraba una idiota por no tomarme a los McClain como una amenaza potencial para nuestras vidas y darle al asunto la importancia que merecía. En vez de temerle a Dylan, que era lo más sensato, *algo* me empujaba a seguir cerca de él.

El McClain podría haberme contado la leyenda de las sirenas, acusándome a mí de efectuar ese canto, pero, en mi opinión, Dylan era quien me cantaba, atrayéndome al abismo.

—¿Sabes cómo me llamó mi padre la noche en la que me robó la virginidad? —la pregunta de Cynthia evaporó mis pensamientos—. Christabella.

Me quedé estática sobre mi asiento y mi amiga aprovechó mi estupor para salir del coche y caminar hacia el cementerio.

Esta era una confesión que jamás me hubiera esperado. Era cierto que ambas conservaban un cierto parecido en el cabello rubio y en el rostro angelical, pero nada más.

La única hipótesis que se me ocurría era que la embriaguez empujó a Richard a confundir a su propia hija con su amada fallecida.

Sacudí la cabeza, despejando mi mente de cualquier pensamiento perturbador, y fui tras Cynthia. Acabé corriendo y, cuando estuve cerca de darle alcance, ella frenó en seco y me estrellé con su espalda, empujándola hacia adelante con mi cuerpo.

—¿Qué pasa? —quise saber.

Me agarró rápidamente del brazo y me obligó agacharme con ella para ocultarnos detrás de una tumba. No dije nada, tan solo seguí la dirección de su mirada.

Richard y Alessa se situaban frente al sacerdote que recitaba una serie de oraciones con la vista clavada en el ataúd de Jessica. A esta distancia no podía escuchar nada, pero sí podía apreciar el llanto de la mujer y el dolor de su marido.

Paseé la vista por los alrededores y percibí a varios hombres de los McClain cerca, ocultos en las sombras que producían los árboles, observando la misma escena que nosotras.

—Están sufriendo la pérdida de *su* hija —ironicé asombrada.

—Todo esto es un paripé —murmuró Cynthia—. Mis padres están actuando *de verdad* y los hombres de los McClain están aquí para verificar cuánto les duele la muerte de *su* hija.

—Lo que no entiendo es por qué tanto interés en protegerte.

—¿Para qué molestarse en ser buenos actores cuando les importo menos que una colilla pisoteada en el suelo? —Soltó un bufido—. Siempre me han repudiado. Sabes que ni siquiera me recogían del colegio, nunca me han sacado de la casa para dar un paseo como otros padres hacen con sus hijos, no acudían a mi dormitorio cuando me despertaba en mitad de la noche por esas horribles pesadillas. —Tomó una respiración profunda antes de continuar—. Pesadillas... —repitió con la mirada perdida en un punto inexistente—. En realidad, eran sueños preciosos, donde tenía unos padres como los tuyos y chillaba cuando despertaba porque veía que solo se trataba de una fantasía. —Clavó sus ojos en los míos—. Al menos, mi padre pasaba su mayor

parte del tiempo fuera de casa y le veía menos, pero mi madre no.

No dije nada al respecto, más bien, no sabía qué decir. ¿Para qué actuaban, colaborando en la seguridad de Cynthia, si nunca demostraron ningún tipo de interés en ella? Tenía que haber otras razones que les empujaran a esto.

Permanecimos así hasta que el entierro de Jessica finalizó. Los Moore desaparecieron de nuestra vista, al igual que los hombres de los McClain.

Quité un clavel del ramo de flores de la tumba que empleamos como escondite y fuimos hacia la de Jessica. Ver el apellido de Cynthia en el nombre de la chica que grabaron en la lápida me produjo una ligera presión en el pecho.

Me puse en cuclillas y deposité el clavel enfrente de la piedra que representaba a Jessica.

«Lo siento. Siento de verdad tener que callar tu crimen, pero no puedo perder a Cynthia. Las cosas tienen que quedar como están. Todos tienen que creer que eres la Moore que los McClain tanto ansiaban encontrar», le dije en forma de pensamiento para que nadie pudiese escucharme.

—¿Rose? —Me puse en pie rápidamente y me giré para ver a Eleazar, el encargado del cementerio.

—Buenas tardes —lo saludé con una pequeña sonrisa. Cynthia se quedó quieta, observando la lápida de Jessica.

—¿Otro ser querido que visitar? —preguntó Eleazar con tristeza. Antes de negar, recordé por qué estaba aquí y tenía que continuar con la actuación.

—Sí —mentí—. Anoche murió una amiga...

—Jessica Moore —me interrumpió—. Otra chica que despilfarró su vida. —Guardé silencio, sin entender su comentario—. Como los jóvenes sigan suicidándose, solo vamos a quedar los viejos. —Sonrió, pero la alegría de esa sonrisa no llegó a su mirada.

—¿Qué? —Esta vez fue Cynthia quien intervino en la conversación—. ¿Se ha suicidado?

Tanto ella como yo sabíamos que no fue así, pero no nos esperábamos que el forense pusiera eso en el informe de defunción.

—¿No lo sabíais? —preguntó asombrado—. Vaya, lo siento. De haberlo sabido, hubiera tenido más tacto. —Pude ver el arrepentimiento en sus ojos.

—No te preocupes, Eleazar —lo tranquilicé—. No sabíamos que Jessica tenía problemas.

—La chica padecía depresión.

—¿Cómo sabe eso? —pregunté por curiosidad sobre cómo habían manipulado su crimen.

—Por lo poco que pude escuchar en boca de sus padres, encontraron antidepresivos en su apartamento. Además, en las pruebas que le realizaron, le sacaron antidepresivo y drogas en la sangre, así que la chica consumió sustancias nocivas antes de quitarse la vida lanzándose por el balcón —explicó.

⭐⭐⭐

Cynthia y yo volvimos al rascacielos compartiendo el mismo recuerdo. Con Nathan también emplearon el suicidio para enmascarar un crimen.

Nada más abrir la puerta el ático, nos encontramos con un sobre elegante, lo que le hacía parecer una invitación a una clase de evento prestigioso.

Mi amiga fue quien lo cogió mientras yo cerraba la puerta. Se trataba de un sobre de tela con una esmeralda bordada en el centro. Cynthia sacó el papel con aspecto de pergamino y lo leímos en silencio.

—Nos han invitado a las dos a la inauguración de *Esmerald's* —murmuró ella, tan atónita como yo—. Y fíjate en los nombres. —Me señaló el lugar donde estaban escritos—. Rose Tocqueville y Cynthia Morrison. —Lo que quería decir que sus padres estaban al tanto del nuevo apellido que eligió Alec para ella, lo que era sumamente extraño teniendo en cuenta lo mal que se llevaban.

—Esta invitación huele a problemas —afirmé.

—El evento transcurrirá mañana por la noche en la misma empresa. —Volvió a meter el papel en el sobre tan elegante—. ¿Crees que los McClain también estarán invitados?

—Son enemigos, Cynthia.

—¿Y? —Me miró como si me hubiesen salido dos cabezas—. Nosotras tampoco tenemos nada que ver con ellos y mira esto. —Agitó el sobre delante de mis narices—. Es extraño que nos inviten después de tanta molestia por mantenerme al margen de esta guerra. Para no levantar sospechas innecesarias, quizás también hayan invitado a los McClain.

—Pues yo no pienso preguntarle a Dylan —dije a la defensiva, poniéndome en evidencia delante de Cynthia.

—Parece ser que vosotros dos sois como *imanes* —soltó seria, enfatizando en la última palabra para que me quedase bien claro—. Buscáis cualquier excusa para acercaros, así que me asombra que no os hayáis visto ya.

—Pues ya no nos encontraremos con tanta frecuencia —me quejé, dirigiéndome hacia las escaleras de caracol—, porque vamos a recoger nuestras cosas y nos marcharemos a nuestro apartamento.

—¿Por qué tanta prisa ahora para irnos de aquí? —preguntó mi amiga, pisándome los talones —. Ya no corro ningún peligro.

—Aun así, no podemos correr más riesgos.

Entré en mi dormitorio y fui directamente a sacar la maleta que guardé en el vestidor.

—No estarás huyendo de Dylan, ¿verdad?

Deposité la maleta encima de la cama y la miré perpleja por su estupidez.

—No le tengo miedo, Cynthia. Me he enfrentado a él en numerosas ocasiones y sigo intacta. —Levanté ambos brazos con desdén.

—¿Y quién ha dicho que estás huyendo por miedo *a él*? —Levantó una ceja, cruzándose de brazos—. Tienes miedo a lo que él te pueda hacer *sentir* a ti.

Me quedé bloqueada como una imbécil por lo que me había soltado ella tan abiertamente. ¿Estaba sugiriendo que podría acabar enamorada de Dylan?

—¿Por qué piensas eso?

—Tengo ojos para verlo y cerebro para procesar lo que veo, Rose.

—¡Pero si ni siquiera has estado presente en ninguna de nuestras conversaciones como para sacar esas estúpidas deducciones! —protesté irritada.

—Tengo un alto vicio por los cotilleos y sabes que me encanta escuchar a hurtadillas —contestó con un cierto orgullo por no haber respetado mi privacidad—. Además, tampoco sois muy discretos, déjame decirte. ¿Qué hacía él dentro de este dormitorio contigo a solas tanto tiempo? Hablasteis, os gritasteis, hablasteis otra vez y se hizo el silencio. —Fue moviendo ambas cejas con diversión—. Solo me pillasteis una vez, no volví a cometer ese error de novata.

Esto solo me hizo sentir más culpable. Cynthia no me reprochaba en ningún momento que mostrara interés por el supuesto hombre que ansió matarla por ser la hija de Richard Moore.

Mi cabeza estaba hecha un caos.

—Ve sacando ropa. Yo te ayudo a meterla en la maleta y después hacemos lo mismo con la mía —ofertó.

Aproveché esta oportunidad para abalanzarme sobre el vestidor y que ella no siguiera viéndome la cara abochornada. Mientras Cynthia se encargaba de la cómoda, yo empecé con la de los armarios.

Cuando uno de los módulos quedó casi vacío, vislumbré un tablón medio suelto del fondo. Me acerqué a él y lo saqué de su lugar para ponerlo correctamente, pero el pequeño hueco que había detrás despertó mi interés de fisgonear.

Tan solo había un sobre en blanco, nada más, lo que era raro. ¿Un escondite tan grande para una cosa tan pequeña y básica?

Lo cogí y me hice con el papel que guardaba en su interior. No me podía creer lo que estaban viendo mis ojos. No podía decir que sintiese dolor ante semejante hallazgo, porque entre Jackson y yo no había nada, pero me sentí un tanto traicionada por haber recibido *afecto desmedido* por su parte cuando en realidad tenía a otra mujer.

—Jackson McClain está casado con Yelena Dobrovolski. —Me costó pronunciar ese nombre ruso.

—¿De qué hablas? —Cynthia entró en el vestidor al haberme escuchado murmurar y se puso a mi lado para contemplar lo mismo que yo—. Oh, vaya.

Giré la cabeza para mirarla.

—¿Solo eso tienes que decir?

—No. —Me arrebató el papel y le echó un último vistazo antes de dejarlo encima del banco —. Estoy segura de que su viajecito a Moscú tuvo que ver con esta mujer.

Alargué el brazo para meter el papel en el sobre, pero Cynthia me dio un manotazo. La miré con los ojos abiertos de par en par.

—Déjalo ahí y que Jackson compruebe que sabes la verdad que tanto quería esconderte —espetó.

—Pues lo ocultó muy mal porque lo encontré detrás de un tablero medio suelto del fondo del armario.

—Uno que antes estuvo bien, ya que dejaste tu ropa sin percatarte de eso.

No podía negar un acierto tan grande como ese. Cynthia tenía razón. Ese tablero tuvo que haberlo puesto mal alguien después de mi llegada al ático con la clara intención de que descubriera la existencia de este sobre.

—¿Habrá sido Jessica cuando estuvo sacando su ropa de aquí? —sugerí con el ceño fruncido.

—Ella solo abrió la cómoda. No entró al vestidor —contestó, dando en el clavo otra vez—. Yo tendría a Dylan en el punto de mira.

Un enfado empezó a abrirse paso en mí. Este no nació por el descubrimiento del matrimonio secreto de Jackson, sino de escuchar tanto el nombre de Dylan, ya que lo único que conseguía así era que ese hombre entrara más vivo que nunca en mis pensamientos para desorganizarlos.

—Al diablo con Dylan McClain —escupí.

Prácticamente me arranqué el brazalete de la *serpiente* que me entregó Jackson al firmar el documento de *acercamiento* y lo lancé encima del papel que Cynthia había dejado en el banco del vestidor.

—¡Al diablo con Jackson también! —grité, acelerando el proceso de meter todas mis pertenencias en mi maleta.

Gracias a Cynthia, terminé en unos pocos minutos y fuimos a su dormitorio para hacer lo

mismo con sus cosas. En un momento de despiste de mi amiga, pude meter el diario de Christabella en mi maleta.

Me quedaba ya pocas cápsulas, así que Lucian tendría que entregarme más para seguir aliviando los síntomas, ya que, desde que las tomaba, no sufrí más alucinaciones ni me creaba molestias este parásito. Si siempre fuera así, hasta me gustaría tenerlo por el simple hecho de poder acelerar el proceso de curación natural del organismo que duraba días a unos pocos minutos.

Dejamos las dos habitaciones ordenadas y bajamos las escaleras de caracol, golpeando la pared y la barandilla constantemente con nuestras maletas en brazos.

Cuando abrimos la puerta principal, Cynthia y yo nos detuvimos en seco cuando nos cruzamos con *ambos* McClain.

Jackson había vuelto de su viaje.

Capítulo 31



—¿Ibas a irte sin siquiera esperar a mi vuelta? —preguntó Jackson en cuanto reparó en nuestras maletas.

Me giré para que ninguno de los hermanos me viera la cara que se me estaba descomponiendo por la furia. Maldije por lo bajo y entré nuevamente en el ático, junto con Cynthia, para tener la última conversación con ellos en este lugar.

—Estabas tardando demasiado. —Dejé la maleta al lado de mi amiga y lo encaré—. Además, no quiero ser ningún estorbo para *tu esposa* —le solté sin tapujos.

Jackson se puso rígido. Desde luego que no se esperaba para nada que descubriera su secretito. Me daba igual que él estuviese con otra mujer, pero me fastidiaba que me mostrara interés romántico cuando era un hombre casado. ¿Y si hubiese caído rendida a sus pies con el paso del tiempo?

Si no llegase a ser por la cercanía que hubo entre Dylan y yo, probablemente estaría viendo a Jackson con otros ojos a estas alturas, como bien me insinuó Cynthia días atrás en nuestro apartamento.

Mi vista se desvió a Dylan, quien cerró la puerta principal y se cruzó de brazos, apoyándose en esta, con sus ojos clavados en mí.

—Podrías habérmelo dicho —volví mi atención a Jackson—, aunque me parece ruin que estés casado y que al mismo tiempo te estuvieras *revolcando* con Jessica.

«Además de mostrar interés en mí».

Este dato me lo reservé para mí misma para no echarle más leña al fuego.

Jackson se giró y le lanzó una mirada fulminante a su hermano.

—¿Se puede saber qué demonios le has contado sobre mí? —espetó.

—Yo no le he dicho nada —se defendió el aludido con un tono desdeñoso—. Simplemente, la verdad suele salir a la luz por sí sola, o con una ayudita extra, claro.

Dylan se había delatado él mismo con lo último que había insinuado. Cynthia tenía razón, este McClain fue quien tuvo que colocar mal ese tablón del fondo del armario para que yo lo viera en algún momento. Pero ¿por qué tanto empeño en ayudarme? ¿Qué más le daba a él que yo permaneciera en la ignorancia? Aun así, debía agradecérselo.

Jackson ignoró la presencia de su hermano y se centró en mí nuevamente. Sus facciones

habían cambiado; ahora era bastante perceptible la preocupación. Las emociones de este McClain parecían oscilar de extremo a extremo.

—Quien se acuesta con Jessica es él, no yo —dijo, perturbándome con esta confesión que ya suponía. Mi cara debió de expresarle la molestia que intenté ocultar, porque su ceño se frunció —. Parece que saber esto te ha incomodado todavía más.

Mi mirada se disparó hacia Dylan durante un segundo fugaz, el suficiente para detectar una ligera confusión antes de que volviese a colocarse la máscara impasible.

—Has hablado en presente. —Me salí por la tangente para no dar explicaciones de *algo* que aún no le había podido poner nombre—. Jessica *está* muerta.

Me mordí la lengua para no acusar a su hermano del crimen, ya que, supuestamente, ni Cynthia ni yo deberíamos saber esta información o nos pondríamos en evidencia.

Por las expresiones faciales de Jackson, él no tenía ni idea de la noticia. Además, ni siquiera me había preguntado cómo me encontraba yo después de haber recibido una puñalada en su dormitorio.

Por lo visto, entre los hermanos también había secretos.

—Yo les he dicho a las chicas que hoy volvías de tu viaje. Por eso ellas decidieron marcharse —intervino Dylan.

Cynthia y yo intercambiamos una mirada interrogante, aprovechando que Jackson puso sus ojos en su hermano. ¿Por qué Dylan había recurrido a la mentira? ¿Qué más daba el motivo de nuestra partida? Ni mi amiga ni yo entendíamos nada.

—Y yo no he comentado nada de tu matrimonio con Yelena —agregó el mismo McClain. Desde luego que ahora había dicho la verdad, una a medias—. Pero eso es un tema que podéis hablar más tarde.

—En realidad, es algo que no me interesa saber —solté sin pensar, así que decidí arreglar un poco mi brusquedad—. Te agradezco muchísimo que me ayudaras respecto a la protección y seguiremos con este acuerdo hasta que se solucionen mis problemas si tú quieres.

—¿Acuerdo? —Dylan frunció el ceño y descruzó sus brazos, separándose un poco de la puerta principal—. ¿Qué acuerdo?

Pero ¿qué rayos estaba pasando aquí? ¿Acaso cada uno actuaba a las espaldas del otro? ¿Por qué tanto secretismo entre ellos?

Dylan me había aportado protección, sin embargo, pensé que se trataba por el acuerdo que formamos Jackson y yo, en el que se requería mi firma en aquel documento.

—Se ha *acercado* a *tu familia*. Por eso permanece tan cerca *de ti* —le contestó Cynthia, dejándome asombrada por cómo acababa de intervenir.

Mi amiga había escupido una indirecta que, al parecer, podría ocasionar un pequeño enfrentamiento entre los hermanos, a juzgar por sus caras descompuestas por una furia que no lograba interpretar.

—Vaya. Se te olvidó comentarme este detallito tan importante, hermano —dijo Dylan más serio de lo normal—. Me muero de curiosidad por saber en qué consiste exactamente ese *acercamiento.*

Cynthia y yo nos estábamos perdiendo constantemente en esta conversación. Sería mejor que nos fuéramos o acabaríamos con una terrible cefalea por intentar leer entre líneas.

—Bueno, mientras lo discutís —agarré el asa de mi maleta y empecé a arrastrarla hacia la salida—, nosotras tenemos que volver a nuestro apartamento.

Cuando pasé por al lado de Jackson, su mano se cerró sobre mi brazo libre, obligándome a

detenerme. Giré la cabeza y lo miré confusa.

Él siempre me pareció ser un libro abierto a la hora de leer sus emociones, pero ahora me resultaba difícil.

—El acta matrimonial es lo único que me une a Yelena, nada más —dijo un tanto acelerado —. Solo *necesito* que lo entiendas. —Enfatizó demasiado en una palabra, observándome con… ¿Miedo? ¿Desesperación? No lo tenía claro.

Una especie de instinto de supervivencia que nació de la nada me ordenó que le complaciera con mi respuesta. No sabía por qué, pero decidí hacerle caso.

—Te creo —murmuré con la intención de que me soltara, ya que se negaba a hacerlo, lo que me parecía raro.

—Jackson —lo llamó su hermano en un tono que destilaba advertencia—. No seas tan dramático.

El aludido parecía sopesarlo unos segundos hasta que, finalmente, liberó mi brazo. Debería analizar mejor cada detalle que descubrí en la mansión McClain, porque ahora era cuando Jackson me estaba mostrando una faceta muy distinta a la que conocí con anterioridad.

Me dirigí hacia la salida con Cynthia pisándome los talones. El único sonido que se podía oír era el que producíamos nosotras al arrastrar las pesadas maletas.

Dylan se hizo a un lado para darnos paso, no sin antes forzar una sonrisa que saltaba a la vista que era más falsa que Judas.

✯✯✯

—¿Por qué has cogido el brazalete antes de salir del dormitorio de Jackson sin que me diera cuenta? —le reproché a Cynthia mientras conducía tranquilamente hacia la nueva empresa de los Moore.

—Porque te lo entregó al firmar ese documento de protección. ¿Qué pasaría si más adelante pudieras sacarle un buen uso? —se defendió, siendo razonable.

A veces, mi parte impulsiva nublaba mi buen juicio. Agradecía que Cynthia me aportara esa parte que yo tenía más tiempo ausente que presente. Aun así, no pude evitar soltar un bufido.

Me resultaba incómodo conducir con estos tacones tan altos y el vestido de un color vino, ajustado y largo, no me aportaba ninguna ayuda. No estaba acostumbrada a vestir tan elegante, pero esta ocasión lo requería.

Ni a Cynthia ni a mí nos parecía buena idea acudir a la inauguración de *Esmerald's*, aunque, si sus padres nos habían invitado, dudaba de que fuera una trampa o que nuestra asistencia nos pusiera en peligro, si no, ¿para qué tanta molestia en protegerla a ella montando el paripé del cementerio?

Alec nos llamó esta mañana y no le agradó que fuéramos, algo obvio. Además, nos informó de que Yelena Dobrovolski iba a estar allí, agarrada al brazo de Jackson, lo que también significaba que los McClain fueron invitados por Richard, pese a ser enemigos, aunque ellos no estaban enterados de que mi amiga y yo también íbamos a ir. Qué extraño resultaba todo.

Cynthia estuvo desahogándose conmigo toda la tarde sobre Alec. No se podía decir que fueran novios otra vez, pero era evidente que acabarían retomando la relación. Lo que a ella le preocupaba era que él ahora trabajaba para los McClain, lo que quería decir que había ingresado en la mafia. Esto era lo que frenaba a mi amiga a la hora de querer entregarse a los brazos de Alec.

Cynthia intuía que él pretendía hacer daño a su padre, pero no se imaginaba hasta qué punto ambos se odiaban, ya que Richard fue el culpable de la ruptura de su relación con Alec.

—¿Y has visto el comportamiento tan raro de Jackson? —la pregunta de Cynthia me pilló por sorpresa. Desde que volvimos a nuestro apartamento, no sacamos el tema de esa última conversación con los McClain—. Hasta su hermano le lanzó una advertencia cuando no te soltaba, aunque yo pienso que fue por cómo te estuvo mirando.

—Solo sé que los dos son extremadamente enigmáticos y entenderlos es una tarea bastante difícil.

—Jackson parecía que se aferraba a ti como un niño pequeño temeroso de ser abandonado por su madre —bromeó, soltando una pequeña risita—. Y Dylan adoptó su rol de padre para echarle una reprimenda.

La broma de Cynthia me la tomé bastante en serio, pero no se lo hice ver.

Los dibujos de Jackson eran muy reveladores y, a juzgar por la cara de esa mujer que parecía ser Christabella, ella lo odiaba. Cuando los analizaba al detalle, llegaba a la conclusión de que su madre lo repudiaba por algún motivo, aunque era difícil de comprenderla si fuera así, porque Jackson tenía dos años cuando ella falleció. ¿Cómo podría ser que una madre aborreciera a su hijo siendo tan pequeño, cuando ni siquiera hablaba con claridad y la inocencia seguía en él?

Si continuaba evaluando esos dibujos, el McClain se desahogaba procesando su muerte sangrienta en su propia mente, lo que me hacía pensar que, en realidad, Jackson se alegraba de que su madre muriese.

Si la suposición de Cynthia sobre que él me observó como si estuviera a punto de ser abandonado por su madre fuera cierta, solo significaba que detestaba la idea de que alguien importante para él lo abandonara como hizo su madre. Si yo lo alejara de mí para siempre, ¿también me odiaría y procesaría mi muerte en su mente como pasó con Christabella? ¿Jackson era el monstruo que William mencionó que me mataría *a mí*? Su hermano, en cambio, le soltó una advertencia, como una riña. Entonces, ¿Dylan era el que mataría *por mí*?

Evaluando más profundamente el acertijo del padre, si yo *salvé* a Jackson, ¿por qué sería capaz de matarme? Y si yo *condené* a Dylan, algo que no entendía porque yo no le hice nada, ¿por qué sería capaz de ayudarme a salvarme de su hermano?

—¡Esto es una mierda! —le di una palmada al volante, sin poder contenerme.

—¿Qué ocurre? —preguntó Cynthia, un tanto alterada, ya que la había asustado con mi arrebato.

—Los dos me van a volver loca —espeté de mala gana—. Las palabras que me lanzó William tienden a taladrarme la cabeza.

Ella estaba al tanto de todo, excepto de mis últimas hipótesis, así que podía hablar sin tapujos.

—Si sigues dándole tantas vueltas a esa *adivinanza* macabra, acabarás mal parada, Rose —replicó.

—Eso es cierto —coincidí.

«Aunque ya es demasiado tarde, porque me estoy volviendo loca», terminé en mi mente.

—Deberías preocuparte por las pocas cápsulas que tienes. Ahora que hemos vuelto a nuestro apartamento, tal vez Lucian se te vuelva a presentar. Si él te las entregó con la intención de echarte una mano, supongo que estará atento para cuando se te acaben —prosiguió Cynthia, cambiando de tema.

—Eso espero —susurré.

Gracias a esas cápsulas, todo parecía ir bien en mí. No quería ni pensar qué me pasaría si

prescindiera de ellas. ¿Para qué rayarme la cabeza con este asunto si todavía nadie pensaba resolver mis dudas? El encapuchado era el único que ahora podía hacerlo, y solo lo haría cuando llegase su momento.

Dirigí mi mirada al espejo del retrovisor del interior. Si mis escoltas iban por detrás, no lo sabía. Cada vez se ocultaban más.

Llegamos a nuestro destino y le entregué las llaves del *Ferrari* al aparcacoches. En la entrada, un hombre nos pidió las invitaciones y, cuando cruzamos las puertas, tres guardias de seguridad nos recibieron en el gran vestíbulo. Enfrente se hallaban los dos ascensores, las escaleras y un pasillo que conducía a áreas desconocidas; al lado de la puerta principal se encontraba el mostrador, en el que no había nadie detrás; y en el fondo del lado derecho vislumbré unas grandes puertas de cristal, que era donde se estaba celebrando el evento.

Seguimos a otras dos parejas que se dirigían al mismo lugar que nosotras. Pretendía pasar lo más desapercibida posible, pero tenía el presentimiento de que sería todo lo contrario.

Disimulé mi asombro cuando escaneé la nueva sala. Poseía aproximadamente los mismos metros cuadrados que la mitad de un campo de fútbol. Tres grandes lámparas, en forma de candelabros con múltiples brazos, colgaban del techo. Todo el lugar se encontraba atestado de personas bien arregladas con sus atuendos de fiesta. Había varios camareros repartiendo copas de *champán*, sin embargo, lo que llamó mi atención fue que en una pared había postrados siete hombres similares y esparcidos entre sí

Todos iban vestidos de la misma manera, completamente de negro. Lo más llamativo de sus atuendos era la gabardina, ya que tenía una especie de símbolo bordado en la zona del pecho: una calavera mordiendo una daga. Poseían un gorro que cubría el cabello y una braga de cuello que tapaba prácticamente todo el rostro, dejando sus miradas inquisitivas en libertad. Las manos enguantadas las mantenían entrelazadas por delante de sus cuerpos.

Un escalofrío recorrió mi espina dorsal, paralizándome en mitad de las escaleras durante unos segundos. Reaccioné cuando Cynthia tiró de mí con suavidad para que terminásemos de bajar los escalones.

Al llegar abajo, un camarero se acercó y nos ofreció una copa de *champán* que ambas aceptamos gustosas.

—Esos hombres me dan mala espina —comentó Cynthia, refiriéndose a los mismos que llamaron mi atención.

—Y a mí.

Por instinto, busqué a los McClain con la mirada. Al primero que vi fue a Dylan, lo que me resultaba curioso, ya que Jackson estaba a su lado y mis ojos fueron directamente a por el hermano mayor, como si todo él se tratase de un imán para mis ojos.

Reparé en una mujer elegante con el pelo rubio, largo y liso. Supuse de quién se trataba al verla muy pegada a Jackson. Desde aquí podía ver que Yelena tenía su atractivo, uno bastante elevado, pero su rostro con rasgos más acentuados me lanzaba señales de peligro, como si bajo esa belleza se ocultara la fealdad más grande de la historia.

La mujer entrelazó su brazo al de Jackson y él no se opuso. Pues vaya con que solo los unía el acta matrimonial, porque las muestras de afecto que se procesaban eran mutuas. Lo supe en cuanto ella posó sus labios muy cerca de los de él.

—Lo veo bastante acaramelado con su esposa —comenté con indiferencia, ya que esta imagen no me importaba en lo absoluto.

—Al menos, sé que no sientes nada por *ese* hermano, ya que no se te ven los celos asomar —

aportó Cynthia.

La miré con el ceño fruncido.

—Has dicho que no siento nada por ese hermano, insinuando que por el otro sí —me quejé.

Entonces, mi amiga me correspondió la mirada con un gesto juguetón.

—Rose, querida, aprende a usar máscaras tan eficaces como las que utilizaba Dylan. Y, sí, hablo en pasado porque está más que claro que a ese hombre ya se le cae el antifaz con bastante frecuencia cuando tú estás enfrente. —Su tono irónico y jocoso me cabreó—. Por cierto, nos han visto. —Ahora todo rastro de enfado se esfumó.

—¿Y cómo están sus caras? —quise saber, evitando mirar hacia donde estaban ellos.

—Hermosas, como siempre. —Se encogió de hombros, sonriendo de lado.

—¿Quieres ponerte seria, por favor? —Le lancé una mirada fulminante.

—Lo he dicho completamente en serio, y dudo de que tú no opines lo mismo —se defendió la muy condenada.

—No deberíais haberos presentado aquí. —La voz de Alec nos hizo girarnos con brusquedad —. Es peligroso —murmuró, muy cerca de nosotras para que nadie más lo escuchase.

—Mis padres no nos harán daño —intentó tranquilizarle mi amiga.

—Nadie se esperaba la llegada de *ellos* —dijo Alec, poniéndome los pelos de punta porque, muy en el fondo de mi conciencia, sabía a quiénes se refería.

—¿Esos hombres de negro que están estáticos como estatuas en la pared? —quise asegurarme.

Alec asintió con la cabeza, sin apartar sus ojos de nosotras.

—Son los Caballeros Oscuros, también conocidos como los inquisidores de la mafia. Se encargan de castigar a aquella *familia* que ha infringido algún código, ya que su principal labor es que se cumplan —contestó.

—¿Y qué hacen aquí? —preguntó Cynthia por las dos.

—Ahí está el peligro que os he dicho —dijo Alec, poniéndome los pelos de punta—. Los Caballeros Oscuros solo se acercan a una familia de la mafia cuando van a exterminarla y, como podéis deducir, solo los McClain pertenecen a la mafia.

Capítulo 32



Un escalofrío trepó por mis piernas y me recorrió por completo, dejándome petrificada en el lugar, tan inmóvil como estaban los siete Caballeros Oscuros.

Un terrible pensamiento me erizó el vello. ¿Tendrían algo debajo de sus gabardinas? El que Alec los llamase inquisidores activó la parte más creativa de mi mente. En ella vinieron imágenes de lo poco que estudié de la *Santa Inquisición*.

—¿Piensan destruir a los McClain? —Cynthia estaba horrorizada, pero no más que yo. Si así fuera, sería muy difícil salir ilesos de este problema.

—Es la única familia mafiosa que hay aquí —contestó Alec—. Los Caballeros Oscuros no atacan a las personas ajenas a la mafia ni actúan en presencia de estas.

—¿Han infringido algún código? —pregunté dubitativa.

—Si esa organización se presentó aquí, supongo que sí han incumplido algún código y alguien los ha delatado —contestó Alec, algo confuso.

Ni Cynthia ni yo conocíamos esos códigos, así que no teníamos ni idea de cuáles podrían haberse pasado por el forro.

—¿Richard fue el chivato? —Cynthia se tensó ante mi pregunta—. Los Moore y los McClain son enemigos y se atacan entre sí. Él podría haberlos delatado o quizás sea la persona que buscan los Caballeros Oscuros esta noche y por eso están aquí, esperando a que se presente.

—Imposible. Richard no pertenece a la mafia y no sería tan estúpido de llamarles y demostrar que sabe más de lo debido sobre esta —respondió Alec, implantando más dudas en mi cabeza, ya que se me acabaron las hipótesis—. Además, él colaboró en ayudarla. —Sus ojos se detuvieron un momento en Cynthia antes de poner su atención nuevamente en mí—. Los Moore no la pondrían en peligro.

Quise indagar más en el tema y preguntarle cómo consiguió que los padres de mi amiga colaborasen en un plan que ideó él. ¿Habían aparcado ese odio para proteger a Cynthia?

—Normalmente, ninguna familia mafiosa quiere a los Caballeros Oscuros cerca. Debido a esto, arreglan sus conflictos entre ellos mismos sin la intervención de los inquisidores —prosiguió Alec—. No van a matarlos en este momento porque la *Omertà* o la *ley del silencio* es inviolable. Aquí, en la inauguración, también hay personas normales y corrientes. Sin embargo, cuando tengan la oportunidad…

—¿Los matarán? —Mi voz fue apagándose poco a poco.

—Intentarían llevárselos, aunque sea en el borde de la muerte, a donde se asientan la organización; no obstante, si oponen demasiada resistencia, sí que los matarían sin un juicio previo.

—¿Juicio? —Cynthia estaba tan perpleja como yo.

—Los inquisidores proceden a realizar un juicio. El castigo siempre es la muerte, pero el tipo de tortura cambia, según la gravedad del *delito*. —Me encontraba tan ensimismada en las palabras de Alec, que no me importaba si los McClain me estaban fulminando con sus miradas —. Si el acusado es un miembro de la familia, el *Don* o el jefe puede contribuir de cierta manera, influyendo en su castigo. Tendría que mostrar pruebas concluyentes de que la infracción no ha causado problemas a la mafia y de la misma forma para demostrar su inocencia. Pero, en el caso de que el *Don* estuviera enterado de la infracción, convirtiéndose en cómplice, se procedería a la exterminación de la familia, ya que su obligación es de liderazgo y saber lo que ocurre dentro de ella. Por lo tanto, el *Don* debe informar a los Caballeros Oscuros de cualquier infracción que ocurra dentro de la familia.

El miedo empezó a hacerse presente en mi interior. Los McClain estaban en serios problemas y, aunque me molestase admitirlo libremente, no quería verlos muertos. Ambos me ayudaron, aunque muy en el fondo de mi ser sabía que este deseo de no verlos muertos iba más allá de eso.

Revoloteé los ojos hacia ellos y me sorprendió ver sus posturas de tranquilidad. No veía ningún atisbo de preocupación en sus caras, al menos, a esta distancia.

Cuando mi mirada se detuvo más tiempo en Dylan, una opresión en el pecho me hizo parpadear, confusa, y volver a poner mi atención en Alec.

—Si los McClain pusieran resistencia, se procederá a la exterminación sin realizarse un juicio previo —sentenció él.

—Tú... —La voz de Cynthia salió temblorosa—. Tú trabajas para ellos.

—Sí, trabajo para ellos, pero no pertenezco a la familia. —Ambas fruncimos el ceño. Estudiar el mundo de la mafia era bastante complicado y había muchos datos que memorizar—. Solo soy un *Associato,* hasta que me gane su confianza y decidan acogerme para formar parte de la familia. Supuestamente, toda esta información no la he conseguido por ellos, así que no se me podría acusar, ya que los *asociados* no sabemos nada. Además, no permanezco cerca de ellos esta noche para que no me relacionen —intentó tranquilizarnos, aunque no surtió el efecto deseado.

Cynthia soltó una maldición y se alejó de nosotros, dirigiéndose hacia la barra, donde se servían las bebidas.

—Está muy preocupada por ti, al igual que tú estás de la misma manera por verla en este lugar —me atreví a decirle.

—Estoy preocupado por ambas —me corrigió. No pude evitar sonreírle en respuesta. Se pasó una de las manos por el cabello en señal de frustración—. Merodear lo que queráis por esta sala mientras haya gente, pero marcharos cuanto antes. Y, por favor, ni se os ocurra acercaros a los McClain o los Caballeros Oscuros os relacionarán con ellos, ¿de acuerdo?

Asentí con la cabeza para que se fuera algo más tranquilo. No pensaba intercambiar ni una sola palabra con los McClain, aunque sí debería dejar de mirarlos para no levantar sospechas. Lo último que quería era meter a Cynthia en problemas.

Cuando Alec se marchó, fui hacia mi amiga, ignorando a esos siete hombres de negro cuando tuve la tentación de echarles un rápido vistazo. ¿Quién demonios los había avisado para que se

presentaran aquí?

—Sé que estás preocupada por Alec —le dije a mi amiga, tomando asiento en el taburete, al lado de ella—. Si te sirve de consuelo, él sabe cuidarse solo y hará todo lo posible por protegernos. —Esta vez me incluí en el lote.

—Deberíamos irnos de aquí, Rose, pero no puedo dejarlo solo. —Soltó un suspiro tembloroso —. Soy una tonta.

—Entonces, yo soy otra tonta por no querer dejarlos a ellos solos —le dije de vuelta, refiriéndome a Alec y a los McClain.

Cynthia me miró con tristeza.

—¿Y qué podemos hacer?

Abrí la boca para contestarle unas palabras vacías, porque yo tampoco sabía qué podíamos hacer para aportarles ayuda. Sin embargo, la voz de Richard cortó toda conversación en esta sala.

—Bienvenidos a todos los presentes. —Se subió a una pequeña tarima, junto a su esposa, para tener a todos los invitados concentrados en él—. Es un placer teneros aquí, compartiendo con nosotros este momento tan importante para mí. —Alessa le sonrió con ternura—. En primer lugar, quiero presentaros mi producto que mañana mismo estará disponible en todos los locales de cosméticos de Estados Unidos y más adelante se ampliará las extensiones geográficas.

Observé a una chica caminar hacia ellos con pasos decididos, sujetando una bandeja cargada de cremas de belleza. Vestía con una falda ceñida hasta las rodillas de color verde, junto con una camisa blanca. En el bolsillo de esta se encontraba bordado en el mismo tono verdoso el nombre de la empresa *Esmerald's;* y debajo, el dibujo de una *esmeralda*.

—Gracias, Samantha —le murmuró a la chica y cogió un ejemplar—. Es un honor presentar a *Forêt*. —Escaneé el lugar hasta fijarme en los Caballeros Oscuros, que observaban la escena con desinterés—. Este producto juega un papel muy importante en nuestro ADN, favoreciendo su reparación y corrección de errores a causa de las mutaciones que nuestro propio organismo genera, retrasando así la vejez, e incluso reduciendo la prevalencia de tener cáncer.

Tanto Cynthia como yo nos quedamos perplejas. Mientras todos aplaudían, nosotras estábamos embobadas en la sonrisa de triunfo de su padre.

—¡Todavía hay más! —gritó Richard y volvió a mirar al frente—. Mi socio, que desgraciadamente no ha podido asistir por motivos personales, y yo estamos trabajando en un nuevo proyecto. Dije en una entrevista anterior que daría una breve introducción sobre él. —No me gustaba nada la nueva actitud del padre de Cynthia—. El objetivo de nuestro próximo proyecto será exclusivo para tratar cualquier tipo de cáncer, erradicándolo por completo, independientemente de si hay metástasis o no.

Los murmullos aumentaron de intensidad. Mi vista se dirigió hacia la chica que se encargaba de grabar el discurso de Richard. No podía creer la fama que él estaba poseyendo, hasta el punto de que los medios de comunicación se interesasen por su empresa y sus productos.

—Pero ¿*Forêt* no se encargaba también del cáncer? —preguntó un hombre.

—Comenté que *Forêt* reducía la prevalencia de tener cáncer, dificultando padecerlo. Pero, si este se tuviera, no tendría ninguna función curativa sobre él. En cambio, nuestro nuevo proyecto estará dedicado exclusivamente para la curación completa del cáncer.

—¿Consistirá en otro tipo de crema? —volvió a preguntar el hombre.

—No. Si todo sale según lo previsto, su lanzamiento podría darse en un par de años. Y consistirá en una inyección intravenosa, con la ventaja de ser tan solo una única dosis.

—¿Solo se podría emplear en el caso de padecer un cáncer?

—Por supuesto. Como todo fármaco, este también tendrá sus efectos secundarios y adversos, aunque posee una alta efectividad y los beneficios son más altos e importantes. —Antes de que alguien hiciera más preguntas, continuó hablando—. No más preguntas sobre esto, señores. Daré avisos informativos conforme el proyecto vaya avanzando. ¡Ahora disfrutad de la noche y celebrad conmigo la fundación de esta empresa que irá más allá de los cosméticos y productos de belleza! —gritó y, seguidamente, los aplausos finalizaron su discurso.

Los invitados volvieron a sus conversaciones y Richard se perdió entre la multitud, junto con su esposa.

Cynthia y yo no conseguíamos salir de nuestro estupor. ¿Cómo iba a lograr su padre lo que ningún científico experimentado había podido conseguir a día de hoy? Todo esto era surrealista.

—Un discurso bien trabajado, ¿verdad? —Alec se colocó entre ambas con una copa de *champán* en sus manos—. Quiero hablar contigo. —Se dirigió a Cynthia.

—Voy un momento a los servicios —me excusé con el objetivo de dejarlos solos.

Me puse en pie y fui hacia la salida de la sala de celebraciones. Una vez en el vestíbulo, me fijé en los carteles informativos para orientarme. Los servicios se hallaban en el pasillo que había a la izquierda de los ascensores.

Esta zona se encontraba aislada, así que el único sonido que se escuchaba era el de mis tacones impactar contra el suelo.

Cuando ingresé dentro de los servicios femeninos, me acerqué al espejo y apoyé ambas manos en el lavabo. Agaché la cabeza y cerré los ojos.

Me rebané los sesos ahora que estaba sola en cómo podía ayudar a los McClain y que todos saliésemos airosos de esta situación. Obviamente no había forma de librarse de los Caballeros Oscuros porque, si se trataban de una organización, existían muchos más y tarde o temprano cumplirían su cometido, fueran estos siete u otros.

Mientras hubiera personas inocentes en esta empresa, los inquisidores no moverían ni un solo dedo para atacar, pero llegaría un momento en el que todos se irían. Tan solo estábamos ganando tiempo para pensar qué hacer.

Por la tranquilidad que los McClain destilaban, ellos tendrían que tener un plan, o eso quería creer. De todas maneras, no podía irme al apartamento sabiendo que aquí podría desatarse un enfrentamiento. ¿Y qué podía hacer una mujer como yo, que no sabía ni usar una pistola en condiciones?

—¿Te molesta?

La voz de Dylan me hizo dar un respingo y girarme rápidamente. ¿Cómo había entrado aquí sin llamar mi atención?

—¿Qué haces…?

—¿Te molesta ver a mi hermano con otra mujer y por eso te has encerrado aquí y estás a punto de llorar? —me interrumpió, implantando la confusión en mi interior.

Miré sobre mi hombro para echarle un rápido vistazo al reflejo de mi cara en el espejo. Dylan tenía razón. Mis ojos se encontraban un poco enrojecidos. ¿De verdad había estado al borde de las lágrimas con tan solo pensar en cómo poder ayudar? ¿Tan desesperada estaba por hacerlo?

Volví mi atención a Dylan y fruncí el ceño.

—¿Por qué debería molestarme? —quise saber, continuando su juego de palabras.

—Dímelo tú.

Estuvo muy cerca de mí cuando estuve absorta en mis pensamientos frente al espejo con los ojos cerrados. Ahora estábamos de frente, pero terriblemente cerca. Y después de lo que pasó

entre nosotros la última vez que estuvimos a solas, no me encontraba nada cómoda en su presencia; no porque me molestase tenerlo junto a mí, sino porque me ponía muy nerviosa.

—¿Te molesta *a ti* que me moleste *a mí* ver a tu hermano con otra? —contrataqué.

—¿Por qué debería molestarme? —preguntó, tan confundido como yo.

—Dímelo tú. —Le sonreí con suficiencia al devolverle sus mismas palabras.

Dylan se quedó callado, contemplándome como si yo fuera un jeroglífico difícil de descifrar para él. Qué irónico. Lo mismo pensaba yo de este hombre.

—Me importa bien poco que Jackson esté casado —decidí ser sincera y quitarle esa *dudilla*.

—O sea, que su matrimonio no sería un impedimento para ti si quisieras estar con él.

Me asombré que su mente fuera tan retorcida en pensar eso. ¿Cómo había podido interpretar mal mis palabras?

Podría quitarle esa *dudilla* también, pero decidí no hacerlo. Si realmente ansiaba saberlo, que se fastidiara. Por su culpa mi mente seguía estando como un caos, tanto, que esta noche podría venirme alguna idea suicida y temeraria con tal de que saliese con vida en vez de volver a mi apartamento y dormir tan ricamente.

Dylan apretó la mandíbula, molesto por mi negativa a resolverle su incógnita.

—Te meterías en medio de un matrimonio —soltó, dejándome con la boca abierta del asombro—. Desde luego que eres la media naranja de Jackson.

Me quedé de piedra. ¿Estaba tomando referencias de su exmujer Cecilia? Jackson se metió en su matrimonio, acostándose con ella a sabiendas de que era su cuñada. Pero ¿por qué me metía a mí por el medio de sus desvaríos?

Me estaba empezando a cabrear *de verdad*.

—¿Y tú, McClain? ¿Te meterías en medio de un matrimonio? —espeté.

—Quizás ya lo esté haciendo —contestó con tanta frialdad que me dejó más helada que un glaciar.

—Pues eres un *cabrón*, entonces —gruñí sin pensar.

Dylan levantó ambas cejas, incrédulo por semejante atrevimiento a insultarle con gusto.

—Y tú eres la mujer más fácil de conseguir que me he cruzado en mi vida.

Mi mandíbula se me desencajó. Me acababa de llamar *puta* en mi cara y no sabía por qué. Sin embargo, actué antes de preguntarle qué demonios le pasaba conmigo.

Le solté un buen guantazo sin poder contenerme y su cabeza se giró hacia un lado por el impacto. Le di con tantas ganas, que sentí la mano arder al estrellarse tan fuerte contra su mejilla.

—Eres un imbécil —escupí.

Ahora me arrepentía de haberme dejado besar por él, aunque solo durase un microsegundo. Tal vez Dylan me puso a prueba y la suspendí por aceptar su estúpido beso y suaves caricias. Pensar en esto empeoró mi furia.

—No me dio tiempo empujarte cuando me besaste —me defendí con una gran mentira que no se sostenía por ningún lado, ya que él me tuvo las muñecas inmovilizadas por encima de mi cabeza, pero este hombre me había pisado el orgullo y solo deseaba hacerle daño, como él estaba haciendo conmigo.

Dylan se palpó la mandíbula, asegurándose de tenerla en su sitio después de la tremenda bofetada que le regalé con intereses por su insulto.

Me fulminó con una mirada más que siniestra. Si se le ocurría volver a ofenderme de esa manera tan sucia, le daría una buena patada en los huevos.

—Yo creo que te me hubieras abierto de piernas si hubiese insistido un poco más.

No daba crédito a lo que escuchaba de su boca. Tanto odio y asco que estaba recibiendo por su parte despertó el dolor, abrazando a la furia que corría por mis venas.

Como ya pensé antes, me propuse propinarle una patada en la entrepierna, pero él vio venir mis malas intenciones y lo evitó desviando mi pierna hacia un lado con la suya. En otras circunstancias, le expresaría mi admiración por esquivarme así; no obstante, solo tenía cabeza para golpearlo hasta saciarme.

Volví a intentarlo, pero esta vez me agarró de ambas muñecas, me retorció los brazos entrelazándolos entre sí y me giró, pegando mi espalda en su pecho.

—*Te odio* por ocasionar que le haga a mi hermano lo que él me hizo a mí, convirtiéndome en lo que siempre repudié —murmuró sobre mi oído—. No soportaría el mismo final *otra vez*.

Sentí que su cuerpo se tensó sobre el mío y la inmovilización de mis brazos se debilitó, dándome la oportunidad de apartarlo de mí. El problema era que no me veía capaz de reaccionar al estar sumergida en lo que acababa de percibir de él.

Mi cerebro no funcionaba correctamente y no lograba descifrar este acertijo de los muchos que me solía lanzar, ya que siempre me soltaba sus pensamientos de una forma enrevesada para que no encontrara su significado.

Sin embargo, su reacción física me hizo entender que ni él mismo sabía de dónde le salieron esas palabras.

Ahora ponía en duda nuestro buen juicio. Mi mente estaría hecha un desastre, pero creía que la suya no estaba mejor que la mía.

Me deshice de su agarre ya bastante debilitado y me giré para encararlo. Su mirada estaba perdida en el colgante de mi hermana. Parecía absorto en sus pensamientos tan inalcanzables para mí. En cambio, mi vista se fijó en su boca ahora bien cerrada.

El pánico que me entró cuando Dylan me acorraló sobre la pared y me besó volvió a entrar en mí con la misma ferocidad que deseaba devorar sus labios.

Mi subconsciente sabía perfectamente a qué se debía este pavor, pero mi parte consciente no quería reconocerlo, porque, si lo hacía, entonces significaba que ya había *caído*.

«Mientras no *aceptes* una verdad, jamás será una verdad como tal», pensé en busca de consuelo.

—Vivo para encontrar esa cicatriz —empezó a decir y me rozó la mano suavemente con sus dedos—, la que le hace destacar del resto de mujeres.

—¿Estás buscando a una mujer? —conseguí preguntar, un tanto aturdida por este cambio drástico de conversación.

—Yo mismo le creé esa cicatriz para poder reconocerla cuando me convirtiese en un hombre.

El dibujo de la enfermera se plasmó en mi mente. Esa mujer no tenía rostro, ya que lo mantenía cubierto por unas vendas, lo que podría significar que Dylan no la reconocería si la tuviera de frente, sin nada que ocultara su cara, a no ser que le viera la cicatriz.

Deseaba expresarle todo lo que sabía de su pasado e indagar más en sus tormentos, pero no podía ponerme en evidencia y arrastrar a Alec conmigo, y, menos ahora, que él trabajaba para los McClain.

—La encontraré y la mataré —sentenció, mirándome ahora a los ojos—, para eso vivo, Rose, hasta que te cruzaste en mi camino y llamaste *demasiado* mi atención con tu empecinamiento en querer *verme*. Te advertí de que te mantuvieras al margen de mí, y no me hiciste caso. Ahora las consecuencias serán devastadoras para los dos.

Los latidos de mi corazón se dispararon y una ligera cefalea me envió el aviso que necesitaba

para controlar mis emociones, recordando las advertencias de Louis y de Lucian sobre mantener el equilibrio.

—Coge a tu amiga y largaos las dos de aquí —dijo en cuanto se recompuso de lo que fuera en lo que se sumergió antes.

Dylan se dio la vuelta y se dirigió hacia la salida, dejándome atrás. Antes de que abriera la puerta, giró la cabeza y me miró.

—No salgas de los servicios hasta que pasen unos dos minutos, como mínimo.

—¿Para que nadie nos relacione? —solté, sin entrar en detalles, ya que, supuestamente, yo no sabía nada sobre el peligro que corrían esta noche por la presencia de esos siete hombres.

—Nunca nos deben relacionar, Rose.

Dicho eso, se marchó, cerrando la puerta tras de sí con cuidado para no hacer ruido.

Dylan no se había referido solo a los Caballeros Oscuros, estaba segurísima.

Capítulo 33



Salí de los servicios con los pensamientos más desorganizados que nunca. Todo en Dylan me confundía, y lo peor de todo era que su misterio me llamaba cada vez con más fuerza. ¿Y si en el final del camino había un precipicio esperándome? Quizás ya era demasiado tarde para retroceder…

Me detuve en seco cuando llegué al recibidor al encontrarme a Yelena cortándome el paso. La mujer me observaba con una sonrisa malévola.

—Así que tú eres la famosa *Rosa Negra* del *Rey de la Oscuridad* —ronroneó con la ponzoña cargada en su lengua—, y que está mancillada por el *Príncipe de las Sombras*.

Ahora no me encontraba de humor para participar en más juegos de palabras, y mucho menos viniendo de esta arpía, porque saltaba a la vista que Yelena se trataba de una arpía venenosa.

La anterior advertencia de Alec vino a mí rápidamente, empujándome a alejarme de esta mujer, ya que no podía correr riesgos de que algún Caballero Oscuro hiciera acto de presencia. ¿Acaso esta mujer lo estaba haciendo a propósito? ¿Yelena quería involucrarme en los problemas que los McClain tenían con esa organización?

—No soy la *Rosa Negra* de *nadie* —dije con dureza e hice el amago de pasar por su lado, pero sus dedos se cerraron en mi antebrazo. Giré la cabeza y la fulminé con la mirada—. Suéltame.

—Ya tuve que morir una vez, Rose Tocqueville. No pienso hacerlo otra vez por ti —soltó.

No hice el intento de zafarme de su agarre por el impacto que sus palabras habían causado en mí. Parecía ser que los McClain y todas las personas que tenían que ver con ellos escondían unas verdades bastante turbias, y, por lo visto, varias se relacionaban conmigo.

Deduje que tanto Dylan como Jackson supieron quién era yo antes de que se cruzaran en mi vida de frente, omitiendo la corta temporada en la que hablé con el segundo cuando éramos pequeños; sin embargo, lo curioso era que parecía ser que Yelena también supo de mi existencia antes de que yo supiera de la suya.

—Dime, ¿qué relación guardo con los McClain y contigo? —pregunté, levantando ambas cejas—. Es obvio que sabéis demasiado de mí comparado con lo poco que yo sé de vosotros.

Para mi sorpresa, Yelena me soltó y se giró un poco para encararme. Las puertas de la sala donde se celebraba el evento quedaron a nuestro lado, a unos cuantos metros más allá.

—La leyenda de la *Rosa Negra* le pertenece al *Rey de la Oscuridad*, así que no te dejes

engañar por las palabras encantadoras del *Príncipe de las Sombras* —contestó, dejándome en las mismas—. El segundo podrá obsequiarte esas flores tan peculiares, pero solo el primero las *siente* de verdad.

Por el momento, estaba entendiendo el mensaje general; no obstante, quedaron varios detalles en el tintero. Jackson me regaló dos rosas negras, recitándome unas palabras bonitas de esa flor. Dylan jamás me dio una, así que no podía relacionarlo con ellas. En cambio, Yelena me había nombrado como la *Rosa Negra*, concretamente la de Dylan, ya que él se nombró a sí mismo el *Rey de la Oscuridad* en uno de nuestros encuentros.

—Ahora todo se ha dado la vuelta —sentenció esta mujer, terminando de desorganizar mis ideas.

—¿Se puede saber por qué demonios actuáis como un misterio prohibido de descifrar para mí? —espeté, ya harta de tanto acertijo. Si gran parte de este enigma tenía que ver conmigo, tenía derecho a saberlo.

—No seré yo quien te desvele nada, Rose —respondió con su mirada afilada perforando la mía—, pero te aconsejo que te mantengas alejada de los dos si quieres conservar la cordura.

—¿Y tú? ¿Conservas un poco de eso? ¿La conociste siquiera? —me atreví a preguntarle con sorna.

—Mira —levantó su dedo índice en modo de advertencia—, haz lo que se te plazca con Dylan. Fóllatelo si quieres, pero no te interpongas más entre mi marido y yo. Bastante te has involucrado ya en mi vida. —Una sonrisita se abrió paso en su rostro de porcelana—. Aunque no te aconsejo que te encapriches con el hermano mayor, porque, solo por eso, él podría arrastrarte a la muerte. Tampoco te sugiero que lo encapriches a él de ti, o estarás en las mismas condiciones. —Se encogió de hombros—. Tal vez los dos ya estáis perdidos en vuestro juego de seducción: tú por ser una necia obsesionada con indagar en su vida, y él por sentir que le importa demasiado a alguien que no fuera su madre.

Me mordí la lengua para cortar ya esta conversación con Yelena y no aportarle ningún tipo de información sobre mí. Que ella pensara lo que quisiera, no me importaba. Después de que pasara esta noche ya tendría cabeza para darle vueltas a sus palabras, enlazándolas con las que me dirigió Dylan en los servicios.

Antes de poder moverme y volver a la sala de eventos para buscar a Cynthia, la voz de Jackson me dejó anclada en el suelo.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

En un principio pensé que se refería a mí, pero me equivoqué. Su dura mirada estaba puesta en Yelena. Caminó hacia nosotras a grandes zancadas. Se le notaba a leguas que se moría de ganas de arrastrar a su mujer de vuelta al evento con pocos modales.

—Te dijimos que no te acercaras a ella —espetó el McClain cuando llegó a nuestra altura.

Yelena lo desafió con una de sus sonrisas socarronas.

—Me la he cruzado de camino a los servicios —se defendió ella, algo que era verdad, aunque no sabía si nuestro encuentro fue intencionado o no.

De pronto, las puertas se abrieron y apareció uno de los siete Caballeros Oscuros. Los tres nos quedamos petrificados, observándolo sin emoción alguna mientras él se nos acercaba a pasos lentos; no obstante, nos bordeó y se dirigió hacia los servicios.

Mi mirada se desvió a la espalda de ese hombre y me fijé en lo más básico. Su altura era similar a la mía, así que no era muy alto. Estos inquisidores estaban tan cubiertos por ropa que no los reconocería si los viera vestidos como personas normales, sin gorro y sin braga de cuello que

les ocultara el rostro.

Algo hizo *clic* en mi cabeza, pero no tuve tiempo de analizar mejor por qué mi mente se desvió a cosas descabelladas, ya que la voz de Jackson las evaporó.

—Cynthia y Alec se han marchado en el vehículo de él —me dijo el McClain—. Les he dicho que yo me encargaría de que te fueras de aquí y te reúnas con ellos en tu apartamento.

Me acababa de quitar un gran peso de encima al saber que ellos dos ya estaban fuera de peligro. Sin embargo, esto quería decir que los McClain sabían que Alec tenía algún tipo de relación más estrecha con nosotras. Además, no se ocultó a la hora de acercarse a contarnos sobre los Caballeros Oscuros teniendo a los hermanos a unos cuantos metros de distancia cuando al entregarme la falsa documentación de mi amiga sí lo hizo. ¿Ya no era peligroso para nosotras? Si lo fuera, Alec se hubiese mantenido al margen; en cambio, la mejor forma de protegerla era manteniéndose cerca de ella.

—De acuerdo. Me iré —le dije lo más convincente posible.

Si me iba, no podría ayudarlos con el asunto de los inquisidores, aunque tampoco sabía qué podía hacer yo por ellos. Con tan solo pensar en el posible final trágico que podía darse aquí, me prohibía irme como si nada.

«No intentes mentirte a ti misma. Necesitas estar al lado de Dylan y ayudarlo porque te importa; y, en consecuencia, ayudar también a su hermano por él y por ofrecerte la protección que necesitas hasta que se solucionen tus problemas». Esa maldita vocecilla interna llevaba razón.

No dije nada más y giré sobre mis talones para salir de la empresa. Empleé unos pasos lentos para arañar más el tiempo. Gracias al reflejo que me aportaban los cristales de las puertas principales, vi a Jackson entrelazar su brazo con el de Yelena y conducirla a la sala de eventos, guardando las apariencias de una pareja feliz.

En cuanto puse un pie en la intemperie, miré detrás de mí con disimulo, verificando que el vestíbulo ya se encontraba solitario.

Ahora era mi única oportunidad de pensar como un rayo qué hacer y ponerlo en marcha.

Había un Caballero Oscuro de mi misma estatura encerrado en el servicio, completamente solo. Los demás seguirían en sus antiguos lugares.

Analicé mejor las ideas descabelladas que me vinieron a la mente al ver a ese inquisidor pasar por nuestro lado. Estaba segura de que percibió que había cierta tensión entre Jackson, Yelena y yo por nuestras facciones, aunque no nos haya escuchado hablar.

No podía quedarme en la fiesta con este aspecto, pero sí estando camuflada. ¿Y qué mejor que convirtiéndome en un Caballero Oscuro?

Joder. Este plan no se podría sostener mucho tiempo porque existía el riesgo de ser descubierta y yo era una persona carente de experiencia en este tipo de mundo turbio.

No obstante, no tenía tiempo para pensarlo mejor. Era ahora o nunca. Una vez que iniciara el plan, no habría vuelta atrás.

Me costaron cinco segundos el que mis pies se movieran para volver a entrar a *Esmerald's*. Corrí detrás del mostrador y busqué un folio y un bolígrafo para apuntar «servicio averiado». Cogí rápidamente un trozo de cinta adhesiva y pegué una parte en el papel.

Después eché a correr de nuevo hacia los servicios, procurando hacer el mínimo ruido posible con mis tacones.

Coloqué la nota que escribí en la puerta e ingresé dentro de mi destino. Oí la cisterna del único cubículo que permanecía cerrado. Ahí estaba el Caballero Oscuro que me serviría de disfraz,

pero para eso lo necesitaba fuera de combate para que no me delatara.

Miré a mi alrededor, desesperada por encontrar algo que me sirviese para golpearlo en la cabeza y dejarlo inconsciente.

Fui haca el cubículo vecino y agarré el pequeño objeto de porcelana que guardaba la escobilla del váter. Era lo único que pude valorar como útil.

Esperé a que el inquisidor saliese del cubículo, y, antes de que me percibiera en su espalda gracias al gran espejo que había enfrente, encima de los lavabos, le estrellé el objeto en la parte posterior de la cabeza, haciéndolo pedazos por el impacto.

El Caballero Oscuro se desplomó en el suelo como un fardo, junto con los trozos punzantes de porcelana. Me quedé bloqueada en el sitio, mirando lo que había hecho con los ojos abiertos como platos.

Era la primera vez que había golpeado a una persona hasta el punto de dejarla inconsciente.

Sintiendo las piernas como gelatina, me agaché y le tomé el pulso en el cuello con los dedos temblorosos. Tragué saliva con dificultad por el nudo que se había formado en mi garganta cuando comprobé que lo había matado.

Me levanté rápidamente y retrocedí de un salto, estrellando mi espalda en la estrecha pared que había entre un cubículo y otro.

—Dios mío. —Me tapé la boca con la mano para acallar el sollozo que empezó a trepar por mi garganta—. Le he arrancado la vida a una persona.

«Mentira. Ya quitaste varias en los dos *sueños compartidos* que tuviste con Louis», me acusó esa vocecilla fastidiosa de mi cabeza.

Mi corazón aporreaba mi pecho con sus latidos intensos y rápidos. La respiración se me empezó a hacer difícil por la ansiedad que ya asomaba en mi interior.

«Has matado a una persona por *él*. ¿A qué esperas para aceptar la verdad que quieres ocultarte a ti misma?».

—Ay, no.

Me separé de la pared, medio tambaleándome, y comencé a darme aire con una mano, como si así pudiese respirar la cantidad que notaba que les faltaba a mis pulmones.

—Soy una asesina —musité, con los nervios a flor de piel.

Di vueltas por los servicios, introduciéndome en mis pensamientos más tenebrosos. Una parte de mí, la más racional, fue consciente de que para dejar a este hombre fuera de combate y poder usurpar su identidad no funcionaría golpearlo para que perdiera la consciencia… Tenía que matarlo para que no despertara de nuevo y me expusiera ante los demás.

Controlé las lágrimas que amenazaban con salir de mis ojos.

Ya estaba hecho y no había vuelta atrás. Llorar como una niña desolada no me aportaría nada beneficioso.

—¡Espabila! —me chillé a mí misma para salir de este *shock*.

Mi vista se fijó en el cadáver y conté hasta tres para continuar con este descabellado plan.

Fui despojándole de su ropa para sustituir la mía por la de él. Después arrastré su cuerpo semidesnudo al interior del cubículo que usó para hacer sus necesidades, junto con mi ropa.

Dejé el gorro y la braga de cuello encima de los lavabos para ponérmelos cuando estuviese lista. Le dediqué unos minutos a quitarme todo el maquillaje con papel y agua. Sentí mi cara arder de tanta fricción, ya que esta no era la mejor forma de deshacerse de las pinturas, pero no disponía de otra manera.

Una vez obtenido un resultado aceptable, me puse las dos prendas que me faltaban para

completar mi atuendo. Mi cabello quedó atrapado debajo del gorro y la braga de cuello me cubría el rostro hasta llegar a los ojos. Mis pechos no se notaban gracias al chaleco antibalas que había debajo de la camiseta que me estaba ancha.

El abrigo que tenía puesto pesaba y, como ya supuse antes, en su interior había armas, tanto blancas muy raras como de fuego; y una de ellas era bastante más extraña que las blancas. Se trataba de un instrumento circular muy afilado. No tenía ni idea de utilizarlo, aunque, a decir verdad, no sabía usar ningún arma, en realidad.

Antes de ponerme en marcha, me saqué el móvil de uno de los bolsillos que me guardé en el pantalón y le envié un rápido mensaje a Cynthia, comunicándole que estaba dando vueltas por la ciudad con el *Ferrari* porque necesitaba despejarme antes de volver al apartamento. Solo esperaba que me creyese y me esperara allí, junto con Alec.

Tomé una respiración profunda, todavía sin estar lista, y salí de los servicios, llevando cuidado en no hacer ruido.

Mis pisadas con estas botas dos números más grandes que el que yo utilizaba me resultaban muy pesadas. Toda yo era bastante pesada con esta vestimenta.

Abrí las puertas de la sala de eventos y empecé a bajar las escaleras sin vacilar, controlando mis nervios para no cometer un error que me delatara. Usé todo mi autocontrol para actuar con normalidad.

Varios invitados ya habían abandonado *Esmerald's*, sin embargo, aún quedaban inocentes.

Anduve con seguridad hacia el espacio libre que antes ocupó el Caballero Oscuro al que maté y adquirí la misma postura que mis compañeros para no levantar sospechas.

Me quedé ahí, quieta y observando el escenario con mi conciencia más sucia que nunca. Intenté por todos los medios no pensar en la atrocidad que había hecho y enfoqué mi mirada en Dylan. Al fin y al cabo, él era la causa de todo esto, porque solo por este McClain fui capaz de quitar una vida humana que, cuando volviese a casa, lamentaría, aunque ¿conseguiría regresar al apartamento?

El sonido procedente del interior de mi gabardina llamó mi atención. Busqué aquello que vibraba con naturalidad y vi que se trataba de un aparato similar a un teléfono móvil. La pantalla consistía en un mapa callejero de la ciudad. Lo analicé con mayor detalle, evaluando los distintos puntos rojos que había repartidos.

Siete estaban reunidos en esta ubicación, lo que significaba que cada puntito rojo éramos uno de nosotros. Lo que me preocupó fue ver más puntos del mismo color en otro lado de Nueva York. ¿Había más Caballeros Oscuros fuera de *Esmerald's*?

Maldición. No contaba con esto.

Con los nervios revoloteando por mi interior, volví a guardar el aparato donde estaba y continué con mi postura anterior, la misma que seguían teniendo mis compañeros.

Me concentré en los siete inquisidores que se encontraban en esta empresa, y uno era yo, así que teníamos que eliminar a seis al mismo tiempo que yo debía conservar la vida.

Para los McClain, yo era otro enemigo más. Ahí radicaba otro de los problemas que me cruzaría esta noche.

Al cabo de unos minutos, que me resultaron eternos, los invitados fueron abandonando la empresa poco a poco. Inmediatamente, me puse en alerta y con el rabillo del ojo vigilaba a los inquisidores de ambos lados en busca de alguna señal para el inicio.

El estruendo de una fuerte explosión inundó mis oídos. El incidente no había ocurrido aquí, sino en otra parte de la ciudad, aunque no muy lejana, ya que el ruido fue de gran intensidad.

¿Qué había sido lo que había saltado por los aires?

Como si todo pasara en cámara lenta, los McClain y sus hombres empuñaron las armas; otros que reconocí como los que custodiaban a Richard Moore repitieron la misma acción. Los Caballeros Oscuros corrieron al frente mientras sacaban el instrumento circular que no supe identificar. Lo lanzaban por los aires a gran velocidad, cada uno en distinta trayectoria y todos consiguiendo la misma función.

Decapitaron a cuatro hombres de los McClain y a dos de los Moore. ¿Los inquisidores también querían atacar a estos últimos sin pertenecer a la mafia?

Cuando pude reaccionar de mi asombro, corrí hacia ellos, pero frené en seco cuando Jackson apuntó su arma en mi dirección y disparó.

En una milésima de segundo, sentí un fuerte dolor y quemazón en mi pecho, haciéndome caer al suelo, y mi nuca impactó contra el frío pavimento.

Capítulo 34



Agradecí llevar el chaleco antibalas para que el proyectil no perforara mi pecho, pero eso no evitaba que sintiera el dolor y quemazón que este producía. No me importó tener una quemadura, ya que *Nyx* se encargaría de curarme a su debido tiempo.

El aturdimiento que la fuerte caída me había producido cuando mi nuca impactó en el pavimento desaparecía progresivamente. Mientras tanto, permanecí tumbada en el suelo sin producir ningún tipo de movimiento y simulando mi muerte, ganando el tiempo necesario para recomponerme.

Observé la escena que se producía frente a mis ojos. Este lugar era muy amplio para poder atacar y moverse con rapidez, pero carecía de objetos que sirvieran de escudo para cubrirse, así que el gran diámetro de esta sala no beneficiaba en lo absoluto. Solo se disponía de los pilares para esa función.

Pude ver varios cuerpos inertes en el suelo, bañados en sangre, tanto la de ellos mismos como la de los demás.

Los McClain y los Moore estaban unidos para derrotar a los Caballeros Oscuros. Esta era la decisión más sensata que habían tomado: aliarse ambas familias enemigas para derrotar a los más peligrosos y después volver a batallar entre ellos.

El problema evidente era que yo formaba parte de los Caballeros Oscuros y, por lo tanto, tenía que enfrentarme a ambos bandos.

En todo momento supe dónde me estaba metiendo con esta decisión arriesgada. Maté a un Caballero Oscuro en los servicios, sin embargo, no sería la única vida que arrancaría esta noche. Este pensamiento me perturbaba, pero no tenía más remedio, así que me despojé de cualquier emoción que me pudiese perjudicar ahora. Después tendría tiempo para lamentarme si lograba salir viva de aquí.

Mi único objetivo era ayudar a los McClain, no obstante, para ello estaría obligada a ocasionar daños colaterales. Por un lado, debía acabar con los Caballeros Oscuros de forma más sigilosa, y, por el otro, defenderme de los hombres que se me pusieran por el camino, pertenecieran a los McClain o a los Moore, sin objeción alguna.

Los constantes disparos que escuchaba eran más sordos y suaves, dentro de lo que cabía; con lo cual, todos tenían los silenciadores puestos para llamar menos la atención de la gente que

habría por las calles. Esto también me empujaba a pensar que ya estuvieron preparados para un tiroteo así.

Con sumo cuidado, deslicé mi brazo por el interior de la gabardina y agarré un objeto punzante, lista para desenfundarlo en el momento oportuno.

No opté por un arma de fuego porque carecía de conocimientos previos para su buena utilización, ya que ni siquiera sabía cargarlas de nuevo. Sí, se insertaba el cargador, pero ¿después qué? Louis no tuvo la oportunidad de enseñarme mejor.

Lo bueno de estar un poco apartada de la batalla era que nadie se fijaba en mis leves movimientos.

Unos zapatos idénticos a los míos se posicionaron frente a mi cara, tapando toda la escena que estaba contemplando. Se trataba de un inquisidor que se estaba agachando delante mí para despojarme de las armas que mi gabardina cubría, pensando que me habían matado.

Aprovechando esta oportunidad que se me ofrecía para acabar con un Caballero Oscuro, me incliné para agarrarle del hombro con mi mano libre y saqué el arma que empuñaba. Se la clavé en el cuello, asegurando mi victoria.

Cuando él se tambaleó hacia mí, rodé en el suelo para apartarme de su trayectoria y me levanté con rapidez. Mi mirada se clavó en el charco de sangre que le rodeaba. Si esta me había salpicado, no lo percibía al tener la ropa negra, y tampoco pretendía averiguarlo.

«Te has convertido en una asesina a pasos agigantados».

Deseché ese pensamiento con repulsión y me recordé que esto era estrictamente necesario, que estas vidas eran de personas de poca ética que pretendían matarme y matar a la gente que me importaba.

«Tú no eres mejor persona que ellos». Era consciente de esto, pero ahora no era la ocasión perfecta para reprimirme por mis acciones.

Levanté la vista y me sorprendí ver que nadie me prestaba atención a mí, pese a estar parada en medio de la batalla. Si los Caballeros Oscuros no me atacaban era porque no percibieron lo que le había hecho a uno de ellos; en cambio, si los McClain y los Moore no intentaban acabar conmigo significaba que alguno de ellos me había visto hacerlo, pero eso no significaba que el resto estuviesen al tanto.

Cogí al inquisidor que yacía muerto a mis pies y lo arrastré hacia el pilar más cercano para cubrirme durante un periodo corto de tiempo.

Le quité la gabardina cargada de armas y me asomé con cuidado para inspeccionar el escenario. Me centré en Dylan y, sin pensarlo dos veces, corriendo un gran riesgo, le lancé la pesada gabardina hacia su dirección, arrastrándola por el suelo hasta que chocó en sus pies.

No me entretuve en comprobar el resultado, ya que no podía permanecer estática demasiado tiempo si quería cumplir mi objetivo. Continuar parada en mitad de una batalla no era apropiado ni sensato.

Ahora solo quedaban cinco inquisidores y yo no me incluí en el recuento. El resto que había por otro lado de la ciudad tuvieron que ser los causantes de la explosión que dio el inicio a esta batalla. ¿Y si decidían reunirse en *Esmerald's*? Tenía que darme prisa.

Corrí hacia el foco de la lucha. Pude apreciar que mis reflejos habían mejorado, permitiéndome esquivar obstáculos con más facilidad y anticipar otros en movimiento; incluso notaba más fondo para aguantar mejor una carrera. ¿Esto era gracias a *Nyx*? Tenía que serlo. ¿Qué más podía hacer el parásito por mí?

Saqué una especie de espada corta con la hoja cubierta de clavos y la levanté para derribar a

un hombre antes de que me pegase un tiro. No lo decapité, sino que pasé la punta por todo su pecho. No quise mirar cuál fue el resultado, ya que no necesitaba procesar tantas imágenes macabras creadas por mí, así que continué corriendo.

Como era de suponer, no todos los hombres de las dos familias sabían de mi colaboración en ayudarlos.

Cuando iba a recibir un disparo, agarré a otro hombre que me pilló por el camino y lo coloqué frente a mí, utilizándolo de escudo para protegerme o, mejor dicho, intentarlo, porque si el proyectil traspasaba su cuerpo, penetraría en el mío. Para mi buena suerte, yo tenía un chaleco antibalas, así que mi vida no correría peligro en ese caso, pero no me libraría del dolor y la quemazón.

Finalmente, el disparo se lo llevó solo el hombre en la espalda al haberse quedado el proyectil atrapado en el hueso. Lo lancé a un lado sin contemplaciones y seguí con mi carrera.

«La maldad corre por tus venas, no eres más noble que Eckardt».

Esa era mi voz, sin embargo, no sabría distinguir si provenía de mi conciencia o de una alucinación auditiva.

Las cápsulas me las tomaba antes de dormir y, por las altas horas de la madrugada en las que ya estábamos, el efecto de la toma pasada ya se acabó, exponiéndome más a Eckardt.

«Eres un monstruo».

Quise gritar de la frustración, pero un cuerpo impactó en el mío desde un lateral y caí al suelo. La espada salió volando de mi mano, perdiéndola de vista. Giré la cabeza y me crucé con Yelena Dobrovolski. Le lancé una mirada asesina por entrometerse en mis asuntos y, cuando pretendía apuñalarme con una daga, rodé sobre el suelo y le propiné una patada en la espinilla.

Ella perdió la estabilidad suficiente para caer al suelo, pero no duró demasiado ahí tirada, aunque sí me dio tiempo ponerme en pie.

Yo disponía de un chaleco antibalas, pero no había nada que cubriera los laterales de mi costado, así que esas zonas eran vulnerables a cualquier ataque; aparte del cuello, de la cabeza y de las extremidades, por supuesto.

—¿Quién se lo iba a imaginar? —soltó jocosa. No volvió a atacarme, lo que me parecía extraño—. ¿Qué se siente ser hombre? —Me quedé petrificada, observando sus ojos azules cargados de maldad—. Pobre niña. ¿Pensaste que la estupidez e ignorancia predominaban en mí? ¡Pero qué ilusa! —Guardó su daga en una funda, que mantuvo amarrada en el muslo bajo su vestido lago, y se agachó para coger una pistola caída—. Mi mayor virtud es rastrear, querida. Tu perfume lo memoricé en el poco tiempo que hablé contigo y créeme, por más perfumes que luego pueda percibir, el tuyo lo tengo bien grabado.

Joder. No me había fijado en el detalle de mi perfume. Esta mujer tenía el genoma de un perro sabueso. Desvié mi atención a los McClain. Todos se mantenían ajenos a nosotras porque estaban centrados en los Caballeros Oscuros, pero, si Yelena me había reconocido, ¿el resto podrían hacerlo con la misma facilidad?

Si así continuaba siendo, no duraría mucho tiempo, ya que dudaba de que esta arpía me guardara el secreto.

—¿Sabías que Dylan podía haberte disparado cuando yo te empujé? —preguntó con sorna—. Sin embargo, no lo ha hecho porque se fijó en que lo ayudaste cuando le pasaste las armas del inquisidor. Él no olvida cuando lo ayudan —ladeó la cabeza, mirándome con malevolencia—, pero tampoco olvida cuando lo atacan.

Sin darme tiempo a reaccionar, Yelena apuntó con el arma en algún punto a mis espaldas y

disparó. Me giré rápidamente y abrí los ojos como platos cuando Jackson cayó al suelo y emitió un grito mientras sujetaba su pierna lastimada.

Asombrada, volví la mirada a su mujer y lo único que alcancé a ver fue como me lanzaba algo a gran velocidad que, por inercia, atrapé con mis manos.

Fruncí el ceño cuando reparé en la pistola que había utilizado para herir a su marido.

—¡¿Qué...?! —El rugido de Dylan me hizo dar un respingo.

Su rostro descompuesto por unas facciones que expresaban una furia sin límites se giró hacia mí. Esa emoción tan primitiva iba dirigida exclusivamente a mí.

«¡Corre!», me chilló mi subconsciente.

Antes de obedecer su orden, vi que un Caballero Oscuro disparó un dardo que se incrustó en el cuello de Jackson.

Me enfrasqué en una carrera hacia la salida de esta sala, dejando caer la pistola al suelo. Podía sentir la presencia de Dylan a mis espaldas, dispuesto a atraparme y torturarme hasta la muerte por pensar que yo herí a su hermano.

En estos momentos, mi único propósito era huir de él y salvarme a mí misma sin hacerle daño. Descubriera o no mi verdadera identidad, me mataría igualmente. La familia era lo más importante para él y, ante sus ojos, yo era la villana que le había atacado.

Llegué al recibidor sin recibir ningún disparo, dato que me sorprendió, porque Dylan seguía corriendo tras de mí y podía dispararme cuando él quisiera.

Me estrellé contra las puertas principales de la empresa y estas se encontraban bloqueadas. Solté una maldición y di media vuelta para correr hacia los ascensores. Uno de ellos permanecía en los últimos pisos de *Esmerald's* mientras que el otro ya esperaba por mí en este piso.

Entré en él como un rayo, pero no por mi propio pie, sino por el empujón que Dylan me dio cuando llegó a mí.

Automáticamente, le propiné una fuerte bofetada con mi mano enguantada. Se quedó perplejo, asimilando la forma tan cómica que había tenido un Caballero Oscuro de pegarle. Aproveché esta leve confusión y lo eché del ascensor con un empujón, ganándose una caída al suelo al tropezar con sus propios pies.

De inmediato, fui pulsando el botón del último piso hasta que las puertas consiguieron cerrarse. Antes de que la máquina se pusiera en marcha, di un respingo cuando Dylan golpeó las puertas con los puños a la vez que gritaba de frustración.

—¡Te voy a matar! —Alcancé a oír, poniéndome más nerviosa, porque sabía que cumpliría su amenaza y que no pararía hasta conseguirlo.

Apoyé la espalda al lado del panel numérico y tomé unas cuantas respiraciones profundas para serenarme. Ya empezaba a sentir un calor abrasador con esta gabardina tan pesada, pero no debía de quitármela. Disponía de armas, aunque solo me atreviera a usar las que no fueran de fuego.

No tenía ni idea de qué sería de Jackson. El dardo que le dispararon tuvo que ser con la intención de dejarlo inconsciente para llevárselo y, de forma inconsciente, había salvado a Dylan del mismo destino al empujarle a ir detrás de mí.

Por lo visto, la primera opción de los Caballeros Oscuros no era matarlos, sino raptarlos. Si yo era uno más de ellos, podría irme con los inquisidores y buscar alguna salida en mitad del trayecto.

Saqué el aparato que me informaba de la cantidad de Caballeros Oscuros que había en Nueva York. Los siete puntos rojos que se hallaban en otra parte de la ciudad se estaban acercando a esta empresa. En *Esmerald's* quedaban unos cinco, yo incluida, así que había que matar a los

cuatro restantes. No tenía la certeza de cómo funcionaban estos aparatos porque, cuando un inquisidor fallecía, su puntito rojo desaparecía de la pantalla, como si esto tuviera un sensor del pulso o del calor corporal de la persona que lo portaba. No tenía ni idea.

Desde luego que con la tecnología y la ciencia se podían crear muchas virguerías.

El sonido del ascensor cuando paraba en un piso me hizo guardar el aparato rápidamente y mirar hacia la pequeña pantalla de los dígitos. Me alarmé al ver que todavía no había llegado a mi destino. Alguien tuvo que haberlo llamado a medio camino.

«Dylan McClain».

Fruncí los labios, molesta por que este hombre se convirtiera en un fuerte dolor de cabeza. Joder, no quería hacerle daño, pero no tendría más remedio que golpearlo.

Me acerqué a las puertas y, cuando comenzaron a abrirse, salté hacia la barra horizontal del techo para agarrarme a ella. Con el impulso de mi cuerpo, estrellé la suela de mis botas en el pecho del McClain. Él se tambaleó hacia atrás y cayó sobre una pequeña mesita con un montón de papeles encima.

Las puertas del ascensor comenzaron a cerrarse nuevamente mientras Dylan se incorporaba a toda prisa.

—¡Nadie puede huir de mí! —Más que un grito, parecía el gruñido de un animal, de una bestia.

Sentía los latidos frenéticos de mi corazón hasta en la garganta. Dylan estaba siguiéndome por las escaleras e intentaba atraparme, pulsando el botón de cada piso hasta que consiguió adelantarme.

La adrenalina convertía a este hombre en una bestia hambrienta de sangre, capaz de correr como un guepardo.

Me abrí el abrigo y busqué un arma que me sirviera para defenderme, pero sin llegar a herirlo. Opté por una especie de bastón con un extremo afiladísimo en forma piramidal. Tendría que llevar mucho cuidado en no golpearlo con esa parte.

Recé en mi interior para no tener que volver a enfrentarme a Dylan porque estaba segurísima de que, a la próxima vez que me alcanzase, estaría mejor preparado. Sin embargo, mis plegarias no fueron escuchadas, ya que el ascensor volvió a detenerse a unos cuantos pisos de mi destino.

Apreté el bastón con ambas manos y me acerqué a las puertas cuando empezaron a abrirse. Contuve la respiración al no ver a nadie esperándome. Si el McClain fue el causante, se tuvo que haber escondido, porque no se arriesgaría a recibir otro empujón sin darle tiempo a reaccionar.

A la expectativa de cualquier movimiento sospechoso, pulsé el botón del cierre forzado de puertas; no obstante, unas manos fuertes me agarraron del cuello de la gabardina y me sacaron del ascensor, empujándome después contra el mobiliario que se hallaba en el otro extremo de los elevadores.

Me golpeé la cadera con el pico de una mesa y apenas pude contener un grito de dolor para no desvelar mi feminidad en él. El bastón se me resbaló de las manos y me agarré a los bordes de la mesa para no caerme al suelo.

—Fui un imbécil por confiar *otra vez*. —La voz fría de Dylan me produjo un escalofrío. Me aparté de la mesa para mirarlo y no perderlo de vista ni un instante—. Me he *emocionado* un poquito cuando creí que me ayudaste —enfatizó en una palabra con cierta burla—. Fallo mío, lo siento. —Se puso una mano en el pecho, poniéndole más drama al asunto, y comenzó a acercarse a mí peligrosamente—. Mi familia es *mi deidad*. —Esto lo dijo con tanta suavidad, que el miedo penetró en mi sistema hasta el punto de hacerme temblar como una hoja.

Me eché a un lado para poner más distancia entre los dos, ya que él estaba empecinado en acortarla.

En realidad, conocí la parte más dulce de Dylan con cada encuentro que tuve con él. Sin embargo, esta noche me presentaría su parte más cruel. No le culpaba, ya que, ante sus ojos, yo ataqué a su hermano, su familia y su deidad.

¿Y si le mostraba mi verdadera identidad? ¿Se contendría de golpearme hasta el cansancio? ¿Me mataría con un simple disparo en la cabeza?

—No hay que fijarse mucho para poder apreciar lo débil que eres, *novato*. —Dejó de avanzar y empezó a despojarse de sus armas, dejándolas caer al suelo sin preocupación alguna. Miré perpleja su acción—. Quiero que este combate sea justo para los dos —agregó.

Tragué saliva con dificultad por el nudo que se estaba formando en mi garganta. Dylan pensaba enfrascarse en un combate cuerpo a cuerpo conmigo y yo no tenía ni idea de artes marciales.

Tenía que salir corriendo de aquí, no obstante, para ello debía de pasar por su lado, porque las escaleras de emergencia se hallaban a su espalda y ningún ascensor estaba disponible en este piso de *Esmerald's*. Uno de ellos seguía en los últimos pisos y el que yo estaba usando ya llegó a su destino: el último.

Con las manos vacilantes, comencé a quitarme el abrigo, complaciéndolo en su oferta, con la única intención de arañar unos segundos extras.

No tenía otra opción que luchar contra él, aunque ambos teníamos objetivos diferentes: él quería acabar con mi vida; y yo, con su consciencia.

Capítulo 35



En un rápido movimiento, le lancé mi pesada gabardina a la cara y corrí hacia las escaleras como arma que lleva el diablo. Por desgracia, no llegué muy lejos porque, al pisar el primer escalón, Dylan me agarró de los hombros y, con un giro de ciento ochenta grados, me lanzó a una butaca que había al otro lado de la mesa con la que antes me golpeé la cadera.

Aterricé con mayor fuerza en el respaldo, produciendo que la butaca cayera hacia atrás, arrastrándome a mí con ella.

Volteé en el minúsculo espacio que había entre este asiento volcado y la pared y me puse en pie con la ayuda de esta. Mi mirada se centró en Dylan, quien me sonreía con malevolencia.

Pese a estar más que centrada en huir de aquí sin herirlo, pude percibir otro rasgo de ser portadora de este parásito. Me notaba más resistente al dolor, ya que lo aguantaba mucho mejor que antes. Este hallazgo, junto con los otros que ya detecté, me sería de gran ayuda.

«Al final te va a gustar estar infectada». Me asusté un poco al tener este pensamiento.

—Qué decadencia de Caballero Oscuro. Si aumentan la plantilla con miembros como tú, sería un grandísimo honor para *las familias* —dijo jocoso, subiéndose las mangas de su camisa para mejorar su movilidad—. Por favor, golpéame al menos una vez y haz que me duela.

Corrió hacia mí y, antes de que su puño alcanzara mi rostro, me agaché y este impactó en la pared. Escuché su grito, pero no me importó, así que le propiné un puñetazo en el estómago y salí de este pequeño espacio del que disponía.

Pude esquivar su golpe gracias a la sensación de ver sus nudillos dirigiéndose a mí a cámara lenta, lo que me permitió ganar un tiempo valioso para protegerme.

Al menos tenía una cierta ventaja al poseer unas habilidades especiales, cosa que Dylan no tenía. Sin embargo, sus ansias de hacerme caer eran tan inmensas que nada le detendría para conseguir su propósito.

Eché a correr hacia el ascensor y pulsé el botón. Sabía que no me daría tiempo entrar en él desde este piso, pero, al menos, empezaría a bajar. Mi intención era subir por las escaleras e ir llamando al elevador, ya que más cerca estaría de mí, y llegaría un momento en el que quedaría a mi alcance para poder huir del McClain.

Me dirigí rápidamente hacia las escaleras sin reparar en Dylan. Mis botas chocaban con fuerza contra cada escalón, impulsándome también con mis manos sobre la barandilla para ganar más

velocidad.

Pasé por el acceso del siguiente piso, aunque no me entretuve en él, y seguí subiendo, dando vueltas rectangulares entre el hueco de la escalera.

Si uno de los elevadores estaba parado en el último piso desde un principio, quería decir que alguien había allí.

Dylan me agarró del tobillo y caí de bruces contra los escalones, golpeándome la cara en uno de ellos. Reprimí las lágrimas por el impacto de mi nariz y la cabeza comenzó a darme vueltas. La visión se me tornó borrosa y unos pitidos en mis oídos aumentaban mi aturdimiento.

Después fui arrastrada escaleras abajo sin piedad, como si me tratase de una bolsa pesada de basura. Fui golpeándome con cada peldaño que Dylan me obligaba a bajar a rastras.

Exhausta y altamente dolorida, fui levantada de forma brusca y, en un pestañeo, me volvió a estampar contra el suelo con fuerza, golpeándome la cabeza otra vez.

—No puedo entender cómo has obtenido el cargo de inquisidor con los pocos conocimientos de lucha que tienes. —Fui capaz de oír su voz por encima de estos molestos pitidos. Intenté abrir los ojos, pero fracasé, ya que todo me daba vueltas y tenía que cerrarlos de nuevo para aliviar un poquito esta sensación—. Para la cacería final se requiere ser un monstruo, y tú pareces una presa demasiado fácil. Me das lástima, *novato*.

Parecía que me estaban golpeando en la cabeza con un martillo y noté el sabor de la sangre sobre mi paladar. Hice una mueca de asco.

Nyx me curaría de todo si no recibía ningún ataque mortal por parte del McClain, pero se requería tiempo y no estaba muy convencida de tenerlo con él a mi alrededor.

Hice otro intento de abrir los ojos y, pese a mi visión borrosa, pude distinguir que los ascensores se ubicaban delante de mí. Uno de ellos ya estaba llegando al piso inferior, mi antigua ubicación. Si consiguiera pulsar el botón, solo tendría que ascender un solo número; sin embargo, tendría que aguantar viva con Dylan durante ese tiempo.

Lo más frustrante era que todavía no tenía las fuerzas suficientes para ponerme en pie, así que solo disponía de la opción de arrastrarme como un gusano hacia los elevadores.

Reuní toda la energía restante que me quedaba, que ya era peligrosamente escasa, y empecé a reptar hacia ellos. Al menos, aún tenía la braga de cuello y el gorro en su sitio, así que mi identidad seguía siendo un misterio para el McClain.

Un escalofrío recorrió mi espina dorsal cuando escuché las carcajadas de Dylan en algún punto desconocido; aun así, no me detuve y continué reptando.

Llegué a las puertas del ascensor que quería atraer, o, mejor dicho, el McClain me dejó llegar por pena. Mi condición física era pésima y tardé varios segundos en ponerme en pie. Pulsé el botón y giré mi cuerpo lastimado para ver su sonrisa lobuna.

—Para que veas que soy considerado, te he traído esto. —Entonces, reparé en el bastón que tenía en sus manos. Lo tiró al suelo, a sus pies, produciendo un molesto sonido para mis oídos por culpa de mi aturdimiento—. Yo no portaré ningún tipo de arma, pero dejaré que tu uses esta, si es que consigues llegar a ella, claro —terminó mofándose.

El cuanto escuché el sonido del ascensor, el causante de mi débil sonrisa bajo mi braga de cuello, Dylan se abalanzó sobre mí, impidiendo que huyera de él.

Me agarró del brazo y me tiró al suelo sin esfuerzo alguno. Esta vez no pude evitar soltar un gemido de dolor e intenté ponerme en cuadrupedia sobre el pavimento, pero Dylan no se detuvo y me propinó un fuerte golpe en mi espalda, dejándome sin aire en los pulmones. Ya no podía controlar ningún sonido que se escapaba de mi boca por el dolor y la dificultad respiratoria.

Una patada en mi costado me hizo girar sobre el suelo, rodando por él un par de vueltas. Sentí algo duro chocar contra mi barbilla, pero la tela me impedía identificar de lo que se trataba.

—Me gustaría ver tu rostro de imbécil una vez que dejes de respirar —afirmó.

«Te llevarías una sorpresa si lo hicieras», pensé con sarcasmo.

Me encogí en el suelo, poniéndome en posición fetal como una niña desolada.

Ya no podría resistir mucho más. Dylan me estaba matando poco a poco a base de golpizas. Acabaría reventándome algún órgano y *Nyx* no tendría ya nada que reparar.

Abrí la boca para hablar y desvelarle mi verdadera identidad. Quizás así podría ser más razonable y hacer que me perdonase la vida por el falso accidente de su hermano. Sin embargo, mi voz se encontraba tan debilitada que no salía con fuerza de mi boca, y mucho menos teniendo una tela que me la cubría.

Intenté llevar una mano a la braga de cuello para bajármela, pero, de pronto, Dylan la apartó a medio camino de una patada, conduciendo mi brazo hacia un lado hasta descansar en el suelo.

—Quiero ser yo quien te destape el rostro cuando detenga tus latidos para siempre —gruñó—. Me das tanta lástima ya de por sí, que no querría verte morir a la cara. —Esta vez no hubo ningún atisbo de burla en su voz.

El McClain me giró para ponerme boca arriba y se puso a horcajadas sobre mí para envolver mi cuello con sus dos manos y empezar a asfixiarme. Las mías, cubiertas por los guantes, consiguieron sujetar las suyas en un intento en vano de suavizar su agarre.

Solo me permitía ver su rostro con sus labios fruncidos, su mirada entrecerrada y la vena de su frente bastante abultada por la fuerza que estaba ejerciendo en arrancarme la vida.

Mi debilidad era tan importante que no podía ni defenderme, así que mis ojos comenzaron a cerrarse sin mi permiso y vislumbré a mi hermana en mi mente.

Como si se tratase de un milagro de Camille, dejé de sentir presión en mi garganta y comencé a demandar aire para mis pulmones. La tos me obstaculizaba consumir todo el oxígeno que ansiaba, pero pude abrir los ojos y ver a Dylan más asustado que nunca, sin una máscara que tapara esa emoción, mientras observaba mi cuello.

—¿Qué…? —No pudo ni terminar la frase.

Quise hacerme a un lado y evitar que me tocara, pero no pude. En cambio, lo que hizo no fue tocarme, sino agarrar el objeto que me había golpeado la barbilla anteriormente y lo puso al alcance de mi vista. Abriría los ojos como platos si pudiese.

Dylan estaba observando el colgante de mi hermana con cara de espanto. Lo acariciaba con sus dedos, absorto en sus pensamientos.

Este gesto me hizo recordar las veces que el McClain había tocado la joya, prestándole demasiada atención. Ahora entendía su reacción. Dylan ya tuvo que haberme reconocido. Dejó caer el colgante de Camille y ahora me miró a los ojos.

Los dedos de una de mis manos rozaron el arma que él me dejó disponible. Acaricié el bastón hasta dar con el extremo afiladísimo. Entonces, lo empuñé por ahí y sentí como me lastimaba la misma carne, traspasando el filo la tela de mi guante. Jamás le golpearía con esta parte del bastón porque yo tenía a *Nyx*, pero él no.

Antes de que Dylan me arrebatara la braga de cuello para ver a quién había golpeado *de verdad* hasta la saciedad, le estampé la parte lisa del bastón en la parte posterior de la cabeza, aturdiéndolo al momento.

Su cuerpo se desplomó encima del mío, pero no llegó a perder la consciencia y tampoco quería que la perdiera, tan solo aturdirlo para poder escapar de él.

Creí oír que gimió mi nombre, aunque no estaba segura.

Con un esfuerzo sobrehumano, lo empujé a un lado y me arrastré fuera de su alcance. Gemí de dolor cuando abrí la mano y me arranqué el bastón, ya que la parte piramidal se había clavado en la palma, pese a tener el guante.

Me fijé en que el ascensor ya se encontraba disponible para mí, así que me puse en pie, sintiendo menos debilidad que antes. Por fin, el parásito estaba consiguiendo ayudarme, lo que quería decir que mis ojos estarían rojos, pero las lentillas camuflaban ese rasgo.

Ingresé en el elevador mediante constantes tambaleos y me apoyé en una de las paredes, apretando el botón del último piso. Lo último que vi antes de que las puertas se sellaran fue a Dylan tumbado en el suelo, intentando incorporarse con suma dificultad y lentitud.

Permanecí quieta mientras intentaba acompasar mi respiración. Ya había comenzado a mejorar, así que pronto recuperaría más fuerzas y energía para continuar mi labor de esta noche.

No sabía lo que me encontraría arriba, pero era el único lugar al que debería de ir. La salida de *Esmerald's* estaba bloqueada, impidiendo nuestra salida, y arriba tenía que haber alguien.

Ya no tenía abrigo, así que no disponía de armas ni del aparato que me informaba de cuántos Caballeros Oscuros seguían con vida.

Cuando el ascensor llegó a mi adorable y esperado destino, salí de él. Según mis cálculos, arriba estaba la azotea y en este piso no escuchaba nada que no fuera el silencio.

El motor del elevador se puso en marcha, despertando todas mis alarmas de nuevo. Giré sobre mí misma para echarle un vistazo a la pantalla de los dígitos. Alguien que se hallaba más abajo lo llamó. ¿Se trataba de Dylan?

Obtuve una respuesta afirmativa cuando el ascensor se paró en el piso donde se encontraba él. Joder, el McClain estaba empecinado en seguirme y estaba segura de que se había fijado en qué piso me encontraba yo ahora.

Busqué algún escondite y opté por ocultarme detrás de una butaca que había frente a los elevadores. Todos los pisos de esta empresa tenían la misma arquitectura: un pequeño recibidor nada más salir de los ascensores y dos pasillos anchos, uno a cada lado.

Me asomé por un lateral de la butaca, llevando cuidado en no ser vista, y esperé a que las puertas se abrieran. Cuando lo hicieron, se me cortó la respiración.

En cuanto Dylan puso un pie fuera del elevador, sus piernas flaquearon y se quedó de rodillas en el suelo, delante de mí, aunque él no conseguía encontrarme con su mirada desesperada.

No tuve ni tiempo de pensar en si salir o no, ya que unos hombres, que reconocí de los Moore, bajaron por las escaleras y lo agarraron de los brazos, obligándolo a ponerlo en pie. Se lo llevaron a rastras delante de mis narices hacia la azotea.

Lo había debilitado tanto que, si los Moore pensaban hacerle daño, él no conseguiría defenderse en condiciones.

Salí de mi escondite cuando me quedé sola y corrí tras ellos por las escaleras sin pensarlo dos veces.

Llegué a una puerta entornada y el frío de la noche entraba por el pequeño hueco, penetrando en mi sistema al no tener la gabardina que me cubriese.

Salí a la azotea con cuidado. Escuchaba voces, pero no veía a nadie aún.

Avancé poco a poco hacia la esquina que me separaría de un grupo de hombres, ya que percibí varias voces diferentes, y solo dos de ellas reconocí. Pegué mi espalda en la pared y asomé un poquito la cabeza. Sin embargo, tuve que ocultarme otra vez antes de que uno me percibiera.

Encontré a Dylan arrodillado frente a Richard y a cinco hombres del segundo alrededor de

ellos.

Un ruido a mis espaldas me sobresaltó y me giré para ver a un Caballero Oscuro acercarse a mí.

—¿Dylan McClain está ahí? —murmuró.

Me quedé mirándole demasiado tiempo como una estúpida. ¿Debería de hablar? Opté por realizar un asentimiento de cabeza.

—¿Y tu gabardina? —Ahora sí que me iba a tocar hablar.

Esperaba que, tantos años jugando a las muñecas con mi hermana, donde yo siempre hacía de varón, hubieran servido para algo.

—Tuve una lucha con Dylan McClain. —Mi voz salió varonil, aunque demasiado ronca y forzada.

Yo continuaba pegada a la pared y enfrente se encontraba el vacío, donde no había ninguna barandilla que lo separara de la tierra firme.

Sin pensarlo ni un segundo, me abalancé sobre él y le golpeé en la cabeza con la mano abierta, muy cerca del oído, dejándolo aturdido. Ahora lo empujé con mi propio cuerpo, arrojándolo al vacío. El inquisidor no pudo ni gritar por su estado de embotamiento, así que no alertó a nadie de los presentes. Sin embargo, habría un cadáver junto a *Esmerald's* y eso sí que podía alertar a cualquier ciudadano que pasara por la zona. Teníamos que darnos prisa.

Retrocedí hasta pegar mi espalda en la pared y cerré los ojos. Inspiré profundamente para deshacerme de las emociones que arañaban mi mente para salir a flote por haber matado a otra persona más y me concentré en escuchar la conversación.

—No puedo darte más oportunidades para dejarte vivir si no paras de ser un incordio en mi vida —gruñó Richard—. Mataste a mi hija. ¿Qué más quieres? ¡Ya no tienes nada más que arrebatarme!

—Claro. —Dylan soltó una risita debilitada—. Alessa jamás significó nada para ti; por eso no me he molestado en quitármela del medio. Sin embargo, tampoco veo que muestres mucha desolación por la pérdida de tu hija. ¿Acaso sentías por ella lo mismo que por mi madre? —Su voz fue tornándose más cruda—. La *nada* —contestó él mismo en lugar del Moore—. Si hubieses querido a tu hija, la habrías vengado. Eso era lo que esperaba de ti. Puse a prueba tu capacidad de *amar*.

Richard tardó unos segundos en defenderse de las palabras tan duras del McClain.

—No he acabado con tu hermano y contigo porque sois los hijos de Christabella. Solo por eso os estoy dejando vivir, aguantando todos vuestros ataques.

—¡No nombres a mi madre! —chilló Dylan, fuera de sí.

—¡Vuestra venganza hacia mí es estúpida! ¡Te estoy ofreciendo un trato de paz! —gritó Richard de vuelta—. Por culpa de esta guerra, mi gente también está involucrada en *tus negocios* y por eso vuestros inquisidores me han atacado.

—Jamás voy a olvidar tu traición. Ella creyó en ti. ¡Yo confié en ti! —gruñó el McClain, haciendo caso omiso a la última acusación del padre de Cynthia.

—¡Tú no sabes nada! —Richard también estaba perdiendo la paciencia. En cualquier momento podrían liarse a golpes—. ¿Qué ibas a saber tú con tan solo seis años?

—¡Lo suficiente! Eras nuestra única esperanza. —La voz de Dylan terminó quebrándose e hizo una pausa para recuperar su compostura—. Por tu culpa ella está muerta.

—Te equivocas. El único culpable fue *tu padre*. —Richard hizo mención de William con repulsión—. Si no llegué al lugar acordado fue por…

Fue interrumpido por la risa sin humor del McClain.

—No me vengas con tus excusas baratas. ¿Crees que un niño de seis años está ciego? —se burló—. A través de la ventana de mi dormitorio vi cómo te llevabas el cuerpo de mi madre. Dime, Richard, ¿dónde la has enterrado?

Pese al veneno que destilaban las palabras que ambos intercambiaban, el dolor y la frustración eran palpables en el ambiente.

—¿De qué demonios estás hablando? —Richard parecía confuso de verdad, pero quizás solo estaba manteniendo su fachada de víctima.

—¡No te hagas el inocente! ¿Cuánto te pagó William para que te deshicieras del cuerpo?

—¿Qué...?

—¡Deja de fingir!

Escuché movimiento y, seguidamente, un gruñido de dolor. Parecía ser que habían golpeado a Dylan en un intento de defensa.

—Tu venganza hacia mí es injustificada. Solo te costará la vida si sigues buscando en el camino incorrecto —le advirtió Richard.

—Me juré a mí mismo —a Dylan se le notaba a leguas que ya se encontraba exhausto— que acabaría con todos los que tengan que ver con su asesinato y no pienso romper esa promesa, aunque la muerte sea mi pago final —sentenció con una importante debilidad.

De esta corta conversación pude sacar algo más en claro. Richard Moore no quería matar a Dylan ni a Jackson por ser los hijos de Christabella, su supuesta amada. Y los McClain no podían hacer lo mismo porque el padre de Cynthia fue importante para ellos en un pasado. A pesar de esa enemistad tan extrema, había sentimientos ocultos que no tenían nada que ver con el odio.

La puerta de la azotea se abrió con brusquedad, produciendo un estruendo que nos alertó a todos del peligro. Abrí los ojos y giré la cabeza hacia la entrada.

Dos Caballeros Oscuros se aproximaban a mí, así que me hice la debilitada, necesitando la pared para mantenerme en pie. Ellos repararon en mi estado, pero siguieron su camino hacia donde se encontraban Richard y Dylan, junto con los hombres del primero.

Cuando oí los continuos disparos, me asomé por la esquina para ver la escena.

Los inquisidores mataron a tres hombres de los Moore y le dispararon un dardo a Dylan; sin embargo, no había rastro de Richard ni de los otros dos hombres que trabajaban para él.

—¡Hora de irnos! —ordenó uno de los Caballeros Oscuros.

Entonces, salí de mi escondite y me expuse ante ellos. Al parecer, ninguno percibió nada extraño en mi comportamiento, porque el otro inquisidor me miró y me preguntó si me encontraba en condiciones de continuar con la misión. Tan solo asentí con la cabeza para no hablar.

Ellos dos se encargaron de transportar a Dylan en todo momento hacia la salida de *Esmerald's*, dejándome a mí en un falso descanso para reparar mis fuerzas.

Fuera de la empresa nos esperaba un furgón negro y otro Caballero Oscuro. Uno de ellos abrió la parte trasera del vehículo e introdujeron a Dylan en su interior, donde Jackson yacía inconsciente. No había rastro de nadie más. Solo estábamos cuatro inquisidores, yo incluida, y los McClain inconscientes. ¿Qué había pasado con Yelena?

Dos inquisidores entraron en la parte trasera del furgón y cerraron tras ellos. Otro se dirigió al asiento del conductor y, por último, yo me senté en el de copiloto.

Nos pusimos en marcha y yo estaba de los nervios. ¿Qué podía hacer ahora para sacar a los

McClain de aquí sanos y salvos?

Una imagen me produjo un escalofrío durante los segundos que tuve para verla antes de que el furgón diera un giro, tomando otra dirección. La explosión que inició la batalla formaba parte del exterminio. El rascacielos había sido desintegrado, destruyendo así los áticos de los McClain.

Al menos, ellos tenían su residencia habitual en otra parte de Nueva York, pero ahí tendrían algunas de sus pertenencias y muchos recuerdos.

Deseché cualquier emoción que me pudiera perjudicar en este momento y por el rabillo del ojo vi que el conductor había dejado su aparato enganchado en un soporte para tenerlo frente a nosotros dos. El mío lo perdí cuando le lancé la gabardina a Dylan.

Fijé la vista en la pantalla con disimulo para comenzar a trazar un plan. Los siete Caballeros Oscuros que habían estado fuera de esta batalla estaban parados en una zona de la carretera que conducía hacia la salida de la ciudad. Nosotros nos dirigíamos a ellos. Lo ideal sería evitar el encuentro. Sumar siete inquisidores más iba a complicar las cosas y dudaba de que yo sola fuera capaz de acabar con todos.

Ahora disponía de una serie de habilidades especiales gracias al parásito que portaba, pero no era suficiente para ganar esta batalla, ni de lejos.

Un movimiento en mi lateral llamó mi atención. Miré al exterior a través de la ventanilla de mi lado, y no vi nada fuera de lo normal, tan solo los numerosos árboles que bordeaban esta carretera solitaria de las afueras de la ciudad.

—Joder —se quejó el conductor y fue frenando poco a poco.

Miré al frente para ver qué pasaba. El tronco grueso y grande de un árbol caído nos cortaba el paso al estar en medio de la carretera.

El Caballero Oscuro paró justo delante y se bajó del furgón, ordenándome antes que esperara aquí, aunque tampoco pensaba acompañarlo. Este escenario me causaba repelús, muy común en las películas de terror.

¿Debería aprovechar esta oportunidad para comenzar con un plan que ni siquiera tenía trazado?

No tuve tiempo de pensar nada, ya que una flecha cortó el aire y se clavó en la cabeza del inquisidor que había bajado para inspeccionar la zona. Se hizo el valiente, requisito de todo Caballero Oscuro, y acabó muerto.

Observé alrededor desde el interior del vehículo, más nerviosa que nunca. Esa flecha me despertó la esperanza, pero no quería hacerme falsas ilusiones.

Sin embargo, esta sensación duró poco. En las sombras que había entre los árboles se encontraba mi salvación. Una sonrisa malévola fue dibujándose en mi rostro bajo la braga de cuello. Por primera vez, me alegraba de ver al encapuchado.

Capítulo 36



Le hice un gesto a Lucian para que permaneciera escondido cuando escuché un alboroto en la parte de atrás del furgón. Él hizo lo que le pedí con su arco metálico de un diseño espectacular en mano, preparado para seguir disparando flechas. Habiendo armas de fuego, ¿por qué se empeñaba en utilizarlas?

Escuché que las puertas de atrás se abrían de sopetón y yo decidí bajar del furgón para no levantar sospechas en ellos, pero antes me aseguré de apagar el motor y guardarme las llaves de contacto en uno de los bolsillos del pantalón.

—Acabo de enviarles una señal —nos informó uno de ellos.

Genial. Los otros siete Caballeros Oscuros ya se estarían dirigiendo hacia aquí. No podía quedar ni uno solo con vida, así que el encapuchado y yo teníamos que matar a nueve en total, una cifra bastante preocupante.

El frío de la noche calaba en mis huesos, provocándome escalofríos. Si tuviera la gabardina, dispondría de más calor y de armas.

Mis compañeros parecieron darse cuenta de mi inconveniente. Agradecía que estos ropajes anchos y el chaleco antibalas no moldearan mi figura.

—¿No portas ningún arma? —me preguntó uno de ellos.

Si continuaba dándoles motivos para hablarme, no tendría más remedio que usar mi voz, y era lo que menos me convenía. Tan solo asentí con la cabeza y solté un suspiro, echándole un rápido vistazo al bosque que había en la parte derecha, donde se ocultaba Lucian.

El otro Caballero Oscuro abrió las puertas traseras del furgón y no pude evitar ir tras él para revisar rápidamente a los McClain. Ellos seguían inconscientes. Jackson tenía una especie de torniquete improvisado en la pierna para cortar la hemorragia, pero eso no debería de llevarlo mucho tiempo o acabaría con la extremidad amputada.

De lo que ahora sí me fijé fue de las armas que los inquisidores dejaron aquí. Algunas eran grandes y parecían muy pesadas a simple vista. No conocía ninguna, aunque sí intuía el modo de utilización.

El Caballero Oscuro me entregó una clase de hacha con una hoja en un lado y una maza en el otro. Esta no pesaba demasiado, pero no podría usarla con una sola mano.

Al parecer, no disponían de pistolas o armas similares de sobra, ya que no me entregaron ni

una. De todas maneras, yo no podría usarlas en condiciones y tan solo conseguiría ponerme en evidencia de mis pocos conocimientos delante de ellos.

Cuando el inquisidor volvió a cerrar las puertas, reparé en Lucian. Seguía oculto tras un árbol, esperando el momento oportuno para actuar.

—Vamos —susurró el otro inquisidor y nos hizo una señal para que nos ocultásemos en el otro extremo del furgón, quedando este entre el encapuchado y nosotros.

Necesitaba que uno de ellos se alejara de mí para que el otro se quedase conmigo y así deshacerme de uno más. Lucian podría encargarse del otro restante.

Recé internamente para hacer bien mi trabajo.

—Lo acabo de ver en el árbol más cercano al foco derecho del furgón —les susurré con la voz más varonil que me fue posible. Si alguno de ellos notó mi voz extraña, no lo demostró. Tal vez estaban más interesados en dar caza al encapuchado que en mis rarezas.

Di saltos de alegría en mi mente cuando uno de ellos decidió acercarse al extremo trasero para rodear el furgón y tener ese árbol en el punto de mira. Ellos empuñaban una pistola, así que tenían ciertas ventajas sobre nosotros, aunque dudaba de que eso fuera un problema para Lucian. Ese hombre era otro tipo de experimento, convirtiéndose en alguien más letal.

Apreté el hacha con fuerza cuando nos quedamos el inquisidor restante y yo a solas. Ahora era mi oportunidad de deshacerme de él antes de que el otro volviese a aparecer.

Mi compañero se enderezó un poco y fue acercándose poco a poco al mismo extremo del furgón, siguiendo los pasos del otro Caballero Oscuro.

Caminé tras él con sigilo con mi arma ya preparada. Disminuí la distancia más rápido para que no se reuniera con su compañero y, antes de que se dejase ver, lo decapité con un rápido movimiento, asombrándome a mí misma del resultado, ya que solo pensaba clavarle la hoja del hacha en el cuello, sin llegar a separarle la cabeza del cuerpo. Esta terminó rodando hacia afuera y yo me cubrí con los brazos, sin soltar el arma, de la sangre que caía en cascada hacia mí.

Reprimí un grito y necesité de todo mi autocontrol para no dejarme llevar por las náuseas y acabar vomitando de la repugnancia que me causó este acto.

Me dirigí hacia el otro lado, alejándome del cuerpo sin vida. No quería mirarlo bajo ningún concepto o terminaría peor de lo que ya me encontraba. ¿Cuántas vidas había arrebatado ya esta noche? Sin embargo, esta última fue la más asquerosa.

«Cada vez te va resultando más fácil matar», pensé de forma involuntaria, como si no pudiese controlar este pensamiento.

Negué repetidas veces con la cabeza, negándome a mí misma esa verdad. No quería aceptarlo, pese a saber que estaba en lo cierto.

Las vidas que arranqué en los *sueños compartidos* podrían ser producto de mi imaginación al estar dormida, pero lo de hoy era la cruda realidad.

—No —gimoteé en un susurro para que nadie más me oyese.

«Esos hombres son asesinos y le estás haciendo un favor a la humanidad deshaciéndote de ellos».

Mi respiración empezó a fallarme, sintiendo una enorme necesidad de dar bocanadas de aire, y los latidos de mi corazón se dispararon.

No podía controlar mis pensamientos por más que lo intentaba.

«Los McClain también son asesinos, pero te niegas a dejarles morir».

—No —murmuré con más rabia.

Un ruido chirriante interrumpió mis pensamientos masoquistas. Un vehículo similar al que

usaba como escondite frenó en seco a unos pocos metros de distancia. Los otros siete Caballeros Oscuros habían llegado, complicando las cosas. No sabía dónde se encontraba el que me estuvo acompañando, pero no optó por volver a mí.

«Acaba con ellos, pequeña».

Esta vez fue la propia voz de Eckardt la que invadió mi mente. Joder, ¡él había estado controlando mis pensamientos anteriores y ahora se dignaba a presentarse!

Solté una maldición entre dientes cuando me acordé de las cápsulas. Me las solía tomar antes de dormir cada noche y hoy se me estaba haciendo demasiado tarde al ser ya de madrugada, con lo cual, los efectos de la anterior toma se agotaron, dejándome totalmente vulnerable a Eckardt.

Un ardor se formó en mi pecho, irradiándose hasta mi cabeza, y terminó intensificándose en esta. Solté el hacha, produciendo un estruendo cuando esta chocó contra el asfalto, pero no me importaba.

Mi cuerpo se me fue hacia adelante y tuve que poner ambas manos sobre la carretera como punto de apoyo. Me mordí el labio para callar los gritos que amenazaban con escaparse de mi boca por la fuerte cefalea.

Sentí que mi cabeza ardía con el mismo fuego del infierno. Me contuve en gritar, pero no tuve control de mis jadeos parcialmente ahogados por mi lucha interna de no ponerlos en libertad.

Oí que abrían y cerraban las puertas de ese vehículo, junto con algunos gritos y disparos. Al otro lado de mi escondite se desató un caos mientras yo permanecía aquí, quieta y aguantando el dolor lo mejor que podía.

«Lucian te necesita y los McClain morirán si no colaboras», continuó esa voz detestable que reconocería hasta de lejos.

Apreté la mandíbula de la rabia que empezó a crearse dentro de mí al oírlo. No solo deseaba matar a los Caballeros Oscuros, también deseaba asesinarlo a él.

«Nathan murió porque te quedaste de brazos cruzados».

—Cabrón —espeté más fuerte.

Eckardt me quería muerta, eso lo sabía de sobra, y por eso me apuñaló en el dormitorio de Jackson; sin embargo, el encapuchado impidió que consiguiera su propósito. ¿Ahora qué era lo que se proponía? ¿Controlar mi mente para que los Caballeros Oscuros me matasen o pretendía ayudarme esta vez para luego continuar fastidiándome?

«Déjate llevar por lo que verdaderamente deseas. Tus manos ansían la sangre de tus enemigos».

Recuperé el hacha que antes solté y me aferré a ella como si fuera mi pilar de salvación.

«Sé lo que quieres, pequeña, porque estoy en tu cabeza. Acaba con ellos y estarás más cerca de mí».

Los deseos de estar más cerca de él para destruirle eran tan fuertes que fue lo único que necesité para dejarme llevar.

Miré mi reflejo en la carrocería del vehículo. Por primera vez, le sonreí a mi nueva naturaleza; por primera vez, le sonreí a *Nyx*.

La cefalea despareció de golpe y en su lugar se quedó mi sed de sangre. No podía pensar en otra cosa que no fuera acabar con todos los Caballeros Oscuros para poder sobrevivir.

Me puse en pie rápidamente y levanté el hacha en cuanto un inquisidor se puso delante de mí. Giré el arma e impacté la maza en su cabeza, aplastándosela contra el vehículo. No reparé en su aspecto y volví a girar el arma entre mis manos para usar la parte de la hoja con el siguiente Caballero Oscuro que corrió hacia mí al presenciar lo que le había hecho a su compañero.

Él vio venir mi ataque hacia su cuello y se agachó a tiempo, haciéndome un barrido para tirarme al suelo de culo. El hacha se escapó de mis manos y, antes de poder hacerme con ella otra vez, la puntera de su zapato impactó en mi boca. Mi cuerpo salió disparado hacia atrás y me golpeé la cabeza contra el asfalto.

Cuando cerré los ojos, sentí que algo se movía en ellos, pero no le presté atención, ya que recibí otro golpe en el costado por parte de ese inquisidor.

Rodé en el suelo hacia un lado para esquivar la parte piramidal del bastón que utilicé con Dylan en *Esmerald's* cuando esta se dirigía peligrosamente hacia mi cuello.

El cabello se me desperdigó por toda la cara en el movimiento, mostrando ya mi feminidad. Me puse en pie de un salto y me deshice de la braga de cuello. Ya me habían descubierto y esa tela solo me resultaba una molestia.

Me sentía tan extraña como eufórica. Ser más resistente al dolor era tan tentador que barajé la idea de dejarme llevar por la furia más veces.

El Caballero Oscuro se paró en seco antes de atacarme de nuevo. Frunció el ceño y se quedó petrificado por lo que vio en mí. ¿Tanto le asombraba ver a una mujer camuflada en su organización o estaba observando algo más alarmante?

Fuera lo que fuese, ese despiste le costó la vida, ya que una flecha le traspasó la cabeza, quedando ambos extremos sobresaliendo de las sienes.

El cuerpo cayó al suelo como un fardo y, por instinto, le eché un rápido vistazo a mi reflejo en el cristal del furgón. Abrí los ojos como platos. El iris de estos se tiñó de rojo. Las lentillas debieron de caérseme con la patada que me dio el inquisidor. Ahora no había tiempo de reparar este error; tampoco pensaba buscarlas para volver a ponérmelas sucias.

Me di la vuelta, dispuesta a continuar atacando con mi hacha, pero un Caballero Oscuro se acercó tanto a mí sin haberlo percibido que logró apuñalarme en un lado de mi costado, donde no llegaba a cubrirme el chaleco antibalas.

El inquisidor retorció el cuchillo en mi interior y proferí un grito agónico. Caí al suelo de rodillas cuando él soltó el mango, dejándome el arma blanca aún clavada.

Podía escuchar que Lucian gritaba mi nombre, sin embargo, no podía centrarme en el encapuchado. Se oían algunos disparos, pero mi alivio fue que él continuaba con vida.

Apreté mis labios con fuerza y tiré del cuchillo lo más rápido que pude, soltando otro grito, aunque esta vez de más furia que de dolor. Este último hacía el amago de ir bajando de intensidad, como si Eckardt estuviese apartándolo de mí poco a poco para que siguiera con esta batalla.

El cerebro controlaba todo el organismo y él tenía acceso a este órgano de las personas que portaban a *Nyx*. Cada vez entendía mejor todo este mundillo que Eckardt creó.

Dejé caer el cuchillo y me taponé la herida. No cesaba de sangrar y no se cerraría tan rápido, así que solo podía evitar desangrarme mientras el parásito reparaba este daño.

Las piernas del Caballero Oscuro ocuparon todo mi campo de visión, quedando peligrosamente cerca de mí. Levanté la cabeza y él se dispuso a decapitarme.

De pronto, oí un disparo demasiado cerca y la cabeza del inquisidor dio un latigazo hacia adelante y su cuerpo cayó al suelo en la misma dirección ya sin vida, al lado de mí.

Miré hacia el origen de ese proyectil y mi vista la absorbió Dylan, quien se mantenía apoyado en el otro extremo del furgón con una mano mientras sujetaba la pistola con la otra. Sus ojos no se separaban de los míos en ningún momento y dio unos pasos torpes hacia mí, arrastrando la mano por la carrocería del vehículo al estar tan débil por el golpe que yo le propiné en la cabeza

y por el sedante que tuvieron que administrarle con el dardo.

Me puse en pie, ayudándome yo también del otro extremo del furgón. Si me separaba de él, me volvería a caer de bruces contra el suelo. Me encontraba mareada por la pérdida excesiva de sangre. Maldición, *Nyx* no era muy rápido reparando el tejido dañado o Eckardt solo quería retrasarlo para fastidiarme de alguna manera.

Caminé hacia Dylan de la misma forma que él y, cuando quedamos demasiado cerca, me impulsé hacia su cuerpo. Me atrapó rápidamente entre sus brazos, quedándonos abrazados con su espalda apoyada en el furgón, que era nuestro único punto de apoyo.

Puso ambas manos en mi cara y me obligó a mirarlo a los ojos. Supe de inmediato lo que estaría evaluando: el color rojo de los míos. Si el parásito estaba curándome, estos estarían así mientras durase el proceso.

Cerré los ojos, creando una barrera de protección.

—¿Qué…?

No pudo terminar de formular la pregunta porque alguien me apartó de él con un fuerte empujón y aterricé en el suelo con los antebrazos, rasguñándolos.

Giré la cabeza y miré sobre mi hombro. Un Caballero Oscuro apareció de la nada sin darnos cuenta y agarró al McClain de la cabeza. Sin darle tiempo ni a pestañear, se la estampó contra el coche varias veces y lo terminó lanzando hacia mí.

Dylan yacía inconsciente a mi lado. Asustada, le tomé el pulso en el cuello para asegurarme de que su corazón seguía latiendo. El alivio bañó mi sistema cuando así era, pero el traumatismo craneoencefálico no fue leve y necesitaba atención médica, junto a su hermano.

«Él ha intentado salvarme», pensé.

El ruido que produjo el Caballero Oscuro al caminar hacia mí captó toda mi atención. Le eché un rápido vistazo a mi salvador, que seguía inmóvil a mi lado, y me hice con su pistola. Si él la había empleado hacía un minuto, tendría que estar lista para continuar disparando si no se había agotado la munición.

Le pegué un tiro en la cabeza, pero no me dio tiempo festejar mi acierto, porque alguien me agarró por detrás y me levantó bruscamente. Forcejé con el inquisidor que me arrastraba hacia atrás, sin embargo, algo duro tuvo que impactar contra él, ya que me soltó y salí disparada hacia adelante. Aterricé encima de Dylan y mis labios quedaron muy cerca de los suyos.

Me coloqué lo mejor posible sobre el suelo para no perder de vista al McClain y observar a Lucian, quien había matado al inquisidor que me sujetaba por detrás con su arco de apariencia pesada.

El encapuchado se agachó junto a mí, cubriéndonos con el furgón otra vez. Tenía su rostro cubierto por un pasamontañas, manteniendo los ojos y la boca al descubierto, junto con su acostumbrada capucha.

—Escúchame —me ordenó en un susurro—. Solo quedan dos y ya no pueden usar un arma a larga distancia contra nosotros, así que deben acercarse mucho para atacarnos. —Asentí con la cabeza, apretando mi herida de nuevo. Él siguió ese movimiento con la mirada—. Están al otro lado del vehículo. Quédate aquí y date un tiempo para recuperarte mientras yo me encargo de esos dos imbéciles.

Lucian se puso en marcha y se escapó de mi campo de visión. Desde aquí podía escuchar que luchaban y parecía que el encapuchado también se quedó sin flechas, así que utilizaba su mismo arco como arma, quedándose en las mismas condiciones que los Caballeros Oscuros.

Me puse de rodillas, apoyándome en el furgón, para asomarme al otro lado a través de las

ventanillas.

Lucian consiguió decapitar a uno con su arco. Más tarde querría inspeccionarlo, ya que parecía un arma *multiusos* muy especial.

Fruncí el ceño cuando el encapuchado dejó caer el arco, exponiéndose estúpidamente al único inquisidor que seguía con vida. ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué se desarmaba él mismo teniendo a su oponente armado con un hacha más grande que la que yo usé con anterioridad?

—De vez en cuando es aconsejable para mí emplear mi defensa *más natural* —soltó Lucian, despertando más mi curiosidad.

Desde mi posición solo podía ver la cara del inquisidor, no la del encapuchado. No obstante, el primero vio algo alarmante en el segundo que yo no pude ver, porque abrió los ojos de par en par y se quedó petrificado como un idiota para ser un Caballero Oscuro.

Como un rayo, Lucian se abalanzó hacia él y se aferró a su cuerpo mientras le daba un mordisco en el cuello. Mi boca se abrió del asombro. ¿Era carnívoro?

Cuando el encapuchado quedó satisfecho, el cuerpo del inquisidor se desplomó y tembló violentamente sobre la carretera, como si estuviese en medio de un ataque de epilepsia. ¿Qué demonios le había hecho?

La carcajada de Lucian me puso todos los pelos de punta, y, cuando se dio la vuelta hacia mí, me quedé sin respiración.

Ahora le estaba viendo como realmente era: un depredador de lo más extraño.

El iris dorado de sus ojos rodeaba a unas pupilas ligeramente alargadas, pero lo que más llamó mi atención fueron sus colmillos. Estos no eran tan largos ni llamativos como tenían los vampiros en las películas, sin embargo, parecía un humano que acostumbraba a desgarrar carne cruda para mantenerlos más afilados de lo normal, como las personas del paleolítico. Pude apreciar que de las puntas se desprendieron unas pequeñas gotitas durante unos segundos.

Terminé de levantarme, ya mucho mejor con mi herida, y rodeé el furgón para ver el espectáculo con los ojos un tanto desorbitados de la sorpresa.

El Caballero Oscuro continuó convulsionando, echando espumarajos por la boca.

—¿Qué le has hecho? —pregunté con la vista fija en el moribundo, porque era evidente que se estaba muriendo delante de mí.

—Solo le he administrado mi veneno. —Dirigí ahora la mirada al encapuchado, asombrada—. Es letal para los humanos. —Se encogió de hombros—. Bueno, y para los infectados por *Nyx* también. —Sonrió de lado cuando vio que mi cuerpo se tensó—. No te preocupes, no tengo intención de morderte.

El dorado de sus ojos fue esfumándose hasta recuperar el negro natural en cuestión de segundos. Ya parecía una persona normal y corriente, dejando su parte de *reptil* escondida. Al hablar y sonreír con los labios apretados, sus colmillos, un tanto distintos, pasarían desapercibidos.

Cuando el cuerpo del inquisidor se quedó estático para siempre, Lucian chasqueó la lengua y me hizo una señal con el brazo para que lo siguiera hacia los furgones.

—Dejémonos a *tus pretendientes* en la puerta de urgencias. Tenemos mucho de lo que hablar.

Capítulo 37



Conduje detrás del encapuchado, sin desviarme del camino en ningún momento. Él se encargó de transportar en su furgón los cadáveres de los Caballeros Oscuros; y yo, de los McClain en el mío.

Primero nos dirigimos al hospital y, como bien dijo Lucian, los dejamos en la puerta de urgencias antes de salir disparados con nuestros vehículos otra vez. Odié dejarlos así, pero él insistió en que era la mejor opción de ayudarlos, ya que nadie me podía ver en este estado: vestida de forma inapropiada y cubierta de sangre. Tendría que dar demasiadas explicaciones.

Mientras conducíamos cada uno nuestro vehículo hacia el bosque que había detrás de mi apartamento, él se despojó de su pasamontañas para no despertar demasiado el interés de la poca gente que nos cruzábamos. No obstante, Lucian iba delante de mí, quien me guiaba tomando las calles más solitarias para evitar a la policía, así que no pude verle el rostro ni un instante, tan solo una parte de su perfil, lo que no fue suficiente para formarme un retrato suyo en mi mente.

Mis pensamientos se dirigieron a los McClain. Confiaba en que ellos estarían bien, pero sería conveniente que el fuerte golpe que Dylan recibió en la cabeza le hiciese olvidar mi presencia en la batalla contra los Caballeros Oscuros.

Jackson no me suponía ningún problema; sin embargo, su hermano se enfrentó a mí e intentó asfixiarme. No suficiente con eso, después me salvó de la muerte, me vio herida y percibió el color rojo de mis ojos que, afortunadamente, ya volvieron a su marrón natural al no haber más heridas que sanar en mi cuerpo.

Dylan había visto demasiado sobre mí, así que, mientras duraba el trayecto hacia el bosque, estuve trazando un *plan B* en el caso de que él se acordara de todo. La buena baza creíble de la que disponía era su traumatismo craneoencefálico. Quizás pudo procesar que estaba herida, pero era imposible que analizara la gravedad. Además, ¿quién creería que a una persona se le ponían los ojos rojos?

Esta vez tenía las de ganar gracias a su golpe en la cabeza, pero debía llevar mucho cuidado para que no existiese una próxima vez. Lo primero que haría nada más volver con Cynthia sería conseguir otras lentillas.

Lucian y yo nos salimos de la carretera solitaria e ingresamos en el bosque, sumergiéndonos en lo más profundo para poder deshacernos de los cadáveres que él llevaba en la parte trasera de

su furgón.

Apagué el motor y salí del vehículo con la intención de acercarme al suyo, pero él fue más rápido y se colocó el pasamontañas de nuevo antes de bajar del furgón.

—¿Por qué te niegas a mostrarme tu cara? —pregunté con curiosidad.

—El que quiera conservar mi identidad no cambia las cosas entre nosotros —respondió, mirándome fijamente—. Es la hora de que hablemos un poco más, empezando por la importancia que hay en que no vuelvas a dejarte llevar por Eckardt.

—¿Volver? —Fruncí el ceño—. He sido plenamente consciente de mis actos esta noche. Él no ha tomado el control sobre mí.

—¿Tú crees? —Ahora lo puse en duda por la seguridad que él mostraba—. *Nyx* te otorga unas habilidades especiales por el simple hecho de ser su portadora, pero Eckardt tiene el poder de aumentártelas, lo que te podría resultar muy tentador.

—¿Y por qué él querría ayudarme cuando realmente desea matarme? —Me crucé de brazos, aún sin entenderlo.

—Eckardt te mostró un manjar de dulces con la intención de tentarte, Rose, y has caído completamente.

—¿Cómo…?

—Él te hizo sentir mejor y más poderosa con esas habilidades más potenciadas. Ha conseguido que quitaras vidas humanas con semejante facilidad, así que le has hecho ya parte de su trabajo.

—¿Qué quieres decir?

—Una vez que mates a un ser querido, el dolor será tan atroz que tu mente quedará totalmente expuesta a Eckardt y él aprovechará la oportunidad para tomar el control absoluto de ti, algo ya irreversible —aclaró, provocándome un escalofrío al imaginarme arrancándoles la vida a Cynthia, a mis padres o a... Sacudí la cabeza para despojarme de este pensamiento, en especial, de la imagen de la última persona que iba a nombrar—. Es más fácil que cometas este error si tus manos ya están manchadas de sangre, ¿no crees?

Lucian tenía razón. No me sentía nada orgullosa de haber quitado vidas humanas esta noche, pero lo había hecho, lo que podría empujarme a hacerlo de nuevo en caso necesario, cosa que antes no se me pasaba ni por la cabeza.

—No pienso hacerles daño —murmuré, refiriéndome a mis seres queridos.

—Si no lo haces, seguirá habiendo esperanza para ti —agregó, acercándose poco a poco a mí —. Esto no durará eternamente. Eckardt solo dispone de un tiempo para conseguirlo. Si fracasa, tú obtendrás el éxito.

Saber esto fue como un soplo de aire fresco. Si lo único que tenía que hacer era aguantar…

—*Nyx* tiene que pasar por tres fases. La primera se te acabó cuando el huevo eclosionó y ahora estás en la segunda, que durará hasta que el parásito termine de desarrollarse. Mientras dura esta, Eckardt intentará tentarte —prosiguió.

—¿Y cuando llegue a la última fase, ya estaré a salvo de él? —quise saber.

—De su control mental, sí; de él, no —sentenció. Descrucé los brazos y abrí la boca para exigirle más explicaciones, pero él mismo se me adelantó—. Eckardt te quiere muerta, sin embargo, yo lo estoy evitando, así que solo dispone del control mental para que tú misma acabes quitándote la vida después de que acabes con las de tus seres queridos.

—¿Ha intentado acercarse a mí de nuevo?

—No permitiré que se te vuelva a acercar, no hasta que llegue el momento de acabar con él —

respondió.

Abrí los ojos como platos, asombrada por el cambio de rumbo que había dado nuestra conversación.

—¿Pretendes matarlo? —Asintió despacio con la cabeza—. ¿Y por qué demonios me has infectado a mí, entonces?

—Porque te necesito *a ti* infectada para conseguirlo —soltó, y, antes de que pudiese protestar, continuó—. Iremos paso a paso, así que todavía no ha llegado el momento de darte más explicaciones. Todo a su debido tiempo.

Apreté los labios, molesta por tener que quedarme siempre a medias. Toda la información me la entregaban a cuentagotas; supuse que para no abrumarme con el mundo tan complejo que había creado Eckardt.

—Te convertiré en su *arma letal*, Rose, pero solo yo puedo *empuñarte*. —Cuando llegó a mi altura, se desvió hacia el tronco de un árbol y apoyó su espalda en él—. Si te he salvado en numerosas ocasiones es porque me conviene.

Ahora entendía por qué lo tenía como una especie de ángel de la guarda, aunque él estaba muy lejos de parecerse a un ser celestial.

—Reconozco que mi primera intención contigo fue matarte, pero terminé dándome cuenta de la importancia que tienes para esto —replicó.

—Y no piensas aclararme qué tan importante soy para ti, ¿verdad? —le dije más brusca.

Lucian hizo el amago de sonreír al ver mi frustración.

—Mira, no tengo nada que ver con los *Lux Veritatis*, la organización liderada por Eckardt. Quédate con eso, junto con que unidos podemos acabar con él y con todo lo que ha creado.

Como bien me acababa de sugerir, llevaría en cuenta que el encapuchado tenía el mismo objetivo que yo. Aun así, necesitaba saber más, no perdía nada por intentarlo, aunque era consciente de que Lucian buscaría las palabras exactas para desvelarme *mucho* y *nada* al mismo tiempo.

—¿El pueblo con el que soñé existe de verdad?

El encapuchado estaba al tanto de mis *sueños compartidos* con Louis; al fin y al cabo, se trató de un síntoma que ya no padecería al haber eclosionado el huevo que me inyectó.

—Sí, pero, antes de que me preguntes cómo llegar allí en la vida real, te adelanto que no pienso decírtelo. —Lucian acababa de arruinar mis verdaderas intenciones, lo que me irritó todavía más, ya que parecía que él se metía en mi mente como hacía Eckardt. Al menos, ya tenía la certeza de que Louis existía de verdad—. No podrás acercarte a él, Rose. Yo mismo te guiaré cuando considere que estás preparada.

—¿Y qué debo hacer para prepararme? —Solté un suspiro exagerado. Quería saber más y Lucian apenas cooperaba.

—Necesitas llegar a la fase final de *Nyx* sin que Eckartd haya conseguido su propósito —contestó.

—¿Y de cuánto tiempo estaríamos hablando?

—Podría pasar un par de años perfectamente, incluso más. Todo depende de ti. —Sonrió levemente cuando vio mi cara de espanto.

—¡¿Qué?! —casi grité—. Eckardt está tomando el control poco a poco de la población. ¡No podemos esperar tanto tiempo! —Comencé a caminar de un lado a otro, nerviosa por su maldita respuesta que me pilló por sorpresa

—¿Crees que no lo sé? —dijo el encapuchado, conservando una calma envidiable dada la

situación—. Tú tómate las cápsulas y procura no meterte en líos para no facilitarle a Eckardt que tome el control sobre ti. Yo me encargaré de que él continúe conservando las distancias contigo.

Me paré en seco enfrente de él, a unos escasos metros de distancia.

—Apenas me quedan cápsulas.

—Se han agotado, lo siento. —Lo fulminé con la mirada. Por supuesto que no lo sentía en absoluto—. Ya has pasado la etapa más crítica con ellas, así que podrás con el resto sin ayuda química, aunque te sugiero que vayas practicando.

Levanté ambos brazos, indignada.

—Dime una cosa. ¿Si no me hubieras metido en tu mundo, Eckardt habría puesto sus ojos en mí igualmente?

—Tu mero nacimiento ya activó la cuenta atrás —contestó, separándose del árbol para romper toda distancia conmigo—. Lo que te hice es necesario y deberías considerarlo una bendición, aunque parezca una maldición. Siendo una simple humana no conseguirías ni acercarte a él porque te mataría en un santiamén. Al menos, infectada puedes gozar de la reparación del tejido dañado sin ayuda médica, de más resistencia al dolor, de una fuerza un poco mayor a la que tenías, de mejores reflejos para poder evitar ciertos ataques, de detectar a otros portadores gracias a su método de reconocimiento, de poseer una visión más desarrollada para ver en la oscuridad, aunque esto último aún no se ha presentado en ti, pero lo hará. ¿Qué más quieres? —Su mirada era tan intensa, que me dejó bloqueada en el sitio como una idiota—. No existe la inmortalidad, sin embargo, es lo más cercano que podrás experimentar.

—¿Y dices que Eckardt puede potenciar todas esas habilidades? —murmuré.

—Cuando toma el control de tu mente, sí; aunque solo si él quiere, claro. Esta noche lo ha hecho para tentarte gozando de ese privilegio que él dice haber dado a los infectados.

—¿Y tú? —me atreví a indagar más en él—. Sé que no eres de la misma especie, eso es evidente. —El vello de mi piel se erizó al recordar lo que le había hecho al Caballero Oscuro—. Estoy a tu lado y no percibo que eres un portador. ¿Tienes a otro parásito diferente que te hace más *especial*?

—Lo que tengo es algo que no pedí por mí mismo —gruñó, perdiendo la paciencia conmigo. Estaba claro que Lucian no quería que indagara más en él—. A mí no me podéis rastrear de ningún modo, lo que me convierte en *algo* más letal y difícil de cazar —terminó resolviendo una parte de mi duda—. Ni siquiera Eckardt puede percibir mi cercanía, pero yo no puedo destruirle *sin ti*. —Antes de que pudiese siquiera abrir la boca, prosiguió—. Y esto conduce a la alianza que quiero formar contigo, el motivo de esta conversación.

—¿La que conlleva a destruir a Eckardt para siempre?

—Exacto. —Las comisuras de sus labios tironearon hacia arriba—. Una vez que Eckardt muera, todos sus fanáticos que controla y los aldeanos morirán con él, excepto los renegados, como Louis y tú; y, por supuesto, yo, al no ser de la misma especie.

Lucian estiró su brazo, esperando que estrechara mi mano con la suya para sellar esta alianza.

Deseaba con todas mis fuerzas destruir a ese hombre y librar a la humanidad de sus malas intenciones. Al fin y al cabo, él era un bioterrorista que había creado armas biológicas para sembrar el caos. Así que no necesité mucho que pensar.

Con mi decisión tomada, le agarré la mano y le di un apretón.

—Sí, formemos esta alianza. —Ambos nos mantuvimos la mirada fijamente, ninguno de los dos estábamos dispuestos a apartarla.

Era plenamente consciente de que llegaría el día de mi juicio final, en el cual sería juzgada por

todos mis crímenes, pero no sería ahora ese momento inevitable. Antes tenía que acabar con los planes macabros de Eckardt, destruyéndolo a él en el proceso, aunque yo acabara haciéndole compañía en el mismísimo infierno.

Me centré en la mirada de Lucian, que permanecía en silencio, observando mis ojos con atención. Gracias a él, esta noche pudimos ganar la batalla contra los Caballeros Oscuros, sin embargo, eso no quería decir que habíamos ganado la guerra. Habría represalias y, en consecuencia, venganza. Acababa de iniciar una guerra contra los superiores de la mafia. Había entrado de lleno en esta y no habría vuelta atrás.

Capítulo 38



Había pasado una semana desde lo ocurrido en *Esmerald's*. Por suerte, aquella noche llegué al apartamento antes de que Cynthia y Alec volviesen allí, ya que me estuvieron buscando por toda la ciudad, así que me dio tiempo deshacerme de la ropa y de darme una ducha para darle más credibilidad a la mentira que les conté cuando se reunieron conmigo: decidí marcharme de la empresa en cuanto Jackson me comunicó que ellos se fueron y me dediqué a dar vueltas por Nueva York porque necesitaba unas horas a solas, con la mala suerte de que no nos cruzamos por el camino. Tarde o temprano me sinceraría con ellos, pero quería retrasarlo un poco, tomándome un descanso, ya que mi amiga pondría el grito en el cielo y no me sentía nada orgullosa de las vidas que arrebaté.

Jackson continuaba ingresado en el hospital, aunque su herida estaba curándose satisfactoriamente, así que los médicos le darían el alta pronto. Dylan fue atendido por su traumatismo craneoencefálico, pero se marchó en cuanto tuvo la oportunidad, pidiendo el alta voluntaria. Por suerte, no volví a verlo, no obstante, sabía que solo se estaba retrasando lo inevitable.

Los McClain pensaban que Cynthia y yo acudimos a *Esmerald's* por ser conocidas de Jessica, la supuesta hija de los Moore. No mostramos mantener una bonita relación de amistad después de como la traté en el ático de Jackson, pero a ellos tampoco les constaba que Cynthia no se llevaba bien con ella, y que yo apenas la conocía.

Yelena permanecía la mayor parte del tiempo con Jackson. No supe nada de su paradero durante la batalla contra los Caballeros Oscuros, lo que indicaba que la arpía pudo huir.

Richard no sufrió ningún daño porque consiguió esfumarse cuando los dos inquisidores irrumpieron en la azotea.

Toda esta información la adquirimos Cynthia y yo gracias a Alec, ya que él tenía fácil acceso a los McClain. Además, nos enteramos de que ellos se hospedaban definitivamente en su casa familiar y tuvieron la suerte de no perder nada importante en sus áticos cuando fueron destruidos. Por último, Alec nos explicó la historia que ellos tenían que saber de la relación que había entre nosotros tres.

Los hermanos no deberían enterarse de que él ya nos conocía desde antes de que él falsificara la documentación de Cynthia para no levantar sospechas innecesarias. Cuando provocó que se

me cayera el contenido del bolso en el suelo para entregarme la nueva a escondidas fue nuestro primer encuentro oficial, fijándose él en mi amiga, ya que ella estaba cerca y, al parecer, Alec la estuvo contemplando después más de la cuenta delante de los hombres de los McClain. En el evento de *Esmerald's* fue cuando se acercó a nosotras con las claras intenciones de *conocer* mejor a Cynthia. No podría ser ningún secreto para nosotras que él pertenecía a la familia de los McClain; al fin y al cabo, los veíamos juntos. En definitiva, los hermanos ya estaban al tanto de la relación que comenzamos a forjar los tres para poder vernos sin la necesidad de ocultarnos y se sobreentendía que compartiríamos información, ya que nosotras también estábamos metidas en la mafia, de un modo u otro. Mientras que ellos no supieran que dentro de esa información también se encontraba una confidencial de ellos, no habría riesgos.

Dylan volvió a ganarse el protagonismo en mis pensamientos. No me quitaba de la cabeza que él pudo haber huido con su hermano mientras que los Caballeros Oscuros estuvieron ocupados con Lucian y conmigo; sin embargo, no lo hizo y optó por ayudarme, exponiéndose al peligro. ¿Por qué me puso a mí por encima de Jackson?

Liberé mi mente de todo suceso perturbador y cogí el diario de Christabella que guardé en la mesilla. Me acomodé en la cama, pegando mi espalda en el cabezal, y abrí el pequeño libro.

Hojeé por encima los siguientes escritos que me correspondían leer, donde solo hablaba de lo feliz que era con William. Finalmente, vi algo nuevo en él y me dispuse a leer con atención.

Septiembre, 1989

Permanecí una buena parte de la noche observando mi vestido de novia que llevaría al día siguiente. Mañana es mi gran día, en el que me uniré a Will en el sagrado matrimonio. Reconozco que estoy nerviosa. Sé que también es el día de entregarme a él en cuerpo y alma, la despedida de mi virginidad.

Esta misma noche habíamos celebrado mi despedida de soltera con una cena en casa, donde padre y madre habían invitado a Richard Moore y a su novia Alessa. Desde que conocí al socio de padre, entablé una amistad con él. A Will nunca le gustó que yo hablase con él, pero no veo nada de malo en eso.

Durante la cena me percaté de que Richard es frío con Alessa, cosa que me extrañó porque ni conmigo ni con padre y madre era así. Nuestro negocio iba en aumento gracias a los nuevos proyectos que Richard creó. Le estaremos eternamente agradecidos.

Después de la cena se organizó un baile, en el cual cambiábamos de pareja cada cinco minutos. En ese momento extrañé a Will más que nunca. Cuando me tocó bailar con Richard, me sentí mal porque no me gustaba estar tan cerca de un hombre que no fuera Will.

Hubo una frase que Richard me dijo y que me impactó. Me sonrojé de tal manera que tuve que cambiar de pareja de baile antes de transcurrir el tiempo asignado. «*Tus ojos son tan bellos como una piedra preciosa, tan brillantes como un diamante y tan verdes como una esmeralda*».

Hice una pequeña pausa. Relacioné «esmeralda» con el nombre y el logo de la empresa de Richard, ya que *Esmerald's* combinaba perfectamente con esa piedra preciosa. Tal vez él le puso ese nombre de forma intencionada.

Septiembre, 1989

Escribo esto mientras Will fue a por nuestro champán para brindar. Hoy fue un día magnífico. Todo salió como yo siempre soñé. Sentí mucha vergüenza al ver tantas personas en la celebración. Entre ellos solo reconocí a mis padres, a Alessa, a Richard y a su mano derecha en los negocios. Olvidé el nombre de pila de ese hombre, solo recordaba su apellido: Salazar.

El diario se me resbaló de las manos y se quedó cerrado encima de mis muslos. El apellido de ese hombre era el mismo que el de Alec.

¿Ellos dos guardaban alguna relación familiar? Alec jamás me comentó por qué existía tanto odio entre él y Richard, pero, ahora que había leído esto, quizás ese sentimiento nació de *algo* que ocurrió entre el Moore y su mano derecha.

⭐⭐⭐

Salí del edifico con la intención de ir al hospital en el que trabajaba mi padre que, casualmente, era el mismo en el que Jackson estaba ingresado.

Hoy era una muy buena oportunidad para hablar con Patrick sobre la sustancia en polvo que encontré en la mansión McClain, aprovechando que Cynthia se reunió con Alec. Ya empecé a sospechar que esos dos arreglaron sus diferencias y retomaron la relación.

Cuando llegué al *Ferrari*, me quedé petrificada al ver una deslumbrante *rosa negra* enganchada en el limpiaparabrisas del coche. ¿Por qué Jackson continuaba entregándome esas flores después de enterarme sobre su matrimonio con Yelena? ¿Mandó a alguien a que lo hiciera por él, ya que seguía ingresado?

Cogí la *rosa negra* y detecté una ligera fragancia masculina que desprendía sus pétalos. Por inercia, la olfateé y este perfume me resultó familiar, pero no tenía la seguridad de poder relacionarlo con Jackson.

Ingresé en el vehículo y deposité la flor en el asiento del copiloto. Podría aprovechar este viaje para visitar también al McClain, sin embargo, me sentiría incómoda haciéndolo, sobre todo, si Yelena merodeaba a su alrededor. Además, según Alec, Jackson seguía manteniéndose en la ignorancia respecto a lo que hice en *Esmerald's*. Me resultaba curioso que Dylan continuase guardándose esa información para sí mismo.

Aparqué el *Ferrari* frente a un pequeño quiosco de revistas y periódicos que había al lado del hospital. Cuando caminé a la altura del tenderete, me fijé en el titular del periódico.

«*EL MONSTRUM ABANDONA PARÍS A LO GRANDE*».

Me detuve un momento para seguir leyendo esta noticia que me puso los pelos de punta.

«*El Monstrum de París abandona la ciudad, no sin antes asesinar y colgar a un vagabundo en la Torre Eiffel, donde usó su sangre para trazar la firma simbólica y escribir un mensaje en el suelo, frente al cadáver: Voy de camino*».

Estudié la fotografía del famoso símbolo del *Monstrum*. Se trataba de uno bastante complejo de dibujar, así que me sorprendió sobremanera que lo realizara con tanta rapidez como para que aún no lo hayan capturado.

Dirigí la vista a otro periódico con un titular distinto, pero que informaba de lo mismo.

«*EL MONSTRUM VA DE CAMINO. ¿A DÓNDE SE DIRIGE?*».

Sin darle más vueltas al asunto, me aparté del quiosco y me dirigí hacia el hospital. Me llevé una sorpresa al ver a Vanessa en la puerta, la compañera de trabajo de mi padre.

—Buenas tardes, Rose —me saludó con una sonrisa radiante que yo le correspondí de la misma manera—. ¿Vienes a ver a Patrick?

—Sí, pero no sé dónde se encuentran los laboratorios, ya que es la primera vez que lo visito aquí —contesté un tanto avergonzada por no decidirme nunca a visitar a mi padre en el trabajo —. Le propondré comer juntos los tres en un restaurante. —Quería pasar más tiempo con ellos.

—Yo te acompañaré para que no te pierdas. Estoy segura de que se llevará una gran sorpresa cuando te vea. —Me hizo una señal con el brazo para que la siguiera.

—Pero yo no soy personal autorizado —repliqué, yendo detrás de ella por un pasillo que se hallaba al lado del mostrador de admisión.

—Tonterías. Conmigo sí podrás pasar. No eres una niña, así que no romperás nada ni tocarás las probetas —bromeó.

Vi un cartel y unas letras en el suelo que me informaban de que ya entramos en una zona privada, donde nadie que no estaba autorizado podía pasar.

Vanessa pulsó el botón del ascensor y lo esperamos en silencio. Por un momento, mis pensamientos se dirigieron a *Nyx*. Si ya no dispondría de las cápsulas en cuanto se me acabasen, que ya faltaba muy poco, ¿qué me pasaría? ¿Podría ser un peligro para mis seres queridos?

La sola idea de tener que dejarlos e irme lejos mientras durase *mi adaptación* me revolvía el estómago. Ni siquiera tendría una excusa creíble para organizar un viaje que no tendría una vuelta definida. Además, conllevaría a abandonar mis estudios totalmente, aunque, desde que me vinieron los problemas, Cynthia y yo no volvimos a la Universidad.

—Vamos. —La voz de Vanessa me sacó de mis ensoñaciones.

Me acababa de dar cuenta de que habíamos entrado al ascensor y ya teníamos que salir de él al llegar a la planta de destino. Tan absorta había estado, que mi cuerpo se movió por inercia.

Enfrente del elevador me encontré con el cartel de «ZL -2».

—Estamos en la Zona de Laboratorios del segundo piso del subterráneo, donde están los del Programa de Química —me aclaró Vanessa cuando me vio embobada en el cartel.

Nos adentramos en un pasillo con varias puertas de cristal a ambos lados. Suponía que se trataban de los distintos laboratorios, ya que eran gigantescas, pero estaban cerradas; y el interior, oscuro al tener las luces apagadas.

—Él siempre habla de ti cada vez que sale la oportunidad. Eres un orgullo para ellos —dijo Vanessa, clavándome más la espinilla en el corazón que me provocaron los pensamientos de despedida que me invadieron en el ascensor—. Aquí nos separamos. —Las dos nos detuvimos en mitad del pasillo—. Yo iré a los vestuarios y tú ve a la Sala 2, donde encontrarás a tu padre.

—¿No vienes conmigo?

—No te preocupes. A esta hora solo debe de estar Patrick, que se suele quedar más tarde de su horario laboral. Yo iré enseguida.

—Está bien. —Nos despedimos y me dirigí hacia donde me indicó.

Con suerte, no me crucé con ningún trabajador por el camino. Crucé la puerta de la Sala 2 y me quedé maravillada con el entorno. Muy pocas veces había visitado un laboratorio.

Busqué con la mirada el pequeño cartel de «Sala 2» a la vez que caminaba. No querría

cruzarme con otros trabajadores por aquí. No era personal sanitario y no tenía permitido el acceso a esta zona.

Finalmente, llegué a mi destino y crucé la puerta de cristal con sigilo. Observé alrededor maravillada. Había cinco mesas alargadas con seis sillas giratorias en cada una. Encima de estas se encontraban varios instrumentos de laboratorio, como microscopios, tubos de ensayos, matraces, pipetas, cristalizadores, probetas y vasos de precipitados. Me acerqué a una gran vitrina, donde seleccionaban el instrumental por la clase de material del que estaban formados.

—¿Rose? —Me di la vuelta al escuchar la voz de mi padre. A juzgar por su cara, no me esperaba aquí; no obstante, la sorpresa fue legible en sus facciones.

—Hola, papá. —Quise darle un abrazo, pero su bata blanca y sus guantes tenían manchas de productos químicos, así que me ceñí a sonreírle—. Quería visitarte y proponerte comer juntos: mamá, tú y yo.

—Por supuesto que sí. —Avanzó hacia mí y me dio un beso en la mejilla, llevando cuidado en no rozar su vestimenta con la mía para no mancharme—. En media hora saldré de trabajar.

—Entonces, me daré una vuelta por los alrededores mientras acabas —le dije.

No pretendía merodear por dentro del hospital para no correr riesgos de cruzarme con Yelena.

Patrick se acercó a una de las mesas alargadas y cogió una pipeta para después introducirla en un vaso de precipitado y aspirar un poco de esa sustancia azulada. Cuando la metió en un tubo de ensayo, me miró de soslayo.

—¿Tienes ganas de tu viaje a Milán? —preguntó, cogiendo unas pinzas de madera para agarrar el tubo de ensayo. A continuación, lo colocó a unos centímetros por encima del mechero y lo fue moviendo de un lado a otro con sumo cuidado. Siempre sentí curiosidad de cómo trabajaba un científico.

—Por supuesto, al igual que Cynthia.

No podía negar que me alegraba de ese regalo que me hicieron mis padres, aunque me resultaba raro que compraran nuestros billetes en Navidad, estando aún en nuestro curso universitario, y no en las vacaciones de verano.

—Me alegro. —Mi padre sonrió y la alegría se expandió a sus ojos. Realmente estaba muy contento con este viaje.

—Papá —empecé, preparándome para pedirle el favor sin tener que darle muchas explicaciones—, quiero pedirte algo.

—¿El qué? —Alejó el tubo de ensayo del mechero y lo depositó en la gradilla.

—Querría que analizaras esto. —Me saqué el bote de cristal del bolsillo de la chaqueta para tendérselo. Patrick se quedó mirándolo con cara interrogante—. No sé qué es. Una compañera de clase tomaba esto en la Universidad. Según ella, es un analgésico muy fuerte que le facilitó su padre por el dolor excesivo que ella sufre, pero tuvo una sintomatología extraña, demasiados efectos adversos y ni siquiera tiene etiqueta identificativa ni prospecto —mentí y, al parecer, mi padre se creyó la historia.

—Qué extraño, ¿no? —Aceptó el tarro de cristal y lo inspeccionó con la mirada, frunciendo el ceño—. ¿Piensas que tal vez su padre le esté dando otra cosa que no sea el analgésico que ella necesita? —preguntó desconcertado.

—No creo que sea un analgésico —aseguré, cruzándome de brazos.

—Bien. Lo analizaré más tarde y te llamaré en cuanto tenga los resultados. —Se echó el frasco de cristal en el bolsillo de la bata y me miró—. ¿Cómo llevas tus estudios, cariño?

—Los estudios me van bien —volví a mentir, apenada. No quise darle más vueltas al asunto

para que mi estado emocional no decayera más de lo que ya estaba.

Vanessa irrumpió en la sala, lo que agradecí para que mi padre no continuara indagando más en mis estudios ante mi respuesta tan seca.

—Ya estoy aquí, Patrick —anunció ella, acercándose a la muestra que mi padre había colocado en la gradilla.

—Yo iré a dar una vuelta mientras terminas de trabajar, papá. Avísame por el móvil cuando estés listo si no me ves por la puerta principal del hospital.

Me despedí de los dos con una cálida sonrisa y salí al pasillo. En mi camino de vuelta hacia la zona que ya no era privada no me crucé a nadie. Sin embargo, antes de llegar a la recepción, donde sí había barullo de personas, una mano se cerró sobre mi brazo y tiraron de mí hacia una de las habitaciones.

Cerré la boca justo a tiempo de gritar en cuanto reparé en quién me había encerrado en el pequeño cuarto de sábanas.

Dylan me dedicó una mirada tan fría como el hielo.

—Te dije que no podías huir de mí, *inquisidor*. —La última palabra la dijo con demasiada rabia contenida.

El McClain parecía que iba a explotar en cualquier momento.

Capítulo 39



Pensé que estaba preparada para enfrentarme a él, pero, ahora que lo tenía delante de mí, comprobé que me equivoqué. No me había preparado ningún discurso elaborado para llevarlo a mi terreno. Lamentablemente, el golpe no le causó una pérdida de memoria retrógrada; aun así, intentaría desviarlo de la verdad.

—¿Inquisidor? —pregunté con inocencia, como si no supiera de lo que me estaba hablando.

—¿Crees que soy estúpido? —contestó con otra pregunta—. Y ahora es cuando viene la excusa de que todo fue producto de mi imaginación por el fuerte golpe que recibí en la cabeza cuando quise sacarte de la batalla, ¿verdad? —se mofó, aunque su cara se encontraba lejos de expresar otra cosa que no fuera la frialdad—. ¿O también debería añadir el que me diste tú?

No sabía qué contestar en mi defensa. Estaba claro que Dylan se acordaba de todo demasiado bien, así que no tenía más remedio que soltarle la verdad sin tapujos.

—Maté a un Caballero Oscuro en los servicios masculinos de *Esmerald's* para suplantar su identidad y fingir ser uno de ellos —empecé a retarlo. Su mirada tan dura perforaba la mía, pero no la aparté en ningún momento. No pensaba mostrarle el nerviosismo que llevaba dentro—. No deberías estar furioso, al fin y al cabo, os he ayudado a pesar de ser *un novato*. —Hice énfasis en la última palabra, echándole en cara el elogio que me soltó cuando estábamos peleando.

Si las miradas tan afiladas matasen, yo ya estaría bajo tierra. Entre los dos había muy poca distancia y tampoco podríamos disponer de más, ya que esta habitación era un cuadrado pequeño. Además, la puerta se hallaba a su espalda, con lo cual, tenía que pasar por su lado si quería salir de aquí, y supuse que él no me liberaría tan fácilmente; por eso no lo intenté todavía.

—Has tenido mucha suerte de que los ropajes de los inquisidores fueran anchos y que tuvieran un chaleco antibalas. —Dylan dio un paso hacía mí, lo que me erizó la piel. Lo último que necesitaba ahora era que su cercanía me nublara el buen juicio, como siempre hacía cada vez que lo tenía encima—. Eso ocultó tus curvas. —Cuando di un paso hacia atrás, mi espalda se pegó a los estantes de las sábanas. Incluso así, me apretujé contra ellos en un intento absurdo de salir de aquí traspasando la estantería y la pared—. Unas curvas que hubiera reconocido hasta de lejos —murmuró, colocando una mano en el estante, al lado de mi cabeza.

Mi corazón latía desbocado, sintiendo cada latido como un fuerte puñetazo en el pecho. Dylan mostraba demasiada tranquilidad para tratarse de un tema tan delicado, sin embargo, por dentro

debería de existir una furia que estaba conteniendo para no desatarla conmigo.

—¿No puedes agradecerme y ya está? —Di gracias de que mi voz saliera firme y no mostrara ni una mínima parte de los nervios que me carcomían las entrañas.

—¿Agradecerte por realizar actos suicidas? —Ladeó la cabeza y me miró de arriba abajo con descaro, hasta que terminó enfocando su vista nuevamente en mis ojos—. ¿Agradecerte por haber estado muy cerca de causarte yo mismo la muerte por pensar que le disparaste a mi hermano?

Me sorprendió que creyera eso cuando antes estuvo empecinado en culparme a mí o, mejor dicho, al Caballero Oscuro. ¿Yelena le había confesado su culpabilidad? Lo dudaba mucho porque, de ser así, ella no conseguiría estar tan cerca de Jackson.

—¿Cómo sabes que no fui yo quien hirió a tu hermano? —Mi curiosidad jamás tenía límites, aunque metiera el dedo en la llaga constantemente.

—Dime, Rose. —Su cuerpo se pegó más a mí, hasta que mis pechos ya rozaban el suyo—. ¿Por qué cometiste esa estupidez? Quiero saber el motivo que te empujó a arriesgar tu vida de esa manera.

«Lo hice por ti», le respondí en mi mente.

Ni loca le diría esto. Al igual que él, yo también tenía mis secretos y mis reservas.

—Veo los engranajes de tu cabeza. Estás buscando alguna mentira retorcida de las tuyas para *aplacarme* —soltó, confundiéndome por la dureza de su tono dentro de la sensualidad que desprendía.

—¿Mentira retorcida?

Debería de intentar separarlo de mí con un empujón, porque estaba segurísima de que lo conseguiría al estar tan centrado en mis palabras, pero mi cuerpo no reaccionaba.

Su rostro estaba tan cerca del mío, que compartíamos el mismo aire que nos llevábamos a nuestros pulmones. Mi raciocinio empezó a verse afectado.

—Eso he dicho, sí.

Cuando detecté un destello de malicia en sus ojos, supe que tenía que alejarme de él antes de que me absorbiera.

Hice el amago de echarme hacia el lado libre, ya que en el otro aún tenía su mano apoyada en el estante. Sin embargo, me cerró el paso con la otra, creando una especie de jaula a mi alrededor.

—¿Por qué no eres claro conmigo? —espeté, mostrando una valentía que ahora mismo no sentía—. Me dijiste que me *odiabas*, me llamaste *puta* de una forma más sutil y ahora me acusas de *mentirosa retorcida*. —Hice hincapié en las tres claves.

Dylan se quedó callado, alimentando más la ira que ya comenzaba a asomar por mis terminaciones nerviosas.

—Estoy infringiendo varios códigos de la mafia, pero me importa una mierda —murmuró, observándome con una intensidad abrumadora.

—¿Y por eso acudieron los Caballeros Oscuros? —quise saber.

—Ellos no tienen ni idea de lo que yo *siento* y nunca podrán acceder a lo que *guardo* dentro. —Su respuesta aumentó mi confusión.

—¿Y qué sientes?

—Un caos que nadie debe de conocer, ni siquiera tú. —Las comisuras de sus labios tironearon hacia arriba, pero no llegó a mostrarme una sonrisa—. Así que no sabemos por qué esa organización se presentó en *Esmerald's*. —Ojalá pudiese acceder a su mente para hurgar en ella

y ver lo que me escondía con tanto ahínco—. Cuando Bitores, el jefe de los Caballeros Oscuros, vea que los hombres que mataste no llegan a su destino y que nosotros seguimos con vida, mandará a más de ellos para comprobar qué ha pasado. Es cuestión de tiempo tener que rendirle cuentas.

Se me cortó la respiración durante unos segundos que consiguieron provocarme un dolor opresivo en el pecho. ¿Qué podía hacer si ellos volvían aquí para acabar lo que yo misma inicié?

Los McClain no tenían nada que ver con lo que pasó, así que la responsabilidad caía sobre mí.

—Yo soy la única culpable —dije, omitiendo la participación de Lucian, ya que él estaba metido en el mismo fregado que yo, pero dudaba de que a él le importase—. Vosotros sois inocentes y…

Me callé cuando una de sus manos la colocó en mi mandíbula, descansando su pulgar en mi boca cerrada. Esto me condujo a recordar lo que pasó entre nosotros en el dormitorio de Jackson, lo que incrementó mi nerviosismo. Ahora sí me puse en evidencia.

Me quedé paralizada, observando cada centímetro de su rostro y centrándome en cada sensación que mi cuerpo percibía.

—El único testigo de tu culpabilidad soy yo y no se tiene que enterar nadie más —susurró, poniéndome todos los pelos de punta. Dylan pensaba guardar silencio para protegerme, algo que no comprendía, así que, en teoría, su hermano jamás se enteraría de la verdad—. En esa carretera estabas tú y había alguien más ayudándote. No sé qué carnicería realizó quien, pero tanto impacto tuvo en mí, pese a estar bajo los efectos de la sedación, que me imaginé tus ojos tan rojos como la sangre. —Reprimí a duras penas un suspiro de alivio sobre su dedo por haberme salvado, al menos, de una explicación; de hecho, de la más complicada—. Aunque ten por seguro que descubriré todo sobre ti. —Pasó la palma de su mano por mi mejilla, acariciándola con delicadeza—. No sabía que tuvieras ese lado tan oscuro y sensual, que tus manos están tan manchadas de sangre como las mías. —Ahora la deslizó por el lateral del cuello pausadamente, acariciando todo a su paso, hasta posarla en el colgante de Camille.

Su mirada seguía sus delicados movimientos que realizaba con su mano mientras que la mía estaba fija en su rostro, en especial, en sus ojos ajenos a los míos.

Tragué saliva con dificultad, acto que le produjo una pequeña sonrisa.

—Mi cercanía te pone nerviosa, ¿verdad? —No contesté, aunque con mi silencio le regalara una afirmación.

—No nos engañemos ninguno de los dos —me atreví a hablar con demasiada confianza—. Ambos reaccionamos de una manera ante nuestra cercanía. Tú tampoco eres inmune.

Mis brazos estaban libres, así que podía emplearlos para apartarlo, pero, para mi sorpresa, no quería hacerlo. Quizás él también esperaba esto y estaba asombrado de no impedirle que me tocara. Quién sabía… Dylan manejaba bastante bien sus emociones, aunque conmigo no era del todo experto.

—Podrías tener razón, no lo niego.

Apartó la mirada del colgante y sostuvo la mía, aunque su mano seguía posada en este, junto a mi pecho. Mi corazón continuaba latiendo desbocado y estaba segura de que él podía sentirlo.

Por un momento, mi vista se desvió hacia sus labios carnosos. Cuando sentí que su mano liberaba el collar y volvía a posarla en mi mejilla con su dedo pulgar en mi boca, llevé la mirada rápidamente a sus ojos azules.

Me había pillado *in fraganti*, desvelándole con este gesto unas posibles intenciones que no quería aceptar.

Dylan distorsionaba todos mis pensamientos, me hacía perder la compostura, y, lo peor de todo, él no me liberaba ni yo deseaba que me liberase.

Mis emociones volvieron a fluctuar y era consciente de que el miedo estaría reflejado en mis ojos. Tenía pánico a que el McClain se introdujera donde no debería hacerlo, porque, si lo hiciese, me condenaría a mí misma para siempre.

Eché la cabeza hacia atrás, apoyándola en el borde de un estante, y entreabrí los labios con nuestra vista aún conectada.

—Con un dedo toco el borde de tu boca. —Aunque su mano se mantenía firme en mi mejilla, podía acariciar mis labios con el pulgar—. La boca que mi mano elige, una boca elegida entre todas y que, por un azar que no busco comprender, coincide exactamente con la tuya.

Empezó a acercar poco a poco su rostro al mío. Nuestras miradas seguían conectadas, cada vez más cerca, donde sus ojos se agrandaban, se interponían hasta que formó un cíclope.

Finalmente, su boca encontró la mía y nuestros labios se fusionaron en un roce sutil, donde un aire pesado iba y volvía con un perfume embriagador y un silencio acogedor.

—Ahora es cuando mis manos buscan hundirse en tu cabello, acariciar lentamente su profundidad mientras nos besamos como si tuviéramos la boca llena de flores o de peces, de movimientos vivos y de fragancia oscura —dijo entre mis labios—. Si nos mordemos, el dolor es dulce —continuó y me mordió el labio inferior con delicadeza—. Y si nos ahogamos en un breve y terrible absorber simultáneo del aliento, esa instantánea muerte es bella.

Noté que las piernas empezaban a fallarme, y, por instinto, Dylan rodeó mi cuerpo con el otro brazo, cuya mano tuvo en el estante. Gracias a él, no caía al suelo, convirtiéndolo en mi único punto de apoyo.

Si continuábamos así, iba a desfallecer en cualquier momento. Debería apartarlo y salir corriendo de esta habitación, pero mi cerebro no obedecía. Sabía por qué. Tan solo estaba dejando hacer lo que mis deseos más profundos me pedían a gritos.

Dylan interpretaba bien las reacciones de mi cuerpo y sabía perfectamente lo que su sola presencia me estaba causando. Aun así, él no tenía intenciones de dejarme marchar o, de lo contrario, pondría el freno a este juego en el que estábamos cayendo los dos.

—Te siento temblar contra mí como una luna reflejada en el agua del mar —musitó.

Ahora nuestras bocas rompieron toda distancia que las separaba y, esta vez, Dylan no se apartó cuando sintió el tacto de mi lengua como sí hizo en el dormitorio de Jackson.

Sus brazos se cerraron con fuerza sobre mi espalda y me aprisionó contra la estantería con su cuerpo pegado al mío.

Con mi lengua eché la suya del interior de mi boca en un intento de no corresponderle el beso y sellé mis labios, pero él se tomaba su tiempo en explorar cada centímetro de estos, buscando cualquier fisura para poder adueñarse otra vez de mi boca.

Su insistencia se unió a mi deseo, así que, rendida, me dejé llevar, siendo consciente de que ambos podríamos caer en un abismo por no parar esto.

Ahora solo podía detenerme a pensar en la ansiedad que durante este beso se acumularía en mi vientre, en esa sensación de cosquilleo que se iría derramando por mi cuerpo; en cómo mi mente se subiría a una nebulosa, donde lo único que sería capaz de percibir era el calor de su cuerpo contra el mío; de cómo la calidez de su respiración quemaría mi boca y de cómo mi alma sonreiría nerviosa en cada caricia que le otorgaba a esta.

Acaricié esta nueva sensación, me embriagué en ella, la contemplé, la añoré, la deseé y la degusté un momento en mi imaginación. Un instante sin consciencia, una imagen, un él y yo. Un

nosotros y el beso.

Unos aplausos me devolvieron al mundo real, aquel mundo lejano al de mi imaginación; un mundo donde *Nyx* estaba en mi interior y donde la muerte me seguía a cada rincón.

Dylan y yo nos separamos bruscamente y observamos a Yelena, que, sin darnos cuenta, entró en el cuarto de las sábanas y cerró la puerta tras de sí. ¿Cómo demonios supo dónde estábamos?

Ella tenía una sonrisa de malas promesas dibujada en su rostro.

—Vaya, vaya... —Chasqueó la lengua y se cruzó de brazos. Su mirada se dirigía desde Dylan a mí y viceversa, analizando nuestros labios que deberían estar algo hinchados—. No sabía que *también* te gustaba mi cuñado.

Había un significado oculto en esa palabra que enfatizó con descaro. ¿Acaso insinuaba que me sentía atraída por Jackson? Si fuera así, ¿de dónde sacó semejante mentira?

Por instinto, dirigí la mirada hacia Dylan, quien me observaba con un atisbo de preocupación y una especie de súplica, o eso creía leer en sus ojos. Sin embargo, cuando habló, todo se hizo añicos.

—Ya me has fastidiado los planes de esta noche. Muchas gracias, Yelena —dijo él con sarcasmo, ahora con su atención puesta en ella, lo que agradecí, porque mi cara debería ser el espejo de mi alma, una que se estaba desquebrajando con cada segundo que pasaba aquí.

Su acercamiento conmigo no se trataba de otra cosa que no fuera sexo pasajero. Al fin y al cabo, ya me insinuó este tipo de cosas en los servicios de *Esmerald's*. Para él yo no significaba nada especial y esto solo hizo alimentar mi furia, junto con el desengaño.

Fulminé a Dylan con la mirada cuando su vista se desvió a mí. No me mostraba otra cosa que no fuera su acostumbrada frialdad.

—¿Por qué tu necedad en infringir más códigos de la mafia por esta insignificante mujer? —soltó Yelena, escaneándome con sus ojos cada centímetro de mi cuerpo.

—Si fuera *insignificante*, no me estaría saltando códigos —dijo Dylan.

—Tienes razón. —La arpía me sonrió con una dulzura fingida—. Si fuera una insulsa mujer, Jackson no hubiera intentado matarme por ella.

Me quedé con la boca abierta por esta desvelación, lo que provocó que su sonrisa se ensanchara.

—Pero a los dos os salió el tiro por la culata. —Por fin, la mirada de Yelena se despegó de mí para enfocarla en Dylan—. Estoy muy viva para vuestra desgracia y también para la de vuestra *amada*.

Esta conversación me estaba poniendo de los nervios y solo ansiaba salir de aquí, así que intenté pasar por al lado de la arpía, ya que la puerta se situaba a su espalda.

A la velocidad de un rayo, Yelena me sujetó del brazo con una fuerza excesiva para detenerme, y Dylan la agarró del cuello rápidamente para liberarme. Después la empujó con su propio cuerpo hacia una de las estanterías y tuve la sensación de que él apretó, cortándole un poco la respiración.

La pulsera de la *serpiente* que rodeaba la muñeca del McClain resplandecía ante mis ojos al reflejarle la poca luz de la lámpara que había en el techo.

—Tarde o temprano serás hombre muerto —amenazó ella con la voz distorsionada por la presión—. Y será *ella* quien te quite la vida, haciéndome el favor a mí.

Me quedé mirándolos con una cara de idiota. Tenía la sensación de que todo el tiempo hablaban de mí de una forma que no conseguía descifrar, porque yo no pensaba matar a Dylan, aunque ahora mismo deseaba hacerlo por haberme usado.

—Sería una bonita forma de morir —el susurro del McClain fue tan lúgubre, que me produjo un escalofrío—, pero no soy fácil de vencer. Algo bueno que me enseñó mi difunto padre.

De este encuentro solo sacaba como información jugosa que los dos se odiaban más de lo que me pude haber imaginado. No obstante, saldría de aquí con una opresión en el pecho y era consciente de que mis facciones expresarían demasiado de mi estado.

Decidí que era el momento exacto de marcharme, ahora que nadie me prestaba atención y tenía la salida libre de cualquier obstáculo. Sin dirigirles una última mirada, me di la vuelta y salí del cuarto de las sábanas pegando un fuerte portazo.

Capítulo 40



Cynthia y yo pasamos toda la tarde con Jeremy después de tanto tiempo sin verlo al no acudir ya a la Universidad. Decidimos cenar en una pizzería que se hallaba en la calle paralela a Central Park.

Quería mantener una conversación con mi amiga en cuanto llegásemos al apartamento, en la que le confesaría la verdad sobre lo que pasó realmente en la inauguración de *Esmerald's* cuando Alec y ella se marcharon de la empresa.

Detestaba la idea de guardarle secretos y, a decir verdad, necesitaba que ella me hiciera un favor, porque ver a mi padre en el hospital días atrás me hizo replantearme algunas cosas sobre *Nyx*.

Durante la velada, Jeremy mostraba algunos signos un tanto extraños en él, como, por ejemplo, que estaba más pendiente del entorno que de nosotras. Esto me recordó a Nathan, quien nos lanzó señales de nerviosismo en el aparcamiento de la Universidad y no supimos interpretarlas correctamente. ¿Estaría Jeremy metido en algún lío y por eso estuvo desaparecido mucho tiempo cuando él siempre nos hablaba, aunque fuese por mensaje?

Mientras Cynthia y él se enfrascaron en una conversación, miré hacia la calle a través de las cristaleras del local. Nuestros escoltas estarían por ahí, donde no podía verlos.

Desde lo sucedido con la explosión del coche de mi amiga, no volvimos a cruzarnos un percance así. De hecho, ella y yo teníamos la costumbre de inspeccionar el *Ferrari* antes de montarnos por si detectábamos alguna bomba sorpresa, aunque, cuando me encontraba yo sola, nunca lo hacía. Desde luego que Cynthia era mucho más precavida que yo o, simplemente, yo ponía toda mi seguridad en manos de mis guardaespaldas de forma inconsciente.

Una familia de la mafia tuvo que estar detrás de ese atentado y tenía claro que sería la misma que se encargó de eliminar a Nathan del mapa. Quien puso la bomba en el vehículo de mi amiga sabía mi apellido, así que me conocía bastante bien. Tal vez debería replantearme ponerme el brazalete de la *serpiente* que Jackson me entregó en cuanto firmé el documento. Gracias a Cynthia, esa joya seguía en mi poder, olvidada en el cajón de mi mesilla.

Otro tema que me resultaba curioso era el secretismo que existía entre ambos McClain. Era lógico que Dylan no le comentase a su hermano nada sobre nuestros encuentros tan acalorados, pero me parecía raro que no le dijese nada sobre mi apuñalamiento y, en consecuencia, sobre los

crímenes que cometió Eckardt para llegar a mí; tampoco le confesó lo que yo hice con los Caballeros Oscuros. En cambio, Jackson no fue generoso contándole a Dylan sobre nuestro *acuerdo* cuando esto sucedió, sino que lo hizo cuando Cynthia y yo nos fuimos del ático. Y si a eso le sumaba que este último me ayudó a que descubriese la existencia de Yelena, todo formaba parte de un cóctel cargado de misterio.

Jackson ya salió del hospital, y, desde entonces, no volví a ver a ninguno de los dos.

Puse mi atención en mis dos amigos que no paraban de hablar. Agarré el borde de la mesa con una mano y noté un pinchazo en un dedo. Di un ligero respingo y me miré la yema que me había herido con una pequeña astilla. Una gotita de sangre emanó de ahí, pero no me preocupó, ya que las lentillas marrones que tenía puestas taparían mi nueva naturaleza.

Escondí la mano entre mis muslos para que ellos no vieran la herida minúscula y me metí en la conversación, aparentando normalidad, antes de que Dylan McClain se abriese paso por mis pensamientos otra vez. Cuando lo expulsaba de mi mente, me embriagaba una sensación de vacío, como si algo que había perdido lo necesitase con ansias sin saber cómo recuperarlo.

Nada más salir de la pizzería, nos despedimos de Jeremy y nos dirigimos hacia nuestro vehículo, que estaba aparcado dos calles más allá.

De pronto, Cynthia extendió el brazo y lo puso delante de mi abdomen para que parara en seco junto a ella.

—¿Qué ocurre? —le pregunté confusa.

—No hables —me pidió ella justo antes de agarrarme de la muñeca y tirar de mí para escondernos detrás de un vehículo aparcado, frente a Central Park—. Observa. —Me señaló con la cabeza el otro lado del coche que usábamos como escondite.

Con sumo cuidado, me levanté solo un poquito para mirar a través de las ventanillas. Mi sorpresa fue enorme cuando vi a Richard conversar con Alec y, por sus gesticulaciones, estaban discutiendo al mismo tiempo que intentaban guardar las apariencias.

Volví a esconderme completamente antes de que alguno de ellos reparara en mi presencia.

—¿Qué están haciendo juntos? —Ahora fue su turno de asomarse para saciar su curiosidad—. Están entrando en Central Park.

Cynthia se puse en pie como un resorte y corrió a trote hacia la entrada del parque. Fui tras ella y la detuve agarrándola del brazo.

—¿Qué pretendes? —murmuré un tanto alterada—. No podemos ponernos en evidencia delante de nuestros escoltas.

Mi amiga miró alrededor antes de centrarse en mí.

—No los veo por ningún lado —protestó.

—Eso no significa que no estén observándonos —repliqué.

—De igual forma, no veo peligro alguno. Alec es mi novio y los McClain lo saben.

Cynthia aprovechó mi perplejidad ante su confesión y se liberó de mí para adentrarse en Central Park. Solté una maldición entre dientes y corrí detrás de ella. Esta vez no la detuve, sino que la seguí por el sendero del parque.

En otras circunstancias, me alegraría de esta noticia, ya que los dos se amaban y por fin habían arreglado sus diferencias. No obstante, este no era el mejor momento de festejos.

Las farolas de luz suave nos alumbraban el camino, aunque tuvimos que sumergirnos en las sombras de los árboles para pasar más desapercibidas mientras seguíamos el rastro de Alec y Richard. No alcanzábamos a verlos, pero nos guiábamos por el ruido y por nuestro instinto.

—Esto es inmenso. No me extraña que aquí se haya delinquido —agregó Cynthia.

—El lugar perfecto para un enfrentamiento —susurré.

—¿Por qué tendrían un enfrentamiento? —preguntó dubitativa.

Caí en la cuenta de que mi amiga aún no tenía ni idea de que su padre y su novio se procesaban un odio inmenso, y que por eso él se vio obligado a abandonarla.

Un volumen elevado de unas voces nos hizo detenernos bruscamente e intercambiamos una mirada fugaz antes de ocultarnos detrás del tronco grueso de un árbol. Desde aquí podíamos ver el perfil de los dos hombres que se estaban apuntando en el pecho con una pistola en medio de un pequeño claro iluminado por unas cuantas farolas.

Mi respiración se cortó y Cynthia reprimió una sonora exclamación.

—¿Qué demonios pasa entre ellos? —Ella intentó dejarse ver, pero la agarré de la cintura para impedírselo—. ¡Déjame! ¡Tengo de detenerlos antes de que ocurra una tragedia! —gruñó bajito, forcejeando conmigo.

—Si sales allí fuera, los despistarás y uno de ellos podía aprovechar la oportunidad para disparar al otro —murmuré en un intento de tranquilizarla, lo que pareció surtir efecto porque detuvo sus movimientos.

—Pero ¿por qué se odian tanto? —Me miró apenada—. ¿Tú sabes algo?

Las palabras de Richard entraron profundamente en nuestros oídos y me evitó tener que contestar a su pregunta con una mentira.

—Maldita sea la hora en la que dejé que los Salazar se mezclaran con mi familia.

—No saldrás impune de esto. Tarde o temprano vas a pagar la muerte de mi padre —amenazó Alec—. Destruiste a mi familia.

—Al igual que Douglas destruyó la mía. ¿No es un trato justo?

—¡Mi padre no tuvo nada que ver con la muerte de Christabella!

—¡No te atrevas a nombrarla en mi presencia! —El brazo de Richard comenzó a temblar, junto con la pistola que estaba sujetando—. Douglas Salazar era el aliado secreto de William. Tanto uno como el otro son culpables de su muerte. ¿Qué pensarían los McClain si llegasen a descubrir que el hijo de uno de los asesinos de Christabella trabaja para ellos?

—Yo no tengo nada que ver con los errores de mi padre.

—Ni yo tengo nada que ver con las atrocidades de las que me acusan los McClain, y mira... —Richard dio un paso hacia adelante, acortando la distancia que los separaba—. Su sed de venganza está dirigida hacia mí.

—¿Fuiste tú quien avisó a los Caballeros Oscuros? —preguntó Alec, cambiando drásticamente de tema.

—¿Y poner mi vida, la de mi hija y la de los McClain en peligro? ¿Me crees tan idiota? —se mofó Richard—. En memoria de Christabella, la única mujer que amé, estoy aguantando todos los ataques que recibo por parte de sus hijos sin tomar represalias.

—¿Y sus ataques son injustificados, entonces? —Por su tono de voz, estaba claro que Alec no creía en ninguna de las palabras del Moore—. ¿Qué hiciste con su cadáver? ¿O debería decir cuerpo aún caliente?

No daba crédito a lo que estaba escuchando. Alec acababa de insinuar que Richard fue quien verdaderamente mató a Christabella, y no William.

—¿Acaso tú estabas presente aquella noche? —atacó el Moore—. Ni siquiera tu padre merodeó por los alrededores.

—Lo que me sorprende es que hayas aceptado ayudarme con la protección de tu hija, aliándote con el hombre que odias, cuando ella siempre te importó bien poco. —Alec intentaba

conservar la compostura. Se le notaba a leguas que el tema de su padre le afectaba sobremanera y que por eso se había desviado de él—. No vas a dispararme, *suegro* —enfatizó en la última palabra—, porque me necesitas para que siga protegiéndola. —Su sonrisa tan siniestra nos dejó petrificadas a Cynthia y a mí—. No volveré a irme, Richard. Te guste o no, solo tu hija tiene el poder de echarme de su vida, no tú. Mi apellido no me mancilla, pero el tuyo sí lo hace con ella.

Cuando me quise dar cuenta, mi amiga ya se había mostrado ante ellos con una cara entre furiosa y dolida.

—¿Tú fuiste el responsable de que Alec me abandonara? —le reprochó ella a su padre.

Ambos hombres se sorprendieron de verla ahí, parada frente a ellos con las lágrimas asomando por sus ojos. Los dos bajaron el arma inmediatamente, apuntando hacia el suelo.

—¿Cuánto has escuchado? —le preguntó Alec.

—Lo suficiente —espetó Cynthia, fulminándolo con la mirada. Entonces, puso su atención en su padre otra vez—. Contesta a su duda, que es la misma que ronda por mi cabeza —le exigió—. ¿Por qué mamá y tú os molestáis en ayudarme cuando os importo menos que una colilla?

—Hija…

—¡¿Ahora sí que te importo?! —gritó ella, perdiendo los estribos—. Quizás jamás recibí un abandono porque siempre estuvisteis a mi lado físicamente, pero hubiese sido mejor que me dierais en adopción para poder decir que tengo una familia, aunque a los Tocqueville podría llamarlos así. Al fin y al cabo, ellos fueron los que me criaron.

El rostro de Alec parecía tan afligido como el de Richard. El primero lamentaba que ella hubiese oído la conversación, y el segundo sentía las palabras de su hija como cuchilladas.

Los Moore eran un auténtico misterio para nosotras. Nunca mostraron interés en Cynthia, pero estaban luchando de la mano de Alec con el propósito de protegerla. ¿Qué escondían las tres familias enfrentadas por un oscuro pasado a medio desvelar? ¿Qué implicación tenía cada una en la infancia de los hermanos McClain? Ninguna estaba exenta de desconocimiento.

—Me importas desde que me di cuenta de que las cadenas que representabas para mí no eran las culpables de mi desdicha —murmuró Richard, dejándonos a todos más confusos que antes—. Y, aunque no seas capaz de creerlo, pagué con creces mi error cuando me miraste por primera vez con *miedo*.

Reprimí una exclamación. El Moore tenía que referirse a la noche en la que violó a su hija. Las facciones de Cynthia me informaban de que estaba en lo cierto.

Dirigí la mirada hacia Alec, quien observaba a ambos con el ceño fruncido. Si él descubriese esa verdad, mataría a Richard en un santiamén.

—Porque vi al monstruo que me engendró y que, al mismo tiempo, me destruyó —sentenció mi amiga, perforando mi pecho con una fuerte puñalada.

—¿Qué me estoy perdiendo? —Alec miró de uno al otro, como si se tratase de una partida de tenis.

—La falta de amor y el exceso de odio puede destruir el alma más pura —contestó Cynthia con la vista fija en Richard—. Mis padres me negaron lo que siempre anhelé, y me entregaron lo que no busqué. —Se encogió de hombros, restándole importancia a un asunto muy relevante.

—¿Y qué significa eso? —insistió Alec, no satisfecho con su respuesta de dobles significados.

Cynthia y Richard se mantuvieron la mirada durante unos segundos que me parecieron eternos.

—Tan solo a que no me dieron el cariño que merecía, mi amor, nada más, aunque para un niño esto es muchísimo mal —mintió ella, poniéndome todos los pelos de punta por la tensión

que se respiraba en el ambiente.

Decidí salir de mi escondite; sin embargo, una mano me cubrió la boca y un cuerpo me inmovilizó contra el árbol. Cuando iba a defenderme de mi agresor, me quedé paralizaba al mirar la cara de uno de mis escoltas. El otro se acercó a mí con el teléfono en la mano. Ninguno de los tres nos situábamos en el campo de visión de los otros tres que continuaban discutiendo en el pequeño espacio abierto sin árboles.

—¿Le dijiste el motivo de la llamada? —preguntó el que me apretaba contra el tronco.

—No. Que sea él mismo quien vea con sus propios ojos a la verdadera hija de los Moore —contestó el otro, que ya se estaba guardando el móvil en un bolsillo de su chaqueta.

Mi corazón empezó a latirme con fuerza. Íbamos a pagar bien caro el despiste de no habernos acordado de nuestros escoltas, quienes habían escuchado la conversación.

—No sé por qué tanto empeño en destruir a esta familia, pero nos ganaremos un ascenso ante semejante descubrimiento. —Sonrió el que me inmovilizaba con sarcasmo, mirándome fijamente, como si quisiera acceder a mi mente—. Lo que no sé es que harían con ella.

La desesperación por arreglar este percance invadió mi sistema, tanto que me dejó de importar volver a matar si fuera necesario.

Le mordí la mano al escolta que tenía encima y, cuando se apartó con brusquedad por mi arrebato de ira, lo agarré de la chaqueta y lo empujé hacia el claro, llamando la atención del resto.

El otro guardaespaldas se abalanzó sobre mí, y esquivé su puñetazo justo a tiempo gracias a mis mejores reflejos, echándome a un lado, así que sus nudillos impactaron en el tronco del árbol. Soltó un fuerte alarido y, antes de que nos enfrascásemos en un combate cuerpo a cuerpo, en el que yo tendría todas las de perder por mis escasos conocimientos de lucha, un disparo nos detuvo.

Salí de mi estupor antes que él y le propiné una patada en la entrepierna. El escolta se inclinó hacia adelante, lo que aproveché para enredar mis dedos en su cabello y le di un rodillazo en la cara.

Lo dejé ahí, tirado en el suelo, y salí de mi escondite, mostrándome en el claro. Mi vista viajó al cuerpo del otro escolta, que yacía muerto con un agujero de bala en la cabeza.

Me propuse arrebatarle la pistola para disparar al otro, pero no me dio tiempo, ya que recibí un fuerte empujón hacia Alec, quien tenía el arma levantada. Los dos nos tambaleamos y el gritito de Cynthia nos hizo recuperar rápidamente el equilibrio.

Me giré y abrí los ojos como platos.

El escolta había agarrado a mi amiga por detrás y le estaba apuntando en la sien con su arma mientras que Richard hacía lo mismo con el pecho del hombre que amenazaba la vida de su hija. Seguidamente, Alec se le sumó al Moore.

Todos los presentes formábamos una especie de triángulo en el claro. En un vértice se encontraba Richard; en otro, Alec y yo. Por último, estaba el escolta con Cynthia.

—Un movimiento más y la mato —nos amenazó con el punto más débil que los tres teníamos, porque, aunque me costase creer, a Richard le importaba más la vida de su hija de lo que me pude haber imaginado después de enterarme de lo que él le hizo.

La impotencia de no saber qué hacer me carcomía por dentro mientras contemplaba el rostro horrorizado de Cynthia. Ella me miró con súplica, lo que empeoró tal sentimiento.

Richard, Alec y yo nos mantuvimos en silencio, sin apartar la mirada del guardaespaldas y de Cynthia. Cualquiera de los tres aprovecharíamos el primer paso en falso que cometiese el escolta.

Unos pasos llamaron nuestra atención, pero solo yo miré hacia el origen de ese ruido. Jackson salió desde las sombras que formaban los árboles.

Capítulo 41



La mirada ilegible de Jackson se encontraba clavada en la mía. Abrí la boca para hablar, pero la cerré antes de emitir un solo sonido, puesto que no sabía qué decir y no quería empeorar la situación.

—¿Qué es eso tan urgente que tenía que saber como para que se requiera mi presencia? —Rompió nuestra conexión visual, acto que agradecí, ya que no quería que mi expresión facial le dijera más información de lo debido.

Tenía una sensación ácida en la boca del estómago que me resultaba difícil de controlar. El temor y la impotencia se cogieron de la mano en mi interior, ayudando a que la desesperación creciera hasta el punto de tener el riesgo de cometer una estupidez por mi parte. Mi mente estaba maquinando algún tipo de plan, fuera macabro o no, para poder salir de este problema.

—Observe con atención para que lo pueda ver con sus propios ojos —dijo el guardaespaldas mientras retrocedía unos pasos, arrastrando a Cynthia con él.

Ahora los seis formábamos una clase de rombo. Jackson pasó a situarse en el cuarto vértice. De esta manera, todos nos manteníamos a la vista de todos.

—Tirad vuestras armas al suelo o la mato aquí mismo —nos ordenó el escolta, muy seguro de que obedeceríamos, y no estaba equivocado.

Tragué saliva con dificultad por el nudo que se me estaba formando en la garganta y volví a mirar a Jackson, quien se mantenía impasible, analizando todo lo que pasaba frente a sus ojos.

Observé los rostros de Richard y Alec. Ambos se mantenían en silencio y seguían encañonando al guardaespaldas, pero, ante su orden, bajaron sus armas con lentitud y las dejaron caer al suelo.

Escuché los pequeños quejidos que se escapaban de los labios de Cynthia, que permanecía inmóvil entre los brazos del escolta y su mirada se dirigía a todos los presentes sucesivamente.

—Las quiero a mi lado —prosiguió demandando el escolta, ahora con una sonrisa burlona en la cara al ver que se estaba saliendo con la suya.

Richard y Alec obedecieron sin oponer resistencia, dándoles una patada a las pistolas para arrastrarlas a los pies del guardaespaldas.

—¿Ha visto? —dijo el escolta jocoso—. Esta chica es demasiado importante para ellos —sus ojos se enfocaron en el Moore—, también para Richard.

Maldición. Nuestro contrincante nos estaba sacando ventaja. Quiso que ellos se deshicieran de sus armas para que su vida ya no corriese peligro, y, al mismo tiempo, demostrarle a Jackson cuánto le importaba Cynthia a Richard como para obedecer sin objeción alguna.

Le lancé una mirada asesina al escolta. Si la única solución era arrancarle la vida, lo haría sin dudarlo. Tal vez, al ser portadora de *Nyx*, mis instintos asesinos nacieron o se potenciaron, no estaba segura, pero me aferraría a esa opción de supervivencia a partir de ahora. Este pensamiento me alarmaría en otras circunstancias.

—¿Qué tiene de especial esta chica para ti? —le preguntó Jackson al susodicho y ladeó la cabeza, observándolo con mucho interés.

Los McClain sabían perfectamente que Alec era su novio, así que solo se dirigía al Moore.

—Yo le puedo explicar todo lo que ha pasado, pero no le aconsejo que confíe en este hombre. —Alec señaló al escolta con la cabeza—. Ha traicionado vuestra confianza.

Recé en mi interior para que esta mentira que él había comenzado a expresar en voz alta surtiera efecto. Éramos cuatro contra él, lo que debería suponerme una ventaja y darme esperanzas. Hasta yo misma haría lo posible para convencer a Jackson en el caso de que dudara de nuestra palabra, aunque tuviera que recurrir al chantaje emocional. Según me comentó Dylan una vez, su hermano era tan manipulable como manipulador. Era hora de probar esta teoría.

—¿De qué estás hablando? —preguntó el aludido estupefacto—. Te reuniste con Richard en este lugar tan apartado porque ambos estáis aliados con el fin de destruir a los McClain. Por este motivo les pediste trabajo, para estar dentro de la familia. La mejor forma de conocer al enemigo, ¿verdad?

Fruncí los labios, molesta con que este hombre optara por jugar a nuestro mismo juego de mentiras. Él no pudo haber escuchado algo así, ya que en ningún momento se nombró a los McClain para hablar mal de ellos. El escolta fue consciente de que los dos estaban teniendo un enfrentamiento, apuntándose ambos con sus respectivas armas.

—¿Es eso cierto, Alec? —La lentitud que empleó Jackson para pronunciar cada palabra me produjo un escalofrío.

—No lo es —contestó él, aparentando una tranquilidad envidiable—. No sería tan imbécil de querer pertenecer a la mafia, donde la traición se paga con la muerte. Además, no tengo nada en contra de ustedes, pero sí con Richard. La finalidad de este encuentro privado fue acabar con él.

—Esta chica es la verdadera hija de Richard Moore —replicó el susodicho con rabia—. Todos les han engañado, incluida la *ramera* que tanto adora.

Jackson giró la cabeza hacia él como un látigo y, a juzgar por sus facciones, no le hizo gracia cómo me llamó. En cambio, yo sentí unos enormes deseos de cruzarle la cara de un guantazo.

Fuera lo que fuese lo que le merodeaba al McClain por la mente, Richard se encargó de disolverlo.

—¡No nombres a mi hija! —Su grito nos sobresaltó a todos—. ¡Ella está muerta! —En cuanto Alec percibió su intención de acercarse al escolta, lo sujetó del brazo para detenerlo, dándole más veracidad a nuestra actuación—. No sé de dónde sacas esa calumnia, pero no te voy a permitir que la vuelvas a nombrar —terminó amenazando con dureza.

—Volveré a repetir la pregunta. ¿Qué significa Cynthia para ti? —insistió Jackson, no dándose por vencido.

—Nada —espetó Richard—. Mi hija Jessica la conocía y no se llevaban muy bien. ¿Qué querías que hiciera? ¿Que no tirara el arma al suelo y disparara a tu escolta para luego recibir un tiro de tu parte? —La ironía fue palpable en su voz—. Al igual que todos, lucho por mi

supervivencia, ¿no crees?

La seguridad que destilaba sus palabras me asombró, pero más lo hizo el cambio que vi en la mirada de Jackson.

—Suéltala —le ordenó al guardaespaldas.

—¿Qué?

Jackson le hizo una señal con la mano para que obedeciera y se acercó a ellos. El escolta la liberó a regañadientes, pero ella no tuvo la oportunidad de alejarse de él, ya que el McClain extendió un brazo, poniéndoselo delante.

—Quiero tu carné de identidad —le pidió.

Contuve un suspiro de alivio. Jackson no encontraría nada raro ahí gracias a la intervención de Alec.

Cynthia no dudó ni un segundo en sacar su tarjetero del bolsillo de su chaqueta y entregarle el carné de identidad.

—Cynthia Morrison —murmuró el McClain con el ceño fruncido. Entonces, levantó la mirada hacia el guardaespaldas—. ¿Se puede saber de dónde has sacado esa información? —Le devolvió el carné a Cynthia y ella se lo guardó rápidamente.

—¡Le están mintiendo! ¿No lo ve? —El escolta se veía desesperado. Todas las acusaciones apuntaban a él—. ¡Escuché este dato cuando esos dos estaban discutiendo! —Apuntó hacia Richard y Alec con la pistola que aún empuñaba, sin apartar la vista de Jackson en ningún momento.

—Deberías preocuparte por lo que ese hombre le estaba haciendo a ella —interrumpió Richard, llamando la atención de Jackson nuevamente a él. Cuando sus miradas se encontraron, el Moore me miró a mí, esperando a que yo continuara con el paripé.

Para nada me pude haber esperado el giro tan drástico que dio esta conversación. Ahora me tocaba a mí seguir con esta farsa.

Sentía que los ojos de Jackson me abrasaban la piel, a la espera de que le dijese lo que el escolta supuestamente me estaba haciendo. A cada segundo que pasaba, su rostro se iba haciendo más expresivo, convirtiéndolo en un libro abierto fácil de leer.

—Habla, quiero saber. —No se trató de una orden, sino de un ruego.

—Ella está muy nerviosa y teme decirle la verdad por las represalias que pueda ocasionar —intervino Alec ante mi silencio tan prolongado—. Sus escoltas han intentado agredirla sexualmente entre los árboles, pero ella consiguió salir al claro. Richard disparó al que yace muerto en el suelo para ayudarla.

—¿Qué demonios…?

—Lo que ha dicho Alec es verdad —le interrumpí al escolta con firmeza—. Cynthia y yo vimos a Richard y a Alec entrar en este lugar mientras nos dirigíamos hacia nuestro vehículo para volver a casa. Así que fuimos tras ellos al tener la sensación de que estaban discutiendo. Cynthia se asustó cuando vio que ambos se apuntaban con una pistola y quiso exponerse para ayudar a su novio. Yo, en cambio, me quedé atrás y ellos me interceptaron por la espalda. —Al fin y al cabo, mis palabras eran ciertas, aunque dejé el resto a la imaginación de Jackson, evitando así tener que mentir.

—Piense con la cabeza, y no con el corazón —protestó el escolta, mirando al McClain con una expresión que no podía descifrar—. No sería tan estúpido de traicionarlo de esta forma, no…

—Yo jamás te he traicionado —intervine de nuevo.

Unos ligeros temblores se abrieron paso por mis terminaciones nerviosas, y no hice nada por

disimularlos, ya que sería otro punto a mi favor de esta actuación. Estando tranquila, este paripé no sería creíble, sobre todo, siendo yo la principal víctima.

—Me mostraste *quiénes* sois y, hasta el día de hoy, no os he traicionado —le dije a Jackson, metiendo a su hermano en la misma frase—. Ambos me habéis ayudado, incluso me salvasteis la vida. —Suavicé mi voz y le mostré una mirada cargada de tristeza—. ¿De verdad piensas que soy capaz de mentirte con esto? —Di un paso hacia él, absorbiendo toda su atención—. Es cierto que me molestó enterarme de tu matrimonio, pero eso no ha mancillado la gratitud que siento por ti.

Jackson procuraba no enseñarme la tormenta emocional que bañaba su sistema; sin embargo, no estaba teniendo mucho éxito. Parecía que le dolía demasiado imaginarse lo que los escoltas habían intentado hacerme.

Me sentía cruel usándolo de esta manera y manipular sus emociones, pero Cynthia era una de las personas más importantes que tenía y por ella era capaz de vender mi alma al diablo.

—Además, antes dijiste que nos habías visto hablar en este lugar tan apartado para planificar la destrucción de los McClain, y, después, que estábamos discutiendo. ¿En qué quedamos? —le dijo Alec al guardaespaldas para que Jackson y yo saliésemos del trance, en el que ninguno de los dos podíamos apartar la mirada del otro.

—Tengo deudas pendientes que saldar con Alec —prosiguió Richard, mirando al mencionado con hastío—. La rubia es su novia y la morena es *algo inespecífico* para vosotros. —Un escalofrío me recorrió por toda la espalda ante la mención indirecta de Dylan. Jackson apretó la mandíbula y lo fulminó con la mirada, liberándome a mí de su escrutinio—. *Nadie* aquí presente me importa en absoluto —la primera palabra la pronunció con demasiada dureza—, así que no tengo por qué mentir. Tan solo ayudé a Rose porque me pilló por el medio y sabes que no me supone nada tener que matar si fuera necesario. —Le echó una rápida mirada al cadáver del otro escolta.

—Sé que eres capaz hasta de ocultar el cadáver de alguien a quien amas —soltó el McClain sin miramientos, asombrándome por su acusación.

No podía opinar sobre esta historia, ya que me faltaban muchas piezas del rompecabezas por encontrar y encajar. No obstante, Jackson no parecía mostrar los mismos sentimientos que sí mostraría Dylan respecto a Christabella. Estaba más que claro que este McClain no tenía a su madre en gran estima. Mi última teoría de los hermanos respecto a este tema podría ser cierta. Mientras que Dylan la idolatraba, Jackson la detestaba.

—Desde luego que William sembró su semilla del mal en ti —lo acusó Richard con frialdad —. Estás hecho a su imagen y semejanza, por más que intentes negártelo a ti mismo.

Jackson levantó ambas cejas, entre incrédulo y burlesco. Puso las manos en sus caderas, apoyándolas en el cinturón. No me pasó por alto que una de ellas, la que podía ver desde mi lado, la desvió hacia atrás, ocultándola debajo de la chaqueta que llevaba puesta.

—¿Eso piensas, Moore? —preguntó el McClain jocoso.

En un rápido movimiento que ninguno vimos venir, Jackson desenfundó su pistola y le disparó al escolta en la cabeza. El estruendo del tiro me hizo dar un respingo. Me puse una mano en el pecho, como si así pudiese relajar los latidos desenfrenados de mi corazón.

El cuerpo del guardaespaldas cayó al suelo como un fardo y mi mirada de espanto se dirigió hacia el McClain, quien sonreía mientras miraba a Richard.

Nos habíamos desviado tanto del tema central de la conversación, que ni siquiera el escolta vio peligrar su vida. Dio igual que estuviese armado, Jackson nos entretuvo y fue demasiado

rápido en su ataque, como si ya tuviese mucha práctica en esto.

—William te hubiese matado a ti en cualquier circunstancia —agregó el McClain, guardándose la pistola de nuevo donde la tenía oculta con anterioridad—. Yo te he dejado vivir por haberla salvado a ella.

Richard no dijo nada en contra, tan solo observaba a Jackson como si le resultara un enigma difícil de entender. Ya éramos dos, porque yo me encontraba de la misma manera.

Habíamos conseguido lo que queríamos: que el escolta muriese para estar a salvo. Y esto era lo que nos importaba.

—¿Debería darte las gracias?

—Es lo último que esperaría de ti. —Jackson se encogió de hombros y ahora puso su atención en Alec—. Puedes llevarte a tu novia y tranquilizarla antes de que se desplome.

Miré a Cynthia, comprobando que estaba temblando con su vista clavada en el cadáver del escolta que amenazó su vida. Ella jamás le había hecho daño a nadie, ni presenció un crimen.

Cuando hice el amago de acercarme a mi amiga para reconfortarla, Alec se me adelantó. La rodeó con un brazo y la atrajo a él para abrazarla.

—Te llevo a casa —le dijo su novio con suavidad.

—Yo me encargo de Rose. —Las palabras de Jackson atraparon mi mirada otra vez, aunque él seguía atento a la pareja—. Necesito hablar con ella antes.

Los nervios empezaron a apoderarse de mí al tener que quedarme a solas con Jackson, pero no se trataban de los mismos que me provocaba la presencia de su hermano. Con Dylan me sentía atraída; con Jackson, bastante inquieta y alerta.

Capítulo 42



Alec y Cynthia se fueron en el *Ferrari* que él se encargó de conducir, Richard se marchó caminando y yo me dejé llevar por Jackson en su coche a la playa. No tenía ni idea sobre qué hacíamos aquí, pero no nos encontrábamos solos, ya que había transeúntes repartidos por las calles, incluso algunos por la arena.

Sabía lo que él querría contarme antes de dejarme en el portal de mi edificio, y yo no disponía de ganas de hablar de Yelena Dobrovolski. Todavía tenía las palabras que le lanzó Dylan en el hospital sobre mí clavadas en el corazón como puñales.

Jackson y yo estábamos sentados en el bajo muro que separaba la calle peatonal de la arena, observando el mar tranquilo con la luz plateada de la luna reflejada en el agua.

—El mar es tan inmenso como poseedor de misterio que esconde en el fondo de sus profundidades. Jamás se podrá explorar —comentó, despertando mi interés—. ¿Oyes eso? —Giré mi rostro y nuestras miradas conectaron de inmediato. Negué lentamente con la cabeza. Lo único que podía escuchar era el leve sonido que el mar tranquilo producía con sus pequeñas olas —. Se llama silencio. Uno de los principales motivos por el que este lugar se ha convertido en mi segundo hogar en invierno, donde puedo encontrar unos momentos de paz interior que necesito con frecuencia. —Rompió nuestro contacto visual y soltó un pequeño suspiro—. En el silencio, el poeta encontrará la tinta con que ha de plasmar sus letras. El lenguaje escrito solo es lo subsecuente, no hay sonidos articulados en su contemplación y la emoción del primer asombro.

—El filósofo no puede conceptualizar nada sin antes haber contemplado el silencio —continué, escudriñando su perfil, como si pudiese revelarme lo que ocultaba dentro por sí solo.

—Eres la primera mujer que me observa con tanto detenimiento, hasta más que mi propia madre… —Fruncí el ceño ante la frase que había dejado en el aire. Una sonrisa se plasmó en su cara, pero no se trataba de una fría ni siniestra, más bien de tristeza—. Su continuo rechazo era como espinas clavadas en mi corazón. Le repugnaba mirarme.

—¿Cómo sabes eso? —quise saber—. Ella falleció cuando tú tenías dos años. Es imposible que percibieras eso en tu madre a esa corta edad. —Me quedé callada unos segundos, hasta que creí entenderlo—. A no ser que tu padre te lo contara —terminé musitando.

Tal vez William le hizo un lavado de cerebro respecto a Christabella para que Jackson la odiara. Esto era lo más lógico, y más viniendo de ese hombre.

—Los recuerdos son difusos, aunque esa parte quedó muy sólida dentro de mí. —Giró la cabeza para mirarme a los ojos—. Sé que mi madre me abandonó. Ella huyó de casa con mi hermano, dejándome a mí con mi padre.

—Pero ¿cómo sabes eso? —insistí—. ¿Por qué estás tan seguro?

—Esto no solo lo sé yo, Rose; también están al tanto Dylan y Sean, la mano derecha de mi hermano —contestó, dejándome con la boca abierta.

No me podía creer que Jackson tuviese razón. Era increíble que Christabella le hubiese abandonado a su suerte, dejándolo en manos de un monstruo como William. ¿Por qué ella haría algo así? Esto solo incrementaron mis ansias de continuar leyendo su diario para saber todo lo que le pasó por la cabeza.

—¿Y tu padre? —me atreví a preguntar para seguir indagando en la infancia de los McClain —. ¿Os odiaba a los dos por igual?

—Él detestaba a mi hermano porque la influencia de Christabella en él lo dejó marcado y William no podía cambiar eso. En cambio, yo estaba limpio para mi padre y recibí otro tipo de educación —respondió.

—¿Cuál recibiste tú? —pregunté por curiosidad.

Jackson agitó la mano para que su pulsera de la *serpiente* se deslizase de su muñeca hasta el inicio del dorso y la entrelazó con la otra, apoyándolas en sus muslos mientras volvía su vista al mar.

—Mi padre fue un miembro de la hermandad de los Caballeros Oscuros. Ellos son nuestros mayores, quienes organizan los códigos de la mafia y se aseguran de que estos se cumplan. Su organización se encuentra en Sicilia, pero los afiliados podrían estar repartidos por cualquier parte del mundo, excepto Bitores, el líder, que reside en esa ciudad. —Miré al frente, esperando a que continuara con su relato—. Ellos reciben un adiestramiento especial desde muy pequeños, en el cual los enseñan a ser máquinas de matar sin ningún tipo de sentimiento de por medio que pueda interferir en sus creencias. Mi educación fue similar a la de ellos. —Inmediatamente, fijé mi mirada en él otra vez, asombrada por su confesión inesperada—. Sí, yo estaba predestinado a ser un Caballero Oscuro, Rose.

—¿Qué adiestramiento…? —Cerré la boca de golpe, no estando muy segura de querer saber esto; sin embargo, mi curiosidad siempre superaba mi parte racional.

—Desde que se tiene uso de razón hasta los dieciocho años de edad se es practicante, periodo que dura el adiestramiento. Una vez pasada esa etapa, ya se está preparado para ser un Caballero Oscuro y se realiza una especie de ritual especial —comenzó—. Primero se les enseña la teoría —cuando pronunció la última palabra, simuló las comillas con sus dedos—, como si se tratase de una escuela, donde son castigados mediante cadenas y látigos por la desobediencia o por suspender la especie de exámenes que se realizaban.

Soltó una risita toda errática. Ahora entendía a qué se debían las marcas que él tenía grabadas en la espalda. No se trataban de un simple castigo de su padre, sino de la educación que recibió como futuro inquisidor.

—Unos vídeos bastante explícitos eran lo que predominaban en esas clases hasta que llegaba la parte práctica, que se iniciaba a partir de los diez años y terminaba cuando se adquiría la mayoría de edad. Dichas prácticas se centraban en la utilización de diversas armas, defensa personal y actos de carencia humanitaria para borrar cualquier tipo de humanidad que se haya conservado durante el primer periodo. Los castigos eran muy duros. Podían llegar hasta ocasionar la muerte y los elementos de torturas son semejantes a los que se utilizaban en la *Santa*

Inquisición. —Me retuve en preguntar a qué clase de actos se refería. Estaba claro que no serían agradables de oír. Aunque pareciese imposible, mi curiosidad tenía un límite—. Había una prueba al final de la etapa del practicante, la más importante de todas, ya que es la que define si se es un Caballero Oscuro o un simple hombre muerto. En esta prueba se reclutan a un grupo de personas, entre los que se encuentran los infractores de los códigos y sus familiares. Se tenía que demostrar la ausencia de cualquier tipo de sentimiento.

Los inquisidores que yo conocí no tenían remordimiento alguno por arrebatar vidas ajenas, incluso lo hacían con mucha naturalidad, como si fuese tan común como comprar en el supermercado para poder comer.

—Se liberaban en el bosque que hay alrededor de la fortaleza de los Caballeros Oscuros y se les daba caza como animales —prosiguió.

—Si William pertenecía a esa hermandad, ¿por qué se casó con tu madre? Se supone que no tendrían que haber sentimientos de por medio —dije confusa.

—Ninguno de nosotros sabemos el porqué. Los inquisidores no deben casarse como bien has interpretado, ya que no pueden mostrar ninguna ofrenda de afecto por nadie, aunque el matrimonio no estaba prohibido. Lo más habitual es que estén con mujeres sin ningún tipo de compromiso, ya sabes. De alguna manera había que tener descendencia. —Apartó la mirada del mar y la enfocó en mí—. Ahora te puedes imaginar de dónde vienen sus nombres. No se podrían llamar *hombres de honor*, ¿verdad? —comentó con sarcasmo.

—¿Y esa es la educación que tú recibiste? —pegunté a pesar de saber la respuesta, pero quería escucharla de sus propios labios.

—Mi hermano me ayudó a enderezarme y a no perderme en las creencias de William, así que, si lo que verdaderamente quieres saber es si soy un Caballero Oscuro, la respuesta es un *no*. Quédate con eso —contestó un tanto brusco.

Si Jackson no pertenecía a esa organización de psicópatas quería decir que en ningún momento realizó esa cacería salvaje y confiaba en que Dylan no le dejó avanzar demasiado en esa educación. De haber sido así, hubiese puesto desde ya mismo una distancia prudencial entre él y yo.

—Todavía no hemos hablado de lo que realmente quería hablarte antes de dejarte en tu apartamento.

—No es necesario que me expliques lo que hay entre Yelena y tú. De verdad que…

«No me importa», terminé en mi mente para que no lo escuchase.

—Sí es necesario, al menos para mí. —Su voz fue tiñéndose de tristeza—. Nuestro matrimonio fue concertado por nuestros padres, nada más. No hay amor entre nosotros.

Este tipo de matrimonios podría ser frecuente en la mafia. Sería algo así como unir poder entre ambas familias. No estaba muy enterada del tema, pero sí había visto películas así.

—Pertenecer a la mafia es duro, muy duro —dijo después de unos largos segundos de silencio por mi parte—. Si personas que amas son una amenaza para *los negocios*, tú estarías en la obligación de matarlas. Si no acatas la orden, alguien los matará, junto a ti por incumplirla. Además, de una organización criminal solo se sale convertido en un cadáver.

Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo y me puse en evidencia delante de Jackson. No sabía por qué me había dicho esto, pero algo dentro de mí me decía que debería archivar esta información en mi memoria para no olvidarla nunca.

Dylan fue la primera persona que me vino a la cabeza, después de Alec. Este último no pertenecía a la mafia cuando Cynthia y yo hablamos con él en *Esmerald's*, sin embargo, era

cuestión de tiempo que su nombramiento se hiciera oficial. En cambio, el primero sí estaba metido de lleno en ella.

Deseé abofetearme a mí misma por pensar en este McClain de una manera más profunda. ¿Qué me importaba a mí ese hombre?

Deseché la respuesta cuando me vino a la mente con la intención de desequilibrarme y me centré en Jackson.

—¿Dónde vivís ahora?

No supe ni por qué pregunté esto, tan solo quería cambiar de tema urgentemente para no pensar en Dylan. No obstante, esta pregunta no fue el mejor camino para desviar mis pensamientos de él. Muy en el fondo de mi ser, donde se hallaba lo que no podía controlar de mí misma, necesitaba saber dónde encontrarlo.

—En una de las urbanizaciones de Nueva York, más a las afueras de la ciudad —contestó con una leve sonrisa, tal vez pensando lo que no era—. Tus nuevos escoltas te llevarían cuando lo desearas. Solo tienes que pedirlo.

—¿Cuándo dispondré de otros guardaespaldas?

—Esta misma noche —contestó.

No sabía si sentirme aliviada o no. Hacía una hora me di cuenta de que tener escoltas pisándonos los talones no era del todo beneficioso si queríamos mantener una conversación privada con alguien por la calle. Tendríamos que llevar mucho más cuidado para que no haya una próxima vez.

Cuando abrí la boca para pedirle que me llevase ya a mi apartamento, una voz autoritaria a nuestras espaldas nos petrificó.

—Policía.

Jackson y yo nos pusimos en pie rápidamente. Tres agentes se pusieron frente a nosotros y uno de ellos sacó las esposas.

—Está usted detenido por un delito contra la salud pública.

Me quedé paralizada, observando atónita como esposaban al McClain delante de mis narices. Para terminar de sorprenderme, él se mostraba demasiado tranquilo, pese a estar envuelto en una situación peligrosa.

Capítulo 43



Nada más volver al apartamento caminando, ya que Jackson no pudo traerme al acabar preso, me encontré a Cynthia sentada en el sillón, mirando la televisión apagada con aire ausente.

—¿Estás bien? —le pregunté, acercándome a ella con el ceño fruncido.

Entonces fue cuando reaccionó, girando la cabeza hacia mí para mirarme.

—He intentado que no notaras mi malestar desde que nuestra vida se vio en peligro cuando explotaron mi coche y desde que me contaste lo de Eckardt, pero esta situación me está sobrepasando —murmuró, poniéndose en pie, aún con su vista clavada en la mía—. Es increíble que existan parásitos que puedan manejar el control mental. Alec y tú me habéis ayudado falsificando mi documentación para estar a salvo de los McClain, porque ellos están en guerra con mi familia, cosa que yo no tengo nada que ver, pero, aun así, sería un objetivo si mi procedencia saliese a la luz, y ni siquiera sé de qué me estoy escondiendo, cuál es la razón de tanto rencor. No suficiente con eso, mi novio y mi padre se odian a tal extremo que desean matarse. —Tomó una respiración profunda para controlar las lágrimas que ya estaban asomando por sus ojos—. Durante todo este tiempo he tenido pesadillas y me despierto en mitad de la noche por el temor a que haya alguien escondido en mi dormitorio. Cuando camino por la calle miro a todos lados por si estuviese siendo espiada para matarme después. Y ahora tengo grabado en la mente los crímenes de los escoltas que se efectuaron delante de mis narices.

Hice el amago de romper la distancia que nos separaba para abrazarla, pero ella levantó una mano, deteniéndome.

—Esta noche me he enterado de que mi padre siempre estuvo enamorado de Christabella, y no de mi madre. Qué casualidad que a mí me llamara así cuando me forzó, ¿verdad? ¿Acaso me confundió con su amada por culpa de su estado de embriaguez? —continuó, cada vez más alterada—. Hoy he presenciado dos muertes, como te he dicho, y tú ni te has inmutado. Algo ha cambiado en ti. Esa *cosa* que llevas dentro te está corrompiendo. Dime, Rose, ¿llegaré a perderte? —No pudo contener más las lágrimas y estas empezaron a derramarse por sus mejillas —. No quiero que Eckardt se lleve todo lo que eras antes. Quiero conservar una parte de la antigua Rose.

Sus palabras se clavaron como dagas en mi corazón. Yo no había elegido este camino. Sabía

que *Nyx* me estaba cambiando y que no era la misma persona que era antes. Como había dicho ella, no me había inmutado de las dos muertes que se habían producido esta noche. Yo misma había acabado con vidas ajenas de forma despiadada.

Durante el camino de vuelta al apartamento, estuve decidida a contarle a Cynthia todo lo sucedido con los Caballeros Oscuros, pero ¿cómo reaccionaría cuando supiera que *el mal* que llevo dentro iba más allá de no inmutarme cuando se cometían crímenes delante de mis ojos?

Ya no estaba tan segura de querer confesarle la verdad. Mi amiga no se encontraba en condiciones de procesarla, ya que estaba demasiado nerviosa y vulnerable.

—Y siento aquí —se puso una mano en el pecho, a la altura del corazón— que me estás ocultando algo y que no quieres contármelo para no preocuparme.

Tragué saliva con dificultad por el nudo que se estaba formando en mi garganta. Con este gesto ya le di una afirmación a su sensación.

—Cuéntamelo, por favor —me suplicó.

—No estás bien, Cynthia. Es mejor que más tarde tengamos esta conversación —le propuse, pero, por sus facciones, no se daría por vencida.

—¿Qué más puede sorprenderme a estas alturas? —Soltó una risita toda desencajada.

«Saber que soy una asesina», contesté en mi mente.

No, no me sentía nada bien haberme convertido en eso; sin embargo, tampoco me encontraba como debería estar si yo conservara a la antigua Rose. La de antes se pondría histérica, lloraría por cada rincón y la culpa no la dejaría descansar. Cynthia tenía razón, *Nyx* me había cambiado por el simple hecho de llevarlo dentro y ya no había vuelta atrás porque él ya formaba parte de mí.

Quizás Eckardt me empujó a cometer esos crímenes, pero fui yo quien se dejó llevar por la desesperación de salvar a los McClain, en especial, a Dylan. Él consiguió su propósito, el mismo que me nombró Lucian: convertirme en una asesina y que ya fuera capaz de cometer cualquier atrocidad sin miramientos.

—Créeme, nunca dejaría de sorprenderte —dije apenada.

—Quiero saberlo todo. —Su voz sonó más firme y más dura—. Tengo derecho a saber a lo que me tengo que estar enfrentando para estar mejor preparada.

Otra vez me había lanzado una verdad dolorosa, ya que sabía que enterarse de lo sucias que estaban mis manos la destrozaría, incluso podría llegar a perderla. ¿Me tendría miedo?

—Cynthia, tal vez existen rasgos de mi personalidad que han cambiado, pero no se modificará *quién soy* en realidad. —No tenía ni idea de cómo seguir con esta explicación porque ella no lo vería del mismo modo que yo—. Antes no era capaz de lo más cruel para mantener a las personas que amo a salvo, ahora sí.

—¿A qué te refieres? —Cynthia tomó asiento de nuevo, imaginándose que lo necesitaría para lo que iba a escuchar de mi boca.

—Te repito que solo lo haría para salvar a quienes quiero, no por placer —insistí, en un intento de prepararla para la verdad y que no pensara que me había convertido en un monstruo sin escrúpulos—. Os mentí.

—¿En qué?

—No me fui de *Esmerald's* para dar un paseo nocturno, sino que me quedé allí, en medio de la batalla contra los Caballeros Oscuros —contesté. Antes de que me acribillara a preguntas, decidí adelantarme con las respuestas—. Maté a un inquisidor en los servicios masculinos para hacerme pasar por él y camuflarme en la organización.

—¿Qué?

Entonces, le narré todos los acontecimientos dados esa noche, sin dejarme ni un detalle en el tintero, incluida la conversación que mantuve con Lucian en el bosque.

—¿Mataste a todos los Caballeros Oscuros? —preguntó horrorizada, como si todavía no pudiese creerse lo que había hecho. Se levantó del sillón, temblando como una hoja—. ¿Eres una asesina?

Cynthia me miró como nunca antes lo hizo. Ella pensaba que estaba hablando con una auténtica desconocida, lo que me dolió sobremanera, provocando que la garganta me ardiera por la necesidad de llorar; sin embargo, reprimiría las lágrimas en todo momento.

—No tuve elección. —La voz se me quebró un poquito, así que respiré profundamente antes de proseguir—. No podía quedarme de brazos cruzados sabiendo que…

—Dylan iba a morir —terminó por mí—. Supongo que ya te estás dando cuenta de la verdad que no quieres ver.

—¿Qué verdad?

—¿Acaso no te escuchas a ti misma? —Aunque su tono fuera burlesco, sabía que se debía a su estado de confusión por todo lo que estaba descubriendo de mí—. Entiendo que no le prestes atención a los gritos de tu corazón, pero me parece sorprendente que también te hagas la sorda cuando tu boca habla.

Sacudí la cabeza, desechando cualquier duda que ella intentaba implantar en mi mente.

—Estamos hablando de lo que hice…

—Sé perfectamente lo que hiciste —espetó, interrumpiéndome—. ¡Arriesgaste tu vida y te convertiste en una asesina por él, importándote una mierda las consecuencias! ¡Acepta de una puñetera vez lo que intentas negarte a ti misma por miedo a acabar con el corazón hecho trizas!

El dolor de su aparente desplante se abrazó a la furia que ya estaba arremolinándose en mis entrañas.

—¿Qué insinúas? —Quería oírlo de sus labios, aunque me molestara.

—¿No es evidente que estás perdidamente enamorada de Dylan McClain? ¡No hay peor ciego que el que no quiere ver! —gritó.

—Estás bastante equivocada. Si no tuviera a *Nyx*, no habría hecho lo que hice —me defendí.

Cynthia sonrió con crueldad, dejándome helada.

—¿No te dijo Lucian que Eckardt te potencia las emociones que ya sientes dentro de ti? ¡Él no las crea de la nada! ¡Abre los ojos! ¡Deja de culpar a esa *cosa* de tus actos y acepta que nadie te está obligando! —Hizo hincapié en el parásito con repugnancia—. Has matado porque querías hacerlo, ya que solo viste esa solución para salvarlo. Desiste de buscar excusas, Rose, porque a mí no me vas a engañar como tú misma haces contigo.

Dio media vuelta y recorrió el pasillo con pasos ruidosos y acelerados. Después cerró la puerta de su dormitorio con un tremendo portazo.

Me quedé ahí, parada como una idiota sin saber si ir tras ella o dejarla sola hasta mañana. Al final opté por la segunda opción, porque ahora mismo nos encontrábamos las dos demasiado alteradas como para tener una conversación civilizada. Además, Cynthia tenía que procesar lo que le había confesado y eso no se hacía en cuestión de minutos, así que tenía que darle su espacio y esperar con paciencia.

Solté un suspiro y me dirigí hacia mi habitación. La furia se disolvió tan rápido como ella vino a mí, dejándome con tan solo la desolación.

Cerré la puerta desganada y me propuse distraerme con el diario de Christabella antes de

dormir, así que, nada más ponerme el pijama, me metí entre las sábanas con ese pequeño libro en mis manos.

Lo último que quería ahora era pensar en las palabras de Cynthia y en los efectos que causó en mí que me gritara algo que no deseaba oír.

A regañadientes y soltando una serie de maldiciones, abrí el diario.

Junio, 1990

La semana pasada nació mi pequeño Dylan. Sus rasgos son similares a los míos, pero el poco pelo que podía presenciar es moreno, característica adquirida por Will. Disponía de la mayor parte del tiempo para estar con mi hijo.

Pasé las hojas, ojeando por encima sin prestarle demasiada atención, hasta que di con algo más importante.

Diciembre, 1990

No podía entender la actitud de mi hijo. ¿Qué es lo que le pasaba a mi pequeño? Es un niño que reclamaba mi presencia mediante el llanto descontrolado una vez le dejaba solo, aunque fuera para ir al baño. Cuando Will se acercaba a él, reaccionaba de la misma manera. Lloraba sin control hasta que su padre desaparecía de su vista. Padre y madre estaban tan extrañados como yo. Ellos siempre me comunicaban que se debía a que tenía una arpía como marido. Por ello, pasábamos discutiendo la mayoría de las veces que sacaban a Will en colación. ¿Por qué no pueden aceptar que le quiero y que me casé con él?

Diciembre de 1990

Will me comentó, durante la cena, la posibilidad de mudarnos a Nueva York, donde él siempre perteneció. Quería tener más independencia en nuestro matrimonio y tenía la certeza de que los cambios de aires ayudarían a la actitud de Dylan. Padre y madre no reaccionaron bien ante esa idea y sugirieron aceptar tal decisión si ellos también venían con nosotros. Accedieron a comprar una casa en Nueva York y así disponer de los recursos suficientes para salir adelante con el nuevo trabajo de Will que había conseguido allí.

Enero, 1991

Hoy me he instalado en la nueva casa que padre y madre habían comprado para mí, cuyas escrituras estaban a mi nombre. Esa era la condición que formularon y que Will aceptó sin objetar nada en contra. Ellos han estado de mejor humor en cuanto Richard apareció en la casa y se reunieron todos en el despacho. Este último consiguió que el negocio de los Lombardi se expandiera a este país, que se trataba de una cadena de ropa italiana. Richard y yo seguíamos teniendo contacto y Dylan se encontraba muy relajado en sus brazos, de la misma forma que en los míos. Ambos se ven tan adorables… pero, cuando Will nos sorprendía juntos reaccionaba de

la peor manera que le había visto. ¿Por qué le costaba asimilar que Richard y yo solo somos amigos? Will no quería que mantuviera más contacto con él y me reprendió por dejar que tuviera ese tipo de confianzas con nuestro hijo.

El sonido de una llamada entrante a mi móvil me sacó de la lectura y cerré el diario para dejarlo encima de la mesilla. Cogí mi teléfono y fruncí el ceño cuando vi «papá» en la pantalla.

—¿Papá? ¿Ha pasado algo? —Fue lo primero que dije, preocupada, ya que mis padres nunca me llamarían a estas horas de la noche si no ocurría algo importante.

—Rose, siento llamarte tan tarde. Todavía estoy en el trabajo. —Su voz estaba tensa, lo que despertó mis alarmas. Me incorporé sobre la cama y apoyé la espalda en el cabezal—. Tengo los resultados del análisis de aquella sustancia que me diste.

Solté un suspiro silencioso por el alivio que sentí al no tratarse de algo malo que tuviera que ver con mis padres. Este asunto también era importante, pero no alarmante.

—¿Cuáles fueron?

—Tu compañera de clase debe de dejar de tomarlo y hay que denunciar a sus padres por medicarla con eso.

Fruncí el ceño, pese a que Patrick no podía verme.

—¿Qué es lo que verdaderamente está consumiendo mi amiga?

—Verás, he tardado en llamarte porque he querido comprobar mi teoría con unos ratones, anotando los efectos de esa sustancia por algo raro que vi en el análisis. —Hizo una leve pausa que a mí me pareció eterna—. Una parte de ella se trata de un fármaco, cuyo objetivo es incrementar la probabilidad de embarazo. —Conforme hablaba mi padre, más confundida me encontraba—. La otra parte se trata de una especie de droga que jamás había visto, pero los efectos que produce son tan alarmantes como escalofriantes.

—Por favor, dime qué viste —soné más impaciente.

—Produce catalepsia, Rose.

—¿Qué? —Me levanté de la cama rápidamente, apartando las sábanas y la colcha de una patada—. ¿Cómo es eso posible?

—Es extraño y por eso lo comprobé en unos ratones. Algunos siguen en pie, pero otros han caído y han revivido. Tu amiga podría sufrir catalepsia y parecerá que está muerta ante los ojos de quienes la vean cuando en realidad no lo está. La gravedad radica en que ella podría ser sepultada estando aún con vida y despertar en cualquier momento. Normalmente puede llegar a durar unas horas, pero, en casos menos frecuentes, pueden ser incluso varios días de catalepsia. Por suerte, hoy en día hay avances tecnológicos y hacen casi imposible que una persona sea enterrada en estado de catalepsia.

«Pero antes no existían esos avances tecnológicos o, al menos, no se preocupaban en utilizarlos», pensé con horror.

No me lo podía creer. Nuevas hipótesis se formaban en mi mente a la vez que otras se destruían. ¿La mató realmente William cuando sus hijos lo presenciaron o solo estuvo en un estado de catalepsia? Leí su informe de defunción, donde su muerte estaba más que asegurada, pero ¿y si fue falsificado? ¿Dónde se hallaba su cuerpo? ¿De verdad Richard se lo llevó?

Capítulo 44



Faltaba una semana para Navidad, el mismo día que Cynthia y yo viajaremos a Italia por un tiempo indefinido, ya que pensaba no volver a Nueva York hasta que pudiese tener la certeza de que *Nyx* no sería un peligro para nadie. Si le hiciese daño a alguna persona que yo amaba, me destruiría para siempre, aparte de que así Eckardt lograría el control absoluto de mi mente.

Esto implicaría alejarme de mis padres, pero era necesario.

«También pondrás una larga distancia entre Dylan y tú».

Eché rápidamente ese pensamiento fuera de mi mente para que mis emociones no fluctuaran más de lo que ya lo hacían desde anoche.

Cuando me desperté, Cynthia continuaba encerrada en su dormitorio y pasó ahí toda la mañana, así que la dejé descansar de mí y decidí reunirme con Jeremy para comer y dar un paseo.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó ante mi prolongado silencio mientras andábamos por las calles.

Los escasos rayos del sol, que estaba parcialmente cubierto por las nubes, calentaban mi abrigo negro, dándome una mayor calidez que mi organismo necesitaba en pleno mes de diciembre, donde las temperaturas eran mínimas.

—Sí. —El monosílabo delató mi mentira y Jeremy dejó de caminar, haciéndome parar a mí también.

—¿Es por Jackson? —Durante la comida, le conté que acabó detenido.

Lo miré confusa.

—Entre él y yo no hay nada —le aclaré.

El McClain seguía preso, pero estaba segura de que su hermano encontraría la mejor manera de sacarlo de la cárcel. Ni siquiera tuve tiempo de decírselo a Cynthia; tampoco sería importante para ella.

—Rose, él está encarcelado por sus asuntos ilegales, lo que podría arrastrarte a ti si permaneces cerca de alguno de los hermanos —prosiguió Jeremy, poniéndome de los nervios, ya que no necesitaba oír la mención de Dylan—. No los necesitas tanto como tú crees.

Mi amigo no sabía hasta qué punto me hacían falta porque él no estaba enterado del peligro

que nos acechaba a Cynthia y a mí. De hecho, mis nuevos escoltas estarían por algún lado, y era de agradecer que Jeremy no pudiese verlos, ahorrándome un montón de explicaciones.

—Ellos no me suponen ningún problema —intenté sonar convincente, sin embargo, él seguiría teniendo razón, ya que existía el riesgo de acabar yo arrastrada en los negocios turbios de los McClain—. Si lo hacen, te doy mi palabra que me alejaré de esa familia, ¿de acuerdo?

Jeremy no parecía muy convencido, pero tendría que conformarse con esta corta declaración. Lo último que quería de mi amigo era absorberlo también en mi mundo tenebroso. Bastante tenía ya con Cynthia, que no me dejaría sola en ningún momento, corriendo peligro constantemente mientras permaneciera a mi lado. No obstante ¿mi amiga seguiría pensando así cuando volviese a hablar con ella?

Una pequeña ráfaga de aire fresco me estremeció y me abracé a mí misma en un vago intento de entrar en calor. Quizás la preocupación me tenía más helada que el frío del ambiente.

Levanté la mirada cuando la luminosidad descendió al ocultarse el sol detrás de unas nubes oscuras. Estas informaban de una tormenta próxima.

—Solo quiero que te quede claro que mi intención es ayudarte y que me preocupo por ti —agregó Jeremy.

—Lo sé. —Le regalé una sonrisa cálida—. Estoy un poco ausente porque anoche discutí con Cynthia por una tontería, así que no tiene nada que ver con Jackson o con su hermano.

Nuestro tema de discusión estaba lejos de rozar la tontería, pero eso era algo que nadie iba a saber jamás. Tal vez, solo Alec.

—Estoy seguro de que se solucionará pronto, así que no deberías preocuparte tanto. Las dos sois como uña y carne —aportó, confortándome como no se podía imaginar.

Confiaba en que ella seguiría conmigo, pese a saber que mis manos estaban tan sucias de sangre como la de los McClain. No solo fui capaz de cometer atrocidades por ellos, también lo volvería a hacer por Cynthia y por mi familia. Alec se encontraba incluido, ya que, aparte de considerarlo mi amigo, era el novio de mi mejor amiga, a quien quería como a una hermana, sin llegar a usurpar el lugar de Camille.

Ambos decidimos reanudar la marcha, sobre todo, cuando un trueno rompió las nubes y unas gotas comenzaron a caer. A esto le acompañó el fuerte viento que azotaba las copas de los árboles con violencia, como si de unos simples plumajes se trataran.

—Tenemos que buscar un refugio —dijo Jeremy, agarrándome de la mano para tirar de mí.

Corrimos por la calle y decidimos cruzar un callejón para adelantarnos a una cafetería en la que podríamos refugiarnos mientras pasaba lo peor de la tormenta.

Antes de llegar al otro extremo, un *Mercedes* negro con línea deportiva nos bloqueó el paso, haciéndonos retroceder. No sabíamos a quién pertenecía este coche, pero fue suficiente para ponernos en alerta y decidir dar media vuelta. No obstante, el grito de Dylan me dejó petrificada, pese a estar empapándome con la lluvia ahora más agresiva.

—¡Miller!

El McClain se acercaba a nosotros con la cara descompuesta por la furia. No tuve tiempo de reaccionar, ya que me agarró del abrigo con fuerza y me apartó de su camino para llegar a mi amigo.

Una exclamación se escapó de entre mis labios cuando Dylan le dio un puñetazo a Jeremy en la mandíbula. ¿Pero qué demonios le pasaba como para actuar con semejante violencia?

El McClain no se conformaba con un simple puñetazo, no, sino que continuó golpeándolo como si fuera un saco de boxeo. Estaba claro que Jeremy no disponía de conocimientos de lucha

y poco podía defenderse, así que tenía que meterme yo por el medio para que intentasen razonar de mejor manera.

—¡Parad! —chillé por encima de los truenos que acompañaban a la ira de Dylan, una que solo estaba descargando con mi amigo.

Como era de esperar, no me hizo caso.

Me acerqué a ellos rápidamente e intenté separar al McClain de Jeremy, tirando de su camisa hacia atrás. Maldición, podría poseer a *Nyx*, pero tanta fuerza no tenía.

Dylan se dio la vuelta con brusquedad, deshaciéndose de mi agarre, y me lanzó una mirada asesina. Por su lado pude ver a Jeremy caer al suelo, arrastrando su espalda por la pared de ladrillos.

—Fuera de mi camino —me advirtió, señalándome con su dedo índice—. Bastante mal me estás haciendo con tu sola existencia.

Esas palabras se me clavaron hondo, perforando mi pecho; sin embargo, no le mostré el dolor, sino que levanté ligeramente la barbilla, retándolo con mi gesto.

—Si tanto mal te causo, entonces échame de aquí de la misma forma que estás empleando con Jeremy, porque no pienso irme y dejar que le partas la cara o que lo mates a golpes—le solté.

Se me acabó la valentía cuando lo vi sonreír con malicia y empezó a romper la distancia que nos separaba con una lentitud arrolladora.

Me despisté solo un poquito con lo atractivo que era con el cabello negro empapado y las greñas pegadas en el rostro. Su camisa blanca pasó a ser traslúcida por la cantidad de agua que la bañaba, así que sus músculos quedaron más visibles. Decidí no mirar más abajo, hacia su pantalón azul marino de traje que debería estar bastante adherido a su piel.

Como era de esperar al haberme distraído, Dylan se abalanzó sobre mí y me empujó con su propio cuerpo hasta que mi espalda se pegó a la pared de ladrillos, enfrente de Jeremy, que aún yacía en el suelo, recuperándose de la golpiza poco a poco.

Me encontraba tan impactada que mis brazos se quedaron laxos, inútiles para apartarlo de mí como debería hacer. El McClain rodeó mi mandíbula con una mano mientras que la otra la mantenía pegada a la pared, al lado de mi cabeza. Nos miramos fijamente, importándonos bien poco seguir empapándonos por la tormenta.

—Vete tú misma antes de que sea demasiado tarde para los dos —murmuró en un gruñido, y tuve la intuición que no se refería a largarme de este callejón, sino a *algo* más profundo—. Si me dejas ese deber a mí, te aseguro que no te gustará mi forma de echarte.

—¿Deber? —Apenas tenía voz para emitir palabra alguna. Sus mensajes indirectos me ponían nerviosa, y sentir su tacto al mismo tiempo empeoraba mi estado.

Una pequeña sonrisa tironeó de sus labios carnosos y mi vista fue a parar ahí.

—En un mundo como el mío, Rose, el *deber* casi nunca va de la mano del *querer*. Si olvidas esto, todo será más doloroso para ambos porque podríamos tener un final trágico.

—¿Por qué procuras que no te entienda empleando palabras clave? —Soné más molesta y volví a mirarlo a los ojos.

Me fastidiaba no poder leerle entre líneas, ya que estaba segura de que me estaba informando de un suceso que se dará más pronto que tarde.

—Confío en tu inteligencia —musitó, acariciándome la barbilla suavemente con el pulgar—. Tarde o temprano los árboles te dejarán ver el bosque.

Este hombre me tenía tan atrapada en su embrujo, que ni siquiera podía reprocharle el cómo me trató en los servicios de *Esmerald's*, llamándome *puta* con sutileza, o su ofensa en el cuarto

de las sábanas, confesando que de mí solo quería sexo.

Abrí la boca para protestar sobre su acertijo, pero, de pronto, visualicé a Jeremy acercarse a Dylan por la espalda con las claras intenciones de golpearlo ahora que estaba desprevenido conmigo.

Agarré al McClain de los hombros y lo eché a un lado, poniéndome entre los dos antes de que la pelea se reanudara.

—¡Ya basta! —chillé, extendiendo un brazo hacia mi amigo para evitar que se acercase más —. Tenéis que parar.

—¡Ha empezado él! —gritó Jeremy de vuelta, fulminando a Dylan con la mirada. A él no podía verlo porque estaba detrás de mí—. ¿Qué quieres que haga? —Ahora puso su atención en mí—. ¿Que me quede de brazos cruzados después de que me haya dado una paliza? —terminó más burlesco, como si yo fuera una estúpida al no ver lo evidente.

Por supuesto que entendía a mi amigo. Él tenía todo el derecho a defenderse, pero era obvio que no disponía de los conocimientos suficientes de lucha para enfrentarse de esta manera al McClain. Mi única intención era que esta situación no acabase peor de lo que ya estaba, así que lo estaba ayudando.

—¡Vamos, Miller! —espetó Dylan—. ¿En serio vas a culparme a mí de haber comenzado esta guerra?

«Guerra suena a algo más grande que a una simple reyerta».

Jeremy cerró la boca con fuerza, reprimiéndose de no continuar discutiendo con él.

—Tu patético intento de que mi hermano acabe pudriéndose en la cárcel ha fallado. —Abrí los ojos como platos y lo miré por encima de mi hombro—. Fuiste un fracasado, Jeremy, y lo sigues siendo, pero te doy mi palabra que no continuarás siéndolo.

Un escalofrío me recorrió de pies a cabeza. No me gustó cómo había sonado eso, ya que parecía una amenaza real.

—Me parece increíble que siempre consigáis eludir a la justicia —escupió mi amigo—. Vuestra corrupción se extiende más allá de vuestro territorio.

La risa tenebrosa de Dylan me dejó petrificada.

—Te voy a matar, Jeremy Miller. De mí depende que no vuelvas a presenciar otro amanecer —canturreó de una forma tan lúgubre que me hizo tragar saliva con dificultad por el nudo que se estaba formando en mi garganta.

Dicho eso, Dylan pasó por detrás de mí para dirigirse a su vehículo mal aparcado. Me quedé mirándolo con miedo por la amenaza de muerte que le lanzó a mi amigo mientras ingresaba en el *Mercedes* y se esfumaba de este lugar sin volver a posar sus ojos en mí en ningún momento.

—¿Tú fuiste el causante de que Jackson acabase en prisión? —Volví la vista a Jeremy, quien parecía no temer en absoluto por su vida. ¿Ni siquiera se preocupaba un poquito?

—Quiero ayudarte y la única forma es deshaciéndome de ellos.

Lo miré atónita, como si le hubiese salido dos cabezas más.

—¿Pensabas encarcelarlos por mí?

—Rose, ¿acaso estás tan ciega que no te has fijado en cómo te mira Jackson? —Jeremy parecía sorprendido por mi tremenda estupidez—. Y, por lo que he podido ver hace unos minutos, a Dylan tampoco le eres indiferente.

—Los McClain no me han hecho ningún daño, tan solo me han ayudado —intenté defenderlos —. Ahora me tocará hablar con Dylan para solucionar este embrollo que tú solito has formado.

—No necesito tu ayuda, Rose.

—¿No? —Era increíble que yo estuviese más preocupada por su vida que él mismo—. ¡Jeremy, te ha sentenciado a una muerte que te abrazará esta misma noche! ¡Reacciona! —Agité los brazos, frustrada con su comportamiento tan inadecuado.

—¡Deja de preocuparte por mí! —gritó y se encaminó hacia la salida del callejón. Antes de desparecer de mi vista, se giró para mirarme—. Hazlo por ti, porque Jackson te está *observando demasiado* y no le conozco como a alguien cuerdo.

Jeremy decidió irse, dejándome aquí tirada, más confusa y preocupada que nunca.

Capítulo 45



Pasé la tarde refugiada en una cafetería e intenté contactar con Dylan llamándolo por teléfono, pero no contestó a ninguna de mis llamadas. También recibí un mensaje de Cynthia para asegurarse de que me encontraba bien, lo que me alegró la tarde al saber que su enfado conmigo se estaba diluyendo. Me dijo que se encontraba en el apartamento con Alec, así que, ahora que la tormenta había menguado, decidí volver.

La preocupación por Jeremy todavía la tenía a flor de piel. Le insistí por teléfono que se quedara en mi apartamento mientras yo solucionaba *su problema* con Dylan, sin entrar en detalles, pero él no dio su brazo a torcer. Solo me quedaba rezar para que el McClain no cumpliera su palabra.

Nada más llegar al apartamento, me encontré a Cynthia y a Alec acurrucados en el sillón. Se enderezaron en cuanto me vieron.

—Hola —dijo ella con una timidez adorable.

Me senté en una butaca que había al lado del sofá y pasé mi mirada del uno al otro con una pequeña sonrisa como saludo.

—Me alegro de que estéis juntos aquí porque quiero compartir más información con vosotros.

—¿Has matado a alguien más? —preguntó Cynthia horrorizada.

Se me desencajó la mandíbula y, como acto reflejo, mi vista se fijó en Alec. ¿Mi amiga lo había puesto al día sobre lo ocurrido con los Caballeros Oscuros?

—Alec lo sabe todo, Rose, y te juro que gran parte se lo tuve que contar porque él vio tus…

—¿Rarezas? —la interrumpió su novio.

—¿De qué estáis hablando? —quise saber, aún sin salir de mi asombro.

—No eres la primera persona que he visto con el iris de los ojos teñido de un rojo granate. —Alec me miró fijamente—. Una vez acabé ingresado en el hospital por motivos leves, y uno de los enfermeros que me tocó se pinchó con una aguja accidentalmente, así que sus ojos azules cambiaron de color. Él se dio la vuelta para evitar mi mirada y le hice creer que no vi nada, aunque estuve dándole vueltas mucho tiempo hasta que te vi a ti de la misma forma en nuestra huida de la mansión McClain. Ahí fue cuando sí tuve la certeza de que no fueron alucinaciones, sino algo real —explicó.

—Y esta tarde me ha hecho algunas preguntas comprometedoras cuando le confesé lo que

hiciste en *Esmerald's*. No quise decirle nada sobre Eckardt, pero él ya sabía demasiado de ti y…

—Yo la acorralé hasta que me contó tu situación, Rose —aclaró él, adelantándose a ella.

Alec sabía todo de Eckardt y, en consecuencia, también de Lucian. Debido a que él ya se cruzó con esas extrañezas, a mí no me juzgaba, incluso se tomó demasiado bien mi nueva naturaleza.

Di un respingo cuando sentí la mano de Alec encima de la mía que mantuve apoyada en mi muslo. Me quedé embobada en esa unión unos largos segundos y volví a posar la vista en él.

—Ahora somos un equipo —dijo Alec, sonriéndome con ternura.

—No sé qué decir —musité.

Debería darle las gracias por su comprensión, pero estaba sorprendida por este cambio de los acontecimientos. El no tener que ocultarme delante de una persona tan importante como lo era Alec me ponía demasiado sensible. Me sentía bien tener a alguien más de mi lado, junto con Cynthia.

—Empieza por contarnos esa información que has dicho que querías intercambiar con nosotros —dijo ella.

Alec apartó la mano de la mía y yo carraspeé, aclarándome la garganta.

—He descubierto datos nuevos sobre Christabella —comencé.

Lo primero que hice fue contarles todo lo que leí en su diario. Ellos escucharon con atención y, a juzgar por sus expresiones faciales, se quedaron tan confusos como yo. Me alegré de que a Cynthia ya no le afectara tanto unir los nombres de Richard y Christabella en una frase romántica, así que podía expresarme sin tapujos. Al fin y al cabo, la madre de los McClain tuvo un romance con su padre, eso era un hecho que teníamos que aceptar.

—Pero hay algo más alarmante —me adelanté antes de que alguno de los dos me interrumpiera—. Encontré una sustancia en polvo dentro de un tarro de cristal en la habitación del sótano. Se la di a mi padre para que la analizara cuando lo visité al hospital hace unos días y anoche me dio los resultados.

—¿Y cuáles fueron? —preguntó Alec.

—William le daba a su mujer un tipo de fármaco que tenía doble efecto. Una parte de este incrementaba la probabilidad de embarazo mientras que la otra podía sumergir en un estado de catalepsia.

—No lo entiendo —objetó Cynthia—. ¿Para qué él quería embarazarla si luego la acabó matando?

Las palabras que Dylan me lanzó en los servicios de *Esmerald's* vinieron a mí a la velocidad de un rayo.

—Dylan me mencionó en una ocasión que estaba buscando a una mujer con una cicatriz en la palma de la mano que él mismo le había creado. —Me sumergí más en mis pensamientos para profundizar en el tema—. Creo que se refiere a la enfermera que dibujó. —Ahora les expuse mis motivos de mis sospechas como, por ejemplo, el rostro cubierto por unas vendas al ser desconocido para él—. Esa mujer era sanitaria, así que debía de tener acceso a todas las partes de un hospital. Tal vez obtuvo esa sustancia y ella misma se la administraba a Christabella.

—¿Y los McClain no tienen ni idea de todo lo que descubristeis en la mansión sobre sus padres? —preguntó Cynthia, perpleja—. Es verdad que William tuvo todo ese papeleo oculto en su despacho, pero me parece curioso que sus hijos no hayan desmantelado la casa antes de que se prendiera fuego; sin embargo, sí apilaron muchos de sus recuerdos en un cubo.

Sí, a mí también me resultaba curioso.

—Todos esos documentos estuvieron bajo llave, así que yo opto por el desconocimiento. Ellos no saben nada, ni siquiera sobre el diario —aportó Alec, que era lo más lógico.

—Yo le doy más importancia a la parte de la catalepsia —intervino Cynthia—. Christabella podría no haber muerto en manos de William, tal vez estuvo en un estado de catalepsia y la sepultaron viva.

—O está viva. —La preocupación tiñó mi voz—. Su cuerpo está en paradero desconocido, y se le acusa a Richard de haberse desecho de él…

Un escalofrío me hizo cerrar la boca, ya que lo último lo dije en tono irónico. Quizás el Moore la mantiene viva en un lugar desconocido, pero él se niega a confesar qué hizo con ella.

—El certificado de defunción podría haber sido falsificado. —Alec sospechaba lo mismo que yo, lo supe en cuanto reparé en sus facciones.

—La vida de los McClain es un auténtico misterio. —Cynthia agachó la mirada, avergonzada, y la posó en sus manos que entrelazó encima de sus piernas—. También la de mis padres.

—Todo saldrá a la luz. —Alec le pasó un brazo por encima de los hombros y la atrajo a su pecho—. Solo hay que tener paciencia.

Nos mantuvimos en silencio un largo minuto, sumergidos en nuestros pensamientos hasta que Alec lo volvió a romper de la forma más inesperada para mí.

—Deberías llevar el brazalete de Jackson, aunque lo notes muy *pesado*, porque es tu billete de vida si te cruzas con alguna otra familia de la mafia.

—Has enfatizado demasiado en «pesado» y sabemos de sobra que esa joya no pesa en absoluto —me quejé, frunciendo el ceño.

Últimamente estaba muy susceptible con los acertijos. Podía captarlos, pero nunca lograba descifrarlos, lo que me cabreaba sobremanera.

—¿Sabes, acaso, cómo la obtuviste? —continuó con un interrogatorio sospechoso.

—Firmé un documento para *acercarme* a la familia McClain —respondí, no muy convencida cuando vi la acusación en su expresión de «mujer ignorante».

—¿Acercarte? —Alec soltó a Cynthia y se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en sus rodillas, para arrimarse más a mí—. Rose, te has *unido*.

—¿Qué?

—El documento que firmaste te ha unido a Jackson bajo el sagrado matrimonio —soltó, dejándome con la boca abierta de la incredulidad.

—¿De qué hablas? —Me puse en pie como un resorte y lo miré como si hubiese escupido fuego por la boca—. No ponía nada de eso y, además, él está casado con Yelena.

—Rose —fruncí los labios, molesta por cómo me estaba observando, mostrándome su lástima —, soy un falsificador y sé de lo que hablo. Jackson solo necesitaba tu firma y bien pudo haberla puesto en el acta matrimonial.

Negué con la cabeza. No pensaba creerme esta hazaña. El McClain no pudo hacerme esto.

—Sé cosas porque ya pertenezco a la familia McClain y soy muy cotilla. —Si este asunto no fuera tan serio, me hubiera reído por su sugerencia—. Jackson viajó a Moscú para obtener el divorcio con Yelena y así poder hacer su matrimonio contigo legal. No tengo ni idea de lo que pasó allí, pero él volvió furioso y con esa mujer colgada en su brazo. No parecía muy contento con el resultado, y yo no pude escuchar más a hurtadillas. Algo me dice que entre esos dos hay muchos secretos que descubrir.

—¡Me importa una mierda esa mujer! —grité, rozando ya la histeria—. ¡Solo quiero saber si estoy casada o no con ese desgraciado manipulador!

Alec soltó un suspiro y Cynthia se mantenía en silencio, escuchándonos asombrada por esta desvelación.

—Sí, eres su esposa en asuntos legales porque sí consiguió el divorcio —respondió él, arruinándome la vida con esta afirmación—. No entiendo cómo, ya que Yelena no parece estar de acuerdo y lo sigue nombrando como «mi marido».

Ahora las palabras duras de Dylan cobraron sentido en mi mente. Él me lo insinuó todo en los servicios de *Esmerald's*.

—¿Y tú, McClain? ¿Te meterías en medio de un matrimonio? —espeté.

—Quizás ya lo esté haciendo —contestó con tanta frialdad que me dejó más helada que un glaciar.

Retrocedí más en el tiempo hasta que encontré más significado de la acusación de Dylan cuando él se enfrentó a Jackson antes de que Cynthia y yo nos marcháramos del ático.

—Se ha acercado a tu familia. Por eso permanece tan cerca de ti —le contestó Cynthia.

—Vaya. Se te olvidó comentarme este detallito tan importante, hermano —dijo Dylan más serio de lo normal—. Me muero de curiosidad por saber en qué consiste exactamente ese acercamiento.

Ahí Dylan se enteró sobre mi matrimonio con Jackson y en los servicios me lo echó en cara, insinuándome que yo era una mujer fácil porque coqueteaba con él siendo una mujer casada. El McClain pensaba que me casé con su hermano por voluntad propia. Todas sus indirectas que me lanzaba en cada uno de nuestros encuentros tenían que estar desbordadas de un significado mucho más profundo.

Ahora recordé las palabras de Jackson justo antes de que me marchara del ático definitivamente.

—El acta matrimonial es lo único que me une a Yelena, nada más. Solo necesito que lo entiendas.

Esto me hizo entender que el divorcio lo obtuvo cuando regresó a Nueva York, más tarde de esa discusión y antes de la inauguración de *Esmerald's*.

—Joder. —La voz se me quebró y me tapé la boca con una mano.

Jackson me manipuló, aprovechándose de mi vulnerabilidad al verme en peligro en manos del encapuchado y de los hombres que asesinaron a Nathan.

«Jackson es tan manipulador como manipulable».

Ya lo había dicho Dylan.

—¡Qué *hijo de puta*! —Oí el grito de Cynthia por encima de mis pensamientos acusatorios por haber sido tan estúpida—. ¿Qué podemos hacer para liberarla de ese cabrón?

Desconecté de la conversación que ambos estaban manteniendo a base de gritos. Intenté, por todos los medios, controlar mi estado anímico antes de que Eckardt aprovechara esta oportunidad de inestabilidad mental. Lo último que necesitaba ahora era ser controlada por él y cometer alguna barbaridad.

Cerré los ojos y respiré profundamente para después soltar el aire, manteniendo un ritmo

tranquilo, pese a tener el corazón latiéndome desbocado. Repetí esta misma acción unas cuantas veces más hasta que el sonido de mi teléfono me sacó de mi concentración.

—¡¿Y ahora quién narices llama?! —chilló Cynthia, fuera de sus casillas.

Abrí los ojos y ella fue la que me sacó el móvil del bolsillo de mi pantalón, ya que yo estaba bloqueada como una idiota.

—¿Jeremy? —pronunció ella con confusión.

Salí totalmente de mi estupor y centré mi atención en mi amiga.

No escuchaba qué le estaba diciendo Jeremy, pero, al presenciar cómo el rostro de Cynthia se estaba descomponiendo hasta acabar en una expresión horrorizada, supe que algo malo estaba sucediendo con él.

Cuando ella colgó, la acribillé a preguntas.

—¿Qué te ha dicho? ¿Ha pasado algo? ¿Se encuentra bien? —dije apresuradamente, sintiendo que mi lengua se cruzaba con cada pregunta.

Acepté mi móvil cuando Cynthia me lo tendió.

—No he oído nada, solo una respiración a través de la línea y unos ruidos extraños, nada más —murmuró Cynthia, tan confundida como yo.

Unos temblores se abrieron paso por todo mi cuerpo y la amenaza de Dylan se iluminó en mi mente como una luz de neón.

—Tenemos que ir a su casa. Jeremy corre un grave peligro —musité.

Corrí hacia la salida del apartamento con Cynthia y Alec pisándome los talones.

⁂

Llegamos al apartamento de mi amigo en cuestión de minutos gracias a la conducción temeraria que adoptó Alec. Durante el trayecto les conté lo que había pasado esta tarde con Dylan y, entonces, ya entendieron por qué salí en estampida para buscar a Jeremy.

Cynthia me agarró del brazo cuando visualizamos la puerta del apartamento de Jeremy entornada al final del pasillo. Esto nos daba muy mala espina.

Por instinto, observamos alrededor, cerciorándonos de que nos encontrábamos solos en mitad del rellano. Continuamos nuestra marcha en silencio y con el corazón aporreándonos el pecho. Alec parecía el más tranquilo y era quien iba en cabeza, ofreciéndose como nuestro escudo.

Mis ojos siguieron el movimiento de su brazo, que lo llevó hacia atrás y liberó una pistola que mantuvo enganchada en la cinturilla del pantalón, oculta bajo el abrigo. Jamás lo vi armado, pero, trabajando para quienes trabajaba, esto era tan típico como ir al supermercado a comprar comida.

Nos pusimos delante de la puerta y Alec la terminó de abrir con suma lentitud. Esta produjo un ligero sonido chirriante que me envió un escalofrío por todo el cuerpo.

El interior del apartamento se encontraba en la penumbra, lo que no era normal, o, mejor dicho, todo aquí era anormal.

Cynthia le dio unas cuantas veces al interruptor de la luz, pero no había forma de deshacernos de esta oscuridad.

—Allí —murmuró Alec, mirando hacia el final del pasillo que nacía en el vestíbulo en el que nos encontrábamos y conducía a todos los lugares de este apartamento.

Cynthia se mantuvo agarrada a mi brazo mientras avanzábamos lentamente por el corredor, siguiendo los pasos de Alec, quien continuaba empuñando la pistola en alto, listo para disparar.

A través de la puerta del final, antes de doblar la esquina hacia la izquierda, asomaba una luz suave que iluminaba un poquito la parte final del pasillo. A esta poca luminosidad le acompañaba el sonido de la televisión a un volumen bajo.

Cynthia y yo ya habíamos visitado a Jeremy en su apartamento en más de una ocasión, así que nos conocíamos esta vivienda como la palma de nuestra mano. Nos estábamos dirigiendo al salón.

Nada más llegar allí visualizamos la cabeza de Jeremy por encima del sillón que nos daba la espalda. De cara veíamos el televisor, que estaba emitiendo una película antigua.

Cynthia probó otra vez a encender la luz, pero no dio resultado. Nos acercamos a Jeremy, que parecía no moverse ni escucharnos, lo que aceleró todavía más los latidos de mi corazón.

Fuimos rodeando el sillón hasta colocarnos enfrente de nuestro amigo, que se encontraba iluminado gracias a la televisión encendida.

Cynthia expulsó una exclamación y se tapó la boca rápidamente para evitar soltar un grito. Yo lo contuve con todas mis fuerzas mientras mis ojos, abiertos como platos, estudiaba *el cadáver* de Jeremy.

Él yacía sentado en el sillón, adquiriendo una postura encorvada, y tenía un agujero de bala en la frente, por donde salió bastante cantidad de sangre que le recorría el rostro y empapaba su ropa. Mantenía los ojos abiertos, como si estuviera viendo la película con demasiado interés.

Dylan McClain cumplió su promesa. Había asesinado a Jeremy Miller a sangre fría antes del amanecer, como bien aseguró que haría.

Capítulo 46



Habían pasado dos días desde que descubrimos el cuerpo sin vida de Jeremy. Llamamos a la policía y nos tomaron declaración. Ninguno mencionamos a Dylan en ningún momento y dijimos que nuestro amigo no tenía enemigos que desearan su muerte, o eso pensábamos, omitiendo a los McClain.

Después de esa noche tan ajetreada, Cynthia y yo nos mantuvimos encerradas en nuestro apartamento, procesando el nuevo acontecimiento tan inesperado. Alec nos visitaba a menudo y nos informaba de las novedades que se daban en la familia McClain. Para nuestra sorpresa, Dylan no hizo mención de Jeremy en ningún momento, lo que parecía extraño, aunque no deberíamos darle importancia, ya que Alec no era tan íntimo como para que los McClain le confesasen el crimen de nuestro amigo.

Durante estos dos días empleé todo mi autocontrol para no ir a la casa de esa familia y pedirles explicaciones a ambos hermanos de todos mis problemas, porque la novedad más llamativa fue que Jackson salió de prisión, así que él era inocente del asesinato, al menos no lo hizo de forma directa, pero sí me engañó casándose conmigo a traición, algo que no olvidaría jamás.

Además, si hubiese querido ir a por ellos, Cynthia y Alec lo hubieran evitado a toda costa. De hecho, ella lo sospechaba y por eso desistía de dejarme sola, a excepción de cuando llegaba la hora de dormir.

Estuve llorando a escondidas por la pérdida de Jeremy; no obstante, también por la persona que se encargó de que lo perdiera.

Dylan mató a mi amigo y yo era tan estúpida de sufrir por él al sentirme tan atraída a su mundo interior. Cynthia tenía razón en parte. No estaba enamorada del McClain, pero sí existía una fuerza magnética que tiraba de mí para acercarme a él. Y ahora ese hombre me arrebató una vida que me importaba. ¿Cómo debería de tomármelo? No suficiente con eso, la traición de Jackson me desgarraba y provocaba que mi sangre hirviese.

Me encontraba envuelta en las sábanas y en la colcha de mi cama. Estaba furiosa por lo que ambos me hicieron. ¡Estaba furiosa hasta conmigo misma por haber sido tan estúpida!

Me deshice del enredo de telas de una patada y me levanté. Mi vista se fue hacia el primer cajón de la mesilla, donde guardaba las cápsulas. En realidad, solo me quedaba una, que sería la

de mañana por la noche, así que me tocaría enfrentarme a mi propia mente cuando mi organismo se limpiara totalmente de ese fármaco.

Lucian no me entregaría más cápsulas y parecía que ya me dejó sola, abandonada a mi suerte, ya que no se dignaba a buscarme de nuevo.

Aunque ahora mismo lo que necesitaba era buscar a los malditos McClain y obligarles a que me gritasen la verdad o, mejor dicho, los motivos de joderme la vida.

Cynthia se encontraba sumergida en un sueño profundo y Alec regresó a su apartamento, así que tenía la oportunidad perfecta de escabullirme. El que no supiera dónde vivían los McClain, no me suponía ningún problema porque mis escoltas me conducirían a su hogar.

Me vestí con lo primero que encontré en mi armario, optando por un vestido negro que me llegaba a la mitad de los muslos y que se cerraba con una cremallera en su parte delantera. Lo acompañé con unas botas del mismo color que me cubrían hasta las rodillas y sin tacón. No me molesté en usar sostén e ignoré refugiarme mejor del frío con un abrigo; de todas maneras, estaría en la intemperie no más de un minuto, el tiempo que tardaría de bajar del coche y entrar en la casa.

Salí de mi dormitorio, caminando de puntillitas para no hacer ruido con mis pasos. Me paré en seco antes de llegar a la puerta principal y giré la cabeza hacia el arco que me separaba de la cocina.

Como si se tratase del canto de una sirena, fui atraída hacia el soporte de madera que sostenía los cuchillos de gran tamaño. De pronto, unos inmensos deseos turbios de llevarme uno me invadieron. ¿Y si Dylan me atacaba?

Nunca fue un secreto para mí que deseaba matarme, o que tenía que hacerlo, según él, así que no me vendría mal estar armada por si tuviese que defenderme.

—¿Qué hago? —musité.

Estuve alrededor de dos minutos pensando en qué hacer hasta que me decanté por guardarme uno en el interior de una de mis botas con sumo cuidado para no cortarme.

Mi corazón latía frenético por el desconocimiento de lo que podría pasar esta noche. Un terrible presentimiento recorrió cada fibra nerviosa de mi cuerpo; aun así, asumiría el riesgo. Necesitaba saber la verdad, por Jeremy y por mí. No pude evitar que su crimen me recordara al de Nathan, y eso empeoró mi raciocinio.

☆☆☆

Ya sobrepasaban las doce de la mañana, pero confiaba en que Dylan me recibiría, ya que, como era obvio, mis escoltas tuvieron que avisarle de mi visita. Él era el *Don* y debería saber todo lo que pasaba alrededor de su familia.

El vehículo se detuvo delante de una verja y esperamos hasta que esta empezó a abrirse lentamente. Yo me encontraba en los asientos traseros, contemplando el entorno, maravillada, mientras uno de mis escoltas se introducía en la parcela y estacionaba a un lado, donde no había césped.

No se trataba de una mansión, pero sí de una vivienda lujosa en medio de un jardín bien cuidado con caminos de piedra que conduciría a distintas zonas.

Antes de que el otro escolta me abriera la puerta, salí por mi propio pie. Ambos se dirigieron hacia la entrada de la casa y yo fui tras ellos, fijándome ahora en ella.

Poseía unos grandes ventanales por la parte delantera de la fachada. Esta estaba formada por

piedra caliza rugosa, donde se empleaban dos colores, según las zonas: gris y beige.

Una vez que ingresamos dentro de la casa, me encontré con el salón, algo que ya sabía, puesto que pude verlo desde afuera gracias a uno de los ventanales. El suelo era de parqué y las paredes respetaban los mismos tonos de la fachada, aunque no precisamente del mismo material. Por último, numerosos *ojos de buey* se repartían por el techo, iluminando cada rincón de la casa.

Al final del salón, giramos hacia la derecha. Ahora estaba en el comedor, donde también había un pasillo en el fondo y las escaleras a mi izquierda.

Tuve la sensación de necesitar empaparme de mi entorno por si tuviera que salir de aquí yo sola, sin la ayuda de algún hombre de los McClain que me sirviera de guía turístico. Tenían que haber varios repartidos por esta parcela, a excepción de los dos que me acompañaban.

Ascendimos por las escaleras y tomamos el camino de la izquierda, el que tenía una barandilla en un lado para poder observar el piso de abajo desde aquí. El camino de la derecha estaba entre las dos paredes del pasillo.

Cuando nos detuvimos en una puerta de doble hoja, los escoltas me miraron y uno de ellos me hizo una señal con la cabeza para que pasara.

Mi corazón me dio un vuelco. Ahí dentro debería de estar Dylan esperándome. De no ser así, no me dejarían pasar libremente por mis propios medios.

Tomé una respiración profunda en un intento de serenarme y entré sin pedir permiso. Paré en seco nada más ingresar en el despacho por lo que percibí. Los latidos de mi corazón se aceleraron más cuando oí que mis guardaespaldas cerraron la puerta detrás de mí, dejándome a solas con el McClain.

No podía despegar mi vista del cuerpo inerte que se hallaba a mi derecha, tumbado en decúbito supino encima de un charco de sangre. Se trataba de un hombre de mediana edad al cual le faltaba la oreja izquierda. Era evidente que fue apuñalado en el pecho con violencia.

Tragué saliva con dificultad por el nudo desagradable que se estaba formando en mi garganta y dirigí la mirada al frente, justamente en el respaldo de la silla giratoria que se encontraba del revés. Sabía quién yacía sentado ahí incluso antes de que comenzara a girarse con suma lentitud.

La sonrisa fría de Dylan me dejó helada.

—Bienvenida a mi humilde morada, Rose.

Aparté mis ojos de su cara para recuperar el control de mis emociones, y toda mi atención fue a parar en sus manos, que las mantenía ocultas bajo el escritorio.

No dejó que mi imaginación conjeturara cosas, ya que me las mostró en breve, lo que fue peor. Con una de ellas empuñaba una daga mientras que con la otra limpiaba la hoja ensangrentada con un pañuelo blanco.

Por un momento hasta se me olvidó qué razones me empujaron a venir aquí.

—Es increíble la facilidad que muestras para quitar vidas humanas —solté sin pensar.

Dylan levantó una ceja, como si hubiese oído un chiste.

—Creo que eres la menos indicada para decirme eso, ¿no crees? —Había cierta ironía en su voz. Sabía a qué se refería y fruncí los labios, molesta porque él llevaba razón.

—Yo he matado por supervivencia, tanto por la vuestra como por la mía, y no por placer —recalqué, pensando en los Caballeros Oscuros.

Las facciones del McClain se relajaron, mostrándome su verdadero rostro sin gestos que lo modificasen. Su parecido con Christabella era palpable, endulzando los pocos rasgos heredados de William; al contrario de Jackson, en el cual este último solo compartía con su madre el color de sus ojos.

—¿Crees que arrebato vidas humanas por placer? —No dije nada, tan solo lo miraba expectante. Se inclinó hacia adelante, apoyando sus manos ocupadas encima del escritorio—. Tú no sabes nada —espetó, liberando la daga y el pañuelo blanco impregnado en sangre—. No te atrevas a juzgar mis actos sin juzgarte a ti misma. Yo también trato de sobrevivir dentro de la mafia porque no pienso salir de ella convertido en un cadáver.

Fruncí el ceño. Este hombre continuaba lanzándome indirectas y yo seguía sin saber darles sentido. Parecía que quisiera salir de la organización criminal, pero que no lo haría para conservar su vida, y que tan solo se dedicaba a proteger a su familia y a sí mismo.

Sacudí la cabeza, deshaciéndome de estas ideas absurdas para concentrarme en lo que realmente me condujo hasta aquí. Empezaría por Dylan y después me encargaría de Jackson, todo por separado.

—Mataste a Jeremy —lo acusé con firmeza, muy segura de lo que estaba diciendo—. Cumpliste tu amenaza.

El McClain se echó hacia atrás, apoyando la espalda en el respaldo, y me miró fijamente sin mostrarme ni una sola emoción.

—Siempre cumplo mis amenazas, Rose —aseguró fríamente—, pero está claro que alguien se me adelantó y me ha hecho quedar mal —terminó mofándose.

—¿Me estás queriendo decir que tú no fuiste quien lo mató? —Mi voz sonó más alta de lo normal.

Lo último que quería ahora era que él consiguiera manipularme como hizo su hermano, que me engañara con su falsa inocencia y que mi corazón se sintiese feliz por eso cuando la realidad era muy distinta.

—No —contestó rotundo. Abrí la boca para llamarlo mentiroso, pero Dylan se adelantó—. Iba a matarlo en la madrugada, *rosa negra*, así que tampoco estoy etiquetándome de inocente.

El cómo me llamó me dejó tan aturdida que no fui capaz de percibir nada más de mi entorno. Pensaba que esa flor solo envolvía al misterio de Jackson, pero me equivoqué.

De pronto, la *rosa negra* que recibí antes de conducir hacia el hospital para visitar a mi padre protagonizó mis pensamientos. Jackson se encontraba ingresado en ese entonces, así que él no pudo habérmela enviado, ¿o sí?

¿Los dos hermanos tenían ese símbolo en común, aunque cada uno con distintos significados? ¿Se trataba de eso? Si fuera el caso, ¿qué tenía yo de especial para Dylan realmente como para que me relacionara con esa flor?

Los McClain iban a terminar volviéndome loca.

—Sin embargo, puedo asegurarte que yo no lo maté.

La voz de Dylan sonó tan cerca de mí, que todos los pensamientos se esfumaron de mi mente en un santiamén. Cuando me quise dar cuenta, ya lo tenía delante, a unos escasos centímetros de mí.

—Así que esto me convierte en *inocente de su crimen* —hizo hincapié en las últimas palabras para que me quedase claro que él no lo hizo, pero, sumándolo a lo anterior, sí iba a hacerlo si alguien no se le hubiera adelantado.

—Aunque lo hubieses hecho —escupí, reprimiendo una voz más lastimera.

Mi corazón ansiaba bañarse en su inocencia absoluta. No podía permitirme *amar* a un hombre que me hubiese arrebatado a una persona de mi círculo íntimo como si nada. Sentí que mi ceño se fruncía. ¿Había dicho *amar*?

Como si esa palabra me hubiese enviado una corriente dolorosa por todo el cuerpo, me alejé

de Dylan de un salto hacia atrás, estampándome contra la pared, entre la puerta y el sillón que había a mi izquierda, frente al cadáver. Lo miré horrorizada, como si pensar de esta forma fuera su culpa.

—Pero no lo hice y eso es lo que verdaderamente importa. —Se acercó a mí con una lentitud abrumadora hasta terminar posando una mano en la pared, al lado de mi cabeza.

Quise abofetearme a mí misma por creerlo con tanta facilidad.

—¿Importa, para quién? —murmuré, tragándome todos los nervios que me recorrían para evitar titubear.

—Para nosotros —respondió, como si fuera lo más obvio.

Me mordí la lengua para no soltarle lo degenerado que era por meterse en medio de un matrimonio, concretamente en el de su hermano; sin embargo, yo *quería* que lo hiciese. No me casé por voluntad propia, así que no le debía fidelidad a Jackson. De hecho, esta misma noche le exigiría el divorcio.

Pero me resultaba curioso que, después de que Dylan me llamase *puta* con sutilezas en los servicios de *Esmerald's*, ahora se me estuviera insinuando, al igual que en el cuarto de las sábanas del hospital. ¿Acaso él ya estaba enterado de que mi matrimonio con su hermano fue fraudulento? Quizás podría pedirle ayuda en el caso de que Jackson me complicara la obtención de mi divorcio.

En cambio, sí había algo que tenía que discutir con él y que no pensaba callarme.

—¿Quieres conseguir el sexo que no pudiste obtener gracias a la intervención de Yelena? —Camuflé mi malestar con una pequeña sonrisita de suficiencia.

—Esa mujer no me frustró nada, pero tiene que permanecer en la ignorancia para que tú y yo no corramos ningún peligro.

Suponía que era peligroso que, estando casada con su hermano, él se acercase a mí de esta forma. Yelena estaba al tanto de todo, así que nos podría delatar. Tal vez existía un código que obligara a un mafioso a respetar a las mujeres de otros mafiosos y la infracción de dichos códigos implicaba un enfrentamiento con los Caballeros Oscuros, cuyo resultado sería fatal.

—¿E intestasteis matarla porque os supone una amenaza en general? —pregunté, recordando la acusación de esa mujer.

Jackson me contó que ambos estuvieron obligados a casarse sin amor, así que, con lo perturbados que estaban los dos hermanos, quizás intentaron acabar con Yelena. A estas alturas, ya no podía sorprenderme que matasen a todo ser que les estorbase con una facilidad enorme.

Me sentía frustrada. Estaba harta de tener que sacar suposiciones por mí misma, unas que no tenía la seguridad de ser ciertas.

—Esa arpía es una amenaza hasta para ti —agregó, poniéndome más nerviosa y él lo percibió —, pero, no te preocupes, yo tengo mejor *puntería* que mi hermano. —El McClain no se estaba refiriendo a una simple arma de fuego, sino al crimen en general.

Jackson falló en su intento de asesinarla y Dylan me estaba garantizando que él no fallaría.

Mi nueva naturaleza me estaba preocupando sobremanera. En otras circunstancias me asustaría de mí misma por pensar de este modo, sin embargo, ya veía hasta normal hablar de crímenes sin espantarme o alterarme en lo más mínimo. ¿*Nyx* tenía que ver con estos cambios? ¿Este parásito influía en mis pensamientos?

«Tiene que hacerlo», pensé, en un intento de convencerme y echarle la culpa a algo que no fuera a mí misma.

—¿Y por eso le insinuaste a Yelena que solo me estabas usando? —quise saber.

—No olvides una cosa, Rose. —La seriedad volvió a teñir su voz y acercó sus labios a los míos, acortando la distancia que separaba nuestros pechos—. Solo utilizo a alguien para obtener la supervivencia de las pocas personas que quiero, no por diversión o placer. —Puso su otra mano en mi mejilla y la condujo hacia mi nuca, acariciando todo a su paso. Este simple gesto disparó los latidos de mi corazón y mi vista se fijó en su boca—. Trato de *salvarte*, pese a estar obligado a *matarte*. —Esto lo dijo tan bajito, que apenas lo oí; incluso no estaba segura de lo que escuché.

Mi cabeza me daba vueltas, junto con todas mis emociones. Mi raciocinio se vio tan afectado, que cualquier pensamiento racional me abandonó, dejando mi mente hecha un caos.

—No olvides ni una sola palabra que he intercambiado contigo desde que me presenté ante ti. Solo así irás obteniendo todas las respuestas que buscas y que yo no puedo decir por la *Omertà*, que es la que me ata al *silencio* —insistió, pronunciándolo todo pausadamente para que se me grabara a fuego en la cabeza.

Lo miré con desesperación por entenderlo. Quería *verlo* de verdad, pero percibía una barrera que me impedía el paso a su alma, una que él mismo había creado.

Antes pensaba que su armadura consistía en una de protección hacia sus *verdaderas emociones* y que por eso me soltaba nada más que indirectas, sin embargo, existía una razón con más peso que eso. Dylan *no podía* hablar. Tal vez ya estaba descifrando cosas, pero su cercanía nublaba mi buen juicio.

—Has dicho «me presenté ante ti» —murmuré. Noté que sus dedos se cerraron más sobre mi nuca—. Ya me conocías antes que yo te conociese a ti, como pasa con tu hermano, ¿verdad? —Solo buscaba oírselo decir de sus labios—. Evitaste que el pasado se entrelazara con el presente para que el futuro no fuera trágico. No obstante, los dos primeros tiempos consiguieron encontrarse.

—*Condenaste* a mi hermano, y, solo porque me *salvaste* a mí, no te he matado.

El acertijo de William entró en mi mente con una fuerza violenta. Estuve equivocada todo este tiempo. Pensé que a quien salvé fue a Jackson porque él me lo repetía constantemente, pero resultó ser que no fue a lo que su padre se refería. Esto era mucho más profundo que unas simples palabras artificiales.

Si a Dylan fue a quien *salvé* de verdad, aunque no tenía ni idea de cómo, ¿él era el hermano que verdaderamente mataría *por mí*? ¿A Jackson lo *condené* y por eso me mataría *a mí* si se viese acorralado conmigo de alguna forma?

Un escalofrío me recorrió cada fibra de mi ser. Era un hecho, me estaba encaminando a una locura sin retorno.

—Solo un monstruo podría salvarme del otro. Tú eres el primero —pensé en voz alta sin darme cuenta hasta que pude salir de mi nebulosa mental y oír mi propia voz cuando pronuncié la última palabra.

—¿Qué? —Dylan parecía confundido y yo tenía que arreglar este error.

—Tu cercanía solo me hace decir tonterías sin sentido —lo acusé con naturalidad, ya que tampoco estaba empleando una mentira.

Una sonrisita asomó por sus labios, pero no llegó a expandirse en su totalidad. Me quedé embelesada con este gesto, porque él no solía sonreír, ni siquiera hacer el amago.

—El amor *fortalece* cualquier alma y la obsesión podría *corromperla* —susurró, mirándome con intensidad. Otra indirecta más, cuyo significado oculto no lograba captar. Él leyó la confusión en mi cara, así que agregó—: Tu cercanía solo me hace decir tonterías sin sentido —

me devolvió mis anteriores palabras con la misma seguridad que yo utilicé.

—Entonces, será mejor poner distancia entre nosotros para pensar con claridad —oferté, aunque no era lo que yo quería, y me fastidiaba admitirlo.

—Estoy harto de controlarme, Rose; harto de conservar mi serenidad cuando me apetece dejarme llevar por el desenfreno. Ahora mismo solo ansío deshacerme de este disfraz, aunque solo fuese por unos minutos —soltó.

Contuve la respiración de golpe cuando me apretó contra la pared. Su mano aún continuaba en mi nuca, cada vez agarrándome con más fuerza, como si quisiera fijar mi cabeza; en cambio, la otra la puso en mi mejilla.

Tenía su rostro tan pegado al mío, que sus ojos azules y aparentemente angustiados se juntaban entre sí, formando un cíclope. Decidí volver a respirar, lo que hacía que mi pecho se apretara más contra el suyo al expandirse mi caja torácica, y nuestro aliento fue el *elixir* que consumíamos con cada inspiración.

—Me importa una mierda que seas mi cuñada. No me importa que yo no signifique para ti lo mismo que tú para mí. —Su tono era tan duro como desesperado. Me acarició la mejilla suavemente con los dedos, como si yo fuera de porcelana y temiera romperme—. Sin embargo, hay algo que sí sentimos en común.

—¿El qué? —Me encontraba tan nerviosa que apenas pude encontrar mi voz.

Mi vista se deslizó a sus labios por instinto.

—Lujuria —susurró, pero no con dulzura, sino de una forma tan lúgubre que a otra mujer le pondría los pelos de punta. A mí solo me excitaba, tanto que ya no había ni rastro de cordura en mí—. ¿Por qué no entregarnos a este deseo encarnizado que nos consume cada día más cuando nos miramos, aunque solo fuera hoy, sin importar el mañana?

—No vine aquí para eso…

—Yo no maté a tu amigo, así que nada moral te detiene. Además, solo tú tienes el poder de aplacarme, así que solo tú me hubieses obligado a romper mi promesa usando las palabras correctas que, viniendo de tu boca, hasta la más desagradable de oír tendría su belleza —me interrumpió, dirigiendo la mano que tenía en mi mejilla hacia el cuello. Cerró los dedos sobre él sin ejercer presión—. Ambos tenemos a nuestros demonios. ¿Por qué no los liberamos para que dancen juntos?

Sentí que todo mi mundo se me cayó a los pies porque sabía que no me podría negar a lo que me estaba ofreciendo, ya que lo deseaba tanto como él, aunque cada uno con fines distintos.

Dylan solo hablaba de lujuria, para mí sería más que eso. Sin embargo, si lo único que podía obtener de él era esto, prefería cogerlo sin importarme las consecuencias. Era consciente de que esta sería nuestra única oportunidad, así que tomaría lo que me ofrecía y me empaparía de él. Mañana ya tendría tiempo de arrepentirme de esto.

—Silencia tu boca y actúa —musité.

El McClain tardó unos largos segundos en procesar mi respuesta y reaccionar.

Capítulo 47



Dylan asaltó mi boca como si no hubiera un mañana, tomándose al pie de la letra cada palabra que me dijo antes. Corresponderle este beso hambriento con la misma intensidad que él era un auténtico reto para mí, sobre todo, porque sus manos liberaron mi cabeza y se movieron libremente por mi cuerpo, atrayendo mi atención a sus caricias en vez de a su boca, que parecía ansiosa por consumir mi último aliento.

Me pegó a su pecho, envolviéndome en un abrazo, y me condujo hacia el escritorio sin romper nuestro beso. Cuando sentí la superficie dura sobre mis glúteos, Dylan apartó todos los objetos que estorbaban del tablero. Estos cayeron al suelo con violencia, importándole bien poco si llamábamos demasiado la atención. En este instante, me daba igual que Jackson nos sorprendiera.

Llevé mis manos hacia su espalda y las yemas de mis dedos sintieron unas rugosidades por debajo de su camisa negra. La tela era tan fina que alcancé a tocar el contorno de lo que él se molestaba tanto en ocultarme. Este roce tan suave e inocente lo puso rígido.

Para nada me esperé su reacción tan brusca. Se apartó de mí gruñendo un «no», como si mi tacto le hubiese quemado. Su mirada tan fría me dejó petrificada.

—No me toques la espalda —murmuró, apenas sin aire por el beso tan intenso que él había interrumpido—. ¿De acuerdo?

Asentí con la cabeza, ya que no podía emitir palabra alguna por la sorpresa. Fuera lo que fuese lo que ocultaba debajo de la tela, se negaba a mostrármelo. Sabía que su padre le provocó una quemadura, pero, a jurar por mis dedos, tenía muchas. Esto me envió una punzada dolorosa directa al pecho. ¿Qué tan profundo lo hirió William? No solo había dañado la piel de su espalda, también su mente.

Dylan *vaciló*, vaciló *de verdad*, antes de volver a acercarse a mí con pasos lentos. Su mirada se fue calentando otra vez, como si este percance nunca se hubiese dado.

Levanté las manos y, muy despacio, las llevé al primer botón de su camisa ante sus ojos atentos. Sus músculos se tensaron de nuevo, así que hablé antes de que se alejase de mí.

—No haré nada que tú no quieras —lo tranquilicé—, tan solo pretendo desabrocharte la camisa porque necesito sentir tu piel sobre la mía, pero no te descubriré la espalda. —Me deshice del primer botón sin despegar mi mirada de la suya en ningún momento—. Sin embargo, quiero

que entiendas que ninguna marca, por muy horrible que te parezca, conseguirá restarte belleza.

Pude ver asomar algunas emociones en sus ojos, aunque las atrapó antes de que me informaran en exceso de su estado anímico. Para nada se esperó mi confesión; aun así, no dio su brazo a torcer y yo lo respeté.

Terminé de abrirle la camisa para que me mostrara todo su torso musculoso y pegué mi pecho al suyo, envolviendo mis brazos por detrás de su cuello.

—Tengo *el infierno* grabado en mi espalda —susurró muy cerca de mis labios—. Y *el mapa* parece que jamás llegará a *su fin*.

Antes de que pudiese pedirle más explicaciones sobre su extraña desvelación, me agarró de la cintura y me levantó para sentarme encima del escritorio, colocándose entre mis piernas abiertas.

Posó una mano en mi pecho y me empujó hacia atrás, obligándome a acostarme sobre el tablero mientras él se iba inclinando hacia mí. Flexioné las rodillas y apoyé los pies en este, uno a cada lado de sus caderas. Esta postura me levantó el vestido hasta las mías, quedándome bastante expuesta.

—Te aconsejo que no te molestes en explorarlo porque una vez que entras ya no podrás salir y serás tan prisionera como yo. —Nuestros labios se rozaron de una manera tan sutil, que me produjo un escalofrío—. Después de consumirte, voy a liberarte. —Sus palabras se introdujeron en mi boca y me embriagué con ellas sin siquiera darles la importancia que merecían—. Si no olvidas ni una sola de mis palabras, conseguirás *verme* algún día, aunque yo no esté frente a ti.

Se enderezó y con una mano sujetó la cremallera del vestido. La fue bajando poco a poco, deslizando al mismo tiempo uno de sus dedos de esa misma mano sobre mi piel. Esta se fue erizando por donde su toque pasaba, endureciendo mis pezones.

Bajé la mirada para seguir su movimiento con ella. Cuando el vestido se abrió, pasó la mano por ambos lados del centro de mi pecho, apartando las barreras que ocultaban mis senos de sus ojos.

Se quedó parado, observando cada rincón de la piel expuesta de mi cuerpo, lo que incrementó mi excitación. Una especie de corriente placentera y de hormigueo intenso se irradió por todo mi abdomen hasta terminar arremolinándose en mi bajo vientre. Sentí que mi esencia se desprendía de mi interior y mi tanga se humedecía cada vez más.

Parecía absorto en sus pensamientos, incluso creí detectar esos demonios de los que él me habló, pero ninguno de ellos me *decía* nada. ¿Por qué me contemplaba de este modo que me ponía tan nerviosa?

Una pregunta me quemó la lengua como ácido y la tuve que expulsar:

—¿Te recuerdo a alguien? —Temí la respuesta por la repercusión que podría tener para nosotros en este momento si esta fuera una afirmación.

—Hubo un tiempo en el que admiré *una rosa blanca* por su inocencia y pureza, pero logré darme cuenta de que esas dos características iban ligadas al *engaño* —murmuró, ahora mirándome a los ojos—. No quiero *luz* en mi *oscuridad*, Rose. Solo en esta última conseguí la *salvación* y en ella encontré *la rosa negra*, la flor más bella de todo el jardín por su *exclusividad*.

Tragué saliva con dificultad por el nudo que me estaba apretando la garganta. En su explicación, «una» no significaba lo mismo que «la». Mientras que en la primera hacía alusión a que existían varias; en la segunda, solo una.

Pasó una mano por mi muslo y la desvió hacia la parte interna. Cuando enredó sus dedos en la tela húmeda del tanga, di un ligero respingo sobre el escritorio.

—Olvidémonos de todo y dejémonos llevar esta noche —murmuró, tirando de él para abrirse

camino al interior de mi vagina.

Un gemido se escapó de entre mis labios. Sus dedos empapados se deslizaban con suma facilidad hacia el fondo y exploraba cada rincón con las yemas.

—Mañana ya tendremos tiempo para lamentarnos de lo que hemos hecho —prosiguió.

A cada segundo que pasaba embistiéndome con sus dedos, se me dificultaba más permanecer sumisa. Hice el intento de inclinarme para agarrarlo y devorar su boca con la mía, pero su otra mano la posó en mi pecho y me apretó contra el escritorio para fijarme en él.

—Déjame tocarte —le pedí entre jadeos, moviendo mis caderas en busca de más y más.

—Me has *dominado* desde que mis ojos se posaron en ti. —Su tono sonó acusatorio y un tanto rabioso—. *Hoy* no lo harás.

Sus facciones cambiaron drásticamente delante de mis narices, junto con sus emociones, dejándome asombrada a través de esta nebulosa de placer. Lucía enfadado *de verdad*, algo que no entendía.

—¿Qué…?

—Deja de hablar —espetó—. Cada palabra que sale de tu boca es un hechizo que intenta atraparme y no pienso dejarme encerrar *de nuevo* en la jaula.

Continuó moviendo sus dedos en mi interior a más velocidad, haciéndome cerrar los ojos. Aunque quisiera hablar, de mi boca solo podía salir gemido tras gemido. Estaba segurísima de que, quien pasase cerca de la puerta, deduciría qué estaba sucediendo en el despacho.

Sentí que mi corazón se me iba a salir del pecho y un latigazo de placer me azotó con fuerza cuando oí el sonido de la cremallera de su bragueta.

Abrí los ojos cuando sacó los dedos de mi vagina y en lo primero que me fijé fue en como introdujo la mano por dentro del bóxer que dejaba a la vista al tener los pantalones abiertos.

Por instinto, abrí más las piernas, deseosa de sentirlo dentro de mí. Como bien dijo él, ya habría tiempo después de arrepentirme de esto porque tenía el terrible presentimiento de que lo haría.

Apartó el tanga con su otra mano, haciéndolo a un lado, y con la otra condujo su miembro a mi centro. El glande me rozó la entrada, sin embargo, no me penetró. Se quedó paralizado, observando la zona por la que nos uniríamos los dos.

—Lo siento, pero *necesito* esto —musitó tan bajito, que apenas lo escuché. Tuve la sensación de que yo no era realmente a quien iba dirigido este mensaje.

Su pene empezó a entrar en mí, arrancándonos a los dos un profundo gemido, y me sujetó de las caderas con ambas manos en cuanto llegó hasta el fondo.

Nos miramos a los ojos unos segundos sin movernos, como si ninguno de los dos pudiésemos creer *esto*.

Entonces, apartó su mirada de la mía y la posó en mis pechos.

Su miembro comenzó a salir despacio de mi interior y, cuando el glande estuvo a punto de liberarse, entró de nuevo en mí, rápido y rudo. Repitió esta acción varias veces más, haciéndome soltar un pequeño grito cada vez que lo sentía hasta lo más hondo.

Deslizó sus manos hacia la parte interna de mis muslos, asegurándose de que no cerrase las piernas en ningún momento. Entonces, sí empezó a embestirme de forma más violenta.

Mis gemidos se transformaron en gritos, pero no de dolor, sino de placer entrelazado con la sorpresa por su intrusión tan salvaje. Los suyos no eran suaves, pero se camuflaban con la intensidad de los míos.

El escritorio temblaba sobre el suelo y varios objetos que permanecieron encima se fueron

desplomando hasta acabar estrellándose contra el parqué. Tuve que agarrarme a sus antebrazos con fuerza para intentar fijarme lo máximo posible sobre el tablero.

Mis senos se movían al compás de sus penetraciones y su vista oscilaba de mi cara, pasando por mis pechos, a la zona de nuestra unión.

Al ruido de los temblores del mobiliario y al que salía de nuestros labios se le sumaba el que producía nuestros cuerpos cuando chocaban entre ellos.

Dejé de observarlo y apoyé la cabeza en el tablero, entregándome por completo a este paraíso, cuyo fin no quería que llegase nunca.

Dylan parecía que descargaba parte de su furia con cada embestida que me daba y yo, gustosa, la acogería.

Un orgasmo tan violento como sus penetraciones venía a mí rápidamente. Entreabrí los ojos y alcancé a verle los suyos entrecerrados, junto con sus labios fruncidos y la vena de su frente bastante resaltada por la energía que estaba descargando en mí. Su rostro estaba envuelto en sudor y cubierto de un tono rojizo.

Llegué al ansiado clímax, sintiendo que mis paredes vaginales abrazaron su miembro con fuerza. Las vibraciones de esta le incitaron a que me acompañase y un intenso gemido salió de mí, acompañado de su gruñido, cuando noté su fluido caliente esparcirse por mi interior. Dylan fue disminuyendo el ritmo conforme expulsaba toda su esencia.

En cuanto cesó cualquier movimiento, bajó la cabeza y liberó mis muslos para apoyarse sobre el escritorio, cerrando sus manos en puños.

Nuestras respiraciones fueron acompasándose poco a poco mientras los dos permanecíamos inmóviles. Me centré en las ya suaves vibraciones de su pene, pero, antes de que pudiese siquiera procesar lo que acababa de pasar entre nosotros, Dylan salió de mí, junto con restos de su semen.

Se dio la vuelta sin dirigirme ni una sola mirada y fue arreglándose la ropa.

Me sentí como una tremenda estúpida, sin saber qué decirle para que me soltara cualquier palabra, fuera cual fuese. Su silencio me estaba asustando, y no sabía por qué. El mal presentimiento que tuve antes volvió con más fuerza.

Unos pasos pesados fuera del despacho me hicieron bajarme del escritorio rápidamente. Casi caí de bruces contra el suelo por los temblores de mis piernas.

No fue hasta que la cremallera de mi vestido quedó a la altura de mi pecho que la puerta se abrió. Un violento escalofrío me recorrió por todo el cuerpo cuando mis ojos horrorizados conectaron con los asombrados de Jackson.

Para colmo, la esencia de Dylan continuaba deslizándose por mis muslos desnudos, un claro chivato de lo que había pasado entre su hermano y yo.

Dirigí la mirada al responsable de haberme hecho perder la lucidez que acababa de recuperar en un santiamén. Él me daba la espalda y se posicionó entre Jackson y yo. No pude verle la cara, pero sí podía observar la de su hermano, que fue luciendo cada vez más furioso.

El silencio prolongado en esta habitación me puso todos los pelos de punta, así que decidí acercarme a ellos. Mi vista se fijó en el perfil que ahora podía ver de Dylan conforme caminaba y me quedé paralizada en cuanto reparé en su sonrisilla.

Los latidos de mi corazón se dispararon e intuí un peligro inminente para mi órgano vital. Esa sonrisa no me gustaba nada.

—Dime, Jackson. ¿Qué se siente? —se mofó Dylan, cruzándose de brazos con su vista fija en Jackson—. ¿Qué se siente que tu hermano se haya follado a la mujer que amas y que ella se haya entregado gustosa a la tentación?

Un dolor atroz se instaló en mi pecho. Su voz destilaba burla por doquier y parecía realmente divertido con la situación.

Tuve la necesidad de taparme los oídos por miedo a escuchar más, pero no podía moverme, ni siquiera para salir corriendo de aquí por la vergüenza que bañaba mi sistema.

—¿Lo has hecho por venganza? —espetó Jackson, sin siquiera molestarse en mirarme a mí, lo que agradecí—. ¿La has seducido sabiendo lo que ella significa para mí con la intención de hacerme pagar mi error con Cecilia? —Dio un paso hacia su hermano y lo fulminó con la mirada.

Dylan descruzó sus brazos y se encogió de hombros con desdén.

—¿No es obvio?

No hizo falta más aclaración por parte del McClain para saber que yo solo fui un peón para él. Todos nuestros encuentros fueron estudiados con antelación, todas sus palabras bonitas hacia mí formaron parte de una farsa.

Reseteé mi cerebro de cada indirecta que me soltó, ya que no pretendía buscarle un significado que realmente no existía.

La ira fue abriéndose paso en mi interior, aunque el dolor lo superaba con creces. Supe, en este preciso instante, que todo en mí se desquebrajó hasta hacerse pedazos, lo que me hizo entender, al fin, que Cynthia tuvo razón: estaba completamente enamorada de Dylan.

—Maldito *hijo de puta* —escupí entre dientes.

No pude controlar esta *cosa* contaminada que corría por mis venas: el rencor. Necesitaba hacerle daño, ansiaba reducirlo a cenizas por haber sido un cabrón sin corazón.

Un músculo de la mandíbula de Dylan se apretó y se giró muy despacio hacia mí. Lo que vio en mis ojos hizo el amago de robarle una mueca, pero, en lugar de ella, sonrió con malevolencia.

—Ya me has dado lo que quería de ti, así que te recompensaré por tus buenos servicios —dijo sin piedad. Él podía ver la humedad de mis ojos, pero también la furia que trataba de contener a duras penas. Jamás en mi vida me sentí tan humillada—. Te doy la oportunidad de que salgas de mi familia sin pagar con sangre.

—No puede y lo sabes —atacó Jackson.

Entonces, Dylan puso toda su atención en su hermano, olvidándose ya de mí.

—¡Ah, claro! —Se rio el muy desgraciado—. Es tu *esposa*. —Pronunció la última palabra con asco—. El *Don* tiene la última palabra —le recordó—. Y tan solo le estoy ofreciendo que desaparezca de mi familia, *viva*, aunque solo tú tienes el poder de dejarla ir con su corazón latiendo o de provocar que los Caballeros Oscuros la sentencien a muerte por adulterio y fuga si te chivas a ellos, pero eso conlleva mi propia muerte. ¿Eso es lo que quieres? —Jackson solo se dignaba a mirar a su hermano con resentimiento, sin embargo, a juzgar por sus facciones, él no haría eso—. Solo mi amor por ella podría desestabilizarte por completo, pero ese sentimiento es inexistente, así que no hay nada que temer, ¿verdad?

Ninguno de los dos me prestaba atención, así que puse todo mi empeño en encerrar el dolor bajo llave hasta salir de esta casa, donde ya podría liberarlo y desahogarme. Ahora no era el momento de enseñar mi debilidad y demostrarle a Dylan que me había destrozado. No, él tenía que creer que me había hecho daño, quizás, nada más.

—Contesta —le demandó a Jackson ante su negativa a responder.

—Eres consciente de mi respuesta —gruñó el susodicho.

—Quiero oírtela decir —insistió Dylan.

Por mucha tormenta emocional que habitaba en mi interior, todavía tenía hueco para el

desconcierto. ¿Por qué tanta insistencia en que Jackson mostrara su lealtad con palabras? ¿Acaso no era tan leal a la familia como yo pensaba?

—Si hablo, perderé *mi vida* y no pienso permitirlo ahora que conseguí *recuperarla*. —Jackson giró la cabeza hacia mí y la ladeó, observándome con un aura demasiado oscura. Nunca me miró de esta forma—. *Madre* no me abandonará *otra vez* —murmuró, poniéndome todos los pelos de punta, y volvió a posar sus ojos en su hermano—, porque estaremos *juntos* para *siempre*, incluso después de la muerte.

—Estáis los dos locos de remate.

Ya era tarde para recoger las palabras que no pude contener dentro de mi boca. Si no fuera por la ira que continuaba creciendo en mi sistema, me cagaría de miedo por las miradas que ambos hermanos me lanzaron.

Ya no tenía ninguna duda de que los McClain estaban cortados por el mismo patrón. William dejó su semilla del mal en sus dos hijos, y no solo en Jackson.

—Aborreceréis a vuestro padre, pero no sois diferentes a él —proseguí, sin medir la peligrosidad de mis palabras—. Mancilláis todo lo que tocáis con vuestras sucias manos.

—Sí, al igual que yo te he mancillado a ti. —La crueldad de Dylan no tenía límites y esto solo incrementó mi necesidad de lastimarlo. Su vista se deslizó lentamente por mis piernas, siguiendo el rastro que me dejó su semen, y sonrió burlesco—. Cada rincón de ti —insinuó con descaro.

El dolor amenazaba con salir, pero logré mantenerlo bajo control para no ponerme en evidencia. Además, mi orgullo no me permitía mostrarle lo rota que me había dejado su mentira.

—Al menos, la marca que me has dejado se puede borrar con una buena ducha —escupí, correspondiéndole la sonrisilla—. Pero ¿qué me dices de las tuyas que tienes en la espalda? ¿Puedes eliminarlas, Dylan? —Una opresión en el pecho me hizo hacer una pausa. Esto era un golpe bajo y me estaba rebajando a su nivel, pero no podía contenerme—. Cada vez que te mires al espejo, que te toques, incluso cada vez que sientas la tela de la camisa en esa zona, será un recordatorio de lo que eres: un monstruo sin escrúpulos. —Rompí la poca distancia que nos separaba—. Dijiste que tienes el infierno grabado ahí y solo espero que estés ardiendo en él cada día.

Sin verlo venir, Dylan me agarró del cuello y me empujó con su propio cuerpo hasta aprisionarme contra la pared. Una exclamación se quedó atascada en mi garganta.

Debería de mantenerme callada para aliviar la tensión en el ambiente, no obstante, mi parte impulsiva siempre se adelantaba a mi razón.

—Créeme, *rosa negra* —gruñó muy cerca de mis labios, apretando un poco mi cuello. No llegaba a cortarme la respiración, pero sí me dificultaba el paso del aire—. Tú serás la causante de mi próxima quemadura, así que siéntete orgullosa de provocar una marca imborrable en mi piel.

—¡No me llames así! —Mi grito salió entrecortado por la ligera presión en mi tráquea.

Me importó tan poco su explicación, que ni siquiera me entretuve en oírla con precisión; sin embargo, aborrecía que me llamase «rosa negra».

Dylan aflojó su agarre, lo que aproveché para tomar todo el aire que mis pulmones me reclamaban mediante bocanadas. Los latidos de mi corazón eran tan intensos que los sentía como puñetazos en mi pecho.

—Tu furia hacia mí te está cegando por completo —susurró, ya sin un atisbo de jocosidad.

Estudié su mirada, en busca de alguna pizca de la faceta que me estuvo mostrando estas semanas atrás hasta la aparición de Jackson en este despacho, pero no había nada que analizar en

ella porque se encontraba *vacía*.

Sin embargo, su actitud conmigo estaba volviendo a cambiar…

La sujeción de Dylan me permitía girar la cabeza hacia los lados, así que busqué a su hermano con la mirada. Él ya se había marchado de aquí sin darme cuenta.

Volví a posar mis ojos en el McClain, transmitiéndole con ellos mi confusión. ¿Y si Dylan solo *actuaba* en presencia de Jackson? ¿Y si…?

—Pero al fin me ves por lo que soy: un monstruo sin escrúpulos. —Nada más devolverme mis palabras, su sonrisa maquiavélica volvió a su rostro, apagando cualquier chispa de duda.

Era una tonta por haber permitido que un fino rayo de luz de esperanza entrara en mi corazón. Ese Dylan que buscaba cualquier pretexto para tocarme no fue real; incluso cuando me salvó de los Caballeros Oscuros fue una mentira, ya que él solo lo hizo por ser la esposa de su hermano. Jackson ya no estaba presente, así que no habría necesidad de continuar con este teatro si fuera una cruel actuación.

«No llores, no le des el gusto», me repetí a mí misma mientras recogía todo el rencor y el resentimiento para enseñárselos con mi mirada.

Si todo en él fue una grandísima mentira, entonces bien pudo haber sido el asesino de Jeremy. Dios, y yo me había acostado con el verdugo de mi amigo delante de un cadáver tirado en el suelo.

Esto me hizo sentir más culpable todavía. Jeremy siempre estuvo en lo cierto respecto a los McClain y solo quiso protegerme, incluso cuando condujo a Jackson a la prisión. Con el tiempo hubiese hecho lo mismo con Dylan, alejando al mal de mí. Su protección le costó la vida y yo se lo pagué así, entregándome a su asesino.

Joder, me dolía hasta el alma por no ver la verdad hasta ahora.

Llevé las manos hacia el pecho del *monstruo* y lo empujé con todas mis fuerzas para quitármelo de encima. Acto seguido, empuñé el cuchillo que oculté en el interior de mi bota y le apunté con la hoja.

Por un momento, Dylan no pudo ocultar la sorpresa, aunque la eliminó de sus facciones en un santiamén.

—Debería matarte —gruñí, desechando cualquier emoción que pudiese perjudicarme en un enfrentamiento.

—No saldrías viva de aquí —contestó impasible—. Y ambos sabemos que no eres tan ingenua como para no apreciar tu vida. ¿O quieres dejar a Cynthia sola?

La sola mención de mi amiga me hizo perder los estribos al recordar el peligro que ella corría en manos de los McClain por ser la hija de Richard. ¿Cómo pude haber sido tan estúpida y haber seguido adelante con mis sentimientos por Dylan cuando él podría descubrir la verdadera naturaleza de Cynthia en cualquier momento y matarla como hizo con Jessica?

Mi cuerpo empezó a temblar de pura rabia hacia mí misma por haber interpuesto el maldito amor ante la vida de la persona a la que quería como a una hermana.

—¡No te imaginas cuánto te odio! —grité, apretando el mango del cuchillo con tanta fuerza, que me estaba lastimando la palma de la mano—. ¡Tenía que haberos dejado morir en *Esmerald's*!

—Pero no lo hiciste. —Levantó ambas cejas, sin mostrar ni una pincelada de alteración. Este hombre parecía un insensible, lo que me hizo entender que por dentro no estaba roto como yo llegué a pensar, sino podrido—. Liberaste a la bestia y ya te advertí de que no lo hicieras, Rose. —El que pronunciara mi nombre con sensualidad me hizo sentir repugnancia.

Me mordí la lengua para no atacarlo a través del recuerdo de su madre. Christabella no merecía ser mencionada en algo así. Tampoco emplearía los secretos que descubrí en la mansión o nos pondríamos en evidencia Alec y yo.

—Ahora vete, Rose, y desaparece de mi familia. Yo me haré cargo de mi hermano. —Fue hacia el montón de objetos que arrojó al suelo cuando me sentó en el escritorio y se agachó para coger el pañuelo blanco impregnado en sangre que antes utilizó para limpiar la daga—. Toma. —Me lo lanzó al pecho y lo atrapé con mi otra mano antes de que cayera al parqué—. Límpiate.

Deseaba salir de aquí a toda prisa. Me encontraba en el borde del llanto y apenas podía controlar los sollozos que me esforzaba por mantener atascados en mi garganta.

Ya aguanté demasiada humillación por esta noche.

—Algún día, Dylan McClain, te haré tragar todas tus palabras ponzoñosas y te escupiré otras más afiladas. —Mi voz empezó a quebrarse, poniéndome en evidencia ante él, lo que me enfadó sobremanera—. Te atacaré donde más te duela.

—Buena suerte en encontrar mi punto débil, uno que ya me encargué de que nadie pueda usar en mi contra, *cariño* —ronroneó—. Y podría asegurarte de que tú eres la única persona que no podría atacarme por ahí.

Arrugué el pañuelo en un puño e hice lo que me pidió. Me limpié los muslos rápidamente sin soltar el cuchillo.

Había perdido esta batalla y era la hora de retirarme. No disponía de armas para herirlo y yo estaba demasiado rota.

Con la furia carcomiéndome las entrañas por mi derrota, le estampé el pañuelo en la cara y salí del despacho pegando un fuerte portazo.

Antes de correr a trote por el pasillo, me volví a guardar el cuchillo en la bota para que nadie me lo arrebatara, ya que dudaba no cruzarme con ninguno de los hombres de los McClain.

Capítulo 48



Antes de bajar por las escaleras, un brazo me rodeó por la cintura y una mano me tapó la boca, silenciando mi grito. Me arrastró por el pasillo hasta terminar empujándome hacia el interior de un dormitorio.

Me di la vuelta justo a tiempo de ver a Jackson cerrar la puerta de una patada. La mirada tan fría que me lanzó me dejó más helada que un glaciar.

—Nunca me esperé tu traición —soltó.

No me lo podía creer. ¿Cómo era tan hipócrita de acusarme de traidora cuando fue él quien me apuñaló por la espalda casándose conmigo a traición?

Aunque por dentro era un manojo de nervios por mis ansias de salir de esta casa y refugiarme en la mía, pude enviarle una mirada fulminante.

—¿Cómo te atreves a sentirte traicionado por mí cuando fuiste tú el embustero? —Casi grité. No tenía otra opción que enfrentarme a él, ya que me bloqueaba la única salida que disponía esta habitación—. ¿Cómo tuviste la desfachatez de manipularme, aprovechándote de mis graves problemas que me podrían costar la vida, para que firmara un documento aparentemente inocente con la intención de que me casara contigo sin mi consentimiento?

—Necesitaba un vínculo mucho más fuerte. Los sentimentalismos son muy frágiles. —Su respuesta no hizo más que confundirme.

—Me importa una mierda tu rollo espiritual —gruñí—. Quiero el divorcio.

—Lo siento, pero no puedo permitirlo. —Se encogió de hombros, restándole importancia a un asunto que rebosaba de relevancia—. Y menos después de ver que te follaste a mi hermano.

No pude evitar que mi rostro ardiera de la vergüenza por haber caído tan bajo.

Sacudí la cabeza, apartando esa emoción a un lado para centrarme en el presente, y lo señalé con mi dedo índice.

—Te pienso denunciar por este matrimonio fraudulento —espeté, a sabiendas de que estaba diciendo una tremenda tontería, puesto que un criminal como un mafioso ya lo tendría todo calculado y siempre saldría impune de una forma u otra.

—Hazlo, si quieres. Sin embargo, no vas a poder demostrar nada. ¿No ves que ya pensé en esa opción? —Su sonrisa maquiavélica me preocupó en exceso—. Podrías quedar como una desequilibrada mental —aseguró y empezó a romper la poca distancia que nos separaba—. Ya

sabes que, ahora que soy tu esposo, solo se necesita mi firma para encerrarte en un hospital psiquiátrico hasta que te sometas a mí. Además, el dinero mueve montañas, Rose.

Negué con la cabeza repetidas veces, asombrada de lo que me estaba diciendo. Si pensé que Dylan era un monstruo sin escrúpulos, Jackson no se quedaba atrás.

Me eché a un lado rápidamente cuando levantó una mano para tocarme la mejilla, poniendo más distancia entre ambos en caso de tener que defenderme.

Sentía que el metal del cuchillo me quemaba la piel de la pierna, recordándome que lo tenía ahí, listo para utilizarlo.

Jackson bajó el brazo y apretó los labios, molesto por mi reacción. Se quedó ahí, tan quieto como una estatua con la vista fija en el suelo.

Mis ojos volaron hacia la puerta cerrada del dormitorio. Quizás me daría tiempo llegar a ella y escapar en una carrera ahora que ya no me estaba bloqueando la salida.

—Planeas abandonarme *otra vez*, pero ya no soy un niño, *madre*. —Sus palabras me bloquearon como una idiota. Esa palabra ya la pronunció en el despacho mientras me miraba a mí—. Ahora soy un hombre preparado para deshacerme de cualquier obstáculo que se interponga en mi camino para llegar a ti. —Se giró hasta quedar de frente a mí—. No existe un escondite en este mundo que puedas emplear mucho tiempo para ocultarte de tu destino.

—Yo no soy tu madre —murmuré perpleja. Jackson había perdido el norte. ¿Cómo no fui capaz de percibir antes lo trastornado que estaba?

Su rostro fue descomponiéndose poco a poco, dejando visible un enfado que iría a más si seguía presionándole.

—Una *madre* no es quien da a luz, Rose, sino quien da vida —explicó, muy seguro de sí mismo—. Christabella me la *quitó* cuando me abandonó y me dejó en brazos de William, solo e indefenso con tan solo dos años. Sin embargo, sí se llevó a mi hermano en su huida, olvidándose de que también parió a otro.

Un nudo se formó en mi garganta. Lo sentí tan apretado que ya me dificultó respirar. Había mucha historia del pasado de los McClain que aún seguía invisible para mí y, por lo visto, también se me involucraba cuando yo no tenía nada que ver. Ni siquiera nací cuando Christabella murió, joder.

—Pero yo no te he dado *vida*, Jackson —intenté razonar con él, aunque era consciente de que no lo conseguiría porque su mente ya fue *moldeada* como su padre quiso.

—¡Rose, por supuesto que lo hiciste! —Levantó ambos brazos y sonrió como un demente—. Gracias a ti pude soportar a William hasta que Dylan acabó con él en cuanto yo cumplí la mayoría de edad, evitando así que yo fuera un Caballero Oscuro. De no ser por ti, *madre*, yo ya estaría bajo tierra. ¿Por qué no lo entiendes?

Ahora parecía enfadado por no comprenderlo, pero lo que Jackson no sabía era que sí entendía más cosas de su psicología, aunque no se lo haría ver.

El McClain detestaba a su madre y de ahí nacieron los dibujos sádicos que pintó de Christabella, en los cuales ella lo miraba con furia. Jackson no sentía *amor* por mí, tan solo un *apego* enfermizo que conllevaba a querer vincularse conmigo de todas las formas posibles.

Una parte de mí que permanecía en el lugar más recóndito de mi alma sentía pena por él.

—Ya te expliqué por qué a los Caballeros Oscuros se les llama inquisidores y William fue uno de ellos. —Por supuesto que lo sabía. Las torturas se basaban en las que se usaban en la *Santa Inquisición*. Recordar esto me puso todos los pelos de punta—. A Dylan y a mí nos torturaba así por no ser lo que él quería que fuésemos, Rose. ¿Puedes imaginarte lo agónicas que fueron? —

Asentí con la cabeza, ya que no encontraba palabras que decir. Jackson sonrió en respuesta, satisfecho por mi comprensión—. Tú me hiciste resistir a cada una de ellas. Mi hermano me aseguró que mi recompensa a mi supervivencia sería tenerte.

¿Qué demonios…? ¿No se suponía que Dylan solo pretendió alejarme de Jackson? ¡Esta familia me estaba volviendo loca y lo único que tenía que hacer era alejarla de mí por mis propios medios!

Tal vez mi viaje a Italia era mi solución. Bendita era la hora en la que mis padres decidieron regalarme esos billetes de ida, pero no de vuelta, con lo cual, Cynthia y yo no tendríamos prisa para volver a Nueva York. Los McClain no estaban enterados de esto, así que sería mi escapatoria perfecta.

Solo tenía que fingir hasta que llegase ese día, que ya se encontraba a la vuelta de la esquina.

—Me devolviste la vida cuando te acercaste a mí y me diste esperanza —prosiguió. Claro, cuando éramos adolescentes y fui tan imprudente de querer entablar una amistad con un desconocido por dejarme llevar por mi sensibilidad al verlo tan perdido—. Tuve que desparecer sin previo aviso por culpa de William, ya que corrías peligro mientras su corazón siguiese latiendo, así que solo tenía que ser paciente y esperar el momento indicado para volver a estar a tu lado. Con lo que no contaba fue con la aparición de Cecilia.

Di un paso sutil hacia la puerta, preparándome para echar a correr. Dudaba de que Jackson me lo pusiera fácil, pero disponía de un arma que no me negaría a utilizar si me viera en peligro.

—La esposa de Dylan que tú te follaste y por la que yo me convertí en su venganza personal hacia ti —dije con más brusquedad de la prevista.

En lo que sí estaba teniendo éxito era en mantener a ese maldito McClain muy encerrado dentro de mí para que no me hiciera flaquear en mi enfrentamiento con Jackson.

—Cuando la vi por primera vez, me viniste a la mente. Acostarme con ella era como hacerlo contigo… —Se quedó callado, sumergido en sus pensamientos. No me podía creer que él relacionase a Cecilia conmigo y que por eso decidió traicionar la lealtad de su hermano y, en consecuencia, acabar yo pagando los platos rotos—. Dylan sí la amaba, pero yo no quería que él estuviera con esa *cualquiera*. Si se dejó seducir por mí, no era merecedora de su amor. Así que le confesé la verdad a mi padre para que tomara cartas en el asunto. William llevó a Dylan a mi dormitorio cuando Cecilia estaba en mi cama para que presenciara todo y abriera los ojos, aunque el muy estúpido quiso perdonarle la infidelidad. Sin embargo, mi padre no lo permitió y tuvieron un enfrentamiento. Finalmente, Dylan estuvo en la obligación de matar a Cecilia por petición de William, ya que, si no lo hacía, mi padre la hubiera torturado hasta la muerte.

Enterarme de esto fue como un latigazo en mi corazón. No obstante, empleé esta verdad para sacar algún beneficio que pudiese ayudarme.

«Dylan asesinó a su esposa y quedó viudo…».

—Después llegó Yelena y esa parte de la historia ya la sabes. Me obligaron a contraer matrimonio con ella, pero, por suerte, ya nada me ata a esa mujer.

Controlé mis impulsos de gritarle que intentó matarla para deshacerse de ella, y que le salió el tiro por la culata. Sin embargo, al final terminé yo amarrada a Jackson al obtener el divorcio, aunque no tenía ni idea de cómo lo consiguió estando Yelena más que empecinada en no dejarlo en paz.

—Y yo me dejé seducir por tu hermano, así que tampoco soy merecedora de *tu amor*. —No debí decir esto, me di cuenta en cuanto Jackson perdió la poca lucidez que mantuvo en esta conversación.

—¡Disfrutas restregándomelo, ¿verdad?! —chilló, abalanzándose sobre mí.

Salté hacia atrás para esquivarlo y eché a correr hacia la puerta. Solté un grito de frustración por mi fracaso, ya que Jackson me dio alcance y me agarró de ambos brazos, manteniéndome de cara a él para enfrentarlo.

—Perdonaré tu desliz, *madre*, pero, por tu bien, no vuelvas a dejarte engañar por él. —Mi mirada horrorizada pareció suavizar su expresión colérica—. Dylan solo te ha usado para darme una lección que yo merecía y he aprendido de ella. No volverá a hacerte daño porque ya estamos en paz; sin embargo, quiere separarme de ti por su errónea creencia de que tu presencia en mi vida solo me desestabiliza, y yo le haré ver que está equivocado. Si te vas, te llevarás mi vida contigo y me convertirás en un ser *sin nada*. —Sus facciones volvieron a cambiar a unas más siniestras—. Sin ilusiones, sin miedo, sin compasión… —Dejó el resto a mi imaginación, lo que me produjo un escalofrío al captar su indirecta amenazante—. Mi hermano no querrá eso en cuanto vea las repercusiones de tu partida.

—Suéltame, Jackson —le pedí en un tono tranquilo, aunque por dentro temblaba como una hoja.

—Veo las claras intenciones de huir en tus ojos, Rose, y, si te lo permito, sé que no querrás volver a mí. ¿Por qué no entiendes que te necesito en mi vida para estar anclado a ella? —Su voz se le terminó quebrando, pero se recuperó rápido y, sin verlo venir, me abrazó—. No vuelvas a abandonarme, *madre*. No lo soportaría.

Mi mejilla quedó pegada a su pecho; y su barbilla, apoyada en mi cabeza. Mientras que con una mano me acariciaba el cabello, con la otra me mantenía unida a él al tenerla reposada en mi espalda.

Jackson tenía que sentir los latidos desenfrenados de mi corazón con esta postura tan íntima. Mi cuerpo estaba rígido y no pude moverme, pero mi cerebro trabajaba a mil por hora, barajando la mejor manera de salir de aquí. El McClain se encontraba demasiado inestable y no podía bajar la guardia con él.

Una idea cruzó por mi mente como un rayo.

—No me marcharé de tu vida, Jackson —musité, conservando la calma lo mejor que podía. Él no debería de notar mi papel de actriz o mi plan se iría al traste, empeorando la situación—. Tan solo tengo que volver a casa o Cynthia se preocupará por mi ausencia. —Antes de que tuviera la oportunidad de hablar, proseguí—. Es cierto que estoy enfadada contigo por el asunto del matrimonio, pero lo terminaré aceptando. Dame un tiempo, por favor. —Sería inútil y poco convincente que me sometiera de golpe a la idea de estar casada con él, así que tenía que emplear medias verdades y grandes mentiras—. Lo que pasó con Dylan fue un error. —La mano que me acariciaba el pelo se detuvo y sus músculos se tensaron, lo que me hizo llevar más cuidado con mis palabras—. Tu hermano quiere lo mejor para ti, pese haberse dejado llevar por su sed de venganza, y estoy segura de que aceptará que nosotros estemos unidos porque él siempre querrá lo mejor para ti.

Esta falsedad me quemaba la lengua, pero manipulándolo así lograría salir de aquí para no volver jamás.

—Dylan salió en mi defensa en numerosas ocasiones para que la furia de William se desviara a él —murmuró, retomando las caricias—. Sé que mi hermano quiere lo mejor para mí y cambiará de opinión en cuanto le demuestre que tú eres mi ancla.

Un escalofrío me recorrió la columna vertebral, erizándome la piel. Yo misma cargaba con todo el peso de la vida de Jackson sin haber sido consciente.

—Confío en que lo harás. —Hice el amago de apartarme de él con sutileza y me liberó a regañadientes—. Ahora tengo que marcharme. Es tarde.

El que estuviese estudiando mis facciones con demasiado detenimiento me ponía más nerviosa y me aferré a la máscara de actuación que me puse para que no me notase la mentira.

—En dos días es Navidad, así que estaré ocupada con mis padres, pero después estaré libre.

Cuando llegase ese momento, yo ya estaría bien lejos con Cynthia. Lo que quería era pasar el poco tiempo que me quedaba sola, sin que ningún McClain me molestase.

Jackson no dijo nada, poniéndome más difícil controlar mis verdaderas emociones que mantenía ocultas bajo mi máscara. Una suave sonrisa se grabó en mi rostro, una que era más falsa que Judas.

—¿Nos vemos en tres días? —continué, incitándole a que me dijese algo, lo que fuera, y que dejara de analizarme.

—Claro —contestó después de unos largos segundos.

No era una experta interpretando señales, pero me resultaba clarísimo que Jackson se estaba debatiendo en si creerme o no, a juzgar por su cara tan seria y la mirada tan neutra.

—Tus escoltas te llevarán a casa —dijo.

—No será necesario.

Su vista se desvió hacia una de mis muñecas, donde debería de estar el brazalete que él me regaló al firmar el documento. Por instinto, me la cubrí con la otra mano disimuladamente.

—Vuélvete a poner la joya que te di, Rose. No es bueno que andes por las calles sin ella. —Su voz era tan carente de emoción, que no sabía si me tenía que poner en alerta o no—. Llevar la *insignia* de mi familia…

—Sé que otras familias de la mafia me reconocerían con ella —lo interrumpí—. Lo haré en cuanto vuelva a mi apartamento.

—Bien.

Tomé una respiración profunda antes de asentir con la cabeza y dirigirme hacia la puerta. Mi cuerpo estuvo tenso mientras duraba el corto trayecto, a la expectativa de sentir su agarre otra vez.

Para mi sorpresa, Jackson dejó que me marchara. Contuve un suspiro de alivio cuando puse un pie en el pasillo y cerré la puerta tras de mí sin recibir ningún percance.

Al llegar a las escaleras, un estruendo, seguido de otros más, me detuvo. Giré la cabeza hacia el origen de ese escándalo. Parecía que provenía del despacho, donde se encontraba Dylan. ¿Le había dado un ataque de furia y estaba rompiendo cosas?

—¿De verdad creíste que soy tan manipulable como para creer en lo bien que te has tomado todo esto?

La voz de Jackson me hizo soltar un respingo y lo miré asustada, poniéndome una mano en el pecho.

—¿De qué hablas?

—Christabella también sonaba como tú de convincente, según William. Mi padre me enseñó a captar las palabras trampas y a ver más allá de una máscara. —Sonrió con tanta malicia, que todas mis alarmas saltaron—. También vi el dolor que te provocó mi hermano cuando confesó sus verdaderas intenciones contigo, Rose. Reconocería *el amor* en unos ojos a distancia y los tuyos son más expresivos de lo que crees.

Me mordí la lengua para no escupirle que muy bien no se le daba leer emociones detrás de una máscara, ya que no vio venir los planes de su hermano conmigo. Por lo visto, Dylan era inmune

al estudio tan exhaustivo de Jackson.

—Yo no estoy enamorada de tu hermano —solté tan rápido, que apenas me entendí a mí misma.—. Viste mi dolor porque me sentí usada de la peor manera.

—Sé muy bien que no volverás a mí por tu propio pie —dijo, ignorando mi anterior comentario—. Deberías saber que tu muerte o la mía será tu liberación. —Esto pareció pensarlo en voz alta, ya que parecía perdido en sus pensamientos.

¡A la mierda con guardar las apariencias! Jackson no iba a creer en ninguna de mis palabras, así que solo podía dejarme llevar por mi instinto de supervivencia, que se activó en cuanto el McClain dio un paso hacia mí.

Di media vuelta y bajé las escaleras como alma que lleva el diablo. El metal del cuchillo en mi pierna ardía más, pidiéndome ahora a gritos que lo empuñara.

No llegué muy lejos, ya que Jackson me alcanzó en mitad del comedor.

—¡He pasado por alto el que te acostaras con mi hermano ¿y me lo pagas así?! —gritó.

Forcejeamos sin cuidado alguno en no lastimar al otro. Él intentaba inmovilizarme para evitar que me fugase, y yo lo golpeaba conforme me venían oportunidades para que me soltase.

—¡No me obligues a herirte! —chillé de vuelta, porque no pensaba contenerme en emplear otros métodos para quitármelo de encima y huir de aquí sana y salva.

Aproveché un despiste por su parte y liberé uno de mis brazos, que usé para encorvarme de lado y coger el cuchillo. Acto seguido, lo apuñalé en la pierna sin miramientos.

Jackson gruñó y me soltó de sopetón. Retrocedí rápidamente con el cuchillo en la mano, apuntándole con la hoja manchada de su sangre.

Mi cuerpo temblaba como nunca por lo que me había visto obligada a hacer. En cuestión de un mes, me convertí en una asesina y ya no me resultaba difícil hacerle sangrar a alguien con tal de defenderme.

Miré al McClain horrorizada. Él se tuvo que apoyar en la mesa del comedor para mantenerse en pie con la pierna sana.

—Nos acusaste a mi hermano y a mí de ser iguales a mi padre —soltó dolorido y me lanzó una mirada un tanto divertida, acompañada de una sonrisita que más bien parecía una mueca—. Si yo fuera como William, te habría matado, como él hizo con Christabella. En cambio, no soy capaz de contraatacarte. Espero que sepas valorarlo.

No me pasó por alto que Jackson nunca nombrada a Christabella como su madre. En su lugar, me encontraba yo. De todas maneras, esto era lo que menos me importaba ahora.

—Te advertí de que no me obligases a herirte —le dije con dificultad. Hasta la lengua me temblaba en sintonía con mi cuerpo.

La idea macabra que me vino en el dormitorio de Jackson cuando me confesó que Dylan mató a su mujer merodeó por mi cabeza. Ojalá fuese más malvada para poder matarlo y ganar así la viudez, librándome de este matrimonio fraudulento que me unía a él. Sin embargo, no me atrevía, y mucho menos en la misma casa del enemigo, donde cualquiera podía tomar represalias en un santiamén.

Escuché pasos apresurados por mi espalda y el *clic* de unas armas. No hizo falta analizar más para saber que varios hombres de los McClain me estaban apuntando con sus pistolas.

Uno de ellos se puso entre Jackson y yo, el mismo que vi nada más entrar al *DyJack* en mitad de la persecución por los hombres de Eckardt. Supuse que se trataba de Sean, el de mayor confianza de Dylan que me nombró Jackson en la playa.

El hombre de mediana edad no se molestó en encañonarme, pero sí me observó como una

amenaza potencial que debía de ser erradicada.

Abrió la boca, supuse que para dar una orden, pero la voz profunda y firme de Dylan lo silenció.

—Has sembrado el caos en mi familia, Rose Tocqueville. —Fue bajando las escaleras poco a poco con su mirada fija en mí—. Te dije que te fueras y, en lugar de eso, derramas la sangre de mi hermano.

—Por eso mismo le hice sangrar. —Le transmití con mis ojos todo el rencor que llevaba dentro—. No me permitió marcharme como me *ordenaste*. —Enfaticé excesivamente en la última palabra.

La respiración acelerada de Jackson era lo único que se podía escuchar en el ambiente. El McClain permanecía apoyado en la mesa con la cadera mientras se sujetaba la pierna en un intento de aliviar el dolor.

—Bajad las armas —ordenó Dylan, acercándose a mí despreocupado, como si estuviese seguro de que no lo atacaría con el cuchillo que todavía empuñaba con ímpetu—. Ella no es un peligro, tan solo una molestia.

Apreté los labios por la furia que este hombre se encargaba de empeorar cada vez que abría su maldita boca. Se detuvo a un escaso metro de distancia. Solo tenía que dar un simple paso para apuñalarlo fácilmente, pero no me podía engañar a mí misma. A él no era capaz de herirlo, aunque él me dejase el alma hecha pedazos.

Me dolía horrores que Dylan me mirase así, con una inmensa indiferencia; sin embargo, no le demostraría mi estado verdadero. No le daría el gusto de verme derrotada.

Además, con espectadores a nuestro alrededor no quería recriminarle nada más, o me convertiría en el hazme reír de todos.

—No es grave —comentó Sean detrás de Dylan, revisando la herida de Jackson—. Yo me encargo de llevarlo al hospital.

—Estoy bien —se quejó el aludido, más pálido de lo normal y con el rostro cubierto de sudor —. He sufrido heridas peores.

—Dame el cuchillo, Rose —me ordenó Dylan y extendió un brazo hacia mí—. Mientras supongas una amenaza para cualquiera de nosotros, no te dejarán salir de aquí y supongo que es lo que más deseas.

—Tienes razón. Lo que más deseo en este mundo es que desaparezcáis de mi vida para siempre —escupí, controlando los temblores de la mano que empuñaba el arma.

Le eché un rápido vistazo a Jackson por el lado de su hermano. Él no me contradijo, pero su mirada ya me gritaba que mi petición nunca será cumplida.

—Tu deseo es mutuo —contestó Dylan—. Entrégame el cuchillo y te dejaré marchar para no volver jamás. —No me moví, tan solo lo miraba con un odio que pronto haría realidad—. Siéntete afortunada por no matarte yo mismo al haber herido a mi hermano. Es la primera vez que voy a saltarme mis principios, así que te aconsejo que no desaproveches la oportunidad que te estoy dando *solo a ti* —insistió y movió los dedos de la mano, incitándome a obedecerle.

No le di el cuchillo, sino que se lo tiré a los pies con fuerza. Un músculo de su mandíbula se apretó por mis malos modales. Claro, este simple acto de rebeldía delante de sus hombres ya era una humillación para él.

—Espero de todo corazón que ardas en el infierno —gruñí, a duras penas conteniendo las lágrimas.

Me giré, dándoles la espalda a los McClain, y caminé a grandes zancadas hacia la salida. Los

hombres que me crucé por el camino se apartaban para darme paso.

Salí de allí con mi corazón y mi orgullo tirados por el suelo.

Capítulo 49



Me abracé a mí misma mientras caminaba por la carretera solitaria. Ni siquiera se dignaron a pedirles a mis escoltas que me llevaran a mi apartamento, pero, al fin y al cabo, era lo mejor.

No pude contenerme nada más poner un pie fuera de la parcela y me eché a llorar como una niña desolada, así que me sentía mejor que nadie percibiera mi decadencia.

Era consciente de que corría peligro yendo yo sola por un lugar aislado y en plena noche; sin embargo, no quería llamar a Cynthia y despertarla.

Mis lágrimas continuaban derramándose por mis mejillas, pero, al menos, ya no sollozaba tan fuerte como antes, aunque mi aspecto ya decía mucho de la tormenta emocional que llevaba dentro.

No solo me peleaba conmigo misma por haberme dejado engañar por Dylan y manipular por Jackson, sino que la culpabilidad de la muerte de Jeremy me estaba azotando con violencia.

Me sentía ruin.

Aceleré el ritmo. Ansiaba encerrarme en mi dormitorio para reflexionar hasta volver a coger las riendas de mi vida y planificar qué hacer. No pensaba permitir que el crimen de mi amigo quedase impune, pero para hacerles pagar a los McClain necesitaba un buen plan que no podía crear a la ligera.

El rugido de un motor me sacó de mis pensamientos tormentosos y paré en seco en el arcén de la carretera. Apenas conseguía distinguir el vehículo negro, cuyas luces se mantenían apagadas, en medio de la noche.

Me quedé bloqueada como una idiota, aunque preparada para adentrarme en el bosque que tenía a la derecha.

El coche se detuvo un poco más adelante, pero el motor seguía ronroneando y nadie salió de su interior.

Un escalofrío trepó por mis piernas desnudas. Podía sentir, como mínimo, una mirada puesta en mí; no obstante, el interior del vehículo se encontraba en la penumbra y la luz de la luna no era suficiente para ver más allá de los cristales.

Di un paso hacia la zona arbolada con mi vista fija en la amenaza. Me arrepentí al instante de no haber optado por atravesar este terreno montañoso y desigual hasta llegar al centro urbano,

pese a la dificultad de la oscuridad.

Por fin se abrió la puerta del conductor, y lo poco que vi asomar activó mis alarmas. Un pie se posó en el suelo, una mano se agarró al marco de la ventanilla y el cañón de una pistola se hizo visible.

No esperé más y eché a correr hacia el bosque. Seguidamente, escuché el sonido de unos portazos, informándome así que había más personas en el interior de ese coche.

Me tropecé con algo y mi cuerpo salió disparado hacia adelante, pero, gracias al árbol que tuve enfrente, no caí al suelo y pude continuar corriendo.

Oía los pasos de esos hombres detrás de mí. Ninguno se molestó en dispararme, así que ellos me querían viva. Esto era lo único positivo de esta situación, aunque no podía confiarme. Una vocecilla molesta de mi subconsciente me gritaba que el que me matasen con un tiro aquí mismo era el menor de mis problemas.

Intenté correr más rápido, pero mis piernas no daban abasto mientras que tenía que esquivar árboles sumergidos en la penumbra para no estrellarme contra ellos y bajar velocidad.

La fatiga ya me estaba pasando factura. Llevaba mucho tiempo sin hacer deporte y ahora pude ver el terrible error que cometí.

Temerosa, me permití echar un vistazo rápido por encima de mi hombro sin detenerme. Un gimoteo salió entrecortado de mis labios por la carrera al ver que dos de ellos se encontraban relativamente cerca.

«¡Corre más rápido, maldita sea!», me reprimí a mí misma.

Mis piernas protestaron por la alta carga que les estaba dando y di un mal paso. Mis pies se enredaron en las raíces de un árbol, provocando que me cayera de bruces contra el suelo, golpeándome la cabeza.

Pese al aturdimiento y a los pitidos de mis oídos, alcancé a escucharlos a mi lado.

Me puse las manos en la cabeza, que me martilleaba fuertemente, y conseguí abrir los ojos. Lo único que pude ver antes de ser levantada con brusquedad fue unos zapatos delante de mis narices.

Mis piernas me fallaron y, si no llegase a ser por la persona que me agarraba por detrás, me habría caído de rodillas otra vez. Con torpeza, intenté liberarme, pero el que tenía delante me dio un puñetazo en el estómago.

Expulsé todo el aire de los pulmones por el golpe y me encorvé hacia adelante. El maldito hombre que tenía detrás no cesaba de soltarme, manteniéndome en pie más debilitada que nunca.

Unas terribles náuseas se abrieron paso por la nebulosa que enturbiaba mi consciencia y vomité ahí delante.

No me brindaron tiempo para procesar que la muerte venía a mí a pasos agigantados porque recibí una patada en la boca y después me tiraron al suelo con fuerza.

El dolor atroz se irradiaba por todo mi cuerpo, impidiendo que pudiese gritar y pedir ayuda. No obstante, mi agonía no se detuvo aquí.

Recibí golpes por cada costado y lo único que pude hacer fue encogerme en el suelo y abrazarme a mí misma en posición fetal hasta que, por fin, la oscuridad me arropó.

⚹ ⚹ ⚹

Un fuerte rugido de la naturaleza me hizo salir de la *nada*. Fui consciente de que a mi alrededor se desató una tormenta, pero ninguna gota de agua caía sobre mí.

Sentía mi cuerpo tan dolorido, que no quise mover ni un solo músculo para no empeorar el sufrimiento.

Los recuerdos vinieron a mí de forma paulatina mientras permanecía con los ojos cerrados, aunque mi respiración cambió a una más rápida conforme llegaba al final.

El horror de haber sido secuestrada fue lo que me empujó a abrir los ojos de golpe. Solté un quejido y los entrecerré para ir acostumbrándome a la poca luz que había a mi alrededor.

Me encontraba tendida en el suelo sobre mi costado con las piernas flexionadas. Paseé la vista por lo poco que podía ver desde mi posición. Me trajeron a un almacén con montones de mantas y de cajas apiladas cubiertas de una capa gruesa de polvo.

Había una pequeña ventana muy cerca del techo, pero no podía ver nada del exterior al tener los cristales sucios. Solo sabía que era de noche y que llovía con fuerza.

La poca luz que alumbraba este lugar provenía de una bombilla del techo que titilaba, dándole un aspecto tenebroso.

Me removí sobre el suelo, sin poder evitar gemir con cada movimiento, por muy suave que intentara hacerlo. Conseguí ponerme boca arriba con un terrible esfuerzo y me agarré la cabeza. Esta seguía martilleándome y no tenía pinta de pasarse pronto.

Mis ojos deberían de estar rojos ahora mismo, ya que *Nyx* estaría haciendo su trabajo; sin embargo, gracias a mis lentillas nadie podría presenciar este hallazgo.

Estos hombres me habían golpeado con tanta agresividad, que mi cuerpo no se repararía lo rápido que yo quisiera. Mientras continuase así de herida, no tendría muchas posibilidades de escapar de aquí.

A lo sumo podría tener alguna fractura o alguna costilla rota. Hasta pestañear me dolía horrores.

El sonido de una puerta me produjo un escalofrío, enviándome otro latigazo doloroso por todo el cuerpo.

Mi respiración rápida se volvió más errática y los latidos acelerados de mi corazón los sentía como puñetazos sobre mi pecho.

Me daba miedo girar la cabeza hacia donde debería de estar la única entrada y salida del almacén, pero me tragué ese terrible sentimiento y miré.

Dos hombres, que reconocí al instante, se presentaron ante mí. Uno de ellos volvió a cerrar la puerta, aunque toda mi atención se la llevó el otro, quien me contemplaba con una sonrisa maliciosa.

¿Cómo olvidar el rostro del asesino directo de Nathan? Sus ojos negros como dos pozos sin fondo, su cabello oscuro y largo que tenía cubierto de gomina para mantenerlo peinado hacia atrás… tal como lo recordaba.

Delante de mis narices estaban plantados los dos hombres restantes que se encargaron de acabar con la vida de mi amigo en el callejón y ahora habían dado conmigo.

—¿Qué planeáis hacer conmigo? —titubeé con la voz rasposa, sintiéndome la garganta arder.

¿Por qué había hecho esta pregunta tan absurda? ¡Obviamente planeaban matarme y yo no tenía fuerzas ni para defenderme!

Su compañero cogió una vieja silla de madera y la colocó enfrente de mí con el respaldo por delante. Se acomodó en ella, cruzando los brazos por encima de este.

—Te contaré todo el plan en tres simples palabras —empezó el del pelo engominado—. Diversión, asesinato y limpieza. —Tragué saliva con dificultad por el terror que corría por mis venas. Este gesto le hizo sonreír—. Que sepas lo que te va a pasar hará este juego más

interesante. *El jefe* nos dejó vía libre para hacer el trabajo como quisiéramos, siempre y cuando nos aseguremos de que tu corazón deje de latir antes de volver a él. —Entonces, le echó una rápida miradita a su compañero—. Solo mirará, te lo prometo.

Eso no me reconfortaba ni un poquito.

Por instinto, comencé a arrastrarme por el suelo lo más lejos de ellos, ignorando el dolor que se irradiaba por todo mi cuerpo. Mi acto de cobardía les arrancó unas carcajadas.

—Si no hubieras sido tan cotilla, no estarías aquí —se mofó el que estaba sentado en la silla —. ¿No sabías que la curiosidad mata al gato?

—Lucian —gimoteé su nombre, como si mencionarlo fuese a invocarlo para que me volviese a ayudar.

El encapuchado siempre me había sacado de las malas situaciones y dudaba que esta noche fuera la excepción si él estuviese cerca. ¿Acaso ya se aburrió de cuidar de mí? Esto era imposible. Lucian me necesitaba viva para llevar a cabo la destrucción de Eckardt.

—¿Quién? —soltó el engominado, mirándome entre divertido y confuso—. No sé a quién puñetas llamas, pero nadie vendrá a por ti. Solo saldrás de aquí dentro de una bolsa de cadáveres.

—Darius, por favor, no te explayes en tus diálogos con la víctima y actúa —dijo su compañero con una expresión de aburrimiento—. Cuanto más tardes, más peligro corremos.

Me encantaría celebrar nada más salir de aquí intacta que ya sabía el nombre del asesino de Nathan, sin embargo ¿tendría más vida para festejar? Y si la tuviera, ¿tendría las fuerzas para hacerlo?

El susodicho liberó un suspiro y empezó a deshacerse de su ropa con la mirada fija en mí.

Por inercia, mi mano voló al interior de mi bota, pero mis dedos no encontraron nada. Mis esperanzas de sobrevivir se las llevó Dylan cuando se quedó con mi cuchillo.

Era obvio que Darius disfrutaba con cada una de mis reacciones y por eso empleaba demasiado tiempo en desvestirse sin apartar la vista de mí. Para él esto era un juego; y para mí, mi caída.

Un minúsculo rayito de esperanza vino a mí cuando percibí que el dolor del costado había menguado lo suficiente para poder levantarme con la ayuda de algún objeto.

Me arrastré con mis pocas fuerzas restantes hacia una pila de cajas que había apoyadas en la pared y me agarré a ellas para usarlas como soporte. Fue un suplicio mantener mis pies pegados al suelo.

Me giré sobre mí misma, sin soltarme de las cajas, y miré a Darius acercarse a mí como Dios lo trajo al mundo. Me centré en sus ojos y no en lo que emplearía para romperme por dentro.

Apenas fui consciente de mis gritos y de mis llamadas de auxilio que salían disparadas de mi boca sin control alguno mientras cogía en volandas una de las cajas pesadas y se la arrojaba. Repetí la misma acción con las otras.

Darius las esquivaba con suma facilidad al mismo tiempo que caminaba hacia mí.

Cuando me quedé sin nada más que lanzarle, corrí hacia la pequeña ventana en un vago intento de escapar por ahí. Como era de esperar, no conseguí llegar a ella.

Mi verdugo me empujó y mi cabeza se estampó contra la pared. Pese al aturdimiento, fui capaz de asestarle un puñetazo en la cara, pero me encontraba tan débil que le resultó una caricia.

No me rendí y lo golpeé con las manos y las piernas. Sin embargo, sus continuas carcajadas solo me informaban de que no le estaba haciendo ningún daño; en cambio, para mí era todo lo contrario.

En cuanto logró tirarme al suelo, ya supe que había perdido. No le bastó solo con

inmovilizarme con sus manos y destrozarme, sino que también quiso asegurarse de someterme mediante golpizas para que no pudiese defenderme.

Abrí la boca para gritar, pero su agarre en el cuello me silenció. Apretó tan fuerte que me cortó la respiración mientras se posicionaba entre mis piernas temblorosas.

Cerré los ojos con fuerza cuando sentí sus dedos hurgar en mi zona íntima para apartar el tanga y una frase relampagueó en mi mente justo antes de sentirlo entrar en mí de una violenta estocada.

«Los monstruos no nacen, son creados».

Capítulo 50



La naturaleza seguía descargando su furia a través de la tormenta. Ella, tan caprichosa como era, pasó a ser mi única compañía, espantando a los demonios que acababan de nacer en mi interior. Ellos permanecían tranquilos dentro de mí, esperando el momento más oportuno para atacarme. Sabía lo que esto conllevaba: una posible dura transición.

Nyx se llevó el dolor de mi cuerpo maltrecho hacía unos largos minutos. El parásito había curado todas mis heridas que me imposibilitaban levantarme del suelo, pero ¿qué pasaría con las psíquicas? ¿Quién demonios podría empujarme a seguir adelante? ¿Qué razones tenía para esforzarme?

Mi mirada perdida la sentía vacía, sin esa luz que la caracterizaba como viva. Daría gusto mirarme a un espejo; sin embargo, tal vez debería de hacerlo. Las lágrimas se diluyeron junto con mis emociones, quedando un recipiente sin *nada*.

Pese a mi inmenso vacío, una vocecilla interna me insistía en continuar respirando, en no permitir que mi corazón dejase de latir. Para eso tenía que moverme, aunque eso implicara alterar a mis nuevos demonios y enfrentarme a ellos. Quizás podríamos aprovecharnos uno de los otros…

Un estruendo despejó mi mente y giré la cabeza hacia la pequeña ventana que acababa de estallar. Seguidamente, una botella incendiada se estampó contra el suelo, desperdigando el líquido inflamable que no tardó en arder. Otro *cóctel molotov* vino después, haciéndose añicos encima de una de las mantas. El lugar comenzó a arder delante de mí.

Mis demonios enloquecieron e intentaron tomar el dominio de mi cuerpo. Una furia desmedida nació de ellos y se expandió por cada una de mis terminaciones nerviosas. Me aferré a esa emoción tan corrompida por el odio y me levanté del suelo, espetando maldiciones por el entumecimiento de mis piernas.

Mi vestido hecho jirones me cubría lo necesario para mantener mis partes femeninas resguardadas de cualquier espectador. Los dos desgraciados se marcharon después de *matarme* para terminar el trabajo más tarde, pero ya habían vuelto con la clara intención de calcinarme.

—Por vuestro bien, más os vale que me convierta en un cadáver —gruñí con la voz rasposa—, sin embargo, mientras que mi corazón siga latiendo, la partida del juego no llegará a su fin.

Otra botella estalló a mis pies y retrocedí de un salto. Me dirigí hacia la puerta del almacén, y,

como era obvio, no había manera de abrirla. Me habían dejado encerrada aquí para no poder evitar mi muerte.

El calor ya abrasaba mi piel, el humo se introducía en mis pulmones y atrajo la fastidiosa tos seca, el olor a gasolina me embriagaba y el camino hacia la única salida disponible se reducía por las llamas. El exceso de luminosidad me resultaba más que molesta debido a la fotosensibilidad de *Nyx*.

Ahora que me quedaría sin cápsulas, me gustaría ver cómo se llevaría el parásito con mis demonios. Tal vez estallaría el caos en mi interior.

Busqué una manta sin arder y me cubrí con ella. Rápidamente, me lancé a las llamas que me obstaculizaban el paso y pasé por ellas conteniendo un grito por la quemazón de mi piel.

Ya fuera de su alcance, dejé caer la manta y me acerqué a la ventana. De un pequeño salto, me agarré al borde. Apreté la mandíbula al clavarme algunos pequeños trozos de vidrio en las manos. Tenía que contener cualquier ruido que pudiese salir de mis labios para no alertarlos, ya que estarían cerca observando el almacén arder.

Me impulsé hacia adelante, pataleando sobre la pared, y saqué medio cuerpo. Antes de salir por completo, di unas cuantas bocanadas de aire limpio para aliviar la irritación de mi garganta y, con ella, la tos.

Me estampé contra el suelo, reprimiendo un fuerte quejido, y me levanté a toda prisa. La lluvia me empapó por completo, sintiendo mi ropa más pesada, y mi cabello se adhirió a mi cara. Me lo aparté con una mano y estudié el entorno.

En esta parte del almacén no estaban ni Darius ni su compañero, que, como bien dijo él, no participó en mi *muerte*.

Con sumo cuidado y con todos los sentidos en alerta, corrí hacia la zona arbolada que había a unos cuantos metros de distancia. Una vez que me refugié en las sombras, me permití respirar adecuadamente para aliviar la ansiedad.

Me moví entre los árboles, agazapada, y los vi en la parte delantera del almacén, apoyados en un coche y fumándose un cigarrillo. Ambos contemplaban las llamas mientras reían de vez en cuando.

—Festejáis un espejismo, par de desgraciados —susurré para mí misma.

No me entretuve más y avancé entre los árboles hasta llegar a la carretera. Una vez allí, eché a correr como alma que lleva el diablo bajo la lluvia.

No estaba siendo consciente de adónde me dirigía, tan solo seguía mi instinto. Crucé una puerta de forja y continué avanzando entre tumbas y mausoleos.

Cuando llegué a mi destino, me dejé caer de rodillas y mi mirada apática se fijó en las letras de la lápida. Por inercia, apreté el colgante de mi hermana con una mano mientras sentía que las lágrimas se formaban en mis ojos, listas para ser liberadas. Mis emociones volvieron a mí como un relámpago.

—Me abandonaste, Camille —le reproché con la rabia y el dolor entrelazados dentro de mí—. Te necesito y no estás aquí porque te fuiste. —Solté el colgante y cerré ambas manos sobre la tierra húmeda. Clavé mis dedos en ella como garras deseosas de destruir—. ¡Me dejaste sola y jamás vas a volver!

Las lágrimas salían de mí sin control, alimentando a mis demonios que rugían cada vez con más intensidad. Querían ser liberados y desatar el caos; a duras penas podía contenerlos. Cuando llegase el día de ponerlos en libertad, sería cuando habré aceptado *mi muerte*, porque la parte más pura de mí se hizo pedazos y ya no podría ser reparada después de esta noche.

Eché la cabeza hacia atrás y grité con todas mis fuerzas, descargando mi ira. Esta se unió a la furia de la naturaleza y la tormenta caía sobre mí con más violencia.

⋆ ⋆ ⋆

Anduve con pasos lentos por el pasillo de mi apartamento, empapada por la lluvia y dejando un reguero de agua tras de mí.

Me encerré en el cuarto de baño y me puse delante del espejo. Aunque mi cuerpo ya no tenía heridas, la sangre seca que había repartida por él, acumulándose más en mi rostro y en mis muslos, ya era un claro chivato de que una vez las hubo.

Fulminé mi reflejo con la mirada y me despojé de la ropa que luego tiraría a la basura. No esperé a que el agua se calentara y me metí en la ducha nada más encender el grifo.

Sintiéndome otra vez como un recipiente carente de emoción, agarré la esponja impregnada en jabón y me froté la piel con fuerza para quitar toda la suciedad posible.

A estas alturas, Darius y su compañero ya deberían saber de mi supervivencia, así que irían en mi busca. Sin embargo, mañana era Nochebuena, mi último día que pasaría en Nueva York, así que muy pronto no tendrían nada que buscar.

Desde luego que estaba pagando un precio muy alto por haber sido testigo del crimen de Nathan, pero podía decir en un grito que no me arrepentía de haberlo presenciado por un solo motivo: había memorizado los rostros de sus asesinos para después tomar justicia en su nombre, y, ahora, también en el mío, porque ya me encargaría de que «Rose Tocqueville» quedara grabado a fuego en la memoria de Darius.

Ya no tenía nada que perder.

Cuando sentí la piel arder por la abrasión de la esponja, desistí de continuar limpiándome. Siempre quedaría suciedad en mí, eso tenía que aceptarlo.

Salí de la ducha una vez que lavé mi cabello y envolví mi cuerpo en una esponjosa toalla. Avancé hacia el espejo y pasé una mano para apartar el vapor del agua impregnado en el cristal.

«Tu muerte o la mía será tu liberación», había dicho Jackson y ahora lograba ver que ahí se encontraba la clave.

Me libraría de mi matrimonio con ese McClain y de las continuas persecuciones de Darius, también complacería a Dylan de desaparecer de su vida y de la de su hermano. El precio a pagar sería alejarme de mis padres, pero era mejor para ellos que siguieran permaneciendo en la ignorancia. De esta forma, no correrían peligro, ya que estando a mi lado se convertirían en un objetivo.

—¿Rose? —La presencia de Cynthia en el marco de la puerta me hizo dar un ligero respingo y la miré a través del espejo.

Ella apartó la vista de mí y fue a parar en la ropa destrozada que había dejado encima del váter. En esta, aunque fuese negra, se apreciaba claramente las manchas. Además, no despedía un buen olor.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con la voz temblorosa—. ¿Dónde has estado?

—En el infierno —contesté neutra y me di la vuelta para encararla—, pero conseguí salir de él.

—¿Qué? —Frunció el ceño, aunque en sus ojos podía apreciarse el terror—. Rose, ¿qué ha pasado? —insistió.

Me juré a mí misma que entre las dos no habría más secretos y tenía que cumplir siempre mi

promesa, me gustase o no. No solo tendría que lidiar conmigo misma, también con ella, porque las dos sufriríamos juntas esta situación.

—Fui a buscar a los McClain para enfrentarlos —antes de que Cynthia sacara conclusiones erróneas, proseguí— y lo hice, pero al salir de su casa me topé con los asesinos de Nathan y consiguieron atraparme.

—¿Qué te hicieron, Rose? —Estaba a punto de echarse a llorar, y yo no sabía cómo consolarla cuando tenía que consolarme a mí misma.

—Tomaré tu ejemplo en usar dilatadores vaginales. —Intenté sonreír con tristeza, pero ahora sí que me quebré—. Mi corazón sigue latiendo y eso es lo importante —gimoteé.

No podía decir que estaba *viva* porque yo no me sentía como tal. Una buena parte de mí murió esta noche.

Cynthia se lanzó a mis brazos y me abrazó con firmeza. No hizo falta que ella dijese nada al respecto, sabía muy bien lo que había pasado y me estaba brindando todo su apoyo. Las palabras sobraban en innumerables ocasiones.

—Estoy bien —insistí entre sollozos.

—¿Lo estás? —insinuó, molesta con mi mentira.

Por supuesto que éramos conscientes de que no me encontraba bien. ¿Quién lo estaría en mi situación? Era demasiado pronto para contestar «estoy bien».

—Lo estaré con el tiempo —le aseguré, no muy convencida de cómo sobrellevaría estos problemas.

Cynthia rompió el abrazo con suavidad y me miró con una inmensa tristeza.

—Voy… —Hizo una pausa y tomó una respiración profunda para recobrar la compostura cuando iba a romper a llorar otra vez—. Voy a prepararte una tila.

Cuando hizo el amago de separarse de mí, mi mano salió disparada hacia su muñeca, la cual agarré con tanta fuerza que podría estar haciéndole daño.

—No me dejes sola, por favor —le supliqué, temerosa de que las pesadillas me alcanzasen.

Tarde o temprano lo harían, pero no estaba preparada para ellas, no sola. Quería que la primera vez me pillase con la mejor compañía, mi único pilar de salvación.

Cynthia frunció los labios, conteniéndose en no venirse abajo al presenciar el cambio tan drástico que se estaba dando en mi interior. ¿Desde cuándo yo suplicaba por algo? ¿Desde cuándo me dejaba llevar por el miedo?

«Desde ahora».

Puso su otra mano encima de la mía que seguía agarrándola y me sonrió con tristeza.

—Jamás te dejaría sola, Rose. —Vi la verdad en sus ojos azules. Sin embargo, estos habían cambiado. Yo no sería la única que pasaría por una transición—. Vamos a tu habitación —me animó—. Te ayudaré a ponerte cómoda y pasaré la noche contigo. ¿De acuerdo?

—Necesito expulsar todo lo que llevo dentro ahora, ya que después no querré mencionar nada —murmuré.

Cynthia asintió con la cabeza y me incitó a caminar con ella hacia mi dormitorio.

No solo le contaría los sucesos de esta noche, sino que sabría el plan que había maquinado para escapar de los McClain y de los asesinos de Nathan.

Capítulo 51



Todos los días moría gente en Nueva York, al igual que en cualquier parte del mundo. Cynthia y yo paseábamos por el cementerio, disimulando que no prestábamos *demasiada* atención a cada entierro que se estaba dando esta tarde.

Nos quedamos cerca del que parecía ser el indicado para mi descabellado plan de escape y salvación.

En cuestión de tres meses me había convertido en una asesina, y ahora en una profanadora de tumbas. Cada día estaba más cerca de ser un monstruo sin escrúpulos, así que no debería de juzgar a los McClain como tal cuando yo era igual a ellos, o incluso peor.

—Una chica joven —susurró Cynthia—. Su cuerpo podría servir.

—Es la elegida —coincidí—. Los rasgos quedarán desfigurados y los complementos serían los míos, así que nadie debería de fijarse en nuestras diferencias.

—Espero que así sea. —Soltó un suspiro—. Rose Tocqueville tiene que *morir*.

—Ya está *muerta* —musité, a sabiendas de que ella me escucharía—. Tan solo tienen que ver mi cadáver.

Cynthia no dijo nada, lo que agradecí. Anoche me abrí a ella y le conté todo, porque ya no habría otra oportunidad. Esos recuerdos quedarían atrapados dentro de mí para siempre, y no volverían a salir de mi boca.

Esperamos pacientemente a que el grupo de personas se dispersara. Miré alrededor en busca de Eleazar, el encargado del cementerio, pero no lo veía por ninguna parte. Tenía que darme prisa.

Avancé hacia el mausoleo y me detuve en la entrada para mirar a Cynthia.

—Tú tienes que esperar aquí. Si ves a Eleazar acercarse, tienes que entretenerlo y llevártelo lejos mientras yo saco el cuerpo del ataúd —le pedí en una voz apenas audible.

—De acuerdo.

Me adentré en el mausoleo sin pensarlo dos veces. El cuerpo estaba recién tapiado con yeso blando, así que no disponía de lápida porque esta tardaba unos días en venir.

En una esquina se encontraba un saco de yeso, unos cuantos ladrillos, un capazo de agua y una pala de cavar. Estos materiales todavía no se guardaron en el cobertizo porque se acababan de usar en este entierro, ensuciando los nichos de alrededor.

Eleazar no tardaría en venir para limpiar este lugar. Debía hacer esto rápidamente.

Cogí la pala y fui estrellando el mango contra la pequeña pared que cubría el ataúd que quería abrir. Los ladrillos y el yeso fueron cediendo con cada golpe hasta que, finalmente, la caja de pino quedó al descubierto.

Dejé la pala a un lado y continué deshaciéndome de los ladrillos con las manos. Después tiré del ataúd hasta sacarlo del nicho. Este produjo un ruido sordo cuando se estampó contra el suelo.

Solté una maldición entre dientes y me puse en cuclillas. Cynthia no tenía que fallar en su labor de vigilancia.

Abrí el ataúd y ver el cadáver reciente de la joven me impactó. La culpabilidad arañó los muros que había subido en mi mente para que nada pudiese perturbarme.

Tan solo tenía que aguantar el día de hoy siendo una persona insensible. A partir de mañana ya me encargaría de valorar en cómo reparar los daños de mi alma.

Con mucho esfuerzo, conseguí sacar el cuerpo del ataúd y lo deposité en el suelo para volver a cerrarlo y meterlo nuevamente en el nicho. Después introduje el resto de ladrillos que había destruido para no dejar evidencias de mi profanación. Sin embargo, aquí no había acabado mi tarea.

Me puse manos a la obra con tapiarlo otra vez empleando los materiales que se habían dejado aquí. No era una experta en esto, pero el resultado no estuvo desastroso.

Tomé el cuerpo entre mis brazos lo mejor que podía y me asomé afuera con cuidado. Cynthia continuaba con su estudio exhaustivo hasta que me vio por el rabillo del ojo.

—Tú serás mis ojos y yo me encargo de transportar el cuerpo —le pedí en un susurro. Mi amiga tragó saliva con dificultad por la impresión de verme con un cadáver en brazos, pero terminó asintiendo con la cabeza—. Coge antes la pala de cavar que hay dentro.

Me hice a un lado para que ella hiciera lo que le pedí y, una vez lista, fue la primera en salir.

Juntas, logramos meter el cadáver y la pala en el maletero del *Ferrari* que teníamos aparcado en la entrada del cementerio sin ser vistas por ojos curiosos. Hoy no teníamos escoltas, lo que era buena señal. Los McClain podrían irse al infierno.

—Vamos —le insté.

Cynthia se puso al volante; y yo, en el asiento del copiloto. Arrancó rápidamente el motor y se alejó del camposanto en un santiamén.

Nos dirigimos de vuelta al apartamento para terminar de preparar nuestras maletas y el cuerpo sin vida que me representaría. Tenía pensado pasarme esta noche por la casa de mis padres para despedirme de ellos, contándoles solo lo que deberían saber, y después llevaría a cabo mi plan.

Si me marchaba de Nueva York de la misma forma que haría con el resto, les daría un infarto. ¿Cómo afrontarían la muerte de la única hija viva que les quedaba en otro accidente de tráfico? No lo podía permitir. Tenía que correr el riesgo de exponerme y explicarles lo necesario para que continuasen con el paripé y que al mismo tiempo supieran que estaría bien en Milán.

No les contaría nada sobre los McClain, ni de Eckardt, pero sí del peligro que corría por haber sido testigo del crimen de Nathan. Con eso sería bastante.

—¿Tienes toda tu documentación en la guantera del *Ferrari*?
—preguntó Cynthia, sacándome de mis ensoñaciones.

—Sí. A excepción de mi pasaporte, que es lo único que necesitaré para el aeropuerto.

Dejamos atrás las zonas verdes de la ciudad y nos metimos al centro urbano. Las calles se encontraban atestadas de vehículos y de transeúntes.

—Antes de la cena tengo que recoger un encargo —soltó y miré su perfil, confusa—. Confía

en mí, Rose. Todo saldrá bien, te lo prometo.

Aunque Cynthia no lo supiera, me di cuenta de que esta mañana ella se marchó del apartamento mientras yo dormía. No me dijo en ningún momento dónde fue, pero tenía la impresión de que se trataba de ese encargo.

El *Ferrari* se detuvo delante de un semáforo en rojo. Cerré los ojos unos segundos, aunque la fuerte maldición de mi amiga me hizo abrirlos de golpe y ponerme en alerta.

—¿Qué ocurre? —pregunté asustada.

No podía ser que me pillasen a falta de unas horas para marcharme de Nueva York. Me negaba a perder.

—A mi izquierda, junto a la floristería, se encuentran los McClain conversando con dos hombres —contestó.

Mi corazón me dio un vuelco y comenzó a latir desbocado. Lo último que quería ahora era volver a cruzarme con ellos después de que ambos me lastimaran como lo hicieron.

«Esta noche acabará todo», me recalqué en un intento de mantener la calma.

Giré la cabeza, sin poder controlar mis impulsos de *verlo* por última vez. En cuanto reparé con quiénes estaban hablando, me quedé petrificada sobre el asiento. Sabía que seguía viva porque continuaba respirando, sin embargo, me podría haber muerto aquí mismo.

Para Cynthia esos hombres eran unos auténticos desconocidos, pero, por desgracia, para mí no.

Desvié la mirada a Dylan y, por primera vez, lo miré como un enemigo potencial, el único y peor de todos. Si antes pensaba que me había lastimado, ahora tenía la certeza de que me había hecho pedazos y estos ya no podrían volver a encajar entre sí.

—¿Rose?

No podía apartar mis ojos de él. Necesitaba *verlo* por lo que realmente era: el hombre que me usó, el que me partió el corazón, el que me hundió en la miseria y el que casi consiguió arrancarme la vida.

—Darius —mencioné con repugnancia—. Esos dos hombres son los asesinos de Nathan y los que me… —No pude acabar la frase.

Jackson se mantenía un poco más apartado y permanecía apoyado en el escaparate de la floristería, junto con la muleta. Tenía los brazos cruzados bajo su pecho y la vista en el suelo. Dylan era quien parecía regañar a esos dos desgraciados.

«*El jefe nos dejó vía libre para hacer el trabajo como quisiéramos, siempre y cuando nos aseguremos de que tu corazón deje de latir antes de volver a él*», me dijo Darius.

Resultó que hicieron mal su trabajo y conseguí escapar de la muerte, así que el McClain estaría furioso con ellos por incompetentes.

—¿Han sido ellos los causantes de lo que te ocurrió? —Cynthia no podía creérselo. No la culpaba, a mí también me costaba creérmelo, pero la evidencia se encontraba frente a mis ojos—. ¡¿Por qué demonios querrían hacerte semejante daño?! —chilló, dándole una palmada al volante —. ¡Serán *hijos de puta*!

En otras circunstancias me reiría de su reacción, ya que no solía emplear ese tipo de vocabulario malsonante.

—Tranquilízate —le pedí con suavidad, intentando mantener la compostura. Si las dos nos poníamos histéricas, nadie podría calmarnos.

—¡¿Que me tranquilice?! —espetó, mirándome con los ojos bien abiertos por la sorpresa—. ¿Acaso no tienes sangre en las venas? ¡Rose, los McClain ordenaron matar a nuestros amigos y por eso ellos están pudriéndose bajo tierra! ¡Planeaban hacer lo mismo contigo, pero con el extra de abusar sexualmente de ti!

Mis demonios volvieron a removerse en mi interior, incitándome a liberarlos. Quería explotar, pero no debía hacerlo ahora. No, hasta que no estemos lejos de esta ciudad y del alcance de esa familia.

—Cynthia, mantén la calma. Llegará el momento de cobrarnos lo que nos han hecho, pero necesitamos la cabeza fría.

Me parecía extraño que yo empleara la razón en un momento así, cuando yo era muy impulsiva y siempre me dejaba llevar por el instinto más primitivo.

Ahora todas las piezas del rompecabezas encajaron en mi mente. Darius me interceptó al salir de la casa de los McClain, después de haberme enfrentado a ellos. Dylan me dejó marchar porque él no podía hacerlo con sus manos, pero sí le encargó el trabajo sucio a ese hombre. Jackson se sintió abandonado, algo que le sobrepasaba la razón, y bien pudo querer deshacerse de mí, obteniendo el mismo final que su madre biológica. Dylan mató a Jeremy por haber metido a su hermano en la cárcel, pero ¿por qué ordenaron la muerte de Nathan? ¿Qué había hecho él para que los McClain quisieran eliminarlo?

Sin embargo, había más cabos sueltos sin atar. Yo presencié el crimen de mi amigo y por eso tuvieron la necesidad de silenciarme. Para mí nunca fueron un secreto los deseos de Dylan por matarme. Él mismo me lo hizo ver en más de una ocasión, pero ¿para qué tanta molestia en mantenerme con vida tanto tiempo? ¿Se debía a la obsesión que su hermano sentía por mí y por eso quiso esperar hasta anoche, que fue cuando *abandoné* a Jackson?

Todo tuvo que estar bien atado, no obstante, aún se escapaban muchas cosas de mi lógica, lo que me frustraba.

Un claxon nos sobresaltó y nos dimos cuenta de que el semáforo ya se puso en verde. Cynthia pisó rápidamente el acelerador para no arriesgarnos a que los McClain y esos hombres nos vieran.

«Una etapa acabará esta noche, pero comenzará otra», pensé, cambiando el rumbo de mis pensamientos.

Capítulo 52



Cynthia se marchó hacía una hora para recoger ese encargo y yo estaba de los nervios por su tardanza. ¿Y si la habían interceptado?

Me asomé con cuidado por los cristales del balcón, manteniendo la luz del salón apagada para que nadie me pudiese ver desde fuera.

Había caído la noche y ya casi era la hora de la cena. Tenía que ir a la casa de mis padres para despedirme de ellos y provocar el accidente automovilístico que me *salvaría* la vida, aunque para *ellos* estaría muerta.

La inocente chica seguía en el maletero del *Ferrari*, a la espera de poder colocarla sobre el asiento del conductor cuando fuera necesario. Había utilizado la pala de cavar para propinarle unos golpes limpios en el rostro, especialmente en la dentadura y en la mandíbula con el fin de desfigurarlas, simulando un fuerte golpe contra el volante.

Tenía que estar preparada en el caso de que siguieran investigando más de lo que me gustaría. Ella ya tenía mis pertenencias a excepción del colgante de Camille, puesto que nunca me libraría de esa preciada joya. En cambio, le coloqué otras que siempre llevaba encima y dudaba mucho de que Dylan, al menos, no se hubiese dado cuenta. Además, le puse el brazalete en forma de *serpiente* que Jackson me regaló. Eso era lo más característico de mí que podía aportar.

Toda mi documentación ya estaba en la guantera del *Ferrari*, excepto mi pasaporte, que era lo único que necesitaría para mi viaje, aunque, nada más llegar a Italia y antes de que se anunciara mi muerte oficial por los medios de comunicación, debía deshacerme de él. Pese a que estos documentos corrían el riesgo de terminar calcinados, mis joyas no acabarían así, ya que se necesitaban altas temperaturas para eso.

El vehículo se encontraba a nombre de Dylan McClain, así que le contactarían nada más descubriesen mi accidente y, como consecuencia, su hermano y él tendrían que reconocer mi cuerpo mediante mis pertenencias, especialmente por mi brazalete. Si esto se llegase a realizar, no harían falta más pruebas concluyentes y no analizarían más.

Todo se encontraba en orden o eso quería creerme.

Me aparté del balcón y me quedé mirando la maleta que yacía al lado del sillón. Gracias a las farolas de la calle podía moverme por mi apartamento sin tropezar contra algo.

Dentro de mi equipaje estaba el diario de Christabella. Pese a mi enemistad con sus hijos, yo

quería saber la verdad sobre esa mujer. Cynthia fue la que se guardó las fotografías de Nathan.

Cuando el ruido de la llave de la puerta principal inundó el salón, corrí hacia ella.

—¿Por qué has tardado tanto? —pregunté con tanta rapidez, que apenas me entendí a mí misma.

Cynthia cerró la puerta, encendió la luz y me tendió una pequeña bolsa de cartón. En ella estaba dibujado el logo de una joyería que conocíamos.

—Tu plan tenía lagunas, Rose, y quería cubrir cada una de ellas. Creo que esto bastará.

Acepté la bolsita y saqué la pequeña caja. Abrí los ojos de la sorpresa cuando me encontré con el mismo colgante de mi hermana.

—Es una réplica exacta o casi exacta —explicó Cynthia—. Usé todos mis ahorros para que la fabricaran a cuenta reloj. Se quedaron una fotografía tuya con el collar…

—¿Te has gastado todos tus ahorros por esto? —La miré espantada—. Cynthia, no tenías que…

—Sí tenía que hacerlo —me interrumpió con una triste sonrisa—. Esto le dará más veracidad al reconocimiento de tu cadáver.

Mi amiga tenía razón, no lo podía negar. Este colgante era la clave. Dylan lo había tocado innumerables veces, pero me sentía culpable que ella se gastase tanto dinero.

Volví la vista al cristal violeta en forma de corazón y pasé los dedos por el contorno, analizando cada mínimo detalle. Si te fijabas bien, había una minúscula diferencia, sin embargo, dudaba de que los McClain se dieran cuenta de que este cristal brillaba un poco menos y que los picos del corazón eran más redondeados.

—¿Qué pasará con Alec? —pregunté, cambiando de tema a uno igual de importante—. Seré la causa de vuestro distanciamiento. —No pude evitar que la pena tiñera mi voz.

—No te preocupes por eso ahora. Ciñámonos a que el plan salga a la perfección. —Puso una mano en mi brazo. Dejé de mirar el colgante para posar mis ojos en ella—. Yo no constaré como muerta, tan solo como desaparecida. Ya buscaremos una solución a lo mío con Alec que no te implique a ti. ¿De acuerdo? —Asentí con la cabeza, conteniendo las lágrimas que comenzaron a amenazarme con salir—. Ahora vamos a ver a tus padres.

⋆⋆⋆

Me bajé del *Ferrari* con los nervios a flor de piel. Esperaba que mis padres no me pusieran esto más difícil, pero no pensaba marcharme de la ciudad sin haber hablado antes con ellos y asegurarles que estaría bien, que tan solo tenían que mostrar dolor al mundo y continuar esta farsa.

Cynthia me había traído y decidimos que se quedase cerca con el coche, pero no frente a la casa de mis padres, así que ahora mismo me encontraba completamente sola.

No era muy buena idea que deambulase por el centro urbano con un cadáver en plena descomposición dentro del maletero. La chica ya tenía el colgante puesto, con lo cual, nada más salir de aquí nos pondríamos manos a la obra e iríamos al aeropuerto.

Caminé hacia la puerta principal de la casa un tanto confusa. El vecindario estaba tranquilo. No había nadie por las calles y solo se escuchaban los maullidos de los gatos y los ladridos de los perros. No obstante, lo que me mantenía inquieta era que este silencio se propagaba al interior de la casa de mis padres. No había ni una sola luz encendida cuando ellos deberían de estar esperándome, ya que les avisé de mi visita de despedida. Patrick se mantuvo un poco reacio e

insistió en hablar solo por teléfono, pero lo rechacé. Por el móvil no se podría conversar de lo que planeaba decirles.

Abrí la puerta con mi llave que no quisieron que les devolviese. Todo estaba completamente en la penumbra, lo que disparó los latidos de mi corazón.

Ingresé en el pasillo y entorné la puerta, sin llegar a cerrarla. Le di al interruptor de la luz, y, para empeorar mis nervios, no funcionaba. ¿Qué demonios…?

En el vecindario sí había luz, así que no era un fallo del transformador, como sí lo fue cuando Lucian entró en la casa y robó mi fotografía.

Me saqué el teléfono del bolsillo trasero de mi pantalón y encendí la linterna. Alumbré por delante de mí y comencé a caminar con pasos muy lentos y vacilantes.

—¿Papá? ¿Mamá? —No obtuve ninguna respuesta.

Tragué saliva con dificultad por el nudo que se estaba formando en mi garganta y seguí avanzando por el pasillo.

Me detuve en seco cuando capté un olor que me puso todos los pelos de punta. Reanudé la marcha más alterada que nunca, tanto, que eché a correr hacia el comedor y el salón.

Me resbalé con un líquido que había en el suelo y me agarré rápidamente a la última esquina de la pared, ya de cara a la gran estancia.

Iluminé el suelo con la linterna y contuve un jadeo al ver gran cantidad de sangre. Enfoqué ahora enfrente y lo que vi dibujado en la pared, encima de la chimenea y donde antiguamente había un cuadro familiar, me dejó sin aliento.

Si anoche pensé que logré salir del infierno, ahora podía comprobar lo equivocada que estaba. Esto no había terminado.

Me costó unos largos segundos apartar los ojos del símbolo del *Monstrum* que grabó con la sangre de…

—No —gimoteé y negué repetidas veces con la cabeza, negándome a aceptarlo—. Ellos no.

Me separé de la pared y avancé por el comedor, escuchando los continuos chapoteos de mis zapatos sobre los charcos de sangre. Rodeé la mesa y el sillón con lentitud, como si mi subconsciente quisiese retrasar ver lo inevitable.

Solté el móvil de golpe y me tapé la boca con las manos para acallar el grito que quiso salir disparado de mi garganta. La luz de la linterna quedó enfocada en los cadáveres de mis padres.

Mis piernas flaquearon y caí de rodillas encima de un charco de sangre, frente a ellos.

Pese a tener la visión borrosa por las lágrimas que ya empecé a derramar, pude ver lo que el *Monstrum* hizo con sus cuerpos. A Jaqueline le habían abierto el pecho y su corazón no se encontraba en su lugar, se lo habían llevado. Patrick permanecía con los ojos abiertos por la ausencia de los párpados, así que no había forma de cerrárselos.

Grité desgarradoramente con la longitud máxima que mis pulmones me permitían hasta que escuché un ruido en mi nuca, el mismo que se producía cuando le quitaban el seguro a una pistola antes de disparar.

—Levántate —ordenó.

Me quedé en *shock*. No podía ser posible que no tuviera un minuto a solas para descargar todo el dolor que me consumía las entrañas desde anoche.

—He dicho que te levantes —insistió la misma voz, presionando más el cañón de la pistola en mi cabeza.

«No he pasado por todo esto para obtener el fracaso», pensé con una ira que no reconocí como mía.

Me puse en pie lentamente y me fui girando a la misma velocidad. Cuando mis ojos impactaron en los del hombre, le transmití todo el odio que fue posible.

Él no se encontraba solo en la casa, sino que lo acompañaban varios hombres más, y a uno pude reconocerlo con facilidad: el compañero de Darius.

Agarré todo el dolor que ansiaba ser descargado y lo encerré en el fondo de mi corazón para encargarme de él más tarde. Al mismo tiempo, me aferré al odio y a la furia que mis demonios me estaban pidiendo liberar. Ansiaba desatar mi tormenta, necesitaba hacerlo.

Si mis padres no hubiesen sido asesinados por el *Monstrum*, ¿los habría matado alguno de estos hombres? ¿Los McClain hubiesen sido capaces de arrastrarlos con mi caída?

Observé esos ojos negros que me miraban atentamente, unos ojos que quería cerrar para siempre.

—Este no es el final de la partida —dije con voz lúgubre y ladeé la cabeza con una pequeña sonrisita macabra—. El peón se transformará en la reina.

Estrellé mi antebrazo con el suyo levantado, desviando la trayectoria del disparo si apretaba el gatillo, y le di un rodillazo en la entrepierna. El hombre gruñó y se encorvó hacia adelante, lo que aproveché para agarrarlo del cabello e impactarle la misma rodilla en la cara.

Se cayó a mis pies y me agaché rápidamente para arrebatarle el arma y cubrirme de los proyectiles que volaron hacia mí. Pese a que sus pistolas disponían de silenciadores para no llamar demasiado la atención de los vecinos, los disparos se oían fuertes.

Me centré en los pocos conocimientos que me enseñó Louis y agarré el arma con fuerza. Cuando uno de ellos rodeó el sillón y quedó a mi vista, le disparé en el abdomen sin dudarlo. El seguro ya me lo había quitado su compañero, así que sabría usar esta pistola hasta que se acabasen las balas. Esta vez no me pillaría por sorpresa la fuerza de retroceso al disparar.

Arrastré mis rodillas hacia él, acercándome lo suficiente para no fallar, y le pegué un tiro en la cabeza.

Lamentablemente, matar se volvió una obligación para sobrevivir, puesto que mi vida corría peligro a cada instante y no se cansaban de querer arrebatármela. Que así fuera, entonces.

Otro hombre apareció frente a mí y le disparé en la pierna. Este cayó al suelo y volví a apretar el gatillo apuntando a su cabeza, pero no salió ningún proyectil. Me había quedado sin munición.

Solté una maldición y lo golpeé continuas veces en la cabeza con mi arma hasta que dejó de ser una amenaza para mí. Después le arrebaté la suya y solté la mía.

Escuché unos pasos que se aproximaban a mi ubicación. Mi mente trabajaba a mil por hora mientras miraba alrededor en busca de algo que me pudiese ayudar. No podría salir de aquí con más hombres que podrían pegarme un tiro con facilidad. Esta vez no querrían violarme, sino matarme en un santiamén para no cometer el mismo error.

Me arrastré hacia los cadáveres de mis padres y me tumbé encima de un charco grande de sangre, embarrándome en ella para hacerla mía.

Antes de que una luz me iluminara completamente, me quedé muy quieta en una postura aceptable y con los ojos abiertos para poder ver. No pestañeé, no respiré, no me moví…

Aunque no duraría mucho de este modo.

Cuando el hombre iluminó otro punto, aproveché para tomar unas respiraciones más superficiales y estudiar mejor el entorno moviendo solo los ojos.

Dos de ellos estaban muy cerca de mí, pero podría haber más por otro lado de la casa.

Recuperé mi anterior postura de un ser inerte y me aseguré de que mis ojos quedasen como antes. Uno de ellos caminó hacia mí, quedando ya a mi alcance.

—¿Está muerta? —preguntó el otro.

Ninguno de este par se trataba del compañero de Darius, y mucho menos de ese mismo.

Sin perder más tiempo y a la máxima velocidad que me fue posible, elevé la pistola hacia el más cercano con ambas manos y le disparé en el tórax, aunque no habría tiempo de asegurarme de matarlo.

Me levanté de un salto y corrí hacia el otro. Lo agarré por los hombros y lo usé de escudo justo antes de que un tercero me disparase. Por suerte, el proyectil lo recibió él, aunque no lo solté, sino que me encaminé hacia las escaleras cubriéndome detrás de mi escudo humano, ya que la entrada la bloqueaba el que intentó matarme.

Cada grito que mis víctimas efectuaban, era una nana para mis demonios. Ellos estaban gozando tanto como yo lo haría de ahora en adelante.

Recé en mi mente para que ningún proyectil traspasara el cuerpo del hombre que estaba arrastrando conmigo y entrara en el mío. Por suerte, eso no fue lo que pasó.

Lo arrojé a un lado cuando mi pie alcanzó el primer escalón y subí corriendo las escaleras. Sin embargo, alguien me agarró del tobillo y me sujeté rápidamente a la barandilla para no ser arrastrada, pero la pistola se me escapó de las manos.

Con mis manos apretando la barandilla, tomé impulso y, con la pierna libre, le di una patada en la cabeza. Este rodó por las escaleras y yo subí por ellas.

Nada más llegar arriba, me estrellé con otro hombre, sin esperárnoslo ninguno de los dos. Usé su despiste para pegarle un puñetazo en el pómulo y, acto seguido, lo arrastré hacia las escaleras para arrojarlo por ellas soltando un grito de guerra.

—¡El descenso al infierno quedará garantizado para Darius! —chillé.

Corrí por el pasillo hacia el dormitorio de mis padres como alma que lleva el diablo. Antes de llegar a mi destino, me percaté de que al lado había un explosivo con la hora marcada. Quedaban cinco minutos.

El destino de la casa era saltarla por los aires con los cadáveres de mis padres dentro, sin importar si se llevaban a mis vecinos por delante.

La furia corroía cada parte pura restante de mi sistema. Ahora no era el momento de prestarle atención a cada emoción que rondaba por mi alma.

Entré en la habitación y cerré tras de mí, echándole el pestillo para complicarles la tarea de silenciarme para siempre.

Me dirigí a toda prisa hacia el armario. Solo tenía que hacer una cosa antes de irme de aquí.

Saqué un cajón en específico de su mecanismo para dejar libre el tablón que había en el final. Agarré la pequeña apertura que apenas se veía y tiré de este. Dentro del pequeño hueco estaba la llave de la caja fuerte.

Me levanté y fui hacia ella que guardaban debajo de unos tablones del suelo que no tenían nada extraño a simple vista. Solo mis padres, mi hermana y yo sabíamos de la existencia de este escondite.

Abrí la caja fuerte y saqué todos los fajos de dólares, poniéndolos encima de la cama. Algo extraño que había en el fondo captó toda mi atención. Se trataba de una daga con un diseño único y precioso.

Unos golpes en la puerta me hicieron salir del trance y me di más prisa. Cogí una mochila del fondo del armario y eché todos los fajos de billetes y la daga. No permitiría que este dinero acabase calcinado, uno que mis padres se habían ganado a pulso y uno que yo emplearía para sobrevivir y cobrarme la venganza que mis seres queridos necesitaban.

Miré alrededor y mi vista chocó contra un portarretrato que se hallaba en la mesilla de noche, cuya imagen anhelé llevarme nada más verla.

Fui a por él y no pude evitar pegar mis labios a los rostros de mis padres, brindándoles el beso que ya no podré darles. Lo eché dentro de la mochila y me la puse sobre mi espalda.

Corrí hacia la ventana y la abrí. Tenía el camino libre para llegar al *Ferrari*, que Cynthia acababa de aparcar en la calle que tenía delante.

Levanté una mano, haciéndole una señal de que esperara ahí cuando le vi las claras intenciones de venir a mí. Me imaginé la importancia que debería de estar sintiendo al no saber qué hacer para ayudarme.

No me entretuve con mi amiga y salí por la ventana, apoyando mis pies en el tejado delgado que pasaba por toda la parte de esta casa.

Caminé con cuidado hacia la esquina, desde donde podía ver el patio del vecino. En él había una piscina que, con un poco de suerte, llegaría a ella de un salto.

Tomé carrerilla y me arriesgué a la única vía de huida. Salté en el borde del tejado y aterricé en el agua, tapándome la nariz justo antes.

Salí de la piscina con dificultad por mis ropas mojadas y la carga de la mochila empapada. Corrí por el patio y crucé la valla baja que lo separaba del de mis padres.

Continué corriendo a toda velocidad hacia el *Ferrari*. Cynthia ingresó en el asiento del copiloto y yo me puse al volante. Mi amiga se hizo con la mochila, colocándosela en sus muslos, y me puse en marcha.

—Dios mío, que acabe este día ya —pidió ella, en el borde de la ansiedad.

Podía sentir la mirada de Cynthia puesta en mí mientras conducía como una loca por las calles de Nueva York.

—¿Por qué estás tan cubierta de sangre? —No dije nada—. ¿Y tus padres? —Continué en silencio. No hizo falta más gestos para responderle con la verdad.

Cynthia no encontraba las palabras para expresar sus sentimientos, pero su llanto silencioso ya hablaba por sí solo. No quería entretenerme en la conducción y lo agradecí. Nuestra vida dependía de mi capacidad para afrontar esto.

Mi amiga dio un respingo cuando una explosión rompió el sonido de la noche en Nueva York. Ella volvió a mirarme, y yo apreté los labios, conteniendo mis emociones, ya que no me podía permitir un solo fallo en este plan.

Por el rabillo del ojo vi que Cynthia se encogió sobre su asiento.

—Todo acabará en unos minutos, te lo prometo —murmuré con voz neutra. Ella no dijo nada.

Los hombres de Darius me seguían, pero no se arriesgarían a dispararme delante de la gente, así que solo tenía que conducirlos al lugar correcto. No contaba con este imprevisto, sin embargo, ganaría más veracidad si ellos lo veían en directo.

Les gané cierta ventaja para poner un poco de distancia entre nosotros y disponer de unos segundos más para provocar el accidente mortal.

Cuando llegué a la misma carretera solitaria en la que falleció mi hermana, pisé el acelerador al máximo. Activé la luz larga del vehículo y visualicé a lo lejos el precipicio por el que *me lanzaría*.

—¡Agárrate fuerte! —grité.

Pisé el acelerador con fuerza para dejar las huellas de los neumáticos impresas en el asfalto, simulando un accidente, y no un suicidio.

Nuestros cuerpos se fueron hacia adelante y luego hacia atrás por el frenazo tan brusco.

Gracias al cinturón de seguridad no salimos disparadas hacia el cristal.

El coche se detuvo a unos dos escasos metros del precipicio y salimos rápidamente al exterior. Cynthia fue a por las maletas pesadas que dejó en los asientos traseros, pero la detuve.

—¡Olvídate de las maletas! —La necesitaba conmigo porque solo disponíamos de unos segundos. Al diablo con nuestras pertenencias. Teníamos lo necesario en nuestros bolsos que ella se encargó de llevar encima hasta que los metió dentro de la misma mochila.

Mi amiga hizo lo que le pedí y, con la mochila sobre su espalda, me ayudó a transportar el cadáver hacia el asiento del piloto. Le puse el cinturón de seguridad y metí medio cuerpo para quitarle el freno de mano al coche.

Cerré de un portazo y corrimos hacia la parte trasera del *Ferrari* para empujarlo con todas nuestras fuerzas, arrojándolo al vacío. Observamos cómo el coche iba aterrizando en las rocas, dando vueltas en campana, y golpeándose entre sí, donde el depósito de gasolina se dañaría hasta el punto de soltar chispas, lo que provocaría la deseada explosión, junto con las llamas.

Le agradecí a Dylan que nos consiguiera un vehículo deportivo, ya que estos eran de gasolina y ardía con suma facilidad.

Cogí la mano de Cynthia y corrimos hacia las sombras que los árboles nos ofrecían cuando oí unos coches a lo lejos. Nada más ocultarnos, la explosión iluminó la noche y nos encogimos entre los matorrales.

Observamos en silencio como los hombres se bajaban de sus coches y se asomaban por el precipicio. Ellos mantuvieron una conversación que no alcanzábamos a escuchar, pero, en cuestión de un par de minutos, todos volvieron a ingresar en sus vehículos y se marcharon del lugar, contentos por su falsa victoria.

Permanecimos aquí unos minutos más, cerciorándonos de que no había peligro, y salimos de nuestro escondite para acercarnos al borde del precipicio.

Las dos contemplamos en silencio cómo las llamas devoraban nuestra antigua vida, la misma que nos obligaron a abandonar. También estaban consumiendo el pasado de Christabella, uno que solo ella podría haber sacado a la luz.

Su mano agarró la mía y la apretó, diciéndome sin palabras que ella estaría siempre a mi lado. Le devolví el gesto y nos quedamos así, unidas en nuestro nuevo comienzo.

Con mi mano libre, envolví el colgante de mi hermana y miré al cielo.

«Te prometí que siempre seguiría adelante, pasara lo que pasase, y no pienso romper mi promesa».

—Queridos McClain. Lo que tendréis serán las balas y la esperanza de que, cuando se os acaben, me hayáis liquidado porque, de lo contrario, habréis muerto antes de recargarlas —murmuré con frialdad, mirando nuevamente hacia las llamas.

«Al *Monstrum* le esperaba un destino peor y *Nyx* sería mi nuevo aliado».

Ya no disponía de cápsulas. Ahora me tocaba abrazar mi nueva naturaleza.

Solo veía oscuridad en mi camino, así que, quizás, debería entregarme a ella.

Epílogo



Dylan McClain

Varios días después.

Acomodado en la butaca de la pequeña sala de estar, balanceaba la cadena de un lado a otro entre mis dedos. Mis ojos seguían el movimiento constante del *colgante*, como si fuera un péndulo que mantenía todas mis emociones atrapadas en el lugar donde más a salvo estarían: dentro de este cristal violeta.

Con un giro de mano, lo atrapé en ese mismo puño y mi mirada se detuvo en la chimenea encendida.

Me puse en pie y volví a guardarme el collar en el bolsillo de mi pantalón negro. Comencé a caminar hacia el fuego con la vista fija en él y fui despojándome de mi camisa conforme me acercaba.

Cogí el atizador y me agaché delante de las llamas. Me concentré en el crepitar mientras las contemplaba impasible.

—Cada vez que te mires al espejo, que te toques, incluso cada vez que sientas la tela de la camisa en esa zona, será un recordatorio de lo que eres: un monstruo sin escrúpulos.

Introduje el atizador en el fuego.

—Dijiste que tienes el infierno grabado ahí y solo espero que estés ardiendo en él cada día.

Una sonrisilla asomó por mis labios sin poder evitarlo.

—Te dije que tú serías la causante de mi próxima quemadura, así que espero que te sientas orgullosa desde el lugar en el que estés.

Saqué el atizador con el otro extremo al rojo vivo y me levanté.

—Algún día, Dylan McClain, te haré tragar todas tus palabras ponzoñosas y te escupiré otras

más afiladas. Te atacaré donde más te duela.

—Buena suerte en encontrar mi punto débil, uno que ya me encargué de que nadie pueda usar en mi contra, cariño. Y podría asegurarte de que tú eres la única persona que no podría atacarme por ahí.

Quise reírme de mi propio error, porque, finalmente, ella dio con mi punto más débil y consiguió atacarme donde más me dolía. Sin embargo, ese punto ya dejó de existir, lo que me hacía un hombre *vacío* ya *invencible*.

Una bestia sin debilidades jamás podría volver a ser encerrada.

Apreté la mandíbula por la furia que ya empezó a recorrer cada terminación nerviosa de mi cuerpo y me llevé el extremo ardiente del atizador a la espalda.

Cuando el metal tocó mi piel, el grito que afloró desde lo más profundo de mi ser salió disparado en un rugido animal.

—Espero de todo corazón que ardas en el infierno.

«Oh, Rose. Ya lo estoy haciendo».

Bibliografía

Bienvenidos al Universo de María del Mar Castellanos, donde encontraréis varias historias diferentes, pero relacionadas. Al pertenecer a una misma gran serie, todas siguen una línea temporal, pero pueden leerse de forma independiente porque se entenderán por separado perfectamente, aunque contendrán spoilers unas de otras si no se leen en orden. Sin embargo, no respetar este orden no quiere decir que se tendrá una peor experiencia, tan solo se vivirá una diferente, pero ambas igual de buenas.

SAGA ROSA NEGRA

1. Silent (Rosa Negra I)
2. Obscure (Rosa Negra II)
3. Poison (Rosa Negra III)
4. Sentence (Rosa Negra IV)

TRILOGÍA CAÍDA DEL ÁNGEL

1. La Tentación del Diablo (Caída del Ángel I)
2. La Perdición del Diablo (Caída del Ángel II)
3. La Furia del Diablo (Caída del Ángel III)

Sobre la autora

María del Mar Castellanos (España, 1993) es escritora y enfermera. Le apasiona la música cinematográfica, que se convirtió en un elemento imprescindible para escribir. Vive con su marido, a quien ama con devoción.

En 2016 escribió su primera novela y la fue publicando poco a poco en una plataforma literaria bajo un seudónimo (Mar Castiz) para conservar sus datos personales en el anonimato. En nueve meses obtuvo bastante reconocimiento, sin embargo, una serie de factores la obligó a irse de dicha plataforma y perdió toda su visibilidad online, pero no quiso renunciar a su pasión.

En 2020 decidió comenzar a autopublicar sus libros en Amazon y, desde entonces, no ha parado.

Escribe historias oscuras, complejas e intensas de romance con thriller mezclados con otros géneros, donde el misterio no puede faltar. No se considera una escritora convencional y uno de sus objetivos es innovar.

IG: @mariadelmar_castellanos
TikTok: @mariadelmar_castellanos
Facebook: María del Mar Castellanos
E-mail: info.mariadelmarcastellanos@gmail.com